

uc

VIDA DE NUESTRO
SEÑOR JESUCRISTO

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

EXPOSICION HISTORICA, CRÍTICA Y APOLOGETICA

ESCRITA POR

L.-CL. FILLION

SACERDOTE DE SAN SULPICIO

CONSULTOR DE LA COMISIÓN BÍBLICA PONTIFICIA

ANTIGUO PROFESOR DE SAGRADA ESCRITURA

Y TRADUCIDA DE LA NOVENA EDICIÓN POR EL

R. P. Victoriano M.^a de Larráinzar, O. M. C.

Exerceatur servus tuus in vita tua, quia ibi
est salus mea et sanctitas vera.

De Imil. Christi, Lib. III, Cap. 56, 3.

TOMO IV

OBRA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

MADRID

EDITORIAL «VOLUNTAD», GAZTAMBIDE, 3

1927

Copyright 1927 by
Editorial Voluntad

Printed in Spain

SEXTO PERIODO

Desde la fiesta de la Dedicación hasta la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén.

Es éste un período de unos tres meses, desde mediados de diciembre hasta principios de abril. Acerca de él sólo tenemos noticias incompletas que nos han sido transmitidas unas por San Juan y otras por los sinópticos; pero, aun así, son de valor grandísimo, no sólo porque sirven de conclusión a la vida pública del Salvador, sino también por su importancia directa. Tal es el caso del discurso que vamos a estudiar ahora y también el de la resurrección de Lázaro.

I.—JESÚS DA EL ÚLTIMO TESTIMONIO DE SÍ EN EL TEMPLO DE JERUSALÉN; RETÍRASE DESPUÉS AL OTRO LADO DEL JORDÁN (1).

Dos meses no más habían transcurrido desde la última estancia de Nuestro Señor en Jerusalén, con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos, cuando volvemos a encontrarlo en la ciudad santa con motivo de otra solemnidad religiosa, que, aunque era de segundo orden y databa su institución de fecha relativamente reciente, era popularísima entre los judíos. Llamábase la Dedicación (2), porque se había establecido para conmemorar la purificación solemne que en el año 165 antes de nuestra era había hecho Judas Macabeo del Templo, en reparación de la profanación sacrílega que tres años antes había cometido el rey de Siria, el impío Antíoco Epífanes (3). Se la llamaba también

(1) Todo en este pasaje es propio del cuarto Evangelio (Juan, X, 22-42).

(2) En griego, τὰ ἐγκαίνια (Vulg., *Encaenia*), "renovación"; en el lenguaje litúrgico, "dedicación".

(3) I Mach., I, 20-29; IV, 36-59; II Mach., I, 9-13; X, 1-8; Josefo, *Ant.*, XII, VII, 6-7.

la fiesta de las Antorchas (4), a causa de las alegres iluminaciones con que se celebraba, no sólo en Jerusalén, sino en toda la Palestina. Se celebraba el 25 de *kislev*, es decir, hacia la segunda mitad del mes de diciembre. Esta fecha explica por qué el evangelista nos presenta a Jesús, no como de ordinario en los patios del Templo, sino en una galería cubierta, que se llamaba Pórtico de Salomón porque, según tradición antigua, era un resto del majestuoso edificio construido por aquel rey. Estaba situado este pórtico en la parte más oriental del conjunto de construcciones del Templo, y daba acceso al atrio llamado de las Mujeres (5). Para la Dedicación no era obligatorio ir en peregrinación a Jerusalén, como en las fiestas de la Pascua, de Pentecostés y de los Tabernáculos; pero Jesús había dejado ya definitivamente la Galilea, y tenía empeño en hacer en el Templo sus postreras manifestaciones.

En cuanto fué reconocido rodeáronle muchos judíos, que, resueltos a obtener de El a todo trance la respuesta precisa que deseaban, le cerraron en cierto modo el paso (6). Preguntáronle bruscamente—pues eran adversarios declarados, según indica el nombre de “judíos” que les da San Juan, y con el que suele nombrar a los enemigos de Jesús—: “¿Hasta cuándo nos has de tener suspensa el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.” Este lenguaje denota una viva impaciencia, pero una impaciencia hostil, que no miraba sino a arrancar a Jesús alguna declaración que le comprometiese. Por esto le piden una respuesta clara y terminante. El les responde con entera sinceridad que hace ya tiempo les manifestó su condición y su oficio. Y, con todo, cierto era que, fuera del círculo apostólico, Jesús no se había declarado abiertamente como Mesías más que a la samaritana y al ciego de nacimiento (7). Según varias veces hemos repetido, el errado concepto que los más de los judíos tenían entonces del Redentor y de sus funciones había sido causa de que Nuestro Señor encubriese hasta cierto punto su dignidad. Demás de que sus relaciones con sus compatriotas, particular-

(4) Τὰ φῶτα. Su nombre hebreo era *Hanukah*, de la raíz *hanak*, consagrar. Los judíos contemporáneos continúan celebrando esta solemnidad. Véase Coypel, *Le judaïsme*, páginas 224-226.

(5) L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique*, pl. LXXXIV, figs. 1 y 2.

(6) Ἐκύκλωσαν, formaron un círculo alrededor de él.

(7) Joan., IV, 26; IX, 37.

mente con los habitantes de Jerusalén, le habían demostrado tiempo hacía que, a pesar de sus milagros y de sus manifestaciones, se obstinaban en no creer en El. Así, pues, va a responderles como a enemigos. Les recordará brevemente sus anteriores afirmaciones, sus acciones maravillosas y también la tenaz incredulidad de ellos. He aquí la primera parte de su breve discurso:

“Os lo he dicho, y no creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí; mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen. Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano. Lo que me dió mi Padre es sobre todas las cosas, y nadie puede arrebatarlo de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una misma cosa” (8).

Aquellos judíos orgullosos, que con visible insolencia han instado a Jesús a que les declare paladinamente lo que es, pueden ahora estar satisfechos, pues no sólo ha afirmado su mesianidad, sino también su divinidad, tan clara como vigorosamente, y a la vez con una noble tranquilidad, que contrasta con la rencorosa impaciencia de ellos. ¡Qué riqueza de pensamientos, en estas pocas líneas! Jesús podía recordar a sus adversarios la alegoría del Buen Pastor que, dos meses antes, había propuesto en aquel mismo Templo. Nadie la habría olvidado: ¡tanto impresionó a todos los que la habían oído! (9). Las últimas palabras: “Yo y el Padre somos una misma cosa”, significan, según toda la fuerza del texto griego (10), una sola cosa, una sola sustancia, un Dios único. He aquí el dogma fundamental del Cristianismo, enunciado en términos sencillísimos y categóricos. Este es el punto culminante de la predicación de Nuestro Señor Jesucristo. Pronto va a dejar la tierra; pero antes habrá declarado su divinidad en términos tan luminosos como el día.

¿Qué harán ahora aquellos judíos que tan solícitos se habían mostrado de saber exactamente quién era Jesús? ¿Van a pedirle nuevas explicaciones? Bien se guardarán de ello; demás de que sería superfluo, pues han conocido perfectamente el al-

(8) Joan., X, 25-30.

(9) Joan., X, 19.

(10) Ἐν, en neutro (Vulg., *unum*).

cance de sus palabras. ¿Le reconocerán como Mesías-Dios? Muy al revés; de nuevo echarán mano a las piedras (11) para lapidarlo, como si fuera blasfemo público. De hoy más no sabrán oponerle otro argumento que el de la violencia brutal y criminal.

Mas Jesús, haciendo rostro a la tempestad con majestad verdaderamente divina, díjoles con ironía sutil: "Muchas obras buenas os he demostrado de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?" Sus milagros eran innegables; el modo con que los refiere a la omnipotencia de su Padre hace su autoridad más incontrastable aún. Con todo eso, aquellas obras maravillosas, únicas en la historia del mundo, que hubieran debido conducir a todos los hombres hacia quien las había ejecutado, sólo servían para encender más el odio de sus enemigos. Estos respondieron: "No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por blasfemo y porque, siendo hombre, te haces Dios." Se negaban, pues, desdeñosamente a reconocer que andaban errados al querer atentar contra su vida. Pero habían entendido perfectamente el sentido de sus palabras. Jesús, siempre con admirable serenidad, va a completar su declaración y probar primero, por un razonamiento sacado de la Biblia, que tiene estricto derecho a llamarse Hijo de Dios. Replicó, pues:

"¿No está escrito en vuestra ley (12): Yo dije, dioses sois? Pues si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede faltar), ¿cómo a aquel a quien el Padre santificó y envió al mundo vosotros le decís: Tú blasfemas, porque he dicho: Yo soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago y no queréis creerme a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre" (13).

Supuesta la inspiración de los libros sagrados, el argumento es sencillísimo y concluyente. En un pasaje de los Salmos (14), el Señor, hablando a los jueces de Israel regularmente constituidos, llega a llamarles dioses, porque, en alguna manera, participaban de la autoridad divina. Y ¿qué eran aquellos simples funcionarios en comparación de Jesús, a quien Dios-Padre no sólo había puesto manifiestamente por embajador y represen-

(11) Cf. Joan., VIII, 59.

(12) Las palabras "en vuestra ley" significan aquí todos los libros del Antiguo Testamento, cuya primera parte era la Ley mosaica, contenida en el Pentateuco.

(13) Joan., X, 34-38.

(14) Ps. LXXXI, 6.

tante suyo, sino que le había declarado su Hijo y su Ungido, con milagros que de modo innegable testificaban su condición y su dignidad? ¿No le convenía el nombre de Dios mil veces mejor que a aquellos jueces?

Aunque Nuestro Señor, con su actitud regia y con su luminosa palabra, hizo caer también aquel día las piedras de las manos de sus enemigos, no consiguió todavía extinguir su odio, cada vez más enconado. Ya que otra cosa no podían, hubieran querido al menos apoderarse de El para llevarlo ante el Sanedrín y acusarlo de blasfemo. Pero, como en otra ocasión anterior (15), se escapó de sus manos y desapareció entre la multitud. Pero aun así juzgó oportuno dejar temporalmente la ciudad, donde, por haber llegado a colmo la hostilidad de sus enemigos, le era imposible ejercer provechosamente su ministerio, y fué a refugiarse en Perea, donde poco ha lo hemos visto permanecer por breve tiempo.

Los últimos tres meses de su vida pública pasáronse casi enteramente en esta región tranquila, donde la había inaugurado (16). Allí no tenían los fariseos sino mediana influencia, y no llegaron a turbar su reposo. Fué recibido muy favorablemente, pues el recuerdo del testimonio que en aquellos parajes había dado de El el Precursor se conservaba aún vivo. Vinieron, pues, a El muchos habitantes de aquella región, porque, decían: "Juan no hizo, a la verdad, ningún milagro; mas todas las cosas que Juan dijo de éste eran verdaderas." Con lo que indicaban los dos motivos que los habían determinado a creer en Jesús como Mesías prometido: por una parte, sus muchos milagros; por otra, la verdad, demostrada con hechos, de la estimación en que Juan Bautista le había tenido.

II.—RESURRECCIÓN DE LÁZARO Y SUS CONSECUENCIAS INMEDIATAS.

Este milagro, según el sentir, casi unánime, de comentadores y teólogos, es el mayor de cuantos hizo Nuestro Señor Jesucristo en el decurso de su vida pública. "Un muerto de cuatro días es devuelto a la vida con una simple palabra. El hecho

(15) Joan., VIII, 59.

(16) Joan., I, 28-51.

sucede a las puertas de Jerusalén y es comprobado por muchos testigos, algunos de ellos hostiles al taumaturgo" (17). Síguense muy pronto graves consecuencias: por una parte, se manifiesta la gloria de Jesús, y muchos judíos creen en El; por otra, sus enemigos redoblan, por el mismo motivo, su odio y su furor y aceleran la ejecución de sus designios sanguinarios. La narración, única en su género en los Evangelios, es verdaderamente digna del asunto... Ningún otro milagro del Salvador ha sido narrado de modo tan completo, con todas sus particularidades, así principales como accesorias. La narración es de una belleza y una frescura incomparables; en ninguna otra los biógrafos de Jesús mostraron tan cabal conocimiento del arte de la composición, visible hasta los más nimios pormenores. En particular los personajes, están admirablemente dibujados: Jesús, que se nos presenta tan divino, tan humano y tan amante; el apóstol Tomás, con sus palabras sombrías, pero esforzadas; Marta y María, con los finísimos matices de sus distintos temperamentos; los judíos, muchos de los cuales no se enternecieron ni ante las lágrimas del Salvador ni de la mayor parte de los asistentes. Lázaro es el único que queda en la oscuridad (18).

La transparente veracidad del relato en nada cede a su belleza. Muchos pormenores minuciosos, que a nadie se le hubiera ocurrido inventar, demuestran que el narrador es un testigo ocular, digno de fe, que cuenta lo que ha visto con sus propios ojos y oído con sus oídos. "Cada paso y cada movimiento del Hijo de Dios, sus palabras, su estremecimiento, su emoción, sus lágrimas, todo lo que hay de más íntimo..., ha quedado indeleble en el corazón" (19) del escritor sagrado, que nos lo ha transmitido con escrupulosa fidelidad. Aunque no se indica la fecha del prodigio, del lugar que ocupa en el cuarto Evangelio se infiere que sucedió entre la fiesta de la Dedicación y la última Pascua de la vida de Nuestro Señor.

Las circunstancias preliminares están ampliamente expuestas. Hacía ya algún tiempo que Jesús estaba en Perea, cuando un mensajero que llegó de Betania con mucha prisa le dió una triste nueva: "Señor, he aquí que aquel a quien amas está en-

(17) Joan., X, 1-56.

(18) L. Cl. Fillion, *L'Évangile de S. Jean*, pág. 218.

(19) Baunard, *L'apôtre S. Jean*, pág. 70.

fermo." El amigo tan tiernamente amado (20) era Lázaro (21), hermano de aquellas Marta y María que San Lucas nos presentó poco ha (22) piadosamente solícitas, cada una a su manera y conforme a su índole, en torno del divino Maestro. Su enfermedad, cuyo carácter no se especifica y que parece había durado algún tiempo, tomó de improviso un sesgo peligroso; visto lo cual, Marta y María, acongojadas, enviaron a Jesús aquel recado urgente, aunque indirecto y discreto, que manifiesta a la par su entera confianza y su exquisita delicadeza. El omnipotente taumaturgo que a tantos enfermos había curado, ¿iba a dejarle morir a aquel a quien amaba? Pero, como la madre del Salvador en Caná (23), no insisten ni porfían; se limitan a exponer el peligro de muerte en que Lázaro se halla.

La respuesta que Jesús les transmitió por medio del mensajero era consoladora en el fondo, pero equívoca. "Esta enfermedad—dijo—no es para muerte, mas para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella." Estas palabras parecían significar que Lázaro no moriría de aquella enfermedad, y así debieron de entenderlas los apóstoles cuando las oyeron; pero Nuestro Señor miraba al objeto final de la enfermedad, es decir, a la gloria que la muerte pasajera de su amigo procuraría al Padre y también al mismo taumaturgo. Todo para gloria de su Padre: tal era la divisa de Cristo. La observación del evangelista: "Amaba Jesús a Marta y a María, su hermana, y a Lázaro", demuestra que el Salvador estaba muy lejos de ser indiferente al peligro del enfermo y al dolor de sus hermanas. Si, recibido el doloroso mensaje, quedó aún otros dos días en Perea, fué, como ya tenemos advertido en varias ocasiones, porque no quería adelantar la hora fijada por la voluntad de su Padre (24). Fuera de que por su ciencia so-

(20) En el texto griego, φίλης, palabra que expresa un afecto entrañable. Más adelante, cuando hable el evangelista de la amistad de Jesús con las hermanas de Lázaro, empleará el verbo ἀγαπᾶν, que indica un sentimiento más tranquilo. Es digno de notar este delicado matiz.

(21) Es el mismo nombre que el del pobre de la parábola (Luc., XVI, 20). Lázaro es una abreviación de 'El'azar, que significa: "Dios ha socorrido".

(22) Luc., X, 38-42.

(23) Joan., II, 8.

(24) "Cristo nunca tiene prisa—se ha dicho a este propósito—, porque siempre está seguro de lo que ha de hacer." Edersheim, *The Life and Times of Jesus*, t. II, pág. 314.

brenatural sabía que Lázaro estaba ya muerto en el momento en que se le anunciaba que su vida corría peligro. En efecto, cuando Jesús se dispone a resucitar a Lázaro, Marta dice que la muerte había acaecido cuatro días antes. Ahora bien; su-
mando el tiempo necesario al mensajero para ir de Betania a Perea (una jornada), los dos días que aún permaneció Jesús en esta provincia, y la jornada que a El mismo le fué menester para ir a Betania, claramente se colige que Lázaro debió de exhalar su último suspiro poco después de la partida del mensajero.

Transcurridos los dos días, dice Jesús a sus apóstoles: “Vámonos a Judea otra vez.” Los discípulos se habían percatado del grave riesgo que amenazaba a su Maestro en Jerusalén y en la región cercana; así fué que, cuando les notificó su determinación de volver a Judea, objetáronle respetuosamente: “Maestro, ahora querían apedrearte los judíos, ¿y vas allí otra vez?” Jesús procuró calmar sus temores con afables palabras, cuyos términos figurados no son difíciles de entender. “¿Porventura—les respondió—no son doce las horas del día? El que anduviere de día no tropieza, porque ve la luz del mundo. Mas si anduviere de noche, tropieza, porque no hay luz en él.” Esas doce horas representan el conjunto de la vida pública de Jesús, y más especialmente el tiempo de su ministerio público. Por el momento, aunque está ya próximo el día de su muerte, anda en plena luz, y no son de temer las asechanzas de sus enemigos. Dios está con El y le ampara. No ha llegado aún su hora, y, sin riesgo alguno, puede acercarse a Jerusalén.

Y, empleando nuevamente un lenguaje metafórico, añadió: “Lázaro, nuestro amigo, duerme; pero voy a despertarle del sueño.” Los apóstoles, interpretando a la letra estas palabras, respondieron ingenuamente: “Señor, si duerme, se salvará.” De hecho suele suceder, según demuestra la experiencia, que en las enfermedades graves la vuelta del sueño es feliz presagio de curación. Los antiguos rabinos, que a veces se dedicaban a la Medicina, señalan este síntoma entre los diez que juzgaban favorables (25). Era, pues, disculpable el yerro de los apóstoles. Y, con todo, algunos de ellos hubieran podido recordar que en

(25) Lightfoot, *Horae hebr.*, h. 1.

otra ocasión, en casa de Jairo, Jesús había dado el nombre de sueño a una muerte que sería seguida pronto de una resurrección (26). El Salvador se apresuró a poner fin al tal error de los apóstoles, diciéndoles claramente: “Lázaro ha muerto.” Luego, con pocas palabras, les dejó entrever un feliz resultado que a ellos se les seguiría de esta muerte: “Me alegro, por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis. Mas vamos a él.” El maravilloso prodigio que va a obrar en presencia de sus apóstoles les acrecentará la fe; y no será inútil este acrecentamiento, porque, de allí a algunas semanas, se hallarán desolados ante el sepulcro de su amado Maestro.

Tomás, viendo que Jesús estaba resuelto a volver a Judea, dijo a los demás discípulos: “Vamos también nosotros y muramos con El.” Los doce, como quienes conocían el odio mortal que los judíos tenían al Salvador, no dudaban que recaería también sobre ellos; pero lo aceptaban anticipadamente con generoso amor. Sin embargo, Tomás se nos manifiesta aquí como hombre de temperamento melancólico que ve las cosas con sombríos colores. La aserción de Jesús, con ser tan clara, no le ha convencido, y ve ya a todos los miembros del colegio apostólico entregados sin remedio a un próximo martirio.

Nuestro Señor, dejando nuevamente la Perea y seguido de sus discípulos más adictos, pasó el Jordán, subió el macizo montañoso que separa este río de Jerusalén y, después de una fatigosa jornada de camino, llegó a Betania. A la entrada de la aldea, a alguna distancia de la casa de Lázaro y de sus hermanas, se detuvo. Betania, como advierte con mucha exactitud el evangelista (27), está situada a 15 estadios (algo menos de tres kilómetros) de Jerusalén (28). El mismo sitio ocupa hoy; pero ha perdido su antiguo nombre, pues se llama en árabe *El Azarieh*, en recuerdo del más ilustre de sus habitantes. Construída en la falda de la colina, en la vertiente oriental del Monte de los Olivos, en un tranquilo rincón rodeado de almen-dros, algarrobos, olivos e higueras, es un sitio admirable. Por su tranquilidad convenía a maravilla para que Jesús descansase allí cuando iba a Jerusalén a asistir a las fiestas religiosas.

(26) Matth., XIX, 24.

(27) Joan., XI, 18.

(28) Recordemos que el estadio griego equivalía a 185 metros.

En nuestros días ya no es más que una aldehuela miserable, cuyas treinta o cuarenta casas, de construcción rústica y grosera, están habitadas por unos trescientos árabes musulmanes. Dominando el caserío hay más ruinas, resto, al parecer, de la torre que servía para fortificar el monasterio que en pasados Dominando el caserío hay unas ruinas, resto, al parecer, de la torre hay una reducida cripta, a la que se baja por una mala escalera de veintiséis peldaños, y que suele llamarse tumba de Lázaro. ¿Merece verdaderamente este nombre? Es ésta una cuestión muy discutida; pero, como quiera que sea, es cierto que desde el siglo IV se veneraba en Betania una cripta donde se creía acaecida la resurrección de Lázaro, y que encima de ella se construyó una iglesia mencionada por muchos peregrinos.

Cuando Jesús llegó a Betania, su amigo había muerto hacía cuatro días. Pocas horas después de la muerte habíase procedido, conforme a la antigua costumbre oriental, a hacer los funerales. Muchos judíos, la mayor parte de ellos procedentes, sin duda, de Jerusalén, acompañaban a Marta y María. “De antiguo, los hebreos, formalistas como todos los orientales, tuvieron su ceremonial de duelo, que observaban rigurosamente. Cuando las dos hermanas, acabada la procesión fúnebre, volvieron a su casa, sentáronse en el suelo, descalzos los pies y velada la cabeza; luego comenzaron las visitas de pésame. Sus amigos, sentados cerca de ellas, manifestaban su dolor con profundos suspiros, mas sin hablar, a menos que ellas mismas pronunciasen algunas palabras; así lo pedía el uso. Los siete primeros días, especialmente, estaban dedicados a las visitas y considerados como tiempo de duelo más solemne” (30). Providencial era la presencia de todos aquellos judíos en Betania, pues así tendría la resurrección de Lázaro testigos tanto más

(29) Véase V. Guérin, *Description de la Palestine, la Judée*, t. I, página 170; Chauvet et Isambert, *Syrie, Palestine*, pág. 379; *La Palestine*, por varios profesores de N.-D. de France, segunda edic., pág. 226; De Vogüé, *Les églises de la Terre Sainte*, pág. 335.

(30) L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Jean*, pág. 225; Cf. Buxtorf, *Synagoga judaica*, XXXV; Keil, *Biblische Archäologie*, t. II, pág. 165; Nowack, *Lehrbuch der hebr. Archäologie*, t. I, págs. 193-198; P. Schegg, *Bibl. Archäologie*, págs. 633-634. Los antiguos ritos subsisten aún en gran parte entre los judíos contemporáneos. Véase Stauben, *Scènes de la vie juive en Alsace*, págs. 92-94; Coypel, *Le judaïsme, esquisse des mœurs juives*, págs. 157-162.

irrecusables cuanto muchos de ellos, según veremos, eran hostiles al taumaturgo.

En cuanto Marta supo la llegada de Jesús, corrió a su encuentro, sin avisar a María, que estaba ocupada en recibir las visitas de duelo. Ya los antiguos notaron que el temperamento de las dos hermanas, tal como se nos da a conocer en esta escena referida por San Juan, es el mismo que se refleja en la breve, pero viva narración de San Lucas que en otro lugar comentamos. Hallámonos aquí con aquella misma Marta, de actividad ardorosa, de vida más exterior; y nos hallaremos también con aquella misma María, más tranquila, más reservada, más íntima. Cuando Marta llegó a donde Nuestro Señor estaba, entablóse entre ambos un diálogo conmovedor. Quisiera ella dar a entender a su divino amigo, pero sin decírselo en términos claros, que El puede resucitar a su hermano. Jesús hace como que no entiende este aspecto especial, interesado, de la cuestión, pues, según su costumbre, quiere preparar y hacer merecer el milagro, excitando la fe. Dícense, pues, frases generales, que Marta, a pesar de su ingenio sutil, no consigue particularizar en el sentido que deseaba.

Ella misma comienza la conversación, diciendo a Jesús, con tono de profunda tristeza: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.” No expresaba una queja, sino doloroso sentimiento, pues juzgaba imposible que si Jesús hubiera llegado a tiempo no arrancara a Lázaro de la muerte, y, completando el acto de fe que tan bien había comenzado, añadió: “Mas también sé ahora—aun después de la muerte de mi hermano—que todo lo que pidieres a Dios te lo otorgará.” Todo, sin excepción; por consiguiente, hasta la resurrección de Lázaro. Así lo insinúa delicadamente con esa fórmula general. Con todo, diversos intérpretes antiguos y modernos creen que el concepto que Marta se había formado del poder de Jesús no estaba del todo exento de imperfección, pues suponía, al parecer, que Jesús necesitaba implorar la asistencia divina para ejecutar el gran milagro que tácitamente le pedía.

Respondióle el divino Maestro: “Resucitará tu hermano.” Palabras llenas de esperanza, sin duda, pero, en el caso presente, harto generales, ya que así podían significar la resurrección universal, al fin del mundo, como una resurrección inme-

diata obrada por medio de un milagro. Por lo que Marta se esfuerza en precisar más su idea. “Bien sé—añadió—que resucitará en el último día.” La resurrección final era entonces comúnmente admitida por los judíos (31).

Pero lo que Marta deseaba entonces para Lázaro no era una resurrección tan lejana. Jesús, elevándose a esferas superiores, la responde con una revelación grandiosa, cuya entera verdad atestiguará su próximo milagro: “Yo soy la resurrección y la vida. El que creyere en Mí, aunque hubiese muerto, vivirá. Y quienquiera que vive y cree en Mí, no morirá jamás.” El cuarto Evangelio nos ha conservado muchas sentencias del Salvador que comienzan con esta misma fórmula: “Yo soy”—por ejemplo, “Yo soy el pan de vida”, “Yo soy la luz del mundo”, “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (32)—; pero ninguna de ellas sobrepuja a ésta en elevación, en importancia teológica, en sublime belleza, mayormente cuando va acompañada de un luminoso comentario, que viene a decir: La muerte no tiene imperio duradero sobre mis verdaderos discípulos; quien hubiere perdido la vida la volverá a hallar gracias a Mí; quien la posee no la perderá jamás. Si el pecado ha introducido la muerte acá abajo, Jesús la ha vencido y rechazado. Las heridas que la muerte causa se curan pronto, pues la vida de los fieles servidores de Cristo, que parecía interrumpida y rota, florecerá en un mundo mejor, donde será más vida que antes.

“¿Crees esto?”, añadió Nuestro Señor. Con este repentino apóstrofe excita a Marta a hacer un acto de fe explícita en el dogma que acaba de revelarle. Ella responde firmemente, sin vacilación alguna: “Sí, señor; creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo.” ¡Admirable profesión de fe, que recuerda las que San Pedro había hecho en Cafarnaún y en Cesárea de Filipo! (33). Pero, con todo eso, Marta no había obtenido—así al menos lo creía ella—la gracia que tan ardientemente deseaba, aunque no se atreviese a pedirla a las claras. Y como nada tuviese ya que añadir,

(31) Cf. Dan., XII, 2; II Mach., VI, 9, 14; Langen, *Das Judenthum in Palästina zur Zeit Christi*, págs. 338-340, 500-501; Bloch, *La foi d'Israël, ses dogmes, son culte*, págs. 38-46.

(32) Joan., VI, 35; VIII, 12; XIV, 6.

(33) Joan., VI, 69-70; Matth., XVI, 16.

se fué a avisar a su hermana, que ignoraba aún la llegada de Jesús. “El Maestro está aquí, y te llama”, le dijo en voz baja, de forma que no lo oyese los asistentes, muchos de los cuales, bien lo sabía ella, estaban mal dispuestos hacia el Salvador. María, muy conmovida, se levanta inmediatamente y sale de casa, para ir adonde Nuestro Señor estaba. Los que la acompañaban, suponiendo que iría al sepulcro para desahogar su dolor, la siguieron por simpatía. Visitar los sepulcros, particularmente en los primeros días después de los funerales, era piadosa costumbre de los antiguos judíos, como lo es también nuestra. En Oriente, son las mujeres quienes más de ordinario la ejercitan. A veces pasan largas horas en el cementerio y, en el sepulcro de sus parientes, se entregan a violentas manifestaciones de su dolor (34).

Apenas llegó María a presencia de Jesús, arrojóse a sus pies, diciendo: “Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.” Las mismas palabras había pronunciado ya Marta: sin duda las dos hermanas, en los últimos días de la enfermedad de Lázaro, se habían comunicado varias veces esta misma reflexión. La emoción impidió a María decir más. Marta, menos sensible y más dueña de sí misma, había podido conversar con el Maestro; su hermana, con el corazón destrozado, prorrumpe en sollozos. Pero no gemirá en balde a los pies del Salvador. Los demás, influídos por eso que justamente se ha llamado el contagio de las lágrimas, también comenzaron a llorar.

Al verlo Jesús mismo, se sintió profundamente conmovido. “Se estremeció su espíritu y se turbó a sí mismo”, observa el evangelista, con tanta exactitud psicológica como vigor. La palabra griega que corresponde al primero de estos dos verbos (35) indica aquí, como en los autores clásicos, descontento e indignación. El sustantivo que la acompaña (36) localiza en cierto modo este movimiento de pasión humana, limitándola al alma de Nuestro Señor. La circunstancia siguiente: “Se turbó a

(34) Véase Thomson. *The Land and the Book*, págs. 102-104; L. Cl. Fillion, *Essais d'exégèse*, págs. 302-304, y *Atlas archéologique de la Bible*, pl. XIX, fig. 11; pl. XX, fig. 9.

(35) Ἐνεβριμήσατο (Vulg., *infremuit*). Véase H. Etienne, *Thesaurus graecae linguae*, en las palabras βρέμω y ἐμβριμάω.

(36) Πνεύματι (Vulg., *spiritu*).

sí mismo", demuestra que nada había de puramente pasivo en el alma santísima de Cristo y que todas sus emociones permanecían siempre debajo su entero señorío (37). ¿Cuál fué el motivo de aquel estremecimiento doloroso y de aquella voluntaria turbación? Los intérpretes no concuerdan en este punto delicado. Suponen muchos, siguiendo a Orígenes y a San Juan Crisóstomo, que Jesús se hubo de disgustar por verse dominado de aquel modo por la emoción; pero mucho más verosímil parece que el Salvador, conmovido por la profunda pena de los que le rodeaban, indignóse contra las diversas potencias—el demonio, el pecado, la muerte—, que tantas tristezas y padecimientos han traído a la tierra. Como quiera que sea, helo ahí semejante a un guerrero que se excita al combate contra la muerte y el sepulcro. Para consolar a Marta había recurrido a la palabra; a María la consolará con la acción.

Dirigiéndose a las dos hermanas, pide que le conduzcan al sepulcro de Lázaro: "¿En dónde lo pusisteis?" "Ven y ve", le respondieron. En este lenguaje lacónico suele expresarse el dolor. "Y Jesús lloró", prosigue el relato evangélico. Frase conmovedora, y una de las más hermosas de toda la Biblia. Esta vez, el verbo griego (38) denota llanto mudo y silencioso, en oposición a los sollozos de María y de los judíos (39). Mas un día el mismo Jesús llorará también sollozando, con ocasión del estado moral del pueblo judío y de los castigos que le amenazaban (40). El Verbo encarnado (es grato el verlo comprobado) no se consideraba ajeno a las lágrimas, que en el fondo manifiestan uno de los aspectos más hermosos de la naturaleza humana.

Algunos judíos dijeron entonces: "¿Ved cómo le amaba!" Otros, por el contrario, insinuaron malévolamente: "¿Pues El, que abrió los ojos del que nació ciego, no pudiera hacer que éste no muriese?" Cuando menos, hacen una confesión importante: reconocen la verdad de la maravillosa curación que oficialmente había sido comprobada por las autoridades reli-

(37) Véase Santo Tomás, *Summa Theol.*, pars. III, q. XVIII, a. 6.

(38) ... ἔδακρυον (Vulg., *lacrymatus est*).

(39) ... Κλαίοντες, κλαίοντας (Vulg., *plorantem, plorantes*).

(40) Luc., XIX, 41.

giosas, en la misma Jerusalén (41), y cuyo recuerdo, aun después de varios meses, perduraba en la memoria de las gentes. Pudieran haber citado las dos resurrecciones que había obrado anteriormente; pero, como de fecha más lejana y hechas en Galilea, presentaban menos interés para los habitantes de Jerusalén, fuera de que acaso las ignoraban.

En este momento estremécese de nuevo el Salvador, quizás por causa de aquellos murmullos injuriosos que denotaban odio implacable y que interpretaban falsamente los más delicados sentimientos. El sepulcro donde estaba el cadáver de Lázaro era una cripta de familia, abierta en la roca, y semejante a las que aún se ven en gran número en los alrededores de Jerusalén. Penetrábase en tales criptas unas veces a pie llano, por una abertura horizontal (42), y otras por una escalera dispuesta verticalmente (43). Una piedra grande cerraba la entrada, para impedir que los ladrones nocturnos despojasen los cadáveres o que las fieras los devorasen. Detrás de la piedra solía haber una sala, más o menos espaciosa, en cuyas paredes se abrían nichos para recibir los cuerpos (44). Si la familia era numerosa, no era raro que el sepulcro constase de varias cámaras, unidas entre sí por pasillos subterráneos (45).

"Quitad la piedra", ordenó Jesús. En este enérgico mandato se presiente al dueño de la vida. Entonces Marta, suponiendo que el Salvador solamente mandaba abrir el sepulcro para contemplar por última vez el rostro de su amigo, no pudo retener esta expresión, en que se muestran un pudor y una angustia verdaderamente fraternales: "Señor, ya hiede, porque es muerto de cuatro días." Repugnaba a su afecto dejar que tantos testigos presenciasen los estragos que la muerte había producido en el cuerpo de su hermano. No obstante que ella misma había pedido un milagro, no sospechaba aún la intención de Jesús. Es de creer que el cadáver, según se usaba en las familias pudientes, habría sido embalsamado, pero no al estilo complicado de los egipcios, sino conforme al método judío, que

(41) Joan., IX, 1-41.

(42) L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, pl. XXI, figuras 6, 7, 8; pl. XXIII, fig. 4.

(43) *Ibid.*, pl. XXIV, fig. 2.

(44) *Ibid.*, pl. XX, fig. 5; pl. XXIV, fig. 3.

(45) *Ibid.*, pl. XX, fig. 7; pl. XXI, fig. 1.

consistía simplemente en rodear el cuerpo de sustancias aromáticas pulverizadas, lo que sólo por algún tiempo retardaba la corrupción. Con una palabra tranquilizó Jesús a Marta: “¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?” Se lo había dicho, en efecto, por medio del mensajero que le había llevado la noticia de la enfermedad de Lázaro.

Quitaron, pues, la piedra que cerraba la entrada del sepulcro. El momento era solemne, y es de imaginar la emoción que dominaría a todos los que estaban presentes. Entonces Jesús, después de haber levantado los ojos al cielo, como para ponerse en comunicación más íntima con su divino Padre, pronunció en voz alta esta sublime oración, no de petición, como las nuestras, sino acción de gracias anticipada: ¡tan seguro estaba de su poder y tan poco temía que los hechos le desmintieran!: “Padre, gracias te doy porque me has escuchado. Cuanto a mí, bien sabía que siempre me oyes; mas por causa del pueblo que me rodea lo dije, para que crean que Tú me has enviado.”

Las últimas palabras declaran bien el fin del milagro que Jesús va a obrar, y dan a su acto carácter de prueba decisiva. Ahora se verá si el Padre está verdaderamente con El, como tantas veces ha afirmado, y si ha recibido del cielo el mandato mesiánico que con tanto vigor reclama.

Acabada su invocación, y vuelto hacia el sepulcro, Jesús gritó con voz fuerte, señal de una voluntad segura de sí misma: “¡Lázaro, ven fuera!” (46). Y al punto, dice el evangelista, “el que había estado muerto salió”. No sabemos si las vendas de lino que envolvían sus piernas y sus brazos estaban arrolladas a cada miembro, según el uso egipcio, o si no los envolvían sino muy flojamente. Como quiera que fuese, Lázaro pudo dar, aunque penosamente, algunos pasos para salir del sepulcro. Pero Jesús vino entonces en su ayuda, diciendo a los asistentes: “Desatadlo y dejadlo ir.” Espantados y maravillados a la vez, nadie había pensado en tal cosa; únicamente el taumaturgo había conservado su serenidad. Con esa sencilla noticia acaba el evangelista, de manera inesperada, su descrip-

(46) Literalmente, según el griego: “Lázaro, aquí, fuera”, es decir: “Sal del sepulcro y ven acá.”

ción del extraordinario milagro obrado por Nuestro Señor. Ni una palabra de la alegría de las hermanas ni de la impresión de los asistentes; nada del mismo Lázaro ni del resto de su vida. He ahí, aparte las demás pruebas, una señal palpable de veracidad. De cierto, los Evangelios apócrifos no hubieran referido así el hecho (47).

San Juan, después de esta narración tan sobria y, con todo, tan completa, menciona dos consecuencias que luego se siguieron de la resurrección de Lázaro. La primera fué felicísima: muchos de los judíos que acompañaban a Marta y a María, y que habían sido testigos del milagro, creyeron en Jesús y lo reconocieron por Mesías. Con lo que uno de los fines que Jesús había indicado y que formalmente había expresado en su oración poco antes de resucitar a su amigo, quedaba en parte cumplido. Pero también tuvo el prodigio otra consecuencia bien distinta. Algunos de los judíos, aquéllos, sin duda, cuyos murmullos hemos oído junto al sepulcro de Lázaro, cuando volvieron a Jerusalén, fuéronse en busca de los fariseos y les contaron lo que había sucedido. Aunque algunos han interpretado esta diligencia en sentido benévolo, no cabe duda sino que era abiertamente hostil; era una denuncia rencorosa, como lo prueban los hechos que siguieron. El autor del cuarto Evangelio, aquí como en casi todas sus páginas, anota con fidelidad los opuestos sentimientos de amor y de odio, de fe y de incredulidad, de que los diversos actos del divino Maestro solían ser ocasión.

Cuando los príncipes de los sacerdotes, es decir, los principales miembros del partido saduceo y los fariseos y, por consiguiente, los jefes de las dos clases más influyentes del judaísmo contemporáneo de Nuestro Señor tuvieron noticia de aquel prodigio inaudito, que iba a aumentar la fama y autoridad de aquel a quien reputaban de enemigo peligroso, experimentaron grande alarma. Y así, aunque solían andar en opuestos bandos y disputaban entre sí sobre quién ejercería la dirección política y religiosa de Israel, los vemos asociarse una vez más para deshacerse de Jesús, a quien todos por igual eran hostiles. Con sus habilidades y protestas alcanzaron se

(47) Véase el apéndice I.

convocase con urgencia el Sanedrín a junta extraordinaria, para idear los arbitrios que habían de poner en obra sin tardanza. Según antigua tradición celebróse la junta en una casa de campo que el Sumo Sacerdote Caifás, que era el presidente oficial del Sanedrín, tenía en una colina situada al Sur de Jerusalén, detrás del valle de Hinnon (48), y después se llamó el Monte del Mal Consejo.

Fué borrascosa la discusión. “¿Qué hacemos?—decían—, porque este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, creerán todos en El, y vendrán los romanos y arruinarán nuestro lugar (49) y nuestra nación.” Mirando las cosas a la luz a que ellos las miraban, no era quimérico este tempr. “No eran, pues, sus palabras, como a veces se ha dicho, puramente un grito de alarma hipócrita, para legitimar luego su crueldad para con Jesús; expresaban una seria y real inquietud. Conocían a Roma y conocían a su pueblo. Roma era muy celosa de sus derechos sobre las provincias que había conquistado, y algunas sediciones anteriores, reprimidas sin compasión, la inducían a desconfiar de los judíos. A la menor ocasión estallaba su cólera violenta e irresistible (50). Por otra parte, los más de los judíos, llenos de prejuicios, se imaginaban al Mesías como a un poderoso libertador, que primero sacudiría el yugo de los romanos y luego dominaría como rey al mundo entero. Sólo esperaban su aparición para alistarse debajo de su bandera y caminar con El a la victoria y a la venganza. Sabíanlo los miembros del Sanedrín, y el tiempo vino a demostrar que no eran infundadas sus siniestras previsiones. La rebelión de los judíos condujo su nación y su capital a la ruina definitiva. Pero conocían mal a Jesús, Mesías según el corazón de Dios, cuyo reino era celestial y que sólo aspiraba a conquistar las almas. Si fielmente se hubieran colocado debajo de su cetro, no hubieran tenido motivos de temer, en su pacífico reinado, las desastrosas consecuencias que inquietaban a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos” (51). Notémoslo: a pesar de la violencia de su odio, estos hombres ini-

(48) Fillion et Nicole, *Atlas archéologique de la Bible*, pls. XIV y XV.

(49) Es decir, Jerusalén, la capital de la teocracia.

(50) Cf. Luc., XIII, 1.

(51) L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Jean*, págs. 236-237.

cuos y crueles sólo un reproche hallan que hacer a Jesús: sus muchos milagros, que le atraen el afecto de la turba. Y no es menos para notado que, a pesar de su animadversión, ni por un instante piensan en negar la realidad de los prodigios del Salvador.

Todos convinieron en que era preciso obrar, y obrar rápidamente, contra Jesús. Mas como en la deliberación no se había llegado a una conclusión concreta, el Sumo Sacerdote Caifás concertó todas las voluntades, sugiriendo un medio sumario y expedito de desviar el peligro. “Vosotros no sabéis nada”, dijo a modo de exordio, a la manera ruda y desdeñosa de los saduceos (52). Y luego hizo su infame propuesta: “¿No pensáis que mejor os es que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca?” Con esto proponía la muerte de Jesús aquel Pontífice sin escrúpulos, valiéndose de un abominable sofisma y alegando como disculpa la razón de Estado, que a tantos crímenes ha servido de velo. Parece que no hubo entonces votación formal, ni tampoco era necesaria; pero la propuesta de Caifás quedó aceptada, y desde aquel día los miembros del Sanedrín trabajaron por deshacerse de Jesús cuanto antes posible y por todos los expedientes imaginables. De allí adelante conspiraron de continuo contra El.

A propósito de las palabras de Caifás hace el evangelista una importantísima observación: “Esto no lo dijo de sí mismo, sino que, como Sumo Pontífice aquel año (53), profetizó que Jesús había de morir por la nación (54), y no solamente por la nación, mas también para juntar en uno los hijos de Dios, que estaban dispersos.” En pasados tiempos, en los trances difíciles de Israel, los Sumos Sacerdotes judíos habían tenido el privilegio de proferir vaticinios después de haber consultado con el Señor (55). Dios había restablecido momentáneamente aquel maravilloso privilegio en la persona de Caifás, quien, queriendo condenar a Jesús a muerte cruel e inmerecida, había profeti-

(52) Josefo, *Bell. jud.*, II, VIII, 14.

(53) Es decir, en aquel año que se iba a hacer célebre por la muerte redentora del Cristo. El pronombre está fuertemente acentuado.

(54) La nación judía, el pueblo teocrático.

(55) Cf. Ex., XXVIII, 30; Num., XXVIII, 19; I Reg., XXXVIII, 6; etcétera.

zado, sin advertirlo, la salvación que aquella muerte había de procurar a Israel y a todo el linaje humano. No habló, pues, como hombre privado, sino inspirado por Dios y a título de supremo pontífice de la teocracia. Las ovejas del Buen Pastor estaban dispersas por todo el mundo; después de su muerte y su resurrección El las agrupará para formar un solo rebaño.

Más de una vez hemos dicho que Jesús, antes de lo que El llamaba "su hora", no arrostraba el peligro sin verdadera necesidad. No sintiéndose, pues, ya seguro en los alrededores de Jerusalén, se retiró con sus apóstoles a una localidad llamada Efrén, o Efraim (56). Según la opinión más probable, era esta aldea la misma que en los libros de Josué y de los Jueces (57) se llama Ophrah; en los escritos de Josefo (58), Efrén. El historiador judío la coloca en las montañas de Judea, al Nordeste y no lejos de Betel, en el sitio que lleva el nombre de *Tayibéh* (59). Allí termina la punta septentrional del desierto de Judá, en el que Jesús podría refugiarse fácilmente si sus enemigos querían turbar su reposo. En aquella soledad pasó tranquilo algunos días o quizás algunas semanas.

Se aproximaba la Pascua, la última de su vida terrestre, y ya los peregrinos acudían de todas partes a la ciudad santa. Los que más se apresuraban eran, como nota el narrador, aquellos judíos que querían purificarse, antes de la fiesta, de algunas manchas legales, con particulares ritos que sólo podían celebrarse en el Templo y que a veces requerían varios días (60). Como había sucedido con ocasión de la fiesta de la Dedicación (61), Jesús era también ahora el objeto de todos los pensamientos y el tema de todas las conversaciones. Por todas partes se le buscaba, y como por ningún lado se le veía, preguntábanse de grupo en grupo: "¿Qué os parece? ¿Que no vendrá a la fiesta?" Cautivaba cada vez más la atención pública, pues sabíase que el Sanhedrín, además de haber dado contra El orden de arresto, había llegado hasta a declarar que

(56) Esta segunda lección, *Ἐφραίμ*, es la más autorizada.

(57) Jos., XVIII, 23; Jud., VI, 15.

(58) *Bell. jud.*, IV, ix, 9.

(59) Fillon et Nicole, *Atlas géogr.*, pl. X y XIII; Robinson, *Palästina und die angrenzenden Länder*, t. II, págs. 333-335; V. Guérin, *Description de la Palestine, Judée*, t. III, págs. 4-6.

(60) Num., VI, 1-21; II Par., XXX, 16-20; Act., XXI, 24.

(61) Joan., VII, 11.

quienquiera que conociese el lugar de su retiro estaba obligado a manifestarlo: prevención que no carecía de cierta habilidad, pues tendía a desacreditar a Jesús, presentándolo como hombre peligroso, y hasta gravemente culpable. Es, pues, inminente el momento decisivo, y pronto los enemigos del Salvador habrán llegado a punto de colmar la medida de sus deseos.

III.—JESÚS SUBE A JERUSALÉN PARA CONSUMAR ALLÍ SU SACRIFICIO. ALGUNOS INCIDENTES DEL VIAJE. LA UNCIÓN DE BETANIA.

Cuando llegó el momento de ir a Jerusalén, para celebrar allí la Pascua, Nuestro Señor salió de Efrén, acompañado siempre de sus apóstoles. Según el relato de San Marcos, que en este lugar es más dramático que nunca (62), el Salvador caminaba delante, a alguna distancia de los suyos. Sabía que al término de este viaje hallaría el Calvario. Pero este mismo pensamiento le infundía un generoso ardimiento. Iba, pues, con paso resuelto, como caudillo que quiere arrastrar a sus soldados. Detrás de El iban los Doce, pero como tropa tímida que, presintiendo el peligro, camina hacia él vacilante. Por la actitud de su Maestro entendían que pronto iban a suceder graves acontecimientos, en los que ellos forzosamente habían de intervenir. "Y se espantaban—escribe el evangelista—y le seguían con miedo." Ya antes (63) nos había mostrado también San Lucas al Salvador "afirmando su rostro" para subir a Jerusalén y sufrir allí la muerte.

Como el divino Maestro viese la turbación de los discípulos, deteniéndose de pronto y juntándolos cerca de sí, juzgó oportuno predecirles a las claras por tercera vez—sin hablar de las breves alusiones hechas acá y allá—la suerte que le esperaba. Hábiales predicho su muerte primeramente después de la confesión de San Pedro (64); luego, después de la transfiguración (65). "He aquí—les dice ahora—que subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que del Hijo del

(62) Marc., X, 32.

(63) Luc., IX, 51.

(64) Matth., XVI, 21; Marc., VIII, 31; Luc., IX, 22.

(65) Matth., XVII, 21-22; Marc., IX, 30-31; Luc., IX, 44-45.

hombre escribieron los profetas.” Hemos tomado del tercer Evangelio esta solemne introducción, que nos presenta a Nuestro Señor comprendiendo en una sola mirada todos los oráculos del Antiguo Testamento, relativos a su pasión y a su muerte, y disponiéndose a cumplirlos plenamente. Luego añadió:

“El Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas y a los ancianos, y le sentenciarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le matarán, y al tercer día resucitará.”

Hemos tomado esta cita del texto de San Marcos (66), al que, por lo demás, se asemeja mucho el de los otros dos sinópticos. Comparando esta profecía con las otras dos a que antes aludíamos, échase de ver que es mucho más explícita y clara. Así convenía, pues quería el Salvador que cuando llegasen los dolorosos acontecimientos que describe con tanta claridad como si contemplase la realidad misma, no hallasen a sus apóstoles desprevenidos y acobardados. La tragedia que acabará en el Gólgota está dividida como en seis actos, brevemente resumidos: una primera traición, cuyo autor no será revelado sino en la tarde del Jueves Santo, y que pondrá al Cristo en manos del Sanedrín; la sentencia de muerte, dada por el Tribunal judío; una segunda traición, que entregará al Salvador en manos de los paganos; la pasión propiamente dicha, cuyas principales escenas se mencionan; los insultos de todo género con que ultrajarán a la augusta víctima; después, la muerte, a la que sólo San Mateo da aquí su nombre propio de crucifixión; por fin, la resurrección, en que se termina la dolorosa enumeración, a modo de rayo luminoso que ha de infundir esperanza en el corazón de los apóstoles. Todo esto sucederá pronto, durante la Pascua que ahora lleva a Jesús y a los suyos a Jerusalén.

Las dos predicciones anteriores habían apenado a los Doce, pues todos, excepto el traidor, amaban tiernamente a su Maestro; pero de tal modo se oponían, según vimos, a sus locas esperanzas mesiánicas, que, resbalando sobre su espíritu, apenas penetraron en él. Otro tanto ocurrió esta vez, como observa

(66) Marc., X, 33-34; Cf. Matth., XX, 18-19; Luc., XIX, 32-33.

enfáticamente San Lucas: “Mas ellos nada de estas cosas entendían; y este lenguaje les era encubierto, y no entendían lo que se les decía.” Como no querían un Mesías paciente y humillado hasta la muerte y se habían formado del reino inaugurado por Cristo una idea de todo en todo terrestre, no entendían este lenguaje, que les parecía un enigma indescifrable. Estaban, sí, entristecidos; pero excusaban volver la vista a este cuadro desolador, que en su pensamiento sólo era una pintura exagerada.

En esto, un incidente imprevisto vino a poner de manifiesto cuán grande era la falta de inteligencia que el evangelista ha reprochado tácitamente a los Doce (67). Salomé, la madre de Santiago el Mayor y de Juan, una de las piadosas galileas que solían seguir a Nuestro Señor en sus viajes de misión y que subvenían a sus necesidades (68), se le llegó, acompañada de sus dos hijos, y se prosternó ante El, pues tenía, según alegaba con simulada discreción, “algo que pedirle”. Su plan estaba hábilmente tramado, y describenlo muy bien los evangelistas; pero pronto lo frustró Jesús: “¿Qué quieres?”, preguntó a Salomé. “Manda—replica ella—que estos mis dos hijos se sienten en tu reino, el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda” (69). Como hoy, el sitio de honor era a la derecha del personaje principal; el segundo lugar era a su izquierda (70). Lo que Salomé deseaba para sus dos hijos era, pues, que el Salvador les reservase el oficio de primeros ministros cuando estableciese definitivamente su reino, cosa que, según ella pensaba, coincidiendo en esto con los apóstoles, no podía tardar. Esta madre, aunque en otro orden excelente, se había dejado llevar momentáneamente de los imperfectos sentimientos de la naturaleza; pero es probable que su intervención fué sugerida por Santiago y Juan, que, no atreviéndose a expresar por sí mismos su singular petición, enviaron por delante a su madre, esperando que ella recibiría del Salvador acogida más propicia.

(67) Contado solamente por San Mateo, XX, 20-28, y por San Marcos, X, 35-45.

(68) Luc., VIII, 1-3; Cf. Matth., XXVII, 55-56; Marc., XV, 40-41.

(69) Según San Marcos, “en vuestra gloria”. El pensamiento es el mismo.

(70) III Reg., II, 19; Ps., CIX, 1; Act., VII, 55-56; Rom., VIII, 34; Josefo, *Ant.*, VI, XI, 9.

Petición semejante, hecha inmediatamente después del anuncio de la pasión, no podía ser más inoportuna. Pero poco tiempo hacía había hablado Jesús de doce tronos en que se sentarían algún día sus apóstoles, y éstos estaban persuadidos de que ese día brillaría pronto. Entendían también que el viaje actual de su Maestro a Jerusalén tenía decisiva importancia y que sin duda iba a hacerse reconocer por Mesías; urgía, pues, la hora para los que ambicionaban los primeros puestos. El Salvador, volviéndose hacia los dos hermanos, y dejando a un lado a Salomé, que había obrado simplemente como representante de ellos, díjoles con benevolencia en la forma, pero con un tono firme que acentuaba el reproche: "No sabéis lo que pedís." En efecto, Santiago y Juan habían obrado como niños, que no entendían la trascendencia de su petición. "¿Podéis—continuó el Salvador—beber el cáliz que yo he de beber y ser bautizados con el bautismo con que yo he de ser bautizado?" Con estas dos imágenes significaba el amargo cáliz de sus padecimientos y de su muerte y el bautismo de sangre que pronto recibiría bajo los azotes de los verdugos y en la cruz. Aunque a veces, en los libros sagrados, el cáliz figura la alegría (71), también representa la tristeza y la desgracia (72), y en este último sentido el Hijo del hombre conjurará en Getsemaní a su Padre que lo aparte de sus labios (73). La segunda metáfora aparece también en la Biblia y en la literatura profana (74), para indicar las aguas profundas del dolor en las cuales se corre el peligro de hundirse. Las dos imágenes tienen, pues, la significación idéntica.

A la pregunta del Salvador respondieron al punto los hijos de Zedebeo: "Podemos". Que al hablar así eran sinceros prueba el resto de su vida. Su amor a Jesús, aunque imperfecto aún, era ardiente y generoso, y aunque la ambición tuviese mucha parte en su demanda, excusábala, o al menos la explicaba, el deseo que tenían de estar para siempre cerca del Maestro. Replicóles Jesús: "En verdad beberéis el cáliz que yo he de beber y seréis bautizados con el bautismo con que yo

(71) Ps., XXII, 5; CXV, 13.

(72) Ps., LXXIV, 9; Is., LI, 17, 22; Thren., IV, 21; Ez., XXIII, 31.

(73) Matth., XXVI, 39, 42.

(74) Job., XXII, 11; Ps., XVII, 16; XLI, 8; LXVIII, 1-3; etc.

he de ser bautizado; pero en cuanto a sentaros a mi diestra o a mi siniestra, no me toca a mí el dároslo a vosotros, sino a aquellos para quienes está aparejado." Jesús remitía a los dos hermanos a los eternos decretos de su Padre celestial, en los que El nada podía cambiar. Ciertamente que Cristo tiene derecho a distribuir a los elegidos la recompensa que ellos hubieren merecido (75); pero no usa de él sino conforme a la voluntad divina. En cuanto a la prueba que Santiago y Juan se creían capaces de soportar, la sufrirán a su tiempo, pues Jesús les otorgará el honor de asociarlos a su cruz.

Esta predicción se cumplió a la letra, pues Santiago el Mayor fué el primero de los apóstoles que tuvo la gloria de sufrir la muerte por Jesucristo (76), y San Juan soportó toda clase de padecimientos por la causa cristiana hasta el fin de su larga vida (77). Aunque el discípulo amado fué quizá el único miembro del colegio apostólico que no padeció la muerte de manos del verdugo (78), todavía merece la aureola del martirio, pues, arrestado en Efeso y conducido a Roma por orden de Domiciano, fué echado en una caldera de aceite hirviendo (79). Después fué desterrado a la isla de Patmos, como él mismo refiere al principio de su Apocalipsis (80).

Así que Jesús había acabado su amonestación, los otros diez apóstoles, que habían asistido a toda la escena, dieron rienda suelta a la indignación que en ellos había excitado el proceder de los dos hermanos. No porque ellos fuesen más perfectos, pues tenían iguales prejuicios respecto del Mesías y de su reino, sino porque creían lesionados sus propios derechos por la petición de Salomé, ya que también ellos ambicionaban los primeros puestos. Sus celos hubieron de manifestarse con murmullos y amargos reproches. Era evidente que también ellos necesitaban una lección, por lo que Jesús, reuniéndolos en torno de sí,

(75) II Tim., IV, 8; Apoc., XXII, 12.

(76) Act., XII, 2.

(77) L. Cl. Fillon, *S. Jean l'évangéliste, sa vie et ses écrits*, páginas 134-141.

(78) El tardío relato de Jorge Hamartolos, escritor griego del siglo IX, según el cual el apóstol fué martirizado por los judíos, carece de todo fundamento. Los autores antiguos que hablan de su muerte nunca dan a entender que ésta fuera efecto de la violencia.

(79) Tertuliano, *De praescrip.*, 36; San Jerónimo, *Adv. Jovinian.*, I, 26.

(80) Apoc., I, 9.

les trazó en breves, pero elocuentes palabras, el cuadro de la verdadera grandeza cristiana, que opuso a la falsa grandeza del mundo, para desviar el corazón de sus discípulos de la ambición y la rivalidad, vicios del paganismo, que deberían ser destruidos de su Iglesia. Díjoles:

“Sabéis que aquellos que se ven mandar a las gentes se enseñorean de ellas y que los príncipes de ellas tienen potestad sobre ellas. Mas no es así entre vosotros; antes, el que quisiere ser el primero entre vosotros será siervo de todos. Porque el Hijo mismo del hombre no vino para ser servido, mas para servir y dar su vida en rescate de muchos” (81).

Como antes, cuando se dirigía a Santiago y San Juan, el tono de estas palabras no respira sino benevolencia. Jesús habla a los suyos como un hermano mayor que explica a los más jóvenes y menos experimentados de la familia qué conducta han de seguir. Esta breve instrucción comprende dos pensamientos principales: un ejemplo que se debe evitar y otro que se debe seguir. El ejemplo que se ha de evitar es el de los déspotas, grandes y pequeños, que entonces estaban al frente del imperio romano, de sus provincias y de los reinos llamados asociados. Aquellos a quienes Cristo se dignó confiar el cuidado de gobernar en su nombre a los fieles no han de tener nada de común con ese espíritu de dominación orgullosa; antes se harán los servidores de todos. El ejemplo que han de seguir es el del mismo Salvador, quien, a pesar de su altísima dignidad y de su naturaleza divina, se bajó hasta cumplir el humilde oficio de siervo y aún más, hasta dar su vida en rescate por la salvación de muchos, es decir, de todos cuantos quisiesen apropiarse la redención.

Se acercaba ya Jesús a Jericó, que era, después de Jerusalén, la ciudad más floreciente de Judea. Ocupaba una parte considerable de la llanura situada al pie de los montes de la Cuarentena, a 11 kilómetros del Jordán y a 250 metros debajo del nivel del Mediterráneo (82). Rodeábala por todos lados el triste desierto de Judá; pero la población y sus aledaños, por virtud de manantiales abundantes (83) y de un hábil sistema de riego, era un oasis de fertilidad maravillosa, del que el his-

(81) Matth., XX, 25-28; Marc., X, 42-45.

(82) L. Cl. Fillion, *Atlas géogr. de la Bible*, pl. XVIII.

(83) IV Reg., II, 19-22.

toriador Josefo hace una entusiasta descripción (84). Sus productos agrícolas eran tan abundantes como variados; bosques de palmeras, de bananos, de sicomoros y otros árboles se unían al frescor de las fuentes, para contrarrestar el calor tropical de aquella región. Augusto había hecho donación de la ciudad al rey Herodes, que la había embellecido y agrandado y había construido el rico palacio donde él fué a morir. La antigua ciudad, conquistada por Josué, estaba situada más al Norte, cerca de la fuente llamada de Eliseo (85). De tantos esplendores y riquezas no queda hoy más que una aldehuela miserable, llamada *Er-Riha*, compuesta de casuchas de tierra, con techo de ramaje, que tiene unos quinientos habitantes. Los hermosos árboles de antaño han desaparecido casi por entero. Actualmente se intenta restablecer el antiguo cultivo y devolver a aquella región su perdida fertilidad.

La llegada de Nuestro Señor a Jericó fué ocasión de dos interesantes episodios que acaecieron, el uno al entrar en la ciudad (86) y el otro en el momento de salir de ella. Cuando se supo que Jesús llegaba, toda la población se puso en movimiento, y las calles por donde había de pasar se llenaron de espectadores. El jefe de los publicanos del distrito (87), un judío llamado Zaqueo, que se había enriquecido en este puesto lucrativo, había oído hablar mucho de Jesús, a quien, sin duda, le habían representado como amigo de las gentes de su oficio. Así es que deseaba ardientemente ver de cerca a personaje de tanta fama; por lo que, cuanto antes pudo, acudió a su paso. Pero como la calle por donde pasaba entonces el Salvador estaba ya llena de gente, pronto advirtió Zaqueo que, por su pequeña estatura, no le sería posible ver al Salvador. Su deseo no nacía de vulgar curiosidad, sino que atestiguaba ya un co-

(84) *Bell.*, IV, VIII, 2-3.

(85) Se han descubierto curiosísimas ruinas de 1907 a 1909.

(86) Referido sólo por San Lucas, XIX, 1-10.

(87) El texto griego le da el título de *ἀρχιτελώνης* (Vulg., *princeps publicanorum*), que en ninguna otra parte se halla, y cuya significación precisa es difícil determinar. Jericó era centro de un comercio considerable de bálsamo y de otros productos agrícolas. Era, además, punto de tránsito, no menos importante, de mercancías que venían del Este y del Norte, hacia Jerusalén y regiones circundantes. Se comprende, pues, que hubiese allí bastantes recaudadores o publicanos. Véase Josefo, *Ant.*, XIV, iv, 1; XV, iv, 2; Justin, *Hist.*, XXXVI, 3; Plinio, *Hist. nat.*, XII, 54.

mienzo de fe en Jesús. Los obstáculos que encontró excitaban más su ardor. Viendo a cierta distancia un sicomoro (88), plantado junto al sitio mismo por donde iba a pasar Jesús, se llegó a él corriendo, hizo un esfuerzo y consiguió acomodarse en una de las ramas inferiores, que, en este árbol, crecen de ordinario cerca del suelo y se extienden en todas sus direcciones (89).

Cuando el Salvador se acercó al sicomoro, levantó los ojos —mirada que recuerda la que había dirigido a Natanael en los primeros días de su ministerio (90)—, y dijo bondadosamente al jefe de los publicanos: “Zaqueo, desciende presto, porque es menester que yo me quede hoy en tu casa.” Parece que fué ésta la única vez que Jesús se convidó espontáneamente a recibir hospitalidad en una casa, y por cierto lo hizo de un modo regio y familiar a un tiempo. Por lo demás, todo induce a creer que sólo permaneció breve tiempo, algunas horas cuando más, en casa de Zaqueo. Fácil es de imaginar la presteza con que el publicano bajó del árbol y el recibimiento que a tal huésped hizo. Pero muchos se escandalizaron de que Jesús se hospedase en casa de un hombre tenido generalmente por pecador público, y manifestaron con murmullos su descontento.

Entretanto, Zaqueo, puesto de pie respetuosamente (91) ante su augusto huésped, le decía (lo demás de la escena debió de pasar dentro de casa): “Señor, he aquí que doy a los pobres la mitad de mis bienes, y si a alguien defraudé le restituyo el cuádruplo.” Con estas palabras expresaba una doble y firmísima resolución (92). Como recuerdo de la honra que le había hecho Jesús, y en señal de que con fe inquebrantable lo tenía por el Mesías prometido, se obliga en primer lugar a dar a los pobres la mitad de su hacienda; después anuncia que si viene a comprobarse que se ha hecho culpable de alguna injusticia

(88) Este árbol, que sólo crece en las partes más cálidas de Palestina, especialmente en el valle del Jordán, nada tiene de común con el falso sicómoro de Europa. Como indica su nombre griego, participa a la vez de la higuera y del moral; de la higuera, por sus frutos, y del moral o morera, por sus hojas.

(89) Tristram, *Natural History of the Bible*, 398; Thomson, *The Land and the Book*, págs. 23-25; L. Cl. Fillion, *Atlas d'hist. naturelle de la Bible*, pl. XVII, fig. 346.

(90) Joan., I, 47-48.

(91) El griego *στοθεῖς* indica una actitud digna y solemne.

(92) En tiempo presente: “Yo doy..., yo devuelvo”, en vez del futuro.

—falta casi inevitable en el ejercicio de sus funciones de publicano—, compensará con el cuádruplo el daño causado al prójimo. La ley judía no exigía restitución de tanta monta sino cuando el objeto robado había sido enajenado por el ladrón o había perecido en su poder (93). De ordinario, no había obligación de restituir más que el doble (94), y aun si la restitución se hacía espontáneamente, se tenía por bastante añadir una quinta parte del valor del objeto.

Tales sentimientos, libremente expresados, eran señal indudable de sincera conversión. De lo cual Jesús se congratuló públicamente con Zaqueo. “Hoy—dijo con afable gravedad—ha venido la salud a esta casa, porque él también es hijo de Abraham, porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que había perecido.” Con esto indicaba Nuestro Señor dos motivos que justificaban plenamente su conducta en aquella ocasión. El primero consistía en el derecho de Zaqueo mismo, que, sinceramente convertido, tornaba a ser un verdadero israelita, digno de Abraham, su antepasado. El segundo, de naturaleza aún más elevada, recordaba el oficio, la sublime divisa del Cristo, que había venido muy principalmente a buscar las ovejas descarriadas y conducir las al redil.

Probable es también que en la misma casa del jefe de los publicanos, y ante la concurrencia que allí se había reunido, propuso Jesús la parábola de las minas, cuyo texto sólo San Lucas nos ha transmitido (95). Una breve introducción histórica indica el motivo que indujo al divino Maestro a trazar precisamente entonces este cuadro, cuyo conjunto se refiere a su segundo advenimiento. “Estaba entonces cerca de Jerusalén”, de la que sólo le separaba una jornada de siete a ocho horas de camino (96), y todos sus partidarios, incluso sus apóstoles, “pensaban que al punto se manifestaría el reino de Dios”. Obstinábanse en creer que Jesús subía esta vez a la ciudad santa para que allí le proclamasen Rey-Mesías y para establecer definitivamente su reino, rodeado de todas las glorias humanas

(93) Ex., XXII, 1.

(94) Ex., XXII, 4-9.

(95) Luc., XIX, 11-28.

(96) Entre Jericó y Jerusalén hay unos 28 kilómetros (según Josefo, 150 estadios).

que soñaban las imaginaciones judías. Importaba calmar esta vana y peligrosa efervescencia, mostrando, por medio de esta composición poética, en primer lugar, que transcurriría mucho tiempo antes que el Cristo retornase para este establecimiento definitivo (97); en segundo lugar, que sus discípulos deberían emplear este largo intervalo en trabajar seria y asiduamente en su santificación si querían ser galardonados en su último advenimiento; en fin, que sus enemigos, que con todas sus fuerzas es oponían a su entronización en la forma que Dios quería, no escaparían del justo castigo. He aquí una especie de exordio, que expone claramente la situación:

“Un hombre de ilustre cuna se fué a un país lejano para recibír allí su reino y regresar después. Y habiendo llamado a diez de sus servidores, les dió diez minas y les dijo: Negociad con ellas en tanto que yo vuelvo. Mas los habitantes de su ciudad le aborrecían, y enviaron en pos de él una embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros.”

Este hombre de noble alcurnia (98) que se va lejos para recibir la investidura del reino a que tiene derecho (99) representa a Nuestro Señor Jesucristo, que estaba a punto de volver al cielo, de donde no descendería sino después de largos siglos, cuyo número no ha revelado. Mientras espera su regreso, el príncipe pone a prueba la capacidad y la fidelidad de varios de sus servidores, a quienes se propone asociar más adelante a su gobierno, a título de ministros. Por esto entrega a cada uno de ellos una suma, para que, en su ausencia, la acrecienten y hagan fructificar. La “mina” (100) no era propiamente una moneda que tuviese curso. Después de haber servido de peso —tal es el sentido del hebreo *maneh*—, había venido a ser una moneda ficticia, como el talento (101). En este caso se refería

(97) Este pensamiento tiene aquí especial importancia, pues por sí sólo refuta la objeción racionalista según la cual Jesús daba por muy próximo el fin del mundo actual y el pronto establecimiento del reino mesiánico en forma gloriosa y definitiva.

(98) *Εὐγενής* (Vulg., *nobilis*), “de noble linaje”.

(99) Esta circunstancia está tomada de las costumbres de aquella época. Muchos príncipes, tanto en Palestina como en sus cercanías (en Judea), en Chalis, en Abila, en Emesa, en Damasco, etc.), tuvieron que ir a Roma para recibír la investidura del Senado o del emperador. Véase sobre este punto una significativa observación del autor del libro primero de los Macabeos, VIII, 13.

(100) En griego, *μνα* (Vulg., *mna*), nombre que procede del hebreo, pasando por el fenicio.

(101) Véase el t. III, págs. 342-344.

Jesús probablemente a la mina ática, que constaba de 100 dracmas, y valía unas 90 pesetas. La suma confiada a cada uno de los servidores era, pues, de 900 pesetas, y la suma total, de 9.000 pesetas.

La circunstancia de los enemigos del príncipe y de la embajada que enviaron al soberano de quien dependía la investidura ofrece aquí particular interés, pues fué, sin duda, sugerida a Nuestro Señor por hechos que habían acaecido en Palestina poco después de su nacimiento. Como en su lugar dijimos (102), a la muerte de Herodes el Grande su hijo Arquelao fué a Roma, para obtener del emperador la confirmación del título de rey que su padre le había legado. Los judíos, que le odiaban a causa de la crueldad de que había dado muestras al principio mismo de su gobierno, enviaron a Roma una delegación compuesta de 50 miembros influyentes, para protestar ante Augusto y conjurarle a que anulara el testamento de Herodes. También los compatriotas del Salvador se oponían, por su incredulidad, cuanto podían a que éste reinase sobre ellos, y pronto los oiremos exclamar, rechazando al Mesías y renegando de toda su historia religiosa: “No tenemos rey sino a César” (103).

La segunda parte de la parábola describe lo que sucedió después que volvió el príncipe, ya con título de rey y provisto de plenos poderes, como lo estará Jesús cuando, al fin de los tiempos, retorne en su glorioso esplendor y en su real omnipotencia.

“Y aconteció que, vuelto él, y tomado el reino, mandó llamar a los servidores a quienes había dado el dinero para saber lo que había negociado cada uno. Y vino el primero, y dijo: Señor, tu mina ha producido diez minas. Y él le dijo: Está bien, buen siervo; pues que en lo poco has sido fiel, tendrás potestad sobre diez ciudades. Y vino otro, y dijo: Señor, tu mina ha ganado cinco minas. Y dijo a éste: Tú tenla sobre cinco ciudades. Y vino otro, y le dijo: Señor, aquí tienes tu mina, la cual he tenido guardada en un pañizuelo, porque tuve miedo de ti, que eres hombre severo; llevas lo que no pusiste y siegas lo que no sembraste. Díjole: Mal siervo, por tu propia boca te condeno; sabías que yo era hombre severo, que llevo lo que no puse y siego lo que no sembré; ¿pues por qué no diste mi dinero al banco, para que cuando viniese lo demandara con los intereses? Y dijo a los que estaban allí: Quitadle la mina y dádsela al que tiene las diez minas. Y ellos le dijeron: Señor, t'ene diez

(102) Tomo I, pág. 135. Cf. Josefo, *Ant.*, XVII, ix, 13; XI, 4; *Bell. jud.*, XI, ii, 1.

(103) Joan., XIX, 15.

minas. Pues yo os digo que al que tuviere, se le dará, y tendrá más; mas al que no tiene, se le quitará aún lo que tiene. Y en cuanto a aquellos mis enemigos, que no querían que yo reinara sobre ellos, traedlos acá y matadlos delante de mí."

Uno de los primeros actos del monarca consistió, naturalmente, en pedir cuentas a aquellos siervos a quienes había confiado las minas. Los que habían negociado ventajosamente con su depósito reciben parabienes y recompensa mayor o menor, según la industria y diligencia con que habían servido a su señor. El mal siervo, que pretende disculparse con lenguaje altanero y hasta se atreve a acusar al príncipe de ser no sólo amo severo, mas también acusador injusto (104), es reducido al silencio por un perentorio argumento *ad hominem*. ¿Cómo no pensó, pues, en prestar su dinero a los banqueros? Sin ningún trabajo suyo, habría logrado preciosos intereses.

Después de haber castigado o recompensado a sus diez servidores, a cada uno conforme a sus méritos, el rey toma una resolución terrible contra aquellos que le habían hecho oposición al tiempo de su partida. La sentencia es severa, sin apelación, y se ejecuta inmediatamente, conforme a la práctica usual en los países orientales. Esta terrible sentencia es clarísima profecía de la ruina de Jerusalén y de la nación judía, en castigo de la incorregible incredulidad de los más de sus habitantes.

Dado este grave aviso a sus amigos y a sus adversarios, se despidió Jesús de Zaqueo y salió de Jericó para emprender su último viaje; pero aún hizo un señaladísimo milagro, que vamos a referir; mas antes hemos de aclarar dos puntos en que hay alguna aparente, ya que no real, contradicción entre los tres evangelistas (105).

¿En qué momento preciso se obró el milagro? Según San Mateo y San Marcos, parece que al dejar Jesús a Jericó; según San Lucas, parece que fué a la llegada. Dondequiera que el milagro acaeciese, es cuestión aquí de una circunstancia secun-

(104) Las locuciones proverbiales "llevar lo que no se ha puesto, segar lo que no sembró" significan aquí la acción de acumular riquezas sin trabajo personal, a costa de los sudores de los pobres.

(105) Matth., XX, 29-34; Marc., X, 46-52; Luc., XVIII, 35-43. El relato de San Marcos es el más completo y vivo. El de San Lucas tiene también algunas particularidades. Por lo demás, hay en las tres narraciones tal semejanza, que a veces llega a ser literal.

daria, que en nada afecta al fondo de la narración. Jesús obró una curación milagrosa cerca de una de las puertas de Jericó: he ahí el hecho esencial, en que a las claras concuerdan los tres evangelistas. Lo más probable es que la curación maravillosa sucediese a la hora de la partida, como lo dicen San Mateo, testigo ocular, y San Marcos, testigo auricular. En cuanto a San Lucas, sin duda anticipó de industria la narración de este hecho, para referir después más holgadamente el episodio de Zaqueo, que, dado su fin, tenía para él más importancia. Otros han tratado de conciliar las dos narraciones en este primer punto, recordando, como antes lo hemos hecho nosotros, que había entonces, con el mismo nombre de Jericó, dos ciudades distintas, situadas a cierta distancia una de otra: la antigua ciudad canánea, más al Norte, y la ciudad nueva, ensanchada y embellecida por Herodes el Grande y por Arquelao; de suerte que el milagro pudo haber acaecido entre las dos ciudades, a la salida de la una y a la entrada en la otra (106). Pero esta solución, por su misma sutileza, nos parece improbable.

Otra dificultad se refiere al número de ciegos que en aquella sazón fueron curados por Jesús. San Mateo dice que fueron dos; los otros sinópticos sólo mencionan uno, del que San Marcos cita hasta el nombre: Bartimeo. Varios intérpretes, así antiguos como modernos, juntando esta dificultad con la precedente las han resuelto a la vez, suponiendo que Jesús dió sucesivamente la vista a tres ciegos cerca de Jericó: a dos, cuando entró en la ciudad, y al tercero, al salir de ella (107). Mas esto es evidente exageración. Hubo, en realidad, dos ciegos, como afirma San Mateo. Si San Marcos y San Lucas no mencionan más que uno, es porque, como ya hicieron al referir la curación de los endemoniados de Gergesa (108), sólo hablan del más conocido, con lo cual en nada contradicen al primer Evangelio. Tal es la solución más comúnmente admitida por los exégetas creyentes. Como alguien ha notado muy cuerdamente, los escritores sagrados no pretendían darnos "estadísticas oficia-

(106) Véase C. Fouard, *Vie de N. S. Jésus-Christ*, segunda edic., t. II, páginas 187-188.

(107) Esta opinión sostiene San Agustín en su tratado *De consensu evangelist.*, II, 65.

(108) Tomo III, pág. 198.

les" (109); ninguno de ellos intentó formar una lista completa de los enfermos a quienes sanó el Salvador.

Ya en otra ocasión describimos la hórrida región que tenía que atravesar para ir de Jericó a Jerusalén. Al menos ahora la cruzaba rodeado de una multitud ardorosa, en medio de la cual caminaba como valiente capitán a quien no espanta ningún peligro. Esta multitud que le servía como de cortejo triunfal se componía en gran parte de peregrinos, que también iban a Jerusalén para celebrar allí la fiesta de la Pascua. Todo induce a creer que aquel día era viernes. Había de transcurrir, pues, una semana justa antes de la pasión y muerte del Salvador.

Volviendo a nuestro propósito, es de saber que a la hora misma en que Jesús salía de Jericó dos ciegos estaban sentados a la vera del camino de Jerusalén, muy cerca, pero fuera, de la puerta, implorando limosna de los que pasaban. Al oír un alboroto desusado de pasos y voces, preguntaron cuál era el motivo de aquel concurso extraordinario. Como se les respondiese que "Jesús de Nazaret" pasaba por allí, pusiéronse a gritar: "Hijo de David, ten misericordia de nosotros." Con este nombre claramente proclamaban por Mesías a Nuestro Señor, pues, como en otro lugar demostramos, el título de "Hijo de David" era el más popular que por entonces se daba al Cristo (110). Y es significativo el cambio que los dos ciegos hacen en la denominación empleada por la multitud. Aquellos desventurados habían oído hablar de enfermos semejantes a ellos a quienes Jesús había devuelto la vista, y confiaban que su compasión omnipotente no les negaría a ellos idéntica merced.

Los que iban a la cabeza del cortejo, no viendo en los dos ciegos sino vulgares mendigos, y temiendo, sin razón alguna, que molestasen a Jesús aquellos gritos descompasados, que turbaban la armonía de aquella procesión casi triunfal, mandáronles ásperamente que callasen; mas ellos no se amedrentaron, antes gritaron más fuertemente con su voz lastimera y monótona: "Señor, Hijo de David, ten misericordia de nos-

(109) J. Laidlaw, *The Miracles of Our Lord*, cuarta edic., pág. 324.

(110) Cf. Matth., IX, 27; XII, 23; XV, 22; XXI, 9, 15; etc. Véase el tomo I, pág. 299.

otros." Era tan preciosa la ocasión que se les ofrecía de recobrar la vista, que no es maravilla que con ahinco quisieran aprovecharla. Varias veces hemos visto cómo Jesús, en casos parecidos, imponía silencio a quienes proclamaban públicamente su dignidad de Mesías (111); mas ahora implícitamente acepta el homenaje que se le tributaba. ¿No iba a Jerusalén con deliberado propósito de entrar en ella triunfalmente como Mesías? Cuando oyó aquellos gritos angustiosos, se paró y ordenó que se le llegasen los dos enfermos. Calmóse con esto la multitud, que, viendo cómo Jesús se interesaba vivamente por la suerte de aquellos infelices, cesó de denostarlos y aun llegó a dirigirles palabras de afecto: "Tened buen ánimo—les dijeron—; levantaos, El os llama." No se lo dijeron a sordos. San Marcos, con su acostumbrada precisión, hace notar que Bartimeo, el más conocido de ellos, arrojó a un lado, para ir más desembarazado, la pieza de tela que le servía de manto, y se fué "saltando" a donde estaba Jesús: ¡tan vivas eran su ansia y su alegría!

Nuestro Señor, para excitar más su fe, les preguntó: "¿Queréis que os haga?" "Rabboni (Maestro) (112)—exclamaron ellos con toda su alma—, que veamos." Entonces el divino taumaturgo, movido a compasión (113), tocó sus ojos, diciendo: "Id, vuestra fe os ha salvado." E inmediatamente recobraron la vista. ¡Con qué amor no debieron de dirigir a Jesús su primera mirada! Para testificarle mejor su reconocimiento, se mezclaron, bendiciendo a Dios, con el cortejo que le acompañaba a Jerusalén, y la multitud entera participó en su acción de gracias.

Cuando Jesús llegó a Betania, que se halla en el camino de Jericó a Jerusalén, se detuvo para gozar de la hospitalidad afectuosa de sus amigos, Lázaro, Marta y María. De varios pasajes de los dos primeros Evangelios (114) resulta que, durante aquella última semana de su vida, pasaba de ordinario la

(111) Cf. Matth., VIII, 4; IX, 30; Marc., I, 25; III, 12; V, 43; VII, 36; etc.

(112) Cf. Joan., XX, 6, donde nos volveremos a encontrar con este título hebreo en labios de María Magdalena. Es aumentativo de *Rabbi*.

(113) *Σπλαγχνισθείς* (Vulg., *misertus*). Este rasgo es de San Mateo; el *rabboni* es de San Marcos.

(114) Matth., XXI, 17; Marc., XI, 11, 19, 27.

mayor parte del día en el Templo, y por la tarde volvía a Betania o al Monte de los Olivos, para pasar allí la noche.

En aquella apacible aldea, probablemente al día siguiente de la llegada del Salvador, acaeció un memorable episodio que refieren San Juan, San Mateo y San Marcos (115). A no tomar en cuenta más que lo que dicen estos dos últimos, pudiera creerse que la fecha de este episodio ha de retrasarse hasta el martes de la Semana Santa por la tarde, que fué antevíspera de la Pascua; pero una nota muy precisa con que San Juan comienza su narración nos da el verdadero orden cronológico. "Seis días antes de la Pascua—dice—vino Jesús a Betania, en donde había muerto Lázaro, al que resucitó." Las solemnidades pascuales comenzaban la tarde del 14 de nisán. Retrocediendo seis días atrás, llegaremos al 8 de nisán. Con todo, a pesar de su aparente claridad, la indicación de San Juan ofrece aún algunas dificultades, pues no sabemos si incluye en esos seis días el de la llegada a Betania y el primero de la fiesta. Mas, como quiera que sea, los cálculos que luego haremos nos demostrarán que la entrada de Jesús en Jerusalén ha de ponerse en un domingo, y como San Juan (116) nos dice que esta misma entrada acaeció al día siguiente del banquete y de la unción de Betania, cosa clara es que estos dos hechos sucedieron en sábado (117). Como estaban prohibidos los viajes en día de sábado, de creer es que Nuestro Señor llegó a Betania el viernes precedente por la tarde. Del viernes al jueves por la tarde, 14 de nisán, se cuentan precisamente seis días. Por donde se ve que San Mateo y San Marcos retrasaron de intento la mención de la comida y de la unción, para juntarla con la traición de Judas, que refieren inmediatamente después, y a la que dió ocasión la piadosa prodigalidad de María, hermana de Lázaro. En efecto, el traidor, exasperado por un acto que su avaricia reputaba gasto extravagante, y por el reproche, aunque dulcísimo, de su divino Maestro, se fué al

(115) Matth., XXVI, 6-13; Marc., XIV, 3-9; Joan., XI, 1-11. San Lucas, sin duda por haber referido ya un hecho semejante, la unción de la pecadora (Luc., VII, 36-50), no creyó preciso referir éste.

(116) Joan., XII, 12.

(117) Ya hemos dicho precedentemente que los judíos con frecuencia celebraban banquetes en ese día.

punto, después del banquete, a concertarse con los miembros del Sanedrín y hacerles su infame propuesta.

Este día de sábado fué, pues, convidado Jesús junto con sus apóstoles a un banquete en casa de un cierto Simón, que llevaba el sobrenombre de Leproso. Supónese, no sin visos de verdad, que este Simón había sido curado de la lepra por Jesús y que era ferviente discípulo suyo; pero sin razón alguna sería se le hace padre de Lázaro y de sus hermanas, o marido de Marta. Cuando menos, uníale estrecha amistad con Lázaro, Marta y María; por esto Lázaro era el principal convidado después de Nuestro Señor, y Marta, siempre activa, se había encargado del servicio de la mesa y hacía el oficio de dueña de la casa.

También María va a manifestar una vez más su temperamento apasionado y su afecto hacia el divino Maestro. Cuando ya los convidados estaban recostados en los divanes que había en torno de la mesa (118), colocóse ella detrás de Jesús. En la mano llevaba uno de aquellos frascos de alabastro, de cuello estrecho y largo, en que los antiguos conservaban los perfumes preciosos (119). Este vaso contenía una libra entera—unos 330 gramos—de purísimo aceite de nardo, como nota expresamente San Marcos (120). El nardo, cuyo nombre está tomado del sánscrito, lengua de su país de origen (121), la India oriental, es una pequeña planta de la familia de las valerianáceas (122), de cuya raíz, hojas y espiga se obtiene el perfume líquido del mismo nombre, que era muy apreciado de los antiguos (123).

(118) Véase el t. III, pág. 134.

(119) Herodoto, III, 20; Plinio, *Hist. nat.*, XIII, 2; *Unguenta optime servantur in alabastris*.

(120) Al epíteto *πικτικὸς* se le han dado interpretaciones muy diversas: nardo potable (los antiguos mezclaban a veces perfumes a sus bebidas); nardo de espiga, es decir, hecho con la espiga de la planta de donde se extrae el nardo (de ahí la palabra *spicati*, de la Vulgata); muy probablemente, nardo verdadero, legítimo, no adulterado. Esta última interpretación se confirma con la observación de Plinio, *Hist. nat.*, XIII, 12, según la cual en el comercio del nardo se cometían grandes fraudes, a causa de su carestía.

(121) En hebreo, *nerd*; en griego, *ναρδός*; en latín, *nardus*.

(122) L. Cl. Fillion, *Atlas d'histoire naturelle de la Bible*, pág. 24 y pl. XXIV, fig. 9; pl. XXV, fig. 1; Tristram, *Natural History of the Bible*, página 485.

(123) Los hebreos lo conocían de antiguo. Cf. Cant., I, 12; IV, 13-14. Entre los romanos era muy estimado.

Llegándose respetuosamente a Jesús, María quebró el frágil cuello de su vaso de alabastro y vertió su contenido, parte sobre la cabeza y parte sobre los pies del amado Maestro. Luego enjugó estos pies sagrados con sus cabellos, como en otra ocasión había hecho la pecadora (124). Y toda la casa, observa San Juan, que asistió a esta escena, se llenó del olor exquisito del perfume.

Parecía que acto tan noble y generoso sólo admiración debía excitar; pero fué severamente censurado por algunos discípulos del Salvador, que, no acertando a ver en él más que una inútil prodigalidad, se dieron a murmurar y a expresar su desagrado (125). Judas Iscariote, que fué el instigador, llegó a decir: “¿Por qué no se ha vendido este unguento por 300 denarios, que se pudieran dar a los pobres?” 300 denarios, unas 250 pesetas, para aquella época era una suma considerable, casi lo que ganaba un jornalero trabajando todo un año (126). Plinio (127) menciona algunos perfumes que valían hasta 400 denarios la libra. Una observación de San Juan nos manifiesta cuáles eran las verdaderas intenciones de Judas, que él procuraba ocultar con hipócritas palabras: “Eso decía, no porque se curase de los pobres, mas porque era ladrón y, teniendo la bolsa, se alzaba con lo que echaban en ella.” El traidor abusaba, pues, indignamente de la confianza que Jesús le había mostrado, al hacerle tesorero del colegio apostólico. “Era un ladrón” vulgar. Con este vocablo queda explicada su conducta; San Juan no vacila en escribirlo. ¿Cómo un ladrón, de alma baja y sórdida, que consideraba como agravio hecho a sí mismo la regia prodigalidad de María, podía estimar las generosidades del amor? La bolsa de Judas, el vaso de alabastro de María, los 300 denarios que valía el perfume,

(124) Luc., VII, 38. En otro lugar quedó demostrado que no han de confundirse las dos unciones. Véase el t. III, apénd. VII.

(125) Este sentido tiene el griego πρὸς ἑαυτούς. La traducción de la Vulgata, *intra semetipsos*, es inexacta.

(126) Matth., XX, 2. Compárese con San Marcos, VI, 37, donde vemos que con 200 denarios se habría podido proveer de pan para una comida a varios millares de hombres.

(127) *Loc. cit.*

los treinta dineros por los que Judas vendió a su Maestro: ¡qué contrastes más expresivos!

Jesús, que había oído aquellas extrañas murmuraciones, tomó al punto la defensa de María, y, con tranquilidad, pero con firmeza, reprendió aquella miserable cortedad de espíritu, que había impedido a algunos de los apóstoles entender que, demás de los deberes cotidianos de la caridad, hay circunstancias extraordinarias en que la piedad se ha de manifestar más libre y generosamente. “Dejadla—dijo—; ¿por qué la molestáis? Ha hecho una buena obra conmigo. Porque siempre tendréis pobres con vosotros, y cuando quisiereis podéis hacerles bien; mas a Mí no siempre me tendréis. Hizo ésta lo que pudo; se adelantó a ungir mi cuerpo para la sepultura.” El Salvador alaba, pues, el noble proceder de María, y al mismo tiempo revela su simbolismo. Reconoce, como lo ha hecho otras veces, los derechos de los pobres; pero no son menos verdaderos los suyos propios, mayormente en las actuales circunstancias. Sus amigos ya tendrán tiempo para manifestar a los pobres su solícita compasión, pero no les queda sino muy poco para honrarle a El personalmente y manifestarle su afecto. ¿Por qué ven, pues, con desagrado el delicado homenaje que se le acaba de tributar? (128). Pero el acto de María era algo más que un homenaje afectuoso. Sin saberlo ella, movida de divina inspiración, había rendido a Jesús anticipadamente los honores fúnebres. En efecto, como lo veremos con ocasión de la sepultura de Jesús, en Oriente las familias ricas ungían con aceites perfumados los cadáveres de sus difuntos y los envolvían en lienzo bien embebidos de sustancias aromáticas (129).

Al elogio, que era a un tiempo apología, añadió el Salvador una recompensa, cuyo efecto dura aún y durará hasta el fin de los siglos: “En verdad os digo que dondequiera que este Evangelio fuere predicado por todo el mundo, también lo que ésta ha hecho será contado en memoria de ella.” En esta frase solemne hay dos profecías: una, de orden general, que anuncia

(128) El equivalente griego de las palabras *bonum opus* de la Vulgata no es, como con frecuencia ocurre en otras partes del Nuevo Testamento, ἔργον ἀγαθόν, sino καλὸν ἔργον: a la letra, “una hermosa obra”, hermosa desde el punto de vista moral.

(129) Marc., XVI, 1; Joan., XIX, 39; Luciano, *De luctu*, XI.

cómo el Evangelio de Jesús será predicado en todo el mundo, y otra, personal, en que promete a María una gloria que su humildad estaba muy lejos de esperar: la gloria de que su nombre quede para siempre unido al del Salvador en la predicción del Evangelio. De esta forma la hermana de Lázaro, con rendir homenaje a Aquel de quien ella y los suyos habían recibido tantos beneficios, se erigía a sí misma, sin sospecharlo, eterno monumento de gloria.

QUINTA PARTE

VIDA PACIENTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Es unánime sentencia que la unción de Betania, que fué, según interpretación del Salvador mismo, como un embalsamamiento anticipado de su sagrado cuerpo, y luego, al día siguiente, la entrada triunfal en Jerusalén, que acabó de exasperar el odio de los enemigos de Jesús, pueden considerarse como prólogo de su dolorosa pasión. Estos dos incidentes abren, pues, en su vida un nuevo período, que, aunque sólo duró unos días, fué de gravísimas consecuencias así para el Cristo como para el linaje humano. Para Jesucristo, porque este período terminará con su vencimiento aparente y con su muerte en una cruz; para nosotros, porque en El quedará consumada la obra de nuestra redención.

Bien entendieron los evangelistas la capital importancia de estos últimos días de la vida terrestre del Redentor, por cuanto más que nunca le siguen paso a paso, y casi podríamos decir hora por hora, sin omitir apenas pormenor alguno de sus actos, recogiendo sus palabras con cuidado religioso. En ninguna otra parte de sus narraciones acumulan los hechos y los discursos con más fidelidad, con más precisión que en estos últimos días, como quienes sabían bien que este período era verdaderamente el centro y el punto culminante de la historia del mundo. Guiados nosotros por ellos, y redoblando nuestra fe y nuestro amor, podremos acompañar al Buen Pastor, que, como El mismo anunciara, va a dar su vida por la salvación de sus ovejas. Si Jesús consiguió, durante su vida mortal, ganar miles de almas con su predicación, su santidad y sus milagros, cierto que su elocuencia, sus portentosas obras de poder y sus ejemplos no produjeron tan felices efectos como sus padecimientos y su muerte

ignominiosa. Si en el curso de toda su vida se mostró divinamente grande, bien podemos afirmar que nunca lo fué tanto como en esta última semana, cuyo relato vamos a comenzar. Cuanto en él había de inefablemente bello y perfecto va a manifestársenos por modo admirabilísimo.

Con mucha razón se ha dado a este período el nombre popular de Semana Santa, pues comprende exactamente siete días, el primero de los cuales corresponde al domingo y el séptimo a nuestro sábado. En otro sitio estudiaremos brevemente la cronología de la Pasión; aquí bástenos enumerar la sucesión de los hechos, indicando su fecha más probable.

El domingo entró el Salvador triunfalmente en Jerusalén. El lunes expulsó por segunda vez a los vendedores del Templo. El martes será "el día del gran conflicto", y asistiremos, bajo las galerías del Templo, a otro señalado triunfo de Cristo. Acometido sucesivamente por los diversos grupos de sus más encarnizados enemigos, a todos hará frente victoriosamente y los reducirá a humillante silencio; luego, delante del pueblo, pronunciará terribles invectivas contra los fariseos y los escribas; y por fin, en este mismo día, en la cumbre del Monte de los Olivos, se dignará hacer a sus apóstoles más íntimos gravísimas revelaciones respecto de la ruina de Jerusalén y de su segundo advenimiento personal al fin del mundo. El mismo martes también hicieron los adversarios de Cristo dos diligencias encaminadas a apresurar la hora de su muerte: reunióse con este designio el Sanedrín en casa del príncipe de los sacerdotes, Caifás, y el traidor Judas fué a ofrecer a los príncipes de los sacerdotes la entrega de su divino Maestro en cuanto se presentase coyuntura propicia para ello. Ninguna noticia nos dan los escritores sagrados respecto de lo hecho por Jesús en el miércoles Santo; probable es que lo pasó en Betania, en compañía de sus amigos y de sus apóstoles. En la tarde del Jueves Santo celebró la cena pascual con los Doce e instituyó la divina Eucaristía. Luego, después de haber desahogado su pecho con sus apóstoles y de haberles hecho sus últimas recomendaciones, retiróse con ellos a la soledad de Getsemaní, que fué testigo de su cruel agonía y de su prisión. El Viernes Santo

es dolorosamente célebre por el doble proceso y la doble condena del Salvador en medio de mil ultrajes, por su pasión, su muerte y su sepultura. El Sábado Santo, en tanto que su alma consolaba a los justos que en el limbo aguardaban su advenimiento, su cuerpo sacratísimo permanecía inerte en la tumba esperando la gloriosa resurrección del día siguiente.

CAPÍTULO PRIMERO

Cristo, triunfador.

Las narraciones evangélicas, en especial la de San Juan, claramente demuestran que “la hora” que Nuestro Señor Jesucristo había tenido siempre en el pensamiento desde su encarnación, la hora del cruento sacrificio con que había de redimir al género humano, aquella hora de la que tantas veces había dicho a sus amigos más íntimos que todavía no había llegado, estaba ya inminente. Pero, después de haber reivindicado tan altamente con su palabra y sus actos, en todo el curso de su vida pública, el título de Mesías; después de haberlo aceptado en secreto cuando sus apóstoles, por boca de San Pedro, se lo dieron, iba a desaparecer de este mundo —y desaparecer, según las apariencias externas, como vencido— sin admitir, una vez al menos, pública y oficialmente, aquel título que era el fin directo de su vida humana? Su vida terrestre hubiera quedado incompleta sin una especie de gloriosa apoteosis con que se manifestase su reino mesiánico.

Verdad es que, por largo espacio de tiempo, había medio velado su dignidad, recelando que una revelación completa y prematura, hecha ante las turbas o ante sus enemigos, suscitase dificultades a su ministerio. Verdad es, asimismo, que cierto día, llegando casi a usar de violencia, impidió que una multitud entusiasta le proclamara Rey-Mesias (1). Pero, lo hemos repetido muchas veces, así había procedido mirando al errado concepto que la mayor parte de sus contemporáneos, y aun sus seguidores más íntimos, se habían formado de la dignidad de Cristo. Mas ahora, en vísperas ya de su muerte, esta dificultad se había desvanecido. Sus discípulos, ya muy numerosos, y también el pueblo judío en su conjunto, querían saber si, al fin, les daba licencia para gritar desde los techos, según una de sus expresiones predilectas, lo que sólo en secreto les había

(1) Joan, VI, 14-15.

permitido hasta entonces cuchichear. Entre la muchedumbre que le seguía había muchos indecisos. Era, pues, necesaria una espléndida manifestación para vencer la vacilación de los unos y consolidar la fe de los otros. He aquí por qué vamos a verlo entrar en la capital teocrática, no ya a hurtadillas, digámoslo así (2), y hurtando el cuerpo a sus enemigos, sino como verdadero triunfador, y esto, a despecho de los decretos poco ha promulgados contra El por los directores de la nación judía. Esta gloriosa manifestación cuadraba, pues, perfectamente con la firmísima convicción de Jesús de ser el Mesías, con los oráculos del Antiguo Testamento y con los ardientes deseos y la legítima esperanza de sus discípulos. A esta ovación magnífica se asociará poco después otro triunfo: el de la autoridad irresistible de que Cristo hará alarde en el Templo contra unos vulgares profanadores, y luego, el de la dialéctica irrefutable con que responderá victoriosamente a las insidiosas preguntas de sus enemigos, reduciéndolos al silencio.

JESÚS ENTRA SOLEMNEMENTE EN JERUSALÉN, A TÍTULO DE MESÍAS.

Los cuatro evangelistas (3) a una nos dan una completísima y dramática narración de este episodio de extraordinaria trascendencia. Cada uno de ellos nos refiere alguna circunstancia particular, y entre los cuatro nos ofrecen un cuadro magnífico.

El gentío que se apiñaba en Jericó en torno de Jesús, y que lo había acompañado hasta Betania, no se engañó al suponer, como lo dice San Lucas (4), que el reino de Cristo iba a manifestarse sin tardanza. Pero, en el plan divino, esta manifestación no había de ser más que como una investidura temporal y local, que sólo afectaba al pueblo judío. Para ver brillar en todo su esplendor el reinado universal de Jesucristo será menester esperar el fin del mundo actual. Mas aun así, la entrada del Mesías en su capital fué, en lenguaje de Bossuet (5), “la más brillante y hermosa que jamás hubo, pues se vió entonces

(2) Joan., VII, 10.

(3) Matth., XXI, 1-11; Marc., XI, 1-11; Luc., XIX, 29-44; Joan., XII, 12-19.

(4) Luc., XIX, 11.

(5) *Méditations sur l'Evangile*, última semana, día primero.

a un hombre, que en consideración y en poder parecía el último de todos los hombres, recibir de improviso de todo un pueblo, en la ciudad real y en el Templo, los mayores honores que jamás recibieran los mayores reyes”. Eso no obstante, todavía el triunfo del Salvador será humilde y modesto, como lo fué el resto de su vida; y así, en un mismo acontecimiento se unirán, por modo admirable, la gloria y la humildad. Pero, de particular manera, hemos de notar el carácter puramente religioso del triunfo de Jesús. Probable es que muchos de los que daban a Jesús aquellas muestras de fe no excluían totalmente de su ánimo los prejuicios políticos de que estaba imbuído su ideal mesiánico; pero entonces, al menos, no lo mostraron. Por esta parte, nada hubo que turbase la belleza de aquella entrada triunfal. Todo se cumplió religiosamente, en plena consonancia con el retrato que los antiguos vaticinios habían trazado de la realeza del Mesías. A su vez, Jesús, sin cohibir la manifestación de los sentimientos de fe y de amor de la muchedumbre, y allanándose bondadosamente a sus transportes de alborozo, mostró una vez más que quería ser, como luego se lo dirá a Pilato (6), el verdadero Mesías, cuya realeza no es de este mundo.

Según se infiere de una nota cronológica de San Juan (7), al día siguiente de la solemne comida de Betania, cinco días antes de la Pascua — un domingo, según antiquísima tradición eclesiástica y litúrgica —, el Salvador hizo su entrada triunfal en Jerusalén. Ninguno de los narradores indica en términos explícitos la hora exacta en que comenzó; mas como San Marcos nos dice que “era tarde” cuando terminó, suficientemente indica que acaeció después de mediodía. Duró, sin duda, varias horas.

Dejando a Betania, situada, según va dicho, en la vertiente oriental del Monte de los Olivos (8), Jesús, escoltado de sus apóstoles, de sus amigos y discípulos y de muchedumbre del pueblo que se le había ido juntando en el discurso de la mañana, subió la ladera que separaba *el-Azarieh* de Betfagé, aldea poco importante, edificada en la misma vertiente, pero más cerca de la cumbre de la célebre colina. El Monte de los Olivos,

(6) Joan., XVIII, 36.

(7) Joan., XII, 12.

(8) Para los pormenores geográficos que van a seguir, véase Fillion et Nicole, *Atlas géographique de la Bible*, pls. XIV, XV, XVI.

muy raras veces mencionado en los escritos del Antiguo Testamento (9), está estrechamente relacionado, en los Evangelios, con la historia de los últimos días de la vida de Nuestro Señor. Por su cima y por su vertiente occidental se extendió primeramente el cortejo que acompañó a Jesús desde Betfagé al Templo. Por este título, bien merece que le dediquemos una breve descripción.

Su nombre, que no ha cambiado desde los tiempos de David y de Zacarías (10), proviene evidentemente de los muchos olivos que allí crecían. En los días de Nuestro Señor Jesucristo debía de estar todo cubierto de árboles; mas desde ha ya mucho tiempo está casi desnudo de vegetación. Con todo, aún quedan, particularmente en su base, no sólo olivos, sino también granados, higueras, almendros, albaricoques y algarrobos. Más adelante veremos que también abundaban allí las palmeras. En la parte inferior de la vertiente occidental se han ido acumulando desde hace siglos sepulcros judíos, pues los hijos de Israel, esperando, según dicen, ser los primeros partícipes en la resurrección de los muertos que, el día del juicio final, acaecerá en el valle de Josafat (11), identificado por ellos con el del Cedrón, tienen a devoción ser enterrados en aquellos parajes. La parte superior de la colina está cubierta de monumentos cristianos de muy diversas épocas (12).

El Monte de los Olivos se une, al Norte de Jerusalén, cerca de la aldea de *Chafat*, con la arista central del macizo de las montañas de Judea. Por el Este sólo está separado de la Ciudad Santa por la profunda fosa del valle del Cedrón. Desde todas las azoteas de la ciudad se ve distintamente esa pequeña cadena,

(9) Se cita en II Reg., XV, 30, a propósito de la sublevación de Absalón, que obligó a David a dejar precipitadamente la ciudad de Jerusalén; III Reg., XI, 7, y IV Reg., XXIII, 13, a propósito de la conducta sacrílega de Salomón, que había hecho edificar allí templos en honor de las divinidades paganas, a que sus mujeres daban culto. El profeta Zacarías, XIV, 4, lo señala como lugar de donde vendrá el Señor en ayuda de la parte fiel de su pueblo, para socorrerle contra poderosos enemigos.

(10) Los árabes cristianos y musulmanes lo llaman *Djebel es-Zeitun*, que significa precisamente "Monte de los Olivos". Se llama también en árabe *Djebel et-Tur*, "la montaña", por excelencia de los alrededores de Jerusalén.

(11) Joel, III, 12.

(12) Véanse los PP. Vincent y Abel, *Jérusalem, Recherches de topographie, d'archéologie et d'histoire*, t. II, páginas 301-419.

que no carece de cierta elegancia (13). Distínguense "tres vértices principales, en forma de montículos, separados por ligeras depresiones. El del Norte, el más elevado, tiene 830 metros de altura sobre el nivel del Mediterráneo; el del medio, 820, y la cima que está enfrente de Jerusalén, 818 (1.212 sobre el nivel del Mar Muerto)" (14).

Tres caminos hay hoy—y es moralmente cierto que los había ya en tiempo de Nuestro Señor—para ir de Jerusalén a Betania. El más frecuentado de los peatones es el del Norte. Comienza en la puerta de San Esteban, y, subiendo directamente a la cumbre de la colina, desciende luego hasta Betania, que se halla en la vertiente opuesta. Para cabalgaduras es muy escarpado. El segundo, que se separa del anterior detrás del huerto de Getsemaní, es más pendiente aún. Pasa por cerca del sitio llamado "Dominus flevit", donde, según la tradición, lloró Jesús por Jerusalén, y de allí se dirige hacia la torre y el establecimiento de los rusos. Ninguno de estos dos caminos era a propósito para un cortejo triunfal. Queda, pues, el tercero, que debía de corresponder casi al camino actual, arreglado no ha mucho para que por él puedan transitar vehículos desde Jericó hasta Jerusalén por Betania. Después que deja atrás esta última aldea, va contorneando la ladera oriental del Monte de los Olivos; toma después la dirección del Sudoeste, y luego tuerce de repente hacia el Nordeste, dejando a la izquierda el Monte del Escándalo. Las caravanas podían desplegarse allí holgadamente.

El cortejo que desde Betania acompañaba al Salvador a Jerusalén no tardó, según los tres sinópticos (15), en llegar frente a otra aldea, quizá un simple caserío (16), llamado Betfagé

(1) Es uno de los primeros objetos que hieren la vista al salir de la estación de Jerusalén.

(14) L. Heidet, en F. Vigouroux, *Dictionnaire de la Bible*, t. IV, columna 1.780. El mismo autor añade, *ibid.*: "La masa de la montaña está formada de capas de calcárea blanca, más o menos compactas, sobre las que están dispuestas, en algunos sitios, otras capas de formación más reciente, y especialmente de sílex... Dos colinas están unidas a la montaña y la sostienen en su base, a modo de contrafuertes: al Sudoeste, el *Djebel Batenel Hoqua*, en cuyo flanco occidental se extiende la aldea de Siluan; al Sudoeste, el *Djebel el-Azarieh*, llamado así porque en su base está situada Betania, patria de Lázaro."

(15) Si es que es auténtica la mención de Betfagé en el texto griego de San Marcos, XII, 1.

(16) *Villula*, dice San Jerónimo.

("casa de los higos verdes"), cuyo emplazamiento no se ha podido identificar aún con entera certeza. Ni los escritos del Antiguo Testamento ni Josefo hablan de ella. Sí habla con frecuencia el Talmud, pero sin determinar el sitio preciso que ocupaba (17). Otro tanto hacen los antiguos documentos cristianos. Pero, cuando menos, colígese claramente de los textos evangélicos que Betfagé estaba próxima tanto de Betania como de la cima del Monte de los Olivos y entre estas dos localidades. En 1877 se descubrió el sitio que se le atribuía en la Edad Media, al Norte de Betania, en la vertiente oriental de la colina, no lejos de la cumbre (18). Algún tiempo después los Padres franciscanos reedificaron en este sitio la capilla que en ella habían construido los cruzados. Muy posible es que éste fuese el lugar primitivo de Betfagé.

Cuando Jesús llegó frente a esta aldehuela, dijo a dos de sus discípulos: "Id a esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego que entrareis en ella, hallaréis una asna atada, y con ella su pollino, sobre el cual nunca se sentó hombre alguno: desatadla y traédmela. Y si alguno os dijere: ¿Qué hacéis?, respondedle: El Señor los ha menester y luego os los volverá aquí" (19). Es para notado este lenguaje, no sólo por la precisión de los pormenores, sino también por el tono de autoridad que en él campea. Jesús habla como verdadero Señor (20), como Mesías, quien, a título de tal, puede ejercer sobre su pueblo el derecho de requisición. En este lugar aparecen, pues, a un tiempo, el Señor y el profeta. En efecto, no hay duda sino que Jesús, como del relato se colige, conocía, por virtud de su presencia sobrenatural, lo que iba a hacer, pues no es verosímil que entre El y el dueño de la asna y del pollino hubiera acuerdo previo, como algunos han imaginado. Los evangelistas, como en otros casos semejantes (21), nos dan a entender con suficiente claridad que Jesús realmente profetizaba. ¿Conocía el propie-

(17) Véase Neubauer, *Géographie du Talmud*, págs. 147-148.

(18) *Revue archéologique*, diciembre 1877, págs. 366-375.

(19) La última proposición la tomamos del Evangelio de San Marcos, según la lección que parece más probable del texto griego. Contiene una promesa para tranquilizar a los propietarios de los dos animales. En el primer Evangelio leemos esta variante: "y luego los dejará" (el propietario), es decir, permitirá que los lleven los discípulos de Jesús.

(20) Ὁ Κύριος. (Vulg., *Dominus*).

(21) Luc., XXII, 10-13, 34; Joan., XVI, 32; XXI, 18; etc.

tario personalmente a Nuestro Señor? ¿Era acaso discípulo suyo? Aunque no es necesario suponerlo, tampoco es imposible que así fuese, ya que el Salvador frecuentaba desde hacía tiempo el trato de sus amigos de Betania. Significativa es aquella circunstancia: "un pollino sobre el cual nunca se sentó hombre alguno". En la antigüedad, así en el mundo pagano como entre los judíos (22), los animales destinados a un uso sagrado eran guardados aparte, para que fuesen más dignos de tal empleo.

Todo había sido preparado providencialmente conforme lo había predicho el Salvador. Y así, los dos apóstoles hallaron la asna y su pollino atados, según lo nota San Marcos, "a la puerta (23), junto a la calle" (24), y se pusieron a soltarlos. Entonces se llegaron algunos vecinos y luego los propietarios, que preguntaron con cierta viveza a los enviados de Jesús: "¿Por qué los desatáis?" Los discípulos respondieron como su Maestro les había mandado, y con esto, sin ningún obstáculo, les dejaron llevarse los dos animales.

Notable es en todo esto el proceder de Nuestro Señor. No se contentará con permitir a sus amigos y a las turbas que le rindan el homenaje más espléndido, sino que El mismo, con el encargo dado a sus dos apóstoles, toma directa y personalmente la iniciativa de su triunfo. Es su voluntad resuelta y manifiesta entrar solemnemente en Jerusalén como Mesías. Por esto se ocupa en disponer los preparativos necesarios y, en primer lugar, lo concerniente a su cabalgadura, pues no le estaba bien, en circunstancia tan solemne, entrar a pie en su capital. ¿Y qué cabalgadura para un triunfador, para el triunfo del Mesías, del personaje más grande de la Historia! Pero este mismo hecho era ya simbólico y expresaba una importantísima verdad conforme al verdadero ideal mesiánico. Un rey puramente temporal, o bien el Mesías, tal como se le representaban la mayor parte de los judíos, hubiera hecho su entrada triunfal en su metrópoli montado en brioso alazán, rodeado de brillante es-

(22) Num., XIX, 2; Deut., XXI, 3; I Reg., VI, 9; Virgilio, *Georg.*, IV, 54; Horacio, *Epod.*, IX, 22; etc.

(23) San Justino, *Apolog.*, I, 54, 14, puntualiza aún más, y dice que el pollino estaba atado a una cepa.

(24) Ἐν τῷ ἀγροῶν. Quizá quiso el evangelista significar con esta expresión el camino que daba vuelta a la propiedad. Según otros, se trataría del sendero que conducía desde la casa al camino general.

colta de capitanes y soldados, al sonido de las trompetas, a banderas desplegadas. El verdadero Mesías obtendrá un triunfo real, pero más humilde, y cuyas manifestaciones todas serán pacíficas y llevarán un sello religioso. Por esto entra Jesús en Jerusalén sentado sencillamente sobre un pollino, como un "Príncipe de la paz" (25), como un rey espiritual, como un Salvador de las almas. Así cumplía la voluntad de su eterno Padre, manifestada muchos siglos antes por un oráculo del profeta Zacarías (26), que San Mateo y San Juan citan a este propósito (27). Helo aquí literalmente traducido del hebreo:

"¡Salta de alegría, hija de Sión!,
¡lanza gritos de júbilo, hija de Jerusalén!
He aquí que viene a tí tu rey.
Es justo y protegido (de Dios),
sencillo, y cabalgando sobre un asno
y sobre un pollino, hijo de una asna."

Las palabras "Decid a la hija de Sión", que preceden a la cita del vaticinio en la narración de San Mateo, no pertenecen a Zacarías; el evangelista las tomó de Isaías (28), para que le sirviesen de breve introducción. A su vez, San Juan agrupó los dos primeros hemistiquios del vaticinio en uno solo y expresó negativamente la idea positiva que contienen; por esto, en vez de "Salta de alegría" y "entona cantos de júbilo", dice: "No temas". Las expresiones "hija de Sión" e "hija de Jerusalén" significan poéticamente, al modo oriental, los habitantes de la ciudad santa. En cuanto al fondo de la profecía, expresa con gran claridad, como ya dijimos, el carácter modesto y sobre todo pacífico de la realeza del Mesías, quien, al recibir el homenaje de sus súbditos, rechazará toda pompa suberbia y mundana, y no admitirá aparato que no sea de paz y sencillez. La mención de la asna y del pollino tiene un lugar importante en el vaticinio de Zacarías, donde pone de relieve este carácter

(25) Is., IX, 6.

(26) Zach., IX, 9.

(27) Matth., XXI, 4-5; Joan., XII, 14-15. San Juan sólo aduce las palabras esenciales. San Mateo lo cita más extensamente, aunque con bastante libertad, aproximándose más al texto hebreo que al de los Setenta: "Decid a la hija de Sión: He aquí que tu rey viene a tí, manso, sentado sobre una asna y sobre el pollino de la que lleva el yugo." Estas últimas palabras significan también la asna.

(28) Is., LXII, 11.

humilde y sin gloria del triunfo. Los dos evangelistas hacen hincapié en esta circunstancia, que se cumplió literalmente el Domingo de Ramos. Aquella cabalgadura nada tenía que anunciase intenciones belicosas. Conviene, sin embargo, añadir que el asno de los países orientales es en general mayor y fuerte que el de Europa y de aspecto más elegante. Por lo que desde los primeros tiempos de la historia de Israel lo vemos servir de cabalgadura indistintamente a los jefes del pueblo, a los grandes y a personas de las clases inferiores (29). Y bueno será hacer notar también que San Mateo es el único que por dos veces menciona simultáneamente la asna y el pollino (30). Aunque los otros evangelistas se contentan con mencionar el pollino, no cabe duda que con él se llevaron también a la madre, como precaución prudente para que aquél fuera más dócil, pues no había sido aún domado. Para que estos animales fuesen más dignos del empleo que de ellos se iba a hacer, los discípulos extendieron sobre ellos, a guisa de gualdrapas, sus mantos, que de ordinario eran de vistosos colores (31). Después ayudaron a su Maestro a montar sobre el pollino (32).

Entonces comenzó el triunfo propiamente dicho. Los apóstoles y los discípulos más íntimos rodeaban al Salvador. Delante y detrás se apiñaba la multitud, que aumentaba a cada instante (33). Componíase principalmente de peregrinos que habían llegado a Jerusalén para la Pascua, y que, como ya vimos (34), se preocupaban desde hacía ya algún tiempo de la llegada de Jesús. Los que habían acompañado a Nuestro Señor desde Jericó habían dado la noticia de que quedaba en Betania. Por lo que no es de extrañar que muchos de sus partidarios, de Galilea, de Perea y de otras partes, saliesen, ya individualmente, ya en grupos, hacia la pequeña aldea, llevados del deseo

(29) Cf. Jud., V, 10; X, 4; I Reg., XVII, 21.

(30) Matth., XXI, 2, 7.

(31) San Juan, cuya narración es más breve, suprime todos estos pormenores preliminares y se contenta con decir: "Halló Jesús un pollino y se sentó sobre él."

(32) San Lucas, ἐπέβησαν (Vulg., *imposuerunt Jesum*). Igualmente San Mateo, según la Vulgata, que ha seguido la variante ἐπεκάθισαν (*sedere fecerunt*), en vez de la lección más probable, ἐπεκάθισεν, "se sentó".

(33) San Mateo, ὁ πλεῖστος ὄχλος (Vulg., *plurima turba*), ὄχλος (*Turbæ*); San Lucas, ἅπαν τὸ πλῆθος τῶν μαθητῶν (*Omnes turbæ discipulorum*); San Juan, ὁ ὄχλος πολὺς (*turba multa*)..., etc.

(34) Joan., XI, 50.

de verlo y honrarlo. Porque todos esperaban, cada vez más, que, al fin, vendría a dejarse proclamar Mesías. La esperanza de ver también a Lázaro, cuya resurrección había suscitado aquel entusiasmo, había movido a otros a ir a Betania. Por todo esto bien puede suponerse que formaban el cortejo varios centenares y aun millares de personas.

En cuanto Jesús se puso en marcha, comenzó la ovación. Improvisáronse afectuosas ceremonias. Los que estaban más próximos al divino Maestro, imitando a los apóstoles, extendieron sus mantos en el camino, a modo de tapiz. Así lo habían hecho en otro tiempo los judíos de Susa, para honrar a Mardoqueo (35), y los soldados persas en honor del rey Jerjes, cuando iba a atravesar el Helesponto (36). De igual modo se había festejado en la misma Jerusalén al heroico Judas Macabeo el día en que purificó el Templo, rescatado de los gentiles que lo habían profanado (37). Al margen del camino que seguía la procesión triunfal había olivos, higueras y otros árboles o arbustos, de los que todos iban quitando ramas, que agitaban alegremente. Se cubría también el suelo de follaje y de hierba verde. Era aquélla una manifestación grandiosa, comparable a las que acompañaban a los reyes victoriosos (38). Una alegría santa reinaba en todos los corazones, y se manifestaba en expresiones simbólicas, muy del gusto de los orientales. Pero pronto la alegría rebosó de tal modo, que fueron también precisas palabras y cálidas aclamaciones y vítores estruendosos, para expresarla todavía con más elocuencia.

San Lucas indica el momento preciso en que los vivas se asociaron a los actos, para darles toda su significación y realzar toda su fuerza. Fué, dice, en el momento en que Jesús "se acercaba a la bajada del Monte de los Olivos", después de haber pasado la cumbre y andado algún rato por el camino de la vertiente occidental. Desde un recodo del camino divísase de repente una parte de la ciudad, que se eleva en el ángulo sudeste, sobre la actual colina de Sión, con su línea de murallas. Un poco más adelante apareció la ciudad entera en todo

(35) *Targ. Esther*, VIII, 15.

(36) Herodoto, VII, 54.

(37) II Mach., X, 7. Véase también IV Reg., IX, 13.

(38) Tito Livio, X, 47.

su esplendor: en primer término, el Templo, reluciente de oro y resplandeciente de mármol blanco, rodeado de sus magníficas galerías; detrás de él, un espléndido conjunto de palacios, de jardines, de edificios abigarrados, de casas que se apoyan unas sobre otras; a derecha e izquierda, una graciosa ondulación de colinas, entonces más cubiertas de arbolado que ahora. Si hoy, que Jerusalén no es más que pálido reflejo de su antigua belleza, presenta aún, vista desde este mismo sitio, un panorama espléndido, que, contemplado una vez, no se puede olvidar nunca, ¿qué no sería en aquella sazón, cuando aun por sus enemigos era considerado como una de las maravillas del mundo? (39). Sus muros y sus torres la rodeaban y ceñían como una diadema que simbolizaba su fuerza. Se concibe, pues, que, a vista de aquel grandioso espectáculo, realzado aún más por los encantos de la primavera, se desbordase el entusiasmo de la muchedumbre que escoltaba a Nuestro Señor a título de Mesías. Y aún había otro motivo, que los evangelistas mencionan (40), para aquellas aclamaciones: el recuerdo de los milagros obrados por el Salvador, y particularmente el de la resurrección de Lázaro, que había sido el prodigio más señalado de todos.

Los escritores sagrados nos han conservado los diversos gritos que salían entonces de todos los pechos, y que no cesaron sino cuando acabó la entrada triunfal. Es interesante leerlos tal como los cita cada uno de los evangelistas. Según San Mateo: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en lo más alto (de los cielos)!" Según San Marcos: "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David, que viene! ¡Hosanna en las alturas (de los cielos)!" Según San Lucas: "¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas (de los cielos)!" Según San Juan: "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel!" Con ligeras variantes, son aclamaciones idénticas, enderezadas, ya a Jesús para aclamarlo como Mesías de Israel y darle la bienvenida, ya a su Padre, que lo

(39) Tácito, *Hist.*, V, 8; Keim, *Geschichte Jesu*, t. III, págs. 92-93; Stanley, *Sinai and Palestine*, loc. cit.

(40) Luc. XIX, 37; Joan., XII, 17.

había enviado para restablecer de un modo espiritual, pero verdaderísimo, glorioso en extremo, y para siempre, el reino que en otro tiempo fundara David, antepasado de Cristo, y que desde los tiempos antiguos había sido anunciado por los profetas. La mayor parte de estas aclamaciones están tomadas de los versículos 25 y 26 del Salmo CXVII (CXVII en el texto hebreo), que con frecuencia se aplicaban al Mesías, como se ve por los escritos rabínicos, y se cantaban cuando se daba la vuelta procesionalmente alrededor del altar de los holocaustos en la fiesta de los Tabernáculos (41). El grito *Hosanna*, que, con el *Amén* y el *Alleluia*, ha pasado a la liturgia cristiana, es una expresión hebrea, compuesta de dos palabras, que literalmente significan: “¡Salve, pues!” (42). Fué primitivamente una súplica a Dios para obtener su protección; pero después, perdida su significación primera, vino a ser, como se ve en el caso presente, un simple viva con que se expresaba el deseo de dicha y prosperidad. Después de haber saludado a Jesús como Mesías, el *hosanna* subía a Dios, que reina en lo alto del cielo: así se le daban gracias por haber enviado, al fin, a su Cristo, tan ardientemente deseado (43). La idea más importante de estas cordiales exclamaciones está contenida en estas palabras: “Bendito sea el rey de Israel”, “Bendito sea el reino de nuestro padre David”, que tiene significación mesiánica indubitable. Su significación religiosa no es menos manifiesta. San Lucas tuvo cuidado de ponerla de relieve con una breve fórmula: “Toda la muchedumbre de discípulos... comenzó a alabar a Dios en alta voz, diciendo: Bendito sea...”

Creció aún más el entusiasmo cuando el cortejo que venía de Betania y de Betfagé se unió, quizá en el sitio que hemos descrito, con otro que salía de Jerusalén, compuesto asimismo de muchos peregrinos, que se habían provisto de palmas (44)

(41) Edersheim, *The Temple, its ministry and services as they were at the time of J. C.*, in 12.º, 1874, pág. 242.

(42) *Hoshana*. La forma completa sería *hoshiana*. Ps. XIX (hebr. XX, 25).

(43) Al *hosanna* hebreo sustituye San Lucas la palabra *δόξα* “gloria”, que era más clara para sus lectores de origen gentíl. La última exclamación, tal como la cita, recuerda la doxología angélica de Belén (Luc. II, 14).

(44) Trae este pormenor, del que proviene la denominación litúrgica de *Dominica palmarum*, San Juan, XII, 13.

—nuevo recuerdo de la fiesta de los Tabernáculos (45)—, para mostrar a Jesús que le reconocían por el Mesías-rey. Así entre los judíos como entre los paganos, las palmas eran uno de los adornos acostumbrados en las ovaciones populares en honor de reyes y generales victoriosos (46).

Dos episodios, referidos por San Lucas, y en parte también por San Juan (47), vinieron a echar un pasajero velo de tristeza sobre aquella manifestación gloriosa. Casi de continuo, desde los primeros tiempos de la vida pública de Nuestro Señor, hemos hallado a su paso a los fariseos ocupados en espiarle, “tentarle” y acusarle. La envidia y el odio habían atraído a muchos de ellos a esta fiesta, y sin trabajo se adivina la impresión que les causaría. Unos se contentaron con pronunciar algunas palabras, en que se traslucía la amargura de sus corazones: “Ved—decían—que nada adelantamos; he aquí que todo el mundo va en pos de El.” Aquellos hombres violentos reprochaban así a sus colegas más tímidos su falta de resolución y tácitamente les acusaban de haber procedido con blandura contra Jesús; ¿por qué no haber obrado con más energía desde el principio? “¡Todo el mundo corre tras El!” Y era verdad. En aquella hora solemne la influencia de ellos desaparecía ante la de Jesús, que había aumentado extraordinariamente en las últimas semanas. Otros miembros del partido farisaico atrevieron a interpelar directamente al Salvador, instándole a que El mismo pusiese término a aquella escena que reputaban de sacrílega. “Maestro—le dijeron, disimulando su despecho y su cólera con este título respetuoso—, reprende a tus discípulos.” Mas Jesús, rompiendo el majestuoso silencio que, al parecer, había guardado durante su triunfo (48), les hizo ver, en breve y grave respuesta, cuán extraño e indiscreto era su entremetimiento: “Yo os digo que si ellos callasen, las piedras darían voces.” Con esta locución proverbial (49), justificaba frente a sus enemigos el proceder de

(45) Josefo, *Ant.*, XIII, XIII, 5.

(46) I Mach., XIII, 51; II Mach., X, 7; etc.

(47) Luc., XIX, 39-44; Joan., XII, 19.

(48) Los evangelistas no citan de él más que las dos sentencias que luego mencionaremos.

(49) Se emplea también en la profecía de Habacuc, II, 11, y en Virgilio, *Eglog.*, V, 28; Ovidio, *Metamorph.*, II, 697; Cicerón, *Marcell.*, etc.

sus discípulos y de las turbas, que no hacían sino cumplir los designios de la divina Providencia. El, por su parte, aceptaba como sagrada deuda aquellos homenajes, pues de tal modo se ajustaban al plan divino respecto a El, que si los hombres no se los hubieran rendido, las piedras mismas, con ser lo más insensible de la Naturaleza, dieran voces para glorificarle.

Los fariseos, los escribas y los jerarcas en general estaban tanto más agriados y mohinos cuanto Jesús y los suyos se mostraban más independientes y esforzados. Poco había (50), el Sanedrín decretaba que quienquiera que tuviese noticia del retiro de Jesús, lo denunciase al punto, a fin de detenerlo sin pérdida de tiempo. Y he aquí que Jesús entraba ahora en Jerusalén, acompañado de innumerable multitud, que le rendía honores reales, y aún más, que le trataba abiertamente como Mesías. ¡Qué rabia la de aquellos corazones homicidas!

El segundo episodio es profundamente patético. Al contemplar Jesús la espléndida ciudad a la que ya se acercaba la procesión (51), se representó toda su historia: en lo pasado, historia de ternísimo amor de parte de Dios, que había colmado de beneficios a la capital de su reino; en lo presente, historia de ingratitud e incredulidad, que, de allí a pocos días, terminaría en Getsemaní y en el Gólgota; en lo porvenir, historia de terribles, pero justas represalias del cielo, pues, no más de cuarenta años después, Tito establecería en el Monte de los Olivos el campo átrinchado desde el que asediaría a la ciudad mientras llegaba la hora de tomarla por asalto (52). El Salvador, conmovido a la vista de cuadros tan trágicos, dando lugar en su alma nobilísima a dolorosos sentimientos que El, cual ningún otro, podía sentir, en pleno triunfo prorrumpió en sollozos (53). Después, dejando rienda suelta a su dolor, describió patéticamente la funesta, pero merecida suerte que para en breve plazo aguardaba a la ciudad culpable:

“¡Ah! si tú conocieses siquiera en este tu día lo que podría procurarte la paz. Mas ahora eso está encubierto a tus ojos. Vendrán sobre ti días

(50) Joan., XI, 57.

(51) Luc., XIX, 41.

(52) Josefo, *Bell. jud.*, II, I-III.

(53) En griego, ἔκλαυσεν. Cerca de la tumba de Lázaro sólo había llorado en silencio. ἐδάκρυσεν (Joan., XI, 35.)

en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán en tierra a ti y a tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.”

A través de estas líneas léese toda la angustia que oprimía el amante corazón del Salvador. Pero ¿por qué no entendía Jerusalén la gracia especialísima de conversión que se le ofrecía en aquel día mismo con el esplendor del triunfo de Jesús? ¿Por qué se obstinaba en cerrar los ojos a la luz? Ocasiones había tenido de reconocer a Jesús por su Mesías y su Redentor; ésta que ahora se le da será la última. Si rechaza este postrer beneficio, todos los males descritos en la profecía caerán irremisiblemente sobre ella. Y lo rechazó, ¡oh dolor!, y todo se cumplió a la letra. A la bondadosa visita de su Salvador sucedió la visita terrible de su juez. Este vaticinio de Cristo es maravilloso, no sólo por las desventuras que predice, sino también en el aspecto literario; las proposiciones de que se compone son cortas y vibrantes y están simplemente unidas por la conjunción “y”; la repetición enfática del pronombre “tú” (54) da más vigor al pensamiento.

Difícil fuera describir en términos más claros y precisos la ruina ya irrevocable de la capital judía. ¡Qué contraste entre la majestuosa y elegante ciudad que Jesús tenía entonces a la vista y aquella otra de la que traza pintura tan triste y que se cumplirá a la letra! (55).

Después de una breve pausa, el Salvador volvió a emprender su camino y acabó de bajar la vertiente occidental de la colina. Pasó luego por el cauce, casi siempre seco, del Cedrón, y entró en la ciudad, precedido de centenares de peregrinos, que sin cesar repetían sus aclamaciones. Jerusalén estaba a la sazón llena de forasteros que, para asistir a la fiesta de la Pascua, habían llegado de todas partes de Palestina y del Imperio romano. Al ver aquel inesperado cortejo, sobrecogióles una agita-

(54) Se lee hasta doce veces, en sus diferentes formas (το, σου, σε, σοι), en el intervalo de tres versículos.

(55) En particular para el atrincheramiento (en griego, γόρρα) de que los romanos rodearon la ciudad. Se llamaba así una empalizada formada con estacas, reforzada con ramaje y tierra, junto a la cual solía hacerse un foso. Los judíos, en una salida, consiguieron quemar esta empalizada; pero Tito la substituyó con un muro sólido.

tación violenta. Toda la ciudad se alborotó (56). Treinta y tres años antes se había conmovido también Jerusalén por causa de Jesús (57); pero entonces era solamente porque unos príncipes extranjeros anunciaban su nacimiento, mientras hoy venía El mismo en persona y triunfalmente a la metrópoli de su reino mesiánico. Sentimientos diversísimos de amor, de odio, de esperanza, de temor, de duda, se agitaban en los corazones de todos aquellos hombres. “¿Quién es éste?”, preguntaban los que no conocían a Jesús, o ignoraban el motivo de semejante ovación. Sus discípulos y partidarios respondían orgullosos: “Es Jesús, profeta de Nazaret”: título que en sus labios y en tales circunstancias equivalía evidentemente al de Mesías, pues quienes lo empleaban eran los mismos que poco antes lo habían aclamado por Mesías.

Nuevas oleadas de gente debieron de juntarse entonces a la procesión, que pronto llegó a los atrios del Templo, a donde era natural que entrase el Cristo, el Hijo de David, como a su residencia sagrada. Esta circunstancia viene también a mostrar que el carácter y fin de aquella ovación era religioso. Cuando la muchedumbre quiere honrar a un tribuno, lo conduce a la plaza pública; a un príncipe ordinario le acompaña a su palacio; sólo el Templo convenía como término al triunfo del Mesías. Ni es menos significativo otro episodio que nos refiere San Marcos, que, a su vez, lo sabía por San Pedro: Jesús, después de haber entrado en el patio del Templo, inspeccionó rápidamente, a guisa de señor, cuanto allí había. Luego, mientras la turba se iba dispersando lentamente, como era ya tarde, volvió a Betania con sus apóstoles, para pasar allí la noche. Su fin estaba conseguido, pues no había ido entonces al Templo para orar o para enseñar, sino para entronizarse como Mesías-rey. Así acabó aquella gran jornada, única en la vida de Jesús.

¿Cómo pudo ser que, cinco días después, el que había sido recibido con tantas demostraciones de fe y de amor fuese conducido ignominiosamente, por las calles de la misma ciudad, al sitio donde había de padecer un suplicio atroz e infame? ¿Cómo conciliar estos dos hechos contradictorios: los *Hosanna* del Do-

(56) Como por un temblor de tierra, dice el griego: ἐσείσθη.

(57) Matth., II, 3.

mingo de Ramos y el *Tolle, crucifige eum* del Viernes Santo? No es difícil conciliarlos, en términos generales, si se piensa cuán tornadizo es el favor popular, por lo que ya los romanos decían que la roca Tarpeya está cerca del Capitolio. Pero, además de esta explicación general, desde hace mucho tiempo se ha dado otra particular y más exacta de este triste problema. La muchedumbre que aclamó a Jesús en su triunfo de un día no era, en conjunto, la misma que luego pidió su muerte. De Betania a Jerusalén, Nuestro Señor se vió aclamado especialmente por discípulos, más o menos íntimos, más o menos fervientes, galileos los más, a quienes quizá se unieron, en un movimiento de entusiasmo, peregrinos forasteros que veían al Salvador por primera vez. Al contrario, los gritos de muerte del Viernes Santo debieron tener por principales autores a los habitantes de Jerusalén y de Judea, que en su mayoría habían sido siempre hostiles a Jesús. Otros judíos, venidos de lejos, influídos por la actuación de los jefes del pueblo en el arresto y sentencia contra el Salvador, se juntaron a los que pedían su muerte, creyéndole realmente culpable. Si algunos de los que habían seguido al divino triunfador se aliaron cinco días después con sus enemigos, debieron de ser pocos. Eran hombres volubles, sin convicción profunda, y que mudaron de opinión cuando vieron que la dignidad mesiánica que Cristo reclamaba no era la que ellos se habían imaginado. Con todo eso, a no mirar los hechos sino a la luz de las humanas previsiones, ¿quién hubiera podido sospechar, al ver triunfo tan glorioso, que tan presto se transformarían los sentimientos populares y que el triunfador atravesaría, pocos días después, la ciudad, cargado con una pesada cruz, sobre la que rendiría el último suspiro, en medio de las más crueles torturas físicas y morales? (58).

Después de haber citado el vaticinio de Zacarías, hace San Juan una observación que sorprende a primera vista. “Los discípulos—dice (59)—no entendieron al principio estas cosas; pero cuando fué glorificado Jesús (60), entonces se acordaron que estaban escritas de El y que se habían cumplido.” Con estas palabras no quiso decir el evangelista, ciertamente, que los

(58) Véase el apéndice II.

(59) Joan., XII, 16.

(60) Es decir, después de su resurrección y ascensión.

apóstoles y los discípulos propiamente dichos del Salvador ignoraban, al rendirle tan grandes honores, la importancia de aquel hecho. Sabían muy bien que éste tenía por fin directo entronizar a su Maestro como Mesías, según se infiere de las cuatro narraciones. Por tanto, lo que San Juan quiso decir fué que los discípulos no entendieron entonces toda la significación del triunfo de Jesús ni, en especial, su relación con el vaticinio de Zacarías.

CAPÍTULO II

Cristo se presenta como dueño y vencedor en el Templo.

Va a continuar el triunfo de Jesús, pero en otra forma. Durante dos días consecutivos, el Lunes y el Martes de la Semana Santa, le veremos manifestar su autoridad mesiánica frente a sus enemigos, primero con actos y luego con palabras. Su proceder será verdaderamente el de un rey que reina en su palacio; sus adversarios más poderosos y encarnizados se verán obligados a renunciar momentáneamente, bien a pesar suyo, a poner en ejecución sus planes homicidas.

I.—LUNES SANTO: MALDICIÓN DE LA HIGUERA ESTÉRIL Y SEGUNDA EXPULSIÓN DE LOS VENDEDORES DEL TEMPLO.

El episodio de la maldición de la higuera sólo se refiere en el primero y segundo Evangelios (1). San Marcos, que tanto gusta de la perspectiva histórica, distingue claramente dos actos en este breve drama: la higuera fué maldecida el lunes por la mañana; pero solamente al alba del martes advirtieron los apóstoles que se había cumplido la sentencia pronunciada por su Maestro. San Mateo, que, aquí como en otras ocasiones, quiso seguir el orden lógico con preferencia al cronológico, refiere el incidente como sucedido todo de una vez, aunque tuvo dos fases distintas. Por lo demás, los dos narradores coinciden en asignar a este milagro una misma fecha: acaeció al día siguiente de su entrada triunfal en la ciudad santa.

Hemos visto cómo Jesús, después de su entrada triunfal en Jerusalén, volvió por la tarde a Betania. El lunes, muy de mañana (2), dejó aquel apacible retiro, para volver, en compañía

(1) Matth., XXI, 18-22; Marc., XI, 12-14, 20-24.

(2) Hemos al principio de la narración de San Mateo. San Marcos emplea en otro lugar, I, 35, esta palabra, para significar la última "vigilia" de la noche, que era de tres a seis de la mañana.

de sus apóstoles, a Jerusalén. Ya de camino “tuvo hambre”, lo que no es para extrañar, después de las fatigas y agotadoras emociones de la víspera, sobre todo si, como se puede suponer, pasó una parte de la noche en oración. Es, pues, inútil recurrir a una ficción o a un milagro para explicar esta hambre. ¿No había tomado Jesús nuestra naturaleza con todas sus debilidades, salvo el pecado? Como viese, pues, a cierta distancia, a la vera del camino, una higuera solitaria (3), que, aunque poco adelantada aún la primavera, estaba cubierta de espeso manto de follaje, y que, por eso mismo, llamaba más la atención, se acercó a ella por ver si hallaba (4) higos; pero no halló sino hojas.

Preciso es dar aquí alguna breve explicación para presentar en su verdadero aspecto el proceder del Salvador. Ante todo, hagamos caso omiso de su presciencia sobrenatural, de la que no se trata ahora. Al dirigirse hacia el árbol, hartó sabía que no tenía éste fruto ninguno; pero Nuestro Señor quiere obrar aquí como hombre. La higuera ostenta sus frutos, en estado embrionario, bastante antes de cubrirse de hojas (5); pero en Jerusalén, los primeros higos o brevas no maduran hasta junio, y los higos de estío no maduran hasta agosto (6). Por esto San Marcos tiene cuidado de advertir que “no era entonces la estación de los higos”. Pero aquel follaje exuberante, que era señal de precocidad extraordinaria, ya porque el árbol estuviese plantado en terreno más fértil, ya porque gozase de mejor exposición, permitía esperar que, aun estando entonces a fines de marzo o primeros de abril, había ya frutos maduros. Y he aquí que, por el contrario, la higuera aquella era estéril y ocupaba inútilmente el suelo. Procediendo, pues, Jesús como si la higuera fuese un ser dotado de razón, un agente libre y responsable, la castigó, profiriendo contra ella esta grave sentencia: “Nunca más coma nadie fruto de ti” (7). La sentencia

(3) San Mateo: συζην μίαν.

(4) San Marcos: εἰ ἄρα (Vulg., si forte). Delicado matiz.

(5) *Ei demum serius folium nascitur quam pomum*. Plinio, *Hist. nat.* XVI, xxvi, 49.

(6) Tristram, *Natural History of the Bible*, pág. 352; Thomson, *The Land and the Book*, pág. 349; el P. Lagrange, *Evangile selon S. Marc.* página 275.

(7) Lenguaje de rara energía, señaladamente en el texto griego de San Marcos: μηκέτι ἐξ σοῦ εἰσπὼν αἰῶνα οὐὶς καρπὸν φέρει.

se cumplió inmediatamente, como observa San Mateo; pero sus efectos no aparecieron hasta el día siguiente, como se infiere del resto de la narración.

Este anatema, lanzado contra un ser sin conocimiento, tendría dificultosa explicación (8), especialmente tratándose de Nuestro Señor, si no encerrase algún símbolo notable... Pero todo se aclara si, con Bossuet (9), y siguiendo a Orígenes, San Jerónimo y a la mayor parte de los comentadores antiguos y modernos, decimos: “Es una parábola de cosas, semejante a la de las palabras que se refiere en San Lucas, XIII, 6.” En efecto, la comparación entre la parábola de la higuera que arriba citamos (10) y el anatema que acabamos de oír, surge espontáneamente; en ambos casos tenemos la misma idea: la amenaza de un castigo grave, dirigida a un árbol estéril, aunque con esta diferencia: que en la parábola esta amenaza era condicional, y aquí es absoluta. Es, por otra parte, cosa notoria que Jesús no amenaza ni castiga a la higuera por sí misma, puesto que no podía ser responsable de su esterilidad. En los dos textos la higuera representa simbólicamente a la nación judía, que, colmada de favores divinos desde hacía largos siglos, y muy superior a los demás pueblos—gracias a su legislación, a su culto, a sus profetas y a su fe en el verdadero Dios (11)—, por su propia culpa estaba desprovista de frutos, de méritos, y ocultaba debajo de hermosas apariencias el vacío y hasta la malicia de sus obras. El divino agricultor anuncia, pues, con esta expresiva imagen, que va a tomar el hacha para cortarla (12). Varios de los discursos que pronunciará el Salvador en la jornada del Martes Santo serán un comentario viviente de esta maldición, hartó justificada (13).

Los discípulos que acompañaban a Nuestro Señor no de-

(8) Véase el apéndice II.

(9) *Méditations sur l'Evangile*, última semana, día 20.

(10) Tomo III, págs. 443-444.

(11) Cf. Rom., IX, 4-5.

(12) Véanse los comentarios de Orígenes, San Juan Crisóstomo, San Hilario, San Jerónimo, de S. Beda el Ven., de Maldonado, del P. Knabebauer, etc., acerca de este pasaje de San Mateo.

(13) Cf. Matth., XXI, 26-44; XXII, 1-14; XXIII, XXIV, XXV y los pasajes paralelos de San Marcos y de San Lucas. En la triunfal procesión de la víspera Jesús había profetizado ya claramente la próxima ruina de Jerusalén y de la nación judía.

bieron de oír sin extrañeza sentencia semejante (14); mas, por el momento, nada dijeron. Entraron con su Maestro en la ciudad y luego en el Templo, donde Jesús ejecutó un acto judicial aún más notable, semejante en todo al otro con el que había inaugurado su vida pública (15). Al renovarlo ahora (16) continuaba afirmando su dignidad de Mesías-rey. Ya vimos cómo la vispera (17), al fin de la ovación popular, inspeccionó los atrios sagrados, donde su mirada escrutadora, mirada de Señor, halló más de un abuso. Las mismas corruptelas que al principio de su ministerio había reprimido con noble indignación y esforzada energía habíanse reproducido poco a poco, por la interesada negligencia de un sacerdocio envilecido. Nuevamente se habían instalado en el patio de los gentiles mercaderes de ganado y de aves para los sacrificios; de nuevo habían llevado allá los cambistas y banqueros sus mesitas, cargadas de variedad de monedas (18); de nuevo todos aquellos traficantes hacían pagar precios usurarios a los peregrinos que habían menester de sus servicios (19). Si aquel mercado era necesario, ¿por qué no lo habían confinado fuera de los muros del Templo? ¡Singular preparación para el recogimiento que convenía al lugar santo tener que abrirse calle por entre una turba alborotada de comerciantes que sólo se ocupaban de sus intereses, que se disputaban los clientes o que discutían entre sí, y por entre bestias que dificultan el paso y rodeadas de compradores y de curiosos! (20). Nuevamente, pues, con magnífica demostración de autoridad, devolvió Jesús a la casa de su Padre la honra, la tranquilidad y el silencio

(14) San Marcos, XI, 14, observa expresamente que excitó su atención.

(15) Joan., II, 13-22.

(16) Acerca de la distinción de los dos hechos véase el tomo II, página 191, y el apéndice III. Si San Juan, de un lado, y los sinópticos, de otro, no refieren más que una sola expulsión de los vendedores, es por evitar inútiles repeticiones.

(17) San Mateo y San Lucas insertan este hecho inmediatamente después de la entrada triunfal, porque fué consecuencia natural de ella. Por lo demás, San Lucas pasa en silencio la maldición de la higuera. San Marcos continúa aquí situando los diversos episodios en su lugar cronológico correspondiente.

(18) Para los pormenores remitimos al lector a la descripción, más circunstanciada, del tomo II, págs. 187-188.

(19) Se llegaba hasta vender una paloma por el exorbitante precio de un denario de oro. Cf. J. Derenbourg, *Essai sur l'histoire et la géographie de Palestine d'après les Thalmuds*, pág. 467.

(20) Reuss, *Histoire évangélique*, págs. 555-556.

de que indignamente la habían despojado. Lleno de santa indignación, comenzó a expulsar a compradores y vendedores, a bestias y gentes, a volcar las mesas de los cambistas, con el oro y la plata que sobre ellas había, y los asientos de los vendedores de palomas. Para justificar su proceder tomó de los antiguos profetas, según su costumbre, unas palabras en que se reprendían aquellas sacrílegas profanaciones. En torno de El habíase reunido considerable multitud. “¿No está escrito—les dijo—: Mi casa será llamada casa de oración para todas las gentes? Mas vosotdos la habéis hecho cueva de ladrones.” En estas pocas palabras agrupó Jesús dos textos, el primero de Isaías y el segundo de Jeremías (21). ¡Qué contraste! Una casa destinada al culto público, a la ferviente oración, transformada sacrílegamente en cueva donde los ladrones ocultan sus robos, tal vez sus homicidios y sus orgías! El Salvador explicó después estos conceptos (22), y para infundir a sus oyentes mayor respeto hacia el lugar santo, les demostró que aun el transitar por los atrios sagrados llevando objetos profanos, únicamente por evitarse un rodeo por las calles de la ciudad (23), era indecente profanación.

Así acabó, sin que nadie osase oponerse ni aun protestar, aquella escena vengadora, en que Cristo restituyó, al menos por algunos días, a la casa de Dios el honor de que se le había despojado. Todos sufrieron sin discusión el ascendiente de su voluntad todopoderosa (24). Los culpables sentíanse condenados por su propia conciencia; los demás aprobaban la conducta de

(21) Is., LVI, 7; Jer., VII, 11.

(22) Marc., XI, 16: “Les enseñaba”. Imperfecto de duración.

(23) Sin duda muchos habían tomado la costumbre de entrar en el recinto sagrado, por ejemplo, por la puerta que daba al valle del Cedrón, y salir por otra que se abría al Sur o al Oeste del Patio de los Gentiles, y así excusaban un gran rodeo; por lo que el Talmud mismo da una regla semejante a la de Nuestro Señor. *Bab Jebam*, 6, 2: *Quaenam est reverentia templi? Ne quis eat in montem domus* (es decir, al Patio de los Gentiles) *cum baculo suo et calceis suis, crumena sua... Non per illud viam faciat transitivam, nec faciat locum sputationis*. Cf. *Megill.*, 27, 2. ¿Cuál es la reverencia que se debe al templo? Que nadie vaya al Monte de la Casa (es, a saber, el Patio de los Gentiles) con báculo y calzado y llevando las alforjas... No transite por allí, ni escupa.

(24) Sobre si fué o no milagrosa la expulsión de los vendedores, véase Cl. Fillion, *Les miracles de N. S. Jésus-Christ*, t. II, págs. 316-319. Somos de parecer que en ello hubo al menos un prodigio de orden moral, una victoria reportada sobre voluntades hostiles.

Jesús, que así vino a quedar dueño indiscutible del campo de batalla.

Después de este episodio, que a una refieren los tres sinópticos (25), narra San Mateo (26) dos hechos de un género bien diferente, que ponen de relieve la soberana bondad del Salvador. El libro de los *Hechos de los Apóstoles* nos dice (27) que a las puertas del Templo se colocaban pobres lisiados y otros infelices que pedían limosna. Algunos de ellos—el evangelista habla de cojos y ciegos—, restablecida ya la tranquilidad, se llegaron a Jesús. Apiadóse de ellos el corazón del Maestro y los curó a todos. Después, algunos niños (28), hijos quizá de los sacerdotes y levitas (29), corrieron a su vez cerca de tan buen Maestro, gritando con sus frescas voces, que resonaban alegremente en las galerías del Templo: “¡Hosanna al Hijo de David!” Era ésta la más expresiva de las aclamaciones del día anterior, y los niños, que, sin duda, la habían oído, la repetían ahora en alabanza del Salvador. ¡Homenaje espontáneo que debió de ser gratísimo el corazón del divino Maestro!

Pero pronto tuvo su contrapeso. Todos estos hechos—la entrada triunfal, la expulsión de los vendedores, la curación de los enfermos, las aclamaciones de los niños—excitaron a más no poder la indignación de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas (30). Una vez más comprobaban, como ya habían dicho el día anterior (31), que nada conseguían contra Jesús. Cuanto más se esforzaban por estorbar su ministerio y aminorar su influencia con la muchedumbre, tanto más crecía su popularidad. El pueblo concurría al Templo muy de mañana para escuchar su palabra, siempre tan conmovedora, pues Jesús continuaba predicando con celo infatigable (32). Estaban “pen-

(25) Matth., XXI, 12-13; Marc., XI, 15-17; Luc., XXI, 45-46.

(26) Matth., XXI, 14-16.

(27) Act., III, 2.

(28) Παῖδες en el texto griego. Eran, pues, niños de cierta edad, y no παῖδ'α, “parvulitos”, como en ocasiones anteriores. Cf. Matth., XIV, 2; XVIII, 3.

(29) Como quiera que sea, sabemos, por el ejemplo mismo de Jesús (Luc., II, 42), que los niños judíos solían acompañar a sus padres a Jerusalén, con ocasión de las fiestas.

(30) Matth., XXI, 16; Marc., XI, 18; Luc., XIX, 47-48. Los tres evangelistas insisten en este hecho, con matices interesantes. San Marcos y San Lucas se limitan a generalidades. San Mateo cita un hecho especial.

(31) Joan., XII, 19.

(32) Luc., XXI, 38.

dientes” de sus labios, dice San Lucas (33), empleando una frase familiar a los escritores de Roma (34). En una palabra, la gente del pueblo seguía manifestándole tal afecto y formaban en derredor de El como una muralla tan sólida, que sus adversarios, a despecho de sus vehementes deseos y de sus reiterados propósitos de darle muerte, no se atrevían a poner en ejecución sus siniestros designios. Varios de ellos, en oyendo el *Hosanna* de los niños, se atrevieron a interpellarle: “¿Oyes—le preguntaron—lo que dicen éstos?” (35). Lo cual era como decirle: “¿No adviertes que te tratan como si fueses el Mesías? ¿Cómo puedes tolerar tamaña blasfemia? ¿Por qué no mandas que se callen estos niños, que no saben lo que dicen?” Respondióles El: “Sí (lo oigo)” y a su vez les hizo una pregunta: “¿Nunca leisteis que de la boca de los niños y de los que están al pecho sacaste perfecta alabanza?” El autor del Salmo VIII (versículo 3) dirigía al Dios de Israel estas palabras para indicar que tiene la bondadosa dignación de ser alabado y glorificado (36) por lo que hay de más humilde y pequeño. Apropiándose las Jesús consideraba a aquellos niños como si fuesen un coro de profetas que, sin advertirlo, hablaban movidos de divino impulso.

Al oír los fariseos esta noble y justa respuesta, a duras penas pudieron contener su furor; ¿pero qué podían hacer mientras el pueblo estuviese al lado de Jesús con aquel ardoroso entusiasmo? El Salvador pudo, pues, enseñar todo aquel día sin que nadie osase poner las manos en El. Con todo, estos últimos días, con prudente cautela y para evitar que le molestasen en el ejercicio de su ministerio mientras no llegase su hora, se retiraba, como lo hizo aquella misma tarde, a Betania o al Monte de los Olivos (37). Después volvía al Templo cada mañana.

(33) Luc., XXI, 48.

(34) Virgilio, *Æn.*, IV, 79 (*pendent ex ore*); Ovidio, *Her.*, I, 30; Horacio, *Ep.*, I, 105, etc.

(35) Pronombre desdeñoso como en varios otros lugares.

(36) En vez de las palabras: “lograste alabanza”, citadas conforme a la traducción de los Setenta, y mejor adaptadas a la situación, el texto hebreo, con ligera variante, dice: “Fundaste una fuerza.”

(37) Matth., XXI, 17; Marc., XI, 19; Luc., XXI, 37-38. Los escritos rabínicos nos dicen que en tiempos de Pascua, como muchos peregrinos no podían hallar albergue en Jerusalén, pasaban las noches en la colina de los Olivos.

II.—MARTES SANTO: EL GRAN CONFLICTO ENTRE CRISTO Y SUS ENEMIGOS.

La mañana del Lunes Santo maldijo Jesús la higuera estéril. Por la tarde, al regresar a Betania con su Maestro, observaron los apóstoles el terrible efecto del anatema, o por que fuese ya de noche, o porque hubiesen tomado otro camino. Pero el martes, al volver de nuevo, muy de mañana, a la ciudad santa, advirtieron que las anchas hojas de la higuera enteramente marchitas, colgaban de las ramas. Evidentemente el árbol se había secado. A vista de esto, Pedro, en nombre de los Doce, conforme a su costumbre, no pudo menos de exclamar: “Maestro, mira cómo la higuera que maldijiste se ha secado.” La admiración de los discípulos (38) provenía quizá de creer que Jesucristo no había condenado el árbol más que a una esterilidad perpetua, y no a una muerte inmediata.

El divino Maestro, sin entrar en explicaciones respecto de la higuera, pues el porvenir, preñado de amenazas, se encargaría de dárselas, aprovechó esta ocasión para repetir a sus apóstoles las importantes enseñanzas que ya antes les había dado sobre el poder y eficacia de la fe (39).

Díjoles (40):

“Tened fe en Dios. En verdad os digo que quienquiera que dijere a este monte: Levántate y échate en el mar, si no dudare en su corazón, mas creyere que se hará cuanto dijere, todo le será hecho. Por eso os digo: todas las cosas que pidieréis orando, creed que las recibiréis y os vendrán. Y cuando estuviereis de pie para orar (41), si tenéis alguna cosa contra alguno, perdonadle, para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone también vuestros pecados. Porque si vosotros no perdonareis tampoco vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará vuestros pecados” (42).

Para obtener la *omnipotentia supplex* prometida por el Salvador son indispensables dos condiciones. Sólo la alcanzarán

(38) San Mateo: ἐθαύμασαν (Vulg., *mirati sunt*, “se asombraron”).

(39) Matth., XVII, 19, y Luc., XVII, 6.

(40) Matth., XXI, 21-22; Marc., XI, 22-26. El texto de San Mateo es aquí muy sumario. Citamos las palabras de Jesús según San Marcos.

(41) Los judíos oraban de ordinario en esta actitud. Cf. Matth., VI, 5; etc.

(42) La última frase, omitida por los mejores manuscritos griegos, fué añadida, sin duda, posteriormente. Está tomada de Matth., VI, 15.

quien posea una fe viva y practique la caridad cristiana concediendo perdón generoso a sus hermanos que le hubieran ofendido. La montaña que Jesús indicaba con el dedo no era otra que el Monte de los Olivos, donde entonces se hallaba. El mar en que un hombre de fe podría precipitarlo no era probablemente el Mediterráneo, sino el Mar Muerto, que se ve a lo lejos, al Este, desde la cumbre del Monte de los Olivos. Como a su tiempo dijimos, el lenguaje de Nuestro Señor es aquí “algo proverbial” (43) y, por tanto, hiperbólico. Y, claro es, como ya notaba Víctor de Antioquía, el comentador más antiguo del segundo Evangelio, que Jesús no promete conceder a cualquiera que lo pida el poder de obrar milagros inútiles (44).

Cuando Jesús llegó, como el día precedente, al patio del Templo, primeramente “se paseó”—circunstancia que sólo menciona San Marcos—por espacio de algún tiempo en los atrios, que, aquellos días de preparación a las solemnidades de Pascua, estaban llenos de peregrinos forasteros. No tardó en ser reconocido, y como en torno de El se hubiese congregado numerosa muchedumbre, púsose en seguida a instruirla, a “evangelizarla”, dice San Lucas. Este oficio de predicador de la buena nueva era el que más gustaba de ejercer, y causa profunda emoción el ver con cuánto celo dedicaba las últimas horas de su vida a instruir a aquellas ovejas de Israel, a las que sus malos pastores extraviaban y perdían con sus falsas doctrinas.

El Lunes Santo, los jerarcas, dominados todavía por la impresión de su entrada triunfal, cuyo buen suceso les había intimidado, creyeron inoportuno, y quizá peligroso, intervenir y disputar con El. Después, cobrado ya ánimo, se reúnen y concertan entre sí un plan que creen ha de causarle infaliblemente una humillante derrota. Unos tras otros—miembros del Sinedrín, fariseos, herodianos y saduceos—, vendrán a contender con Jesús; le tenderán hábilmente lazos para comprometerle ante sus compatriotas y ante los romanos, esperando así fácilmente apoderarse de su persona y entregarle a la muerte. ¡Qué día aquel! El último de su ministerio activo, el último que pasó

(43) El P. Lagrange, *L'Evangile selon S. Marc.*, pág. 281.

(44) A esta promesa de Jesús alude San Pablo, cuando escribe, I Cor., XIII, 2: “Y aunque tuviera toda la fe hasta trasladar las montañas...”

en el Templo, ocupado en enseñar. Día de reiteradas victorias y de graves profecías sobre el porvenir de Jerusalén, del pueblo judío y del fin del mundo. Los sinópticos se complacen en referir hasta los menores incidentes, y San Juan completará sus relatos con gravísimas consideraciones acerca del endurecimiento de los judíos respecto del Salvador.

Una delegación del Sanedrín, compuesta de príncipes de los sacerdotes, de doctores de la ley y de ancianos (45), fué la encargada de inaugurar lo que con razón se ha llamado "el gran conflicto". Llegando de improviso y abriéndose paso por entre la muchedumbre, acercáronse a Nuestro Señor, y con altanero lenguaje, como de quien manda y está seguro de su triunfo, hicieronle esta doble pregunta: "¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te ha dado potestad de hacer estas cosas?" Con esto se entablaba la lucha sobre un punto capital: el ejercicio de los derechos que Jesús se había atribuido, particularmente en los últimos días, pues las "cosas" (47) a que sus adversarios aludían eran, según del contexto se colige, la entrada triunfal y la expulsión de los vendedores, que habían puesto en conmoción a la ciudad y aun al Templo. La pregunta tiene dos partes bien distintas. En primer lugar: ¿Tienes poderes personales que te consientan obrar como lo haces? Como si dijeran: ¿Eres profeta? ¿Eres un reformador? En una palabra: ¿Cuál es tu misión? En segundo lugar: Supuesto que tengas título verdadero, ¿quién te lo ha conferido?

Una pregunta parecida, aunque con intenciones no tan péfidas, había hecho el Sanedrín a Juan Bautista (48). Mas entonces tal ingerencia estaba, en alguna manera, justificada, pues el primer deber de los jefes del judaísmo era velar por la pureza de la doctrina; ahora, en cambio, después de las pruebas manifestadas y reiteradas, que Jesús ha dado en su misión divina.

(45) San Marcos y San Lucas enumeran las tres clases: los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos. San Mateo, por brevedad, omite la mención de los escribas. Supónese comúnmente que no se presentó a Jesús todo el Sanedrín, sino que se contentó con enviarle una delegación oficial.

(46) El verbo ἐπέστησαν, usado por San Lucas, tiene ordinariamente este sentido, y a la vez indica intenciones hostiles.

(47) Los tres historiadores emplean aquí el pronombre ταῦτα (Vulg. *haec*).

(48) Joan., I, 9-28.

la intervención del Sanedrín no es sino una nueva indignidad, encubierta con legales apariencias. "Maestro—había dicho con razón Nicodemo tres años antes (49)—, sabemos que Dios te ha constituido doctor, porque ninguno puede hacer estos milagros que Tú haces, si Dios no estuviere con él." ¿Qué hubiera valido, en comparación de este título otorgado por Dios mismo, el que pudieran dar un Hillel o un Gamaliel? ¿Pero qué se les daba de esto a los enemigos del Salvador cuando, al pedirle ante las turbas que justificase poderes que, a juicio de ellos, usurpaba, no pretendían otra cosa que ponerle en apurado trance? Por seguro tenían que no podría darles respuesta satisfactoria; lo que no habían pensado era que ellos pudieran quedar cogidos en sus propios lazos.

Jesús no respondió directamente a su pregunta; y, ciertamente, estaba en su derecho: ¡tan patente era la dañada intención con que procedían! Contentóse con decirles, con calma y oportunidad admirables: "Yo, a mi vez, voy a haceros una sola pregunta (50). Y si me la respondiereis, también os diré yo con qué potestad hago estas cosas. ¿El bautismo de Juan, de dónde era: del cielo o de los hombres?" Lo que equivalía a preguntar: ¿Era Juan Bautista un profeta o un impostor? Con estas solas palabras quedó frustrada la maniobra de los adversarios. El dilema era irrefutable, y el hecho en que se fundaba, es decir, el ministerio del Precursor (51), estaba tanto mejor elegido cuanto de labios humanos no había salido testimonio tan favorable a la mesianidad de Jesús como el del mismo Juan Bautista (52). Reconocer que Juan había recibido de Dios su misión era admitir que también la de Jesús era divina. Entendieronlo sin dificultad los enviados del Sanedrín. Por lo que, puestos en grande embarazo, deliberaban entre sí sobre la respuesta que podrían dar. Decíanse unos a otros: "Si dijéremos: Del cielo, nos dirá: ¿Pues por qué no le creísteis? Y si dijéremos:

(49) Joan., III, 2.

(50) Ἐνα λόγον, según San Mateo y San Marcos (Vulg., *unum sermonem, unum verbum*). Λόγον simplemente, en el tercer Evangelio.

(51) Jesús lo significa con el nombre de la ceremonia que le daba un carácter particular y resumía su fin y efectos: el bautismo simbólico de donde le venía a Juan su célebre sobrenombre.

(52) Cf. Matth., III, 11-12; Marc., I, 6-8; Luc., III, 15-18, y en especial Joan., I, 25-27, 29-35; III, 28-35.

De los hombres, son de temer las gentes (53), pues todos tenían a Juan por profeta." ¡Qué bien pesan estos hipócritas el pro y el contra, las dos eventualidades posibles! Mas no conseguirán hallar un arbitrio para escapar honrosamente del callejón sin salida en que se han metido; antes al contrario, agravarán su situación con dejarse guiar, no de la verdad, sino de sus personales intereses.

Terminada su deliberación, respondieron a Jesús: "No lo sabemos." Era pura mentira; era además torpísima escapatoria, pues, al declararse incapaces de formar juicio sobre la naturaleza del ministerio de Juan Bautista, se muestran por eso mismo ineptos para resolver acerca del origen de la misión de Jesús. ¿No era vergüenza y vileza abdicar así de su autoridad en cuestión de tanta monta? Así hubieron de entenderlo ellos mismos, cuando el Salvador concluyó el debate diciendo gravemente: "Pues tampoco yo os digo con qué potestad hago estas cosas." No merecían otra respuesta quienes rehusaban cumplir la condición que tácitamente habían aceptado (54).

Ahora ya no son ellos los que acometen; es Jesús mismo quien va a impugnarlos con brío irresistible. Hácelo primeramente con tres delicadas parábolas, que, como la de las diez vírgenes y la de los talentos, que más adelante veremos (55), pertenecen al tercer grupo que en otro lugar quedó mencionado (56). Se refieren, como las del primer grupo, al reino de Dios, pero visto a diferente luz, pues lo consideran particularmente en el momento de su consumación, en el fin de los tiempos. Una sola de ella, la de los viñadores homicidas, nos ha sido conservada por los tres sinópticos; bien es verdad que es la más

(53) San Lucas trae esta variante, que bien podría reproducir el texto primitivo: "Todo el pueblo nos apedreará." No era, pues, imaginario el miedo de los delegados, ya que entre los judíos la lapidación era el castigo legal de los delitos religiosos, y las turbas no se contenían en ocasiones y lo ejecutaban espontánea y sumariamente. Véase Act., VII, 56-59, respecto de San Esteban, y Joan., X, 31, respecto del mismo Jesús.

(54) Matth., XXI, 23-27; Marc., XI, 27-33; Luc., XX, 1-8.

(55) Matth., XXV, 1-30.

(56) Tomo III, págs. 169-170.

significativa. Las otras dos sólo se leen en el Evangelio de San Mateo (57).

La primera, la más breve de las tres, es la de los dos hijos (58). Comienza así:

"¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y llegándose al primero, le dijo: Hijo mío, vete hoy a trabajar en mi viña. Respondióle éste: No quiero. Mas luego, movido de arrepentimiento, fué. Y llegándose después al otro, le dijo del mismo modo. Y respondió él: Voy, señor. Mas no fué."

Este cuadrato de costumbre está vigorosamente trazado. El "No quiero" del primer hijo es brutal y grosero. La adhesión aparente del segundo a la orden paterna es de una finura afectada (59), pero que pone más de relieve la desobediencia de este hipócrita. El padre de familia, aquí como en las demás parábolas evangélicas, simboliza al Dios de Israel, que invita a las diversas categorías de su pueblo a trabajar en su viña mística, para que la hagan producir abundosos frutos.

Después que Jesús acabó su breve historia, queriendo hacer más punzante su aplicación, preguntó a sus adversarios: "¿Cuál de los dos hijos hizo la voluntad del padre?" No era dificultosa la respuesta. "El primero", dijeron sin titubear. Ciertamente; aunque al principio respondió groseramente a la orden de su padre, se arrepintió luego, y de hecho obedeció; no así el segundo, que al punto contradijo y anuló con su proceder su afectada aceptación. Después, Jesús, haciendo con lenguaje vigoroso una aplicación aún más completa y clara de la parábola, añadió.

"En verdad os digo que los publicanos y las ramera os precederán en el reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las ramera lo creyeron, y vosotros, viéndolo, no os habéis arrepentido aún para creerle."

El segundo de los dos hijos representaba, pues, a los más de los judíos, pero sobre todo a sus directores espirituales y a

(57) Notemos de paso que, de todas las parábolas del Salvador, tres solamente nos han sido transmitidas por todos tres Evangelios sinópticos: la de los pérfidos cultivadores de la viña, la del grano de mostaza y la de la levadura.

(58) Matth., XXI, 28-32. En varios antiguos manuscritos griegos hay una inversión, mencionada ya por Orígenes, San Jerónimo y otros Padres. El hijo que dice "No" está colocado el segundo. Véase Zahn, *Das Evangelium des Matthäus*, segunda edic., pág. 618, nota.

(59) En el griego: ἔγω ζῶν. A la letra: "¡Yo, Señor!" Es decir, como traduce la Vulgata, "Allá voy al punto".

los miembros del Sanedrín, a quienes particularmente se dirigía entonces Jesús. El primero era figura de los pecadores de toda especie, y en especial de los publicanos, que se habían convertido al oír la predicación de Juan Bautista (60). La mayor parte de la nación teocrática, pareció que al principio aceptaba deferentemente los preceptos divinos; pero esta deferencia no era sino externa y efímera. Su "Sí", lleno de énfasis, habíase convertido casi inmediatamente en un "No" al venir al terreno de los hechos. Los otros, por el contrario, después de haber respondido al llamamiento divino con una negativa insolente, habían vuelto a mejores sentimientos y se habían esforzado en reparar sus faltas, obedeciendo a los mandamientos divinos. Y este hermoso ejemplo había sido dado por la porción más despreciada de la nación judía; así que también les será concedido aventajarse en el reino de Dios a los orgullosos jerarcas, a los hipócritas fariseos y a cuantos se dejaban guiar de ellos. ¡Cuántos, aun entre aquellos que más seguros se creían de su salvación, fueron excluidos para siempre del reino mesiánico!

Los representantes del Sanedrín, tan altaneros cuando fueron a contender con Nuestro Señor, estaban ahora delante de El confusos y humillados. Pero mayor aún será su confusión cuando les exponga la segunda parábola, la de los viñadores pérfidos y homicidas, tan trágica en su sencillez, y que contiene una profecía contra el pueblo judío y sus corifeos más sombría aún y más triste que la anterior. Jesús, al pronunciarla, miraba principalmente a los jefes; pero tampoco excluía al pueblo (61), que seguía la discusión con vivísimo interés. Los relatos de los tres sinópticos tienen entre sí mucha semejanza en cuanto al fondo (62); indicaremos sus principales diferencias en lo que hace a los pormenores. La parábola se puede dividir en dos partes, una histórica y la otra profética. Al principio de la primera hallamos un preámbulo que sirve de introducción.

"Había un padre de familias que plantó una viña, la cercó de vallado

(60) La expresión "camino de la justicia" puede significar ora la santidad personal del Precursor, ora la dirección que daba a los que conseguía convertir. Este último sentido parece que es aquí el mejor.

(61) San Mateo: "Escuchad otra parábola." Invitación que se dirige a los delegados del Sanedrín. San Lucas: "Comenzó a exponer al pueblo esta parábola." Las dos indicaciones se completan mutuamente.

(62) Matth., XXI, 33-41; Marc., XII, 1-9; Luc., XX, 9-16.

y cavó en ella un lagar y edificó una torre; después la dió a renta a unos labradores y se partió lejos por mucho tiempo."

Esta viva descripción está tomada de las costumbres vitícolas de Palestina, tal como las observaba ya Isaías en un cuadro justamente célebre (63), conocido de los comentadores con el título de "cántico de la viña", y en el que casi se dijera se había inspirado Nuestro Señor. "Todas las viñas están rodeadas en Palestina de una cerca de piedras. Dentro se construye una torre, también de piedras, que permite al propietario vigilar su viña cuando aparecen los racimos, pues son éstos muy apetecidos de los chacales (64) y de la gente. Un techo de ramaje sobre estas torres ofrece un abrigo para la noche. Hoy ya no tiene cada viña su lagar; pero a menudo se hallan huellas de antiguos lagares, y precisamente el *hypoleuon* o cuba debajo del lagar" (65). El lagar de los antiguos judíos consistía en dos cubas sobrepuestas; en la superior se amontonaban los racimos, que los viñadores aplastaban con sus pies. El jugo, que salía por una abertura hecha en la parte inferior, caía en la segunda cuba, colocada debajo de tierra, y con frecuencia tallada en la roca (66).

Estos diversos pormenores, resumidos por Isaías y por Nuestro Señor, muestran cuán grande era la solicitud del propietario de la viña. Aquel amado viñado era precisamente Israel, el pueblo tan favorecido del cielo, y el propietario era el Señor mismo. Ninguna imagen aparece con tanta frecuencia en los escritos del Antiguo Testamento como la de la viña para representar la teocracia judía (67). Por esto la emplea aquí el Señor, y con tanta mayor oportunidad cuanto Palestina era en pasados tiempos (68), y lo es aun hoy, en parte, muy a propósito para el cultivo de la viña. Cuando el propietario la daba en arriendo, la renta se pagaba, o ya en dinero, o ya en especie.

(63) Is., V, 1-7.

(64) Y también de los jabalíes, Ps. LXXIX, 14.

(65) El P. Lagrange, *Evangelie selon S. Marc.*, pág. 285. *Ἰπολήνιον* cuba inferior, el *lacus vinarius* de los latinos. La traducción de la Vulgata, *torcular*, no es enteramente exacta.

(66) Véase L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, pl. XXXVI, figura 8.

(67) Cf. Deut., XXXII, 32; Ps. LXXIX, 8-16; Is., V, 1-7; XVI, 10; XXVII, 1-7; Jer., II, 21; Ez., XV, 1-6; XIX, 10; Os., X, 1; etc.

(68) Gen., XLIX, 11; Deut., VIII, 8; XXVIII, 30, 39; etc.

En el caso presente, según se deduce de la parábola, se había preferido este segundo modo. La partida del dueño, como se trata de Dios, es una simple ficción exigida por el conjunto del relato. Después de haber confiado su viña mística a los encargados de hacerla producir en su nombre, el Dios de Israel los dejó obrar conforme a su libre albedrío, según ley ordinaria de su providencia.

La continuación de la parábola describe largamente el indigno proceder de los viñadores:

“Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus criados a los labradores para que percibiesen los frutos de ella. Mas los labradores, echando mano de los criados, hirieron al uno, mataron al otro, y al otro le apedrearon. De nuevo envió otros criados, en mayor número que los primeros, y los trataron del mismo modo. Por último, envióles su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y tendremos su herencia. Y apoderándose de él, le echaron fuera de la viña y lo mataron.”

Todo es perfectamente claro en estas trágicas líneas, que dan un resumen harto preciso de la historia religiosa del pueblo israelita, y en particular de sus directores, en el curso de largos siglos. Muchas veces, sus reyes, sus sacerdotes, y después, en tiempo de Nuestro Señor, sus doctores y demás clases directoras, se habían mostrado gravemente infieles en su cargo y habían tratado, no solamente con insolente desdén, sino también con verdadera crueldad, a los mensajeros que Dios les enviara de tiempo en tiempo para pedirles su legítima parte de la cosecha, es decir, para pedirles rigurosa cuenta de la dirección que daban a su pueblo. ¡Qué admirable serie de profetas — porque ellos principalmente fueron aquellos sucesivos embajadores — había enviado Dios a su nación escogida, y a los guías de ella, así temporales como espirituales, para recordarles sus deberes para con El y, cuando se desviaban, para volverlos a mejores sentimientos! Esta es, ciertamente, una de las más hermosas páginas de la historia del pueblo judío. Pero también una de las más tristes, como lo dirá San Esteban (69), después de Jeremías (70) y del mismo Salvador (71): “¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres?” Ahí están Elías, injuriado

(69) Act., VII, 52.

(70) Jer., XXV, 3-7.

(71) Matth., XXIII, 37.

por Jezabel; Miqueas, aprisionado por Acab; Eliseo, amenazado por Joram; Zacarías, apedreado por orden de Joás; Jeremías, lapidado en Egipto por sus compatriotas; Isaías, aserrado con una sierra de madera, según la tradición judía (72). Y no citamos sino los más conocidos.

La parábola pone muy de relieve, por parte de los labradores, una perfidia cada vez mayor y al mismo tiempo una como locura que llega hasta imaginar que su atentado homicida contra el hijo del propietario, por consiguiente contra el mismo Jesús, los pondrá en posesión de la viña; por parte de Dios, una paciencia y una bondad incansables, hasta que el vil asesinato de su hijo pide justa venganza, un castigo ejemplar de los culpables. El envío de mensajeros y el mal trato que les dieron los labradores no se nos describen del mismo modo en los tres Evangelios (73). San Mateo, cuyo texto hemos citado, divide los servidores en dos grupos, que se presentan sucesivamente. San Lucas sólo habla de tres mensajeros. Otro tanto hace San Marcos al principio; pero luego menciona “otros varios” más. Puras variantes de expresión que en nada afectan al fondo. En los malos tratamientos hay una gradación ascendente: primero, simples insultos; luego, los labradores pasan a vías de hecho y, por fin, llegan hasta dar muerte a los mensajeros y hasta al “hijo único, amadísimo”. Con esta última circunstancia, la simple historia da lugar a la profecía. Jesús tiene ante sus ojos las escenas de su Pasión, que da ya como sucedidas: ¡tan seguro está de que sus enemigos procederán contra El hasta el último extremo! Pero donde entramos de lleno en la predicción es en la última parte de la parábola, pues pinta con espantosa claridad las represalias que tomará el padre, tan gravemente ofendido.

“Pues cuando viniere el señor de la viña—continuó Nuestro Señor—, ¿qué hará a aquellos labradores?” Según el texto de San Mateo, Jesús hizo directamente esta pregunta a los miembros del Sanedrín, que le rodeaban, y que, con entera justicia, pudieron responder: “Hará perecer miserablemente a aquellos

(72) Cf. III Reg., XIX, 2; XXII, 24-27; IV Reg., VI, 31; II Par., XXIV, 31; etc.

(73) Puede el lector hacer por sí mismo la prueba, que le interesará; hacerla aquí nos llevaría harto lejos.

miserables (74), y arrendará su viña a otros labradores que paguen el fruto a sus tiempos." Así, pues, el castigo será doble. Los jefes criminales del judaísmo padecerán personalmente el suplicio que ellos habían infligido al hijo del señor de la viña y arrastrarán a su pueblo consigo al castigo. Los soldados de Tito y aun los sicarios judíos serán los encargados de ejecutar más adelante esta sentencia. Además, la viña mesiánica pasará a otras manos más fieles, a las de los gentiles, cuya conversión futura y cuya entrada en la iglesia de Cristo se predicen aquí nuevamente.

Después, Jesús, mirando, como nos dice San Lucas, con severidad y ahinco a sus interpeladores, continuó:

"¿Nunca leisteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban, ésta fué puesta por cabeza de esquina? El Señor fué quien hizo esto, y es cosa maravillosa en nuestros ojos. Por tanto, yo os digo que se os quitará el reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado, y si ella cayere sobre alguien, será aplastado."

La imagen cambia de pronto: ¡tan rápido y variado es el lenguaje del Salvador!; pero la idea permanece siempre la misma. Los labradores se convierten en constructores que, con culpabilísimo menosprecio, se desdeñan de emplear la piedra que Dios había destinado para un sitio principal en el edificio levantado por orden suya. Había ésta de servir de esquinal, de "piedra angular", que uniese los dos muros y les fuese cimiento inquebrantable. Como quiera que sea, ocupará su verdadero lugar, porque, como se ve por el pasaje del salmo de donde tomó (75) Jesús la cita y por los vaticinios de Isaías y de Daniel (76), es figura del Mesías, en cuanto fundamento indestructible de la Iglesia, y ninguna fuerza humana podrá prevalecer contra ella. Aquí también el castigo caminará al paso del pecado, pues esta piedra, que, según el plan divino, no había de ser sino instrumento de salvación, se convertirá, por obra de los enemigos de Cristo, en ocasión de ruina, ya porque ellos vengán a chocar violentamente contra ella, ya porque ella cayendo sobre ellos, los aplaste con todo su peso. A esta amenaza contra los judíos culpables va unida una vez más la pro-

(74) Juego de palabras, al modo oriental.

(75) Ps., CXVII, 21-23.

(76) Is., VIII, 14-15; Dan., II, 34, 45.

mesa, tan dulce y gloriosa para los gentiles. Esta metáfora de la piedra angular impresionó tan vivamente a los apóstoles, que muchas veces la emplearán en adelante, aplicándola a Jesús (77).

Los tres evangelistas a una indican expresamente la impresión que las últimas palabras del Salvador produjeron en los delegados del Sanedrín, a quienes no se les ocultó que a ellos aludían y a ellos condenaban personalmente.

De tal manera se exasperaron con esto, que una vez más quisieron apoderarse inmediatamente de Jesús, para ejecutar la sentencia de muerte que desde hacía tiempo habían pronunciado contra El; pero contúvoles el temor. Recurriendo imprudentemente a la violencia, se arriesgaban a concitar contra sí la cólera del pueblo, que manifestaba adhesión cada vez más ardorosa hacia Jesús, pues le consideraban por lo menos como un gran profeta. Retiráronse, pues, confusos, sin llegar a saber lo que pretendían, y después de haber aprendido lo que preferían ignorar.

Después de breve pausa (79), Jesús, por quien a las claras había quedado la victoria, propuso una tercera parábola, que venía a completar la de los labradores homicidas. En aquélla se representa a Dios debajo de la figura de un propietario que reclama su parte a deudores sin conciencia; en esta otra, en figura de rey benévolo, generoso, que convida a sus súbditos a su mesa y les hace ricos presentes. En ambas, a la paciencia y bondad divinas va unida una grave amenaza, ya que en esta tercera parábola, como en las dos anteriores, Nuestro Señor predice bien ostensiblemente la ruina de la nación judía y el castigo de sus indignos jefes. Solamente la trae San Mateo (80), y se la suele llamar la parábola del Convite nupcial o de las Bodas reales. Tanto por su fondo como por muchos de sus pormenores, tiene grande semejanza con la del Gran Convite, que en otro lugar citamos, según el tercer Evangelio (81). Por

(77) Act., IV, 11; Rom., IX, 34; I Petr., II, 2.

(78) Matth., XXI, 45-46; Marc., XII, 12; Luc., XX, 19.

(79) Indícase esta pausa en el relato de San Mateo con una breve fórmula de introducción: "Jesús, tomando la palabra, habló de nuevo en parábolas, diciendo..." El plural ἐν παραβολαῖς engloba así las dos parábolas que preceden.

(80) Matth., XXII, 1-14.

(81) Luc., XIV, 16-24.

lo que muchos comentadores (82) han creído que ambas composiciones son idénticas. Pero no han advertido suficientemente que se refieren a ocasión y tiempo muy distintos. Aquí, por ejemplo, Jesús está en los patios del Templo y se dirige a los miembros del Sanedrín; allí estaba en casa de un fariseo y hablaba a los convidados. Además, algunas circunstancias son del todo diferentes, y aun las que son semejantes están presentadas en forma nueva. Por último, el fin que el Salvador intentaba no es enteramente el mismo en ambos casos. Como quiera que sea, la alegoría del reino de Dios, comparado a un festín, era entonces muy popular; de suerte que bien pudo Jesús emplearla en diversas ocasiones para enseñar al pueblo, introduciendo cada vez algunas modificaciones.

Esta misma imagen aparece muchas veces en los escritos rabínicos, en particular en una parábola del Talmud, cuya traducción se leerá, sin duda, con gusto. Su autor es el rabino Jochanan ben Zaccái, que vivía en el último tercio del siglo primero de la Era cristiana (83). "Parábola: Un rey invitó a sus servidores a un festín, pero sin señalar el momento preciso en que se celebraría. Los más prudentes se pusieron sus vestidos de fiesta y se sentaron a la puerta de la casa del rey. Decían: Quizá falte (aún) algo en la casa del rey (84). Los menos prudentes se fueron a sus trabajos. Decían: ¿Se prepara acaso un festín sin mucho trabajo? (85). Pero de repente el rey mandó llamar a sus servidores. Los que habían sido prudentes entraron, vestidos con sus trajes de fiesta. Pero los que no habían sido prudentes entraron cubiertos con vestidos desaliñados. Entonces el rey manifestó su satisfacción a los prudentes y se irritó contra los otros. Exclamó: Estos que han puesto sus vestidos de fiesta para el convite pueden entrar, comer y beber; mas esos otros que no se han ataviado para el festín se quedarán de pie y mirarán (a los otros)" (86).

Los vestidos de fiesta son lo mismo que el vestido nupcial

(82) Entre ellos, el grave Maldonado.

(83) Cf. Strack, *Einleitung in dem Thalmud*, segunda edic., pág. 78.

(84) Pero como quiera que sea, no tendremos que esperar mucho tiempo; estemos, pues, prestos.

(85) Por tanto, no hay prisa; tiempo tenemos de ir al palacio.

(86) P. Fiebig, *Die Gleichnisreden Jesu in Lichte der rabbinischen Gleichnisse*, 1912, pág. 18.

de que se habla en las últimas líneas de la parábola del Convite real. Se compone éste de tres actos, de los cuales cada uno corresponde a una idea nueva. Acto primero:

"Semejante es el reino de los cielos a cierto rey que hizo bodas a su hijo. Y envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron ir. Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí que he preparado mi banquete, mis toros y los animales engordados están ya muertos, y todo está prevenido; venid a las bodas. Mas ellos no hicieron caso y se fueron, uno a su granja y otro a sus negocios. Y otros echaron mano de los criados y, después de haberlos ultrajado, los mataron. Y el rey, cuando lo oyó, se irritó, y, enviando sus ejércitos, acabó con aquellos homicidas y puso fuego a su ciudad."

Todo está claro en esta narración. El rey figura a Dios-Padre, soberano Señor del cielo y de la tierra, y más particularmente rey de la teocracia judía. Su Hijo es Cristo, que contrae con la Iglesia una unión estrecha e indisoluble, que los escritos del Nuevo Testamento, comenzando por los Evangelios, suelen representar en forma de un matrimonio místico (87). Ya dejamos dicho, al explicar la parábola del Gran Convite, que entre los orientales, tan amigos de guardar las formas y las ceremonias, el anfitrión dirige casi siempre a sus convidados reiteradas invitaciones. En lo que hemos llamado primer acto hallamos hasta tres de éstas. Los invitados, simplemente reacios al principio, y luego después rebeldes y asesinos, y en ambos casos gravemente culpables, puesto que la repulsa era ya de suyo un insulto al rey, pertenecían a las clases superiores y directoras del reino. Simbolizan, pues, a los jerarcas, a los miembros del Sanedrín, a los fariseos y a los escribas; en una palabra, a los jefes civiles y espirituales de la nación judía. También ellos habían respondido con una insolente y criminal negativa a la honrosísima invitación que les había hecho el divino Rey para que asistiesen a las bodas de su Cristo. Permanecieron sordos a los sucesivos mensajes que se había dignado enviarles por medio de Jesús mismo y de sus discípulos y que aún los enviaría por los apóstoles y demás predicadores del Evangelio. Así como lo restante de la narración evangélica nos permitirá asistir a la dolorosa Pasión del Salvador, cuyos principales autores fueron los jerarcas, así el libro de los Actos nos presentará a los após-

(87) Matth., IX, 15; Luc., XXII, 18, 30; Joan., III, 29; II Cor., XI, 2; Eph., V, 32; Apoc., XIX, 7; etc.

toles y discípulos del Mesías presos, como si fueran malhechores, afrentosamente maltratados y cruelmente muertos (88). Pero a su tiempo vendrá el castigo de los perseguidores, y los romanos serán los terribles instrumentos de la venganza divina. Muchos de los que entonces escuchaban esta amenaza perecieron quizá, aplastados o quemados vivos, debajo de las humeantes ruinas del Templo, junto al cual fué pronunciada esta predicción.

El rey, aunque tan gravemente ofendido por aquellos a quienes había honrado invitándolos los primeros, no renunció a celebrar dignamente las bodas de su hijo. Como todo estaba preparado para el festín, sólo era menester hallar nuevos convidados. Esto es lo que nos dice el segundo acto de la parábola.

“Entonces el rey dijo a sus siervos: Las bodas están aparejadas; mas los que habían sido convidados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos hallareis, llamadlos a las bodas. Y habiendo salido los criados por los caminos, juntaron a cuantos hallaron, malos y buenos, y la sala de las bodas se llenó de convidados.”

La parábola del Convite nupcial vuelve a coincidir aquí con la que nos ha referido San Lucas. Esta vez la invitación es general, y los enviados del rey llevan, conforme a la orden que habían recibido, convidados de toda clase, “malos y buenos”, sin tener cuenta con su estado moral presente. Los malos tendrán excelente ocasión de convertirse y llegar a ser buenos. La invitación no pone tampoco distinción alguna entre judíos y gentiles: estas categorías han cesado de existir en la Iglesia del Mesías, pues la catolicidad es precisamente una de sus notas esenciales. Por lo cual Jesús, antes de tornar al cielo, dirá a sus apóstoles: “Id, enseñad a todas las gentes” (89). Habrán de echar la red evangélica en el vasto océano del mundo, para recoger peces de toda especie.

Tercer acto. Cuando todos los convidados se hubieron colocado, al modo oriental, sobre divanes puestos alrededor de las mesas,

“entró el rey para ver a los que estaban a la mesa, y vió allí a un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció.”

(88) Act., IV, 3; V, 18, 40; VII, 58; VIII, 3; XII, 3; XIV, 5-19; XVI, 23; XVII, 5; XXI, 30; XXIII, 2

(89) Matth., XXVIII, 19.

Entonces el rey dijo a los criados: Atado de pies y manos, arrojadle en la oscuridad de fuera: allí será el lloro y rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.”

No entra el rey en la sala del festín para comer con sus convidados, sino, al modo de las personas de calidad, cuando invitan a considerable número de sus vasallos, iba a saludarles y ver si todo estaba en orden. De repente observa que uno de los convidados había faltado a las reglas elementales del decoro, presentándose en palacio y asistiendo al festín vestido con sus vestidos ordinarios, como los “necios” de la parábola talmúdica, sin ataviarse con el “vestido nupcial”, es decir, sin traje de fiesta, cual convenía a tan gran convite celebrado en tan digno lugar. Ciertamente, la última invitación había sido apresurada, y encontró a las gentes en los caminos y en las plazas públicas y, por tanto, en traje que nada tenía de lujoso. Pero hay en Oriente una costumbre especial que hacía imperdonable la conducta de aquel convidado. Cuando una persona de clase distinguida invita a un banquete solemne, cuida de ofrecer a los invitados un traje de ceremonia, que han de vestir cuando vayan al banquete. Así, pues, por pobre que fuese, no podía alegar excusa si concurría a la fiesta sin vestido adecuado. De ahí la indignación del rey, que al punto se manifiesta con un duro reproche y con la inmediata expulsión de aquel desvergonzado, que se había atrevido a cometer tan gran falta de respeto.

Dejando a un lado la discusión de antiguos autores respecto de la significación precisa del traje nupcial (90), nos limitaremos a decir que este vestido de fiesta representa, en general, la santidad que deben poseer todos aquellos a quienes se ha concedido el inmenso honor de ser admitidos como ciudadanos del reino mesiánico, como miembros de la Iglesia de Cristo. Pueden, según acaba de decirnos la parábola misma, ser malos cuando reciben el divino llamamiento; pero deben salir lo antes posible de este estado y revestirse de las virtudes y de la santidad cristianas. Así, pues, los judíos rechazados por incrédulos; los gentiles, llamados en su lugar, pero rechazados a su vez de la salvación mesiánica, si se hacen indignos de ella: tal

(90). Véase nuestro comentario al *Evangile de S. Matthieu*, pág. 424.

es el resumen y enseñanza de esta grave instrucción de Nuestro Señor.

Hemos asistido a la primera fase de la lucha del Salvador con sus enemigos. Los delegados del Sanedrín han quedado reducidos a vergonzoso silencio. Pero, al retirarse, prosiguen la intriga contra Jesús, enviando inmediatamente—San Marcos y San Lucas lo dicen expresamente (91)—a sus amigos los fariseos con encargo de continuar la discusión. Aceptaron éstos de buen grado, esperando tener mejor suceso (92). Tras breve deliberación combinaron un plan de ataque. Deseando inducir a Jesús a que pronunciase palabras comprometedoras que diesen ocasión de acusarle, bien ante los romanos, bien ante su propio pueblo, van a intentar una diversión hacia el terreno político, tan peligroso entonces. Su perversa intención está dramáticamente expresada en las imágenes de que se sirven los narradores. Querían cogerle como en un lazo, darle caza, sorprenderle (93). No lucharán contra El con armas honrosas, sino con una astucia indigna.

Por eso al principio se guardarán bien de presentarse en persona, temerosos de excitar su desconfianza. Le enviarán algunos de sus jóvenes *talmidim* o discípulos, que, con candor aparente, vendrán a proponerle un caso de conciencia, esperando que lo resuelva de modo que quede en trance muy difícil. Varios herodianos, así llamados, según ya dijimos, porque eran partidarios resueltos de la dinastía de los Herodes, se juntaron a los emisarios de los fariseos. Como afectos que eran al gobierno de Roma, harían de acusadores y de testigos, si la respuesta de Jesús les pareciese contraria a los intereses del Imperio.

Llegáronse, pues, a Nuestro Señor varios alumnos de las escuelas rabínicas, con grandes muestras exteriores de profundo respeto. “*Rabbi*—le dijeron en un breve preámbulo muy halagador, encaminado a encubrir lo insidioso de su actitud y a desvanecer sospechas—, *Rabbi*, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios en verdad, y que no eres aceptador

(91) Marc., XII, 13; S. Luc., XX, 20, describe su maldad con vigorosas pinceladas. “Sin perderle de vista, le enviaron emisarios que fingieron ser justos, con el fin de sorprenderle en lo que dijese.”

(92) Matth., XXII, 15-22; Marc., XII, 13-17; Luc., XV, 20-26.

(93) Παρεούσῳ (S. Matth.); ἀγρεύουσιν (S. Marc.); ἐπιλαμβάνεται (S. Luc.).

de personas: porque no miras a las apariencias de los hombres.” ¡Qué cúmulo de elogios tan odiosamente hipócritas, aunque tan bien merecidos del Salvador! Estos discípulos, dignos de sus maestros, ponen, pues, de relieve con afectación la ortodoxia de Jesús (94), su independencia, bien reconocida, respecto de los juicios humanos y su entera imparcialidad. Con esto manifiestan la ilimitada confianza que les inspira, y se muestran propicios de antemano a aceptar su decisión sobre el problema que van a proponerle. Razón tenía un antiguo comentador (95) al compararlos a las abejas, que, teniendo la boca llena de miel, llevan oculto un venenoso aguijón.

Después del exordio propusiéronle su caso de conciencia en términos clarísimos: “Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo al Cesar, o no? ¿Lo pagaremos o no lo pagaremos?” (96). Proponen, como se ve, dos cuestiones diferentes. La primera es general y teórica: ¿Es lícito o no pagar el tributo al Emperador romano? La segunda es particular y práctica: Nosotros, miembros de la nación israelita, ¿hemos de pagar este impuesto? (97). En su lugar dejamos dicho (98) cuán pesada era para los judíos la dominación romana. Particularmente odioso les era el tributo que tenían que pagar regularmente a los aborrecidos publicanos, que se lo reclamaban en nombre del César reinante, pues, demás de que solía ser abrumador, era también clara señal de su servidumbre. Verdad es que el problema así propuesto no hubiera puesto en aprieto ni al santo rey Ezequías, ni al profeta Jeremías, ni a personas tan solícitas de la independencia nacional como Esdras y Nehemías, pues, sin dejar de ser verdaderos israelitas, no dudaron en reconocer el dominio de Nínive, de Babilonia o de Persia. Pero los mezquinos principios y el orgullo de los fariseos habían

(94) “El camino de Dios” que enseña con toda verdad es el conjunto de los divinos preceptos, que formaban como el camino de la virtud.

(95) El pseudo-Jerónimo, en la *Catena D. Thomae in Evang. Matthaei*, h. 1.

(96) Citamos estas palabras según el texto griego de San Marcos.

(97) Según la lección más acreditada de los textos griegos, cada uno de los evangelistas emplea una palabra diferente para significar el tributo de que se habla. S. Matth., *χῆνσον* (Vulg., *censum*); S. Marc., *ἐπιτεφάριον* (Vulg., *tributum*); S. Lucas, *φόρον*. (La Vulgata dice también *tributum*). Se trata muy probablemente del *tributum capitis* o capitation, por oposición a otras especies de impuestos.

(98) Tomo I, págs. 155-156.

producido en muchas almas escrúpulos angustiosos, que ahora se tomaban como base de un capcioso caso de conciencia.

No olvidemos que, por su parte, los romanos eran celosos hasta el exceso del derecho que, después de cada conquista, se arrogaban, de imponer tributos de varias clases a las naciones vencidas. Negarse a pagar el tributo al César se hubiera reputado por crimen de lesa majestad, que llevaba consigo terribles represalias. Bien a costa suya lo aprendieron los judíos que, siguiendo a Judas el Galaunita, se sublevaron, poco después del nacimiento de Jesús (99), por no pagar el tributo a los dominadores. De ahí que los fariseos, aunque hostiles a Roma y opuestos al principio a pagar al tributo, lo satisfacían fielmente como los demás.

Fácil es entender por estos pormenores en qué consistía el lazo que tendían a Nuestro Señor. Si respondía negativamente, lo entregarían “a la autoridad y al poder del gobernador” romano, como explica San Lucas. Si decía que “Sí”, lo desacreditarían ante el pueblo, presentándolo como enemigo declarado de los derechos sacratísimos de la teocracia. Al parecer, daban por seguro que Jesús no se atrevería a aconsejar que no se pagase el tributo. Aunque era hábil la treta, mayor aún fué la habilidad con que quedó frustrada. Mas todavía Jesús, antes de dar la solución que se le pedía, mostró a los que le preguntaban que no era juguete de su hipócrita maniobra y que conocía sus maliciosos designios (100). “¿Por qué me tentáis, hipócritas?”, les increpó. Luego, con tono majestuoso, pero severo, añadió: “Mostradme la moneda con que se paga el tributo” (101). ¡Cuán viva, aunque callada, no sería la ansiedad de los presentes, mientras que algunos se fueron a buscar la moneda que Jesús les pedía! Cuando éstos volvieron con un denario de plata (102), Jesús, mirándolo, replicó: “¿Cúya es esta figura e inscripción?” Los jóvenes fariseos respondieron: “Del César.” El Cesar reinante a la sazón era Tiberio. Su semblante, gra-

(99) Act., V, 37; Josefo, XVIII, I, 6.

(100) Los tres evangelistas señalan este hecho.

(101) San Mateo: τὸ νόμισμα τοῦ χήνσου (Vulg., *numisma census*). Según San Marcos y San Lucas: δηνάριον (Vulg., *denarium*). Es probable que Nuestro Señor emplease la fórmula general citada por el primer Evangelio. Conviene mejor a la situación.

(102) Recordemos que equivale a unos 78 céntimos.

bado en el denario, es bien conocido de anticuarios y numismáticos. Difícil fuera hallar otro más hermoso; pero acaso tampoco hubo entre los emperadores romanos otro tan cruel como Tiberio. En el anverso de la moneda que tenemos a la vista se lee este exergo: TI(berius) CAESAR DIVI AUG(usti) F(ilius) AUG(ustus) PONT(ifex) MAX(imus) (103).

Tomando por base la respuesta de los fariseos, el divino Maestro pronunció una sentencia profundísima, que produciría frutos felicísimos si en la práctica siempre se la tuviese en cuenta: “Pues devolved al César lo que es del César y a Dios lo que es Dios.” “Devolved”. Los tentadores habían preguntado si era permitido “dar” el tributo, y Jesús les responde que lo “devuelvan” (104), es decir, que lo paguen como una deuda. Principio admirable, que hermana las relaciones del hombre, y en particular las del cristiano, con Dios y con el Estado, dejando siempre a salvo los derechos respectivos. Al decir de los Zelotes judíos y de algunos fariseos, había verdadera incompatibilidad entre el pago del impuesto y la soberanía de Dios sobre la nación escogida. Jesús afirma que no hay tal incompatibilidad; su lección de cosas es de singular fuerza. Ese denario viene de Roma y pertenece a Roma. Con sola su presencia en Palestina, atestigua la dominación de Roma: ¡que vuelva, pues, a Roma en forma de tributo! Pero también es justo dar a Dios lo que le pertenece, pues por cima de las autoridades de la tierra está la autoridad divina, a la que debemos respeto, obediencia y amor. Dios y el Estado, el orden religioso y el orden político: dos órdenes ciertamente muy distintos, y uno de ellos muy superior al otro, pero no son opuestos; antes pueden coexistir pacíficamente, para procurar la dicha del linaje humano. Mas para esto, claro está que el Estado no ha de traspasar los límites de sus derechos, sino, al contrario, respetar siempre los de la religión y de la conciencia y aliarse con Dios, es decir, con la Iglesia de Cristo, para impedir el mal, para ayudar a la dilatación de la verdad, para conseguir el bien material, el bien intelectual, y sobre todo el bien moral de los pueblos. He ahí lo que se deduce de las hermosas palabras de Jesús.

(103) Véase Madden, *History of Jewish Coinage*, págs. 245-248.

(104) Δοῦναι, ἀπόδοτε. Las dos expresiones son correlativas.

El Salvador respondió a la pregunta con tanta claridad y habilidad, que los mayores enemigos de Roma y los más ardientes Zelotes no pudieron ofuscarse. San Pablo (105) desenvolverá un día este mismo pensamiento. Los que habían ido a preguntar se retiraron, pues, en silencio, confusos y al mismo tiempo obligados a admirar (106) la sabiduría de Aquel a quien habían querido coger en sus redes.

En aquel "día de preguntas", como lo llama Bossuet, todos los partidos más influyentes de la nación judía—los miembros del Sanedrín, los fariseos y los herodianos, y luego los saduceos—llegan sucesivamente a proponer a Nuestro Señor cuestiones insidiosas. Ahora toca el turno a los saduceos. Ya los vimos una vez, tan sólo una (107), cara a cara con Jesús, pidiéndole insolentemente "una señal en el cielo". A lo que parece, aquellos hombres de ideas liberales, miembros casi todos del clero superior y casi indiferentes al yugo romano, poco o nada se habían preocupado de la reputación y autoridad, cada vez mayores, del Salvador durante su vida pública. No tenían las mismas razones que los fariseos para temer su doctrina, porque, siendo semirracionalistas—como diríamos hoy—, se les daba muy poco de aquellas tradiciones que tanto estimaban sus rivales, y que Jesús más de una vez había impugnado. Pero los acontecimientos de los últimos días les han revelado en el Templo, en su propio terreno, el poder de Nuestro Señor, y como además ven en El un competidor peligroso, conciben el designio de desembarazarse de El cuanto antes puedan. Van a llevar la discusión al terreno dogmático; pero el arma que con preferencia manejarán será la de la irrisión, que permite a veces asestar tiros terribles contra el adversario, sobre todo en presencia del pueblo, que gusta de esta clase de combates (108).

Sabemos también, especialmente por el historiador Josefo y por el Talmud (109), que los saduceos, según nos advierten

(105) Rom., XIII, 1-7.

(106) San Marcos emplea un verbo compuesto (ἐξέθαύμαζον), que refuerza la idea.

(107) Matth., XVI, 1.

(108) Matth., XXII, 23-33; Marc., XII, 18-27; Luc., XX, 27-40.

(109) Josefo, *Ant.*, XVIII, I, 3-4; Meuschen, *Novum Testam. ex Talmude illustratum*, págs. 107-110; A. Wünsche, *Neue Beiträge zur Erläuterung der Evangelien*, págs. 258-263; Bousset, *Die Religion des Judentums*, págs. 135, 175; etc.

aquí los tres sinópticos, no concedían gran importancia a los más sagrados dogmas del judaísmo. Negaban a un tiempo la inmortalidad del alma y la resurrección de los cuerpos. Sobre este último punto precisamente versará la dificultad que van a presentar a Jesús. Dejando a un lado todo preámbulo, se contentan con dar al Salvador el título de *Rabbi*, y van derechamente a la exposición de su caso. "*Rabbi*—le dicen—, Moisés nos dejó escrito que, si el hermano de uno muriere y dejare mujer, pero no dejare hijos, el hermano suyo tome a la mujer de él y suscite prole a su hermano." La ley a que aluden estaba redactada en estos términos (110): "Cuando habitaren dos hermanos juntos y uno de ellos muriere sin hijos, la mujer del difunto no se casará con un extraño (111), sino que la tomará el hermano del muerto, para suscitar descendencia a su hermano. Y al primogénito que tuviere de ella, dará el nombre de su hermano, para que el nombre de éste no sea borrado en Israel." Por donde se ve que la cita de los saduceos era exacta en cuanto al sentido. Esta prescripción, que no era particular de los judíos, pues también se halla en varios pueblos antiguos, como los egipcios, los persas y los hindus, y aun hoy entre los circasianos, es conocida con el nombre de ley del Levirado (112), que es como decir ley que regula el matrimonio entre cuñados y cuñadas. Tenía por objeto conservar la rama primogénita de cada familia e impedir la excesiva enajenación de los bienes. No estaba limitada a los hermanos del marido muerto sin hijos, sino que se extendía también a los parientes próximos, como sabemos por el libro de Ruth (113). No era estrictamente obligatoria; pero el que rehusase cumplirla tenía que someterse a una ceremonia humillante (114). Aunque por el tiempo de Nuestro Señor había caído ya en descrédito, que irá aumentando con los años, no había cesado de estar en vigor en Palestina.

Después de mencionado en resumen el texto legal, los saduceos citan un hecho, probablemente fingido, aunque de suyo

(110) Deut., XXV, 5-6.

(111) Es decir, de fuera de la familia.

(112) De la palabra latina *levir*, cuñado.

(113) Ruth., III, 9-13.

(114) Deut., XXV, 7-10; Ruth., IV, 1-11.

posible (115), que presentan con agudo ingenio para ridiculizar la creencia en la resurrección de los muertos.

“Pues eran siete hermanos, y el mayor tomó mujer, y murió sin dejar sucesión. Luego la tomó el segundo, y murió también sin dejar hijos. Y el tercero, de la misma manera. Y asimismo la tomaron los siete, y no dejaron hijos. Y, la postrera de todos, murió también la mujer. ¿Al tiempo, pues, de la resurrección, cuando volvieren a vivir, de cuál de éstos será mujer?, porque todos siete la tuvieron por mujer.”

Esta breve narración, picante y rápida, es un modelo de casuística refinada. Sus autores daban por seguro que la cuestión que acababan de proponer a Jesús le pondría de cierto en apurado trance. ¿Cómo podrá responder a esta *deductio in absurdum*? ¿No parece que hiere de muerte al dogma de la resurrección de los cuerpos, probando que de él nacen dificultades insolubles? Aunque no hubiese habido más que dos matrimonios, la cuestión se presentaría del mismo modo (116); pero multiplicándolos sobremanera, los saduceos consiguen poner más de relieve la objeción.

Sin embargo de esto, ¡con qué facilidad va a resolverla el divino Maestro! Su respuesta lleva un sello de sabiduría, de dignidad y de noble serenidad. También a aquellos orgullosos jerarcas les dirá sin rebozo las verdades. “Erráis—comienza diciéndoles—, porque no sabéis las Escrituras ni el poder de Dios.” El reproche era severo, y más cuando se hacía a los jefes espirituales del judaísmo. La dificultad que presentaban como insuperable nacía en realidad de un grave error de ellos, y este error provenía de una ignorancia no menos grave. Jesús va a darles la prueba de esta doble ignorancia comenzando por la que había señalado en segundo lugar. “Los hijos de este siglo —replicó— se casan y son dados en casamiento (117); pero en la resurrección, ni se casan los hombres ni las mujeres son casadas, porque no podrán ya más morir, por cuanto serán iguales a los ángeles.” Los saduceos suponían que en la otra vida las condiciones de la vida serían las mismas que

(115) Tob., VI, 14.

(116) A decir verdad, la habían propuesto algunos rabinos y la habían resuelto diciendo que en tal caso la mujer pertenecería en la otra vida al primero de los dos maridos. *Sohar Gen.*, XXIV, 96.

(117) Este segundo rasgo se aplica a las mujeres, que, en los países orientales, cuando es caso de concertar su matrimonio sólo representan un papel pasivo, pues son sus padres quienes eligen o aceptan para ellas su futuro marido.

acá abajo, especialmente en lo tocante al matrimonio, como si fuese imposible a Dios el cambiarlas. Grosero error. ¿No es Dios todopoderoso? Quien formó la naturaleza humana, ¿no podrá también transformarla según su querer? En la vida presente, el matrimonio es necesario para llenar los puestos vacíos que a cada instante causa la muerte en el género humano. En el cielo, donde nadie muere, no serán menester ni matrimonio ni generación (118). Los resucitados, ya gloriosos, serán, en cuanto a esto, semejantes a los ángeles. Por donde se ve que la objeción de los saduceos era enteramente infundada. Verdad es que negaban la existencia de los ángeles como la resurrección de los cuerpos (119); pero Jesús tampoco temía esta negación, y estaba dispuesto a argumentar con sus adversarios acerca de este otro artículo de la teología judaica.

Pasando a la segunda causa del error de los saduceos, la ignorancia de las Escrituras, añadió el Salvador: “Por lo que toca a que los muertos hayan de resucitar, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el pasaje de la Zarza (120), lo que Dios le dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Ahora bien; Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.” Como frecuentemente se ha observado, siguiendo a San Jerónimo (121), lo que el razonamiento del Salvador demuestra directamente no es la futura resurrección de los cuerpos, sino la inmortalidad del alma. Con todo, y muy especialmente según las ideas de los judíos, estos dos dogmas son inseparables, pues como quiera que el cuerpo es parte esencial de la naturaleza humana, de la inmortalidad del alma, se sigue la resurrección de los cuerpos. Si los Libros sagrados proclaman la existencia de una vida eterna para el hombre, ésta debe ser para el hombre completo, tal como salió de manos del Creador y tal como vive sobre la tierra. Sin la resurrección de los cuerpos, el hombre sería imperfecto, incompleto. Por esto algún día será restablecido en su

(118) El Talmud, en el tratado *Berachoth*, 17, trae una sentencia semejante en excelentes términos: “En el mundo futuro, no se come ni se bebe; no se multiplica el género humano por el matrimonio, ni hay contratos de compra-venta..., sino que los justos están sentados, tienen coronas en sus cabezas y gozan del esplendor de la divinidad.”

(119) Act., XXIII, 8.

(120) Exodo, III, 6; pasaje en que se trata de la zarza que ardía.

(121) *Comment. in Matth.*, XXII, 31-32.

primer estado y el cuerpo tornará a juntarse con el alma, para no separarse ya más de ella.

Nuestro Señor hubiera podido citar en apoyo de su doctrina textos más explícitos (122); pero como los saduceos habían traído a cuento a Moisés, los refuta con un pasaje de los escritos de Moisés (123). Puesto que el Señor, aun después de la muerte de Abraham (124) y de los demás patriarcas (125), se dignó llamarse Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, claro es que no lo hacía sin profundo misterio. Quería darnos a entender que El no desampara después de la muerte a quienes le han servido fielmente durante su vida y a quienes El ha amado tiernamente; tal era el caso de Abraham, de Isaac y de Jacob. De esta unión íntima de los justos con Dios tomaba motivo el salmista (126) de una firme esperanza de la inmortalidad. Queriendo el Dios de Israel tomar un título glorioso, ¿hubiérase llamado Dios de algunos huesos reducidos a polvo hacía ya siglos? Bien, pues, pudo Jesús concluir diciendo a sus adversarios: "Erráis." Tan perentoria había sido su argumentación, que los saduceos no hallaron cosa que responderle: les puso como una mordaza en la boca, según la enérgica expresión de San Mateo. Por su parte, las turbas que, agrupadas en torno al Salvador, habían asistido a la discusión, no disimulaban su admiración y su alborozo (127). Los enemigos de Jesús habían pretendido desacreditarle ante el pueblo, y he aquí que ocurría lo contrario: quienes quedaban desacreditados y confundidos eran sus adversarios.

La victoria del Salvador le valió hasta públicos parabienes que no eran de esperar. Procedían éstos, según nos dice San Lucas (128), de algunos escribas que había entre el auditorio, y que no pudieron menos de exclamar: "Maestro, bien has ha-

(122) Entre otros, Is., XXVI, 19; Dan., XII, 2.

(123) En tiempos antiguos se explicaba generalmente esta lección del Salvador diciendo que los saduceos no admitían más que el Pentateuco como parte canónica de la Biblia. Cf. Orígenes, *C. Cels.*, I, 49; *Comment. in Matth.*, t. XVII, 35-36; S. Jerónimo, *loc. cit.*, etc. Pero no parece absolutamente demostrado que así fuese. Véase Schürer, *Gesch. des jüd. Volkes*, tercera edic., t. II, págs. 311-412.

(124) Gen., XXVI, 14; XXVIII, 13.

(125) Ex., III, 6, 15, 16; IV, 5.

(126) Ps., XV, 8-11; XLVIII, 15-16; LXXII, 25-28.

(127) Ἐξέπλησσαν: otra expresión vigorosa de San Mateo.

(128) Luc., XX, 39.

blado." El elogio era tanto más de extrañar cuanto, por lo común, los escribas—varios episodios nos lo han manifestado—eran declaradamente hostiles a Jesús. Pero a veces la verdad triunfa aun sobre los prejuicios y el odio, fuera de que, en muchos puntos, las ideas religiosas de los escribas eran diametralmente opuestas a las de los saduceos; y así, los doctores que habían presenciado la derrota de sus rivales, no pudieron disimular la satisfacción que experimentaban: por eso su elogio de la victoriosa argumentación de Jesús fué más caluroso.

Antes de pasar al incidente que ocurrió después de esta intervención de los saduceos hemos de explicar una ligera diferencia de los dos evangelistas que lo refieren (129). "Los fariseos—escribe San Mateo—, cuando oyeron que (Jesús) había hecho callar a los saduceos, se juntaron en consejo, y uno de ellos, que era doctor de la Ley, le preguntó para tentarle: "Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento en la Ley?" Según San Marcos, "uno de los escribas que había oído la disputa, viendo que Jesús les había respondido bien, se llegó a El y le preguntó cuál era el mayor mandamiento de la Ley". Este escriba, según el segundo Evangelio, no sólo no parece movido de mala intención al preguntar a Nuestro Señor, sino que el resto de la narración nos lo presenta en un aspecto favorable. Mas la diferencia entre los dos evangelistas tan sólo es aparente. Fácil es conciliarlos suponiendo (y es muy natural la hipótesis) que cada uno consideraba el hecho a una luz distinta. Lo que principalmente impresionó a San Mateo fué el motivo que indujo al escriba a dirigirse a Jesús. De hecho, se presentaba para tenderle un lazo, a título de campeón de los fariseos. Mas con todo eso, ni sus intenciones eran tan malas ni sus ideas tan estrechas como las de otros fariseos; por lo que, movido de la santa y sabia doctrina del Salvador, pronto vuelve a mejores sentimientos. Este aspecto recomendable del doctor, esta imparcialidad y el candor con que reconoció la verdad es lo que San Marcos quiso poner de resalto en su dramática narración. Añadamos que el primer Evangelio no nos da más que un simple sumario de los hechos.

(129) Matth., XXII, 34-40; Marc., XII, 28-34. San Marcos es, con mucho, el más completo. San Lucas pasa en silencio este hecho, porque ha referido antes (Luc., X, 25-28) otro del mismo género.

“¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?” Tal fue la pregunta del escriba, según la traducción corriente (130). Pero la palabra “cuál” no expresa con exactitud el sentido del adjetivo griego correspondiente, que antes significa: “¿de qué naturaleza?” (131). Por consiguiente, ¿qué cualidades ha de tener, qué requisitos debe llenar un precepto de la ley mosaica para que merezca se le coloque en primer lugar? Esta pregunta, que a nosotros nos parece tan inocente, era tenida entonces por muy difícil, por lo que en las escuelas rabínicas era materia de interminables discusiones. En efecto, al decir de los rabinos, la ley judía contaba hasta 613 preceptos. Ahora bien; ante tal suma de mandamientos, natural era que se preguntasen cuáles son los más importantes, los mayores, los más obligatorios. “Si Moisés nos prescribió 365 leyes negativas y 248 positivas, decía Rabbi Simlai (132), seguramente que no serán todos estos preceptos igualmente importantes ni todas las transgresiones igualmente culpables. ¿Cuáles son, pues, los mandamientos importantes, cuáles las leyes menos urgentes?” Los doctores, no llegando a ponerse de acuerdo, ni sabiendo cuáles preferir entre tantos preceptos “pesados” o “ligeros”, según ellos los clasificaban, vinieron a declarar que el divino Legislador no había hecho distinción entre sus mandatos por orden de su respectiva importancia, para que así ninguno se descuidase (133). ¡Y he aquí que quieren poner a Jesús en trance apurado haciéndole esta pregunta! Su respuesta, tan sencilla, tan espontánea y tan verdadera, extiende ante sus oyentes un horizonte maravilloso. “El primer mandamiento — dice — es éste: ¡Escucha, Israel! El Señor tu Dios es un Señor único, y tú amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento, y con todas tus fuerzas.”

En estas líneas, que hemos citado según San Marcos, habrá notado el lector la breve introducción: “¡Escucha, Israel! El

(130) Según San Mateo: ¿Qué mandamiento “es grande en la ley?” Según San Marcos, a la letra: “¿Cuál es el mandamiento primero de todos?”

(131) *Ποῦ*: por tanto, *quale*, mejor que *quod*, de la Vulgata.

(132) Tratado *Makkoth*, 24, a. Se había observado que el número de las primeras equivalía al de los días del año común, y el de las segundas a la totalidad de los miembros del cuerpo humano. Véase Wünsche, *Neue Beiträge*, págs. 267-268.

(133) *Debarim Rábba*, VI, sobre el texto Deut., XXII, 6.

Señor tu Dios es un Señor único.” Son palabras célebres en Israel, donde, desde hace quizá dos mil años (134), eran la fórmula popular y compendiosa de la fe en un solo Dios y en todo lo que esta unidad supone. Se las llama el *Shemá*, de su primera palabra en hebreo. Todo judío fiel había de recitarlas al menos dos veces al día, en sus oraciones de la mañana y de la tarde. *Shemá Israel* es una exclamación, una especie de oración jaculatoria, que salía con frecuencia de los labios de las personas piadosas (135). Después de este preámbulo viene el texto propiamente dicho del gran precepto del amor (136), que está redactado con algunas ligeras variantes en el texto hebreo, en la traducción de los Setenta, en el primero y segundo Evangelios. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”, dice el texto hebreo. Los Setenta traducen: “Amarás... con toda tu inteligencia, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.” Se lee en San Mateo: “Con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu inteligencia”; en San Marcos: “Con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu inteligencia, y con todas tus fuerzas.” Simples variantes, para representar todas las facultades y todas las potencias del ser humano. Todo, pues, en nosotros debe, en su manera, amar a Dios: el corazón, en quien se simboliza por excelencia el amor; el alma y la inteligencia, es decir, las facultades intelectuales, y también la fuerza, es decir, el conjunto de nuestras energías, cualesquiera que sean. Según la bellísima y riquísima sentencia de San Bernardo, “la medida de amar a Dios es amarle sin medida”. Así, pues, Jesús comunica a este texto elocuente del Deuteronomio una nueva vitalidad y una extensión que no podía tener en la Antigua Alianza (137).

(134) A ellas alude Josefo, *Ant.*, IV, VIII, 13.

(135) En conjunto, el *Shema* se compone de tres pasajes del Pentateuco: Deut., VI, 4-9; XI, 13-21; Num., XV, 37-41. Véase Blau, *Origine et histoire de la lecture du Schema...*, en la *Revue des études juives*, t. XXXI, (1895), págs. 179-201; Schürer, *Gesch. des jüd. Volkes*, tercera edición, páginas 459-460.

(136) Deut., VI, 5.

(137) En este mismo libro insiste frecuentemente Moisés en que todo israelita digno de tal nombre ha de unir a todos sus actos el amor de Dios, y que este amor ha de ser el móvil de toda su conducta. Cf. Deut., X, 12; XI, 1, 13, 22; XIII, 3; XIX, 9; XXX, 6, 16, 20. Es el primero y más esencial de los deberes religiosos. Pero los judíos habían venido a olvidar esta recomendación.

Aunque la pregunta del escriba no se refería más que a un solo mandamiento divino, Jesús tuvo por bien completar su respuesta añadiendo: "Este es el primer mandamiento. Y el segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo." De nuevo el divino Maestro cita otro pasaje del Pentateuco (138), pero entendiéndolo en un sentido mucho más amplio, pues en el libro del Levítico las palabras "tu prójimo" parece, según el contexto, que no se refieren más que a los miembros de la nación teocrática; mas aquí, como sabemos, por haberlo declarado el Salvador mismo (139), denotan a todos los hombres, incluso a los extranjeros y aun a los enemigos. Jesús no entendía el amor de Dios sin el del prójimo, ni toleraba que en adelante se los separase. El precepto del amor de Dios es, con mucho, el primero; pero de él, como de su fuente, mana la caridad fraterna; en él, como en un hogar abrasador, se encienden las flamas del amor al prójimo. De ahí también—Jesús insiste en ello—que los preceptos que imponen al hombre este doble amor son semejantes entre sí e inseparables el uno del otro. Por sí solos resumen toda la ley, todas las enseñanzas de los profetas, y en particular las del Decálogo. En ese sentido se complacerá también San Pablo en decir que "el amor es la plenitud—es decir, el cumplimiento total e integral—de la ley".

Salvo raras excepciones (141), los fariseos y los escribas, gentes, por lo común, de corazón seco y de espíritu rígido, no entendieron este gran pensamiento. Pero el doctor que había interrogado al divino Maestro, no acertando a contener su admiración, exclamó, repitiendo con algunas adiciones las palabras del Salvador: "Bien, Maestro; con verdad has dicho que uno es Dios y no hay otro fuera de El y que se le ha de amar con todo el corazón, y con todo el entendimiento, y con toda el alma, y con todo el poder, y que amar al prójimo como a sí mismo es más que todos los holocaustos y sacrificios."

El último pensamiento es tan bello como justo. Honra a quien, siguiendo a muchos santos personajes del Antiguo Tes-

(138) Lev., XIX, 18.

(139) Luc., X, 29-37.

(140) Rom., XIII, 10.

(141) Cf. Luc., X, 27.

tamento (142), lo expresaba con tanta franqueza. Aquel escriba había comprendido la superioridad de la ley del amor sobre los sacrificios cruentos o incruentos, la superioridad del culto interior que damos a Dios amándole sobre todas las cosas y amando a nuestros hermanos por amor de El sobre el culto puramente exterior. Jesús le recompensó al punto diciéndole con inefable bondad: "No estás lejos del reino de Dios." En efecto, había expresado en atinadísimo lenguaje uno de los principios fundamentales de este reino. Estaba, digámoslo así, en el umbral y no le faltaba sino dar un paso para penetrar en su interior. De ahí las palabras de ánimo con que Jesús le impulsa a dar este paso preciso, que consistía en buscar y reconocer al Mesías. De creer es que, tarde o temprano, recibiese la fe cristiana.

Los tres evangelistas coinciden en notar, a propósito de las victorias que Nuestro Señor consiguió en aquel "día de conflictos" sobre todos los que habían osado contender con El, que "nadie se atrevió ya a preguntarle más" (143). Tal fué el éxito final de aquellas reiteradas discusiones. Unos tras otros, los miembros del Sanedrín, los fariseos, los herodianos, los saduceos y los escribas habían sucumbido debajo del peso de los argumentos y de las sabias réplicas de Cristo. Entonces se percataron de que cualquier nuevo intento, por hábil que fuese y por bien trazado que estuviese, de nada serviría como no fuese de procurar a Jesús nuevas pruebas de su superioridad y aumentar su influencia en el pueblo. Habían sido batidos cuatro veces seguidas: en lo referente al origen de su autoridad, en las cuestiones del tributo, de la resurrección de los muertos y del principal mandamiento. En vista de ello renunciaron a la lucha, y sólo pensaron ya en buscar un medio más fácil de vencerlo, acudiendo a la violencia.

Mas El, tranquilo siempre, les infligirá nueva derrota, proponiéndoles una cuestión a la que no sabrán responder (144). Cuestión altísima, pues versará acerca de un problema religioso

(142) I Reg., XV, 22; Prov., XXI, 3; Ps., XXXIX, 7-9; Is., I, 11; Os., VI, 6, y señaladamente el Ps. XLIX, que desenvuelve magníficamente esta idea.

(143) Matth., XXII, 46; Marc., XII, 34b; Luc., XX, 40.

(144) Matth., XXII, 41-46; Marc., XII, 35-37; Luc., XX, 41-44. San Mateo es aquí el más completo.

de inmensa trascendencia: el origen superior del Mesías. San Mateo observa que fué especialmente dirigida a los fariseos que aún se hallaban en el auditorio. Según San Marcos, Jesús, al proponerla, quería también dar una "enseñanza" a los que le rodeaban. Sin tratar a fondo este grave asunto, que, por otra parte, tantas veces había explicado en Jerusalén, en aquellas mismas galerías del Templo, levantó algún tanto el velo, preguntando de improviso: "¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo?" La respuesta a esta primera parte de la cuestión no ofrecía dificultad alguna. "De David", respondieron los fariseos. Los antiguos vaticinios eran tan claros y terminantes acerca de este particular (145), que cualquier niño judío habría sabido responder de modo satisfactorio. ¿No vimos poco ha que el nombre de "Hijo de David" era el título más popular y frecuente del Mesías? Pero Jesús, entrando en lo más arduo del asunto, añadió: "¿Pues cómo David le llama su Señor, cuando habla, inspirado por el Espíritu Santo (146):

Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha,
hasta que ponga tus enemigos por escabel de tus pies?"

En este célebre texto citado por Jesús (147) habrán reconocido nuestros lectores las primeras palabras del *Dixit Dominus* (148), cuya composición todos los judíos de aquel tiempo atribuían a David, y que unánimemente aplicaban al Mesías, como se ve por numerosos pasajes del Nuevo Testamento (149) y de los escritos rabínicos (150). En el texto hebreo, a la pa-

(145) Véase el tomo I, págs. 297-309, y el apéndice V de este tomo.

(146) Es decir, en virtud de una inspiración sobrenatural: circunstancia importante, pues atribuye a la palabra de David la categoría de verdad infalible.

(147) Los evangelistas lo citan a su vez según la traducción de los Setenta con esta ligera diferencia que leemos en varios manuscritos del segundo Evangelio: ὑποκάτω, "debajo", en vez de ὑποπόδιον, "escabel".

(148) Ps. CIX (Hebr., CX), 1.

(149) Act., II, 34-35; I Cor., XV, 25; Hebr., I, 13; V, 6; VII, 17-21; X, 13; etc. Después, como dice San Jerónimo, *Comment. in Matth.* h. 1, los judíos, para salir del embarazo en que este texto les ponía en las discusiones con los cristianos, renunciaron a aplicarlo a David. Según ellos, es Abraham a quien Dios dijo: "Siéntate a mi diestra." San Justino, *Dial. c. Tryph.*, 33-34. Mucho tiempo antes, Tertuliano, *Contra Marcion*, V, 9, había señalado otro parecido subterfugio de los judíos: el "Señor" en cuestión habría sido el rey Ezequías.

(150) Cf. Edersheim (rabino judío convertido al Cristianismo), *Life and Times of Jesus*, t. II, págs. 405, 717-718.

labra "Señor" corresponden dos sustantivos distintos. La traducción literal sería: "Oráculo de Jehová a mi Adón, es decir, a mi "Señor". En este título se apoya toda la demostración. Denota necesariamente un ser superior, ya que un rey tan poderoso como David se cree obligado a dárselo al personaje cuyas grandezas canta en este salmo. La continuación del cántico demuestra, en efecto, que el poeta-rey no podía referirse sino a un ser verdaderamente divino, pues nos lo representa sentado para siempre a la diestra de Dios, y con Dios ejerciendo un poder sobrehumano; en otros términos, que posee la naturaleza divina al mismo tiempo que la humana. El Mesías es, pues, a la vez hijo de David, por su generación temporal, e Hijo de Dios, por su generación eterna: ahí está la clave del problema. David se postra de antemano ante el Mesías y le llama su Señor, aunque había de ser hijo suyo según la carne, porque en virtud de una iluminación sobrenatural sabía que tendría plenamente la divinidad.

Los fariseos fueron incapaces de dar con esta clave, aunque en no pocos pasajes del Antiguo Testamento (151) hubieran podido hallarla. Pero en lo tocante al Mesías, tanto ellos como la mayor parte del pueblo paraban demasiado la atención en la filiación davídica y en su reino, entendido en un sentido exclusivamente nacional. Por este motivo olvidaban o desatendían los textos que mencionan su origen celestial (152). Así que, a pesar de la sutileza de su dialéctica escrituraria, tuvieron que confesar su ignorancia, guardando silencio. Por lo menos, después de los graves acontecimientos de los últimos días, a ninguno de ellos ni a ninguno de los oyentes se le podía ocultar ya que Jesús, al suscitar este problema, había querido aplicarse a sí mismo el salmo CIX y afirmar, en esta nueva forma, que El era Mesías, tal como David lo había representado. Y "una grande multitud de pueblo, observa San Marcos, le oía con gusto". En el curso del conflicto, la turba había permanecido a su lado, siguiendo con vivísimo interés las discusiones, gozándose de sus reiterados triunfos, oyendo, embelesada, su palabra. Como habían dicho antes los

(151) Por ejemplo, el Ps. II; Is., IX; Dan., III.

(152) Lagrange, *L'Evangile de S. Marc.*, pág. 303.

humildes servidores del Sanedrín, jamás hombre alguno había hablado como El (153).

III.—ANATEMAS DE JESÚS CONTRA LOS FARISEOS Y LOS ESCRIBAS. LOS HELENOS SE ACERCAN A JESÚS.

Las circunstancias eran propicias para denunciar, o mejor para flagelar públicamente los defectos y vicios de aquellos de quienes Jesús había triunfado en las precedentes discusiones. Perdida toda esperanza de traerlos a mejores sentimientos, importaba prevenir una vez más a los discípulos y a las turbas contra sus malos ejemplos y su funesta influencia. Así va a hacerlo Nuestro Señor en un elocuente discurso en que, quitando la máscara de falsa santidad a los fariseos y a los escribas, descubre su avaricia, su egoísmo, su orgullo y, sobre todo, sus hipócritas artificios. Pocas pinceladas habrá menester el Salvador para pintar este cuadro; pero éstas serán tan vigorosas, que el triste retrato de aquellos hombres funestos se imprimirá tan hondamente en la memoria, que quedarán infamados para siempre. “Como que los señala con fuego”, escribía enérgicamente San Jerónimo (154). Su santa indignación se desborda sobre aquellas almas viles, cuyo dañado espíritu había perjudicado ya tanto al progreso del Evangelio. Esto no quiere decir que no hubiese algunos fariseos buenos—pocos, por desgracia—a quienes no alcanzaron los reproches y anatemas de Jesús. Sus terribles acusaciones se dirigen a la generalidad del partido, al que con tanta verdad caracterizan. Son a la vez un acto vengador y un acto protector, un castigo de los culpables y una advertencia para los demás.

Mientras el primer Evangelio trae aquí un largo discurso, San Marcos y San Lucas se contentan con dar un resumen brevísimo, pero que resume muy bien el pensamiento de Jesús (155). Más de una vez hemos recordado que el autor del segundo Evangelio, por requerirlo así su plan, gusta más de narrar hechos que de referir discursos. En cuanto a San Lucas

(153) Joan., VII, 46.

(154) *Comment in Matth.*, h. 1.

(155) Matth., XXIII, 1-39; Marc., XII, 38-40; Luc., XX, 45-47.

había especial motivo para que en esta ocasión fuese compendiosa, ya que en otro lugar insertó otro discurso, no tan largo como éste, pero que contiene sus ideas principales (156). Al explicarlo indicamos ya que no es admisible que San Lucas anticipase allí este discurso de ahora, pues, al ponerlo también aquí, en circunstancias muy diferentes, claramente da a entender que los consideraba históricamente distintos. Y era natural que Nuestro Señor censurase en diferentes ocasiones los gravísimos y peligrosos vicios del fariseísmo. Además, entre los dos discursos hay, a pesar de su mucha semejanza, diferencias considerables de fondo y de forma (157). Como a propósito del Sermón de la Montaña han afirmado algunos, especialmente de la escuela neocrítica, que tenemos aquí, en el primer Evangelio, una compilación artificiosa, formada de sentencias pronunciadas por Jesús en tiempos y lugares diferentes; mas a esto respondemos que, aunque es posible que San Mateo haya intercalado en este discurso algunas sentencias que Jesucristo pronunció en otra ocasión, no hay pruebas de que él sea, ni aun en exiguas proporciones, autor de este discurso, que verdaderamente es en su forma actual obra de Nuestro Señor Jesucristo.

De la breve fórmula con que lo encabezan San Mateo y San Lucas (158) infiérese que el divino Maestro se dirigió primeramente a los discípulos que entonces le rodeaban y a la numerosa turba que había quedado agrupada junto a El. Sólo algo después se encara con los escribas y fariseos. Su requisitoria comprende tres puntos (159). En el primero describe Jesús sumariamente el carácter moral de sus enemigos y exhorta a sus discípulos a apartarse de tan perniciosa influencia. En el segundo pronuncia contra aquellos hipócritas ocho terribles ana-

(156) Luc., XI, 37-52. Véase t. III, págs. 428-432.

(157) Así los versículos 1-3, 7-10, 16-22, 24, 28, 32-33 del cap. XXIII de San Mateo nada tienen que les corresponda en el cap. XI de San Lucas. Además, lo que en el primer Evangelio corresponde a San Lucas, XI, 39-52, está puesto en el orden siguiente, que tampoco es el mismo: Matth., XXIII, 46, 43, 52, 42, 39, 41, 44, 47, 48, 49-51. Además, en el texto de San Mateo se hallan acá y acullá nuevos pensamientos. Sólo dos pasajes del discurso, tal como nos lo ha transmitido San Mateo, son comunes en los tres sinópticos: Matth., XXIII, 6-7; Marc., XII, 38-39; Luc., XX, 46, y Matth., XXIII, 14; Marc., XII, 40; Luc., XX, 47.

(158) Matth., XXIII, 1; Luc., XX, 45. La de San Marcos, XII, 38, es más vaga.

(159) Matth., XXIII, 2-12, 13-32, 33-39.

temas. En el tercero, predice su próximo castigo y llora sobre la desventurada Jerusalén, a la que, por no creer en el Salvador, le cabrá igual suerte que a aquéllos.

Digno de especial consideración es el principio:

“Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. Guardad, pues, y haced todo lo que os dijeren; mas no hagáis según sus obras, porque dicen y no hacen.”

Antes de reprobar la conducta de aquellos perversos guías, hace Jesús diferencia entre su autoridad legítima (pues eran en alguna manera, sucesores de Moisés y, por tanto, encargados de interpretar oficiosamente la ley divina) y sus vicios personales y los móviles secretos de su indigno proceder. De ahí esta doble conclusión: Obedecedlos, respetad su oficio; pero guardaos de imitarlos. Y aun la obediencia que aquí recomienda el Salvador supone que lo mandado por los escribas no esté en contradicción ni con el espíritu de la Ley ni con los principios fundamentales de la moral, como se colige de varias restricciones que más adelante veremos (160). “Dicen y no hacen.” ¡Qué censura en estas simples palabras! Saulo, el futuro apóstol que había estudiado a los pies de los escribas; Saulo, el fariseo celoso, que conocía a fondo las costumbres de sus maestros, ampliará algún día las palabras del Salvador en estas líneas acusadoras, que endereza contra los doctores judíos: “Tú, que enseñas a otro, no te enseñas a ti mismo; tú, que predicas que no se ha de hurtar, hurtas; tú, que abominas de los ídolos profanas el Templo; tú, que te glorías en la Ley, deshonoras a Dios, quebrantándola” (161). Jesús justifica luego este reproche, añadiendo este detalle dramático, que ya antes nos refirió San Lucas (162):

“Atan fardos pesados e intolerables y los cargan en los hombros los hombres; pero ellos, ni con un dedo suyo los quieren mover.”

Según los designios divinos, la ley mosaica había de ser par-

(160) Matth., XXIII, 16,36. Véase también Matth., V, 21-48; XV, 1-2; XVI, 11-12.

(161) Rom., II, 21-23. En este pasaje San Pablo se dirige a todos los judíos; pero a quienes principalmente reprende es a los doctores, que tan mal habían formado el espíritu del pueblo. El famoso Diógenes decía también: “Los oradores (retóricos) están llenos de celo para decir lo que es justo, mas no para hacerlo.” Cf. Diogen. Laert., VI, 28.

(162) Luc., XI, 46.

los israelitas un privilegio y no una carga; y, con todo, por obra de los fariseos y de millares de prescripciones añadidas por ellos, pesaba de modo abrumador sobre los hombros de los judíos. ¡Qué diferencia de lo que el Salvador llamaba su yugo y su carga! (163). Y El mismo, con ser Dios, ¡cómo nos dió ejemplo sometiéndose a la Ley, *factus sub lege* (164), sin dispensarse de las cargas más pesadas!

Pero he aquí que los fariseos van a desplegar ante sus ojos una actividad incansable, pero en provecho propio y en servicio de su desmesurado orgullo.

“Hacen todas sus obras para ser vistos de los hombres, y así ensanchan sus filacterias y alargan sus fimbrias. Aman los primeros lugares en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y ser saludados en la plaza, y que los hombres los llamen Rabbi.”

Todo para ser vistos, para ser admirados; todo, por consiguiente, por sí mismos: he aquí el balance de sus intenciones y de sus obras. Balance de egoísmo, de ostentación y de vanidad desapoderada, sutil y ardorosa, para manifestarse en todas las cosas y en todo lugar: en las calles y en las plazas públicas como en el interior de las casas, en las asambleas religiosas como en las reuniones profanas, en sus vestidos ordinarios como en ciertos ornamentos sagrados, que una piadosa costumbre había introducido desde hacía tiempo. En todas partes reclamaban los primeros puestos y particulares muestras de respeto, en forma de saludos y de títulos honoríficos, vehementemente ambicionados. En punto a vestidos, San Marcos y San Lucas mencionan las *stolas*, es decir, los vestidos largos y flotantes que descendían hasta los talones (165). Ya tuvimos ocasión de hablar de las franjas sagradas (166). Las filacterias (167)

(163) Matth., XI, 29.

(164) Gal., IV, 4.

(165) Por este motivo, les dieron los latinos el nombre de *vestis talaris*. Cf. Horacio, Sat., I, II, 99: *ad talos stola demissa*.

(166) Con ocasión de la curación de la hemorroísa, t. III, págs. 204-205.

(167) Este nombre está calcado en la palabra griega *εὐλακτήρια*, “preservativos”, que los judíos helenistas habían elegido, quizá de intento, para expresar que este ornamento sagrado era un símbolo visible, que había de recordar a todo israelita la obligación de observar fielmente los preceptos divinos; pero acaso también se le ha de conservar, al menos en parte, su ordinaria significación de amuleto, a causa de las ideas supersticiosas que los judíos, así antiguos como modernos, asociaban a su empleo.

o *tephillin*, como las suelen llamar los judíos, consisten en tirillas de pergamino, donde se escriben varios pasajes del Pentateuco (168). Estas tiras, delicadamente plegadas, van encerradas en cajitas también de pergamino, que, mediante largas correas de cuero, se atan, ora a la frente, ora al brazo izquierdo, durante las oraciones y durante otros varios actos religiosos del día (169). Los fariseos, para señalarse entre los otros y dar aire de piedad, se complacían en alargar sus franjas, ensanchar desmesuradamente el estuche y las correas de las filacterias. Para aquellos orgullosos no había bastantes títulos honoríficos; ¡tan superiores se creían a todos los demás hombres! ¿Pues no llegaban a enseñar que un discípulo que no saluda a su maestro diciéndole: *Rabbi*, provoca a la majestad divina a alejarse de Israel? (170). ¡Y con qué complacencia cuentan (171) que cuando un día cierto doctor de la Ley volviese a su ciudad natal, sus conciudadanos se precipitaron a su encuentro exclamando: *Rabbi, Rabbi!*

Después de haber censurado la conducta de los fariseos, el Salvador, dirigiéndose especialmente a sus propios discípulos, les enseña cómo han de proceder, y al espíritu de farisaica ostentación opone la humildad cristiana que deberán practicar los jefes mismos de su Iglesia.

“Mas vosotros no queráis que os llamen Rabbi, porque uno solo es vuestro Maestro, y todos sois hermanos. Y a nadie en la tierra llaméis vuestro padre, pues uno solo es vuestro Padre: el que está en los cielos. Ni os llaméis maestros, porque uno es vuestro Maestro: el Cristo. El que es mayor entre vosotros, será vuestro servidor. Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare, será ensalzado.”

En estas recomendaciones tenemos un nuevo caso de la forma hiperbólica que toma a veces el lenguaje del Salvador para expresar con más fuerza su pensamiento. Siempre habrá en la Iglesia una jerarquía representada por los que ejerzan la au-

(168) En número de cuatro: Ex., XII, 2-10; 11-17; Deut., VI, 4-8; XI, 13-22.

(169) Véase L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, pl. CIX, figuras 4, 5, 7, 11; Schürer, *Geschichte des jüd. Volkes*, cuarta edic., t. II, págs. 484-486.

(170) *Bab. Berachoth*, 27, 2.

(171) Véase Lightfoot, *Horae hebr. et talmud.*, in Matth., XXIII. El Dr. Edersheim cita otros curiosos ejemplos de esta necia vanidad en la obra *Life and Times of Jesus*, t. II, págs. 409-410.

toridad espiritual en sus diversos grados, y la voluntad de Cristo, de quien reciben el poder, es que vivan rodeados de respeto, de obediencia y de afecto, lo que forzosamente requiere el uso de apelativos honoríficos. Lo que Jesús quiso decir se reduce a estos dos principios. La verdadera superioridad pertenece a solo Dios, y nada posee el hombre que no sea don del cielo. Con respecto al prójimo, el sentimiento que mejor dice en un cristiano, y más si está revestido de dignidad espiritual, es el de la caridad fraterna, de donde nace la verdadera igualdad entre todos los hombres. Si, pues, un discípulo de Jesús quiere ser más que sus hermanos, procure hacerles ventaja en la abnegación humilde, que le convierte en servidor de todos (172).

La segunda parte del discurso se compone de ocho apóstrofes vehementes, a los que la interjección *Vae* (173), que les precede, da cierta forma de maldición. Y, con todo, Jesús vino para bendecir; pero ¡cómo no había de maldecir a aquellos hombres que, en cuanto ellos podían, anulaban en su pueblo su obra de salvación! (174). Cada uno de estos anatemas está justificado con alguna nota característica de la conducta de los fariseos. Uno tras otro caen como rayos sobre la cabeza de los culpables. El lenguaje de Jesús es enérgico, animado, lleno de imágenes y de comparaciones. La idea dominante es siempre, como en la primera parte, la vergonzosa hipocresía de aquellos a quienes Nuestro Señor tan justamente recrimina y condena.

El primer anatema es ya de gravedad extraordinaria:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos delante de los hombres, porque ni vosotros entráis ni a los que entrarían dejáis entrar!” (175).

(172) El nombre de “padre” (en hebreo, *'ab*; en arameo, *abba*) era también, entre los judíos, título honorífico reservado a los grandes y santos personajes de la antigüedad. Cf. IV Reg., II, 12; VI, 21; XIII, 14; Ecl., XLIV, 1; Luc., XVI, 24, 30, y para la literatura rabínica, Dalman, *Die Worte Jesu*, t. I, págs. 278-279. Al título de *μαθητὴς*, que la Vulgata traduce por *magister*, “maestro”, corresponde mejor la significación de “guía”; no sabemos a qué título arameo corresponde.

(173) Calcado en el griego *ὦαι*, “¡ay!”

(174) Precedentemente hemos oído los anatemas lanzados por Nuestro Señor contra las ciudades incrédulas de orillas del lago, Matth., XI, 21, y contra el mundo, a causa de los escándalos, de que es causa. Matth., XVIII, 7.

(175) Un concepto semejante, pero con una variante, se lee en Luc., XI, 52. Véase t. III, pág. 430.

Lo cual venía a decir: Estando encargados, por vuestro noble oficio, de abrir las puertas del cielo, conducís, sin embargo, a la condenación a los que os han sido encomendados; ¡Con cuánta frecuencia nos ha mostrado el Evangelio al pueblo muy bien dispuesto en favor de Jesús y adelantándose con alegría y prontitud hacia la entrada del reino mesiánico! Muchas veces hubiera bastado una palabra de aliento promulgada por los doctores para transformar aquel feliz principio de fe viva y profunda; pero, muy al revés, los fariseos se aplicaron a ahogar estos buenos sentimientos de las turbas e indisponerlas con el Salvador.

El segundo anatema nos revela que los fariseos y los escribas traficaban vergonzosamente con la piedad:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las carnes de las viudas, so pretexto de largas oraciones; por esto recibiréis un juicio riguroso!”

No consta ciertamente que este anatema pertenezca al texto genuino del primer Evangelio, pues lo omiten importantes documentos, y bien podría ser que le hubiera insertado aquí mandándolo de San Marcos o de San Lucas. Pero, como quiera que sea, el hallarse en los otros dos sinópticos es prueba plena de su historicidad. El historiador Flavio Josefo (176) menciona también la influencia que los fariseos ejercían sobre las mujeres merced a su piedad, sincera o afectada. Despojar a las viudas (177), que la Biblia recuerda a menudo como particularmente dignas de compasión, porque carecen de defensa (178) era señal de una rapacidad indigna, que más de una vez habían reprochado los profetas a sus contemporáneos (179). Despojadas prometiendo largas oraciones, pagadas a carísimo precio, era agravar aún más la falta con el pecado que más adelante se llamó simonía. Quizá cohonestaban su proceder con aquel dicho rabínico: “Largas oraciones dan larga vida” (180). Era esto lo que el Talmud llama irónicamente “el golpe de los

(176) *Ant.*, XVII, II, 41.

(177) La expresión metafórica “devorar”, tan enérgica, se emplea en este mismo sentido por los escritores de Grecia y Roma.

(178) Cf. *Ex.*, XXII, 22; *Deut.*, X, 18; XIV, 29; XVI, 11, XXIV, 17; etc.

(179) *Is.*, I, 23; X, 2; *Jer.*, VII, 6; *Zach.*, VII, 10; etc.

(180) Lightfoot, *Horae hebr. et talm.*, in *Matth.*, XXIII, 14.

fariseos”. Tráfico tan infame bien merecía ser severamente castigado.

La tercera maldición condena a los fariseos por su propaganda religiosa de mala ley:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque rodeáis el mar y la tierra, por hacer un prosélito, y cuando llega a serlo, lo hacéis hijo del infierno, dos veces peor que vosotros!”

La descripción rebosa de ironía. El beneficio de tantas idas y venidas por tierra y por mar es la conquista aparente de un prosélito. ¡Y qué beneficio, ya que con frecuencia las conversiones aparentes que con indecibles trabajos conseguían los fariseos entre los paganos no tenían otro efecto que el de alistar en sus filas pésimos soldados! El Talmud da a entender con significativas frases el caso que los judíos honrados hacían de la mayor parte de los prosélitos, y los representa como un obstáculo a la venida del Mesías, como afrentosa enfermedad de Israel (181). En sí, el proselitismo judío era loable acto de celo, ya que se enderezaba a conducir al conocimiento de la verdadera religión a los adoradores de los ídolos, y de hecho, por entonces, muchos paganos pertenecientes a las clases superiores de la sociedad sentíanse atraídos hacia el judaísmo.

Pero la propaganda era a veces tan poco hábil y, como acaba de decir Jesús, tan defectuosa en sus frutos morales, que provocaba las mofas de los escritores romanos (182). Los supuestos convertidos no era raro que reuniesen en lamentable mezcolanza los vicios farisaicos y los vicios paganos, con lo que venían a ser “hijos de la gehenna”, futuros tizones del infierno.

El cuarto anatema denuncia la falsa doctrina de los doctores judíos en orden a los juramentos:

“¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Si alguno jurare por el Templo, nada es; mas el que jurare por el oro del Templo, deudor es! ¡Necios y ciegos! ¿Qué es mayor, el oro o el Templo que santifica al oro? Y si alguno jurare por el altar, nada es; mas si alguno jurare por la ofrenda que está sobre él, deudor es. ¡Ciegos! ¿Cuál es mayor, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Aquel, pues, que jura por el altar, jura por el altar y por todo cuanto sobre él está. Y todo el que jura por el Templo, jura por el Templo y por quien en él mora, y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por Aquel que sobre él está sentado.”

(181) *Sicut scabies Israeli. Bab. Niddoth*, 13, 2.

(182) Por ejemplo, de Horacio, *Sat.*, I, IV, 142-143: *Ne veluti te Judaei cogemus in hanc concedere turbam.*

“¡Guías ciegos!” Ciego voluntario había de ser quien sentase principios tan perniciosos y estableciese aquellas sutiles distinciones al amparo de las cuales los fariseos multiplicaban los juramentos por cualquier causa y se desembarazaban de ellos con la misma facilidad. También esto era perversidad e hipocresía. No insistiremos acerca de este punto, que Jesús explicó al principio del Sermón de la Montaña (183). Aquí desarrolla preferentemente los ejemplos, para encarecer más la absurda inconsecuencia y la inmoralidad de las prácticas recomendadas por los fariseos, y con razón hecha por los escritores romanos blanco de sus mofas (184).

El siguiente anatema, el quinto, describe con ironía mordaz la meticulosa conducta de los escribas y de sus secuaces en punto a obligaciones puramente imaginarias y de su extraña laxitud de conciencia respecto de preceptos importantísimos y terminantes de la religión.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmáis la hierbabuena, y el eneldo, y el comino, y habéis dejado las cosas que son más importantes de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era menester hacer y no omitir lo otro. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y tragáis el camello!”

Ya vimos en el Evangelio de San Lucas la primera parte de este anatema, que a su tiempo quedó explicado (185). En aquel lugar sólo se mencionan expresamente dos plantas, la menta y la ruda, cuyo diezmo pagaban escrupulosamente los doctores fariseos (186). Aquí, en lugar de la ruda, se citan el eneldo y el comino, otras dos plantas odoríferas, empleadas por los antiguos como medicina y condimento (187). Los judíos las cultivaban en sus huertos. La segunda parte del anatema encarece aún más, con una notabilísima antítesis, la culpable inconsecuencia de los fariseos. Filtraban con cuidado sus diversas bebidas, temerosos de que, si por descuido tragaban algún mosquito que hubiese caído en ellas, quebrantasen las leyes relativas

(183) Matth., V, 33-37.

(184) Marcial, *Epigram.*, I, 97.

(185) Luc., XI, 42.

(186) Se lee en el Talmud, tratado *Maaseroth*, I, 1: “Todo lo que se come, y que se conserva, y que crece en el suelo, está sometido a diezmo.”

(187) Los botánicos la llaman *Anethum graveolens* y *Cuminum sativum*. Una y otra pertenecen a la familia de las umbelíferas. Cf. L. Cl. Fillion, *Atlas d'hist. naturelle de la Bible*, pl. XXIV, figs. 5, 6.

a la pureza legal; pero, en cambio, muchas veces descuidaban las prescripciones divinas más urgentes. Esto es lo que expresa de un modo mordaz la hipérbole “tragarse un camello” (188).

El sexto anatema, cuyo equivalente hemos hallado también en el tercer Evangelio (189), condena a los fariseos, porque eran tanto más impuros en el fondo de su alma cuanto más se esforzaban en aparecer puros exteriormente. También flagela aquí Jesús su hipocresía y orgullo empleando una forma nueva, cuando alude a las abluciones innumerables a que sometían todos los objetos de que se habían de servir en la mesa (190):

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera de la copa y del plato y por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia! Fariseo ciego, limpia primero lo interior del vaso y del plato, para que sea también limpio lo que está por fuera.”

El apóstrofe “Fariseo ciego...”, con que reprende a cada uno de los culpables, es verdaderamente sangriento. Las palabras “el interior está lleno de rapiña...” significan que los manjares de los fariseos más de una vez habían sido adquiridos por medios deshonorosos (191).

Con una imagen aún más expresiva, el séptimo anatema, que tiene igualmente su paralelo en el Evangelio de San Lucas (192), declara casi el mismo pensamiento que el anterior. Alude también a las costumbres de aquel tiempo. Cada año, algunas semanas antes de la Pascua, se encalaban todos los sepulcros, ya para honrar a los difuntos, ya, particularmente, para que, viéndose de lejos las tumbas blanqueadas, ninguno las tocara involuntariamente, lo cual hubiera sido suficiente para contraer una mancha legal (193).

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a los sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suerte de po-

(188) La comparación es tanto más grave cuanto el camello estaba incluido en la lista de los animales impuros. Sobre el uso actual, al menos en parte, del “colare culicem”, entre los judíos contemporáneos, véase L. Cl. Fillion, *L'Évangile selon S. Matthieu*, págs. 446-447.

(189) Luc., XI, 39-41.

(190) Cf. Marc., VII, 4.

(191) En la Vulgata se lee esta variante: “Dentro de vosotros estáis llenos de rapiña y de impureza.”

(192) Luc., XI, 44. Pero en este pasaje el concepto está menos desarrollado y presentado en otra forma.

(193) Cf. Num., XIX, 16; *Maasar scheni*, V, 1; etc.

dredumbre! Así también vosotros, por fuera, os mostráis justos a los hombres, mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.”

Los sepulcros recién blanqueados producían grata impresión en medio del verdor y del paisaje, como se ve hoy por los sepulcros musulmanes, que, enlucidos con frecuencia con lechadas de cal, como los de los judíos, resaltan agradablemente entre la espesura de los cipreses que los rodean. Pero no por eso dejaba de haber espantosa corrupción debajo de aquellas piedras pintadas o esculpidas. He ahí, dice Nuestro Señor, una fiel imagen de los fariseos.

El culto de los sepulcros, tenido en mucho entre los judíos como lo prueba la veneración que todavía tributan a los sepulcros de Abraham y de Sara, de Isaac y de Jacob en Hebrón, de Raquel cerca de Belén, de David y de varios antiguos profetas en Jerusalén, de José no lejos de Naplusa, ofrecerá también al Salvador ocasión de su octavo anatema, que con su expresiva e inesperada aplicación descargará sobre aquellos cuya conducta describe el golpe más certero.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis sepulcros a los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no habiéramos sido compañeros suyos en derramar la sangre de los profetas! Así testificáis contra vosotros mismos que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. Y llenad vosotros la medida de vuestros padres.”

También leímos ya este anatema en el tercer Evangelio (194) en forma algo variada. Con pasar la vista por un mapa que represente a Jerusalén y sus alrededores (195), se notarán varios sepulcros célebres, abiertos en la roca, que de cierto existían ya en días de Nuestro Señor, y que se llaman tumbas de los reyes, de los profetas, de Absalón, de Zacarías. Los fariseos emulaban el afán de sus antepasados en construir espléndidos mausoleos en honor de sus santos personajes o en conservar y embellecer los ya existentes. Pero, continúa Nuestro Señor, dando de improviso otro sesgo a su pensamiento, ¡qué hipocresía también en esto, pues estaban decididos a dar muerte en breve al mayor de todos los profetas, y con la misma crueldad tratarían

(194) Luc., XI, 47-48. (T. III, pág. 428.)

(195) Cf. Fillion et Nicole, *Atlas géographique de la Bible*, pl. XV, sobre todo al Norte y Este. Véase también Chauvet et Isambert, *Syrie, Palestine*, págs. 315-336.

a sus misioneros y discípulos! Con esto demuestran que también en el orden moral eran en verdad hijos de aquellos que habían hecho morir criminalmente a los antiguos profetas, pues respiraban el mismo odio a la verdad, el mismo espíritu de venganza contra cualquiera que reprendiese—¡y daban tantos motivos para ello!—su vicioso proceder. El rasgo con que acaba el anatema, “colmad vosotros la medida de vuestros padres”, es de gran fuerza. Jesús parece como que provoca a sus enemigos a hacer rebosar, con sus inicuas persecuciones, la copa de las venganzas divinas, o mejor dicho, profetiza lo que presto harán y los castigos que de este modo atraerán sobre sí mismos.

Este concepto de los castigos futuros, que vendrán a un tiempo sobre los jefes de Israel y, por causa de ellos, sobre toda la nación judía, y especialmente sobre Jerusalén, llena la tercera parte del discurso. Desde las primeras palabras insinúa Jesús la amenaza dando a sus enemigos los calificativos de “serpientes” y “raza de víboras”, que ya hemos oído en otras ocasiones de sus labios y de los de Juan Bautista (196); después pronuncia la sentencia fulminante, precedida de sus “considerandos”.

“Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huiréis del juicio de la gehenna? Por lo cual he aquí que os envío profetas, y sabios, y doctores, y a unos mataréis y crucificaréis y a otros azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo que todas estas cosas vendrán sobre esta generación.”

“El juicio de la gehenna” es aquí un juicio que condena el infierno. El lector habrá notado que el Salvador da a sus futuros mensajeros, a sus apóstoles y demás misioneros, denominaciones judías. Serán, en efecto, sus profetas, sus sabios y sus doctores. Afectos a su persona y a su causa, recorrerán primero Palestina y luego el mundo romano, sin miedo y sin tacha. Pero serán corderos entre lobos (197). Y ¡cuántos peligros y persecuciones les aguardan, como ya les había predicho Jesús! (198). Los *Hechos de los Apóstoles* cuentan los principios de esta ene-

(196) Cf. Matth., III, 7, y XII, 34.

(197) Matth., X, 16.

(198) Matth., X, 17-23.

mistad, que a veces fué sangrienta, y los anales de los primeros siglos de la Iglesia describen largamente las gloriosas *Actas* de los mártires y de los confesores.

San Lucas, que cita casi en su totalidad esta misma sentencia del Salvador contra los fariseos homicidas, nos ofreció ya ocasión de explicarla brevemente (199). Con la muerte de Abel corrieron las primeras gotas de sangre inocente. Desde entonces, ¡qué larga cadena de crímenes semejantes en la historia de Israel! Jesús hace responsable de ellos a la generación judía de su tiempo, y en particular a los fariseos, a causa de la solidaridad que une a todos los miembros de una misma familia. Como se ha dicho, “en virtud de la unidad de la especie” nadie vive enteramente aislado de los otros, para sí solo; vive en el conjunto a que pertenece, y de cuyos destinos participa, como la rama tiene su parte en los del árbol a que pertenece. Según esta ley, cada generación no comienza a pecar en su propio nombre, sino que continúa los crímenes de la generación que le ha precedido, y así la deuda se acumula y se suma, aunque esta adición se haga según reglas que están fuera de nuestro alcance. Después, cuando llega el tiempo de saldar las cuentas, cuando viene la hora de los castigos divinos, los descendientes expían verdadera y literalmente las faltas de sus antepasados. Claro es que, al expresarnos así, no nos referimos sino al castigo temporal y terreno. Ahora bien; este castigo, aunque diferido por Dios durante siglos, nunca deja de cumplirse (200). La historia de todos los pueblos encierra espantosos ejemplos de esta solidaridad (201). Acabada la acusación y la sentencia, Jesús resume ésta solemnemente debajo de la fe del juramento: los duros golpes del castigo divino caerán sobre la generación actual.

Tras breve pausa, pensando Jesús en los males espantosos de que Jerusalén iba a ser teatro y víctima, conmovióse su

(199) Luc., XI, 49-51. (T. III, págs. 430-432.)

(200) Schegg, *Evangelium nach Matthäus*, segunda edic., 1863, h. I.

(201) Acerca de la dificultad de interpretación que ofrecen las palabras “Zacarías, hijo de Baraquías”, consúltense los principales comentarios del Evangelio de San Mateo, in h. I. “Entre el templo y el altar”, es decir, entre el santuario propiamente dicho (τοῦ ναοῦ) y el altar de los holocaustos, en el atrio de los sacerdotes. L. Cl. Fillion, *Atlas arch. de la Bible*, pl. XCIX, figs. 1-2.

alma y dirigió a la ciudad tan amada, aunque tan culpable, estas palabras de maternal ternura:

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas los profetas y apedreas a aquellos que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (202).

En estas líneas tan patéticas está todo el corazón de Jesús. Tendrá que castigar, porque harto prevé la inutilidad de este último llamamiento, pues han sido desoídos todos los demás. “¡Cuántas veces!” Estas palabras tienen su valor exegético, pues demuestran que, aunque los tres primeros evangelistas no mencionan explícitamente ninguna otra visita del Salvador a Jerusalén, durante su vida pública, sino la de la última Pascua, sí dan por supuesto que había ido allá con frecuencia y había ejercitado en ella el ministerio activísimo tan bien narrado por San Juan. La comparación de la gallina (203), que en cuanto presiente cualquier peligro llama a sus polluelos y los cobija debajo de sus alas, es de una gran belleza (204). Y qué profunda tristeza en la frase final: “¡No quisiste!” Con esto, Jesús eludía toda responsabilidad en la miserable suerte que esperaba a Jerusalén. Las alas protectoras debajo de las cuales Jerusalén no había querido abrigarse, no la prestarán ya amparo en lo venidero. “He aquí—dice a sus habitantes—que os quedará desierta vuestra casa.” ¡A qué espantoso estado la reducirán las bárbaras águilas de Roma!

Sin embargo, por culpables que fuesen los judíos, no quiso Jesús dejarlos debajo del temor de estas amenazas sin darles a un tiempo alguna esperanza de salvación. Por esto concluyó con estas palabras algún tanto consoladoras: “Dígoos que ya no me veréis hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.” Esta aclamación es la misma con que Jesús había sido recibido dos días antes por las turbas en su entrada triunfal (205). Los judíos la repetirán en honor de Cristo, pero

(202) También San Lucas nos ha conservado este grave y conmovedor apóstrofe (Luc., XIII, 34-35), pero en lugar menos propio que este del primer Evangelio. Con dificultad se entiende que fuera pronunciado lejos de Jerusalén.

(203) El sustantivo griego ὄρνις tiene aquí esta significación especial.

(204) Imágenes semejantes pueden verse en Deut., XXXII, 11; Ps., XC, 4, Is., XXXI, 5; etc.

(205) Matth., XXI, 9; Marc., XI, 10; Luc., XIX, 38; Joan., XII, 13.

en días lejanos, pues aquí no se puede tratar sino de su segunda venida al fin de los tiempos. Entonces, la nación en general arrepentida y convertida, le reconocerá y saludará como a Mesías. ¡Perspectiva consoladora, que nada hacía prever en el conjunto del discurso, y que San Pablo, divinamente inspirado, iluminará con nuevas luces! (206).

A esta gran lucha, de la que los tres sinópticos nos han dado pormenores tan completos, siguió un episodio singularmente conmovedor y edificante. San Mateo lo pasa en silencio; pero San Marcos y San Lucas, especialmente el primero, lo describen como verdaderos pintores (207). Deseoso Nuestro Señor descansar algún tanto después de aquellas prolongadas y fatigosas discusiones, subió las gradas que conducen desde el Patio de los Gentiles al de las Mujeres, y fué a sentarse frente a los trece cepillos de forma de trompetas (208), que estaban colocados debajo de las arcadas de este atrio, y que servían para recibir las ofrendas que voluntariamente hacían los fieles para los gastos del culto y sostenimiento de los edificios sagrados. Cada uno de los cepillos tenía una inscripción, en que se indicaba el empleo de las ofrendas que en él se depositaban. Por ejemplo: "Para (los sacrificios de) palomas."

Tranquilamente sentado a alguna distancia de sus apóstoles, que le habían acompañado y que sin duda conversaban entre sí, miraba Jesús atentamente lo que pasaba en torno suyo (209). La escena era, a la verdad, interesante. Los peregrinos, que a millares habían acudido para asistir a las solemnidades de la Pascua, se llegaban a los cepillos para depositar en ellos sus limosnas. Muchos ricos dejaban caer en ellos las suyas, ricas también, con farisaica ostentación: *multi divites jactabant multa*. Llegóse también una humilde mujer (210), pobre, según claramente se veía, y viuda, como indicaban sus vestidos, y tími-

(206) Rom., XI,

(207) Marc., XII, 41-44; Luc., XXI, 1-4.

(208) En hebreo, *shefaroth*. Véase la Mishna, *Schekalim*, VI, 5; *Joma*, 55, 2; Lightfoot, *Decas chorogr. in Marc.*, c. III, párrafo 4.

(209) San Marcos: ἐθεώρει, "contemplaba"; San Lucas: ἀναβλέπων, "habiendo mirado atentamente hacia lo alto". Supónese, pues, que, al principio, el Salvador tenía la cabeza inclinada.

(210) En la narración de San Marcos, las palabras μία, "una", πτωχή, "pobre", son opuestas a "muchos ricos". San Lucas emplea el adjetivo πενυχρά (Vulg., *pauperculam*), "muy pobre".

damente depositó en uno de los cepillos dos monedas pequeñas —dos *lepta* (211), dice el texto griego; dos *perutah*, hubiera dicho un judío—, que entre las dos no valían más de céntimo y medio. Y eso no obstante, Jesús, que no se había conmovido con las ofrendas de los ricos, enternecióse al contemplar el pequeñísimo óbolo de la viuda.

Entonces, llamando a sus apóstoles, les encareció este acto, tan vulgar en apariencia, y declaró su grande mérito, que El conocía por su ciencia sobrenatural. Tales lecciones, concretas y vivas, eran muy del gusto de Nuestro Señor. "En verdad os digo—comenzó—, que más echó esta pobre viuda que todos los otros que echaron en el gazofilacio." Mas esta aserción paradójica necesitaba una explicación. "Todos (los otros)—continuó el Salvador—han echado de aquello que les sobraba; mas ésta, de su pobreza, echó todo lo que tenía, todo su sustento." En efecto, aunque, considerada la cantidad, esta mujer no había hecho más que una pequeñísima limosna, se había mostrado generosa hasta el heroísmo en razón de la calidad. Por Dios y por su culto había sacrificado cuanto tenía, no guardando para sí ni uno solo de sus dos *lepta*. Este acto, aunque tan diferente del de María, hermana de Lázaro, que había vertido sobre la cabeza del divino Maestro un perfume que valía trescientos denarios, todavía lo recuerda, pues, como aquél, nacía de un amor grandísimo. Por esto la memoria de estas dos mujeres durará cuanto el mundo mismo (212).

Aquí es donde probablemente ha de colocarse un incidente algo misterioso, pero lleno de esperanzas para lo venidero, que únicamente San Juan nos refiere (213), y que intitularemos: Homenaje de los Helenos. Verdad es que el evangelista lo coloca luego después de la entrada triunfal del Salvador en Jerusalén; pero nada se deduce de ahí en contrario, ya que nada

(211) El *lepton* era la más pequeña de las monedas griegas. Valía la octava parte de un as. Las dos piezas ofrecidas por la viuda correspondían, por tanto, a un cuarto de as (*quadrans*), como añade San Marcos para sus lectores romanos.

(212) En el tratado rabínico *Vajjikra Rabba*, 3, leemos que, habiendo un sacerdote había rechazado desdeñosamente la ofrenda de un puñado de harina que llevaba una pobre mujer, Dios le dió a conocer, por medio de un sueño, que aquella humilde ofrenda tenía tanto valor como si la donante misma se hubiera ofrecido en sacrificio.

(213) Joan., XII, 20-36.

nos dice de los demás incidentes del Lunes y del Martes Santos, fuera de que el episodio a que nos referimos no pudo acaecer en la tarde del Domingo de Ramos, inmediatamente después del triunfo, pues San Marcos nos dice (214), con su usada puntualidad, que era ya tarde y que Jesús, así que echó una mirada al Templo, se retiró a Betania; y, por último, más adelante veremos cómo este mismo incidente cerró el ministerio público de Nuestro Señor, lo que también nos lleva a la tarde del Martes Santo.

Todo induce a creer que Nuestro Señor estaba aún con los Doce en el patio llamado de los Gentiles, cuando algunos "Helenos", como los llama el escritor sagrado (215), se llegaron al apóstol Felipe y le dijeron respetuosamente: "Señor, queremos ver a Jesús." Aquellos hombres, cuyo número ignoramos, no eran ciertamente judíos domiciliados en territorio griego, pues, de ser así, el evangelista hubiera empleado el acostumbrado apelativo de "Helenistas" (216). Eran, pues, paganos de origen, aunque, ciertamente, afiliados al judaísmo a título de prosélitos, pues añade San Juan que "habían subido (a Jerusalén) para adorar (al verdadero Dios)", con ocasión de la fiesta de Pascua. Han preguntado algunos por qué se dirigieron con preferencia a Felipe; pero en este punto cuanto se diga será pura hipótesis. El evangelista recuerda que era "de Bethsaida, en Galilea", donde abundaban los gentiles; de donde han inferido algunos que estos helenos habitaban también en la región de Bethsaida y conocían quizá al apóstol. Confesemos llanamente nuestra ignorancia. Por delicadeza, estos extranjeros no se dirigen personalmente al mismo Salvador, sino a alguno de los que le rodeaban. Su lenguaje expresa resolución: "¡Queremos!" La ocasión, en efecto, era excelente. "Ver a Jesús" significaba aquí entrevistarse con El, conversar con El por algún espacio (217). No nacía de vana curiosidad su deseo: querían acaso consultarle sobre algún punto de religión, quizá sobre su condición de Mesías, pues habíales llenado de admiración lo que de El habían oído decir y lo que por sí mismos habían visto

(214) Marc., XI, 11.

(215) Ἕλληνες (Vulg. *Graeci*).

(216) Ἑλληνισταί. Cf. Act., VI, 1; IX, 29; XI, 20.

(217) Acerca de esta significación especial del verbo ἰδεῖν, véase Luc., XIII, 20; IX, 9; XXIII, 8; Act., XXVIII, 20.

en aquellos días. Su petición dejó algún tanto perplejo a Felipe, pues su Maestro había evitado hasta entonces ocuparse personalmente de los paganos (218). No atreviéndose, pues, a resolver por sí propio, consultó el caso con su amigo Andrés, y ambos juntos advirtieron a Nuestro Señor (219) de lo que pasaba.

¿Se celebró la entrevista que tan ardientemente deseaban aquellos Helenos? El evangelista no lo dice, sino que, brevemente expuestos los hechos que preceden, pasa sin transición a exponer una instrucción admirable que dió el Salvador a todo el auditorio que entonces le rodeaba. Con todo, de creer es que el Salvador no negó a estos prosélitos el favor que pedían. Varias veces hemos observado la bondad con que recibía a cuantos querían acudir a El. Sea de ello lo que fuere, respondiéndoles, al menos indirectamente, indicándoles las condiciones que habían de cumplir para ser verdaderos y constantes discípulos suyos. No dice más San Juan, pues, como ya tenemos dicho, no le importa tanto el aspecto externo de los hechos como su sustancia moral (220). Los Magos, como primicias de la gentilidad, fueron a adorar al Niño Dios en su cuna; estos Helenos que nos presenta el cuarto Evangelio se llegan a El, los últimos días de su vida, venerando así en El al Cristo redentor. Este nuevo homenaje que el mundo gentil rinde al Salvador del género humano es como presagio de la próxima propagación del Evangelio por el Universo entero. Por eso, Jesús mismo queda profundamente impresionado, pues, según El nos va a decir, este momento era decisivo, así para su persona como para

(218) Cf. Matth., XV, 24.

(219) Los comentadores gustan de notar aquí que Felipe y Andrés eran los únicos miembros del colegio apostólico que llevaban nombres griegos.

(220) En estos Helenos, deseosos de ofrecer sus homenajes al Salvador, vieron algunos a los enviados de Abgar, rey de Edesa, en Siria, conforme a una nota de Eusebio de Cesarea (*Hist. eccl.*, I, 13), según la cual este príncipe habría invitado a Jesús a que fijase su residencia en sus Estados, prometiéndole que le resarciría con un recibimiento honorífico de las persecuciones que había padecido de parte de sus compatriotas. Pero esa historia de las relaciones de Abgar con Nuestro Señor nada tiene que ver aquí, pues, según el relato evangélico, los Helenos habían ido a Jerusalén, no para ver a Jesús, sino para asistir a las solemnidades de la Pascua. Respecto a las dos cartas apócrifas que se atribuyen al Salvador y a Abgar, véase Fabricius, *Codex apocryph. Novi Testamenti*, t. II, págs. 388-390.

todo el linaje humano y para Israel. He aquí el comienzo de un breve discurso:

“Llegó la hora en que el Hijo del hombre ha de ser glorificado. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; mas si muere, lleva mucho fruto. Quien ama su vida, la perderá, y quien aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame, y en donde yo estoy, allí también estará mi servidor. Y si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.”

La primera sentencia es de majestuosa solemnidad. Ya sabemos lo que Nuestro Señor suele significar con la alocución “su hora”. Muchas veces ha hablado de ella para que entendamos bien su sentido. Indica, ante todo, la hora de su pasión y de su muerte. Esta hora dolorosa está ya cercana; ¡y, con todo, Jesús habla de ella como de una glorificación! Porque sus padecimientos y humillaciones le granjearían pronto su triunfo eterno, no sólo en el cielo, después de su ascensión, sino también en la tierra, que su nombre, su Evangelio y su Iglesia iba a invadir y conquistar.

Jesús explica de dos maneras la aparente paradoja de su glorificación por medio de una muerte ignominiosa. En primer lugar, con el ejemplo del grano de trigo echado en tierra, y que no es fecundo sino después que ha perdido su primera vida (221). En segundo lugar, con una ley muy semejante del mundo moral que el divino Maestro ha citado ya varias veces (222), y que demuestra asimismo que la muerte es con frecuencia necesaria para producir una vida superior: “El que ama su vida la perderá...” Dicho esto, Jesús aplica a sus discípulos este mismo principio: “Si alguno me sirve, sígame...” Si quieren adquirir la vida y la gloria eternas, antes habrán de pasar como su Maestro, por las tribulaciones y por los sacrificios. La próxima y humillante muerte del Cristo no será, pues, obstáculo al buen éxito de su obra y a su personal glorificación, sino muy al contrario.

Mas he aquí que repentinamente de estas gloriosas perspectivas pasamos a un combate violento y doloroso, de que, por algún espacio, fué campo el alma de Jesús. Su lenguaje se hace trágico. El discurso se transforma en una especie de monólogo.

(221) Comparación análoga emplea San Pablo, I Cor., XV, 36-38, 42-44.

(222) Matth., X, 39; XVI, 25; Marc., VIII, 35; Luc., IX, 24; XVII, 33.

que por dos veces se interrumpe con una breve plegaria dirigida a su Padre celestial. El Salvador se estremece a la vista de la cruz y como que saborea anticipadamente las hieles de Getsemaní.

“Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué diré? (Diré): Padre, Sálvame de esta hora. Mas por eso he venido a esta hora. Padre, glorifica tu nombre.”

Preciosa turbación (223), pues esta lucha que hubo en el alma de Jesús entre la parte superior y la parte inferior, si es permitido aplicarle estas expresiones—entre el espíritu y la carne, habría dicho San Pablo—, nos enseña cuán enteramente había tomado la naturaleza humana, con sus múltiples enfermedades. Pero esta emoción, aunque en extremo angustiosa, no fué de larga duración. Una generosa reacción devolvió en un punto paz profundísima a su noble corazón. ¡Qué elocuencia en estas simples palabras: “por eso”! Es decir, para padecer y morir cruelmente. Notemos también que Jesús no pide en recompensa su propia glorificación, aunque sepa y haya predicho que ella ha de venir infaliblemente. Piensa, ante todas cosas, en la gloria de su Padre: lo demás le es cosa secundaria.

No bien hubo acabado Jesús su tierna plegaria, dejóse oír una voz del cielo, que decía: “Yo he glorificado mi nombre y otra vez lo glorificaré.” Recompensa magnífica del Padre celestial, que una vez más, como en el bautismo y en la transfiguración (224), acreditaba públicamente a su amado Hijo y aprobaba su conducta. El evangelista describe la impresión que experimentaron los asistentes cuando oyeron resonar la voz. Tal fué ésta, que muchos creyeron haber oído un trueno. Otros, que percibieron algunas palabras, aunque sin entender su sentido, decían entre sí: “Un ángel le ha hablado.” Sólo Jesús y sus discípulos—entre éstos San Juan—habían entendido el celestial lenguaje (225).

El divino Maestro, tomando este misterioso fenómeno como principio de su razonamiento, continuó:

(223) Tenemos de ella varios ejemplos: Luc., XIX, 41; Joan., XI, 32, 38.

(224) Matth., III, 17; XVII, 5, y en los pasajes paralelos.

(225) Asimismo, sólo San Pablo entendió las palabras que le dirigió Cristo, que le había derribado en el camino de Damasco. Sus compañeros no percibieron más que sonidos confusos. Cf. Act., IX, 4, 7; XXII, 9.

“No ha venido esta voz por mi causa, sino por causa de vosotros. Ahora es el juicio del mundo; ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo. Y yo, cuando fuere levantado de la tierra, traeré hacia mí todas las cosas.”

El prodigio que acababa de obrarse no afectaba a Jesús sino indirectamente, pues El no tenía necesidad de tal testimonio. Mas su Padre había dado así a los judíos, y aun a todos los hombres, un supremo aviso para atraerles a todos a su Cristo. Las líneas que siguen a este *Nota bene* son notables por más de una razón, pues Jesús, elevándose a esferas superiores, contempla todo el porvenir de su Iglesia. Son como un himno triunfal, de estilo majestuoso, tierno y rítmico. Con la claridad de su ciencia divina, el Salvador contempla su futura victoria sobre todos sus enemigos como si fuese ya una realidad. Ve al mundo perverso, a este adversario poderoso, juzgado y condenado; al “príncipe de este mundo”, es decir, a Satanás como le llama a la manera de sus compatriotas (226), expulsado, gracias a la conversión de los gentiles, de la mayor parte de sus dominios. Mas éste era un efecto negativo de la redención. Pronto sabremos su fruto positivo, mil veces mayor y más consolador aún: mientras el mundo y el jefe de los poderes infernales serán vencidos, Jesús será “exaltado”, y desde lo alto de su trono atraerá hacia sí a todo el género humano (227). ¡Pero qué “exaltación” y qué trono para el Mesías! ¡La cruz, el patíbulo infame! Porque, como sabemos por otras palabras de Nuestro Señor (228) y aquí dice expresamente el evangelista, Jesús con este lenguaje aludía a la cruz en que sería alzado y clavado, para morir en ella en horrorosas angustias. Pero ahora olvida las humillaciones y dolores del suplicio, para no pensar más que en sus felices consecuencias. Desde su cruz, con los brazos extendidos como para llamar y acoger bondadosamente a todos los hombres, ¡a cuántos atraerá hacia sí, sin violencia, ejerciendo ese atractivo moral, que en nada merma la libertad humana! Una vez más pone a su propia persona por centro

(226) En hebreo, *Sar ha' olam*. Este mismo nombre volverá a aparecer en el discurso de despedida de Nuestro Señor, Joan, XIV, 30, y XVI, 1. Expresiones semejantes emplea San Pablo, II Cor., IV, 4; Eph., I, VI, 12.

(227) En el texto griego, la lección πάντες, “todos”, parece de mayor autoridad que πάντα (Vulg., *omnia*), “todas las cosas”.

(228) Joan., III, 14; VIII, 28.

la fe, de las adoraciones y del amor de su Iglesia. “Ha conquistado el mundo, dice elocuentemente San Agustín (229), no con el hierro, sino con la cruz.”

Entendiéronlo en parte sus oyentes. Cuando menos, advirtieron que la exaltación a que Jesús atribuía tan gloriosos frutos suponía, como condición previa, su muerte más o menos próxima, y de ahí van a sacar—en términos poco afables, según observa San Juan Crisóstomo—un argumento contra su reivindicación del título de Mesías. “Nosotros hemos aprendido en la ley—dijeron—que el Mesías permanece para siempre: ¿Cómo, pues, dices tú: conviene que sea alzado el Hijo del hombre? ¿Quién es este Hijo del hombre?” ¡Con qué desdén mencionan este título! ¡Con qué menosprecio oponen a la autoridad de Jesús, que les habla de un Mesías mortal, la de la Ley, es decir, la de los escritos inspirados, según los cuales el reino del Mesías había de ser eterno! Recordaban varios pasajes proféticos del Antiguo Testamento (230), que interpretaban torcidamente porque no sabían distinguir entre el primer y segundo advenimiento de Cristo y estaban imbuídos de prejuicios sobre el más bello y consolador de todos sus dogmas.

Nuestro Señor, sin responder a semejantes preguntas insolentes, dió una grave lección, en forma de apremiante exhortación, a los que habían osado hacérselas.

“Todavía está entre vosotros la luz por algún tiempo. Caminad mientras tenéis luz, porque no os sorprendan las tinieblas. El que anda en tinieblas no sabe adónde va. Caminad mientras tenéis luz, para que seáis hijos de luz.”

Lo cual era decirles que anduviesen solícitos en aprovecharse de su presencia, para llegar a la salud por la fe y las buenas obras. Con la hermosa figura de la luz, que con tanta frecuencia se le aplica en el cuarto Evangelio (231), bien a las claras se designaba a sí propio. Ahora bien; aquel sol brillante iba a desaparecer pronto para Israel, que, sumergido en espesas tinieblas morales, semejaría a un viajero que, extraviado

(229) *Tractat. in Ps.*, LIV, n. 12.

(230) Entre otros, Ps., LXXXVIII, 29, 36, 37; CIX, 4; Is., IX, 6; Dan., VII, 14; etc. Véase también en la teología judaica de aquellos tiempos los *Oráculos Sibilinos*, III, 49, 50; los Ps. de Salomón, XVII, 4; Henoch., LXII, 14.

(231) Joan., I, 4; III, 19; VIII, 12; IX, 5.

en oscura noche, no pudiese hallar el camino. En estas palabras, las últimas que dirigió en público a sus compatriotas, se percibe un dejo de tristeza y a la vez de ternura. ¡Amaba entrañablemente a su pueblo, hubiera querido que le fuera provechoso su oficio de salvador, y lo veía obstinado en la indiferencia o la incredulidad! Con el corazón lastimado, se “fué y se escondió de ellos”, como ya hiciera en otra ocasión anterior (232); pero ahora se iba definitivamente: les había dicho su adiós postrero.

San Juan, acabada la primera parte de su relato, y antes de comenzar la pasión propiamente dicha del Salvador, se detiene un instante para echar una ojeada retrospectiva a la vida pública de Jesús y ver sus resultados. Esta mirada de conjunto (233) le revelará mejor aún que muchos incidentes aislados la trágica suerte de una nación tan favorecida de Dios como eran los judíos, la cual, a pesar de las pruebas que Jesús había dado de su origen y de su misión divinas, desechó al que era la clave de su historia y el fin principal de su existencia, al que había esperado impacientemente durante siglos, a su libertador, a su Mesías. San Pablo, en la epístola a los Romanos (234), estudia con más detención este misterioso problema y lo relaciona, como el apóstol amado, con su verdadera causa: el endurecimiento predicho por los profetas, pero voluntario, de Israel. La historia religiosa no contiene hecho más sorprendente, más paradójico ni más desolador. San Juan nos expone primeramente algunas reflexiones suyas sobre la incredulidad de los judíos (235).

“Mas aunque había hecho delante de ellos tantas señales, no creían en El; para que se cumpliesen las palabras del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro dicho? ¿Y a quién ha sido revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer, porque dijo también Isaías: Les cegó los ojos y les endureció el corazón, porque no vean de los ojos y entiendan de corazón y se conviertan y yo los sane. Estas cosas dijo Isaías cuando vió su gloria y habló de El.”

El evangelista señala primero el hecho y luego su causa. El hecho estaba a la vista, palpable, punzante, y ya antiguo en la historia del Salvador, quien por sí mismo lo había compro-

(232) Joan., XII, 36.

(233) Joan., XII, 37-50.

(234) Caps. IX-XI.

(235) Joan., XII, 37-43.

bado (236). Los judíos, como nación, no habían querido recibir a Cristo, en lo cual eran tanto más imperdonables, cuanto El les había puesto ante los ojos, a cada instante, pruebas evidentes de su misión, como eran sus señalados milagros, según advierte el evangelista. Indagando, pues, San Juan la causa de este hecho doloroso, hallaba en un vaticinio de Isaías (237), que era comúnmente aplicado al Mesías, y en el que el profeta se queja, en nombre del Cristo, del ningún fruto de su predicación. La culpable obstinación de Israel en la incredulidad entraba, pues, en el plan divino, puesto que había sido predicha tantos siglos antes. En cierto sentido, los judíos contemporáneos de Nuestro Señor “no podían creer”, aunque por su propia culpa, como lo demuestra San Juan con otro texto, que toma del mismo profeta (238), y que Jesús había utilizado ya en otra ocasión para fundar sobre él una demostración muy semejante (239). Hay en todo esto, como entonces dijimos, un profundo misterio: el conciliar la libertad humana con la presciencia de Dios. Pero como quiera que sea, cierto es que esta presciencia por ningún caso se opone a nuestra libertad. Los judíos hubieran podido creer, si hubieran querido aceptar las gracias que abundantemente se les concedieron. Si no lo hicieron así, sobre ellos únicamente recae la responsabilidad de su ceguera y de su endurecimiento.

Después de citado el segundo texto de Isaías, el evangelista hace una extraña reflexión. ¿Gozó el gran profeta de la inefable merced de contemplar anticipadamente la gloria del Mesías? Sí, ciertamente, con ocasión de la célebre visión que describe en el capítulo VI de su libro, y en la que le fué dado contemplar a Jehová, el Dios de Israel, adorado por los serafines. Pero el Jehová del Antiguo Testamento, según la revelación cristiana, es Dios en la Trinidad de personas; de modo que este pasaje contiene una fortísima prueba de la preexistencia y de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Después de haber insistido sobre la incredulidad de sus compatriotas, San Juan siente como una manera de escrúpulo,

(236) Joan., VI, 36-38; X, 25-26; etc.

(237) Is., LIII, 1. Cf. Rom., X, 16.

(238) Is., VI, 9-10. Este texto está citado exactamente, pero con alguna libertad, s'n seguir del todo ni al texto hebreo ni al de los Setenta.

(239) Matth., XIII, 14-15.

y cual si temiese haberles acusado con exceso, dice que “muchos de ellos, aun entre los cabezas “de la nación” habían creído” en Jesús y le habían reconocido por Mesías. Entre éstos podemos contar a Nicodemo y a José de Arimatea, que pertenecían al Sanedrín (240). Con todo eso, el evangelista se ve obligado en seguida a atenuar su afirmación, declarando cuán flaca había sido en algunos de estos discípulos, al menos por algún tiempo, una fe que se avergonzaba de mostrarse en público. El miedo a los fariseos, añade, y, por consiguiente, el respeto humano, acobardaba a aquellas almas y los retraía de darse por entero al Salvador; temían, sin duda, la excomunión con que estaban amenazados los partidarios de Jesús (241). ¿Pero no era esto “amar la gloria que viene de los hombres más que la que viene de Dios?”

Al obstinado endurecimiento de los judíos opone San Juan la enseñanza de Jesús, que una vez más se proclama Mesías, y declara necesario creer en El y en su doctrina (242). Ha hecho cuanto ha podido por convertir a su pueblo; de ahí que la falta de éste será más imperdonable. La fórmula: “Jesús clamó y dijo”, con que estas líneas se encabezan, ha sido ocasión de que algunos creyesen que Jesús había pronunciado un nuevo discurso; pero de antemano ha refutado esta opinión el evangelista, anotando expresamente (243) que el Salvador había dicho a los judíos el adiós definitivo pocos momentos antes. Parece, pues, que San Juan quiso simplemente compendiar aquí, en breve resumen, la doctrina que su Maestro había predicado sin descanso en el discurso de los tres años de su vida pública. Resumen, por lo demás, excelente, que reproduce por modo admirable así el lenguaje como el pensamiento de Nuestro Señor.

“Quien cree en mí, no cree en mí, sino en Aquel que me envió. Y el que me ve a mí, ve a Aquel que me envió. Yo he venido como una luz al mundo, para que todo aquel que en mí cree no permanezca en tinieblas. Y si alguno oyere mis palabras y no las guardare, no soy yo quien lo juzga, porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me desprecie y no recibiere mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. Porque yo no he hablado por mí mismo; mas el Padre que me envió, El me dio

(240) Joan., III, 1-4; XIX, 38-39; etc.

(241) Joan., IX, 22.

(242) Joan., XII, 44-50.

(243) Joan., XII, 36b.

mandamiento de lo que he de decir y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es la vida eterna, porque lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así lo hablo.”

Fuerza es reconocer que no fuera fácil encarecer mejor la gravísima responsabilidad de los judíos incrédulos. Tanto en la persona de Jesús como en su doctrina, ¿no había estado todo perfectamente ajustado con el pensamiento y con la voluntad de su Padre celestial? Tenía, pues, cumplido derecho a apelar a su misión y a su autoridad, de la que había sido revestido por el Padre mismo, y los judíos, sobre quienes no había cesado de esparcir la luz de su doctrina y de sus ejemplos, tenían el deber de adherirse a El por la fe.

IV.—PROFECÍA SOLEMNE DE CRISTO ACERCA DE LA RUINA DE JERUSALÉN Y DE SU SEGUNDO ADVENIMIENTO AL FIN DE LOS TIEMPOS (244).

Los sinópticos describen con dramática precisión el hecho que sirvió de ocasión a este grandioso discurso (245). La tarde del Martes Santo, después de haber triunfado de las asechanzas de sus enemigos, después de haber lanzado contra los fariseos sus abrumadores anatemas y de haber dicho a los judíos incrédulos su postrer adiós, salió Jesús del recinto del Templo, para no volver más, y como los dos días anteriores, tomó el camino de Betania, acompañado de sus apóstoles. Cuando salía del recinto sagrado, por la parte del valle del Cedrón, uno de ellos —quizá Pedro, que era quien solía hablar en nombre de todos—, recordando probablemente aquella reciente predicción: “He aquí que quedará desierta vuestra casa” (246), dijo: “Maestro, mira qué piedras y qué fábrica.” Cual si dijera: ¿Un edificio tan sólido no reúne todas las condiciones necesarias para resistir a las injurias del tiempo? Otros discípulos, nos dice San Lucas, aludieron a las riquezas del Templo y a los valiosos dones de que lo habían colmado varios ilustres personajes pertenecientes a diversas clases de la sociedad judía y hasta de la pagana. Ptolomeo Evergetes, Augusto, Julia, Herodes el Grande, fueron

(244) Véase el apéndice V.

(245) Matth., XXIV, 1-3; Marc., XIII, 1-4; Luc., XXI, 5-7. La exposición de San Marcos es la más completa de las tres.

(246) Matth., XXIII, 38.

otros tantos bienhechores insignes, sin hablar de las personas particulares que habían dado en depósito parte de su fortuna al tesoro del Templo (247). Especialmente era materia de admiración una vid de oro macizo, puesta a la entrada del Templo, y cuyos racimos tenían la altura de un hombre de estatura regular (248). Sin exageración, pues, podía decir Tácito que era un "Templo de inmensa opulencia" (249). En cuanto a las piedras a que aludía el discípulo de Jesús, habíalas tan grandes, que Josefo (250) llega hasta mencionar bloques de veinticinco codos de longitud por ocho de altura y doce de anchura (251). Y aunque demos su parte a la exageración en que suele incurrir el historiador judío, todavía queda otra parte considerable de verdad que los hechos atestiguan, pues aún subsiste un muro, el llamado de las Lamentaciones o de los Llantos—al pie del cual los judíos van a orar y gemir por la ruina de Jerusalén, y que servía de sostén a la terraza del Templo en el lado Este—, compuesto de enormes piedras, varias de las cuales tienen de cuatro a cinco metros de largo.

Tomando pie de estas palabras, dijo Jesús gravemente a sus apóstoles: "¿Veis todas estas grandes construcciones? En verdad os digo que vendrán días en que no quedará piedra sobre piedra." Menos de cuarenta años después de esta predicción habíase cumplido ya puntualmente, y desde entonces, nada queda de aquel suntuoso edificio, que parecía hecho para resistir todas las pruebas. En efecto, del Templo propiamente dicho, de sus edificios secundarios, de sus galerías y columnatas no queda verdaderamente piedra sobre piedra. Testigo de ello es el historiador Josefo (252): "César (Tito)—nos dice—ordenó destruir la ciudad entera y el Templo", que en un principio hubiera querido salvar, pero al que los feroces zelotes prendieron fuego. Los enormes bloques que hemos mencionado no eran parte del edificio sagrado, sino solamente de los muros que lo cercaban o de las construcciones inferiores que sostenían las terrazas. El huracán de los juicios divinos pasó, pues, sobre el

(247) Cf. II Mach., III, 2-7.

(248) Josefo, *Ant.*, XV, XI, 3; *Bell. jud.*, V, v, 4.

(249) *Hist.*, V, VIII, 1.

(250) *Ant.*, XV, XI, 39; *Bell. jud.*, V, v, 1-2.

(251) El codo equivalía a 0,525 m.

(252) *Bell. jud.*, VII, I, 1.

Templo de Jerusalén como en otros tiempos sobre los palacios de Nínive y sobre la Tebas egipcia.

Los apóstoles, llenos de estupor, no hicieron al principio observación ninguna sobre tan siniestro vaticinio, y subieron lentamente, en silencio, siguiendo a Jesús, la vertiente occidental del Monte de los Olivos. Cerca ya de la cumbre, el divino Maestro se detuvo y se sentó en el suelo. Enfrente de El se alzaba el Templo, que, desde aquel sitio elevado, parecía aún más hermoso y vasto que de cerca, señaladamente cuando el sol, al trasponer, iluminaba sus blancos mármoles, sus galerías de columnas, su ornamentación de oro y la ciudad que le servía de magnífico fondo (253). Siempre bajo la impresión de la espantosa profecía que acababan de oír, cuatro de los discípulos más íntimos, Pedro y Andrés, Santiago y Juan, se llegaron al Salvador, mientras los demás permanecían a cierta distancia. Como ellos eran los primeros a quienes el Salvador había admitido definitivamente en su compañía (254), tenían cierta familiaridad, aunque respetuosa; por lo que no temieron hacerle esta pregunta: "Maestro, dinos: ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida y de la consumación del siglo?" (255).

A la pregunta de sus amigos dió Jesús una larga respuesta, que San Mateo nos ha conservado en forma de grandioso discurso, y más amplificado, según uso suyo, en el primer Evangelio que en los otros dos sinópticos (256). El tema tratado es doble, conforme a la pregunta de los apóstoles. Jesús tratará

(253) Véase la descripción que hemos dado más arriba, págs. 58-59.

(254) Matth., IV, 18-22; Marc., I, 16-20; Luc., V, 1-11.

(255) Matth., XXIV, 3; Marc., XIII, 3-4; Luc., XXI, 7. La palabra griega que hemos traducido por "venida" (Vulg., *adventus*) es *παρουσία*, es decir, "presencia", pero presencia durable, continua. San Mateo es el único evangelista que la usa, y sólo en esta ocasión (XXIV, 3, 27, 37, 39); pero aparece con bastante frecuencia en las epístolas apostólicas, con significación muy semejante, para denotar la segunda venida de Cristo. Cf. I Cor., XV, 23; I Thess., II, 19; III, 13; IV, 14; V, 23; II Thess., II, 1, 8; Jac., V, 7; II Petr., I, 16; III, 12; I Joan., II, 28. En nuestros días se emplea con frecuencia en la forma de "parusia".

(256) Matth., XXIV, 4-XXV, 46; Marc., XIII, 5-37; Luc., XXI, 8-36. Todo lo que leemos en el cap. XXV de San Mateo se omite por San Marcos y San Lucas. En cuanto al contenido del cap. XXIV, hay considerable semejanza entre los tres Evangelios, particularmente entre los dos primeros, pues San Lucas difiere en algunos pormenores, así de San Mateo como de San Marcos (véase en particular Luc., XXI, 24-26, 34-36). Este es el único discurso de Cristo que San Marcos introdujo en su Evangelio, pues principalmente atiende a la narración de hechos; pero esta serie de

sucesivamente de la ruina de Jerusalén y de su segundo advenimiento, pero sin indicar fecha, contentándose con apuntar algunas señales precursoras que anunciarán la proximidad de los dos catástrofes: la del juicio de Jerusalén y de la nación judía y la del juicio universal, al fin del mundo. En razón de esta doble "consumación", según se expresa San Mateo (257), este discurso de Jesús se llama *escatológico* (258), nombre que de ordinario se le da en nuestros días. El fin que intentaba Nuestro Señor al hacer estas importantes revelaciones se indica ya en las primeras palabras: "¡Cuidad de que no os engañe alguno!" El divino Maestro insiste de vez en vez en esta idea, especialmente según el texto de San Marcos; después le dedica una larga conclusión. Importaba que sus discípulos conociesen de antemano, hasta cierto punto, lo que había de suceder cuando llegasen los dos trances mencionados, para que supiesen cómo habían de proceder en tal coyuntura. Este conocimiento esforzaría su fe contra inminentes peligros. Hay, pues, en este discurso de Jesús altísimas enseñanzas teóricas y prácticas para la Iglesia y para todos sus miembros. Si el lenguaje es a veces oscuro, el conjunto de la oración es suficientemente claro, particularmente después que podemos examinar separadamente las predicciones que atañen a la ruina de Jerusalén y las que se refieren al fin del mundo.

Por el giro mismo que los apóstoles dieron a su pregunta, parecen indicar que, a su ver, la destrucción del Templo, el segundo advenimiento del Mesías y el fin del mundo actual formarían un solo suceso. Tal era también a la sazón el sentir de la mayor parte de los judíos sobre los dos últimos puntos que tanto les preocupaban. Para un porvenir próximo espera-

vat'cinios tenía importancia tan extraordinaria, que no era posible omitirlos, fuera de que este discurso era parte integrante de la catequesis apostólica. ¿Alargó San Mateo la instrucción, incluyendo en ella sentencias que el Salvador había pronunciado en otras circunstancias? Así lo suponen algunos comentadores; pero, si así lo hizo, no puede ser más que en pocos pasajes, que no es posible determinar con certeza. Por otra parte, el mismo San Mateo omite aquí noticias que conocemos por los otros dos historiadores. Indicaremos algunas de ellas. Para las demás véanse los comentadores de los Evangelios.

(257) Matth., XXIV, 3: συντέλεια (Vulg., *consummatio*). Cf. XIII, 40-49.

(258) De dos palabras ἔσχατος λόγος, "última palabra", o "última cosa". Por tanto, discurso relativo a los últimos acontecimientos de la historia del pueblo judío y de la historia del mundo.

ban trastornos de todas clases, que serían prelude del establecimiento de un nuevo orden de cosas debajo de la dirección del Mesías. Acerca de este punto hay toda una literatura, llamada apocalíptica (259), cuyos escritos más célebres son el libro de Henoch, los Salmos de Salomón, el Libro de los Jubileos, la Asunción de Moisés, la Ascensión de Isaías, y el Apocalipsis de Baruch. Extraña confusión, descripciones descabelladas, esperanzas políticas, que nada tienen de sobrenatural. No faltan batallas sangrientas, ni victorias de los judíos sobre los paganos, ni interminables banquetes, de los que sólo disfrutaban los descendientes de Abraham, y que los gentiles contemplan con despecho (260). En el discurso escatológico, Nuestro Señor trazará también algunos cuadros relativos a la consumación de los tiempos y al advenimiento del Mesías, y empleará imágenes que tienen algunas semejanzas externas con las de aquella literatura extraordinaria; pero, como siempre, ¡con qué elevación de sentimientos y de lenguaje, con qué nobleza y sublimidad de doctrina se expresa! Todo lo transforma y espiritualiza, todo lo eleva a regiones ideales (261).

El discurso se divide en dos partes bien distintas. La primera es casi toda teórica, pues Jesús responde en ella a la segunda pregunta de sus apóstoles. "¿Cuál será la señal...?" Describe varios acontecimientos que anunciarán, de manera próxima o remota, la destrucción de Jerusalén y la aparición personal de Cristo al fin del mundo (262). La segunda, toda ella práctica, es una apremiante exhortación a vigilar de continuo para no ser sorprendidos a la hora en que sobrevenga el terrible trastorno (263). Cada una de estas partes se subdivide a su vez en varias secciones,

La primera parte comienza describiéndonos las señales precursoras que, de lejos aún, anunciarán la ruina de Jerusalén (264). Desde el principio el Salvador revela a los suyos toda la gravedad de la situación.

(259) Porque su forma exterior es la del Apocalipsis de San Juan.

(260) Véase Edersheim, *Life of Jesus*, t. II, págs. 443-445; el P. Lagrange, *Le Messianisme chez les Juifs*, págs. 186-209.

(261) Véase el apéndice V.

(262) Matth., XXIV, 4-35; Marc., XIII, 5-31; Luc., XXI, 8-33.

(263) Matth., XXIV, 36-XXV, 30; Marc., XIII, 32-37; Luc., XXI, 34-36.

(264) Y acaso al fin del mundo, según el sentir de varios Padres y

"Guardaos que no os engañe alguno. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y a muchos engañarán. Oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras. Mirad que no os turbéis. Porque conviene que esto suceda, mas aún no es el fin. Porque se levantará gente contra gente y reino contra reino, y habrá pestilencias, y hambres, y terremotos en diversos lugares. Y todas estas cosas no serán sino principio de los dolores" (265).

De cierto no era ésta la respuesta que esperaban los discípulos. ¡Qué enumeración de acontecimientos dolorosos y terribles, que turbarán la vida de los pueblos y la de los individuos, desde la Ascensión de Nuestro Señor hasta el fin de la nación judía! Y, con todo, Jesús dice que esto no será sino comienzo, preludio de males aún mayores. ¿No se creería que Tácito quiso señalar el cumplimiento de estas primeras líneas del vaticinio cuando escribió este célebre texto, para caracterizar el período indicado por Nuestro Señor: *Opimum casibus, atrox proeliis, discors seditionibus, ipsa etiam pace saevum... Trina bella civilia, plura externa ac plerumque permixta* (266). Si con certeza no se puede citar por este tiempo ningún falso Mesías propiamente dicho, hubo al menos, para hacer un papel semejante a un Simón Mago (267), aquel Theudas cuya siniestra aventura cuenta Josefo (268), y otros más (269), que, en una u otra forma, se ocuparon en seducir al pueblo. Era preciso, dijo Jesús, que todo esto sucediese, porque así estaba previsto en el plan divino. Si tantos males no han de ser más que "el comienzo de los dolores", ¿qué será el dolor mismo? El texto griego de San Mateo y de San Marcos lo representa muy gráficamente empleando el sustantivo que denota los dolores del parto (270).

de muchos comentadores católicos modernos. Véase L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Matthieu*, págs. 456-457.

(265) Matth., XXIV, 4-8; Marc., XIII, 5-8; Luc., XXI, 8-11.

(266) Hist., III, II, 1. El mismo Tácito, *Annales*, XIII, 37, habla de una peste que arrebató sólo en Roma 30.000 personas en pocos meses. El autor del libro de los Hechos, XI, 28, y Josefo, *Ant.*, XX, II, 3, mencionan el hambre que en el reinado de Claudio asoló todo el mundo romano. Los temblores de tierra fueron muy frecuentes en el Imperio, entre los años 60 y 70. Cf. Tácito, *Annal.*, XIV, 16; Séneca, *Quaest. natur.*, VI, 1; Josefo, *Bell. jud.*, IV, IV, 5.

(267) Act., VIII, 9.

(268) *Ant.*, XX, V, 1.

(269) *Bell. jud.*, II, XIII, 4.

(270) Ὠδύνην. Nombre idéntico daban los antiguos rabinos a las duras pruebas que habían de preceder inmediatamente a la aparición del Me-

Demás de estas primeras calamidades de índole general otros males más personales y directos herirán a los discípulos de Cristo, el cual les previene para que, estando aperebidos, soporten con valor esta otra especie de prueba.

"Entonces os entregarán a los tormentos y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Y muchos entonces serán escandalizados, y se entregarán unos a otros, y se aborrecerán entre sí. Y se levantarán muchos falsos profetas y engañarán a muchos. Y porque se multiplicará la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. Y este Evangelio del reino será predicado por todo el mundo, para que sea testimonio a todas las gentes, y entonces vendrá el fin" (271).

San Marcos y San Lucas completan este cuadro desolador con pormenores que ya vimos en San Mateo, con ocasión de la instrucción que Nuestro Señor dió a sus apóstoles cuando les envió por primera vez a predicar la buena nueva (272). Leemos en el segundo Evangelio:

"En cuanto a vosotros, guardaos, porque os entregarán a los tribunales y seréis azotados en las sinagogas y compareceréis ante los gobernadores y reyes por causa de mí, para darme testimonio delante de ellos. Y cuando os llevaren para entregaros, no premeditéis lo que habéis de hablar; mas decid lo que os fuere inspirado en aquella hora, porque no sois vosotros quienes habláis, sino el Espíritu Santo. Y el hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra los padres y los harán morir."

Será, pues, para los cristianos una persecución universal, de parte de los judíos y de parte de los paganos; aún más: en el seno mismo de la familia serán perseguidos, pues los que sean hostiles al Cristianismo odiarán a sus hijos o a sus hermanos convertidos y les harán padecer toda suerte de malos tratos y aun la muerte misma. Abundarán también entonces falsos profetas y falsos doctores, que añadirán un peligro más: el de la seducción. Todas estas causas juntas producirán un lamentabilísimo efecto, que Jesús expresa con una imagen admirable: la caridad, es decir, el amor de muchos se resfriará. Únicamente los más esforzados se mantendrán fieles entre tantos peligros.

sías. Véase el libro de los Jubileos, XXIII, 18-19; Henoch., XCIX, 4-7; C, 1-9; el Apocalipsis de Baruch, 27-29; Schoettgen, *Nov. Testam. ex Talmud illustr.*, t. II, págs. 550-552; Lagrange, *Le Messianisme*, págs. 186-191.

(271) Matth., XXIV, 9-14; Marc., XIII, 9-13; Luc., XXI, 12-19.

(272) Matth., X, 17-22.

También aquí la historia profana coincide con la religiosa al señalar el literal cumplimiento de estas diversas predicciones. Ya remitimos a nuestros lectores a los *Hechos de los Apóstoles*, al propósito de las persecuciones que judíos y gentiles movieron a los primeros cristianos. La circunstancia "se harán traiciones unos a otros" es notada por Tácito (273). Por lo que toca a los falsos profetas, es decir, a los heresiarcas, los vemos pulular en la Iglesia primitiva, combatiendo la pureza de la fe, pero fuertemente denunciados por los apóstoles (274). También Tácito (275) y los *Hechos de los Apóstoles* (276) mencionan el odio universal de que serán blanco los discípulos del Salvador. Entre tantos sufrimientos, los cristianos gozarán también de algunos consuelos. Saben que los amparará una providencia especialísima paternalmente amorosa (277). Saben también que sufriendo valerosamente estas pruebas, cooperarán a demostrar la divinidad de la obra de Cristo. En fin, tendrán la dicha de ver el Evangelio dilatado por todo el mundo romano antes de que se cumpla la amenaza del juicio divino contra Jerusalén. Esfuércense, pues, en perseverar hasta el fin, sin dejar que se mancille su fe ni que disminuyan su esperanza y su caridad.

Hasta aquí el divino Maestro se ha concretado a describir señales preliminares de índole general en su mayor parte; mas ahora va a predecir las señales "del fin" por lo que toca a Jerusalén. El cuadro, muy circunstanciado, es sobremanera terrorífico (278). Cuando menos, los apóstoles hallarán en esta dolorosa predicción, cuando sea llegada la hora de su cumplimiento, preciosas luces para su propio gobierno y para la dirección de la Iglesia.

(273) *Annal.*, XV, 44: *Igitur primo correpti (Christiani) qui fatebantur deinde, indicio eorum, multitudo ingens.*

(274) *Act.*, XX, 30; *Rom.*, XVI, 17-18; *Gal.*, I, 7-9; *Col.*, II, 17-18; *I Tim.*, I, 6, 7, 20; VI, 3-5, 20-21; *II Tim.*, II, 18; III, 6-8; *II Petr.*, II, 1-22; *I Joan.*, II, 18, 22-23, 26; IV, 1-3; *II Joan.*, 7; etc.

(275) *Loc. cit.*

(276) *Act.*, XXVIII, 22. Los judíos de Roma dijeron a San Pablo en la entrevista que con él tuvieron: "Todo lo que nosotros sabemos de esa secta es que en todas partes se oponen a ella." Cf. *Tertuliano Apol.*, II.

(277) En el texto de San Lucas significase la protección divina con una imagen muy expresiva: "No perecerá un solo cabello de vuestra cabeza." (*Luc.*, XXI, 18. Cf. *XII*, 7, y *Matth.*, XII, 30.)

(278) *Matth.*, XXIV, 15-22; *Marc.*, XIII, 14-20; *Luc.*, XXI, 20-24.

"Por tanto, cuando viereis que la abominación de la desolación, que fué dicha por el profeta Daniel, está en el lugar santo, el que lee, entienda. Entonces, los que estén en Judea, huyan a los montes, y el que esté en la azotea, no descienda a tomar cosa alguna de su casa, y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su túnica. ¡Ay de las que estuviesen en cinta y de las que criaren en aquellos días! Pedid, pues, que vuestra huida no suceda en invierno o en sábado. Porque habrá entonces grande tribulación, cual no hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni habrá. Y si no fuesen abreviados aquellos días, ninguna carne sería salva; mas por los escogidos, aquellos días serán abreviados."

Aquella locución, de sabor enteramente hebraico, "la abominación de la desolación", está tomada del profeta Daniel (279), según la traducción de los Setenta. El primero de los dos sustantivos expresa la idea principal, y se aplica en la Biblia especialmente al culto de los ídolos, que para los israelitas fieles era cosa sobre todas abominable. Los antiguos exégetas judíos tenían por cierto que Daniel, con esta expresión, se refería a la profanación que hizo del Templo de Jerusalén Antíoco Epífanes, según se cuenta en los libros de los Macabeos (280). Es, pues, moralmente cierto que el Salvador se sirvió de ella para indicar también algún atentado criminal contra la santidad del Santuario judío (281). ¿Se refería a algún acto particular de profanación? Algunos Padres han supuesto que aludía a la estatua del emperador, o a la de Tito, que habría sido colocada en el Templo antes o después de la toma de Jerusalén. Mas esta opinión no pasa de simple conjetura, fuera que, en la profecía de Jesús, no podía ser caso sino de un hecho que había de preceder a la ruina de Jerusalén, pues dice que habrá aún tiempo de huir cuando suceda "la abominación". Consta que los mismos zelotes judíos profanaron el Templo, asaltándolo y librando en él sangrientos combates (282). Los romanos completaron su obra después del asalto. Como quiera que sea, cometiéronse entonces sacrilegios espantosos. El paréntesis: "El que lee, entienda" (283) con-

(279) *Dan.*, II, 11 (Cf. *IX*, 2; *XI*, 31). En hebreo, *shiqqutz meschomen*. Según los Setenta y el griego de San Mateo: τὸ βδελύγμα τῆς ἐρημώσεως. (Vulg., *abominatio desolationis*.)

(280) *I Mach.*, I, 49-64; *II Mach.*, VI, 2-9.

(281) El texto griego de San Mateo dice ἐν τόπῳ ἁγίῳ, sin artículo, "en lugar santo". El de San Marcos es aún más vago en apariencia: "(La abominación...) que está en donde no debe." San Lucas omite este detalle.

(282) Josefo, *Ant.*, XII, VII, 7; *Bell. jud.*, IV, VI, 3.

(283) Esta misma advertencia se halla en el texto de San Marcos. San Lucas la omitió.

tiene un aviso del evangelista, que incita a sus primeros lectores a examinar con cuidado los acontecimientos, para ver si llega ya la hora anunciada por Cristo y si es tiempo de tomar las precauciones que con previsora bondad indica Jesús a sus fieles servidores, para evitar las calamidades que iban a caer sobre Jerusalén. La consigna es que huyan lo más pronto posible, al abrigo de los montes de Judea o a cualquiera otra parte (284).

Como en muchos otros lugares, el lenguaje del Salvador es aquí concreto, figurado, paradójico, con lo que su pensamiento gana en energía. Es preciso huir a toda costa, por el camino más breve, y sacrificarlo todo, si se quiere salvar la vida. El recuerdo de las jóvenes madres, cuyo viaje por fuerza se ha de hacer lentamente, muestra la compasión de Jesús. En invierno, los caminos, siempre malos en Palestina, llegaban a ser pésimos. En días de sábado no permitía el uso andar sino muy corta distancia (2.000 codos, 1.050 metros), y muchos cristianos de origen judío podían tener escrúpulos de andar una distancia mayor. Aquellas palabras últimas: "habrá grande tribulación..." se cumplieron de modo terrible. Causa estremecimiento el leer las noticias que nos ha conservado Josefo del sitio y toma de Jerusalén. Hubo entonces crueldades atroces (285). Sólo en Jerusalén, si el dicho historiador no exagera, perecieron 1.100.000 judíos (286), y otros 97.000 fueron hechos prisioneros y condenados a crueles suplicios o a dura esclavitud. Fueron tantos los crucificados, que llegó a faltar espacio para las cruces y cruces para los condenados. El hambre arrebató familias enteras; las madres comían a sus propios hijos (287). Pero no olvidaba Dios a sus "elegidos", y para sal-

(284) Cuenta Eusebio, *Hist. eccl.*, III, v, 3, que los cristianos de Jerusalén y de Judea, obedeciendo a esta recomendación, y advertidos también por alguna profecía particular, en cuanto se aproximaron los ejércitos romanos se retiraron a Perea, a la ciudad de Pella, y allí hallaron su salvación.

(285) Véase F. de Champagny, *Rome et la Judée*, cuarta edic., t. II, capítulos XIV-XVII; de Sauley, *Les dernières jours de Jérusalem*, 1866.

(286) Tácito, *Hist.*, V, XIII, 4, indica la cifra de 600.000 muertos.

(287) Josefo, *Bell. jud.*, VI, ix, 3, etc. San Lucas añade aquí (XXI, 23b-25) algunas líneas notables: "Pues este país se hallará en grandes angustias, y la ira (de Dios) descargará sobre este pueblo (los judíos). Parte morirán a filo de espada, parte serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será hollada por los gentiles."

varlos abrevió la duración de la catástrofe, pues el sitio de Jerusalén, que comenzó por la Pascua, no duró más que hasta los primeros días de septiembre.

Sin más transición que un simple "Entonces", el divino Maestro traslada a sus oyentes, profundamente atentos, a muchos siglos de distancia—de cierto sin que ellos lo advirtiesen—, pasando de los últimos días de Jerusalén a su segundo advenimiento y al fin del mundo. De igual modo los antiguos profetas de Israel, bajo la inspiración del Espíritu Santo, pasaban rápidamente de una era a otra. Jesús comienza dando a los fieles de los últimos tiempos algunas instrucciones prácticas, para prevenirlos de los peligros que les sobrevendrán de parte de los falsos profetas y de los falsos Cristos.

"Entonces, si alguno os dijere: Mirad, el Cristo está aquí o allí, no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas y harán grandes señales y prodigios, de modo (que si posible fuese) caigan en error aun los escogidos. Ved que os lo he dicho de antemano. Por lo cual, si os dijeren: He aquí que está en el desierto, no salgáis; he aquí que está en lo más retrado de la casa, no lo creáis. Porque como el relámpago sale del Oriente y se deja ver hasta el Occidente, así será también la venida del Hijo del hombre. Dondequiera que estuviere el cadáver, allí se juntarán también las águilas" (288).

Ya desde el principio del discurso (289), Nuestro Señor había prevenido a sus discípulos contra los seductores que se presentarían en nombre de El, es decir, a título de Mesías. Ahora renueva la advertencia con tanto más encarecimiento cuanto se trata de su segunda venida. Su lenguaje es apremiante y dramático. Como quiera que su aparición ha de ser repentina, cual la del relámpago, y se manifestará a un tiempo en todas partes, no será menester ir a buscarle en tal o cual sitio. Según la interpretación que parece más natural, el proverbio "dondequiera que estuviere el cadáver, allí se juntarán también las águilas", expresa la prontitud con que los hombres comparecerán en el lugar donde estuviere el Cristo, para ser juzgados por El.

Luego Jesús pasa a describir las principales escenas del sublime drama de su retorno a la tierra al tiempo de la consumación de los siglos.

(288) Matth., XXIV, 23-27; Marc., XIII, 21-23. San Lucas ha citado anteriormente palabras semejantes de Nuestro Señor (Luc., XVII, 20-23).

(289) Matth., XXIV, 5; Marc., XIII, 5-6; Luc., XXI, 8.

“Y luego, después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes del cielo serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y entonces todas las tribus de la tierra plañirán y verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes del cielo con gran poder y majestad. Y enviará sus ángeles, con trompetas y con grande voz, y allegarán sus escogidos de los cuatro vientos, desde el término de los cielos hasta el otro” (290).

Aquí volvemos a hallar las imágenes, grandiosas y terribles a la vez, con que los antiguos profetas (291) pintaron cuadros semejantes a éste. El Salvador nos hace asistir a trastornos espantosos, que, como dijo San Pedro, siguiendo a su Maestro (292), transformarán y renovarán nuestro mundo físico. La descripción de la majestuosa llegada del Hijo del hombre, rodeado de ángeles que formarán su corte, con ser brevísima, es admirable.

Desde los primeros siglos han indagado los intérpretes qué se ha de entender por “la señal del Hijo del hombre”, cuya aparición precederá a la del mismo Mesías. Según varios Padres (293), será la cruz del Redentor, símbolo de nuestra salvación; y aunque esta opinión no conste ser enteramente cierta, ningún reparo serio puede oponérsele (294). Jesús describe también con estilo vigoroso el pesar que a la vista de esta señal del Hijo del hombre sentirán las gentes congregadas para el juicio universal; se golpearán el pecho (295), deplorando unos su incredulidad, otros el indigno trato que dieron al Salvador. Ya Daniel, en un texto célebre (296), había representado al Mesías en figura del Hijo del hombre que asciende sobre las nubes hasta el trono de Dios y recibe de El “dominación, gloria y reinado” sobre todas las naciones. Nuestro Señor alude a las claras a este pasaje, con lo que evidentemente afirma que El mismo era el Cristo anunciado por los profetas. El cuadro que

(290) Matth., XXIV, 29-31; Marc., XIII, 24; Luc., XXI, 25-28.

(291) Véase en particular Is., XIII, 10; XIV, 18-19; XXXIV, Ez., XXXII, 7; Joel, II, 10, 28; Agg., II, 21-23; etc.

(292) II Petr., III, 5-7. Véase también Apoc., XX, 21.

(293) Entre otros San Cirilo de Jerusalén, *Catech.*, XV, 22; San Juan Crisóstomo, *Homil.*, LXXII, in Matth. Igualmente San Jerónimo, San Agustín y quizá Orígenes.

(294) La Iglesia la adoptó en su liturgia: *Hoc signum crucis erit in coelo, cum Dominus ad judicandum venerit.*

(295) Tal es la significación del verbo *κόφονται* (Vulg., *plangent*), que forma una paranomasia con *ὄφονται*, “verán”. Isaías, LIII, 1-12, y Zacarías, XII, 10-14, señalan en particular los remordimientos de los judíos.

(296) Dan., VII, 13-14.

sigue es de gran belleza. El Salvador, usando de todo su poder, enviará a sus ángeles por toda la tierra, para que reúnan delante de El a todos los hombres que han de ser juzgados. San Pablo completará esta descripción e insistirá sobre la realidad de la trompeta, a cuyo penetrante sonido los muertos saldrán de sus sepulcros y acudirán al tribunal del Soberano Juez (297).

Jesús, descendiendo de estas alturas sublimes, puso de relieve, con una breve parábola llena de frescura, la infalibilidad de sus predicciones.

“Aprended de la higuera una comparación: cuando sus ramas están ya tiernas y las hojas han brotado, sabéis que el estío está cerca; pues del mismo modo, cuando vosotros viereis todo esto, sabed que el Hijo del hombre está cerca, a las puertas. En verdad os digo que no pasará esta generación (298) sin que sucedan todas estas cosas. Pasarán el cielo y la tierra; mas mis palabras no pasarán” (299).

Por tercera vez recurre Nuestro Señor a la comparación de la higuera para dar una lección a sus discípulos (300), pues como quiera que este árbol era muy común en Palestina, cualquier figura que se tomase de su cultivo o de su vida era fácilmente entendida. Comenzaba a la sazón la primavera, y la savia subía por las ramas y las hacía tiernas y flexibles; las yemas se hinchaban, se abrían, y las hojas empezaban a aparecer. Cuando éstas se han desarrollado por entero, está próximo el verano (301). Así también, cuando se vea que se cumplen las diversas señales que el Salvador ha anunciado en la primera parte de su discurso, se sabrá que los acontecimientos de que estos signos son precursores se cumplirán sin tardanza. Jesús lo afirma con seguridad asombrosa. De ordinario, nada hay tan frágil ni fugaz como una palabra; las de Cristo sobrepujan en solidez a los elementos más estables y robustos.

En la segunda parte del discurso escatológico, Nuestro Señor saca de sus anteriores enseñanzas exhortaciones prácticas, que habían de ser para sus apóstoles y para su Iglesia de grandísima utilidad. Son la respuesta a la pregunta que le habían

(297) I Cor., XV, 51-52; I Thess., IV, 15-17.

(298) La generación judía de entonces, en cuanto que la profecía concierne a la ruina de Jerusalén; todo el género humano, en cuanto que se refiere al fin del mundo. Jesús recapitula aquí todo lo que había dicho respecto de estos dos grandes acontecimientos.

(299) Matth., XXIV, 32-35; Marc., XIII, 28-31; Luc., XXI, 29-33.

(300) Matth., XXI, 18-22, y paralelos; Luc., XIII, 6-9.

(301) Cf. Cant., II, 11-13.

hecho al principio: "Dinos cuándo sucederán estas cosas", mas no para determinar fechas precisas y ciertas, sino, al contrario, para insistir sobre la incertidumbre del instante de su cumplimiento. De ahí esa continua vigilancia que ahincadamente recomienda. Las dichas exhortaciones se resumen en las palabras tantas veces repetidas: "¡Velad y estad preparados!"

La solemne aserción con que principian, según el texto de San Marcos, es para extrañar a primera vista:

"Mas en cuanto a aquel día y aquella hora, nadie los conoce: ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre" (302).

La ciencia de los ángeles, aunque muy superior a la de los hombres, es limitada, particularmente en lo que toca a los misterios de la redención (303). En cuanto al Hijo del hombre, según lo que ya dijimos (304), cosa evidente es que no puede admitirse ignorancia sobre un hecho en que El ha de desempeñar el oficio principal, porque esto sería inconciliable con su divinidad. De estas palabras hacían argumentos los arrianos y agnoetas para negar la divinidad de Nuestro Señor; pero ya los Padres, y después los teólogos, con distinciones tan claras como sólidas, expusieron la verdadera significación de estas palabras. Sólo en apariencia son restrictivas. Así lo conceden muchos de los mismos neocríticos, de acuerdo con nosotros esta vez. Prueba de que Jesús sabía el día y la hora del fin del mundo sería, si otras nos faltasen, la descripción misma, tan precisa y concreta que acaba de hacer. No sólo como Dios, sino aun como hombre conocía hasta los mínimos pormenores del plan divino (305). Con todo, aun a sus más íntimos amigos no les comunicaba de este plan sino lo que su Padre le había dado la misión de revelar; ahora bien, esta misión no se extendía a revelar el punto indicado. Poco antes de su ascensión, a una pregunta muy semejante de los apóstoles, dará esta significativa respuesta: "No toca a vosotros conocer los tiempos ni las razones que el Padre ha determinado de su poder" (306). Las últimas palabras de

(302) Marc., XIII, 32; San Mateo, XXIV, 36, cita asimismo estas palabras de Cristo, pero omitiendo las palabras *οὐδὲ ὁ υἱός*, al menos según la mayor parte de los antiguos documentos.

(303) Eph., III, 10; I Petr., I, 12.

(304) Tomo II, págs. 25-32.

(305) Matth., XI, 27; Joan., I, 18; V, 20; XVI, 15; etc.

(306) Act., I, 7.

claran bien, de parte del Padre y con respecto al Hijo, la restricción de que hemos hablado (307).

San Mateo es el único que trae en este lugar ciertas correlaciones señaladas por Nuestro Señor entre el diluvio y su segundo advenimiento, para dar a entender lo inesperado y lo repentino del último juicio y la necesidad de estar apercebidos (308).

"Como en los días de Noé, así será también a la venida del Hijo del hombre. Porque así como en los días antes del diluvio los hombres comían y bebían, se casaban y casaban sus hijos, hasta el día en que entró Noé en el arca, y no lo entendieron hasta que vino el diluvio y los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre."

En unos y en otros hay el mismo descuido, a pesar de las graves y reiteradas advertencias, pero sobreviene también la misma espantosa sorpresa. Con dos ejemplos familiares (309), Jesús va a demostrar una vez más cuán repentina será su llegada como soberano Juez y cuántos hombres serán sorprendidos en estado de pecado:

"Entonces estarán dos en el campo: el uno será tomado y el otro será dejado. Dos mujeres molerán en un molino (310): la una será tomada y la otra será dejada. Velad, pues, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor."

"El uno será tomado", es decir, tomado por los ángeles y puesto en el número de los elegidos. "El otro, dejado", esto es, dejado a un lado, desamparado entre los réprobos. "Velad, pues", es la segunda conclusión, que en el segundo Evangelio es aún más apremiante (311): "¡Estad atentos; velad y orad!" Este Señor que ha de venir es el mismo Cristo.

Aquí trae el primer Evangelio una larga exhortación a la vigilancia, de la que los otros dos sinópticos sólo contienen un breven resumen (312). Se compone casi únicamente de pará-

(307) En nuestro comentario al Evangelio de San Marcos, pág. 188, citamos algunas soluciones que los Padres y teólogos han dado a este problema.

(308) Matth., XXIV, 37-39. San Lucas citó ya antes estas palabras, que Jesús pudo pronunciar varias veces (Luc., XIII, 26-27).

(309) Matth., XXIV, 40-41. Cf. Luc., XVII, 35.

(310) Acerca de este particular véase el t. III, pág. 332.

(311) Marc., XIII, 33.

(312) Matth., XXIV, 42-XV, 30; Marc., XIII, 34-37; Luc., XXI, 34-36. Citaremos aparte el texto de San Lucas, que se separa notablemente de los otros.

bolas más o menos desarrolladas, que presentan la lección en forma fácilmente inteligible. La primera de la serie, muy breve (313), no está más que bosquejada.

“Sabed que si el padre de familias conociese a qué hora había de venir el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa. Por tanto, estad apercebidos también vosotros, porque a la hora que no pensáis ha de venir el Hijo del hombre.”

En Palestina, las casas solían estar **construídas** con ladrillos secados al sol, o de tierra apisonada, o de piedras sueltas. Así que no era dificultoso a los malhechores hacer en los muros aberturas por donde entrar. El Salvador exhorta a sus discípulos a hacer en lo espiritual lo que un padre de familia previsor no dejaría de hacer en lo temporal. Una morada o una conciencia bien guardada nada tendrá que temer.

La segunda parábola nos es ya conocida, por haberla oído en otro discurso de Jesús (314), pero en diferentes circunstancias y con manifiesta variedad de pormenores.

“¿Quién creéis que es el siervo fiel y prudente, a quien su señor puso sobre su gente, para que les dé de comer a tiempo? ¡Bienaventurado el siervo si, cuando viniere su señor, lo hallare **obrando** así! En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes. Mas si el siervo fuera malo y dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir, y comenzara a maltratar a sus compañeros y a comer y beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera y a la hora que no sabe, y lo separará (315), y le asignará su parte con los hipócritas. Allí será el llorar y el crujir de dientes” (316).

El primero de los dos mayordomos ha sido fiel y prudente durante todo el tiempo de la ausencia de su señor, y así la imprevista llegada de éste no le ha sorprendido. El segundo, por el contrario, se ha portado de manera indigna, y por esto sufrirá un castigo justo y severo. La fórmula “allí será el lloro...” parece significar, así en este pasaje como en todos los otros donde la hemos encontrado ya (317), la condenación eterna y los tormentos del infierno.

En el segundo Evangelio, el discurso escatológico acaba con

(313) Matth., XXIV, 43-44.

(314) Luc., XII, 42-46.

(315) A la letra, en griego: “le descuartizará”, o bien “le dividirá en dos”. Los amos tenían derecho de vida o muerte sobre sus esclavos.

(316) Matth., XXIV, 45-51. San Marcos se contenta con un brevísimo resumen (Marc., XIII, 34-36), que ofrece algunas variantes.

(317) Matth., VII, 12; XIII, 42-50; XXII, 12.

esta recomendación: “Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡Velad!” (318). San Lucas pone en boca del Señor la siguiente peroración (319):

“Mirad por vosotros, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y de embriaguez y de los afanes de esta vida, y que no venga de repente sobre vosotros aquel día, porque así como un lazo vendrá sobre todos los que están sobre la haz de toda la tierra. Velad, pues, orando en todo tiempo, para que seáis dignos de evitar todas estas cosas, que han de ser, y de estar en pie delante del Hijo del hombre.”

Es grato recoger todas estas perlas preciosas, todas estas divinas enseñanzas que la tradición cristiana conservó piadosa y fielmente.

Como ya dijimos, San Mateo es el único que nos ha conservado lo demás del discurso, que continúa, primero con dos parábolas más largas que las precedentes, y luego con una majestuosa descripción del juicio final. La parábola de las diez vírgenes es justamente célebre (320). Poco ha (321) Nuestro Señor aplicaba al buen servidor los epítetos de fiel y de prudente; ahora va a insistir en que sus verdaderos discípulos han de ser prudentes; en la otra parábola, la nota dominante será la fidelidad.

“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa. Mas cinco de ellas eran fatuas y cinco prudentes. Y las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no tomaron consigo aceite. Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasos juntamente con las lámparas. Y como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas y se durmieron” (322).

En otro lugar quedaron descritas (323) las principales ceremonias de las bodas entre los judíos. A ellas recurre una vez más el Salvador para sacar una lección de moral. El rito más llamativo consistía en la alegre procesión que conducía a la desposada, por la tarde, a la casa de su marido, a la luz de lámparas y antorchas, con acompañamiento de cantos y de

(318) Marc., XIII, 37.

(319) Luc., XXI, 34-36.

(320) O simplemente de las diez “jóvenes”, pues la idea de la virginidad no está de relieve en el relato del Salvador; el concepto principal se refiere a otro punto, a la necesidad de la vigilancia.

(321) Matth., XXIV, 45.

(322) Matth., XXV, 1-5.

(323) Tomo I, pág. 145.

instrumentos de música. Las diez jóvenes de que habla la parábola eran las amigas de la esposa, que, según parece, esperaban en casa de ella, en la de sus padres, la llegada del esposo. Como éste habitaba a alguna distancia, tarda en llegar. De antemano se las califica de "locas", es decir, irreflexivas, y de "prudentes", según la conducta que van a observar. Fatigadas por una larga espera en plena noche, todas se durmieron. Como aquel sueño en nada era culpable, no se las reprende por haberse dormido; se introduce en la parábola para poner de relieve lo repentino de la llegada del esposo: circunstancia esencial de la parábola.

"Mas a media noche se oyó gritar: Mirad, que viene el esposo; salid a recibirle. Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y aderezaron sus lámparas. Y dijeron las fatuas a las prudentes: Daños de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron diciendo: Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras. Id antes a los que lo venden y comprad para vosotras. Y mientras que ellas fueron a comprarlo, vino el esposo, y las que estaban apareadas entraron con él a las bodas, y fué cerrada la puerta. Al fin vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Mas, respondiendo él, dijo: De cierto os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora" (324).

Cuando, al despertar de improviso, fueron a preparar sus lámparas, notaron las vírgenes locas que se apagaban por falta de aceite. Como las lámparas de los antiguos, tanto en Oriente como en Occidente, solían ser muy pequeñas (325), era preciso llenarlas a menudo de aceite. Por lo que, en casos como el descrito, cada uno llevaba consigo la provisión necesaria. Precisamente en no haber tomado esta precaución elemental, por una negligencia grave, consistió la "locura" de las cinco vírgenes necias. ¿No sabían que era incierta la hora de la llegada del esposo? Por esto serán justamente castigadas con hallar cerrada la puerta y con que el esposo se niega a abrirlas. Podían y debían haberlo previsto; y, cuando menos, en el largo tiempo de espera hubieran tenido espacio sobrado para ir a comprarlo. Pero fueron "locas", descuidadas hasta el fin. Algunos han acusado de egoísmo a las vírgenes prudentes que no quisieron partir su aceite con sus compañeras; mas ellas mismas respon-

(324) Matth., XXIV, 6-13.

(325) Se conservan millares de ejemplares. Véase nuestro *Atlas chéolog. de la Bible*, pl. XVIII, figs. 4-5, 8, 10, 14.

den a la objeción alegando juiciosamente que, si así lo hicieran, correrían el riesgo de que faltase aceite a todas cuando llegase el esposo, fuera de que se supone que las cinco vírgenes negligentes podían hallarlo en cualquier tienda cercana.

Esta parábola es tan clara en todas sus partes, que la aplicación se hace por sí misma. El esposo es evidentemente figura de Nuestro Señor, que, al fin de los tiempos, celebrará sus bodas con la Iglesia (326) e introducirá para siempre en el cielo a esta esposa santísima. Las diez jóvenes simbolizan a todos los cristianos. Sólo las almas vigilantes, cuya lámpara esté de continuo encendida, es decir, que hayan conservado en todo su esplendor su fe y su caridad, serán admitidas al eterno festín de estas bodas místicas.

Jesús propuso luego la parábola de los talentos, que se divide en tres partes: la primera consiste en una simple presentación de los principales personajes.

"Es como un hombre que, al partirse lejos, llamó a sus servidores y les entregó sus bienes. A éste dió cinco talentos; al otro, dos, y al otro, uno; a cada cual según su facultad, y se partió luego" (327).

En este hombre prudente, que, estando para hacer un largo viaje, entrega sus bienes a sus servidores para que los beneficien, es fácil también reconocer una figura del Salvador. También El iba a alejarse pronto, por largo tiempo, y quiere mostrar con nuevos símbolos la activa vigilancia con que deben vivir todos sus discípulos, todos los cristianos, hasta su vuelta. Las sumas entregadas equivalían, si se trata del talento ático (328), la primera, a 27.480,50 pesetas; la segunda, a 11.121,80, y la tercera, a 5.560,90. Figuran las gracias de diverso género que Cristo y su divino Padre conceden sobreabundantemente a todos los cristianos. Y aunque son desiguales, justifícase esta desigualdad en el reparto con la locución "a cada uno según su facultad". La divina bondad proporciona, pues, de ordinario sus dones a las disposiciones de cada uno. Y conforme a los dones

(326) No se habla de la desposada en la parábola, porque ella no representa aquí papel importante. Las palabras *καὶ τῆς νύμφης* "y de la esposa", añadidas en diversos manuscritos griegos y en varias antiguas versiones (entre otras la Vulgata) después de *νυμφίου*, son consideradas por los mejores críticos como adición errónea.

(327) Matth., XXV, 14-15.

(328) Evaluado en 5.560,90 pesetas.

recibidos será la responsabilidad, mayor en el que más hubiere recibido.

Lo que sigue de la narración nos da a conocer lo que, después de la partida del señor, sucedió con las sumas confiadas a los tres siervos.

“El que había recibido cinco talentos se fué a negociar con ellos, y ganó otros cinco. Asimismo el que había recibido dos, ganó otros dos. Mas el que había recibido uno, fué y cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor” (329).

Los dos primeros se pusieron en seguida a trabajar, y tan activo e industrioso fué su celo, que consiguieron doblar la suma que se les había fiado. El ciento por ciento es, sin duda, un beneficio considerable, pero no raro en negocios comerciales, cuando todo va a pedir de boca, fuera de que, según veremos, los dos servidores tuvieron mucho tiempo para obtener este buen resultado. En cuanto al tercero, se contentó con cavar un hoyo en tierra y depositar en él el dinero de su amo. Los antiguos, especialmente los orientales, usaban ocultar así el dinero y los objetos preciosos que querían tener seguros. Más de un campo guarda aún su secreto.

Llegamos al desenlace, un tanto extenso, conforme pide su importancia.

“Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos e hizo cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí que he ganado otros cinco sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor. Y se llegó también el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste; he aquí que he ganado otros dos sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, servidor bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor. Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, y teniendo miedo, me fuí y escondí tu talento en la tierra; he aquí, tienes lo que es tuyo. Y su señor, respondiendo, le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego donde no sembré y que recojo donde no esparcí; debiste, pues, haber dado mi dinero a los banqueros, viniendo yo, hubiera recibido con usura lo que es mío. Quitadle, pues, el talento y dádsele al que tiene diez talentos, porque a cualquiera que tuviere le será dado y tendrá más; empero al que no tuviere, aun lo que tiene, le será quitado. Y al siervo inútil echadlo en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes” (330).

(329) Matth., XXV, 16-18.

(330) Matth., XXV, 19-30.

En cuanto el señor vuelve, pide cuentas rigurosas a cada uno de sus siervos. En el lenguaje de los dos primeros se advierte alegría y satisfacción. Los parabienes, los elogios y la recompensa del señor, cuyos bienes administraron con loable celo, colman su alegría (331). ¡Pero cómo cambia la escena al llegarse el tercero! Por demás es que alegue vanas excusas para paliar su falta; sólo consigue que la arrogancia de su actitud y de sus palabras la agraven más aún. El señor, justamente irritado, vuelve contra él su insolente argumento. Si aquel siervo perezoso no quería trabajar personalmente como sus dos colegas, para acrecentar la hacienda de su señor, ¿no estaban a su disposición los banqueros? Bastárle “echar” (332) el dinero en la mesa de uno de ellos, cosa aún más fácil que cavar un hoyo para ocultarlo, y no perdiera el tiempo, pues, en la época de Nuestro Señor (333), el dinero dado a préstamo producía elevados intereses.

La sentencia, precedida de sus motivos, es justamente severa. El culpable es despojado del talento que le había sido confiado y expulsado de la presencia del señor, que tan bueno se había mostrado con él y a cuya benevolencia no había correspondido (334). Como en la parábola de las vírgenes necias, este hombre no es acusado de crimen positivo; no es acusado, por ejemplo, de robo. Pero ha sido un “siervo inútil”; no ha beneficiado el talento que su señor había puesto en sus manos para que con él granjease frutos abundantes. Esto era ya bastante para merecer un castigo, pues no quiere Dios que los dones que con tanta liberalidad derrama sobre nosotros permanezcan estériles. Quienes no desplegaron en su servicio actividad infatigable en usar de sus gracias, hácense reos de ingratitud, que El con entero derecho puede castigar rigurosamente.

Otra observación de mucha importancia, de un orden más general, nos sugieren varios detalles de esta parábola de los

(331) La expresión “Entra en el gozo de tu señor” indica una dicha extrema, cual es la de participar de la alegría del mismo señor.

(332) El texto griego emplea este verbo (βαλεῖν).

(333) Eran en general de 1 por 100 al mes, de 12 por 100 al año. Véase Edersheim, *Life and Times of Jesus*, t. II, págs. 463-464.

(334) Con ocasión de los pasajes de S. Matth., VIII, 12, y Matth., XIII, 42, explicamos ya la expresión “tinieblas exteriores” y el proverbio “Se dará al que tiene...”

talentos, como también las palabras anteriores de Jesús. El señor de los tres siervos va a un país lejano, y no vuelve sino "mucho tiempo después" (335). En la parábola de las tres vírgenes, el esposo, que representa a Jesucristo, se hace esperar hasta media noche. Estos rasgos y otros semejantes (336) demuestran perentoriamente que Nuestro Señor nunca dijo que su advenimiento estaba próximo. Más adelante volveremos a tratar de esto.

En fin, es digno de notar que la última de las cuatro parábolas, la de los talentos, no se ha de considerar, a pesar de la opinión contraria de muchos comentadores antiguos y contemporáneos, como repetición de la de las minas, que atrás quedó estudiada (337). Ciertamente que entre ellas hay semejanzas notables; pero también hay considerables diferencias en cuanto al tiempo, lugar y otras circunstancias. En la de las minas, Jesús estaba en Jericó y se dirigía a un auditorio muy heterogéneo; en ésta está sentado en la cumbre del Monte de los Olivos, y solamente tiene junto a sí a cuatro de sus apóstoles. Cuando Jesús dijo aquélla, faltaban aún ocho o diez días para su muerte; esta otra de los talentos la dijo en la antevíspera de su Pasión. Por lo que toca al fondo, San Lucas menciona minas; San Mateo, talentos; San Lucas habla de un noble que va lejos en busca de una corona; San Mateo, de un simple propietario que viaja por sus negocios. Allí, las minas son distribuidas por igual entre los siervos; aquí, éstos reciben sumas desiguales. En ambas parábolas difieren también las recompensas y los castigos; sobre que, según repetidas veces hemos dicho, era natural que Nuestro Señor diese en diferentes ocasiones las mismas enseñanzas sirviéndose de las mismas imágenes. Creemos, pues, que no haya ninguna razón de peso para identificar las dos parábolas. Esta identificación supondría, además, en los evangelistas una confusión difícilmente admisible.

Nuestro Señor acaba magníficamente el discurso escatológico

(335) Matth., XXIV, 19. En griego: μετὰ πολὺν χρόνον (Vulg., *post multum temporis*).

(336) Cf. Matth., XXIV, 8: "Todas estas cosas son el principio de los padecimientos"; XXIV, 14: "Este Evangelio del reino será predicado en todo el mundo...", etc.

(337) Luc., XIX, 14-28. Véanse las págs. 33-36.

describiendo el juicio final (338). Después de haber predicho brevemente su vuelta como Juez soberano (339), para pasar luego a una larga exhortación a la vigilancia, torna a hablar de este gran hecho, y con lenguaje sencillo y a la par majestuoso, pinta el cuadro del juicio universal en que acabará la era actual, después de la cual no habrá más que la eternidad feliz o desventurada. Ante nuestros ojos aparecen Cristo como Juez supremo, los elegidos y los réprobos. Oímos la doble e irrevocable sentencia y el conmovedor diálogo que, a propósito de ella, se entabla entre el Mesías y los que ha admitido en el cielo, o los que son arrojados en el infierno.

"Y cuando el Hijo del hombre venga en su majestad y todos los ángeles con El, entonces se sentará sobre el trono de su majestad, y serán congregadas delante de El todas las gentes, y los apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda" (340).

¡Sublime comienzo! Había anunciado Jesús hacía algún tiempo que "el Hijo del hombre vendría a su reino" (341). Este glorioso advenimiento se da como ya realizado. Ahí está el Cristo en su trono, rodeado de millares de ángeles. Todas las generaciones que se han sucedido en la tierra desde la creación de Adán y Eva han acudido al llamamiento de la trompeta que ha resonado en todos los ángulos del mundo, y están de pie delante de su Juez, en ansiosa espera y en silencio. Un acto de la omnipotencia de Cristo separa en grupos opuestos, no ya los pueblos, pues entonces habrá desaparecido ya toda nacionalidad, sino los buenos y los malos, los salvados y los condenados. Una comparación, tomada de la vida pastoril de Oriente, sirve para representar esta grandiosa y terrible escena. En los países bíblicos, las ovejas son de ordinario de color blanco. Aquí son figura de los buenos, porque en todos los pueblos simbolizan la mansedumbre, la docilidad y la inocencia. Al revés, los cabritos, cuyo color es por lo común negro en Palestina, son emblema de los malos. Los elegidos son colocados a la derecha del Hijo del hombre, es decir, al lado que siempre se ha considerado como el más honroso, como lugar de bendición y de dicha (342).

(338) Matth., XXV, 31-46.

(339) Matth., XXIV, 30-31.

(340) Matth., XXV, 31-33.

(341) Matth., XVI, 28.

(342) Cf. Gen., XLVIII, 17; Ps., CIX, 1; etc.

Los condenados son relegados a la izquierda, lugar de desventura (343), cuyo solo nombre era mirado entre los griegos como pronóstico fatal. Añadamos, para explicar aún mejor la comparación, que, en los países orientales, aunque las ovejas y las cabras forman con frecuencia un solo rebaño durante el día, se les separa por la noche en establos o en apriscos distintos (344).

Ahora se promulga ya la sentencia, y en primer lugar para los buenos.

"Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde la fundación del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estaba en la cárcel, y me vinisteis a ver. Entonces le responderán los justos y dirán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino, y te recogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? Y el Rey, respondiendo, les dirá: En verdad os digo que cuantas veces lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis" (345).

Ya queda inaugurado el reino eterno del Mesías, por lo que en la breve fórmula con que comienza la sentencia, toma ya el título de Rey. En esta sentencia de bienaventuranza, todas las palabras son para consideradas. La primera contiene una sumísima invitación: "¡Venid!" Mas esto no expresa bastante, pues la expresión griega que corresponde a este verbo es más enérgica; a la letra significa "¡Vamos!" Es un llamamiento urgente. "Benditos": ¡cuántas cosas en esta sola palabra! ¡Benditos por toda la eternidad, benditos por los siglos de los siglos, predestinados, justificados, glorificados. ¡Incomparable! Se los pone para siempre en posesión del reino que se les había prometido; lo reciben, según la fuerza del texto griego (346) como herencia eterna. Para hacer resaltar mejor aún el valor de esta posesión, añade Jesús que les ha sido preparado desde el principio del mundo en la sabiduría de Dios, que con paternal ternura quería concederles delicias y gloria sin fin.

Pero ¡qué sorpresa no experimentamos, como los elegidos

(343) Virgilio, *Aeneid.*, VI, 540-543.

(344) Tristram, *Natural History of the Bible*, págs. 89-90.

(345) Matth., XXV, 34-40.

(346) Κληρονομήσατε (Vulg., *possidete*).

mismos, al escuchar con qué actos han merecido su corona! No habla Jesús ni de la fe ni del amor de Dios, virtudes cuya absoluta necesidad ha indicado en otras ocasiones. Se limita a enumerar seis obras de misericordia, seis prácticas de caridad para con el prójimo. "Pero observemos que estas obras sólo se citan a título de ejemplos. Por lo demás, todos los actos que aquí menciona Cristo requieren más o menos esfuerzos y sacrificios; pero de industria ha elegido las menos difíciles, para enseñarnos que si se puede obtener semejante recompensa por un vaso de agua, por una buena palabra, con mayor razón se hará digno de ella quien practique obras de mayor perfección. Hallamos en esto un argumento *a fortiori* que no es para olvidado" (347). Sobre todo, no olvidemos que es aquí caso de poner en ejecución lo que el Salvador llamará luego su mandamiento por excelencia, el de la caridad fraterna, al que tan gran valor ha concedido emparentándolo con el amor de Dios (348). En fin, Jesús supone que la buena obra hecha en favor de los prójimos es como si realmente a El mismo se le hiciese. He aquí que una vez más se constituye como centro de toda la religión instituída por El. ¿Quién sino El hubiera podido pronunciar con toda verdad tales palabras?

Paralela a esta primera sentencia es la segunda, la de los réprobos; ambas se corresponden hasta en los términos; pero esta semejanza parcial sólo sirve para que resalte mejor la dolorosa diferencia; porque, en efecto, los dos decretos son totalmente opuestos entre sí como, de otra parte, lo habrá sido la vida de los hombres sobre quienes recaen.

"Entonces dirá también a los que estarán a su izquierda: Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me recogisteis; desnudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces ellos también le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te asistimos? Entonces les responderá: En verdad os digo que cuando no lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, ni a mí lo hicisteis. E irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna" (349).

Las primeras palabras de la sentencia, "Apartaos de mí",

(347) L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Matthieu*, pág. 487.

(348) Matth., XXII, 37-40.

(349) Matth., XXV, 41-45.

son las que imponen a los condenados la parte más espantosa de su castigo. Como dijo Bossuet (350), “en vez de aquel “Venid” embelesador, dulcísimo, que satisfará el corazón del hombre sin que tenga nada más que desear, los impenitentes oirán este inexorable: “Id, apartaos...” ¡Oh palabras nunca bastante meditadas: “Venid”, “Id”... Alma mía, pesa estas palabras que encierran toda la felicidad y la desdicha y toda la idea de una y de otra: “Venid”, “Id”. Venid a mí, donde está todo el bien; id lejos de mí, adonde está todo el mal.” Después de esta pena de “daño”, como se llama en Teología; después de esta separación de Dios, viene la pena de sentido, cuyo instrumento principal será el fuego real y propiamente dicho, que atormentará eternamente a los réprobos. Pero notemos una delicadísima variante en la fórmula final de los dos decretos. Jesús ha dicho que el reino ha sido expresamente preparado para los buenos; mas, al tratar de los malos, sólo dice que el infierno fué preparado para Satán y sus ángeles. Los pecados de los demonios y los de los hombres son, por tanto, los que han creado el infierno; Dios no es autor de él sino, digámoslo así, contra su propia voluntad.

El segundo decreto va razonado como el primero y en la misma forma. La omisión de las prácticas más elementales de la caridad cristiana puede, pues, venir a ser ocasión de eterna desventura. Quien deliberadamente descuida las obras de misericordia, prueba con ello que no ama a Dios ni a sus hermanos, e infaliblemente viene a caer en toda clase de desórdenes graves. Así que, cuando los condenados aleguen su ignorancia, el Mesías no querrá aceptar esta vana excusa.

¡Qué majestad, suave y temible a la vez, en el breve epílogo del discurso: “Irán (los condenados) al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.” Estas dos sentencias se ejecutan al punto; queda cerrado el período de prueba y comienzan las dos eternidades, pues la decisión no deja lugar a apelación.

(350) *Méditations sur l'Evangile*, última semana, días 93 y 97.

CAPÍTULO III

Los preliminares de la Pasión.

“Ahora hemos de rociar nuestro libro con sangre y cubrir de escarlata nuestra mano, pues vamos a narrar el martirio de Cristo.” Con estos términos comenzaba un autor antiguo (1) la historia de la Pasión de Nuestro Señor. Pero más perfecto será henchir nuestros corazones de amor hacia Aquel que tan generosamente nos salvó con su cruel e ignominiosa muerte. El autor de la Epístola a los Hebreos, hablando del mismo misterio (2), escribía respetuosamente que “convenía” que Jesús sufriese para rescatarnos. El Salvador repitió varias veces, y aún volverá a decirlo, que así era necesario, para que se cumpliesen los eternos designios de Dios: “Es preciso, era preciso” (3): matices sumamente delicados. Jesús y San Pablo hablan en conformidad con el plan divino; pero el apóstol, como que no se atreve a decir que su ejecución fuese rigurosamente necesaria.

De aquí adelante son copiosísimas las noticias que nos dan los Evangelios acerca de los dolorosos y trágicos acontecimientos que forman como el nudo de toda la historia del mundo. Hasta aquí rarísimas veces hemos visto a los cuatro biógrafos del Salvador contar de consuno el mismo hecho; mas en adelante, muy a menudo serán paralelas sus narraciones. Ninguno de ellos podía hacer caso omiso de acontecimientos de tanta gravedad y de tanto interés para el lector cristiano (4).

I.—CONFABULACIÓN DEL SANEDRÍN Y PACTO INFAME DE JUDAS.

Estos dos tristes episodios son digno prelude del drama de la Pasión.

En la tarde del Martes Santo, o bien camino de Betania,

- (1) Pseudo-Jerónimo, en la *Catena* de Santo Tomás de Aquino, h. l.
- (2) Hebr., II, 10.
- (3) Matth., XVI, 21, y pasajes paralelos; Luc., XXIV, 26.
- (4) Los comentadores de los cuatro Evangelios suelen tratar también

o bien después de llegar allí, anunció Jesús por las claras a sus apóstoles el próximo cumplimiento de las profecías que tantas veces les había hecho, ya en lenguaje figurado, ya en términos propios, respecto de su muerte. “Sabéis—les dijo—que de aquí a dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucificado” (5). Se inauguraban las solemnidades de la Pascua la tarde del día 14 del mes de nisán, que comenzaba con la luna nueva de marzo y terminaba con la luna nueva de abril. Duraban ocho días enteros, hasta la tarde del 21 (6). Fué, pues, el día 12 de nisán cuando Jesús comunicó esta noticia a sus apóstoles. Quería que la repentina tormenta no les cogiese de improviso.

Aquel mismo día (7), por providencial coincidencia, las tres clases del sanedrín—los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos o notables—, o al menos sus miembros más influyentes, se reunían, no en la sala llamada *gazzith* (de las piedras talladas), situada en las dependencias del Templo, en el lado occidental (8), que era el lugar acostumbrado de sus sesiones, sino en el palacio del Sumo Sacerdote Caifás. Esta circunstancia da a entender que la reunión no fué ni plenaria ni oficial. Ya hemos visto al sanedrín trabajando contra Jesús. Caifás, que a su oficio de Sumo Pontífice unía el de presidente de tan noble Asamblea, había manifestado sentimientos de implacable odio contra Jesús, a consecuencia de la resurrección

con más amplitud estos últimos días de la vida de Jesús. Hasta se han compuesto sobre la Pasión monografías especiales, en que se estudian sus mínimos pormenores, con ayuda de todas las ciencias auxiliares de la Biblia, y en especial de la Arqueología, así sagrada como profana. Señalaremos entre otras: Ant. Baynaeus, *De morte Christi*, 1691-1698, dos volúmenes in 8.º; Friedlieb, *Archaeologie der Leidensgeschichte*, 1842 (esta obra ha sido traducida al francés por el abate Martín, con el título: *Archéologie de la passion de N.-S. Jésus-Christ d'après Friedlieb*, París, 1897); J. Langen, *Die Letzten Lebestage Jesu, ein biblisch-historischer Versuch*, 1864; A. Nebe, *Die Leidensgeschichte unseres Herrn Jesu Christi nach den vier Evangelien ausgelegt*, dos vols., 1881; J. Belser, *Die Geschichte des Leidens und Sterbens, der Auferstehung und Himmelfahrt des Herrn nach den vier Evangelien ausgelegt*, 1903 (segunda edic., en 1913).

(5) Matth., XXVI, 1-2.

(6) Todo hace creer que la locución *μετὰ δύο ἡμέρας* (Vulg., *post biduum*), empleada aquí por San Mateo y San Marcos, tiene el mismo sentido que aquella otra: “pasado mañana”. Erróneamente se la ha traducido a veces por “mañana” o “al día siguiente”.

(7) San Mateo asocia muy íntimamente los dos hechos.

(8) Josefo, *Bell. jud.*, V, iv, 2.

de Lázaro y de la mayor influencia que esto había dado al Salvador (9). ¿Qué podría, pues, salir de esta nueva deliberación de los directores de Israel sino una confirmación del plan tiempo atrás fraguado, y poco ha confirmado definitivamente, de hacerle desaparecer lo antes posible conduciéndole a la muerte? Por espacio de una parte notable de la vida pública de Nuestro Señor, los fariseos y los escribas habían sido sus principales enemigos. Los saduceos, que, por la mayor parte, ejercían funciones superiores en la casta sacerdotal, se habían mantenido, por lo común, apartados de la lucha. Pero la entrada triunfal del Salvador, sus discursos, que ellos juzgaban provocadores, en los atrios sagrados, en un terreno que consideraban como exclusivamente suyo, y sobre todo la expulsión de los vendedores, les habían molestado e irritado profundamente. Así que de buen grado se unieron con los otros partidos hostiles, para pedir pronta venganza.

Mas, aunque era vivísimo el odio de la mayor parte de los miembros del sanedrín, harto entendían que para salir con sus intentos les era preciso obrar contra Jesús con cautela extremada, en secreto, y sin apresurarse demasiado. Lo primero era apoderarse de El; luego fácil les sería darle muerte, o ya jurídicamente, en virtud de una condenación judicial, o ya, si no había otro arbitrio, por el puñal de un sicario. Pero sólo se podía pensar en una detención clandestina, de modo que se evitasen agrupaciones de gente, que podrían venir a dar en un serio motín, pues a la sazón eran muchos los partidarios de Jesús entre los peregrinos que habían ido a Jerusalén para la fiesta; y, sobre todo, eran de temer sus discípulos de Galilea, cuya adhesión era más profunda y entusiasta. La experiencia enseñaba, según nos dice Josefo, cuán fácilmente se sobreexcitaban las turbas judías con ocasión de las fiestas religiosas (10). No lo ignoraban los gobernadores romanos, que tomaban también sus precauciones. Con ocasión de la Pascua (11), no sólo reforzaban la guarnición acuartelada en la torre Antonia, al Nordeste del Templo, sino que, dejando su ordinaria residencia oficial de Cesarea, iban a instalarse por algunos días en Jerusa-

(9) Joan., XI, 47-53.

(10) *Bell. jud.*, I, iv, 3; II, i, 3; III, 1; XII, 1; IV, VII, 2.

(11) Josefo, *Bell. jud.*, II, x, 1; XII, 6; XIV, 3.

lén, para vigilar más de cerca los movimientos populares. Aquí por qué, según la observación de San Lucas, los con- jeros reunidos en casa de Caifás, aun estando acordes en cuanto al arresto, “buscaban el cómo” (12). Tras larga discusión, llegaron a un acuerdo, y decidieron usar de astucia para apoderarse de Jesús y esperar a que pasase la octava de Pascua (13) para echarle mano, pues para entonces ya habrían salido de Jerusalén la mayor parte de los peregrinos, de Palestina y del extranjero, con lo que el peligro de un motín habría desaparecido casi por entero (14).

Notemos esta circunstancia que la narración de San Mateo pone muy de relieve: Jesús conoce el día y la hora de su muerte. Sus enemigos, aunque empeñadísimos en perderle, andan perplejos y aun ignoran el momento en que podrán detenerle para saciar su odio feroz. “¡No en día de fiesta!”, es la consigna actual, el resultado de una agitada deliberación. Y con todo eso, según la opinión que nos parece más probable (15), en las primeras horas de la fiesta de Pascua, en el día principal de la solemnidad, cuando Jerusalén rebosaba de peregrinos, fue cuando arrestaron a Jesús, lo condenaron a muerte y lo pusieron en la cruz. ¿Por qué tan repentina mudanza? Porque poco después de la resolución tomada en casa de Caifás, un hecho de extraordinaria gravedad alteró súbitamente el plan del sanedrín.

De pronto va a ofrecerles sus vergonzosos servicios para una obra tan abominable un hombre digno de ellos, un alma aún más vil: uno de los doce apóstoles, Judas Iscariote, “Judas el traidor”, como se le llama en los Evangelios desde la primera vez que en ellos aparece su nombre (16). La tarde misma de la reunión del sanedrín—pues San Mateo une muy estrechamente los dos hechos—fue a entrevistarse con los príncipes de los sacerdotes y les hizo esta propuesta de repugnante cinismo: “¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré?” (17). Al tratar

(12) Ἐζήτουν... τὸ πῶς (Vulg., *quaerebant... quomodo*).

(13) Las palabras griegas ἐν ἑορτῇ se refieren a toda la duración de las fiestas de Pascua, es decir, a toda la octava, y no solamente al primer día, como parece decir la Vulgata (*in die festo*).

(14) Matth., XXVI, 1-5; Marc., XIV, 1-2; Luc., XXII, 1-2.

(15) La discutiremos más abajo.

(16) Matth., X, 4; Marc., III, 19; Luc., VI, 16; Cf. Joan., VI, 72.

(17) Matth., XXXVI, 14-16; Marc., XIV, 10-11; Luc., XXII, 3-6.

de la elección de los apóstoles procuramos analizar (18) los móviles que pudieron inducir a Judas—“uno de los Doce”, como notan con doloroso énfasis los tres sinópticos—a hacer traición al mejor de los Maestros, y vimos que, si bien este problema es complejo y pudieron ser varios los motivos, una avaricia sórdida unida a un orgullo desmedido y a una ambición burlada, y tal vez también al deseo de escapar de algún peligro que creía inminente, fueron los principales. Los evangelistas no dejan lugar a duda en este punto (19). Tal es, asimismo, el juicio que se han formado de Judas los autores eclesiásticos más antiguos (20). Los siniestros planes del traidor tuvieron principio, según nos dice San Juan (21), en fecha muy lejana; pero su alma no llegó sino gradualmente a semejante exceso de infamia. Para infamar tal crimen, advierte San Lucas que antes que Judas se resolviese a ir a los príncipes de los sacerdotes, “entró en él Satanás”. Expresión semejante emplea poco después San Juan: “Como el diablo hubiese puesto ya en el corazón de Judas que entregase” a su Maestro (22). Mas no se ha de deducir de ahí una posesión diabólica propiamente dicha; los evangelistas sólo quieren decir con términos enérgicos que en la acción de Judas había una malicia satánica, digna del príncipe de los demonios y desarrollada bajo su influencia.

Bien apuntó el traidor para salir adelante con su tenebroso designio, pues nadie tenía ni tanta autoridad ni tantas facilidades como los príncipes de los sacerdotes. San Marcos y San Lucas hacen notar que, oída la oferta de Judas, “se alegraron”. ¿Cómo podían esperar semejante propuesta, y menos aún de uno de los discípulos íntimos de Jesús? ¿Cuando tan inquietos andaban, aun después de la reunión celebrada en casa de Caifás, sobre el éxito de su empresa, he aquí que uno de los habituales compañeros de Jesús, testigo de todos sus pasos, se ofrecía espontáneamente a entregárselo! Claro era, por tanto,

(18) Tomo III, págs. 45-47.

(19) Véase, además del episodio presente, Joan., XII, 6.

(20) Entre otros, Orígenes, *C. Cles.*, II, 11; *Comment in Matth.*, ser. 75 y 78. Véase también San Agustín, *De consensu evangel.*, III, 4; San Juan Crisóstomo, *Hom.*, in *Matth.*, LXXXVIII, h. l.; etc.

(21) Joan., VI, 71-72.

(22) Joan., XIII, 2.

que se habían formado exagerado concepto de la adhesión que le manifestaba el pueblo y, por consiguiente, de las dificultades de su arresto. No; los apóstoles no se pondrían a la cabeza de los galileos o de otros cualesquier adeptos para proclamarlo Mesías rey; y, caso de que lo hiciesen, hallarían viva resistencia, pues de cierto que Judas se apoyaba en un partido considerable. El sanedrín tiene, pues, buena ocasión para conseguir sus fines. Cambiadas así las circunstancias, ¿a qué esperar que la fiesta haya pasado para detener a Jesús? Al contrario, se aprovechará la primera coyuntura propicia; Judas mismo sabrá bien indicarla. Por donde el plan, apenas trazado, se modificó totalmente y sin temer ya un movimiento popular que poco antes parecía peligroso por varias razones, pudieron echar mano de Jesús en plena fiesta.

Tras breve discusión, concluyóse la vergonzosa venta en estas condiciones: Judas, después de ponderar el conocimiento que tenía hasta de los menores movimientos de su Maestro, de los lugares adonde solía retirarse por la tarde, fuera de Jerusalén, para pasar la noche con prudente cautela, y de los nombres de sus principales amigos, se comprometió a entregarlo cuanto antes fuese posible, según deseaban, sin dar lugar a aglomeraciones de gente (23). Los sanedritas, por su parte, prometieron al traidor la suma de treinta siclos de plata, es decir, de 85,50 pesetas de nuestra moneda (24). No sabemos el momento preciso en que la depositaron en sus manos; debió de ser en la noche del Jueves al Viernes, inmediatamente después del arresto del Salvador en Getsemaní. La pequeñez de la suma —aunque valiese entonces diez, veinte veces más que hoy— hace resaltar aún más la gravedad del atentado. Cuando la codicia llega a dominar del todo a un alma sórdida, viene a contentarse con poco. Además, San Mateo nos dirá más adelante que si Dios permitió que ofreciesen a Judas precisamente treinta siclos como precio de su traición, fué para que se cumpliese

(23) San Marcos, *εὐκαιρῶς* (Vulg., *opportune*); San Lucas es más explícito: *ἄνευ ὄχλου* (Vulg., *sine turbis*), "sin muchedumbre".

(24) El siclo valía 2,85 pesetas. En este punto seguimos la lección de San Marcos (*ἐπηγγείλαντο*, Vulg., *promiserunt*) y de San Lucas (*ῥησάντες*, Vulg., *pacti sunt*). San Mateo, por brevedad, se expresa como si los 30 siclos se hubiesen dado desde luego al traidor (*ἔσθησαν*: a la letra, "pesaron").

un antiguo vaticinio (25). San Lucas hace notar aquí que los jefes de la milicia levítica encargados de la policía del Templo asistieron a este vergonzoso trato entre los sanedritas y el traidor. Era natural que se les consultase en el caso presente, pues mejor que nadie conocían cuál era el estado de los ánimos y las mayores o menores dificultades que podía ofrecer el arresto de Jesús (26).

Los tres sinópticos acaban su relato del pacto de Judas diciendo que desde aquel punto el traidor anduvo al acecho, esperando ocasión favorable para entregar a Jesús a sus peores enemigos.

II.—PREPARATIVOS DE LA CENA PASCUAL; FECHA EN QUE LA CELEBRÓ JESÚS.

Ningún suceso, a lo que parece, refieren los evangelistas como acaecido en el Miércoles Santo, al menos según el sistema cronológico de que luego trataremos y que nos parece más probable. Todo induce a creer que Jesús permaneció aquel día en su retiro de Betania, orando y preparándose para padecer y morir, conversando también con sus apóstoles y amigos, de quienes al día siguiente se había de separar. Como en este día no acaeció ningún incidente extraordinario, los escritores sagrados nos llevan directamente a las primeras horas del Jueves Santo. Después de los tres primeros días de la semana, en los cuales había ejercido tan asiduamente el ministerio de la predicación y sostenido tan rudos combates, el divino Maestro quiso recogerse, a fin de cobrar nuevas fuerzas para la terrible y sangrienta lucha que aún le quedaba que librar.

La preparación de la Cena pascual se refiere en los tres sinópticos (27). El Jueves, "primer día de los (panes) ácimos", en que los judíos inmolaban y comían el cordero pascual, como

(25) Matth., XXVII, 9.

(26) En griego, *τοῖς στρατηγοῖς* (Vulg., *magistratibus*). De hecho no había más que un "capitán del templo", pero tenía a sus órdenes oficiales subalternos, que fueron convocados con él.

(27) Matth., XXVI, 17-20; Marc., XIV, 12-17; Luc., XXII, 7-14. San Mateo se contenta con bosquejarlo brevísimamente. San Marcos y San Lucas nos dan una descripción mucho más completa.

añaden San Marcos y San Lucas, los apóstoles llegaron muy temprano a Jesús y le preguntaron: “¿En dónde quieres que pongamos lo preciso para comer la Pascua?” No es de extrañar que los Doce se adelantaran, pues su Maestro les consentía esta respetuosa familiaridad; fuera de que no había tiempo que perder, si todo había de estar presto por la tarde, cuando llegase la hora de celebrar la comida legal. Lo primero era menester una sala o cenáculo, cosa no fácil, a causa de la afluencia de peregrinos. El Salvador, previendo esta dificultad, dice a Pedro y a Juan, al hombre de acción y al hombre de corazón:

“Id a la ciudad, y he aquí que cuando entréis encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle a la casa en donde entrare, y decid al dueño de esta casa: El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento en donde podré comer la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un cenáculo grande, amueblado; disponed allí lo que sea menester.”

Encargo era éste de confianza, por lo que Jesús se lo encomendó a sus dos discípulos más íntimos. “Comer la Pascua”, esta expresión, empleada primero por los apóstoles y luego por Nuestro Señor, era técnica entre los judíos para indicar la solemne comida con que se inauguraba la fiesta de la Pascua, y cuyo manjar principal era el cordero pascual, según ordenación divina, que se remontaba a la lejana época de la salida de Egipto (28). Otro manjar, no menos necesario, eran los panes “ácimos”, es decir, sin levadura (29), de uso obligatorio durante todo el tiempo de las fiestas pascales, desde la tarde del día 14 de nisán hasta la tarde del 21, que recordaban asimismo lo que ocurrió cuando Dios libertó a su pueblo del yugo de los egipcios (30). Aun en nuestros días los judíos cumplen rigurosamente esta prescripción. Renunciaron al cordero pascual, por no poder ya inmolarlo en el templo; pero nunca han dejado de practicar fiel y aun escrupulosamente lo que toca al pan ácimo. Desde la tarde del 13 de nisán, o, a más tardar, desde la mañana del 14, se busca con grandísimo cuidado en

(28) Ex., XII, 6; Lev., XXIII, 5; Num., XIX 3, 5, 11; etc.

(29) De la palabra griega ζωμός. El nombre hebreo es matzot, en plural.

(30) Ex., XII, 15-20, 39; XIII, 3-7.

cada familia todo el pan fermentado que aún pueda quedar, y se queman aun los migajas más pequeñas (31).

Hase preguntado, naturalmente, por qué recurrió Jesús a modo tan misterioso para que sus dos mensajeros acertasen con la casa en que deseaba celebrar la cena pascual. No es dudosa la respuesta: obraba así Nuestro Señor para que Judas ignorase hasta última hora el lugar de la reunión. Si lo hubiera conocido de antemano, no habría dejado de avisar durante el día a los príncipes de los sacerdotes, que se hubieran dado prisa a aprovechar tan excelente ocasión de arrestar a Jesús de callada en la casa misma que aquella tarde le servía de retiro. Pero Cristo no quería ser turbado de sus enemigos antes que llegase “su hora” y, sobre todo, antes de la manda y amoroso legado de la Sagrada Eucaristía que quería hacer a su Iglesia. Gracias a esta precaución prudentísima, no conocerá el traidor hasta por la tarde, y cuando ya haya entrado en ella, la casa donde Jesús va a comer la Pascua con los suyos, y no podrá ejecutar sus negros designios sino al fin de la comida legal (32).

Hemos citado las instrucciones que el Salvador dió a sus dos enviados según los textos de San Marcos y de San Lucas; el de San Mateo ofrece en este lugar una variante notable, pues Jesús habría dicho: “Id a la ciudad, a casa de cierto hombre (33), y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa haré la Pascua con mis discípulos.” Todos convienen en admitir que Nuestro Señor no empleó la locución “a casa de cierto hombre”, que nada significaría en aquellas circunstancias. Además, parece cierto, que Jesús no pronunció ningún nombre propio, pues, según los otros dos sinópticos, dió a Pedro y a Juan una señal particular, que les permitiría llegar fácilmente a la casa de aquel que les daría el aposento para la celebración de la cena. Pero San Mateo, que suele abreviar la narración de los hechos, compendió las instrucciones de Jesús en la forma “Id a casa de cierto hombre”, con lo que guarda muy bien el espíritu de las mismas, que era ocultar a Judas el lugar de la reunión.

(31) La Mishna, tratado Pesachim, I, 1; Créhange, *La Haggada ou cérémonies religieuses des israélites pendant les premiers jours de la Pâque*, in-18, 1873, p. 1.; Coypel, *Le Judaïsme, Esquisse de mœurs juives*, pág. 233.

(32) Cf. Joan., XIII, 23-30.

(33) Πρὸς τὸν ὁσίαν (Vulg., ad quemdam).

Han sospechado algunos que entre Jesús y el propietario de la casa misteriosa había habido previo acuerdo y que este último, según las indicaciones de Jesús, había enviado de antemano al camino que habían de seguir Pedro y Juan un criado provisto de un ánfora. Pero es inverosímil tal suposición; el conjunto de los relatos inclina a creer que las concretas indicaciones del Salvador provenían directamente de su ciencia sobrenatural. Algo semejante hallamos ya cuando hablamos del asno y del jumentillo del día de la entrada triunfal (34). Aquel a quien Jesús honraba convidándose a su casa para celebrar en ella la Pascua con sus discípulos no era probablemente un desconocido, sino antes bien algún discípulo y amigo de Jesús, como se infiere de estas palabras: "El Maestro dice", y más aún de aquellas otras: "Mi tiempo está próximo", que un extraño no hubiera podido entender. Significaban: voy a morir pronto, y contenían un grave motivo de conceder a Jesús el favor que solicitaba. Por lo demás, era de rigor que, con ocasión de las solemnidades pascuales, todos los habitantes de Jerusalén usasen de generosa hospitalidad con los peregrinos que acudían de todos los países. Tal hospitalidad era enteramente gratuita; pero una costumbre antigua pedía que, para resarcir al propietario del aposento, se le dejase la piel del cordero pascual (35). Era un proverbio entre los judíos que nadie había podido quejarse nunca de no haber hallado aposento en Jerusalén para comer la Pascua.

Salieron, pues, Pedro y Juan de Betania el Jueves Santo por la mañana y se fueron a Jerusalén. No les fué difícil hallar la casa, pues todo sucedió como Jesús lo había predicho. El criado portador del ánfora había ido, probablemente, en busca de agua a la fuente de Siloé, situada fuera de los muros al Sudeste. Encontráronle los apóstoles en el momento en que entraba en la ciudad por una de las puertas situadas en aquel camino, los cuales no tuvieron que hacer sino seguirlo hasta llegar a la casa a que se refería Jesús. El dueño de la morada les hizo excelente acogida, y puso a disposición de ellos una hermosa sala, adornada con tapices y divanes, preparada ya para la comida, tal como Jesús la había descrito, y digna de las

(34) Véanse las páginas 54-55.

; Megilloth, 26, 1.

grandes cosas que allí iban a suceder. Era una "habitación en el piso alto" (36), construída, por tanto, sobre la terraza de la casa; allí podría estar Jesús solo con los suyos en perfecta tranquilidad.

Venérase aún el cenáculo en la cumbre del monte Sión, fuera de Jerusalén, a unos 130 metros de una puerta que lleva el mismo nombre de la colina, en medio de un grupo de casas que los mahometanos llaman *Nebi Daud*, "el profeta David", porque creen que poseen allí la tumba de aquel gran rey. Es una sala amplia, que "forma un paralelogramo de 14 metros por 9, dividida, a lo largo, en dos naves. Los arcos ojivales de la bóveda y los capiteles de follaje saliente indican una época ya adelantada de la arquitectura gótica. Está iluminada por tres ventanas que miran al Mediodía" (37). En efecto, su construcción data de mediados del siglo XIV. Pero una autorizada tradición que se remonta hasta principios del siglo II de nuestra Era abona la autenticidad del emplazamiento (38). Pocos sitios serán tan queridos de los cristianos, pues el cenáculo en que celebró Jesús su última Pascua e instituyó el Sacramento de la Eucaristía es, sin duda, el mismo en que, cuatro días después, se apareció, ya resucitado, a sus apóstoles, y el mismo en que, después de la ascensión, se reunieron los discípulos, en número de 120, para prepararse a la venida del Espíritu Santo (39).

Mas al intentar descubrir quién era el propietario del cenáculo, la certeza cede el puesto a las conjeturas. Hanse traído a cuento los nombres de Nicodemo y de José de Arimatea; pero sin más motivo que su elevada categoría social. También se ha relacionado, con alguna mayor verosimilitud, el episodio actual con un pasaje dramático de los *Hechos de los Apóstoles* (40),

(36) San Marcos y San Lucas: ἀνάκτορον (Vulg., *coenaculum*, cenáculo).

(37) *La Palestine*, por varios profesores de N.-D. de France en Jerusalén, segunda edic., pág. 150.

(38) Véase F. Vigouroux, *Diction. de la Bible*, t. II, cols. 399-403; *La Palestine*, págs. 14-150; Chauvet et Isambert, *Syrie, Palestine*, páginas 322-323. Tan fuerte es la prueba de la tradición, que muchos autores protestantes, de ordinario difíciles de convencer en casos parecidos, la aceptan plenamente. Véase entre otros Sanday, *Sacred sites of the Gospels*, p. 77. Th. Zahn, *Die Dormitio sanctae Virginis und das Haus des Johannes Marcus*, 1899; Plummer, *St. Matthew*, pág. 358.

(39) Luc., XXIV, 36-43; Joan., XX, 19-29; Act., I, 13; II, 1-4.

(40) Act., XII, 12-17.

donde leemos que, algunos años más adelante, San Pedro, al salir de la prisión en que le había encerrado Herodes Agripa I, fué a llamar a la puerta de una casa que pertenecía a María, madre de Juan-Marcos, el futuro evangelista (41), y donde solían celebrar reuniones los cristianos de Jerusalén. ¿No estaría en esta misma casa el cenáculo donde Jesús quiso celebrar la Pascua? Ciertamente la conjetura es interesante y goza de crédito entre graves teólogos y exégetas contemporáneos (42); mas, con todo, no pasa de conjetura.

Pero volvamos ya a los dos mensajeros del Salvador. No bastaba dar con la casa en que se había de celebrar la Pascua y asegurarse de que el aposento puesto a disposición del Salvador contenía todo el mobiliario preciso; era menester, además, preparar los diversos alimentos que la Ley y la costumbre prescribían para este banquete, sagrado sobre todos. Ya mencionamos los *matsot* o panes ácimos. Son a manera de tortas de unos 25 centímetros de diámetro y de algunos milímetros tan sólo de espesor, de color blanquecino, con manchas oscuras de trecho en trecho, producidas por el fuego. La superficie está llena de pequeñas rugosidades hechas a punzón. Se preparan con harina simplemente diluída en agua y se les pone después al fuego en platos, hasta que se endurecen. Su gusto es necesariamente soso (43). Los dos apóstoles habían de proveerse también de hierbas amargas—lechugas, perejil, berros, rábanos silvestres, etc.—, de que se habla en la institución de la primera Pascua (44), y la salsa espesa y rojiza, llamada en hebreo *haroset*, compuesta de una mezcla de frutas secas—dátiles, almendras, higos, pasas—, machacadas y desleídas en un poco de vinagre. Estos dos manjares simbolizaban los padecimientos que antaño soportaron en Egipto los hebreos, y especialmente (y éste era el sentido del *haroset*) los ladrillos que sus antepasados tuvieron

(41) El padre habría muerto en el intervalo.

(42) Cf. Edersheim, *Life and Times of Jesus*, t. II, pág. 485. El doctor Zahn, *Das Evangelium des Matthäus*, pág. 683, considera el hecho como "muy verosímil", y remite al opúsculo antes citado, *Die Dormitio...* Ya a mediados del siglo VI proponía esta hipótesis un monje de Chipre, llamado Alejandro.

(43) Véase E. Coypel, *Le Judaïsme*, págs. 233-234, del que tomamos esta descripción de los panes ácimos actuales, que no deben de diferir de los que se fabricaban en tiempo de Nuestro Señor.

(44) Ex., XII, 8.

que fabricar para sus tiranos, a costa de fatigas indecibles (45). Había que preparar además otros varios platos para completar la comida, así como también suficiente cantidad de vino y de agua.

Pero el manjar principal era, según queda dicho, un cordero, de un año, sin defecto alguno, que se inmolaba después de mediodía, conforme a un rito particular (46). Por excepción, y sin duda por no bastar para este trabajo los sacerdotes, podían inmolarse por sí mismos los corderos los jefes de familia o sus delegados.

Dividíaseles en tres grupos, que se sucedían desde las tres hasta las cinco, en el patio de los sacerdotes, delante del santuario propiamente dicho, o *naos*, no lejos del altar de los holocaustos. A una señal de las trompetas sacerdotales, cada uno inmolaba su cordero. "Los sacerdotes, colocados en dos filas, recogían la sangre de las víctimas en fuentes de oro o de plata, que iban pasando de mano en mano hasta llegar a los que estaban más próximos al altar. Vaciábanlas éstos al pie del altar y las devolvían a los sacrificadores en la misma forma que las habían recibido. Luego se descuartizaban los corderos, cuidando de que, según estaba prescrito, no se quebrantase ningún hueso (47), y se sacaba la grasa para quemarla en el altar de los holocaustos. Acabados todos estos ritos y terminado el canto de los salmos, envolvíanse los corderos en sus pieles y se les llevaba respetuosamente a las casas particulares. Con dos ramas de granado puestas en forma de cruz los mantenían en cierta posición determinada por la costumbre, y así se les introducía en el horno" (48).

Tales fueron, pues, las diferentes ocupaciones de Pedro y Juan durante una gran parte del Jueves Santo. Mientras atienden a ellas con piadoso afán, estudiaremos, con la mayor brevedad posible, una de las cuestiones más complejas y controvertidas de la historia evangélica; pero de antemano advertimos que, pues nada apenas se ha adelantado en muchos siglos

(45) Ex., I, 11-14; etc.

(46) Los pormenores han sido conservados en la Mishna, *Pesachim*, V, 6-8. Véase Edersheim, *The Temple and its service*, págs. 199-204; *Life and Times of Jesus*, págs. 487-488.

(47) Ex., XII, 46.

(48) L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Matthieu*, pág. 503.

de discusión, no hay que esperar una solución enteramente satisfactoria. Trátase de fijar exactamente la fecha en que Nuestro Señor celebró la cena que de consuno refieren los cuatro evangelistas y, por tanto, la de su crucifixión. Lo que está en litigio no es el día de la semana, pues los biógrafos de Jesús están acordes en decir que la cena pascual se celebró el jueves por la tarde y que Nuestro Señor murió al día siguiente, viernes; la dificultad está en determinar el día del mes.

Si no tuviésemos otras noticias que las que nos dan los sinópticos, no habría cuestión, pues claramente dicen que el Salvador celebró la cena pascual en el día y hora fijados por la Ley, es decir, en la tarde del día 14 de nisán, que era cuando oficialmente comenzaba la fiesta de Pascua. Decláranlo con términos categóricos. Dicen expresamente que “en el primer día de los panes ácidos”, durante el día 14, día “en que los (judíos) comían la Pascua”, “día en que era necesario comer la Pascua”, los discípulos preguntaron al divino Maestro en qué sitio deseaba fuesen a “prepararle la Pascua” (49). Añaden que luego designó el Salvador dos apóstoles para que fuesen a “preparar la Pascua” (50) y que, “cuando llegó la tarde”, se sentó a la mesa con los Doce para comer los manjares preparados (51). Difícilmente hubieran podido San Mateo, San Marcos y San Lucas emplear expresiones más claras y precisas para indicar la cena pascual. La locución “comer la Pascua”, popular y técnica a la vez, bastaría por sí sola para quitar toda duda respecto de este punto. Verdad es que no hacen mención del cordero pascual; pero no era necesario, dado que nadie ignoraba que el cordero era el manjar indispensable de la cena del 14 de nisán.

Pero si pasamos al cuarto Evangelio, parece asimismo cierto que si solamente él nos hubiera referido los hechos de que tratamos, costaría trabajo creer que Jesús realmente “comió la Pascua” y celebró la cena pascual como los demás judíos la tarde del 14 de nisán. Nos habla, sí, de una comida de Nuestro Señor con sus apóstoles la víspera de su muerte; pero adviértase

(49) Matth., XXVI, 17; Marc., XIV, 12; Luc., XXII, 7.

(50) Matth., XXVI, 18-19; Marc., XIV, 13-16; Luc., XXIII, 10-13.

(51) Matth., XXVI, 20; Marc., XIV, 17; Luc., XXII, 14.

que esto acaeció “antes de la fiesta de Pascua” (52). Después nos dice que los judíos que condujeron violentamente a Jesús a casa de Pilato para que éste ratificase la sentencia de muerte no entraron en el pretorio, por no contraer una mancha legal que les hubiera impedido “comer la Pascua” (53). Más adelante (54), da el nombre de “preparación de la Pascua” (55) al día en que Jesús fué crucificado, lo cual parece dar a entender que aquel día no era el 15 de nisán, como dicen los sinópticos, sino el 14; y, esto presupuesto, claro es que Nuestro Señor murió antes de celebrar la comida legal.

¿Cómo conciliar noticias tan divergentes? Ante todo, podemos estar seguros de que dichas noticias no son contradictorias; “un mismo Espíritu Santo es quien habla por boca de los cuatro evangelistas”, como se expresaba un antiguo autor griego al tratar de esta cuestión (56). Para hallar un modo razonable y legítimo de hermanar en este punto los cuatro Evangelios, los exégetas creyentes han propuesto dos soluciones principales (57). Unos, fundándose en el Evangelio de San Juan, se esfuerzan en interpretar los sinópticos conforme a la narración de éste. Los cuatro evangelistas, dicen, están acordes en fijar la fecha de la última cena en el día 13 de nisán, y la de la crucifixión en el 14. Los otros, por el contrario, fundándose en los sinópticos, tratan de explicar las notas cronológicas del cuarto Evangelio en este punto por las de los tres primeros, que les parecen más claras, y que ofrecen más seguro punto de apoyo. Expondremos sumariamente las dos teorías. Ambas han hallado entre los sabios celosos defensores (58).

(52) Joan., XIII, 1.

(53) Joan., XVIII, 28.

(54) Joan., XIX, 14.

(55) Παρασκευή τοῦ Πάσχα (Vulg., *parasceve Paschae*).

(56) Philoponus, *De Pasch. disputat.*, en Galland, *Bibliotheca vet. Patrum*, t. XII, pág. 605.

(57) Hacemos caso omiso de los racionalistas, según los cuales hay aquí entre los evangelistas una contradicción flagrante y sin salida. Esta cuestión “no les preocupa” (E. Reuss, *Histoire évangélique*, pág. 628) o, mejor dicho, les sirve de pretexto para impugnar la veracidad de los Evangelios. Por la exposición que hacemos en el texto se verá que no hay contradicción alguna entre los evangelistas.

(58) Sólo citaremos unos cuantos, algunos de los cuales traen notas bibliográficas bastante completas sobre la cuestión: Bynaeus, *De morte J. Chr.*, t. I, cap. III, párrafos 19-32; B. Lamy, *Traité historiq. de l'anc. Paque des Juifs, où l'on examine à fond la question si J.-C., fit cette*

En suma, según los partidarios del primer sistema, Nuestro Señor anticipó la cena de Pascua, celebrándola el día 13 de nisán, por la tarde, porque sabía que moriría al día siguiente. O bien, la cena de que hablan los sinópticos fué una simple comida de despedida, y no la cena legal. Pero, según las indicaciones que antes hicimos, difícil es conciliar de esta manera a San Juan con los sinópticos, dado que los tres primeros evangelistas hablan en términos clarísimos del primer día de los panes ácidos y de los preparativos hechos por los dos discípulos de Jesús para celebrar la Pascua. Si Jesús no celebró la Pascua, ¿cómo hubiera podido decir que había deseado ardientemente “comer esta Pascua” con los suyos antes de morir? (59). Y si se dice que se celebró la Pascua, pero adelantándola un día, ¿qué pruebas se aducen en favor de tal conjetura?

Se han discurrido también otras soluciones en el mismo sentido, pero asimismo gratuitas. Por ejemplo, que los galileos solían celebrar la cena pascual el día 13 de nisán. Pero no; todo lo que en la Galilea había de excepcional en la celebración de la Pascua era que descansaban todo el día 14 de nisán, siendo así que en Jerusalén se podía trabajar hasta mediodía. Casi siempre se ha olvidado, al imaginar estas conjeturas, cuya lista es inútil alargar, que sin cordero pascual no podía haber cena pascual propiamente dicha. Ahora bien; el cordero no se podía inmolar sino en el atrio del templo, después del mediodía de 14 de nisán.

Grande servicio nos han prestado los sinópticos con sus narraciones tan claras, que el exégeta no puede menos de tenerlas muy en cuenta para resolver la cuestión en litigio. Y puesto que no podemos explicar los sinópticos por San Juan,

Paque la veille de sa mort, París, 1663; Calmet, *Dissertation sur la dernière Paque de N.-S. Jésus-Christ* (al principio de su *Comment. sur l'Evangile de S. Matthieu*); Tillemont, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique*, t. II, 3, págs. 150-160; J. Langen, *Die letzten Lebensstage Jesu*, págs. 57-146; Andrews, *Life of Our Lord*, págs. 423-460; Wieseler, *Chronologische Synopse der vier Evangelien*, págs. 333-390, y *Beiträge zur richtigen Würdigung der Evangelien*, págs. 230-283; J. Schmid, *Der Monarstag des Abendmahls und Todes unseres Herrn Jesus Christus*, 1905; J. Bach, *Monatstag und Jahr des Todes Christi*, 1912; Chwolson, *Das Letzte Passamahl Christi*, 1908. Véanse también los principales Dicciones de la Biblia en la palabra *Chronologie*.

(59) Luc., XXII, 15.

¿podremos explicar a San Juan por los sinópticos? Sin negar las dificultades del problema, creemos, siguiendo a muchos comentadores, que se puede responder afirmativamente. Notemos primeramente que hay un hecho certísimo: que la comida que San Juan refiere comenzando con la fórmula “antes de la fiesta de Pascua” no es diversa de la que San Mateo, San Marcos y San Lucas ponen en la tarde del 14 de nisán y durante la cual instituyó Jesús la Eucaristía. En la cena de los sinópticos, de igual modo que en la del cuarto Evangelio, oímos a Nuestro Señor denunciar la traición de Judas (60) y luego predecir la negación de Simón-Pedro (61). Se trata, pues, de una sola y misma comida.

Quedan aún en el relato de San Juan las dificultades arriba señaladas. Examinémoslas una a una: 1.^a La expresión “antes de la fiesta” no indica necesariamente una fecha anterior a la celebración de la Pascua. Ya en los comienzos (62) había como dos solemnidades pascuales diferentes: la del 14 de nisán por la tarde, en que se comía el cordero simbólico, y la de la gran octava, que era del 15 al 21. Las palabras “antes de la fiesta” muy bien pueden referirse al día del 15 de nisán, que era particularmente solemne (63), y entonces ya no hay dificultad en que la cena se celebrase el 14 de nisán. Es de notar que, según San Juan (64), durante esta misma comida, que comenzó “antes de la fiesta”, los apóstoles se imaginaron que Jesús había enviado a Judas a hacer las compras “para la fiesta”. Era, pues, entonces, como claramente lo dicen los sinópticos, la tarde del 14 de nisán. 2.^a La comida de Pascua, de que los judíos no quisieron verse privados si entraban en el pretorio, porque se contaminarían con el trato de los paganos, no es necesariamente la del cordero pascual que, según los sinópticos, había tenido lugar la víspera. “Comer la Pascua” podía significar

(60) Matth., XXVI, 21-25; Marc., XII, 18-21; Luc., XXII, 21-23; Joan., XIII, 18-30.

(61) Matth., XXVI, 30-35; Marc., XIV, 26-31; Luc., XXII, 31-34; Joan., XIII, 36-38.

(62) Ex., XII, 1-28.

(63) Para ello nos fundamos en un texto de Josefo, *Ant.*, III, x, 5: “El día décimoquinto—dice el historiador judío—, la fiesta de la Pascua sucede a la de los Acimos.” Bien, pues, podía San Juan considerar ambas fiestas como distintas.

(64) Joan., XIII, 29.

también la participación en diversos sacrificios cruentos que era costumbre ofrecer durante la octava pascual, y a los que se daba el nombre de *haghigah* (65). 3.ª La palabra "preparación" (*paraskeue* o "parasceve") solía emplearse entonces como nombre técnico del viernes, porque en tal día se preparaba todo lo necesario para el sábado, a fin de no violar el reposo sabático. En este sentido la vuelve a usar San Juan más adelante (66) y otro tanto hace San Mateo a propósito del 15 de nisán (67). Este nombre pasó a la literatura cristiana de los primeros siglos, para denotar asimismo el viernes (68). Para San Juan, pues, la locución "preparación de la Pascua" equivalía a esta otra, que para nosotros es mucho más clara: el viernes de la octava de Pascua, con lo que una vez más coincide con los sinópticos en cuanto a la fecha de la muerte de Cristo y de la última cena.

Quédanos aún que responder a otra objeción de cierta importancia. Si Jesús murió el 15 de nisán, día primero y más solemne de la Pascua, ¿cómo explicar algunos actos que parecen inconciliables con la santidad y el reposo de tan solemne fiesta y que eso, no obstante, según los cuatro evangelistas, fueron ejecutados por los judíos? Así, por ejemplo, el sanedrín celebra varias sesiones y pronuncia una sentencia capital contra Nuestro Señor; Jesús es detenido y llevado de tribunal en tribunal; José de Arimatea y Nicodemo dan sepultura al cuerpo del Salvador; las santas mujeres compran sustancias aromáticas; los apóstoles creen que el mismo Jesús enviaba a Judas a la ciudad para hacer algunas compras.

Respondemos que la incompatibilidad entre estos actos y la solemnidad del 15 de nisán es menos real de lo que se supone. El descanso prescrito con ocasión de las fiestas era mucho menos riguroso que el del sábado (69). El Talmud (70) permitía que en tales fiestas se hiciesen las compras urgentes, en condición de que no se entregase el dinero a los vendedores

(65) Langen. *op. cit.*, págs. 111-117.

(66) Joan., XIX, 42: "La *paraskeue* de los judíos", es decir, el sábado.

(67) Matth., XXVII, 62.

(68) Tertuliano, *De jejuniis*, 14; Clemente de Alejandría, *Strom.*, VII, 12, 75; Orígenes, *C. Cels.*, VIII, 21; etc.

(69) Véase Patrizi, *De evangelii libri tres*, t. II, pág. 512.

(70) *Hilcoth Jom Tob*, IV, 20. La escuela de Hillel era muy tolerante en este punto.

sino después. La misma Ley mosaica (71) permite preparar los alimentos el 15 de nisán, lo cual estaba prohibido en día de sábado. En fin, estaba permitido en los días de fiesta juzgar asuntos criminales, con tal que los jueces no escribiesen entonces la sentencia (72). En cuanto a la sepultura del Salvador y de los ladrones crucificados con El, precisamente se apresuraron los preparativos, a causa de la proximidad del sábado (73).

Considerado todo esto, parécenos que la clave de la solución de este problema, que se remonta hasta el siglo segundo, y que no pretendemos haber resuelto por entero, ha de buscarse en las narraciones de los sinópticos. Ya hemos visto que su lenguaje es de admirable precisión. Según ellos, la última cena del Salvador coincide con la cena legal, tal como la celebraban todos los judíos el 14 de nisán por la tarde. No se les puede hacer decir otra cosa sino recurriendo a hipótesis que están en pugna con el sentido de sus palabras. Varios textos del cuarto Evangelio ofrecen ciertamente dificultades; pero se pueden explicar de modo razonable, sin hacerles violencia, y reducir así las fechas señaladas por San Juan a las de los tres primeros evangelistas. Admitimos, pues, que Jesús celebró la Pascua e instituyó la Sagrada Eucaristía el jueves día 14 del mes de nisán, por la tarde, y que fué crucificado al día siguiente, viernes, día 15 de nisán, que era el día más solemne de las fiestas pascuales.

III.—ULTIMA CENA E INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA.

El jueves, por la tarde, salió, pues, Jesús de Betania y tomó con sus apóstoles el camino de Jerusalén, de modo que llegó al cenáculo poco antes de la hora en que había de comenzar la comida legal (74). La ciudad entera estaba de fiesta. Las calles rebosaban de gentes que, alegres y afanosas, iban también hacia las casas donde habían de comer el cordero pascual. De aquella ciudad a quien tanto había amado y que constan-

(71) Ex., XII, 16.

(72) Lightfoot, *Hor. hebr. et talmud.*, in Matth., XXVII, 5. Véase, para todos estos puntos, Langen. *op. cit.*, págs. 130-133.

(73) Marc., XV, 42; Luc., XXIII, 54.

(74) Matth., XXIV, 20; Marc., XIV, 17; Luc., XXII, 14.

temente había resistido a su llamamiento había de salir. Nuestro Señor al día siguiente, cargado con un infame madero, para ir al Gólgota y ser allí crucificado. Pero antes, ¡cuán dulce y consolador misterio iba a celebrar en medio de sus discípulos más queridos e íntimos y cuán inapreciable memorial iba a dejar a su Iglesia! Acompañado, sin duda, de uno de sus dos enviados que habría vuelto a juntarse con El por la tarde, entró en el cenáculo, bien adornado e iluminado, que sus dos apóstoles le habían dispuesto.

Cuando las trompetas sacerdotales, con su estridente sonido, dieron la acostumbrada señal de que era la hora de comenzar la comida, Jesús y los apóstoles se pusieron a la mesa, es decir, como ya se explicó antes, se recostaron en los divanes colocados en semicírculo. No había, al parecer, más convidados que los miembros del colegio apostólico; al menos los evangelistas no mencionan más que a estos ni antes, ni durante, ni después de la comida, y se concibe que el divino Maestro quisiera quedar solo en aquella ocasión solemne con los que tan eminentemente representaban a su Iglesia. ¿No iba a añadir una dignidad nueva, la del sacerdocio, a la otra con que tiempo antes lo había honrado, y no iba a hacerles, en santa y dulcísima intimidad, particulares recomendaciones? (75).

Antiguamente, conforme a la Ley (76), los hebreos comían el cordero pascual estando de pie, ceñidos los lomos y báculo en mano, en actitud de viajeros. Pero esta prescripción, con otras muchas que se referían particularmente a la "Pascua egipcia", como dicen los rabinos (77), no tardó en caer en desuso. La Pascua llamada "perpetua" no tenía ya aquella sencillez y austeridad de los tiempos antiguos. Habíanse introducido nuevas reglas, en particular la de celebrar la cena legal no ya de pie, como esclavos, sino como griegos y romanos celebraban sus banquetes (78). Quisiéramos conocer exacta-

(75) En el siglo II, San Justino, *Apol.* I. 66. lo dice en términos clarísimos: *μόνοις αὐτοῖς* dice, "estando solos ellos (los apóstoles)". Según una antigua leyenda, Marta y María habrían pedido en vano permiso a Nuestro Señor para asistir a la institución de la Eucaristía. Cf. Hengelfeld, *Nov. Testam. extra canon. receptum*, segunda edic., t. IV, pág. 118.

(76) Ex., XII, 11.

(77) *Pesachim*, IX, 5.

(78) San Mateo y San Lucas emplean aquí dos verbos que indican expresamente este hecho: *ἀνέκειτο*, *ἀνέπεσεν* (Vulg., *discumbibat*, *discubuit*).

mente el orden en que se recostaron en los divanes. Nuestro Señor y cada uno de los Doce; pero en este punto no podemos pasar de conjeturas más o menos verosímiles, según los usos grecorromanos. Con todo, adelante veremos cómo una particularidad de la narración de San Juan nos permitirá acaso precisar algunos pormenores, con visos de probabilidad.

Suele admitirse que hacia el comienzo de la comida, y a propósito del sitio de cada uno en la mesa, fué cuando ocurrió entre los apóstoles cierta contienda de amor propio que sólo refiere San Lucas (79). Con razón parecerá doblemente inoportuna en aquel momento. Preguntábanse, no sin cierta envidia y acritud, quién era el mayor de ellos. No era la primera vez que se mostraban puntillosos en cuestión de honores, pues los escritores sagrados en varias ocasiones (80) nos han referido, con ingenuo candor, escenas semejantes, pero que entonces parecían menos odiosas que ésta de ahora, con motivo de la última cena. El Salvador puso fin a esta triste contienda recordando a los Doce, una vez más, el ideal de la verdadera grandeza cristiana, de la que a la sazón se apartaban por modo tan extraño.

"Los reyes de las gentes se enseñorean de ellas, y los que tienen poder sobre ellas son llamados bienhechores. Mas no sea así entre vosotros; antes, el que es mayor entre vosotros hágase como el menor, y el que gobierna, como quien sirve. Porque, ¿cuál es mayor: el que está sentado a la mesa o el que sirve? ¿No es mayor el que está sentado a la mesa? Pues yo estoy entre vosotros como quien sirve."

Al reprimir en otra ocasión la ambición de los hijos de Zebedeo, había establecido Jesús esta misma contraposición entre la humildad que deben practicar los cabezas de su Iglesia y el orgullo de los reyes paganos, que ejercían dura dominación sobre sus súbditos, a pesar de lo cual hacían que se les diesen títulos muy elogiosos, como "Evergetes" (81), "Padre de la patria", etc. La Iglesia cristiana tendrá su jerarquía, su aristocracia, pero una aristocracia de humilde y generosa abnega-

(79) Luc., XXII, 24-30. Ciertamente que el evangelista no refiere este episodio sino algo más adelante; pero es probable que en este lugar invirtió ligeramente el orden cronológico de los hechos.

(80) Matth., XVIII, 1-5 (Marc., IX, 32-36; Luc., IX, 46-48); XX, 20-28 (Marc., X, 35-46).

(81) *Εὐεργέτης* (Vulg., *benefici*). Cf. Deissmann, *Licht von Osten*, segunda edic., págs. 184-186.

ción. Para dar más fuerza a su recomendación cita Jesús un caso de diaria experiencia, tomado directamente de aquella misma situación: de dos hombres, el uno muellemente recostado en un diván, delante de una bien servida mesa, y el otro de pie, sirviendo al primero: ¿cuál es el superior? No era posible equivocarse. Pues, con todo, Nuestro Señor, desde que asoció a los apóstoles a su obra, siempre y en todas partes había procedido con ellos como si fuera su servidor. Les propone, pues, su propio ejemplo para que lo imiten.

Pero no queriendo dejarlos con la impresión de un reproche, acabó su breve alocución con un ternísimo elogio.

“Cuanto a vosotros, habéis permanecido conmigo en mis pruebas, por esto yo os preparo el reino, como mi Padre me lo preparó a mí (82) para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.”

Era verdad. A pesar de todos sus defectos, los apóstoles habían sido para su Maestro amigos leales y fieles. Habían participado valerosamente en sus “tentaciones”, es decir, en las numerosas pruebas, persecuciones y ultrajes que sus adversarios le habían hecho padecer en tantas formas, sin que le arredrase el desprecio y la hostilidad de sus compatriotas. ¡Qué bondad tan delicada les promete Jesús, en testimonio de su reconocimiento, como herencia segurísima, dicha y gloria eternas en su reino celestial! (83). ¡Y es en vísperas de su muerte ignominiosa cuando les hace estas magníficas promesas y les distribuye tronos y coronas!

Probablemente a esta alocución del Salvador siguió la memorable y ternísima escena de lavar los pies a sus apóstoles. Habíales prescrito el ejercicio de la humildad; habíales dicho entre otras cosas: “Estoy en medio de vosotros como quien sirve”; y ahora va a predicar con el ejemplo, poniendo el mismo en obra su recomendación. Esta narración es una de las más ricas y hermosas joyas del cuarto Evangelio (84). Comienza el evangelista su relato con una frase amplia y solemne, llena de participios, que describen las circunstancias externas y los

(82) Los pronombres “vosotros, yo”, se contraponen aquí con gran vigor.

(83) Acerca de la dicha del cielo, figurada en la imagen de un convite véase el Ps. XVI, 15; XXXV, 9; Luc., XIV, 15; etc.

(84) Joan., XIII, 1-17.

sentimientos de Nuestro Señor. Pone de relieve la suprema dignidad del Salvador y el amor soberano que entonces manifestó a sus apóstoles. “Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo a su Padre, como hubiese amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.” Este majestuoso comienzo pone ya en derredor de la frente del divino Maestro una aureola celestial. El conocimiento sobrenatural que Jesús tenía de que iba a morir le fué motivo de manifestar con más fuerza y ternura su amor a los predilectos de su corazón. Habíales dado innumerables pruebas de este amor; pero, antes de separarse de ellos, quiere dejarles un recuerdo de un orden enteramente nuevo. “Hasta el fin”: tal es la traducción literal de las dos palabras griegas empleadas por San Juan (85). Pero, según el sentir de los mejores helenistas, puede significar también: “hasta el exceso”, hasta el más alto grado. San Cirilo y San Juan Crisóstomo manifestaban ya su preferencia por este último sentido, que tan bien dice con la realidad. Luego el evangelista, recordando una circunstancia ya señalada por San Lucas (86), dice que el demonio “había puesto en el corazón a Judas el designio” de traicionar a su Maestro, con lo que pone de manifiesto la generosidad del corazón de Jesús, cuyo fervor no se había entibiado ni aun con aquella negra ingratitud. Luego prosigue la frase en estos términos: “Sabiendo Jesús que el Padre le había puesto todas las cosas en las manos y que de Dios había salido y a Dios tornaba, se levantó de la cena y se quitó sus vestiduras, y tomando un lienzo, se lo ciñó. Luego echó agua en un lebrillo y comenzó a lavar los pies de sus discípulos y a enjuagarlos con el lienzo de que estaba ceñido.”

He aquí el hecho extraordinario al que miraba el narrador. No podía introducirlo de modo más adecuado ni indicar mejor su causa, que era el ardiente amor de Jesús para con los suyos, ni encarecer con más eficacia su valor. Hácelo con expresivas contraposiciones, que pueden resumirse así: el Hijo de Dios, teniendo pleno conocimiento y persuasión de su divinidad, se abate hasta hacer con los humildes mortales oficios de esclavo.

(85) Εἰς τέλος (Vulg., *in finem*).

(86) Luc., XIII, 3.

vo (87). En el orden literario, que también merece nuestra atención, ¡qué diferencia entre este grandioso preámbulo y el breve relato, vivo, de frases cortas y dramáticas, en el que se nos muestra a Nuestro Señor haciendo los preparativos para el lavatorio de los pies! ¡Qué extrañeza, que emoción no experimentarían los apóstoles al ver en aquella actitud a Jesús! ¡Qué iba a hacer el Maestro? Pronto lo supieron, cuando Jesús, colocándose detrás de los divanes, se detuvo junto a Pedro y se dispuso a lavarle los pies. Todo, en efecto, induce a creer que a él se llegó en primer lugar el Salvador; así se entienden mejor sus protestas y su resistencia, que fueran menos explicables si Jesús, antes de llegar a él, hubiera ya lavado los pies a varios de los otros apóstoles (88).

Entablóse entre Pedro y su Maestro un breve diálogo, en el que se manifiestan la fe viva, la profunda humildad y también el alma ardiente del príncipe de los apóstoles. “¡Señor! —exclamó Pedro, con su viveza acostumbrada—. ¿Tú me lavas a mí los pies?” Palabras de espanto, que equivalían a una negativa. Respondió Jesús a Pedro para tranquilizarle: “No sabes tú ahora lo que yo hago, mas lo sabrás después.” Que era como decirle: “Sosiégate y déjame obrar; pronto entenderás lo que esto significa, después que os lo explique a todos.” Mas Pedro, tenaz en resistir, replicó aún con mayor vehemencia: “No me lavarás los pies jamás” (89). Ahora Jesús emplea ya un tono severo y amenazador: “Si no te lavare los pies —dice al apóstol—, no tendrás parte conmigo.” Lo cual venía a decir: “Serás excluído de mi comunión y de mi amistad.” ¡Qué relaciones de intimidad podría haber en adelante entre un Maestro y un discípulo que se negaba a acatar sus órdenes! No se apartaría Jesús de Pedro únicamente porque éste no consintiese en dejarse lavar los pies, sino porque, según la interpretación auténtica que va a seguir, el acto simbólico del Salvador figuraba el espíritu de humildad y caridad que ha de reinar entre todos los cristianos, y el apóstol no podía oponerse a este principio sin romper con Jesús.

(87) Cf. I Reg., XXVI, 41.

(88) Los comentadores andan divididos en este punto.

(89) En griego, con verdadero lujo de negaciones: οὐ μὴ νίψῃς... τὸν αἰῶνα.

Mas por nada del mundo hubiera consentido Pedro en semejante ruptura. Por lo que presto mudó de opinión, y, pasando de un extremo a otro, exclamó. “Señor, no solamente mis pies, mas también las manos y la cabeza.” ¡Como si de cada parte de su cuerpo que se dejase lavar hubiera de resultarle un nuevo grado de unión con su amado Maestro. “No —respondió Jesús—; el que está lavado no ha menester sino de lavarse los pies, pues está todo limpio.” En Oriente es frecuente, a causa del calor, el uso de los baños; mas como las sandalias no preservan suficientemente los pies del polvo y del barro, de ahí que era preciso todavía lavar los pies a los apóstoles. Daba, pues, Nuestro Señor una lección a sus discípulos valiéndose de una expresiva imagen, a fin de mostrarles mejor cuánta era la santidad que pedía a los suyos, y más aún en orden a la recepción de la divina Eucaristía que iba a distribuirles de allí a unos instantes. Y en este sentido añadió: “Y vosotros también estáis limpios”, es decir, “no tenéis que reprenderos de ninguna falta grave, por lo cual basta que os purifiquéis de las ligeras.” Pero, pensando en Judas, hizo el Salvador una restricción dolorosa: “Vosotros también estáis limpios, mas no todos.” El pensamiento de tan odiosa traición llenaba su alma, por lo que prontó volverá a hablar de lo mismo más largamente. Entretanto, al hablar de esta manera, hacía un llamamiento indirecto al traidor, que estaba presente, con el alma horriblemente manchada. ¡Qué sentimientos hubo de experimentar Judas cuando un Maestro tan bueno se dignó lavarle también a él los pies? Pero como estaba ya muy endurecido en el mal, permaneció insensible a la advertencia.

Cuando Jesús acabó aquel acto extraordinario de humildad y de bondad con cada uno de los Doce, se quitó el lienzo de que estaba ceñido, y, poniéndose de nuevo el amplio manto—se lo había quitado para que no le embarazase los movimientos—, volviendo a ocupar su puesto junto a la mesa, dió a los apóstoles la explicación que había prometido a Pedro.

“¡Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y bien decís, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque os he dado ejemplo para que, como yo he hecho a vosotros, vosotros también hagáis. En verdad, en verdad os digo que el

siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que Aquel que lo envió. Si sabéis estas cosas, seréis bienaventurados si las hicieréis.”

“Maestro, Señor”—en el lenguaje de entonces, *Mar, Rabbi*—tales eran los nombres que los discípulos solían dar a los doctores de quienes recibían lecciones. Los apóstoles se servían también de ellos en sus relaciones con Jesús. Sacando una consecuencia práctica de ello, el Salvador insta a los suyos a imitar el ejemplo que acaba de darles. Mas claro es que no intentaba hacer del lavatorio de los pies una institución durable y un rito obligatorio (90); su acto era, ante todo, figura de la caridad fraterna que los cristianos han de ejercitar mutuamente. Por tercera vez le oímos el axioma: “No es el siervo más que su señor”, y aún lo volverá a repetir un poco más adelante (91); pero cada vez lo acomoda a nuevas conclusiones.

Nuestro Señor, como quien está absorto aún por el recuerdo del traidor, añadió:

“No lo digo por todos vosotros; sé a quienes escogí; pero es menester que se cumpla la Escritura: El que come el pan conmigo, levantará contra mí su calcañal. Dígooslo desde ahora, antes que suceda, para que, cuando sucediere, creáis quién soy. En verdad, en verdad os digo que quien recibe al que yo enviare, a mí recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me envió.”

Ya vimos también esta última frase en los Evangelios sinópticos (92); mas aquí encierra particularísimo consuelo para los apóstoles que le permanecían fieles. El crimen de uno no quitará al resto del Colegio apostólico ninguno de sus privilegios. En cuanto a Judas, Jesús no fué ni sorprendido ni engañado de los acontecimientos (93). Habíalo elegido con entero conocimiento, pues sabía de antemano su traición. No obstante, lo había elegido para conformarse con los planes divinos, escritos desde hacía mucho tiempo en los Libros sagrados, y particularmente en el salmo XL (94), del cual cita Jesús el pasaje

(90) No ha descuidado la Iglesia la interpretación propia y literal del lavatorio (Cf. I. Tim., V, 10; San Ambrosio, *De mysteriis*, VI; Kraus, *Real-Encyklopädie der christl. Alterthümer*, t. I, págs. 546-548); pero en el pensamiento de Jesús es asunto, ante todo, de un símbolo.

(91) Cf. Matth., X, 24; Luc., VI, 40; Joan., XV, 20.

(92) Matth., X, 40; Luc., IX, 48.

(93) Véase el tomo III, pág. 508. Estas palabras recuerdan la importante observación que hace San Marcos, III, 13, a propósito de la vocación de los apóstoles: Jesús “llamó a los que quiso”.

(94) Ps. XL (XLI en el hebreo), 10.

más saliente. David, autor de este poema, describiendo el indigno y cruel desamparo en que le dejó su íntimo amigo Aquitofel, cuando sobrevino el alzamiento de Absalón (95), pondera la negrura de esta traición con un contraste que establece entre su propio proceder, tan amante y tan generoso, y el del ingrato que, habiendo recibido de él toda suerte de favores, había “levantado su calcañal contra él”. Imagen del odio brutal, tomada de las peligrosas coces de un caballo vicioso. Mas la traición de Judas, aunque predicha ya por antiguos vaticinios, fué todavía un acto plenamente libre y voluntario, y tanto más culpable cuanto aquella noche no le faltaron advertencias. Añade Jesús que al hacer tan triste declaración no pensaba sólo en el traidor, sino también en los demás apóstoles. Algunas horas después, cuando esta declaración se haya cumplido a la letra, hasta en la identidad de la ignominiosa muerte de Judas y de Aquitofel (ambos se ahorcaron), los discípulos, a pesar de los acontecimientos, no perderán su confianza en el Maestro, pero entenderán que tampoco había predicho en vano su próxima resurrección.

Hemos supuesto, con muchos intérpretes de los Evangelios, que el lavatorio de los pies sirvió de preámbulo a la cena legal. Otros prefieren colocarlo algo después, inmediatamente antes de la institución de la Eucaristía (96). Esta diversidad de opiniones es inevitable, cuando es cuestión de refundir en un orden armónico los cuatro relatos evangélicos. Es de sentir, pues bien quisiéramos poder representarnos las últimas horas de Jesús en el mismo orden en que pasaron; pero estas discrepancias de los exégetas son, relativamente, de poca monta, y en nada perjudican a la historicidad de los hechos.

Según el orden que juzgamos preferible, pasemos ya a describir la cena pascual propiamente dicha. Ceremonia tan solemne era natural que tuviese sus ritos especiales, que dimanaban de una antigua tradición. Nuestro Señor, sin duda, se conformó a ellos. No los describen los evangelistas: San Mateo,

(95) II Reg., XV, 31—XVII, 23.

(96) Acerca del pasaje de San Juan, XIII, 2, los comentadores andan divididos, pues mientras unos prefieren la lección *γινόμενου*, en principio de presente, que significa el comienzo de la comida, otros prefieren la variante *γενομένου*, en tiempo pasado. (Vulg., *coena facta*), que indica el fin de la cena legal.

porque los daba por conocidos de sus lectores judío-cristianos: San Marcos, San Lucas y San Juan, porque los juzgaban útiles para los romanos, griegos y asiáticos, para quienes principalmente escribían. Los sinópticos van derechamente al hecho principal para los cristianos: la cena eucarística. Nos son conocidos aquellos ritos por antiguos documentos judíos; sino que, como se ampliaron después de la época de Jesucristo, es difícil indicar los que entonces se tenían por obligatorios. Los que vamos a mencionar parece que se consideraban como esenciales (97).

Los convidados no habían de ser menos de diez ni pasar de veinte. Comenzaban lavándose las manos. Cuando todos se habían colocado en sus puestos respectivos, el padre de familia, o el que hacía sus veces, tomaba en sus manos una copa llena de vino—por lo común vino tinto—, ligeramente aguado, y la bendecía rezando una oración que comenzaba con estas palabras: “Bendito seas, Señor Dios nuestro, que has criado el fruto de la vid.” Luego, después de haber bebido él, dábala a los demás, cada uno de los cuales debía beber un sorbo. Poníase después la mesa en medio de los divanes. El presidente bendecía las yerbas amargas, tomaba de ellas, las mojaba en la salsa llamada *haroset* y las comía. Otro tanto hacían los demás convidados. Sólo entonces se colocaba el cordero pascual sobre la mesa. Como estaba prescrito desde la época de la salida de Egipto (98), el padre de familia explicaba a la concurrencia la significación de la fiesta de Pascua y de sus ceremonias particulares. A continuación se rezaba la oración llamada *Hallel*, que se componía de los salmos CXII y CXIII (CXIII y CXIV del texto hebreo). Se llenaba entonces otra copa y circulaba como

(97) Véase el tratado talmúdico *Pesachim*; Bartolucci, *Bibliotheca magna rabbinica*, Roma, 1617, t. II, págs. 736-740; Lund, *Die alten jüdischen Heiligthümer*, Hamburgo, 1704, pág. 931; Buxtorf, *Synagoga judaica*, XVIII; Haneberg, *Die religiösen Alterthümer der Bibel*, segunda edición, páginas 630-635; Edersheim, *The Temple and its services*, págs. 196-214; Friedlieb, *Archäologie der Leidensgeschichte*, págs. 43-47; Langen, *Die letzten Lebensstage Jesu*, págs. 148-155. Acerca de las costumbres que observan en nuestros días los judíos en la cena pascual, véase Coypel, *Le judaïsme, esquisse de mœurs juives*, págs. 240-243; Créhange, *La Hagadah, o cérémonies religieuses des israélites pendant les deux premières soirées de Pâque*, tercera edic., París, 1873.

(98) Ex., XII, 26.

la primera. Esta segunda parte de la comida terminaba con la oración: “Bendito seas, Señor Dios nuestro, rey del universo, que nos has libertado y libertaste a nuestros padres del poder de Egipto.”

Para comenzar la tercera parte volvían los convidados a lavarse las manos. El presidente tomaba un pan ácimo, lo partía, comía una parte, añadiendo yerbas amargas y mojándolo todo en el *haroset*; luego distribuía el resto a los convidados. Se procedía entonces a la bendición del cordero pascual, que era despedazado con delicadeza y repartido entre los asistentes. Al mismo tiempo se servían también otros manjares; el ritual dejaba cierta libertad para esta parte de la comida; pero estaba ordenado que el cordero simbólico se comiese en último lugar y que ya no se comiese más después de él. Acabada la comida, bebían, en la misma forma que las veces anteriores, una tercera copa, que se llamaba “la copa de la bendición”, porque la bendecían con una fórmula especial; se cantaba después la segunda parte del *Hallel* (los salmos CXIV-CXVII, CXV-CXVIII en el texto hebreo), y se terminaba el festín, ordinariamente, con una cuarta copa. Mas si alguno de los convidados lo deseaba, podía añadir una quinta copa, con condición de rezar el “gran *Hallel*” (salmos CXIX-CXXXVI; CXX-CXXXVII en el hebreo), como conclusión general de la comida. Todas estas ceremonias prolongaban considerablemente la cena; pero estaba recomendado que los asistentes se retirasen antes de media noche.

Tales eran los principales ritos del banquete pascual. Las cuatro copas de que nadie podía dispensarse, lo dividían en otros tantos actos de desigual duración, y con el cordero, los panes ácidos y el *haroset* formaban uno de sus elementos principales. ¿Celebró Jesús la cena legal completa, según la anterior descripción, antes de pasar a la cena eucarística? ¿O bien las reunió en santa y armoniosa mezcla, tomando de la antigua Pascua algunas de sus ceremonias y de sus fórmulas? Tampoco en este punto reina acuerdo entre los exégetas. El nombre de “copa de bendición” que, según hemos visto, se daba a la tercera copa, ha ayudado no poco a ganar partidarios a la segunda opinión. Como San Pablo (99) da al cáliz eucarístico este mismo apela-

(99) I Cor., X, 16.

tivo, han creído ver en esta coincidencia una prueba de que Jesús consagró precisamente la tercera copa y transustanció en su sangre el vino contenido en ella. Pero la coincidencia parece ser sólo fortuita. Mas de reparar es la importancia que se daba a la sucesión regular de los ritos tradicionales.

Seguramente Cristo tenía pleno derecho de modificarlos, cuanto más que en esta circunstancia ejecutaba un acto que había de abrogarlos en un próximo porvenir; pero de algunas raras alusiones que encierran los Evangelios y del respeto que Jesús manifestaba en general a los sagrados ritos cuyo espíritu no había sido desfigurado aún por el fariseísmo, creemos que se puede concluir que hasta la cuarta copa, inclusive, y, por tanto, hasta el fin, la cena legal se celebró enteramente conforme a los ritos de costumbre. ¿No dice San Lucas que la copa eucarística fué consagrada por Jesús “después de cenar” (100). Ciertamente que San Mateo y San Marcos, antes de referir la consagración del pan, dicen que tuvo lugar “mientras comían” (101), es decir durante la comida; pero nada prueba esto en contra de lo dicho, pues lo que nosotros, para mayor claridad, llamamos cena legal y cena eucarística, no formó de hecho, en cuanto al tiempo, más que una sola comida. Como quiera que sea, no cabe dudar que Jesús, en la institución de la Eucaristía, usó de fórmulas y se sirvió de alimentos tomados de la Pascua hebrea.

Volvamos ya a los relatos evangélicos. Creemos que fué después del lavatorio de los pies, que a su vez sucedió a la cena legal, cuando el Salvador, dando libre expansión a su tristeza, predijo en lenguaje clarísimo la traición de que iba a ser víctima. Ya había aludido al caso por dos veces, aunque con palabras veladas, en el breve discurso pronunciado después del lavatorio de los pies (102). Bajo la impresión de la angustia y amargura que llenaban su corazón, vuelve a insistir ahora sobre lo mismo. Los cuatro evangelistas describen de consuno esta escena dolorosa; pero en particular San Juan nos da noticias verdaderamente dramáticas (103). Como junto a la

(100) Luc., XXII, 20.

(101) Matth., XXVI, 21; Marc., XIV, 18.

(102) Joan., XIII, 10-11, 18.

(103) Matt., XXVI, 21-25; Marc., XIV, 18-21; Luc., XVII, 21-23; Joan., XIII, 18-30.

tumba de su amigo Lázaro (104), así aquí Jesús “se turbó en el espíritu” (105) a la vista de aquella ingratitud sin nombre, y continúa San Juan, “dió testimonio diciendo: En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará”. Para indicar más vigorosamente la certeza de esta predicción, Nuestro Señor la dijo con su acostumbrada fórmula de juramento.

Los apóstoles nada habían replicado a las dos alusiones precedentes, que, sin duda, por ser vagos e indirectos los términos empleados por el Salvador, no habían entendido bien. Mas ahora Jesús hablaba clarísimamente: uno de los Doce iba a cometer el crimen de traición. Semejante anuncio cayó en medio de ellos como repentino rayo. Mirábanse unos a otros turbados, consternados, como preguntándose a quién aludía Jesús. Al principio, ni aun hallaron palabras con que expresar sus sentimientos: ¡tanto fué su espanto! Pero luego, cobrando ánimo, todos a la vez preguntan ansiosos a su Maestro: “¿Por ventura, soy yo, Señor?” (106). Cada uno de ellos había preguntado rápidamente a su conciencia, y ninguno, excepto Judas, se juzgaba capaz de semejante crimen. Mas, sabiendo por experiencia que la palabra de Jesús era infalible, a pesar de su resolución de permanecerle fieles, desconfiaban de su fragilidad: humilde desconfianza de sí mismos, que en tales circunstancias es conmovedora.

La respuesta de Nuestro Señor fué pura y simple confirmación de la terrible profecía: “El que mete conmigo la mano en el plato, ése es el que me entregará.” Al hablar así, aludía Jesús a la costumbre oriental de que cada convidado tome directamente con mano, del plato común, valiéndose de un trozo de pan, la carne, las legumbres y la salsa (107). No señalaba, pues, aún claramente a Judas, como han opinado algunos, que, tomando estas palabras a la letra, han creído que en aquel momento extendía el traidor la mano hacia el plato, al mismo tiempo que su Maestro. Si así hubiera sido, hubieran entendido

(104) Joan., XI, 33.

(105) Joan., XIII, 21: τῷ πνεύματι (Vulg., *spiritu*). “En el espíritu” o parte superior de su alma, por oposición a la sensibilidad puramente natural.

(106) El ἥτι ἐγὼ εἶμι del griego supone que el que pregunta espera una respuesta negativa.

(107) L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, pl. XXIII, 1-2.

claramente todos los apóstoles de quién hablaba Jesús, sino así que realmente (y el resto de la narración no deja lugar a duda en este punto) el Salvador sólo comunicó su secreto, después, al discípulo amado. La locución, pues, tenía un sentido general; apenas se diferenciaba del vaticinio citado por Nuestro Señor al fin de su última instrucción (108); pero declaraba bien la monstruosidad de la traición que le iba a hacer su amigo, un discípulo privilegiado, uno de los Doce (109).

Para encarecer aún más el crimen del traidor, hizo Jesús esta declaración, majestuosa y amenazadora a la par: "Porque lo que hace al Hijo del hombre, se va, como está escrito de El, pero ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre!; más le valiera no haber nacido." La antítesis entre el apóstol criminal y el Hijo del hombre es por extremo elocuente. Jesús "se va", es decir, según la ordinaria significación de este verbo en la literatura evangélica (110), sigue en plenitud de libertad el camino que le conduce a la muerte. Pero ese camino era, además, para El el camino de la obediencia, pues de antemano había sido trazado por las antiguas profecías, de las cuales ni una sola palabra quería dejar sin cumplir (111). ¡Qué fin tan diferente le espera al traidor si se aprovecha de estas últimas misericordias y, a la par, energías advertencias de Jesús! Ese *Vae homini illi...*, aunque se puede considerar más como un gemido arrancado por la compasión que como maldición propiamente dicha (112), es, con toda una terrible sentencia, a propósito de la cual escribía Bossuet (113): "Más le valiera a este hombre no haber nacido, ya que vive para su propio suplicio, y su ser de nada le sirve sino para hacer eterna su miseria." Judas, quizá conmovido al oír aquellas palabras, que contenían una sentencia de con-

(108) Joan., XIII, 18.

(109) En otro lugar dejamos dicho que en Oriente el mero hecho de comer en compañía de alguno da origen a una especie de alianza entre comensales.

(110) Sobre todo el cuarto Evangelio (Joan., VII, 30; VIII, 14, 15, 19, 26, 30; XIII, 3, 33; XIV, 4). En griego, ὑπάγει (San Lucas, πορεύεται).

(111) En vez de "Como está escrito de él" (San Mateo y San Marcos), San Lucas trae la expresiva variante κατὰ τὸ ὁρισμένον (Vulgata secundum quod definitum est), "como ha sido establecido por Dios".

(112) Quibus verbis iniquum hunc proditorem in caritate deplorabat (San Efrén, citado por Swete, *The Gospel according to St. Marc.* pág. 314).

(113) *Méditations sur l'Évangile*, última semana, día 20.—Un teólogo

denación, o más probablemente, temiendo que su mismo silencio le descubriera, preguntó también con fría impudencia: "¿Soy yo por ventura, Señor?" Jesús le respondió en voz baja, de modo que nadie sino Judas lo oyese—lo que parece indicar que estaban colocados a muy corta distancia uno de otro—"Tú lo has dicho."

Entonces ocurrió un breve incidente, que el autor del cuarto Evangelio nos ha conservado con toda su vida y frescura (114). Para entender bien esta íntima y rápida escena, será bien recordar que en cada uno de los divanes en los que se colocaban, recostados, los convidados, solían caber tres personas, de las cuales la más digna se ponía en el medio (115). Del contexto del relato parece inferirse que Jesús, Pedro y Juan estaban en el mismo sofá; Nuestro Señor ocupaba el sitio de honor, y tenía delante al discípulo amado, y detrás, a Pedro (116).

El príncipe de los apóstoles, de genio vivo siempre, y deseoso de conocer lo antes posible el nombre del traidor, enderezándose un poco, hizo una seña a Juan, y, cuando éste le miró, le dijo unas palabras en voz baja. Como quiera que fuese y cualquiera que fuese el sitio que ocupase, la narración nos indica que los dos discípulos no estaban muy separados uno de otro. Verdaderamente Simón-Pedro se nos presenta aquí "tal como ya lo conocemos por las páginas anteriores de la historia evangélica. Ardiente, impresionable, amante apasionado de su Maestro, no podía soportar la cruel incertidumbre que le inquietaba desde que oyó el anuncio de la traición de uno de los Doce. Quizá esperaba salvar a Jesús y que lo conseguiría más fácilmente si conocía al apóstol infiel" (117). Preguntó, pues, al discípulo amado: "¿De quién habla el Maestro?" Juan, vol-

protestante, R. Stier, escribía: "Estas palabras, tomadas a la letra y en todo su rigor, cierran toda puerta a la esperanza. Apartan todo pensamiento de una salvación ulterior y final, pues si pudiera haber salvación para el alma de Judas en las futuras revoluciones de los tiempos, desde luego le sería mejor haber recibido la vida" (*Reden Jesu*, in h. l.).

(114) Joan., XIII, 23-30.

(115) Cf. Lightfoot, *Horae hebr. et talmud. in Evangel.*, h. l.; L. Cl. Fillion, *L'Évangile de S. Jean*, págs. 270-271.

(116) Las siguientes líneas de Plinio el Joven, *Epist.*, IV, xxii, 4, describen una situación semejante: *Coenabat Nerva cum paucis; Veiento proximus, atque etiam in sinu recumbebat*. Así, Nerva ocupaba el puesto de honor, como Jesús, y Veiento, el de San Juan, Cf. L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, pl. XXIII, figs. 1, 4, 7.

(117) L. Cl. Fillion, *Évangile de S. Jean*, pág. 271.

véndose e inclinándose sobre el pecho del Salvador (118), dijo: "Señor, ¿quién es?" Jesús, que no tenía secretos para su apóstol predilecto, le respondió quedo: "Aquel es, a quien yo diere un pedazo mojado (en la salsa)." ¿De qué era este pedazo? El significado de la palabra griega empleada por el evangelista (119) es algún tanto oscuro; pero probable es que, como traduce la Vulgata, se trataba del pan. Tal es la opinión general de los intérpretes. Jesús partió, pues, un trozo de pan ácimo lo mojó en el *haroset* y se lo dió a Judas. Este acto era de señal de agasajo y de amistad. Aun en nuestros días, en el Oriente bíblico, cuando un huésped quiere dar a uno de los convidados muestra particular de respeto o de afecto, como en un trocito de pan algunos residuos del plato y se lo ofrece. También el Talmud dice que esto mismo solía hacer el padre de familia al final del convite pascual (120).

Cuando Jesús hubo comido aquel bocado, continúa el narrador, "entró en él Satanás", tomando así posesión más completa de aquel gran criminal. San Lucas (121) nos indica una primera fase, un primer grado de esta toma de posesión en el preciso instante en que el traidor iba a hacer a los príncipes de los sacerdotes su infame propuesta; ahora nos describe San Juan la fase última y definitiva. De aquí en adelante, Judas obrará como dócil, aunque voluntario, instrumento de Satanás.

Díjole entonces Jesús: "Lo que haces, hazlo presto", con las cuales palabras, pronunciadas ya en alta voz, le manifestó que todo lo conocía. Al tiempo que le despedía para que fuese a cumplir su cínico proyecto, si aún le quedaba el triste valor de ejecutarlo, ofrecíale aún una postrera gracia. Ninguno de los otros apóstoles entendió por qué motivo usaba Nuestro Señor de aquel lenguaje con Judas; ignoraban aún las pérfidas maniobras del traidor. Dos suposiciones, ambas muy alejadas

(118) La locución ἐν τῷ στήθει (Vulg., *supra pectus*), ha sido tomada de que desde remota antigüedad se diese a San Juan el hermoso nombre de ἐπιστήθιος, "el que se apoya en el pecho". (Eusebio, *Hist. eccl.* V, VIII, 24). Aun en la edad provecta en que Juan compuso su Evangelio estaba tan vivo en su corazón el recuerdo de esta escena y le era tan dulce, que por tres veces volverá a recordarla en los últimos capítulos de su libro; Joan., XIX, 26; XX, 2; XXI, 7, 20.

(119) Ὠμόλιον.

(120) J. Belser, *Die geschichte des Leidens und Sterbens des Herrn*, p. 181.

(121) Luc., XXII, 3.

la verdad, se presentaron al espíritu de algunos de ellos. Como Judas era el mayordomo de la pequeña comunidad, pensaron que su Maestro le había encargado que comprase lo necesario para la fiesta del día siguiente y que diese algunas limosnas a los pobres, según costumbre de los judíos con ocasión de las grandes solemnidades religiosas (122). Ninguno de los discípulos fieles esperaba que tan pronto cumplimiento había de tener la profecía de Jesús relativa a la traición que uno de los suyos le había de hacer.

Judas, tomando el trozo de pan que Jesús le ofreció, salió presuroso de la sala. El evangelista, recordando, cuando escribió su Evangelio, el horrible crimen de aquella noche, concluye su narración con esta sencilla frase de "trágica brevedad", como alguien ha dicho, y que causa en el ánimo profunda y lúgubre impresión: "Era de noche." Convenían las tinieblas para la obra siniestra y repugnante que iba a ejecutar el traidor. Era de noche sobre todo en su alma. Es menester larga indagación para saber hacia dónde se encaminó Judas al dejar el cenáculo. Fué sin tardanza a buscar a los príncipes de los sacerdotes, para anunciarles que era ya llegada la ocasión favorable e impacientemente deseada de todos ellos, y que no tenían sino ordenar se procediese a la detención de Jesús; él, Judas, tomaba de su cargo el entregárselo "sin tumultos", como habían convenido.

Más de un lector se preguntará aquí: ¿No asistió, pues, el traidor a la institución de la Eucaristía? Tal es, en efecto, la opinión de muchos comentadores contemporáneos. Sin que la demos por absolutamente cierta, es, cuando menos, muy verosímil. Por otra parte, dista mucho de ser reciente. Aunque, hasta los tiempos modernos, la opinión contraria ha tenido mayor número de sufragios, la opinión que excluye a Judas de la mesa eucarística asciende a muy remota antigüedad. Taciano, en el siglo II; Amonio en el III; Santiago de Nisibe, San Hilario y San Efrén en el IV, fueron ya partidarios de ella. Más adelante fué sostenida por Ruperto de Deutz, Pedro Comestor, el Papa Inocencio III y otros exégetas y teólogos de nota. Cuando tal disidencia se ha producido en este punto, por otra

(122) Neh., VIII, 10, 12.

parte, secundaria, menester es que el texto ofrezca alguna dificultad.

He aquí, en pocas palabras, el estado de la cuestión (123). Según San Mateo y San Marcos, llegada la tarde, Jesús se puso a la mesa con los Doce, y hacia el fin de la comida legal, que precedió a la cena eucarística, predijo a sus discípulos que uno de ellos le haría traición. Luego consagró el pan y el vino, que distribuyó a los asistentes, y, después de la acción de gracias, se encaminó con ellos hacia Getsemaní. San Lucas ordena los hechos de otra manera. Jesús instituye la Eucaristía y la distribuye entre los convidados; después, y sólo en esta coyuntura, habla del traidor que ha de entregarle a sus enemigos. El evangelista refiere a continuación la disputa que se suscitó entre los apóstoles sobre cuál de ellos era el mayor y las palabras que con esta ocasión pronunció el divino Maestro (124). Así, pues, según la narración de los dos primeros sinópticos, la denuncia del traidor precedió a la institución de la Eucaristía; la de San Lucas parece indicar que ocurrió lo contrario. Si los hechos se sucedieron realmente conforme al orden en que los refiere el tercer Evangelio, sería preciso reconocer que el traidor comulgó con los otros apóstoles. Pero admítase generalmente que en todo este pasaje San Lucas agrupó los hechos no según sucedieron, sino en un orden lógico y subjetivo; que procede "por fragmentos" no unidos, sino yuxtapuestos; que las escenas que cuenta están simplemente colocadas unas tras otras, casi sin transición, de modo independiente. Así, deja para después de la cena legal y aun para después de la comida eucarística la disputa de los apóstoles acerca de su respectiva dignidad, aunque debió de ocurrir mucho antes. Y, lo que aún es más grave, menciona dos veces seguidas el cáliz consagrado.

Parece, pues, preferible ordenar aquí los hechos tal como los refieren San Mateo y San Marcos, lo cual presupuesto, claro es que Judas no participó necesariamente de la Eucaristía. San Juan nos permite resolver la cuestión con mayor certeza. Ciertamente no describe la institución del Sacramento del Altar; pero une inmediatamente la predicción relativa a la traición de uno

(123) Para más explicaciones véase L. Cl. Fillion, *Essais d'exégèse*, paginas 311-326; Langen, *Die letzten Lebensstage Jesu*, págs. 165-170.

(124) Matth., XXVI, 21-29; Marc., XIV, 18-25; Luc., XXII, 15-30.

de los Doce con el lavatorio de los pies; y como luego, después de esta profecía, Judas dejó el cenáculo, hácese muy probable, si comparamos las narraciones de San Mateo, de San Marcos y de San Juan, que no estaba ya el traidor con los demás apóstoles cuando Jesús convirtió el pan y el vino en su cuerpo y su sangre. Si esta conclusión es legítima, siéntese como aliviado el ánimo al pensar que el traidor no entristeció con su odiosa presencia la inauguración del banquete eucarístico y que no profanó con un horrible sacrilegio el más augusto de los Sacramentos, en el momento mismo en que acababa de ser instituido.

La partida del traidor fué un alivio para el alma del Salvador. Recobrada su perfecta calma, y sabiendo que ya no le rodeaban sino amigos fieles, pronunció estas amorosas palabras: "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de que padezca" (125), en las que se advierte una mezcla de alegría y de tristeza: de alegría, pues se le hacía como que tardaba en ser, según se expresa Bossuet, "el Cordero inmolado por nosotros, la Víctima de nuestra liberación", y en darse a nosotros en la suavísima forma de la Eucaristía; y también de tristeza, pues iba a separarse, al menos de un modo exterior y visible, de los apóstoles, a quienes tanto amaba. Y, para explicar en parte su pensamiento, añadió: "Pues dígoos que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios." El cordero pascual que, por última vez, había comido momentos antes, era un símbolo; en el reino de Dios ya consumado, es decir, en el cielo, este símbolo quedará realizado completamente. Estas palabras se referían, pues, a la Pascua eterna de los cielos, donde no habrá ya sombras, siempre imperfectas, sino magnífica realidad.

Los sinópticos, referido sumariamente el banquete legal, nos dan más cabal noticia de la cena eucarística. Sus narraciones, aunque breves, son clarísimas. Dejando a un lado, según su costumbre, las circunstancias accesorias, van directamente a los hechos, que saben describir conservándoles el doble carácter de sencillez y grandeza que les dió Nuestro Señor. Notemos también un felicísimo y providencial caso, cuyo alcance entenderemos

(125) Luc. XXII, 15-16. La locución, enteramente hebraica, ἐπιθυμία ἐσθίουσα (Vulg., *desiderio desideravi*), pone muy de relieve la idea.

luego: San Juan, que había referido largamente la promesa de la Eucaristía (126), de la que sus predecesores no habían hablado, creyó poder dispensarse de contarnos el cumplimiento de aquella promesa; pero he aquí que va a reemplazarle San Pablo, cuyo relato de la institución viene a completar los de los tres primeros evangelistas. En su primera epístola a los Corintios (127), después de haber dicho que el Salvador mismo le había revelado el misterio del cenáculo, hace de él una descripción que se aproxima mucho a la de San Lucas, su discípulo, pues éste, naturalmente, había utilizado la narración de su venerado maestro. Tenemos así, para la institución de la Eucaristía, dos grupos de narraciones: San Mateo y San Marcos, que guardan entre sí gran semejanza, forman el primer grupo, y San Pablo y San Lucas, el segundo (128). Notemos, por fin, que Jesús inauguró su vida pública recibiendo el bautismo de Juan Bautista, que era preludio del bautismo cristiano, y que, estando a punto de acabarla, nos da la Eucaristía, feliz asociación de los dos Sacramentos más ricos y benéficos.

La fórmula "cuando estaban comiendo" introduce en los dos primeros Evangelios una nueva fase de la última cena. Aquí, dice San Jerónimo, "se pasa al verdadero Sacramento de la Pascua". Tomando Jesús de sobre la mesa un pan ácimo, lo bendijo con la oración acostumbrada (129), y luego lo partió para que cada uno de los Once tuviese su partecilla. Este rito, imitado por los apóstoles y sus sucesores, dió a los misterios eucarísticos el nombre de "fracción del pan" en la primitiva Iglesia (130). De igual modo había procedido el Salvador en las dos multiplicaciones milagrosas de los panes (131), levantando primero los ojos al cielo, como debió de hacerlo también en el cenáculo. Antes de distribuir el pan a sus discípulos, les dijo: "Tomad y comed", y en seguida pronunció esta frase sa-

(126) Joan., VI, 22-72.

(127) I Cor., XI, 23-25. Esta epístola fué compuesta hacia el año 53.

(128) Matth., XXIV, 26-29; Marc., XIV, 22-25; Luc., XXII, 19-20; I Cor., XI, 23-25.

(129) Véase el tomo III, pág. 237.

(130) Act., II, 46; XX, 7, 11; I Cor., X, 16; XI, 24; San Ignacio de Antioquía, *Epist. ad Eph.*, 20. El de Eucaristía le viene de la palabra griega *εὐχαριστήσας* con que San Lucas denota la bendición, así del pan como del vino; San Pablo, la del pan; San Mateo y San Marcos, la del vino. A la letra, "habiendo dado gracias (a Dios)".

(131) Matth., XIV, 19; Marc., VI, 41; Luc., IX, 16; Joan., VI, 11.

cramental "Este es mi cuerpo, que es dado por vosotros" (132).

Para que el banquete del divino amor fuese completo era menester una bebida apropiada. La copa que había circulado ya varias veces durante la cena legal va a traer a los apóstoles un licor divino. No tenía la forma de nuestros cálices actuales. Era, según los datos arqueológicos, un cubilete de poca profundidad, de boca muy ancha, provisto de un pie muy bajo y con dos asas pequeñas, imitación de los modelos griegos y romanos según costumbre judía de aquellos tiempos (133). En esta misma copa vertió Jesús vino tinto, que siempre ha sido en Palestina el más común, y también un poco de agua, según la tradición. El ritual judío prescribía expresamente que así se hiciera en las copas de la cena legal (134). Después de estos breves preparativos, el Salvador pronunció sobre la copa, como antes lo había hecho sobre el pan, la fórmula usual de bendición. La levantó en seguida un poco y la consagró, diciendo: "Bebed de esto todos. Porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para la remisión de los pecados" (135). Entonces la copa fué pasando de mano en mano entre los Once, "y bebieron de ella todos", añade San Marcos.

De este modo, tan sencillo y admirable, el Señor, cumpliendo la amorosísima promesa que meses antes había hecho a los apóstoles de darles su carne en alimento y su sangre en bebida, instituyó el Sacramento del Altar. Ante don tan noble y generoso, quizá fuera lo mejor callarnos y adorar, según frase de Fenelón; nos contentaremos con exponer la significación y alcance de las palabras que Jesucristo empleó para consagrar el pan y el vino. Hemos citado en nota las variantes de las cuatro redacciones auténticas; el lector ha podido comprobar por sí mismo que son ligeras y no afectan al sentido. Unas fórmulas

(132) San Mateo y San Marcos no citan más que las cuatro primeras palabras, a las que San Lucas añade: *τὸ ὑπὲρ ὑμῶν διδόμενον* (Vulg., *quod pro vobis datur*), "que es dado por vosotros". San Pablo se contenta con decir: *τὸ ὑπὲρ ὑμῶν*, "el cual por vosotros".

(133) Smith, *Dictionary of the Bible*, t. I, art. Cup.

(134) Lightfoot, *De minister. templi*, XIII, 3.

(135) Hemos citado estas palabras según el texto de San Mateo. Las palabras "para el perdón de los pecados" faltan en la de San Marcos. Según San Pablo, Jesús dijo: "Este cáliz es la nueva Alianza en mi sangre." Más completa aún es la fórmula que trae San Lucas: "Este cáliz (es) la nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros."

son más breves, otras más completas: sólo en esto difieren. No olvidemos que Jesús se expresó en arameo y que las fórmulas eucarísticas, como, en general, todas las sentencias de Jesús, sólo nos han sido conservadas en una traducción griega. Esto basta para explicar las leves variantes que hemos indicado. Pero no es posible determinar con certeza cuáles de las ocho fórmulas son las que ofrecen mayores seguridades de referir las palabras precisas que pronunció Jesucristo. En el fondo, todas son exactas y nos dan el verdadero pensamiento del Salvador. Parecidas diferencias se notan en las liturgias antiguas (136), que, en vez de adoptar una u otra de las fórmulas bíblicas, así para la consagración del pan como para la del vino, las combinan entre sí de distintas maneras, sin quitarles nada, pero alargándolas algo.

Estudiémoslas brevemente para precisar bien su significado (137). Los labios del Hombre-Dios profirieron pocas palabras más importantes que éstas, pues sirvieron para instituir a la par el Sacramento de la Eucaristía, el sacrificio de la nueva alianza y el sacerdocio cristiano. La fórmula con que Jesús consagró el pan nos ha sido transmitida idénticamente por los cuatro documentos en su parte principal. "Este es mi cuerpo." Este lenguaje es de una claridad perfecta. El pronombre demostrativo "éste", que está en el texto griego y en nuestra versión latina en género neutro, significa de un modo general lo que Nuestro Señor tenía entonces en sus manos, y que se disponía a distribuir a los apóstoles. En frases de esta índole el idioma arameo no empleaba verbo. "Este, mi cuerpo", decía enérgicamente, o aún con más fuerza, añadiendo un segundo pronombre: "Este, él, mi cuerpo." Como el genio de las len-

(136) Algunas hemos incluido en nuestro comentario al Evangelio de San Lucas, pág. 364.

(137) No entra en nuestro plan estudiarlas dogmáticamente. Para esto remitimos a nuestros lectores a los grandes teólogos. Véanse también algunas obras especiales: el Cardenal Wiseman, *The real presence of the body and the blood of Our Lord Jesus Christ*, Londres, 1855 (excelente tratado traducido en las *Démonstrations évangéliques*, de Migne, en el tomo XV); Franzelin, *Tractatus de SS. Eucharistiae sacramento et sacrificio*, 1868; W. Koch, *Das Abendmahl im Neue Testament*, 1911; Mgr. Batiffol, *L'Eucharistie, la présence réelle et la transsubstantiation*, quinta edic., 1913; los Dictionarios de la Biblia y de Teología, en la palabra Eucaristía; en particular el artículo del P. Lebreton, en el *Diction. apologetique de la foi catholique*, en el tomo I. Véase también el apéndice VII.

guas indoeuropeas pide el verbo, fué menester incluirlo, pero sin modificar sensiblemente la locución empleada por Cristo; mas por eso mismo es más evidente que la proposición "Este es mi cuerpo"—y lo mismo se ha de decir de la otra: "Esta es mi sangre"—no pueden significar: "Esto figura mi cuerpo, simboliza mi sangre", como tantas veces se ha pretendido, siguiendo a Zwinglio. Una sola interpretación es gramatical y lógicamente posible: Esto que veis, esto que voy a daros para que lo comáis, es realmente mi cuerpo, a pesar de las apariencias. No era su carne, su propia carne, oculta, es verdad, debajo de las especies del pan, la que Jesús había prometido a sus discípulos, como un alimento celestial muy superior al maná? (138). Y cuando muchos de sus oyentes se escandalizaron, porque suponían que quería que comiesen sus miembros cortados en trozos y ensangrentados, no se retractó, porque si los hombres se engañaban groseramente en cuanto al modo de la alimentación propuesta, interpretaban bien, en el fondo, la intención del Salvador. Así, pues, en las fórmulas "Este es mi cuerpo", "Esta es mi sangre", el sujeto y el atributo tienen entre sí relaciones de absoluta identidad. Mientras Jesús pronunciaba estas frases tan sencillas, obrábase un cambio de sustancia, en virtud de su voluntad omnipotente: el pan se convertía en su carne y el vino en su sangre.

Esta interpretación no sufre la menor duda. Esta es la que entendieron los apóstoles, ésta es la que, por su predicación, se extendió en la Iglesia primitiva; ésta, la que expone San Pablo, no sólo cuando describe lo que él llama "la comida del Señor", es decir, la institución misma del Sacramento, sino más claramente aún cuando añade: "Quienquiera que coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor" (139); ésta es también la de los Padres del siglo II, y en particular del autor de la *Didaké*, de San Ignacio de Antioquía, de San Justino, de San Ireneo, de Tertuliano y de todos sus sucesores (140). Podemos, pues, aun antes de acabar esta explicación de las fórmulas de la consagración,

(138) Joan., VI, 54-57.

(139) I. Cor., XI, 27.

(140) Véanse las citas en el P. Monsabré, *Explication du dogme catholique*, t. II, quinta edic., págs. 42-49, y en las obras de Teología.

decir con Bossuet: “¡Qué sencillez, qué claridad, qué fuerza en estas palabras! Si Jesús hubiera querido dar una señal, una pura semejanza, habría sabido decirlo... Cuando propuso semejanzas, supo muy bien dar a su lenguaje el giro necesario para que nadie dudase jamás de ello: Yo soy la puerta... Yo soy la vida... Cuando hace comparaciones o símiles, los evangelistas saben decir muy bien: Jesús dijo esta parábola o hizo esta comparación. Aquí, sin preparar nada, sin atenuar nada, sin explicar nada ni antes ni después, nos dicen a secas: Jesús dijo: Este es mi cuerpo, Esta es mi sangre; mi cuerpo dado, mi sangre derramada: he ahí lo que os doy... Una vez más, ¡qué claridad, qué precisión, qué fuerza! Pero a la vez qué autoridad y qué poder en estas palabras... Este es mi cuerpo, y es su cuerpo. Esta es mi sangre, y es su sangre. ¿Quién puede hablar de esta manera sino quien todo lo tiene en su mano?... Alma mía, párate aquí, sin platicar más, pero con la misma sencillez, con la misma energía con que tu Salvador ha hablado, con todo el acatamiento debido a la autoridad y poder que ha manifestado... Yo enmudezco, yo creo, yo adoro” (141).

Hemos dicho que Jesús tomó de la cena legal que acababa de celebrar varios de los ritos de la cena eucarística. Así, pues, bendijo, partió y distribuyó el pan consagrado, del mismo modo que había bendecido, partido y distribuido los panes ácidos. Más aún: al partir el cordero había dicho, conforme al ritual de la fiesta: “Este es el cuerpo del cordero pascual.” Y del mismo modo a propósito del cáliz consagrado. Calcando así, en alguna manera, la cena nueva sobre la antigua, quería Nuestro Señor indicar la relación que había entre la figura y la realidad. Pero vese también que, si la antigua fórmula con que se presentaba el cordero pascual a los convidados denotaba un verdadero cuerpo, en carne y hueso, la fórmula nueva no podía significar tampoco más que un cuerpo verdadero, el cuerpo de Cristo y por ningún caso un simple símbolo.

Ya hemos visto que a las palabras “Este es mi cuerpo”, San Lucas y San Pablo añaden: “Que es dado por vosotros”, y que San Lucas completa asimismo las otras palabras: Mi sangre, “que será derramada por vosotros”. Estas palabras

(141) *Méditations sur l'Evangile*, última semana, día 22.

tienen aquí altísimo valor, pues nos revelan una eficacia especial de la acción de Jesucristo. Entendía Jesús que su acción era un sacrificio propiamente dicho, una inmolación mística de todo su ser humano, que antecedió en algunas horas a su inmolación cruenta del día siguiente, y que ofrecía a su Padre, “por la salvación de muchos, por la remisión de los pecados”, pues tal era el fin principal de su pasión y de su muerte.

Su sangre divina, derramada por nosotros hasta la última gota, producirá aún otro precioso efecto. El mismo lo indica al presentarla como “la sangre de la nueva alianza”. La alianza del Sinaí, pactada entre Jehová y los hebreos, había sido celebrada y sellada con la sangre de muchas víctimas (142). Moisés, rociando al pueblo con aquella sangre, había exclamado: “Esta es la sangre de la alianza que Dios ha pactado con vosotros.” Jesús quiere igualmente inaugurar y sellar con sangre, pero con la suya propia, la nueva alianza, predicha mucho tiempo antes por Jeremías (143), y cuyo glorioso mediano es el Mesías.

Y no hemos enumerado aún todas las riquezas que Jesús nos legó en la última cena. En dos ocasiones, según la narración de San Pablo (144), es decir, inmediatamente después de la consagración del pan y después de la del vino, pronunció Jesús estas otras palabras: “Haced esto en memoria mía”, con las cuales la Eucaristía queda convertida en institución permanente. La Pascua judía, renovándose todos los años, era al pueblo israelita perpetuo recuerdo de la alianza del Sinaí. Tampoco quiso el Salvador que la Pascua cristiana fuese un episodio transitorio: de ahí que, al mismo tiempo que el Sacramento de la Eucaristía, instituyó el del Orden, dando a sus apóstoles, y en ellos a todos sus sucesores en el sacerdocio, el poder de convertir el pan y el vino en su cuerpo y su sangre, como lo acababa de hacer El mismo. Así su Iglesia tendrá siempre un precioso y vivísimo memorial de la pasión, de la muerte y del amor de Jesucristo. La Eucaristía, renovada cada día en los altares cristianos del mundo entero, conmemo-

(142) Ex., XXIV, 5-8; Hebr., IX, 18-26.

(143) Jer., XXXI, 31-37.

(144) I Cor., XI, 24 y 25. San Lucas, XXII, 19, no cita más que una vez esta orden, luego de la consagración del pan. San Mateo y San Marcos la omiten.

rará, al modo del cordero pascual, una liberación, pero una liberación superior, universal, obrada en la cruz por Nuestro Señor Jesucristo. No hay verdadera religión sin sacrificios y, por lo mismo, sin sacerdocio. Jesús, en su inmolación del día siguiente, será nuestra víctima cruenta; pero esta víctima, de precio infinito, será El mismo quien la ofrezca, a título de soberano sacerdote de la nueva alianza. Mas ni aun esto bastó a su generosa bondad, sino que resolvió quedarse exterior y corporalmente en medio de nosotros, aunque debajo de humildísimas apariencias, y sacrificarse sin interrupción por nosotros a su divino Padre, como víctima incruenta. Por esto creó sacerdotes, cuyo principal ministerio consiste en renovar perennemente el sacrificio del Calvario, en la forma que El mismo lo había hecho en el cenáculo, es decir, debajo de las especies de pan y de vino.

Los apóstoles entendieron bien que tal era realmente el sentido de las palabras "Haced esto en memoria mía"; sobre que es muy probable que recibieron acerca de este punto instrucciones más completas del Salvador resucitado. Ello es que, inmediatamente después de Pentecostés (145), los vemos celebrar en las asambleas de los fieles los ritos eucarísticos, a los que entonces se daba el significativo nombre de "fracción del pan" porque, antes de consagrar el pan, lo partían en trozos, como lo había hecho el mismo Jesús. Testigo segurísimo de esta práctica es el apóstol San Pablo, que la menciona en sus epístolas (146); ya vimos su testimonio confirmado por los escritores eclesiásticos más antiguos. Los monumentos cristianos de los primeros siglos son también muy instructivos en este punto (147). En efecto, la frase "Haced esto en memoria mía" contiene un verdadero mandato, y no puede recibir más que esta interpretación: Vosotros, a vuestra vez, tomad pan y vino; consagradlos usando las fórmulas que acabáis de oír; en vuestras manos, como ahora en las mías, estas sustancias se convertirán en mi carne y en mi sangre, de que os alimentaréis para vivir mi propia vida. Y este poder no es limitado: "Haced

(145) Act., II, 42.

(146) Act., XX, 7, 11; I Cor., X, 16.

(147) Cf. Cabrol, *Diction. d'archéologie*, t. II, segunda parte, columnas 3045-3048.

esto", mañana, siempre, en todos los lugares, y yo obedeceré a vuestra voz omnipotente.

Quédanos aún que explicar otra frase de Nuestro Señor a propósito de la Eucaristía. Mientras hacía circular el cáliz con su contenido divino, dijo a los Once. "Bebed de él todos"; y San Marcos se cuida de advertir que, obedeciendo al mandato de Jesús, "bebieron todos de él". Ya dijimos que nos parece probable que la copa que Jesucristo consagró fuese la tercera de la cena legal, llamada "copa de bendición" (148). Creemos, con otros muchos comentadores, que las palabras "Bebed todos de él" nos dan la clave de una interpretación más sólida. Según el ritual pascual de los judíos al fin del banquete, a petición de algunos convidados, se podía servir una quinta copa de vino, que no era, como las cuatro primeras, obligatoria. Si esta quinta copa fué la que Jesús consagró, se entiende mejor la insistencia con que dice a los apóstoles: "Bebed todos de él", pues quería que ninguno de ellos se dispensase de gustar de este cáliz lleno de su sangre. Tal fué, a lo que nos parece, la verdadera copa eucarística.

Holgaríamos de conocer todos los pormenores de esta solemne y última noche del Salvador. De ahí que algunos se han preguntado si él mismo tomó su parte del pan y vino consagrados. Como en todas las cuestiones de este género, en que no se tiene por guía para formar juicio más que razones de conveniencia, se han propuesto contradictorias opiniones. San Juan Crisóstomo (149), San Jerónimo (150), San Agustín (151), Santo Tomás de Aquino (152), etc., responden afirmativamente a esta cuestión; en cambio, otros muchos se inclinan a la respuesta negativa, pues creen que la comunión requiere, cuando menos, dos seres distintos. Más aún: cuando Jesús dió a sus apóstoles el cáliz consagrado, pronunció estas otras palabras, citadas por los tres sinópticos: "Porque dígoos que de hoy más no beberé del fruto de la vid, hasta el día en que le beba de nuevo con

(148) Página 185.

(149) *Homil.*, LXXXII, in *Matth.*, h. 1.

(150) *Epist. ad Hedib.*, quaest. 2: *Ipse conviva et convivium; ipse comedens et qui comeditur.*

(151) *De doctr. christ.*, II, 3.

(152) *Summa theolog.*, p. III, q. 81, a. 1.

vosotros en el reino de mi Padre" (153). Con este lenguaje, casi calcado en el que los judíos usaban para bendecir las copas pascuales, ¿no se excusaba en cierto modo el divino Maestro de beber del cáliz eucarístico? Sea como fuere, no puede desconocerse la solemne grandeza de estas palabras. Con ellas anuncia Jesús una vez más que su muerte estaba muy próxima, pues vienen a decir que aquella comida era la última en que participaría aquí abajo. Por otra parte, al trasladar Jesús a sus apóstoles a la época, lejana, es verdad, en que se reunirán con él de nuevo en la otra vida y participarán todos juntos de las delicias del cielo, que una vez más compara a un alegre festín, predice su glorioso triunfo. Y de esta manera, a su "adiós" de despedida añade un "hasta la vista" lleno de dulcísimas esperanzas (154).

Si la institución de la Eucaristía tuvo lugar en el orden que hemos indicado, el himno de acción de gracias que mencionan San Mateo y San Marcos (155) fué el gran *Hallel*, conforme a las reglas tradicionales (156). Luego entre el Maestro y los discípulos se entabló una conversación íntima, de la cual hallamos fragmentos considerables en los cuatro evangelistas, y particularmente en San Juan. San Mateo y San Marcos, cuya narración es muy lacónica, parecen insinuar que Jesús, inmediatamente después de la cena, salió del cenáculo para ir hacia Getsemaní; en este caso, la conversación habría comenzado en el camino. Pero San Lucas y San Juan nos dicen formalmente que la conversación se prolongó por algún espacio en el cenáculo; el autor del cuarto Evangelio nos indicará también, de manera muy precisa, el momento de la partida (157).

Primeramente, el Salvador hizo tres predicciones. Comenzó profetizando a los once apóstoles que hasta entonces le habían permanecido fieles la triste cobardía con que iban a abando-

(153) Matth., XXVI, 29; Marc., XIV, 25; Luc., XXII, 18. Antes había expresado el Salvador un pensamiento semejante, a propósito de la comida de la Pascua. Cf. Luc., XXII, 15-16.

(154) Tal fué el fin de su institución, Ex., XII, 14; XIII, 9.

(155) Matth., XXVI, 30; Marc., XIV, 26.

(156) Pág. 184. No, como dice la leyenda, en una oración improvisada. Cf. *Acta Joannis*, tercera edic., t. II, págs. 197-198.

(157) Luc., XXII, 31, 39; Joan., XIII, 36; XIV, 31. En todo este episodio, el texto de San Mateo y de San Marcos es muy semejante. San Lucas y San Juan siguen rumbos independientes.

narle, aterrados por el miedo (158). "Todos vosotros padeceréis escándalo en mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño." Varias veces había puesto Jesús a sus apóstoles en guardia contra el escándalo, es decir, contra todo lo que pudiera serles ocasión de caída (159); pero nunca había recaído la advertencia sobre punto tan grave ni les había anunciado caída tan desoladora. Y todos iban a sucumbir; todos, sin excepción; hasta Pedro, y Santiago, y Juan (160). Eso no obstante, la deserción sería momentánea, no un abandono completo. El golpe que iba a herir al Salvador iba a ser ocasión de caída para sus discípulos, según había predicho el profeta Zacarías (161) en un lenguaje figurado, que Jesús cita con cierta libertad. Según el texto hebreo, Dios, dirigiéndose majestuosamente a una espada exterminadora, le dice: "Levántate, espada, sobre mi pastor...; hiere al pastor, y serán dispersas las ovejas." En la aplicación que Jesús hace de este pasaje, el pastor fiel que será llevado a cruel muerte por su propio pueblo es El mismo; las tímidas ovejuelas que se espantan y huyen y se dispersan cuando su pastor es víctima de un atentado simbolizan a los apóstoles, cuya fe, aunque tan viva, no resistiría el choque de los terribles acontecimientos que iban a presenciar. Para confortarlos y consolarlos de antemano, el buen Pastor promételes afectuosamente que él no los desamparará y que los volverá a reunir a su lado en cuanto las circunstancias lo consientan: "Mas después que resucitare, iré delante de vosotros a Galilea." En esta provincia, donde Jesús y su diminuto rebaño habían sido tan dichosos, reunirá a sus ovejas dispersas y las hará gozar de su triunfo. Lo cual no excluye, ciertamente, los consuelos que antes les otorgará en Jerusalén misma, con sus primeras apariciones. Notemos una vez más el cuidado con que Nuestro Señor asocia el anuncio de su resurrección al de su pasión y muerte.

Después, volviéndose hacia Pedro, le dijo gravemente: "Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha reclamado para zaran-

(158) Matth., XXVI, 31-32; Marc., XIV, 27-28; Luc., 31-32.

(159) Matth., XVIII, 6-9; XXIV, 10; Marc., IV, 7; Luc., VII, 23; etc.

(160) Las palabras πάντες ὑμεῖς de San Mateo (Vulg., *omnes vos*), y τῶντες de San Marcos (*omnes*), colocadas delante de la frase, son muy significativas en este lugar.

(161) Zach., XIII, 7.

dearos como trigo; mas yo he rogado por ti, para que no decaezca tu fe; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos" (162). Palabras de manifiesta importancia en el orden dogmático. Con ellas hacía Jesús a su apóstol una magnífica promesa, semejante a aquella otra con que meses antes había recompensado su gloriosa confesión (163). Pero aquí la promesa está como rodeada de un velo, pues supone, tanto para Simón Pedro como para los demás apóstoles, peligros morales de suma gravedad, porque descubre que Satanás está haciendo esfuerzos inauditos por perderlos. Como antiguamente, en el caso del Santo Job (164), parece como que el príncipe de los demonios ha pedido a Dios y obtenido el permiso de tentar a los otros apóstoles que habían permanecido fieles, a fin de hacerlos semejantes a Judas. Quería "cribarlos", es decir, usar de medios violentos para quebrantar su fe y aniquilar así la Iglesia de Cristo en sus mismos fundamentos. Pero a la petición y esfuerzos de Satanás Jesús ha opuesto ya su oración, y opondrá en adelante su poder omnipotente, para salvar a los suyos, o, por mejor decir, para salvar en primer lugar a la cabeza del cuerpo apostólico. Es muy digno de notar el cambio de pronombre. De una parte: "Satanás os ha reclamado"; de otra: "Yo he rogado por ti." Todos están amenazados de las asechanzas del demonio, y, sin embargo de eso, Cristo ha rogado especialmente por Pedro. Era, por tanto, de suma importancia que su fe no experimentase un total desfallecimiento.

No es menos significativo lo que sigue. No obstante que Jesús sabe que su oración ha sido inmediatamente escuchada, sus últimas palabras insinúan, de parte de Pedro, una caída que luego será predicha en términos más claros. Mas esta caída será transitoria, y no romperá definitivamente los lazos que unían al apóstol con su Maestro. Se levantará pronto, y desde ahora recibe la misión de afianzar y establecer en una fe sólida a los demás apóstoles sus hermanos, y, por eso mismo, a todo el conjunto de los fieles. Los *Hechos de los Apóstoles* nos lo presentan trabajando admirablemente en esta obra, no perdiendo esfuerzo, hablando, obrando, exponiéndose sin miedo a

(162) Luc., XXII, 31-32.

(163) Matth., XVI, 16-19.

(164) Job., I, 6-12; II, 1-7.

peligro, cumpliendo siempre el encargo que Jesús le había encomendado. Tenemos, pues, aquí una frase paralela al *Tu es Petrus*, que establece con claridad y vigor el primado de San Pedro como cabeza de la Iglesia de Cristo, su infalibilidad doctrinal y la transmisión de este doble privilegio a todos los Papas sus sucesores (165).

No se le ocultó a Pedro que el Salvador, aun confiriéndole insignes prerrogativas, no fiaba enteramente de su firmeza; así que, no escuchando más que el ímpetu de su amor, replicó al punto con esta ardiente protesta (166): "Señor, aparejado estoy para ir contigo aun a la prisión y a la muerte; aunque todos se escandalicen en ti, mas yo no." Era sincero al hablar así; pero caía en el grave yerro de presumir demasiadamente de sus fuerzas, de anteponerse a los demás apóstoles y fiar más de su firmeza que de la palabra soberana de Cristo. Jesús, que le conocía harto mejor que él a sí mismo, le respondió gravemente—y ésta fué la tercera de las predicciones a que antes aludimos—: "En verdad te digo hoy que esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, tú me negarás tres veces." Ahora ya no se contenta Jesús con una insinuación, como la vez anterior, sino que afirma en términos precisos y categóricos la próxima y reiterada negación de su apóstol. El segundo canto del gallo es una particularidad de San Marcos, que supo esta circunstancia de labios del mismo San Pedro. Era ésta una circunstancia agravante, pues el apóstol, ya advertido de Jesús, hubiera debido andar más prevenido o, cuando menos, mostrar arrepentimiento en cuanto oyó al gallo lanzar por primera vez su estridente grito (167).

Como Jesús mantuvo su predicción, así Pedro mantuvo tam-

(165) Véanse los teólogos, en el tratado *De ecclesia*; en particular Be-larmino, *Controv.*, III, de *Rom. Pontif.*, lib. IV, caps. II-VII.

(166) Acerca de este incidente, cf. Matth., XXVI, 33-35; Marc., XIV, 29-31; Luc., XXIII, 33-34; Joan., XIII, 36-38. Los dos primeros sinópticos son los que nos dan más noticias.

(167) Los griegos llamaban *αλεκτροφωνία*, "canto del gallo", a la tercera "vigilia", o parte de la noche, que comprendía de media noche hasta las tres de la mañana, porque entonces es cuando el gallo deja oír su canto matinal. Fundándose en esto algunos comentadores, creyeron que Nuestro Señor se había referido a esta parte especial de la noche. Los latinos la llamaban *gallicinium* (Plinio, *Hist. nat.*, X, 21; Amiano Marcel., XXII; Juvenal, IV, 107-108). Pero mejor es dejar a sus palabras la significación general que admitía ya la versión siríaca: Antes que pase la noche.

bién su protesta, reforzándola como mejor supo: "Aunque fuera menester que yo muera contigo—replicó impetuosamente—no te negaré." Y ni aun aquí se contuvo, sino que, como conserva San Marcos con una muy expresiva locución (168), "pedro añadía aún más". Es el mismo Pedro que ya conocemos; tan bien retrado está aquí, que este breve relato lleva impreso el sello de la autenticidad.

Los demás apóstoles, llevados del ejemplo de Pedro, y dolidos también de que el Salvador no fiara de su constancia, declararon a su vez, con el mismo vigor, que estaban decididos a sufrir la muerte antes que ser infieles a tan buen Maestro. Jesús, para no contristarlos más, no les replicó; fuera de que estaban tan excitados, que no hubieran entendido sus avisos ni hecho caso de sus advertencias. Desviando, pues, la conversación, les recordó los felices tiempos en que los envió por primera vez a anunciar la buena nueva por toda Palestina, especialmente por Galilea, y les preguntó: "Cuando os envié sin bolsa, y sin alforja, y sin calzado (169), ¿por ventura os faltó alguna cosa?" Respondieron todos a una: "Nada" (170). En efecto, el Maestro era entonces popularísimo, y todos rivalizaban en mostrar benevolencia a sus enviados, que no necesitaban ir cargados de provisiones ni de bagajes superfluos. Pero, en lo venidero, todo va a cambiar, según les explica Nuestro Señor en dramático lenguaje: "Pues ahora, quien tenga bolsa, tómela, y también alforja, y el que no la tenga, venda su túnica y compre una espada. Porque os digo que es menester que se cumpla en mí aún esto que está escrito: Y fué contado con los inicuos. Porque las cosas que miran a mí tocan a su término." Como los predicadores del Evangelio no podrán ya contar con una hospitalidad generosa ni con demostraciones de amistad, y habrán de hallarse en país enemigo (171), tendrán que proveerse de dinero, de vestidos y alimentos, y aun de armas con que defenderse de los peligros que amenazarán su vida. Su Maestro ha sido ya declarado fuera de la ley; idéntica suerte les aguarda

(168) Ἐκ περισσῶς ἐλάλει (Vulg., *amplius loquebatur*). A la letra: "hablaba sin mesura". con su impetuosidad acostumbrada.

(169) Matth., X, 5-9; Marc., VI, 8-9; Luc., IX, 3.

(170) San Lucas, XXII, 34-38, es el único que narra esta parte de la conversación que siguió a la cena.

(171) Cf. Matth., XXIV, 9-13; Marc., XIII, 9-13; Luc., XXI, 12-17.

a ellos. ¡Comprar una espada para defenderse! Seguramente que nada había tan opuesto a los principios del Salvador como el propósito de convertir al mundo al estilo de Mahoma, con la violencia. Esta recomendación era puramente simbólica, y venía a decir: Esperad el odio y toda suerte de peligros. El vaticinio "Y fué contado con los inicuos", que Jesús incluye en esta breve alocución, está tomado del capítulo LIII de Isaías (172), donde con tanta elocuencia se predicen los padecimientos y las humillaciones del Mesías. "Era menester", según el plan divino, que esta profecía, como tantas otras, tuviese cabal cumplimiento, y pronto veremos al Salvador crucificado entre dos ladrones.

Los apóstoles, cándidamente, interpretaron a la letra las palabras de Jesús, y respondieron: "Señor, he aquí dos espadas." Quizá las habían llevado consigo de Galilea, en previsión de los peligros que su Maestro y ellos mismos pudieran correr en Jerusalén. No tardaremos en ver una de estas dos espadas—eran unas espadas cortas (173)—en las manos de San Pedro, en Getsemaní. "Basta", replicó Nuestro Señor, que, con esta locución general, indicaba que no quería llevar la conversación más adelante en este punto, ya que tan mal interpretaban su pensamiento.

IV.—EL DISCURSO QUE SIGUIÓ A LA CENA. LA ORACIÓN SACERDOTAL DE JESÚS.

El divino Maestro se recogió un instante; luego pronunció el incomparable discurso que llena tres capítulos del cuarto Evangelio (174). En estas páginas se unen, por modo admirable, una nobleza verdaderamente divina y una suavísima sencillez. La mayor parte de las sentencias son fáciles de entender. Entiéndeselas sin trabajo, o al menos se cree entenderlas a la primera lectura; pero cuando se intenta penetrar más adentro, descúbrese que son profundas como el cielo, y se convence uno de que sólo Dios puede usar semejante lenguaje.

(172) Is., LIII, 12.

(173) En griego, *ἀγίαιρα*.

(174) Joan., XIII, 31—XVI, 33.

Aun en el cuarto Evangelio, donde la sublimidad llega a ser habitual, en ninguna parte fuera del prólogo (175) se hallan pasajes comparables a este discurso y a la oración que le sigue, veneros de riquezas teológicas, y particularmente de pruebas de la divinidad de Jesucristo (176).

“Discurso de despedida, o Testamento del Salvador: estos dos nombres expresan bien la idea dominante, en torno de la cual se agrupan todos los demás pensamientos. Dentro de unas horas va a morir Jesús; antes de separarse de sus apóstoles le dirige sus últimas palabras, palabras de consuelo, de avisos, de recomendaciones. En estos breves momentos de intimidad, agópanse en su corazón los sentimientos, y, como un moribundo, los derrama con inefable suavidad y dulzura sobre aquellos a quienes ama. De ahí ese vaivén de los pensamientos, que es más aparente que real..., pues su encadenamiento lógico, aunque a veces poco visible, nunca se interrumpe. ¡Con qué emoción se sigue esa ondulación del pensamiento que ahora deja un asunto, ahora lo toma de nuevo! (177).

“La idea capital y céntrica del discurso es, pues, la de la próxima separación, en la que los demás conceptos vienen, digámoslo así, a ingerirse” (178). Naturalmente, esa idea envuelve como con un velo de tristeza todo el conjunto; pero a la vez la esperanza, o, mejor dicho, la certeza de volver a verse y la firmísima confianza de Jesús en la victoria final. Son como un rayo de sol que todo lo ilumina. El tono del discurso es grave, conmovido, afectuoso, solemne. El Salvador se expresa de continuo como si ya su pasión hubiese tenido cumplimiento y como si ya sus discípulos actuales y venideros hubiesen recogido los felices frutos de la misma. El orden de exposición es en todo conforme a la psicología. Pronunciada ya la palabra de “partida” (179), Cristo se apresura a consolar a los apóstoles, poniéndoles ante los ojos los felices efectos que para ellos y para

(175) Joan., I, 1-18.

(176) Véase Corluy, *Commentarius in Evang. S. Joannis*, segunda edición, págs. 392-400.

(177) Jesús habla cinco veces del Paráclito (Joan., XIV, 16-17, 25-26; XV, 26; XVI, 8-15, 23-25), tres veces de las relaciones de la Iglesia con el mundo (XIV, 22-24; XV, 18-25; XVI, 1-3), y diferentes veces de su partida y su retorno.

(178) L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Jean*, págs. 273-274.

(179) Joan., XIII, 31-38. Más especialmente en el versículo 33.

El mismo resultarán de la separación (180). Exhórtalos luego a mantenerse íntimamente unidos con El y entre ellos mismos con los lazos de una caridad indefectible (181). En fin, les avisa lo que les espera en el porvenir, y opone a las predicciones dolorosas el contrapeso de brillantes promesas de victorias y de felicidad (182). La fe es el asunto del discurso en el capítulo XIV; el amor, en el XV, y la esperanza, en el XVI.

“Si miramos a lo puramente externo del discurso, las palabras “Levantaos y vamos de aquí” (183) lo dividen en dos partes. La primera (184) es algo más familiar; es una manera de diálogo con los apóstoles. Tomás, Felipe y Judas (Tadeo) sucesivamente hacen a su Maestro preguntas, a las que El responde con su usada bondad. La segunda parte es más grave y solemne: fuera de dos interrupciones de los apóstoles, es un discurso seguido” (185).

Un breve exordio anuncia la separación, tan próxima ya, e indica sus felices resultados (186):

“Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado, y Dios ha sido glorificado en El. Si Dios ha sido glorificado en El, Dios también lo glorificará a El en sí mismo, y le glorificará luego. Hijitos, no estaré ya con vosotros sino por poco tiempo. Me buscaréis, y así como dije a los judíos: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir, lo mismo os digo ahora a vosotros. Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros; que como yo os he amado, vosotros os améis también los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.”

El comienzo es grandioso. El evangelista, que no ha referido la institución de la Eucaristía, pone este discurso inmediatamente después de la salida de Judas. Hasta entonces, la presencia del traidor había oprimido el corazón de Jesús e impe-

(180) Joan., XIV, 1-31.

(181) Joan., XV, 1-27.

(182) Joan., XVI, 1-33.

(183) Joan., XIV, 31b.

(184) Joan., XIII, 31; XIV, 31.

(185) L. Cl. Fillion, *op. cit.*, pág. 274. Acerca de la autenticidad del discurso véase el apéndice VII. Con harto sentimiento nos vemos precisados a no tocar sino muy ligeramente las principales ideas de esta obra maestra de la elocuencia de Jesús. Remitimos a nuestros lectores a los comentarios del Evangelio según San Juan y a las dos obras siguientes: P. Keppler, *Unseres Herrn Trost; Erklärung der Abschiedsreden und des hohenpriesterlichen Gebetes Jesu*, 1887; Swete, *The last Discourse and Prayer of Our Lord, a Study of St. John, XIV-XVII*, 1914.

(186) Joan., XIII, 31-35.

dido estas efusiones; después que Judas salió del cenáculo, el Salvador, en dulce intimidad, se deja llevar de un transporte sublime. El acento de estas primeras líneas es alegre y triunfante. Cristo considera su pasión como virtualmente acabada: se expresa, pues, como si la santísima gloria que a El y a su Padre había de redundar de ella estuviera ya lograda. La palabra "glorificar", repetida cinco veces en este canto de victoria, da fuerte realce al pensamiento. Dios glorificará al Hijo del hombre; pero el fin principal de la vida humana de Cristo había sido glorificar a su Padre; admirable intercambio de honores que mutuamente se procuraban.

Mas para ir al cielo a gozar de la inmensa gloria que le estaba reservada, Jesús tenía que dejar a sus queridos apóstoles. ¡Con qué ternura prepara a sus "hijitos" para esta cruel separación! Les recuerda que en otra ocasión (187) había anunciado su partida a sus enemigos; pero entonces, en forma de una grave amenaza, pues la ruptura entre ellos y El era absoluta; mas a sus discípulos solamente los dejará por algún tiempo, como luego declarará más ampliamente. Mientras llega la hora de su vuelta, encárgales vivan muy unidos por la práctica de la caridad fraterna. "Amaos los unos a los otros": ¡cómo insiste en este precepto, proponiéndolo primero, repitiéndolo después para precisar el modo y reiterándolo nuevamente para encarecer más su extremada importancia! Es, dice, "un mandamiento nuevo". Era ya parte integrante de la ley mosaica, donde se halla con todas sus letras (188); pero, en la práctica y en la realidad de la vida judía, no pasó de los límites de una benevolencia restringida; mas aquí Jesús lo amplía, lo completa y verdaderamente lo renueva. ¿No es caridad inaudita hasta entonces la que llega a dar su vida por el prójimo, a ejemplo del mismo Jesús? Los primeros cristianos cumplieron fielmente este hermoso precepto. "Ved cómo se aman unos a otros" decían de ellos los gentiles (189), admirados de aquel espectáculo, tan raro en el paganismo.

El buen Maestro, viendo a sus discípulos conturbados por las desoladoras predicciones que les acababa de hacer, sugie-

(187) Joan., VII, 34.

(188) Lev., XIX, 18. Cf. Matth., XXII, 36-38.

(189) Tertuliano, *Apol.*, XXXIX.

reles diversos motivos de consuelo. Así el pensamiento como el lenguaje se remontan a alturas cada vez mayores. En primer lugar, les certifica que su partida actual no es una partida sin esperanza de retorno. Se va al cielo, al lado de su Padre, y allí les preparará un sitio; y mientras llega la hora de que vayan a ocuparlo, vivirá místicamente cerca de ellos en muy íntima compañía.

"No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho, pues voy a prepararos un lugar. Y cuando yo me hubiere ido y preparádoos un lugar vendré otra vez, y os tomaré conmigo, a fin de que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy lo sabéis, y sabéis el camino" (190).

¡Con qué suavidad y con qué motivos tan poderosos los conforta! Quiere que tengan en El una confianza inquebrantable, como en Dios mismo, pues El es Dios. Jamás se avendrá a vivir sin ellos. Así que, antes de reunirse con ellos para siempre en el cielo, sabrá muy bien volverlos a hallar aún aquí abajo, pues estará perpetuamente presente en su Iglesia de un modo, no por invisible menos real.

En este punto el apóstol Tomás interrumpió a Nuestro Señor para pedirle que les declarara más sus últimas palabras. "Señor—le dijo—, no sabemos adónde vas: ¿cómo, pues, podemos saber el camino?" Esta pregunta, hecha en nombre de todos, es sorprendente por su ingenuidad, pues Jesús acababa de decir que iba a su Padre, lo que manifestamente quiere decir: al cielo. Pero los apóstoles no se allanaban a creer que su Maestro iba a dejarlos y morir y volverse al cielo. La respuesta del Salvador es notable por su profundidad y belleza. Con sólo unas palabras indica el término de su viaje—va "al Padre"—y el camino que se ha de seguir para ir allí con El.

"Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. Si me hubierais conocido a mí, ciertamente hubierais conocido también a mi Padre, y pronto lo conoceréis, y lo habéis visto ya."

Jesús es el camino; ésta es la palabra principal; las otras dos ayudan a explicarla mejor. No le basta a Jesús enseñar el camino como lo haría un guía ordinario. El mismo es camino, por el cual guía a los suyos al modo de una madre, hasta lle-

(190) Joan., XIV, 1-4.

varlos al Padre. Es también personalmente la verdad que debemos conocer y la vida superior que debemos asimilarnos.

Aquí, nueva e ingenua interrupción, que proviene esta vez de Felipe: "Señor, muéstranos al Padre, y esto nos basta." El apóstol ha tomado a la letra las palabras "habéis visto al Padre", y quisiera una realización externa. Respondióle Jesús:

"¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habéis conocido? Felipe, quien me ve a mí, ve también al Padre. ¿Cómo, pues, tú dices: Muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo no las hablo de mí mismo: el Padre que mora en mí, él hace estas obras. ¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Creedlo, cuando menos, por mis obras."

Cada vez insiste más Nuestro Señor en las pruebas de su identidad con el Padre. Verle a El es también ver al Padre. El está en el Padre y el Padre en El, porque son de la misma naturaleza. Frecuentemente, en el Evangelio de San Juan, invoca Jesús el doble testimonio de sus palabras, es decir, de sus enseñanzas, y de sus obras, especialmente de sus milagros, para demostrar la divinidad de su naturaleza y de su misión (191). Habla y obra como Dios. ¡Qué tardos habían sido los apóstoles en comprender esta verdad! Felipe merecía esta reprensión paternal tanto más cuanto era uno de los primeros a quienes el Salvador había asociado a su vida (192).

La serie de ternísimos consuelos que acabamos de leer pudiera intitularse: El Cristo y el Padre. La que ahora vamos a ver se resume en estas palabras: Cristo y los apóstoles. Jesús aun después de haber dejado externamente a sus discípulos predilectos, les manifestará con varios hechos innegables su presencia invisible. Y, ante todo, les otorgará, debajo de la fe de juramento, el poder de hacer obras aún más asombrosas que las suyas, y escuchará todas sus demandas:

"En verdad, en verdad os digo que el que cree en mí hará también las obras que yo hago, y mayores que éstas las hará, porque yo voy al lado del Padre. Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo me pidiereis en mi nombre, yo lo haré" (193).

(191) Joan., III, 2; V, 17-36; VI, 27; VII, 16; VIII, 18, 26-29; X, 38; XI, 4, 25, 41-42, 47; XII, 49; XV, 24.

(192) Joan., I, 43-44.

(193) Joan., XIV, 12-14.

"El que cree en mí": es la fe condición indispensable; pero ¡qué maravillas no es capaz de producir! Los evangelistas nos han revelado la variedad, belleza, poder y riqueza de los milagros del Salvador. Nunca había visto la tierra cosa igual. Y, con todo eso, el divino taumaturgo promete a los apóstoles que ellos obrarán cosas aún mayores. Y, en efecto, sabemos que San Pedro y San Pablo, entre otros, hicieron prodigios tales, que el Salvador mismo parece que no los hizo (194). ¡Y qué lista más larga podríamos formar si, tomando en su acepción general las palabras "El que cree en mí", consultáramos sobre este punto los anales de la Iglesia! ¡Qué elocuentes son los nombres de Gregorio Taumaturgo y Francisco Javier, por no citar otros! Pero es probable que esta promesa de Nuestro Señor miraba mucho más lejos que a estos milagros particulares. Se refería, sobre todo, a la predicación de los apóstoles y de los primeros misioneros cristianos, que, por la inmensa extensión de su campo y el esplendor de su triunfo, sobrepujó a la predicación misma de Jesús.

A esta merced, Cristo, desde la mansión de la gloria, añadirá otras todavía. Cuando los apóstoles, y, en su manera, los demás creyentes, necesiten alguna gracia especial, bastará que la pidan al Padre en nombre de Jesús, y la obtendrán: promesa que aún oiremos varias veces en lo restante de este discurso de despedida (195). No es, pues, de extrañar que la Iglesia termine las más de sus oraciones oficiales con la hermosa fórmula: "En nombre de Nuestro Señor Jesucristo..." Pero aún se extiende a más el deseo del Salvador. Pedir en su nombre es hacerlo, digámoslo así, en su lugar y de su parte; es pedir lo que El mismo pediría a Dios; es hacer valer sus méritos infinitos.

Después Jesús promete a los apóstoles enviarles el Espíritu Santo, que permanecerá perpetuamente con ellos.

"Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os dará otro Paracleto para que more siempre con vosotros: el Espíritu de la verdad, a quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros le conocéis, porque morará con vosotros y estará en vosotros" (196).

(194) Act., V, 15; XIII, 8; XIX, 12; etc.

(195) Joan., XV, 16; XVI, 23, 24, 26.

(196) Joan., XIV, 15-17.

El consuelo de que acaba de hablar será concedido a los apóstoles en recompensa de su fe; pero ésta requiere de parte de ellos una cualidad de orden superior: un amor generoso, sincero, que se manifiesta con la fiel obediencia a los mandamientos del Salvador. El nombre de Paracleto denota aquí al Espíritu Santo, la tercera persona de la Santísima Trinidad. La palabra griega *Paráclitos* (197), etimológicamente, significa "abogado" y, por extensión, "consolador". Habla Jesús de enviar "otro Paracleto", ya que El mismo había sido el primer abogado de sus apóstoles. Y, pues se ve obligado a dejarlos, le sustituirá en su Iglesia el divino Espíritu; pero el mundo, cuya condenación pronunciará aún varias veces Nuestro Señor en el resto del discurso, será excluido de la participación de las luces y gracias del Espíritu Santo. Entre ellos no hay amistad alguna; el mundo aleja de sí al Espíritu de Jesús por su falta de fe y por su desacertada conducta.

Mas con todo esto no se da aún por contento el amor del Salvador a sus apóstoles. Aun después de haberles enviado, para que haga sus veces, un abogado tan poderoso y un consolador tan tierno como es el divino Paráclito, El mismo vendrá a establecer entre ellos su morada, de modo también permanente. Antes les llamó sus "hijitos"; continúa aún hablándoles como padre:

"No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. Todavía un poquito de tiempo, y el mundo ya no me verá. Mas vosotros me veréis, porque yo vivo, y vosotros viviréis. En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. Quien tiene mis mandamientos y los guarda, aquél es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él" (198).

Dentro de poco ya no verán los apóstoles a su Maestro: tal es aún la nota dominante. Y, con todo, El estará siempre con ellos, pues establecerá místicamente su morada en medio de ellos y en medio de la Iglesia. El advenimiento de que aquí habla Jesús no es su segundo advenimiento, al fin del mundo. "Vengo a vosotros", dice, en tiempo presente, según el texto griego. Si no le ven ya con los ojos del cuerpo, podrán contemplarle con los del alma y del corazón, cuanto más que El sabrá

(197) *Παράκλητος* (Vulg., *Paracletus*), de la raíz *παρά* y *καλέω*, aquel a quien se "llama a su lado".
(198) Joan., XIV, 18-24.

manifestar su presencia con su protección continua y, señaladamente, en la hora del peligro. "Yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros": síntesis admirable, que indica una unión íntima, tierna, nobilísima, entre Jesús y sus discípulos. Formarán un solo cuerpo místico, cuya cabeza será El y cuyos miembros serán ellos. Pero el Salvador pide de nuevo de los suyos un amor sincero, a trueque del cual se digna prometerles el amor de su Padre y el suyo. ¡Qué cambio tan ventajoso para ellos!

En esto estaba el discurso de Jesús, cuando sobrevino otra interrupción. Judas, o Lebbeo, o Tadeo, el apóstol de los tres nombres (199), aludiendo a las últimas palabras del Salvador, le preguntó: "Señor, ¿qué es la causa de que te has de manifestar a nosotros y no al mundo?" Había entendido que el Señor hablaba de una manifestación particular de que gozarían sus discípulos, mas no el mundo. Ahora bien; él, como los más de los judíos, creía que el Mesías se manifestaría al mundo entero, con todo el aparato de su gloria y de su poder. Respondióle Jesús:

"Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió" (200).

En esta respuesta no hace Jesús más que reiterar la declaración que había dado lugar a la pregunta del apóstol. Pero, en el fondo da la explicación deseada, pues si, para merecer el amor del Padre y del Hijo y gozar de su inefable presencia, es menester manifestarles ante todas cosas amor y obediencia, cosa llana es que el mundo no cumple esta doble condición.

Dicho esto, resumió Jesús la primera parte de su discurso prometiendo a los apóstoles la paz en el Espíritu Santo, señalando los ventajosos frutos de su partida y afirmando de nuevo su entera resignación a todos los mandatos de su Padre celestial.

"Estas cosas os he hablado mientras estoy con vosotros. Pero el Paracleto, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, El os ense-

(199) Véase el tomo III, pág. 44.
(200) Joan., XIV, 23-24.

ñará todas las cosas y os recordará todo aquello que yo os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; mas no como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Ya habéis oído cómo os he dicho: Me voy y vuelvo a vosotros. Si me amaseis, os gozaríais ciertamente, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Y ahora os he dicho estas cosas antes que sucedan, para que, cuando sucedieren, creáis. Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí; mas viene para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me dió el mandamiento el Padre, así hago" (201).

Jesús no había podido dar a sus apóstoles más que una instrucción incompleta, especialmente a causa de los muchos prejuicios que tenían y de los defectos de su educación anterior. Pero el Espíritu Santo vendrá a perfeccionarla. Y esto de dos maneras. El Salvador había puesto en la inteligencia de los Doce la base de todas las verdades cristianas; su Espíritu ensanchará y consolidará esta base; bajo su acción fecundante, los gérmenes llegarán a la madurez. Además, el divino Paráclito recordará a los apóstoles, cuando lo hayan menester, tales y tales palabras, tales y tales preceptos de su Maestro que antes no habían entendido bien. Entretanto, Jesús les da y les deja, como preciosa herencia, su paz, su propia paz, en oposición a la falsa paz del mundo. Aun entre las adversidades y los peligros que les amenazan, ella les procurará tranquilidad y sosiego. Desea el Señor que sus discípulos no se entreguen al desaliento a causa de su partida; antes bien han de regocijarse pensando que no les deja sino para volver al lado de su Padre y para gozar en el cielo de una dicha y una gloria a la que, pues le aman, no pueden menos de asociarse.

No es preciso explicar largamente las palabras "Mi Padre es mayor que yo", que los arrianos—a quienes han seguido los neocríticos—interpretaban en el sentido de una verdadera inferioridad del Hijo. Los grandes doctores de la Iglesia, y tras ellos los teólogos, han demostrado perentoriamente que Jesús habló en este pasaje como Hijo del hombre. En cuanto hombre, pues, bien pudo decir que el Padre era mayor que El (202). En cuanto al "príncipe de este mundo", que no es otro que Satanás (203), aunque va a representar en la pasión de Cristo

(201) Joan., XIV, 25-31.

(202) Véanse los grandes teólogos, en particular Franzelin, *Tractatus de Deo trino*, 1869, págs. 165-170.

(203) Joan., XII, 31.

papel tan importante, no es porque tuviese derecho alguno sobre El—nueva y clara aserción de la perfecta santidad de Jesús (204)—, sino porque Dios lo permitía para la ejecución de sus designios de salud. "Viene", pero el Salvador lo espera sereno, consintiendo en dejarse vencer momentáneamente de él, para mostrar así cuánto ama a su Padre, pues por cumplir su voluntad acepta gustoso aun el sacrificio de su vida.

Después de una breve pausa, Jesús añadió: "Levantaos, y vamos de aquí." Hasta entonces El y sus apóstoles habían permanecido sentados en sus divanes. El fué quien se levantó primero; imitaronle los demás, y juntos dejaron el cenáculo. Para ir a Getsemaní, contornearon la vertiente oriental de la colina de Sión y descendieron luego al valle del Cedrón (205). Por tanto, Jesús debió de pronunciar lo restante del discurso por el camino (206). "¡Vámonos de aquí!" Con estas sencillas palabras indicaba Jesús el ánimo espontáneo, la entera libertad y el generoso espíritu de sacrificio con que daba este paso decisivo. Va en busca de los padecimientos, de las humillaciones y de la muerte como si fuese a buscar victorias y honores.

Con esto llegamos a la segunda parte del discurso de despedida, en la que hallaremos la misma nobleza de pensamientos y de sentimientos, el mismo acento lleno de ternura, la misma sobria emoción. Los dos capítulos del cuarto Evangelio que lo contienen (207) corresponden bastante bien a la división del asunto tratado. En la primera sección (cap. XV) expone Jesús cuáles han de ser en lo futuro las relaciones de los apóstoles con El mismo, entre sí y con el mundo. Muy bien se ha resumido toda esta sección en tres palabras: Unión, Comunión, Separación (208).

(204) Cf. Joan., VIII, 29, 46.

(205) L. Cl. Fillion et H. Nicole, *Atlas géographiq. de la Bible*, láminas XIV y XV.

(206) Algunos autores suponen que Nuestro Señor, después de haberse levantado de la mesa, permaneció de pie con sus apóstoles hasta el fin del discurso y de la oración que le siguió; pero difícilmente se compagina esto con aquellas palabras que antes del discurso dijo Jesús: "Salgamos de aquí." En aquella parte de Jerusalén, relativamente poco habitada, púedese suponer que, aun en la noche de Pascua, pudo el Salvador continuar su discurso sin ser interrumpido por las personas o grupos que hallase en el camino.

(207) Joan., XV y XVI.

(208) Edersheim, *Life and Times of Jesu*, t. II, pág. 518.

La idea de la unión entre Jesús y sus apóstoles quedó ya expresada más arriba. Pero entonces el oficio principal pertenecía al mismo Jesús; mas ahora la parte más activa se adjudica a los discípulos. Esta unión, fecundísima en frutos de bendición, será más necesaria que nunca después de su partida. Exprésala Nuestro Señor con una alegoría admirable, tomada de la vid y de los sarmientos (209), en la que no se sabe qué admirar más, si el vigor o la delicada belleza.

“Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que no diere fruto en mí lo quitará, y todo aquel que diere fruto lo limpiará, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios, por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid, así ni vosotros, si no estuviereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque separados de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permaneciere en mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo meterán en el fuego, y arderá. Si permaneciereis en mí y mis palabras permanecieren en vosotros, pediréis cuanto quisieris, y os será concedido. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto y en que seáis mis discípulos. Como el Padre me amó, así yo también os he amado. Perseverad en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor, así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre y persevero en su amor. Estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido” (210).

La idea que Nuestro Señor quería poner de relieve está perfectamente clara; además de que El mismo se tomó el trabajo de comentarla con aplicaciones prácticas, ya suaves, ya amenazadoras. En esta vid simbólica, como en las cepas materiales, hay sarmientos de dos clases, cuya suerte es bien distinta. El labrador corta sin miramientos los estériles; mas poda y limpia los otros, para que den más fruto. Jesús dice a los apóstoles que esta útil operación de la poda la ha hecho en ellos con la educación que de El han recibido. Luego, descrito ya el proceder del labrador, pasa el Salvador al de los sarmientos, que se reduce a una unión íntima y constante con la cepa. Esta es la principal lección de la alegoría, y sí se repite en varias formas. ¡Ay del sarmiento que se separe de la vid! ¡Dichoso, por el contrario, el que permanece unido a Jesús! Ahora bien; esta unión

(209) Acerca de la diferencia que hay entre la alegoría y la parábola, véase L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Matthieu*, pág. 258.
(210) Joan., XV, 1-11.

con Jesús ha de tener por vínculo el amor, y el amor obediente. Los frescos de las catacumbas representan con frecuencia esta vid mística, que no había hecho en la imaginación de los primeros cristianos menos impresión que la parábola del Buen Pastor.

El Salvador, pasando después a las mutuas relaciones de sus discípulos, coloca, al principio y al fin de otro breve párrafo, la idea principal, que es: “Amaos los unos a los otros.” Hermosas explicaciones forman la idea central.

“Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros, como yo os he amado. No hay mayor amor que el dar su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hicieris lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, sino que os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he hecho notorias a vosotros. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os puse para que vayáis y llevéis fruto y vuestro fruto persevere, para que cualquiera cosa que pidieris al Padre en mi nombre, El os la dé. Esto os mando: que os améis los unos a los otros” (211).

“Este es mi mandamiento...; esto es lo que os mando...” El precepto de la caridad fraterna—ya Jesús lo dijo al principio del discurso (212)—es un mandamiento especial, distintivo, al que concede altísima importancia. Por eso lo repite con tanta insistencia. En el título de amigos que da a sus apóstoles, y cuya dignidad y belleza pone de relieve, percíbese el latir del divino corazón. ¡Con qué gozo recuerda la condescendencia con que El mismo había formado esta santa amistad! El fué quien tomó la delantera; El, tan inefablemente grande y perfecto, quien escogió a los discípulos por amigos, y esto en interés personal de ellos, para ayudarles a dar frutos abundantes. Permanezcan, pues, unidos como El los unió consigo.

Mas de repente el cuadro se torna sombrío. Los apóstoles de Cristo no podrán ser extraños al mundo, pues su misión será la de trabajar por convertirle y la de ser para él sal que destruye la corrupción y luz que ilumina las almas (213). Ahora bien; este mundo malvado, incrédulo, después de haber odiado

(211) Joan., XV, 12-17.
(212) Joan., XIII, 34.
(213) Matth. V, 13-16.

y perseguido al Maestro, no dejará tampoco de odiar y maltratar a los discípulos. Mas siendo amados de Dios y del Salvador y sostenidos por el mutuo afecto temerán menos esta hostilidad, tan injusta como cruel.

“Si el mundo os odia, sabed que primero me odió a mí. Si fuerais del mundo, el mundo amara lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo. Acordaos de la sentencia que os dije. No es mayor el siervo que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre, porque no conocen a Aquel que me ha enviado. Si no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora su pecado no tiene excusa. El que me aborrece a mí, también aborrece a mi Padre. Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ninguno otro ha hecho, no tendrían pecado; mas ahora las han visto, y me aborrecen a Mí y a mi Padre. Mas esto ha sucedido para que se cumpla lo que está escrito en su ley: Me aborrecieron de balde” (214).

De esta manera fortalecía Nuestro Señor de antemano a sus discípulos contra el odio del mundo. La última sentencia, que tan bien expresa lo inexcusable del odio del mundo hacia Jesucristo, está tomada de los Salmos (215). La palabra “mundo”, repetida cinco veces al principio del párrafo, hace resaltar vivamente el antagonismo que por fuerza ha de haber entre el mundo y la Iglesia. La alusión que más adelante hace el Salvador al malogro de su predicación y de sus milagros, en un lenguaje rítmico y solemne, es conmovedora. No haber creído en El, a pesar de las certísimas señales de su misión divina, es el mayor pecado del mundo. No es, pues, de extrañar que Jesús lo condene con severísimas palabras. ¿Qué había hecho tan buen Maestro para que el mundo le tratara con tanta ingratitud?

Después de esta invectiva contra el mundo, Nuestro Señor pronuncia, como ya lo ha hecho varias veces en este discurso, palabras de consuelo para sus discípulos. Los que le odian no conseguirán poner en riesgo el buen éxito de su obra. Para defenderla tendrá dos clases de testigos, cuya voz no será sin

(214) Joan., XV, 18-25.

(215) Ps. XXIV, 48, y LXVIII, 5. La palabra “ley” se toma aquí en sentido amplio, para significar todos los libros del Antiguo Testamento.

provecho: un testigo divino, el mismo Espíritu Santo, y testigos humanos, pero abnegados, los apóstoles.

“Mas cuando el Consolador que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, venga, El dará testimonio de mí. Y vosotros también me daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo” (216).

Como ya dijimos, el capítulo XVI de San Juan contiene otra sección de la segunda parte del discurso de despedida. Tiene también tres ideas principales. Jesús repite en términos más explícitos su promesa de enviar a los apóstoles el divino Paráclito; anuncia luego su propia vuelta, y, finalmente, hace una recapitulación de todo el discurso. Las primeras líneas, que sirven de introducción, nos muestran a los apóstoles expuestos a la persecución del mundo, como su Maestro les había predicho. Repite este concepto para que los discípulos, debidamente advertidos, sientan menos turbación cuando les sobrevenga la calamidad.

“Estas cosas os he hablado, para que no os escandalicéis. Os echarán fuera de las sinagogas, y aun se acerca la hora en que cualquiera que os mate pensará que hace a Dios un sacrificio agradable. Y os harán esto porque no conocieron ni a mi Padre ni a mí. Mas os lo he dicho para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que yo os lo anuncié. No os hablé de estas cosas desde el principio porque yo estaba con vosotros” (217).

La frase “Cualquiera que os mate pensará que hace a Dios sacrificio agradable” supone, de parte de los perseguidores, odio tan rabioso, que no retrocederán ante ninguna crueldad hasta saciarse (218). Las últimas palabras son de una delicadeza exquisita. Aunque Jesús había anunciado desde hacía tiempo a sus discípulos que su misión no estaría exenta de peligros, no había insistido en este punto, por no espantarlos anticipadamente, sobre que mientras El estuvo con ellos nada tenían que temer, dado que su dulce y poderosa presencia bastaba para confortarlos.

Dicho esto, Nuestro Señor torna a su promesa relativa a la bienhechora misión del Espíritu Santo. El pensamiento es al principio general.

(216) Joan., XV, 26-27.

(217) Joan., XVI, 1-5.

(218) Cf. Act., XXIII, 9; Gal., I, 13-14; etc.

"Mas ahora voy a Aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazón. Mas yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya, porque si yo no me fuere, no vendrá a vosotros el Paracleto; mas si yo me fuere, os lo enviaré" (219).

"¿Adónde vas?" Tal es la pregunta naturalísima que los hijos o los amigos hacen al padre o al amigo que les participa un proyecto de viaje. San Pedro y Santiago se la habían hecho a su Maestro en el cenáculo (220), pero de un modo superficial. Quisiera Jesús que ahora se la hicieran de nuevo con miras más elevadas y según el sentido más profundo que podían entrever después de sus explicaciones. Como si dijese: "No pensáis a dónde voy, a qué lugar, a qué gloria y a qué felicidad; pero, sin pensar adónde voy ni qué voy a hacer allí, os afligís." Con lo que tácitamente les echa en cara la poca atención que prestan a lo que hace y del poco amor que le tienen, pues sólo piensan en sí mismos y sólo atienden a su tristeza (221), sin pensar que su misma partida les es ventajosa, como quiera que es condición precisa para el envío del Paráclito.

Lo que va a decir Jesús de la venida y acción del Espíritu Santo se refiere ya al mundo, ya a los apóstoles. Cuando se refiere al mundo, su lenguaje está preñado de justificadas amenazas.

"Y El, cuando viniere, convencerá al mundo en lo tocante al pecado, a la justicia y al juicio. En cuanto al pecado, porque no han creído en mí; en cuanto a la justicia, porque voy al Padre, y a mí ya no me veréis, y en cuanto al juicio, porque el príncipe de este mundo está juzgado" (222).

En varias de estas líneas volvemos a hallar el ritmo y el paralelismo de la poesía hebraica. En los tres puntos indicados fácilmente convencerá el Paráclito al mundo de grave culpabilidad. Le probará que "todo él está hundido en el mal" (223) en el pecado; que ha procedido de modo criminal con Jesucristo, el justo por excelencia, a quien su Padre prepara una entrada triunfal en el cielo; que merece severa sentencia

(219) Joan., XVI, 5b-7.

(220) Joan., XIII, 36; XIV, 5.

(221) Bossuet, *Méditations sur l'Evangile*, segunda parte, día 18.

(222) Joan., XVI, 8-11.

(223) I Joan., V, 19.

de condenación, como su jefe, el demonio, cuyo juicio está ya proclamado.

Muy diferente será la acción del Espíritu Santo para con los apóstoles. Hablando en nombre de Jesús, acabará suavemente su instrucción y formación, que hasta entonces sólo habían sido esbozadas.

"Aún tengo muchas cosas que deciros; mas no las podéis llevar ahora. Mas cuando el Consolador, el Espíritu de Verdad, viniere, El os enseñará toda la verdad. Porque no hablará de sí mismo, mas hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir. El me glorificará, porque tomará de lo mío, y lo anunciará a vosotros. Todo cuanto tiene el Padre es mío. Por eso os dije que tomará de lo mío y os lo anunciará" (224).

El divino Maestro, aquel incomparable educador, no había querido recargar el espíritu y la memoria de sus discípulos con enseñanzas que aún no eran aptos para comprender. El Paráclito, después de haberles dado luces y gracias especiales, acabará su obra. El les enseñará "toda verdad", es decir, la verdad cristiana entera y completa, en toda su extensión, y sin peligro de que yerren, al menos en lo que para su futuro ministerio fuere necesario. Hasta les revelará los secretos del porvenir, cuando de ello resulte ventaja para la Iglesia. Notemos también en este pasaje el vigor con que está expresada la identidad de esencia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y también el modo con que Nuestro Señor Jesucristo lo refiere todo a sí. Aun después de volver al cielo seguirá siendo el centro de la Iglesia.

En la primera parte de este discurso (225), el Salvador había asociado la promesa de su vuelta a la venida del Paráclito. Otro tanto hace aquí, pero con mayor extensión. De las promesas de porvenir que acabamos de escuchar vuelve a las tristezas del tiempo presente, para decir que pronto se transformarán en alegrías. "Todavía un poco de tiempo—continúa diciéndoles—, y ya no me veréis, y otro poco, y me veréis, porque voy al Padre." Emplea aquí un lenguaje misterioso y en apariencia paradójico. En efecto, de allí a algunas horas, cuando la muerte se lo haya arrebatado a sus discípulos, ya no podrán éstos verle. Después, entre su resurrección y ascensión, tendrán la

(224) Joan., XVI, 12-15.

(225) Joan., XIV, 18-20.

dicha de hallarlo de nuevo. Entre un suceso y otro no habrá más que “un poco (de tiempo)”. Estas palabras dieron lugar a una animada escena. Algunos apóstoles se preguntaron unos a otros, en voz baja: “¿Qué es esto que nos dice: un poco de tiempo, y no me veréis, y otro poco, y me veréis, porque voy a mi Padre? No sabemos qué quiere decir” (226). Tiéneles perplejos la expresión “un poco (de tiempo)” (227), y confiesan la dificultad con su habitual candor. Jesús, que oyó su pregunta, o que la conoció por su ciencia sobrenatural, repitió a su vez la fórmula enigmática, para dar, cuando menos, su interpretación parcial. Sin precisar la duración histórica de los dos *Modicum*, explicará con bastante claridad, en lo que a los apóstoles atañía, cada uno de esos dos períodos. Su explicación encierra un doble vaticinio: de profunda tristeza para el tiempo actual, de grandísima alegría para lo venidero.

“De esto inquirís entre vosotros, sobre que dije: Un poco, y no me veréis, y otro poco, y me veréis. En verdad, en verdad os digo que vosotros lloraréis y gemiréis, mas el mundo se gozará, y vosotros estaréis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. Cuando una mujer está de parto, está triste, porque ha venido su hora; mas cuando ha parido un niño, ya no se acuerda de los dolores, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. Pues también vosotros ahora tenéis tristeza, mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón, y ninguno os quitará vuestro gozo” (228).

Descríbese aquí el período de tristeza con expresiones acumuladas, que indican profunda desolación interior y exterior. La alegría indolente del mundo, en contraposición con el dolor y llanto de los apóstoles, hace la predicción aún más punzante. La misma causa producirá, de un lado, dolor, y de otro, alegría, pues el mundo se congratulará y llenará de alegría, creyéndose libre del que consideraba como su enemigo mortal. Pero una expresiva comparación, tomada de la vida de familia, expone a maravilla la rapidez con que aquella tristeza de los discípulos se cambiará en júbilo. Los dolores de parto, consecuencia del pecado original, son con frecuencia mencionados en la Biblia de modo proverbial (229). Pero, con ser grandes

(226) Joan., XVI, 17.

(227) El griego dice simplemente *μικρόν*. (Vulg., *modicum*, “un poco”. Sobrentiéndose la palabra “tiempo”.

(228) Joan., XVI, 19-22.

(229) Gen., III, 16; Is., XIII, 8; XXI, 3; Jer., IV, 31; VI, 24; Os., XIII, 13; Mich., IV, 9; etc.

luego dan lugar a vivísima alegría, cuando la madre aprieta contra su corazón al hijo que acaba de dar a luz. Lo mismo acaecerá a los apóstoles: cuando su Maestro se les aparezca lleno de vida, después de su resurrección, serán colmados de dicha, y de una dicha permanente, que nadie podrá arrebatárselos.

El Salvador señala luego dos particulares ventajas, de altísimo precio, que el período inaugurado con su resurrección traerá a los miembros del Colegio apostólico: un conocimiento más perfecto de la verdad y la omnipotencia de intercesión, dos beneficios prometidos ya anteriormente.

“Y en aquel día ya no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo que el Padre os dará todo lo que pidieréis en mi nombre. Hasta aquí no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (230).

Lo que sigue es como la peroración de este magnífico discurso. Nuestro Señor vuelve a predecir a sus apóstoles, en lenguaje majestuoso y con absoluta confianza de lo que afirma, su propio triunfo y el de ellos en el porvenir.

“Estas cosas os he hablado en parábolas. Viene la hora en que ya no os hablaré en parábolas; mas os hablaré claramente de mi Padre. En aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y me voy al Padre” (231).

Jesús, en este discurso, se había servido de muchas expresiones figuradas—su partida, su vuelta, la vida, la mujer que da a luz, el *modicum*, etc.—, algunas de las cuales, como dice San Juan Crisóstomo, habían “cubierto de sombras” el pensamiento. Pero, pasados pocos días, el divino Maestro hará a sus apóstoles importantes revelaciones sin velo alguno, sobre todo por medio del Espíritu Santo. Entre tanto, es digno de notarse lo que ya dice de su naturaleza divina y de sus relaciones con el Padre. En las dos últimas líneas se halla todo un *Credo*. La generación eterna del Verbo, su encarnación, la redención, el triunfo eterno de Jesucristo, insinúanse no oscuramente en ellas. Los apóstoles debieron de recibir con viva emoción la seguridad de que

(230) Joan., XVI, 23-24.

(231) Joan., XVI, 25-26.

el Padre los amaba, en recompensa del fiel y generoso amor que habían profesado a su Hijo. Y como, además, les dijo Nuestro Señor que en adelante les hablaría claramente, sin figuras, creyendo ellos que había llegado ya este tiempo, le interrumpieron con estas palabras, ingenuas, como las que a veces salen de la boca de los niños: "He aquí que ahora hablas claramente y no dices ninguna parábola. Ahora conocemos que sabes todas las cosas y que no es menester que nadie te pregunte: por esto creemos que has salido de Dios." Imaginábanse que ya lo habían entendido todo. Pero su candor nos agrada, por la fidelidad grande de que va acompañado.

Respondióles Jesús:

"¿Ahora creéis? He aquí llega la hora, y es ya llegada, en que os dispersaréis cada cual por su lado y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Esto os he dicho para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulaciones; pero tened confianza, que yo he vencido al mundo" (232).

Hace un momento no más, el Salvador alababa la fe de los apóstoles, para mostrarles gratitud y para animarlos, y he aquí que, de improviso, cuando ellos mismos la mencionan, les recuerda cuán vacilante es todavía. Es que quería, ante los terribles acontecimientos que se avecinaban, mostrarles cómo habían de desconfiar de su propia flaqueza. A este respecto, renueva la predicción de que, dentro de breves horas, le dejarían cobardemente y se dispersarían cada uno por su lado. "Pero—añade—aun entonces no estaré solo." No ha menester de socorro alguno humano, como quien a la continua goza de la santa y dulce presencia de su divino Padre. Después de haberles prometido de nuevo "la paz en El", a pesar de las tribulaciones exteriores, los anima a permanecer en una confianza inquebrantable, porque El "ha vencido al mundo". ¡Quién no admira la energía e incomparable belleza de esta expresión de triunfo con que acaba el discurso! ¡Y hacía esta aserción, extraña, en apariencia, en el instante mismo en que iba a comenzar la serie de sus humillaciones y externas derrotas! Pero tan seguro estaba de su victoria final, que la miraba ya como hecho consumado. Y así era: había vencido de antemano al mundo y al infierno.

(232) Joan., XVI, 31-33.

Esta conclusión es ciertamente sublime; pero el divino Maestro nos reserva cosas aún más sublimes. Deteniendo su paso y levantando los ojos al cielo, pronunció lentamente, en arameo, la maravillosa oración a la que desde antiguo se ha dado el nombre de "oración sacerdotal de Cristo", como salida del corazón de nuestro Pontífice Supremo, cuando estaba a punto de ofrecer su cruento sacrificio. "Calle todo lo creado—escribía Bossuet (233)—, para que mejor oigamos en el fondo del corazón las palabras que Jesucristo dirige a su Padre en esta íntima y perfecta comunicación." Los Evangelios sinópticos, particularmente el de San Lucas, mencionan de vez en vez oraciones del Salvador; pero, fuera de dos cosas (234), no citan su texto. Mas, gracias a San Juan, poseemos la oración sacerdotal en su forma auténtica, tal como salió, fervorosa y ardiente, del Corazón de Cristo, que se expandía en la presencia de Dios. Su expresión, aunque siempre sencilla y sin tono dogmático, es de inmensa riqueza teológica (235). En ella seguimos oyendo el acento triunfal que resonó al fin del discurso de despedida.

Divídese esta oración en tres partes: primera, Jesús ruega por sí mismo; pide luego por sus apóstoles, y después por toda la Iglesia. En el lenguaje humano no se escribió nunca cosa tan sublime.

Para sí mismo, en cuanto Hijo del hombre, pide Jesús a Dios la glorificación que tan bien tiene merecida por su obediencia y por sus pruebas.

"Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti, pues le has dado poder sobre toda carne, para que a todos los que le diste dé El la vida eterna. Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste. Te he glorificado sobre la tierra; he acabado la obra que me diste a hacer. Ahora, pues, Padre, glorifícame tú en ti mismo con aquella gloria que tuve en ti antes que el mundo fuese" (236).

Hasta seis veces repetirá Jesús el nombre del Padre con que comienza esta oración filial. Poco tiempo antes decía a

(233) *Méditations sur l'Evangile*, segunda parte, día 34.

(234) Matth., XI, 25-26; XXVI, 39, 42. Véanse los pasajes paralelos de San Marcos y San Lucas.

(235) Corluy, *Commentar. in Evangel. S. Joannis*, segunda edic., páginas 413-414.

(236) Joan., XVII, 1-5.

Dios: "Glorifica tu nombre" (237). Ahora le pide que le glorifique a El, en retorno de lo cual promete trabajar por la gloria del Padre. ¡Admirable reciprocidad, mencionada ya al principio del discurso de despedida! (238). Aquí Jesús desarrolla este concepto indicando lo que recibe del Padre—soberanía universal, absoluta, sobre el género humano, para que procure la salvación eterna para todos los que se hagan dignos de ella—y lo que El mismo hará por el Padre, extendiendo por todas partes su conocimiento y el de su Cristo. Conocer a Dios y a Jesucristo su Hijo, servirlos por el amor y la fe: he ahí una sublime definición de la vida cristiana. Insiste el Salvador en la fidelidad con que cumplió su misión, y, en términos patéticos, hace valer sus derechos a la gloria del cielo. ¿No ha llevado una vida de duros sacrificios y cumplido hasta en sus menudas circunstancias la obra que su Padre le había confiado? ¡Dele, pues, el Padre la gloria primordial de que, digámoslo así, se había despojado voluntariamente al hacerse hombre!

La parte más larga y también la más tierna de la oración de Jesús se refiere a sus amados discípulos, que habían de ser continuadores de su obra. ¡Que sean santos, mirando a su dignidad santísima!

"He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo. Tuyo eran, y me los diste a mí, y guardaron tu palabra. Ahora saben que todas las cosas que me diste, de ti vienen; porque les he dado las palabras que me diste, y ellos las han recibido y han conocido verdaderamente que yo salí de ti y han creído que tú me enviaste" (239).

En estas primeras líneas indica Nuestro Señor los dos poderosos motivos en que apoya esta parte de su demanda. Los apóstoles habían sido fieles a Dios y fieles también a su Cristo, a su Hijo, a quien El mismo se los había dado por colaboradores. Después de esta especie de *captatio benevolentiae*, pasa Jesús a la intercesión propiamente dicha:

"Por ellos es por quien ruego. No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque tuyos son; y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías, y en ellos he sido glorificado. Ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, guarda en tu nombre a aquellos que me diste, para que sean una cosa, como nosotros. Mientras yo estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre. He guardado a los que

(237) Joan., XII, 28.

(238) Joan., XIII, 31-32.

(239) Joan., XVII, 6-8.

me diste, y ninguno de ellos ha perecido sino el hijo de perdicción, para que se cumpliese la Escritura. Mas ahora voy a ti, y hago esta oración mientras estoy en el mundo para que tengan en sí la plenitud de mi gozo. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad. Tu palabra es la verdad. Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en verdad" (240).

Todo es delicado, apremiante, suave y enérgico en esta plegaria, en la cual cada palabra revela el amor de Jesús hacia su Padre y hacia sus apóstoles. No tomemos demasiado a la letra las palabras "Yo no ruego por el mundo", pues el Salvador no ha excluido al mundo de sus súplicas, como tampoco no lo excluyó de los méritos de su muerte. El mismo recomienda a los cristianos que rueguen por sus enemigos, y, por su parte, unió el ejemplo al precepto (241). De hecho, pronto le oiremos rogar expresamente por el mundo. Emplea, pues, aquí esa manera de lenguaje para poner mejor debajo de las miradas de su Padre a sus discípulos, que entonces eran objeto especialísimo de su intercesión. Repite al Padre que esos discípulos son su propiedad común, por quienes tanto más ha de mirar cuanto trabajan según su posible por glorificar al Hijo. Son, pues, merecedores de especial protección divina. La frase "Todas mis cosas son tuyas y las tuyas son mías" contiene una nueva e irrecusable prueba de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

El resto de la oración, con sus frases breves, entrecortadas por la emoción, señala las circunstancias por las que eran más necesarios que nunca a los apóstoles el paternal apoyo y la gracia especial del Altísimo. Su Maestro, que hasta entonces había sido su abnegado protector, va a ausentarse, dejándolos solos entre gravísimos peligros. Jesús no se cansa de decir a su Padre que de sus manos divinas los había recibido en don y que ahora, al subir al cielo, de nuevo los pone en sus manos todopoderosas. Dos particulares mercedes pide para ellos: que entre las ovejas de aquel rebaño místico haya siempre, después de la partida del Buen Pastor, una santa y perfecta unidad, semejante a la que hay entre el Padre y el Hijo, y que los

(240) Joan., XVII, 9-19.

(241) Luc., XXIII, 34.

apóstoles sean "santificados", es decir, según el contexto pide, que sean puestos aparte en orden a su celestial oficio y dotados de las virtudes necesarias para su perfecto cumplimiento. Al mencionar al "hijo de perdición", al traidor Judas, que voluntariamente se había entregado a Satanás, siéntese la punzante tristeza del Salvador, así como se siente su ternura en los pasajes en que recuerda el cuidado, digámoslo así, maternal de preservar de todo mal a sus apóstoles, y cuando habla de su propia alegría, de que quiere hacerlos participantes. En fin, ¡qué revelación más consoladora cuando dice que por ellos "se ha santificado", lo que significa que se ha separado de todo, para dedicarse enteramente a su formación moral y a la obra de la redención!

La tercera parte de la oración de Jesús se refiere a todos los cristianos del porvenir que, en el curso de los siglos, formarán su Iglesia. Extendiendo amorosamente sus manos sacerdotales sobre esta esposa mística para bendecirla, conjura a su Padre que la conceda aquí abajo, como a los apóstoles, el precioso don de una perfecta unidad, y después la gloria y dicha eternas del cielo.

"No ruego solamente por ellos, sino también por los que por su predicación han de creer en mí, para que sean todos una cosa, así como tú, Padre mío, estás en mí y yo en ti, para que también sean ellos una cosa en nosotros, a fin de que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa, yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y que conozca el mundo que tú me enviaste y que los has amado como me has amado a mí. Padre, quiero que aquellos que tú me diste estén conmigo en donde yo estoy, para que vean la gloria que me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo" (242).

Primeramente, la unión, que llega hasta producir cierta unidad de espíritus y de corazones, unión apoyada en Dios y cimentada por El. El mundo está desunido, pues el egoísmo, que guía sus acciones, no puede crear más que división. La admirable unidad de la Iglesia será para él un hecho admirable, cuya causa, a pesar de su incredulidad, habrá de buscar en el divino fundador del Cristianismo. Cuando Cristo llega a su segunda petición por la Iglesia, dijérase que deja de rogar. "Quiero", exclama con energía. Así legaba a todos los miembros justos de su

Iglesia el cielo y la bienaventuranza eterna, pues no consiente en separarse de ellos, como quiera que su amor pide una unión que no tenga fin.

Para terminar su plegaria añadió Jesús:

"Padre justo, el mundo no te ha conocido; mas yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Yo les he dado y les daré a conocer tu nombre, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo también esté en ellos" (243).

Hállanse aquí, repetidas y agrupadas, las ideas dominantes: la incredulidad del mundo, la fe de muchos, el oficio de Jesucristo en lo pasado y en lo venidero, y, sobre todo eso, el amor de Dios y por Dios: conclusión y síntesis cuya nobleza, vigor y ternura han de llenar de gozosa confianza el alma de todo cristiano verdadero.

CAPÍTULO IV

La divina Víctima.

Después de haber esperado un rato de pie en el pórtico de la pasión de Cristo, vamos a entrar ahora en el santuario mismo. La augusta víctima nos va a ofrecer un sublime espectáculo de sumisa resignación y de valor invencible, en medio de los padecimientos físicos y morales más atroces que se puedan imaginar. En este drama tan conmovedor podemos distinguir cuatro actos. El primero corresponde a la agonía del Salvador y a su arresto en Getsemaní; el segundo, su proceso religioso ante el Sanedrín; el tercero, su proceso civil ante Pilato, y el cuarto, a su crucifixión y muerte. Los relatos son más tiernos que nunca, sin perder su noble sencillez. Cada uno de ellos, aunque semejante a los otros, nos ofrecerá circunstancias y noticias particulares de vivísimo interés.

I.—AGONÍA Y ARRESTO DEL SALVADOR EN GETSEMANÍ.

Comienza el drama con una dolorosísima escena, pues sólo la agonía de la cruz puede compararse con la agonía de Getsemaní. Es que las torturas infligidas por los hombres, por desgarradoras que sean, son nada en comparación de las tribulaciones de orden moral que vienen directamente de Dios. Ahora bien: Dios mismo fué quien, en el huerto de Getsemaní, puso sobre el alma del Salvador el horrible peso de todos los pecados del mundo (1).

Después de su admirable oración prosiguió Jesús su camino, y no tardó en descender al valle del Cedrón (2), muy angosto

(1) Matth., XXVI, 36-46; Marc., XIV, 22-42; Luc., XXII, 39-46. San Juan no trae este episodio.

(2) Acerca de este "torrente de invierno", como lo llaman San Juan XVIII, 1, y Josefo, *Ant.*, VIII, 1, 5 (Χείμαρρος), véase el t. I, pág. 122.

por aquella parte, que entre los muros de Jerusalén y la base del monte Olivete se dirige hacia el Sur (3). Pasó por uno de los puentes que entonces había sobre el lecho, casi siempre seco, de aquel arroyuelo, y prontó llegó al huerto (4) de Getsemani, situado en la parte inferior de la colina (5), frente a la explanada del templo. Este lugar, cuyo nombre hebreo significa "molino de aceite" (6), es uno de los más sagrados de la tierra; así que siempre ha sido, de parte de los cristianos, objeto de especial veneración. Tiene la forma de un cuadrilátero irregular, que mide unos cincuenta metros de lado, y está rodeado de un gran muro; mas, a lo que parece, en pasados tiempos tenía mayores dimensiones, particularmente en la dirección Norte-Sur. En cuanto se penetra en él llaman la atención ocho añosos olivos. "Están sostenidos por un murete, y cada uno de ellos tiene tres o cuatro troncos, separados unos de otros por un espacio bastante grande, porque han ido brotando en el transecurso del tiempo, apartándose cada vez más del tronco primitivo. Su corteza es muy rugosa y resquebrajada, como cubierta de cicatrices o de las arrugas de la vejez. Si estos olivos no son los mismos que presenciaron la agonía del Salvador (7), son, por lo menos, retoños de ellos... Desde luego han visto pasar varios siglos, y su aspecto contrasta singularmente con el de los vástagos que aún producen" (8). La tradición que sitúa en este lugar la agonía de Jesús se remonta, cuando menos, hasta Constantino, y desde entonces su testimonio se repite claramente y con regularidad a través de los siglos (9).

Entrado que hubo Jesús en el olivar, cuyo propietario era

(3) L. Cl. Fillion et H. Nicole, *Atlas géographique de la Bible*, pl. XIV, XV, XVI.

(4) Esta es la palabra que mejor traduce el sustantivo *χοῖον*, empleado por San Mateo y San Marcos (Vulg. *villa et praedium*). San Juan habla de un *κῆπος* o jardín, pero en un sentido amplio.

(5) San Jerónimo, *Onomasticon*, en la palabra *Gethsemane*: *Ad radicem montis Oliveti*.

(6) *Gathsemani*; la transcripción griega es Γεθσημανι. San Jerónimo, in Matth., XXVI, 36, propone la traducción *vallis pinguis*, "valle feracísimo", conforme a la pronunciación suavizada de *Guéchemani*.

(7) La duda proviene de que, según Josefo, *Bell. jud.*, VI, 1, 1. Cuando Tito sitió a Jerusalén el año 70, mandó cortar todos los árboles de este lado de la ciudad.

(8) F. Vigouroux, *Le Nouv. Testament et les découvertes arch.*, segunda edición, pág. 170.

(9) Eusebio y San Jerónimo, *Onomasticon*, l. c. Véase la *Palestine*, por varios profesores de N. D. de France, segunda edición, págs. 190-193.

quizá algún discípulo suyo, detúvose un instante, para decir a sus apóstoles: "Sentaos aquí mientras yo voy allá—y señalaba con un gesto el sitio adonde iba a retirarse—a hacer oración." Sin embargo, tomó consigo a tres de ellos: a Pedro, a Santiago y a Juan, los más adictos y también los más amados (10), a quienes varias veces había concedido, aunque en circunstancias bien diferentes, el privilegio de acompañarle. Ahora ya no iban a contemplar de cerca ni su poder ni su gloria, como en los días en que resucitaba a la hija de Jairo (11), o se transfiguraba en la montaña (12), o les revelaba los misterios del porvenir (13), sino su flaqueza humana y su profunda humillación. Serán para nosotros testigos de inestimable valor, pues por ellos sabremos los dolorosos pormenores de la agonía de Getsemaní. De ordinario, Jesús, conforme a lo que El había aconsejado (14), se aislaba para orar (15); mas en esta sazón sentía como necesidad de tener cerca amigos de quienes pudiese fiar.

Debía de ser ya muy entrada la noche, pues ya había transcurrido bastante tiempo desde que el Salvador y los apóstoles habían dejado el cenáculo. De repente, una ola de amargura, de extremada violencia, acometió al alma del Salvador. Los escritores sagrados la describen, con enérgicas expresiones, como una mezcla indecible de tristeza, de espanto, de tedio y de flaqueza (16). San Justino dice que fué tan extremado este dolor, que por su influjo "todo quedó paralizado en Jesús", como en otro tiempo la fuerza de Jacob por la mano misteriosa del ángel (17). El mismo Jesús reveló a sus tres confidentes, con una expresión verdaderamente trágica, la espantosa agonía de su alma: "Mi alma—les dijo—está triste hasta la muerte." Un puro hombre hubiera sucumbido de cierto bajo

(10) *Qui videbantur fideliores et fortes*, dice Orígenes, *Comment. in Matth.*, ser. 71.

(11) Marc., V, 37; Luc., VIII, 51.

(12) Matth., XVII, 1; Marc., IX, 1; Luc., IX, 28.

(13) Marc., XIII, 3.

(14) Matth., VI, 6.

(15) Matth., XIV, 23; Marc. I, 35; VI, 46.

(16) *Λυπεῖσθαι* (S. Matth.), *ἐκθαμβεῖσθαι* (S. Marc.), *ἀδυναμεῖν* (S. Matth. y S. Marc.). Estos tres verbos juntos expresan una pena moral que ha llegado al mayor grado de su intensidad. El primero indica tristeza profundísima; el segundo, un terror irresistible; el tercero, el no poder más.

(17) *Dial. c. Tryph.*, 125. Cf. Gen., XXXII, 22-32.

carga tan pesada; pero el Padre sostenía a su Hijo, a quien reservaba aún otros padecimientos. Según expresamente dicen San Mateo y San Marcos, los dolores actuales no eran más que el comienzo de la terrible agonía. Por lo que Jesús añadió: “Estaos aquí y velad conmigo.” El pensamiento de que sus tres mejores amigos velarían a pocos pasos de El, sería consuelo a su corazón desolado. Este preludio de la pasión de Cristo fué, como se ve, uno de los momentos más penosos. Sólo la agonía de la cruz puede compararse con la del huerto de Getsemaní. “Agonía”, tal es la palabra que usa aquí San Lucas (18), y ningún otro término podría expresar tan exactamente al congoja desgarradora que entonces padecía el alma del Salvador. Pero si la víctima puede temblar un momento, el Soberano Sacerdote—el mismo Jesús—, la infundirá pronto serenidad y valor invencible. Prueba de ello es lo que sigue.

Separándose de los tres apóstoles con un acto enérgico de su voluntad (19), no obstante lo mucho que su naturaleza humana repugnaba arrostrar tales angustias, se entró debajo de los árboles—a la distancia de un tiro de piedra, según San Lucas, es decir, a unos cincuenta pasos—, para desahogar más libremente el corazón delante de su Padre. Después, con ademán que muestra bien su profunda turbación, se dejó caer de rodillas (20) y se prosternó, rostro en tierra. En esta actitud de desolación, de adoración y de sumisión conjuraba a su Padre que apartase de El, si era posible, aquella hora terrible. A esta escena alude San Pablo, cuando dice (21) que Jesús “ofreció con grande clamor y lágrimas, preces y ruegos, a Aquel que le podía salvar de este mal”. “Padre mío—exclamaba—, todas las cosas te son posibles; traspasa de mí este cáliz; mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieras tú.” Si no fuese irreverencia, diríamos que hay un gran arte en esta súplica que brota del corazón de Jesús al choque de un dolor sin igual. Después de haber dirigido al cielo un ternísimo llamamiento—Padre mío, o, como

(18) Luc., XXII, 43.

(19) La palabra griega ἀπεσπάρθη (Vulg., *avulsus est*) supone un esfuerzo violento.

(20) San Mateo y San Marcos señalan expresamente este hecho.

(21) Hebr., V, 7.

leemos en el segundo Evangelio, *Abba*, Padre (22)—, recuerda a su Padre que todo le es posible; que El sabe conseguir sus fines de mil maneras; que puede, por consiguiente, alejar de El aquella copa de amargura (23), y termina con un acto de entero acatamiento. Ciertamente, podía el Padre apartar de los labios del Hijo del hombre aquel amarguísimo cáliz; pero como Jesús sabía claramente que, según los eternos decretos de Dios, la redención del mundo había de obrarse con los padecimientos y la muerte del Mesías, de ahí que sintiese tan grande turbación. Mas al mismo tiempo este conocimiento le da fuerzas para resignarse valerosamente. Como quiera que sea, nada amenguará su confianza en el Padre, aunque, como espera, tenga que apurar el cáliz hasta las heces.

Jamás había contemplado la tierra angustia semejante; pero tampoco había oído nunca oración tan tierna y tan hermosa. En aquel deseo de excusar padecimientos inconcebibles, en aquel gemido de la naturaleza en semejantes condiciones nada había de desordenado; pero, sobre la voz de la naturaleza, dominaba en el alma de Cristo un rendido acatamiento al beneplácito divino. Expone filialmente su petición, pues sabe que no sufre los rigores de un destino inexorable; y, hecho esto, se calla, o, si prolonga su súplica, es para repetir un *Fiat* heroico, que es a modo de eco de una de las peticiones de la oración dominical (24).

Esta oración de Jesús en Getsemaní, además de ofrecer salvable ejemplo a los cristianos de todos los tiempos para sus horas de prueba, tiene altísima importancia dogmática, pues claramente nos manifiesta en Jesús dos naturalezas distintas, una divina y otra humana, y dos voluntades, asimismo distintas: la voluntad humana, a la que repugnaba tanto padecer, y la voluntad divina, que era la misma de su Padre (25). Ese dualismo que hemos observado entre las dos voluntades es, cierto, misterio-

(22) La palabra aramea *abba* significa “padre”. Esta oración del Salvador se halla reproducida, con ligeras variantes, por los tres sinópticos; pero en todos ellos se compone de los mismos elementos.

(23) Más atrás, Matth., XX, 22-23; Marc., X, 38-39, encontramos ya esta metáfora oriental, de fácil inteligencia. Cf. Ps., X, 7; LXXIV, 8, 9, etcétera.

(24) Matth., VI, 10.

(25) Véase Petavio, *De Incarnatione*, IX, vi, 4.

so; pero se entiende sin dificultad, luego que se admite la encarnación del Verbo con todas sus consecuencias.

Pero ¿qué era lo que Jesús veía en el cáliz puesto ante sus ojos para que experimentase aquel temor tan grande y aquella repugnancia que le hacía estremecer? Veía, en primer lugar, su pasión y su muerte, con sus horribles circunstancias y harto era ya esto para acongojarle. Como dice el príncipe de la Teología, Santo Tomás de Aquino (26), la muerte, y sobre todo la muerte cruelísima que le estaba aparejada, según Él sabía de ciencia cierta, infundía a Jesucristo legítima aversión: era también ésta una consecuencia de la encarnación. "El alma desea, naturalmente, estar unida al cuerpo, y este deseo existió en el alma de Cristo... La separación era, pues, opuesta al deseo natural. Por eso le contristaba la separación." Pero no era ésta la causa única ni aun la principal de las angustias de Cristo en Getsemaní; suponerlo así sería inferir agravio a su corazón, dispuesto a todo heroísmo. Por lo que añade Santo Tomás: "Si Cristo fué tan afligido, no fué solamente porque iba a perder la vida; fué también por causa de los pecados de todos los hombres." Tal fué el verdadero motivo de su espantosa agonía. El peso enorme de nuestros pecados le abrumaba y le obligaba a pedir merced a la divina justicia. Tenía, pues, razón Bossuet al decir, con su magnífica elocuencia (27): "Oh, Jesús, a quien no me atreveré ya a llamar inocente, pues Te veo cargado de más crímenes que los más insignes malhechores; Te van a tratar según tus méritos. En el huerto de los Olivos, Tu Padre Te abandona a Ti mismo... Baja, baja la cabeza; has querido salir fiador, has tomado sobre Ti nuestras iniquidades, y llevarás todo su peso; pagarás largamente la deuda sin remedio, sin misericordia." "Por nosotros padece—escribía ya Isaías, el profeta-evangelista (28)—. Ha sido traspasado a causa de nuestros pecados, quebrantado a causa de nuestras iniquidades..., y por sus llagas hemos sido curados nosotros. Jehová hizo caer sobre Él la iniquidad de todos nosotros."

Pero hasta ahora sólo hemos asistido a la primera fase de la agonía de Jesús. Agobiado por el terror, vuelve adonde estaban

(26) *Summa Theolog.*, p. III, q. XLVI, art. 6, ad. 4.

(27) Primer sermón para el Viernes Santo, exordio.

(28) Is., LIII, 4-6.

los tres apóstoles privilegiados, para buscar algún consuelo en el seno de la amistad. Mas también esta muestra de afecto le iba a faltar, pues los halló dormidos. Dirigiéndose primero a Pedro, cuyas protestas habían sido las más ardientes cuando Jesús predijo el triste desamparo en que le dejarían todos los apóstoles, le dijo: "Simón, ¿duermes?" Luego esta misma queja, tan llena de mansedumbre, se hace general: "¿No habéis podido velar una hora conmigo?" En el cenáculo todos se habían mostrado prestos a sacrificar su vida por su Maestro; ¿qué se había hecho, pues, de aquel valor? Pero, como nota San Lucas, el evangelista-médico, aquel sueño no nacía de indiferencia; además de lo entrado de la noche tenía otra causa, y ésta de índole fisiológica: la tristeza. En efecto, en muchos casos la tristeza produce tal tensión, que no tarda en adormecer los sentidos y sumirlos en un sueño profundo (29). Los tres discípulos se habían dormido, contra su voluntad. Como un día en el monte de la Transfiguración (30), eran aquí presa de un sueño extraordinario, por lo que San Marcos añade que "no sabían qué responder a Jesús", como sucede a las personas a quienes se despierta de repente. Como amigos fidelísimos, de cierto se hubieron de esforzar en mantenerse despiertos, como el Salvador les había pedido.

A su afectuoso reproche añadió Jesús una enseñanza importante: "Velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu en verdad está pronto, mas la carne enferma." Para Pedro, Santiago y Juan y para los demás apóstoles el peligro moral más próximo era el de abandonar o negar a su Maestro. Por esto les era menester recurrir a dos grandes precauciones que la fe nos señala: a la vigilancia, que advierte la presencia del enemigo, y a la oración, que ayuda poderosamente a vencerlo. Su espíritu era, sin duda, generoso y esforzado; lo habían demostrado con sus promesas entusiastas; pero mientras el espíritu, que significa aquí la parte superior del alma, tiene nobles arranques y fervientes aspiraciones que impulsan

(29) *Tandem gravatum animi anxietate corpus altior somnus oppressit.* Quinto-Curcio, IV, XIII, 17. Cf. Apuleyo, II. San Mateo y San Marcos expresan este torpor con dos participios significativos: *β-β-ρρητοι* y *καταρραπνομενοι* (Vulg., *gravati*). Los ojos de los apóstoles estaban pesados, cargados de sueño.

(30) Marc., IX, 1; Luc., IX, 32.

al hombre hacia arriba, la carne mortal y animal lo impele, al revés, hacia abajo (31).

Como le faltasen los consuelos terrestres, aun los más legítimos, Jesús se alejó de nuevo, para ir a cobrar aliento en la oración. “Padre mío—exclamó, sumido siempre en una angustia profunda—, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.” Esta vez el nombre de Padre (32) va acompañado del pronombre posesivo. Según observa San Jerónimo, esta invocación era como una caricia filial de Jesús (*dixit blande*) para conseguir más fácilmente ser escuchado. Expresaba ahora casi en los mismos términos que la vez anterior, pero quedaba más de relieve la entera resignación en la voluntad divina. Ha desaparecido la petición directa; ahora queda velada en la expresión de un cabal consentimiento. La continuación de sus padecimientos interiores es para Jesús manifiesto indicio de que no es voluntad de su Padre excusárselos. Se prepara, pues, a una obediencia absoluta. Tal fué la segunda fase de la agonía de Cristo. Después de haber sostenido por algún tiempo este nuevo asalto, vuelve otra vez adonde están sus discípulos. De nuevo los halla dormidos. Sin despertarlos, vuelve a su soledad y reitera su oración, en su segunda forma, la que mejor expresaba—decíasele su corazón— la conformidad con los divinos decretos. Así, mientras duró la lucha, perseveró en su rendido acatamiento a la voluntad del Padre, dejando que gimiese la naturaleza, pero triunfando de ella con su heroica sumisión. Esto es lo que vigorosamente expresa San Lucas, cuando dice: “Y puesto en agonía, oraba con mayor insistencia” (33). A los reiterados asaltos de las repugnancias humanas oponía arranques cada vez más sublimes de oración y resignación.

San Lucas es también el único evangelista que refiere (34) dos incidentes extraordinarios, el uno de orden sobrenatural y el otro de orden puramente natural, que parece que fueron

(31) San Pablo describe repetidas veces este triste contraste.

(32) Πατερ μου (Vulg., *Pater mi*). Caso único, según creemos, en los Evangelios.

(33) La palabra griega ἐκτενέστερον antes indica la intensidad de la oración que no su duración (Vulg., *prolixius*).

(34) Luc., XXII, 43-44.

la conclusión de la agonía de Getsemaní (35). “Un ángel—dice—le apareció del cielo para confortarle.” “Y fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra.” Estos dos hechos se cuentan entre las más preciosas particularidades con que el autor del tercer Evangelio ha enriquecido la biografía de Nuestro Señor (36). Nada podía mostrar mejor cuán profundamente había penetrado la angustia en el alma del Salvador y cuán extremada violencia debió de oponer a la naturaleza para aceptar plenamente la voluntad de su Padre.

La aparición del ángel fué un hecho externo, que los tres apóstoles más próximos al Salvador pudieron comprobar por sí mismos. La expresión griega que usa el evangelista (37) no puede entenderse más que de una visión objetiva propiamente dicha. Los ángeles habían introducido en cierto modo a Cristo en la tierra, anunciando su nacimiento a los pastores; le habían asistido después de su tentación, y pronto serán testigos de su resurrección y ascensión. ¿No era natural que los hallásemos a su lado en la hora de su terrible agonía, enviados por el Padre mismo para confortarle y alentarle? Pero a la vez, ¿qué indicio de angustia indescriptible, intolerable para la naturaleza humana de Cristo, entregada a sus propias fuerzas!

La segunda noticia, muy propia de un evangelista-médico causa todavía mayor impresión. Bajo la influencia del terror, de la ansiedad, de la lucha, las palpitaciones del corazón sagrado de Jesús hiciéronse tan rápidas y violentas, y de tal manera se aceleró la circulación de la sangre, que produjo un verdadero sudor de sangre que le cubrió todo el cuerpo y corrió en gruesas gotas hasta la tierra (38). Los apóstoles pudieron ver aun las señales en el rostro del Salvador cuando volvió a juntarse

(35) Discútese acerca del momento exacto en que acaecieron. Muchos comentadores los refieren a la primera fase de la lucha; nosotros, siguiendo a otros intérpretes, creemos que cuadran mejor con la tercera y última fase: el sudor de sangre, como indicio extremo de la violencia del combate; la aparición del ángel, para ayudar a Jesús a completar su victoria. Esta misma opinión fué ya expuesta por Taciano en su *Diatessaron*. San Lucas resume toda esta historia de la agonía en un solo asalto.

(36) Sobre las dudas que se han expuesto contra su autenticidad y demás objeciones de los neocríticos véase el apéndice VIII.

(37) Ὁραθη, “fué visto”.

(38) Según la verdadera lección del texto griego, el participio καταβαίνοντες se refiere a las gotas de sangre. La Vulgata (*decurrentis*) leyó καταβαίνοντος, como si este epíteto recayese en la palabra “sangre”.

con ellos, y quizá otros pudieron notar también las huellas que había en el sitio donde estuvo arrodillado. Muchos hechos comprobados desde los más remotos tiempos, demuestran la posibilidad de un sudor de sangre en condiciones parecidas a aquéllas que entonces concurrían en Nuestro Señor (39).

Por lo dicho se puede ver que la agonía de Jesús consistió como su tentación en el desierto, en tres sucesivos asaltos, seguidos de tres victorias. Completamente sereno ya, después de triunfar en el último asalto, y recobrado ya, si se permite la expresión, el pleno dominio de sí mismo, el Salvador volvió por última vez adonde estaban sus discípulos. Y como quien ya no necesita socorro alguno humano, les dijo: "Ahora, dormid y reposad. He aquí que llega la hora en que el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores." En estas palabras han creído hallar algunos intérpretes visos de amarga ironía. He aquí que van a arrestarme; dormid, si os sentís con ánimo para ello: tal sería su sentido. Pero en tales momentos la ironía parece poco digna del Salvador. Nada prueba que se olvidase entonces de aquella dulzura que había animado todas sus palabras y acciones en aquella memorable noche. Preferimos, pues, con la mayor parte de los comentadores, siguiendo a Orígenes, San Hilario y San Agustín, dejar a la frase su significación natural y suponer que Jesús aconsejó a los tres discípulos que aprovechasen para tomar algún descanso el plazo, por otra parte bien corto, que se les concedía. Bajo la guarda afectuosa de su Maestro volvieron, pues, a dormirse de nuevo. Pasado un rato, cuando oyó los pasos de la banda siniestra que iba a detenerle, les despertó diciendo: "Levantaos, vamos; he aquí que el que me entregará se acerca, y el Hijo del hombre será puesto en manos de los pecadores." Jesús había recobrado toda su calma, toda su serenidad y su valor, y salió al encuentro de sus verdugos, de los "pecadores", como El los llama.

"Estaba aún hablando", dicen a una los tres sinópticos, cuando Judas—"uno de los Doce", repiten otra vez para más infamar a aquel miserable—se presentó, seguido de nume-

(39) Cf. L. Cl. Fillion, *Essais d'exégèse*, págs. 123-126; Loenartz, *De sudore sanguinis*, 1850; Stroud, *Physical causes of Christ's death*, páginas 115-120; etc. Véase además el apéndice VIII.

rosa turba, a la que guiaba, y que, de parte del Sanedrín, iba a detener a Jesús. Los cuatro evangelistas cuentan circunstanciadamente esta dramática escena de la prisión (40).

Desde que el traidor salió del cenáculo, no había estado ocioso. Fué en busca de los príncipes de los sacerdotes, a quienes vergonzosamente se había vendido, y les notificó que aquel momento era el más propicio para la ejecución de su contrato. El respondía de entregar a su Maestro en aquella misma hora sin ocasionar motín alguno. Acto continuo, le dieron una escolta, compuesta de criados del Sanedrín y de guardias del templo, armados, quiénes de espada, una espada muy corta, que entonces era de uso frecuente (41)—, quiénes de simples palos. Varios capitanes de la guardia del templo y algunos miembros del Sanedrín uniéronse a la banda, para asistir al arresto de Jesús. San Juan advierte que también iban en la siniestra cuadrilla algunos soldados romanos, que los príncipes de los sacerdotes fácilmente obtuvieron del gobernador, alegando que serían útiles para una operación de simple policía, que podría hallar alguna resistencia. Perteneían a la guarnición que solía estar acuartelada en la amplia torre Antonia, que se erguía en el ángulo Nordeste del templo. Al frente de ellos iba un tribuno (42). Algunos de los guardias del templo o de los soldados llevaban linternas y antorchas, sin duda para registrar, en caso preciso, el olivar, pues la luna de Pascua, suponiendo que aquella noche brillase, apenas iluminaría la parte del huerto cubierta de árboles.

San Juan nos da también a conocer el motivo que indujo a Judas a ir directamente y con seguridad, acompañado de su siniestra banda, a buscar a Jesús en Getsemaní. Bien fuese en sus anteriores permanencias en Jerusalén, bien en los últimos días precedentes, el divino Maestro había ido allí con frecuencia a pasar la noche con sus discípulos cuando no llegaba hasta Betania. Habíalo previsto el traidor y prevenido con tiempo lo

(40) Matth., XXVI, 47-56; Marc., XIV, 43-52; Luc., XXII, 47-53; Juan, XVIII, 2-11.

(41) La *μαχίρα* de los griegos.

(42) San Juan habla de una cohorte (*στρίπη*) que, de ordinario, constaba de 500 ó 600 hombres; pero esa palabra quizá sólo significa aquí un destacamento más o menos considerable. Un mayor despliegue de fuerzas habría perjudicado al intento de los enemigos de Jesús, excitando demasiado la atención.

necesario. Como los más de la escolta no conocían de vista a Nuestro Señor, era menester un signo convencional, mayormente por la noche, para señalarlo a los que estaban especialmente encargados de apresarle. Judas, no previendo que el Salvador se presentaría espontáneamente, había dicho a las gentes que le seguían: “Aquel a quien yo besare, aquel es: prendedlo y llevadlo con cuidado.” Esta última noticia es de San Marcos. Conociendo Judas por experiencia el poder de Jesús, y temiendo quizá alguna resistencia de parte de los apóstoles, reclamó de su tropa atención y energía. Como el beso era entre los judíos la forma habitual de saludo de los discípulos a su maestro (43), la elección de semejante signo en la presente ocasión revela hasta qué grado de infamia había llegado el apóstol apóstata. Sólo un alma vil como la suya podía transformar así la señal de la amistad y ternura en signo de traición y de perfidia.

Así que Judas vió a Jesús a la entrada del cercado del huerto, se adelantó a la cabeza de su tropa, y, yéndose derecho hacia El, lo besó en el rostro con afectado cariño (44), diciéndole: “Dios te guarde, Maestro.” Dejóle obrar el Salvador, sin retirar su divino rostro para librarse de aquel innoble beso; pero, al menos, mostró a Judas que no le engañaba con su hipocresía. Así, pues, con firmeza, aunque con sosiego, le dijo: “Amigo (45), ¿a qué has venido? Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?” Fueron estas palabras un potrer llamamiento a la conciencia del traidor. Este no fué capaz de pronunciar una palabra de respuesta.

Entonces ocurrió una escena dramática, que sólo San Juan nos refiere, y que hace resaltar por modo admirable la noble majestad del Salvador, su valor invencible y la libertad con que El mismo se entregó a sus enemigos. No son ellos quienes le detienen: es El mismo quien se constituye en prisionero. Dando algunos pasos para ir a su encuentro, preguntóles. “¿A quién buscáis?” Respondieron ellos, dándole su nombre popular: “A Jesús el Nazareno.” “Yo soy”, replicó El con majestuosa se-

(43) A. Wünsche, *Neue Beiträge*, pág. 339.

(44) Esto es lo que indica en griego el verbo compuesto *κατεβήκεν* “besó repetidas veces”.

(45) Es de notar que el sustantivo griego que corresponde a esta palabra no es *φίλος*, que expresa amistad, sino *ἐταῖρος*, que antes tiene la significación de “camarada”.

renidad. Con una de esas contraposiciones en que San Juan es maestro, nos muestra—circunstancia trágica que le había sido imposible olvidar—, al lado de la amable y noble figura del Salvador, la odiosa del traidor: “Judas, que le hacía traición, estaba también con ellos.” Luego que Nuestro Señor pronunció estas sencillas palabras: “Yo soy”, los criados del Sanedrín, los guardias del templo y los soldados romanos que estaban más próximos a El retrocedieron y cayeron en tierra. En lo cual, sin género de duda, ha de verse el efecto de un milagro propiamente dicho, semejante a aquel otro con que Jesús había escapado en otra ocasión de las manos homicidas de los habitantes de Nazaret (46). Los antiguos intérpretes (47) nunca vacilaron en reconocer este prodigio, que, en los Evangelios, pertenece a la categoría de las victorias morales alcanzadas por Cristo sobre voluntades rebeldes (48). Jesús consentía, pues, en dejarse atar y arrastrar por los criados del Sanedrín; pero quería demostrarles que, si El quisiera, ningún poder tendrían sobre El (49). Por lo demás, el relato evangélico no nos fuerza a aplicar a todo el tropel de gente que acompañaba a Judas las palabras “retrocedieron y cayeron a tierra”. Los que cayeron fueron aquellos a quienes Jesús había preguntado y que le habían respondido, y no necesariamente toda la banda, que por el camino se había ido engrosando con curiosos y fanáticos y debía de ser ya muy considerable (50).

Cuando los que habían caído volvieron a levantarse, preguntóles el Salvador por segunda vez: “¿A quién buscáis?” Ellos, sin duda con menos arrogancia que antes, pues apenas habían vuelto todavía de su espanto, volvieron a decir: “A Jesús el Nazareno.” Replicóles Nuestro Señor: “Os he dicho que yo soy; si pues me buscáis a mí, dejad ir a éstos.” Y al decir estas palabras indicó con un ademán a los apóstoles, que

(46) Luc., IV, 30.

(47) Entre otros, San Juan Crisóstomo, *Homil. LXXXIII*, in Joan; San León, *Sermo II*, de *Passione*; San Agustín, *Tractat.*, CXII in Joan. Cf. Langen, *Die letzten Lebensstage Jesu*, págs. 220-221.

(48) L. Cl Fillion. *Les miracles de N.-S. Jésus-Christ*, t. II, págs. 330-337. Varios autores racionalistas (y hasta el mismo Strauss) reconocen que el evangelista da el hecho por milagroso.

(49) J. Belser, *Geschichte des Leidens und Sterbens des Herrn*, página 262.

(50) Knabenbauer, *Commentar. in Evang. S. Joannis*, pág. 523.

estaban a alguna distancia. El Buen Pastor, aun entregándose. El mismo, sale a la defensa de sus carísimos discípulos, "para que se cumpliese", continúa el evangelista, lo que dos o tres horas antes había dicho en su oración a su Padre: "De los que me diste, no pereció ninguno" (51).

Entonces los soldados y guardias del templo se arrojaron sobre El y lo ataron brutalmente. Pero no se diría que Cristo era tratado de este modo sin que ni uno solo de los suyos saliese en su defensa. "Señor, ¿herimos con la espada?" exclamaron los apóstoles, que, acordándose de que recientemente su Maestro les había recomendado que se proveyesen de espadas, e interpretándolo todavía a la letra, creyeron llegado el momento de echar mano de sus armas. Y Simón Pedro (52), de alma ardiente y pronto en sus resoluciones, sin esperar respuesta, blandió una de las dos espadas o cuchillos de que se había hablado en el cenáculo (53), y que llevaba oculta entre sus vestidos, e hirió a uno de los agresores, quizá al que hacía oficio más odioso en aquella violenta escena. Pero erró el golpe, y la espada, en vez de llegar a la cabeza, no tocó más que el lóbulo o alguna otra parte de la oreja derecha. Esta última noticia es del evangelista-médico (54). El herido, de nombre Malco, era uno de los criados del Sumo Sacerdote Caifás (55). "¡Basta!", dijo al punto Jesús a sus discípulos, para impedirles continuar aquella lucha tan desigual y aun peligrosa. Y luego, tocando la oreja herida, que, a lo que parece, no se había desprendido enteramente de la cabeza, la curó. Este fue su último milagro, el único de este género que se le atribuye en los Evangelios.

Esta intervención del príncipe de los apóstoles argüía un afecto y un valor innegables; pero era del todo superflua y

(51) Joan., XVII, 12.

(52) Ninguno de los sinópticos menciona aquí su nombre, acaso porque habría algún inconveniente, y hasta algún peligro para el apóstol en nombrarle más a las claras. Pero tal inconveniente había cesado ya cuando San Juan compuso su Evangelio; por esto incluyó esta circunstancia de tanto interés.

(53) Luc., XXII, 38.

(54) Luc., XXII, 50.

(55) El equivalente griego de esta palabra, *ἐξ ἑως τοῦτου* (Vulgata, *sinite usque huc*), es bastante oscuro, y ha sido interpretado de diferentes modos (véanse los comentarios). La traducción que seguimos nos parece la más natural.

hasta aumentaba el peligro que corrían el Maestro y los discípulos, pues podía atraerles crueles represalias. Así se lo dijo a entender Jesús al fogoso apóstol con algunas graves observaciones que explicaban aquella su orden: "¡Basta!" "Vuelve—le dijo—tu espada a su lugar, porque todos los que tomaren la espada, a espada morirán. ¿Piensas acaso que no puedo rogar a mi Padre, que luego me enviaría más de doce legiones (56) de ángeles? ¿Pues cómo se cumplirán las Escrituras, que anuncian que así conviene que se haga? ¿No tengo de beber el cáliz que me ha dado mi Padre?"

Sabe Jesús que ha llegado la hora de beber el cáliz de la amargura, y está pronto a apurarlo hasta la última gota. No pedirá ya, ni aun condicionalmente, que sea alejado de sus labios; que así es de perfecta la consonancia que hay entre su voluntad humana y la de su Padre. Y así se guardará de llamar en su ayuda a Dios y a los ángeles del cielo, para no desmentir los divinos oráculos, que tan claramente habían anunciado que el Mesías padecería y moriría por la salud del mundo. Fuera de que no le era menester la ayuda de los ángeles, pues, si quisiera, bastárale su propio poder para hurtarse a sus perseguidores.

Después que de esta manera habló a sus apóstoles, volviéndose hacia los que tan inicualemente le habían detenido, y particularmente hacia los más responsables, los príncipes de los sacerdotes y los jefes de la milicia del Templo, aféales con noble gravedad los odiosos, cobardes e injustos procedimientos que con El habían usado. Encarándose con ellos, les dijo: "Como contra un salteador habéis salido, con espadas y palos para apoderaros de mí; todos los días estaba sentado en el Templo con vosotros, enseñando, y no me prendisteis." Era bien merecida la reprensión. El gran número de agresores, las armas que llevaban, aquel sitio solitario, la hora nocturna, todo persuadía que iban en busca de un malhechor peligroso. Y con todo eso, Jesús nunca había tratado de ponerse a salvo de sus persecuciones, como lo mostraba su proceder, franco y llano, en contraposición de las pérfidas maniobras de sus enemigos. Así se cumplirían los divinos oráculos: "Todo esto sucede para que se cumplan

(56) La legión romana se componía habitualmente de 6.000 soldados; pero, cuando estaba completa, podía llegar a 10.000.

las Escrituras de los profetas." Por cuarta vez repetía aquella noche este grave pensamiento, que ocupaba su espíritu y su corazón (57). Y para afear más la conducta de sus enemigos, añadió: "Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas" lenguaje figurado, que venía a decir: Vuestra hora es la del mismo Satanás, príncipe de las tinieblas, de quien así os hacéis cómplices.

Entonces tuvo triste cumplimiento otra reciente predicción del Salvador (58). Los apóstoles, viendo que su Maestro rechazaba todo propósito de resistencia humana y que aun rehusaba llamar en su ayuda al cielo, sobrecogidos de terror, pues temían perder su propia libertad, y acaso su vida, huyeron todos, sin excepción (59), incluso Pedro, Santiago y Juan. Herido el Pastor, se dispersaban las ovejas.

San Marcos nos refiere aquí un lance, un tanto misterioso, pero significativo, que prueba lo peligroso que era entonces pasar por partidario de Jesús y las violencias de que eran capaces los esbirros que le habían apresado (60). Cuando conducían al divino cautivo a casa del Sumo Sacerdote, vieron a un joven que, a corta distancia, iba siguiendo el cortejo. ¿Por simpatía? ¿Por pura curiosidad? Despertado de improviso, había salido a la calle simplemente cubierto con una sábana (61). Quisiéronle detener los soldados romanos y los agentes del Sanedrín; pero él, dejándoles la sábana, se les escapó de las manos y huyó. Inútilmente se han inventado hipótesis sobre quién sería aquel joven. Hanse traído a colación los nombres de Lázaro, el resucitado de Betania, del discípulo amado (62), de

(57) Cf. Matth., XXVI, 24, 31, 54, 56.

(58) Matth., XXVI, 31; Marc., XIV, 27.

(59) San Marcos pone de relieve este hecho doloroso, remitiendo la palabra "todos" al fin de la frase. En el Evangelio apócrifo de Pedro, VII, 26-27, se intenta paliar esta falta. Según él, se ocultaron simplemente al pasar, y se excusan diciendo: "(Los judíos) nos buscaban como malhechores, so pretexto de que queríamos incendiar el Templo... Ayunamos y permanecemos en la tristeza y en las lágrimas, día y noche, hasta el sábado."

(60) Marc., XIV, 51-52.

(61) La palabra σινδών que emplea aquí San Marcos indicaba entre los antiguos una gran pieza de lino o de algodón. En este pasaje representa un cobertor o una sábana.

(62) San Juan Crisóstomo, *Hom. in Ps. XIII*: San Ambrosio, *Enarrat. in Ps. XXXVI*; San Gregorio Magno, *Moral.*, XIV, 14.

su hermano Santiago (63) y hasta de Saulo, el futuro Pablo. Otros muchos comentadores contemporáneos lo identifican con el evangelista San Marcos. Lo que parece cierto es que no habitaba en Jerusalén, pues no hubiera andado en tal traje por las calles de la ciudad. Moraba, sin duda, cerca de Getsemaní, y había salido de casa como simple curioso.

II.—PROCESO RELIGIOSO DE JESÚS DELANTE DEL SANEDRÍN; TRIPLE NEGACIÓN DE SIMÓN-PEDRO.

Todos los evangelistas dan grande importancia al proceso de Nuestro Señor Jesucristo, cuyos accidentes y peripecias describen sobria, pero dramáticamente: primero en su fase religiosa, delante del Sanedrín judío, presidido por Caifás, y luego en el pretorio, delante de Pilato, el procurador romano. Es que este doble proceso pone de relieve los dos elementos del carácter mesiánico del Salvador; el Tribunal judío lo condenó por Hijo de Dios, y el Tribunal romano, por rey de los judíos. En el proceso religioso hubo tres sesiones distintas, de diverso interés: la primera, en la casa de Anás; la segunda, en la del Sumo Sacerdote Caifás, durante la noche; la tercera, también en casa de Caifás, pero por la mañana. En su conjunto, esta parte del proceso se sustanció con una precipitación, con una parcialidad y con tales irregularidades, que causan indignación (64).

Volvamos a Getsemaní, para acompañar al divino prisionero hasta el sitio donde se le va a someter a un simulacro de juicio.

(63) San Epifanio, *Haer.*, LXXXVII, 13.

(64) Más de una vez se ha emprendido su revisión, ya desde el punto de vista de la jurisprudencia general, ya de la legislación judía en particular. Muchos escritores judíos (entre ellos J. Salvador, *Histoire des institutions de Moïse et du peuple hébreu*, tercera edición, 1882, t. I, páginas 383-393; Saalschütz, *Mosaisches Recht.*, 1853, t. II, págs. 623-626; F. Cohen, *Les Déicides*, segunda edición, 1864, págs. 123-138) tuvieron la osadía de pretender que la condenación había sido legítima en sus motivos y en su forma. Otros israelitas, como el historiador Jost, *Geschichte des Judenthums*, t. I, págs. 402-409, y el rabino Edersheim, que se hizo cristiano, *Life and Times of Jesus*, t. II, págs. 532-535, lanzaron con mucha razón contra Caifás y sus asesores el epíteto de asesinos. Por lo que toca a la jurisprudencia general o judaica, véase M. Dupin, *Jésus devant Caïphe et Pilate*, 1829 (un poco superficial); los abates Lémann, *Valeur de l'Assemblée qui prononça la peine de mort contre Jésus-Christ*, 1876; A. T. Inners (abogado), *The Trial of Jesus Christ, a legal Monograph*, 1899; G. Rosadi, *Il processo di Gesù*, cuarta edición, 1908.

Después de tantos trastornos como ha sufrido la capital judía desde hace diez y ocho siglos, es difícil tarea la de reconstituir lo que se llama "el camino de la cautividad", es decir, el trayecto que hubo de recorrer Jesús después de su arresto, para ir primero al palacio del Sumo Sacerdote y luego, desde allí, al pretorio. Cuando menos, se conoce la dirección general de este camino. Según una tradición, que se remonta, por lo menos, al año 333 de nuestra Era, el palacio pontifical estaba situado muy cerca del cenáculo, en la colina de Sión. Por tanto, para llegar a él, el Salvador, empujado, arrastrado por los guardias del Templo, hubo de recorrer, aunque en sentido inverso, poco más o menos el mismo camino que horas antes había seguido con sus apóstoles al salir de la cena. Así que, atravesó de nuevo el Cedrón y subió luego la vertiente oriental de la colina de Sión (65). Este barrio, que a la sazón era el más rico y espléndido de la ciudad, está actualmente casi desierto, rodeado de campos, huertos y murallas en ruinas (66).

Por una noticia propia del cuarto Evangelio (67) sabemos que Jesús fué primeramente conducido, no al palacio de Caifás, como a primera vista parece deducirse del relato de los sinópticos, sino a casa de Anás, suegro del Sumo Sacerdote Caifás, y que, por haber él sido también Sumo Pontífice, seguía ejerciendo influencia considerable en todas las clases de la sociedad judía, a pesar de haber sido depuesto el año 15 por el gobernador romano de aquel tiempo. Su nombre hebreo era *Hanan*, al que los evangelistas dieron la forma griega de *Annas*, y Josefo, el de *Ananus*. Los Sumos Sacerdotes eran por entonces impopulares, aun a los mismos de su nación, a causa de su arrogancia. A este defecto añadía Anás una sórdida avaricia, por lo que toda su familia había venido a ser odiosa; culpa suya, en parte, era el que los animales que se vendían para ser inmolados en sacrificio hubiesen alcanzado precios hasta entonces desconocidos. Pero esto hacía poco al caso en las actuales circunstancias. Aquel viejo astuto e intrigante, que consiguió que después de él heredasen la dignidad pontifical, aunque con

(65) L. Cl. Fillion et H. Nicole, *Atlas géograph. de la Bible*, pl. XIV-XV; A. de Piellat, *Voie de la captivité et chemin de la Croix à Jérusalem*, tercera edición, in 18, 1902.

(66) W. Sanday, *Sacred sites of the Gospels*, pág. 80.

(67) Joan., XVII, 12-14.

intervalos irregulares y rápidos, cinco de sus hijos, un nieto y su yerno Caifás, de suerte que se podía hablar de la "casa de Anás" como de una especie de dinastía (68), era adecuado consejero para sugerir la traza que había de seguirse en el proceso de Jesús. Por esto, y también por natural deferencia de su yerno, quisieron saber su parecer antes de que Nuestro Señor compareciese delante del Sanedrín. Demás de que las circunstancias mismas convidaban a esta entrevista, si, como se admite comúnmente, Anás residía en el palacio mismo de Caifás o en otro contiguo (69).

¿Sabemos algo de esta audiencia, que no tuvo carácter alguno oficial? La cuestión ha sido siempre muy debatida, y es moralmente imposible resolverla satisfactoriamente. A primera vista, parece que el interrogatorio descrito por San Juan debió de celebrarse en casa de Anás, pues lo refiere inmediatamente después de la introducción del Salvador en casa del antiguo Sumo Sacerdote, y, además, lo termina con estas palabras: "Anás lo envió (a Jesús), atado, al Pontífice Caifás" (70). Mas, por otra parte, si la escena que vamos a exponer pasó delante de Anás, habría que admitir que San Juan pasó en silencio la comparecencia de Jesús delante de Caifás, a pesar de que era la principal, lo cual no parece admisible. Además, el título de "Pontífice" que el evangelista da al que dirigió el interrogatorio, sólo puede indicar a Caifás, según advierte el narrador mismo (71). Admitimos, pues, con muchos intérpretes (72), antiguos y modernos, que San Juan se contentó con señalar la presentación de Jesús ante el antiguo Sumo Sacerdote sin entrar en pormenores de la audiencia, que, por ser privada, oficiosa, no podía tener efectos legales. No fué más que una información previa.

Cuando terminó, los guardianes del Templo y los criados

(68) Schürer, *Geschichte des jüd. Volkes*, tercera edición, t. II, páginas 217-218.

(69) Véase Vigouroux, *Le Nouveau Testament et les découvertes archéologiques*, segunda edición, pág. 174.

(70) Joan., XVIII, 24.

(71) Joan., XVIII, 13-14. Cf. XI, 49, 51, y XVIII, 24.

(72) Para más pormenores remitimos a los comentarios. Véase también Langen, *Die letzten Lebensstage Jesu*, págs. 234-238. El Dr. Zahn, *Das Evangelium des Johannes*, págs. 613-614, admite una opinión intermedia: la sesión de que habla San Juan se debió de celebrar en las habitaciones de Anás; pero Caifás fué quien realmente la presidió y dirigió.

del Sanedrín, por orden del antiguo Sumo Sacerdote, condujeron a Jesús a casa de Caifás. Ya no se habla de los soldados romanos, cuyo concurso únicamente habían solicitado para el arresto, que temían había de ser algún tanto difícil. Debieron, pues, de volver a su cuartel al salir de Getsemaní o quizá después que dejaron al prisionero en casa de Anás.

Por tercera vez aparece aquí Caifás en el curso de la historia evangélica. Lo nombró primeramente San Lucas (73), para datar el comienzo del ministerio de Juan Bautista. También hizo mención de él San Juan al referir el infame consejo que aquél dió a los miembros del Sanedrín respecto a Jesús (74). El evangelista recuerda ahora este consejo, para indicar de antemano qué justicia podía esperarse de un Tribunal cuyo presidente había emitido de manera tan cínica semejante opinión. "Caifás", en arameo, *Kayyafa*; en griego, *Kaiphás*, era un sobrenombre del Sumo Sacerdote entonces reinante. Su verdadero nombre era José. Fué nombrado por el procónsul Valerio Grato, el año 18, y ejerció el soberano Pontificado hasta el año 36 (75). Para que los romanos, y sobre todo Pilato, lo mantuviesen tanto tiempo en el cargo, mientras casi todos los otros Pontificados habían tenido una duración efímera, debió de convertirse, con innoble flexibilidad y docilidad vergonzosa, en agente de su política y ponerse al servicio de sus intereses, a expensas de los de su país. Su notoriedad entre los cristianos le viene del papel singularmente odioso y criminal que va a representar en la condenación de Jesús, y que le dejó para siempre deshonorado.

Cuando introdujeron en su casa a Jesús, los miembros del Sanedrín, convocados con urgencia, a pesar de que aún era muy de noche, no se habían reunido todavía. Entretanto, el Sumo Sacerdote sometió a Jesús a un interrogatorio previo, del cual nos ha conservado noticias el evangelista San Juan (76). Las preguntas que Caifás hizo al divino acusado, esperando arrancarle alguna confesión comprometedora, versaron sobre dos puntos principales. ¿Quiénes eran sus discípulos? ¿Cuál era

(73) Luc., III, 2.

(74) Joan., XI, 49.

(75) Josefo, *Ant.*, XVIII, II, 2; IV, 3.

(76) Joan., XVIII, 19-23.

su doctrina? Ambas eran muy naturales. Demuestran que el Sumo Sacerdote conocía bien el género de vida y costumbres del Salvador, pues sabía que de ordinario iba acompañado de algunos discípulos y que se dedicaba a la predicación. Jesús, dejando a un lado la primera pregunta, no respondió más que a la segunda, y lo hizo con tanta habilidad como firmeza:

"He hablado manifestamente al mundo; siempre he enseñado en las sinagogas y en el Templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que han oído lo que yo les he hablado; ellos saben lo que he dicho."

He aquí el tono que convenía a quien estaba seguro de su superioridad, a un acusado que estaba persuadido de su inocencia, ante un juez inicuo, a quien no preocupaba el amor de la justicia y de la verdad. Jesús pone muy de relieve, desde un doble punto de vista, el carácter público y universal de sus enseñanzas. Los doctores judíos se contentaban por lo común con instruir a algunos discípulos; Jesús, por el contrario, había explicado su doctrina delante de auditorios numerosos, compuestos de cuantos deseaban oírle. La destinaba a todo el mundo. Los sitios en que hablaba solían ser los más públicos: las sinagogas, los patios del Templo de Jerusalén, abiertos a todos los judíos. Había predicado también al aire libre, a orillas del lago de Genesaret, en las montañas; ¿y no había ordenado a sus discípulos que pregonaran desde las azoteas lo que El les había enseñado? Ningún otro doctor había procurado tanta publicidad. Caifás no tenía, pues, sino informarse sobre este particular; por millares se contaban los testigos serios y veraces. A ninguno de ellos temía Jesús, aunque muchos eran sus enemigos declarados.

Tan concluyente fué la respuesta, que el Pontífice nada tuvo que replicar. Pero uno de los criados del Sanedrín, que estaba de pie cerca de Jesús, se atrevió a darle una bofetada, diciendo: "¿Así respondes al Pontífice?" Como vil cortesano, aquel miserable se arrogaba el derecho de emplear brutalmente la violencia con Nuestro Señor, como si su digna respuesta hubiese sido injuriosa para el Pontífice. Como Caifás no reprendió el entrometimiento de su subordinado, hízolo el mismo Jesús con un dilema irrefutable: "Si he hablado mal, demuestra en qué

he dicho mal; mas si he hablado bien, ¿por qué me hieres?" (77).

Poco después, llegados ya muchos de los miembros del Sanedrín, comenzó la sesión propiamente dicha. San Mateo y San Marcos describen muy bien sus principales pormenores (78). La primera parte de una reciente predicción de Jesús estaba ya cumplida: "He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas, y a los ancianos" (79). Entremos en la sala de la audiencia, que estaba situada en el primer piso del palacio de Caifás (80). Cuando el Sanedrín celebraba sesión judicial en su local de costumbre, el *gazzit*, cada uno de los jueces tenía su sitio señalado. Sentábanse en semicírculo, sobre almohadones. En el centro del hemiciclo, en estrados elevados, se colocaban el presidente, que en el caso actual era el mismo Caifás, y el vicepresidente. Cerca de sí tenían a los "Sabios", que eran los consejeros de la Alta Asamblea. En cada uno de los extremos del hemiciclo se colocaba un secretario: el de la derecha tenía por oficio recoger todo lo que resultaba en descargo del acusado; el de la izquierda, todo lo que le era desfavorable. El acusado se ponía en medio de la sala, rodeado de guardias que lo vigilaban (81). Probable es que en casa de Caifás se siguiese este mismo orden de colocación.

Aunque de antemano estaba descontada toda idea de justicia y el acusado estaba ya condenado desde hacía mucho tiempo, era preciso, al menos, salvar las apariencias y fingir una justificación legal de la sentencia de muerte, pues si no, ¿qué pretexto podrían alegar ante Pilato para alcanzar que ejecutase la sentencia? ¿No se arriesgaban también a perder la reputación ante gran parte del pueblo, que aún favorecía la causa de Jesús? Procedieron, pues, en primer lugar, a oír a los testigos. Caifás y sus cómplices habían previsto el caso, y en el momento

(77) Una escena semejante de la vida de San Pablo se refiere en el Act., XXIII, 2.

(78) Matth., XXVI, 59-66; Marc., XIV, 55-64.

(79) Marc., X, 33.

(80) Así se deduce de una noticia que más adelante nos dará San Marcos (Marc., XIV, 66), cuando dice que Pedro "estaba abajo, en el atrio".

(81) Selden, *De synedrio*, págs. 663-665; Lémann, *Valeur de l'assemblée*, páginas 6-10; L. Cl. Fillion, *Atlas archéolog. de la Bible*, pl. LXXI, fig. 15.

oportuno no faltaron en la sala de audiencia testigos a quienes previamente habían sobornado (82). ¿Qué acusación sería posible presentar contra el Salvador, que era la inocencia misma? ¿No había refutado siempre a sus enemigos, dejándolos confusos y avergonzados? Pero como ellos querían a toda costa saciar su rabia sanguinaria, así habían tomado sus precauciones.

Se concedió la palabra a estos testigos de la mentira. Pero pronto quedó frustrada la páfida esperanza de aquellos jueces sin conciencia, pues, a pesar de sus prejuicios y de su odio, ninguna de las acusaciones lanzadas contra Jesús les pareció suficiente para legitimar una sentencia capital. Como notan los evangelistas, los testigos no estaban concordes. Ahora bien; según la ley mosaica, "Un testimonio era de ningún valor si los que lo daban no estaban acordes en todos los puntos" (83). La Providencia permitió este desacuerdo, para que nunca pudiese decirse que se había decretado contra Jesús una sentencia de muerte, ni aun con sombra de culpabilidad. Al contrario, durante este doble proceso y después de él, todos los que pronunciaron algún juicio sobre Jesús, todos, aparte el Sanedrín homicida—Pilato, Herodes, el buen ladrón, el traidor Judas, el centurión romano que asistió a la crucifixión—, proclamaron su perfecta inocencia. Padecerá el último suplicio, pero a título de Mesías, de Redentor del pueblo judío y de todo el linaje humano. Morirá en las circunstancias más crueles, porque hasta el fin perseverará fiel a su misión.

Sin embargo, después de largo desfile de testigos, presentáronse otros dos—dos tan sólo, lo mínimo que pedía la ley (84)—e hicieron la siguiente declaración: "Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este Templo, hecho por mano de hombre, y en tres días edificaré otro que no será hecho de mano de hombre" (85). La acusación era grave de suyo, pues los judíos eran celosísimos del honor de su Templo, centro glorioso de su religión. El testimonio tenía particular fuerza, como quiera que

(82) S. Matth., XXVI, 59, lo dice expresamente: "Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban un falso testimonio contra Jesús, para hacerle morir."

(83) *Sanhedr.*, V, 2. Cf. Num., XXXV, 30; Deut., XIV, 15; XVII, 6.

(84) Num., XXXV, 31; Deut., XVII, 6; XIX, 15.

(85) Marc., XIV, 58. Según San Mateo, XXVI, 61: "Puedo destruir este templo y reedificarlo en tres días."

los dos testigos afirmaban haber oído personalmente estas palabras subversivas. ¿No estuvo el santo profeta Jeremías a punto de ser muerto por haber predicho la ruina del Templo? (86).

Las palabras en que se fundaba esta calumnia habían sido pronunciadas tres años antes, al principio del ministerio de Jesús. Gracias a San Juan, que nos las conservó (87), podemos comprobar la mentirosa aserción de los dos acusadores. No había dicho Jesús: "Yo destruiré este Templo", sino: "Destruid este Templo, y yo lo volveré a reedificar", lo cual era bien diferente. Sus palabras, puramente hipotéticas, no contenían nada de irrespetuoso para la casa de Dios. Por malevolencia o por mala inteligencia las citaban desfiguradas; fuera de que no se refería al santuario de Jerusalén, sino al sagrado cuerpo del mismo Salvador, que había de resucitar tres días después de su muerte. Con todo, estas palabras de Jesús produjeron vivísima impresión, pues uno de los principales agravios que más adelante echarán en cara a San Esteban será el haberlas citado, como si realmente en ellas se predijese la ruina del Templo (88). Mas tampoco esta acusación sirvió para fundamentar el proceso, pues, como nota San Marcos, los dos testigos que la adujeron andaban discordes entre sí. Conforme a las costumbres jurídicas de los judíos, habían comparecido ante el Tribunal separadamente, y el segundo se hubo de poner en contradicción con el primero en algún punto principal, de modo que la acusación se desvanecía por sí misma. Por lo que los jueces y su presidente quedaron mohinos y turbados.

Pero como no era posible condenar a Jesús sin alguna prueba de culpabilidad y esta acusación presentaba algunos visos de legalidad, Caifás va a poner todo su empeño para sacar algún partido de ella. Dejando, pues, su sitio, se adelantó hasta el centro de la Asamblea (89), y simulando profunda indignación por el supuesto ultraje al Templo del Dios de Israel, conjuró al acusado a que, si podía, se justificase de esta acusación. "¿No respondes cosa alguna a lo que éstos atestiguan contra ti?"

(86) Jer., XXVI, 6-19.

(87) Joan., II, 19.

(88) Act., VI, 13-14.

(89) Matth., XXVI, 62; Marc., XIV, 60.

le preguntó con tono desabrido y semblante colérico. En el presidente de un Tribunal Supremo, el recurrir a la intimidación era ya odiosísima irregularidad. Jesús habría podido refutar victoriosamente con una sola palabra las calumnias de sus acusadores; pero prefirió guardar un majestuoso silencio, que San Marcos nos describe con esta expresiva fórmula: "Mas El callaba, y nada respondió." ¿Para qué disculparse ante tales jueces, si el mismo desacuerdo de los testigos, debidamente comprobado, argüía de nulidad su acusación? Además, ¿no sabía que estaban resueltos a condenarle como quiera que fuese? Más adelante San Pedro hizo un hermoso elogio de este silencio tan elocuente, que él relacionaba con una profecía de Isaías: "Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas... El, que cuando le ultrajaban no devolvía el ultraje; que, maltratado, no prorrumpía en amenazas" (90).

Como la pregunta de Caifás quedó frustrada por el silencio de Jesús, herido aquél en su orgullo, todavía de pie, le interpeló con afectada solemnidad: "Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios bendito" (91). Como se ve, no ignoraba el Sumo Sacerdote que Jesús reivindicaba el título de Mesías. ¿Cómo podía ignorarlo, mayormente después de la entrada triunfal en Jerusalén, y después de las discusiones que Nuestro Señor había tenido en los patios del Templo con los fariseos, los saduceos y los sanedritas? ¿Pero cuál era la significación precisa que Caifás daba al título de "Hijo de Dios?" ¿Lo consideraba como simple sinónimo de la palabra "Cristo", como expresión de las relaciones íntimas del Mesías con Dios? ¿Las empleaba acaso en su sentido estricto, para denotar una generación y naturaleza divinas? No es posible responder con certeza a estas preguntas, dado que la divinidad del Mesías, según dejamos dicho, no era comúnmente admitida entonces por los judíos. Con todo, aunque los salmos de Salomón sólo llaman al Mesías "hijo de David", el autor del libro de Enoch y del libro IV de Esdras le llaman "Hijo de Dios" (92). Bien, pues, pudo Caifás emplear esta misma

(90) I Petr., II, 21-23. Cf. Is., LIII, 7; Act., VIII, 32-34.

(91) Este epíteto laudatorio se asociaba con frecuencia al nombre divino por un sentimiento de respeto.

(92) Hénoch., X, v, 2; IV, Esdras, VII, 28-29; XIV, 9.

manera de hablar; pero quizá, sin preocuparse de esta cuestión, empleó el título de "Hijo de Dios", para obligar a Jesús a responder afirmativamente, con lo cual esperaba poderle acusar de blasfemia y conseguir los sufragios de la Asamblea.

Ahora sí hablará el Salvador. Interpelado en nombre de Dios, respondiendo a un interrogatorio oficial, hecho por el más alto dignatario de la nación teocrática, proclamará sin vacilar, ante la Asamblea suprema del pueblo judío, que El es verdaderamente el Mesías. "Tú lo has dicho", responde con voz segura. Tiempo atrás, al pie del Hermón, había aceptado la fervorosa confesión de Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo" (93). Posteriormente, había admitido como homenaje legítimo el Hosanna del pueblo. Pero ahora hay algo más, pues El mismo confiesa paladinamente su mesianidad y su filiación divina. Completando y corroborando su aserción con una declaración que profirió con majestad y autoridad de rey, añadió: "Dígoos que de aquí en adelante veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha de la virtud de Dios y venir sobre las nubes del cielo." ¡Qué sereno vigor en estas sencillas palabras: "Yo os digo", con que comienza la profecía del Salvador. Relaciónase ésta de modo clarísimo con la visión de Daniel, varias veces mencionada, en la que el Hijo del hombre, caminando sobre las nubes del cielo, va a presentarse al "Anciano de días", que le entrega "el poder, el honor y el reino" (94), y que, según el salmo IX, le sienta a su diestra como virrey, provisto de toda su autoridad o, mejor digamos, como su igual. La expresión griega que hemos traducido por "de aquí en adelante" (95), tomada a la letra, significa: "desde este instante". No significa, pues, únicamente el tiempo del juicio final, como suponen algunos comentadores. Jesús consideraba el momento en que iba a ser condenado como principio de su glorificación. En su pasión va a comenzar un nuevo orden de cosas. Con este grave lenguaje, Nuestro Señor remitía a sus jueces a un porvenir próximo, que atestiguaría la legitimidad de todas sus reivindicaciones. A pesar de su humillación y flaqueza presentes, que se agravarán dentro de algunas horas,

(93) Matth., XVI, 16.

(94) Dan., VII, 13-14.

(95) Matt., ἀπ' ἄρτι (Vulg. *amodo*); San Luc. ἀπὸ τοῦ νῦν (Vulg. *ex hoc*).

pronto se les mostrará de diferentes maneras como Mesías-Dios, sentado a la diestra de su Padre. Y, en efecto, ellos vieron los primeros rayos de su gloria, que se manifestaron en los milagros del Gólgota, de la resurrección y de Pentecostés, y en los prodigios obrados por los apóstoles y en el rápido crecimiento de la Iglesia. Sus inmediatos descendientes, y aun algunos de ellos mismos, contemplaron con sus propios ojos la ruina de Jerusalén, donde también se reveló la omnipotencia justiciera de Cristo. Todos estos acaecimientos eran otros tantos preludios y prendas de su advenimiento aún más glorioso al fin de los tiempos (96).

Estas palabras de Jesús contienen, pues, uno de los más insignes testimonios que dió de sí mismo; todas las manifestaciones históricas de su poder en el decurso de los siglos están resumidas en ellas. No afirma solamente que es el Mesías, sino que proclama que los hechos probarán su mesianidad; más aún, declara que El, Hijo del hombre, es también el Hijo de Dios, igual a su Padre celestial. Mientras no llegó su "hora", evitó, por largo tiempo y con diligente cuidado, todo cuanto pudiera excitar el odio de sus enemigos y apresurar la ejecución de sus criminales designios; procedió con prudente cautela respecto de sus títulos y de sus derechos; mas ahora que esta hora anhelada por su Padre y por El ha llegado, levanta sin temor todos los velos y anuncia a las claras, ante el más alto y poderoso Tribunal de su pueblo, lo que es y lo que hará. Su misión terrestre va a terminar; pueden hacerle morir; pero esto mismo ayudará a su glorificación.

Unos jueces amantes de la verdad hubieran inquirido—¡y era tan fácil!—, hubieran sometido a un examen serio la aserción del acusado. La vida de Jesús, su predicación y sus milagros, cotejados con este testimonio que acababa de dar solemnemente de sí mismo, contenían la prueba más incontestable y auténtica de su misión divina. Pero no era eso lo que los adversarios de Jesús buscaban. Querían condenarle a muerte, y para llegar a este fin habían amañado el proceso.

Caifás, olvidando su oficio de presidente imparcial, va a continuar haciendo el de primer acusador. Ha salido con su in-

(96) Matth., XXIV, 27-31, y los pasajes paralelos de San Marcos y de San Lucas.

tento; ha logrado hacer hablar al acusado y ha obtenido de él una grave confesión, gracias a la cual le será fácil hacer pronunciar contra él la sentencia de muerte. Pero va a proceder con arte consumado. El Oriente ha sido siempre el país de las manifestaciones externas: el dolor, la indignación y el terror, y en general todas las emociones vivas, expresábanse con actos que, siendo naturales en sí, se sometieron luego a reglas convencionales. Tal sucedía entre los judíos, cuando oían una blasfemia o veían una acción sacrílega: habían de desgarrar sus vestidos, mostrando santa cólera (97). La ley mosaica prohibía que el Sumo Sacerdote rasgase sus vestiduras cuando era caso de un duelo personal (98), pero no cuando se pronunciaba alguna blasfemia delante de él. Caifás rasgó, pues, su vestidura superior (99), como si acabase de oír una horribilísima blasfemia, y, uniendo al gesto la palabra, exclamó: "Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí que acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?" Alegrábase de poder prescindir de testigos, ya que un largo y minucioso interrogatorio, a pesar de la parcialidad con que había procedido, le había demostrado la inutilidad de este medio para condenar al acusado. Pero al proceder así representaba una indigna comedia (100), ya que no sólo quería evitar la comparecencia de nuevos testigos, incluso los de descargo, sino aun toda deliberación de los jueces. Pedía un voto por aclamación. Lo obtuvo acto continuo de aquella Asamblea servil, digna de su presidente, en la que casi todos estaban imbuídos de prejuicios y odio contra Nuestro Señor. Exigía la ley que en los procesos criminales cada juez expresase separadamente su voto; pero el Sanedrín, pisoteando las prescripciones legales, pronunció unánimemente sentencia de muerte contra Jesús. ¿No se habían re-

(97) Este gesto se menciona muchas veces en los escritos del Antiguo Testamento. Lev., XXI, 10; IV Reg., XVIII, 37; Judith., XIV, 17; Is., XXXVII, 1; Jer., XXXVI, 24; Joel, II, 13. Para la reglamentación instituida por los rabinos, véase Buxtorf, *Lexicon talmudicum*, pág. 2146; Otho, *Lexicon rabbinic.*, en las palabras "Blasphemus, Laceratio".

(98) Lev., X, 6; XXI, 10.

(99) San Mateo y San Marcos emplean, con mucha exactitud, el plural (τὰ ἱμάτια, τοὺς χιτῶνας), pues, según los rabinos, no era solamente la túnica exterior la que debía desgarrarse, sino también todos los vestidos excepto tan sólo la camisa. Los ricos solían llevar varias túnicas sobrepuestas.

(100) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 390.

unido para condenarle y no había ido encaminado todo el proceso a este fin? Los miembros del Consejo Supremo de quienes se sabía que eran favorables a Jesús—quizá había algunos más que Nicodemo y José de Arimatea—no habían sido, probablemente, convocados, si ya no se abstuvieron espontáneamente, cuando conocieron el motivo de la reunión.

Ahora hemos de volver atrás, para asistir a otra escena, de menos gravedad, ciertamente, pero también muy dolorosa, que ocurrió asimismo en casa de Caifás, mientras el Salvador era juzgado y condenado. Nos referimos a la triple negación de San Pedro. Nárranla a una los cuatro evangelistas (101), en términos dramáticos, que ponen los hechos casi ante nuestros ojos, y con ligeras divergencias, no contradicciones, que provienen de la diversa selección que cada evangelista—o la tradición que recogieron—hizo de las palabras pronunciadas en este corto drama. En efecto, como se ha dicho muy bien (102), "la triple negación de San Pedro consistió, no en tres actos aislados, sino en tres circunstancias distintas, en las cuales el apóstol negó varias veces a su Maestro." La predicción del Salvador, "Tú me negarás tres veces", no se ha de restringir, pues, a tres locuciones de negación pronunciadas por el apóstol, pues juntando las diferentes circunstancias en las que Pedro renegó de Jesús, según los cuatro evangelistas, se obtendrían, según los cálculos de algunos exégetas, no tres, sino seis, siete y hasta ocho negaciones. La profecía admite un sentido más amplio. Si agrupamos todas estas negaciones, tendremos tres series de preguntas y respuestas, o, si se quiere, tres actos sucesivos, compuestos cada uno de varias escenas, en las cuales el príncipe de los apóstoles, interrogado repetidas veces por distintas personas, negó varias veces a Nuestro Señor (103). Admitido este principio tan sencillo, pronto se echa de ver que donde algunos pretenden hallar verdaderas contradicciones sólo hay pequeñas di-

(101) Matth., XXVI, 69-75; Marc., XIV, 66-71; Luc., XXII, 56-62; Joan., XVIII, 15-18, 25-27. Como sucede con frecuencia, las narraciones de San Mateo y de San Marcos son muy parecidas; las de San Lucas y San Juan son más diferentes entre sí.

(102) C. Fouard, *Passion de N.-S. Jésus-Christ*, pág. 186. Ya Bengel había establecido esta importante distinción en su *Gnomon Novi Testamenti* (Tubinga, 1742), pág. 154; *Abnegatio ad plures plurium interrogationes, facta uno paroxysmo, pro una numeratur*.

(103) Véase L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Jean*, pág. 335.

vergencias que se hallan en todos los historiadores que han escrito, independientemente unos de otros, sobre un mismo asunto.

Pedro, en el momento en que detuvieron al divino Maestro en Getsemaní, había huído, como los demás apóstoles. Mas poco después, cobrando ánimos y avergonzado de su flaqueza, volvió sobre sus pasos y siguió a cierta distancia a la banda que conducía a Jesús a casa de Anás. Idénticos sentimientos había experimentado el discípulo amado, de suerte que ambos se encontraron a la puerta del palacio de Caifás. El mismo San Juan es quien nos da esta noticia y la siguiente (104). Según su costumbre, no se nombra a sí mismo; pero por su modo de hablar y por el sentir tradicional, con razón adoptado por la mayor parte de los comentadores (105), no es posible pensar en otro apóstol. Dícenos San Juan que él era conocido del Sumo Sacerdote, es decir, de Caifás. ¿Qué relaciones había entre ellos? Ninguna de las varias hipótesis que sobre este punto se han hecho da una respuesta enteramente satisfactoria. Hasta se ha llegado a suponer entre el evangelista y Caifás no sé qué grado de parentesco, del cual no hay prueba alguna. Notemos solamente que, entre los antiguos judíos, las diferentes clases de la sociedad no vivían tan separadas unas de otras como en los pueblos modernos, con lo cual se simplifica algún tanto la cuestión. Recuérdese también que San Juan tenía entonces, si no en propiedad, al menos en alquiler, una casa en Jerusalén (106). Como quiera que fuese, Juan, conocido del gran sacerdote, lo era también de sus criados, y éstos le dejaron entrar sin dificultad en el patio del palacio, mientras Pedro se quedaba en la calle. Cuando el discípulo amado advirtió que su compañero no le seguía habló a favor de él a la portera, y ambos atravesaron el pórtico, separándose luego. Al penetrar en aquel lugar hacían un acto de valor, que de alguna manera reparaba su reciente fuga.

Pero en menguada hora obtuvo Pedro este privilegio. No se imaginaba el género de prueba que allí le guardaba. Apenas ha-

(104) Joan., XVIII, 15-16.

(105) L. Cl. Fillion, *op. cit.*, págs. 330-331.

(106) Joan., XIX, 27.

bía entrado, cuando la criada que guardaba la puerta (107) le preguntó desdeñosamente: “¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?” Entonces Pedro, sorprendido y turbado por la inesperada pregunta, que indicaba que había sido reconocido por uno de los discípulos íntimos de Jesús, respondió cobardemente: “No lo soy.”

Por el tiempo de Pascua, las noches suelen ser frías en Jerusalén, que está edificada a una altura de 800 metros, por lo que los criados de Caifás y del Sanedrín habían encendido una lumbre en el patio cuadrangular y descubierto, en torno del cual se alzaban las construcciones que formaban el palacio, y se calentaban junto a ella. Pedro fué a mezclarse en el grupo. Pero he aquí que otra criada, que había observado su rostro mohino y su grave continente, que contrastaban con la actitud de los demás, clavando en él los ojos (108), exclamó: “También tú estabas con Jesús Nazareno.” Si los criados de los sacerdotes lo hubiesen detenido para conducirlo ante el Tribunal, de creer es que Pedro hubiera confesado valerosamente a su Maestro; pero en aquel lugar, cada vez más aturdido, tuvo la flaqueza de responder: “Ni le conozco ni sé lo que dices.” Tal es la primera serie de sus negaciones. ¡Cómo se oculta, afectando no saber ni de quién ni de qué se le habla! En aquel momento, según San Marcos, cantó el gallo por primera vez.

Pedro hubiera debido dejar aquella compañía tan peligrosa; pero habiendo entrado en el palacio “para ver el fin”, como se expresa San Mateo (109), es decir, para conocer lo antes posible el término del proceso y la suerte reservada a su amado Maestro, repugnábale el alejarse. Permaneció, pues, cerca del fuego, que difundía en torno un vivo fulgor rojizo. Uno de los asistentes, mirándole también de hito en hito, hízole la misma pregunta que la portera: “¿No eres tú también de sus discípulos?” El volvió a responder: “No soy.” Cada vez más turbado, intentó salir, y dió algunos pasos hacia la puerta; pero otra criada dijo a los que estaban cerca de ella: “También éste

(107) En tiempos antiguos, así en Judea como en otras partes, este oficio estaba comúnmente encomendado a mujeres. Cf. II Reg., IV, 6, según los Setenta; Act., XII, 13; Josefo, *Ant.*, VII, II, 1; Plauto, *Curculio*, I, I, 76.

(108) Marc., XIV, 67: ἐμβλέπων (Vulg., *aspiciens*).

(109) Matth., XXVI, 58.

estaba con Jesús Nazareno." Pedro negó de nuevo, diciendo: "No, no conozco a tal hombre", y confirmó su negación con juramento (110). Esta fué la segunda serie de negaciones.

Una hora después, según San Lucas, algunos de los criados de Caifás y del Sanedrín, llegándose a Pedro, le dijeron, en términos categóricos: "Cierto; tú también eres de ellos (con este lenguaje despectivo denotaban a los discípulos de Jesús), pues tu habla te da bien a conocer." Al tratar de la lengua que entonces se hablaba en Palestina (111), dijimos que el idioma arameo que se usaba en Galilea se distinguía por ciertas particularidades y defectos de pronunciación, que delataban el origen de quienes lo hablaban. Además, particularmente en Jerusalén, la locución "ser galileo" era a menudo como decir discípulo de Jesús, pues sabido era que sus partidarios más ardientes eran originarios de aquella provincia. Pedro, pues, se había denunciado a sí mismo. Más aún: uno de los asistentes, pariente de aquel Malco a quien el fogoso apóstol había herido horas antes, creyó reconocer al autor de aquella hazaña. "¿No te vi yo a ti en el huerto con él?", le preguntó. Pedro, cada vez más fuera de sí por los lamentables incidentes que, uno tras otro, habían sobrevenido, renegó de su Maestro con más energía que nunca, jurando una vez más que no le conocía. Hasta llegó a proferir imprecaciones y anatemas contra sí mismo y a pedir que vinieran sobre él toda suerte de males y aun la muerte si no decía la verdad. "No conozco a este hombre que decís", respondió, según San Marcos. ¿Qué fué de su confesión gloriosa? ¿Qué se hicieron todas aquellas bellas promesas que el segundo canto del gallo vino a recordarle en el mismo instante en que profería su tercera negación?

Cuando oyó aquel sonido estridente (112), acordóse luego de la predicción que el Salvador le había hecho horas antes, y entendió toda la gravedad de su falta. Creció aún su dolor cuando Jesús, a quien, después de su condenación, se conducía desde la sala de la audiencia al lugar donde había de pasar encerrado las horas que aún quedaban de la noche, volviéndose a

(110) En el segundo Evangelio, el empleo del imperfecto ἡρώετο indica un acto prolongado, reiterado.

(111) Véase Dalman, *Grammatik des jüd. palästin. Aramäisch.*, págs. 4-5, 42-44; Neubauer, *Géographie du Talmud*, págs. 184-185.

(112) Es probable que no hubiese notado el primero.

cuando pasó a su lado, le dirigió una mirada penetrante (113), con que elocuentemente le decía que sabía todo lo sucedido. Entonces Pedro, traspasado de dolor el alma y angustiado el corazón, dejó presuroso el palacio de Caifás y prorrumpió en amargos sollozos (114).

La veracidad y probidad históricas de los cuatro evangelistas resplandecen en las líneas que cada uno de ellos dedicó a la negación del príncipe de los apóstoles. No le guardan consideraciones, no tratan de atenuar, ni aun ligeramente, su falta. Exponen los hechos así como sucedieron. Por nuestra parte, no vamos a exagerar esta falta. No se ha doblegado, no ha vacilado la fe de Pedro. Su negación, efecto del miedo, fué externa y pasajera. Su primer yerro fué confiar demasiadamente en sí mismo; su presunción le puso luego en grave peligro, y cayó. Pero qué bien supo reparar su pecado, llorándolo durante toda su vida, ganando innúmeras almas a su amado Maestro y muriendo por El en una cruz!

Luego, después de la sentencia de muerte pronunciada contra Jesús, acaeció una escena repugnante, que los evangelistas refieren en pocas palabras (115). Aunque en todas partes, como no sea en los pueblos bárbaros, los condenados a muerte son respetados como cosa sagrada, desde la sentencia hasta la ejecución, Jesús recibió los más villanos tratamientos. Los groseros guardianes en cuyo poder había quedado aquella mansa e inocente víctima le hicieron padecer crueles ultrajes. Unos le escupían en el rostro; otros le daban de bofetadas y le herían con el puño; otros, aún más osados, después de vendarle los ojos, le preguntaban: "Profetiza, ¿quién es el que te ha pegado?" Pues se había declarado profeta, le invitan, por mofa, a que use de su poder sobrenatural. Aun profirieron contra El otras muchas blasfemias. Y Jesús todo lo soportaba sin quejarse, con paciencia heroica. Ya Isaías había predicho esta escena dolorosa, cuando ponía en boca del Mesías estas palabras:

(113) Ἐνέβλεψεν (Vulg., *respexit*). Nos refiere este tierno incidente San Lucas.

(114) Sobre la expresión, un tanto oscura, ἐπιβλήων ἔχλαυσε (Vulg., *coepit flere*), y las diversas explicaciones que de ella se han dado, véase L. Cl. Filion, *L'Evangile de S. Marc.*, pág. 208. La Vulgata le da un sentido excelente.

(115) Matth., XXVI, 67-68; Marc., XIV, 65; Luc., XXII, 63-65.

“Mi cuerpo di a los que me herían y mis mejillas a los que me saban mi barba; mi rostro no retiré de los que me injuriaban y me escupían. El Señor Dios es mi auxiliador; por esto no he sido avergonzado” (116). ¡Cuál sería el odio de los pontífices de los escribas y de los demás miembros del Sanedrín, que toleraron tales infamias, en las que intervinieron, como dice San Lucas, los oficiales subalternos que dirigían la policía del Templo! Este episodio está muy en conformidad con las durísimas y, a menudo, crueles costumbres de los tiempos antiguos.

“Y cuando fué de día se juntaron los ancianos del pueblo, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y lo llevaron al concilio.” Algunos comentadores identifican este pasaje del tercer Evangelio (117) con la sesión del Sanedrín que más arriba hemos expuesto según San Mateo y San Marcos. Mas esta opinión es difícil de aceptar, pues la sesión antes descrita se celebró de noche, poco después de la prisión del Salvador, siendo así que ésta se celebró por la mañana, “cuando se hizo de día”, como expresamente advierte el autor del tercer Evangelio. Además, los otros dos sinópticos suponen bien a las claras que el Sanedrín celebró dos reuniones distintas (118) con motivo del proceso de Jesús; sino que, como refirieron la primera con algunos pormenores, se contentan con aludir a la segunda sin describirla. San Lucas, por el contrario, como nada dijo de la sesión nocturna, traza un bosquejo de la sesión de la mañana, que, por lo demás, fué breve y no se celebró sino por fórmula y para salvar las apariencias. En efecto, parece que era contrario a los prescripciones judaicas el tratar asuntos capitales durante la noche, de suerte que una sentencia de muerte pronunciada en sesión nocturna era tenida por nula e inválida. Querían, pues, dar, aun en este punto, color de legalidad al proceso, reanudando el juicio al alba para ratificarlo oficialmente. Importaba asimismo concretar los cargos que luego habían de presentarse a Pilato, para obtener más fácilmente de él que también condenase a Jesús. Pero tenían prisa de acabar presto.

San Lucas no menciona ninguna comparación de testigos

(116) Is., I, 6-7.

(117) Luc., XXII, 66-71.

(118) Matth., XXVII, 1-2; Marc., XV, 1.

en esta segunda sesión. El Tribunal se contentó con que Jesús repitiese las palabras que habían servido de ocasión para la sentencia de muerte. “Si tú eres el Cristo, dínoslo”, le preguntó el presidente del Tribunal. Caifás iba así directamente al hecho principal, dejando a un lado los secundarios. El Salvador respondió: “Si os lo dijere no me creeréis, y si os preguntare no me responderéis ni me desataréis.” En este dilema hay una protesta indirecta contra los inicuos procedimientos del Sanedrín. Bien fuese que Jesús hubiese declarado a los magistrados judíos, a petición suya, su misión divina, bien que hubiese tratado de argüirlos, no había hallado en aquellos hombres apasionados más que obstinado odio. Tan así era, que todos los miembros del Consejo Supremo tuvieron que guardar silencio. Repitió, pues, Jesús, aunque abreviada, su solemne profecía de la sesión de la noche: “Mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra de la virtud de Dios.” Evocaba nuevamente ante sus enemigos la imagen gloriosa y temible del Hijo del hombre, a cuyo poder nada podrá resistir. Oído lo cual, exclamaron todos: “¿Luego tú eres el Hijo de Dios?” No les fué difícil entender que Jesús, con atribuirse aquel título, se declaraba igual al Padre, según El había afirmado, en términos aún más precisos, pocas horas antes. “Yo soy”, respondió Nuestro Señor. Entonces los jueces exclamaron tumultuosamente: “¿Qué necesidad tenemos ya de testimonio (119), pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca?” Dicho esto, confirmaron pura y simplemente la sentencia de muerte (120).

III.—PROCESO CIVIL ANTE EL GOBERNADOR ROMANO.

En este punto comienza el segundo acto del proceso de Nuestro Señor. De la jurisdicción religiosa pasamos a la jurisdicción civil; del Sanedrín, al pretorio; de Caifás, a Poncio-

(119) Alusión a las muchas declaraciones que habían sido oídas durante la sesión de la noche.

(120) No hemos intentado poner de manifiesto circunstanciadamente las irregularidades que cometió el Sanedrín en el proceso religioso del Salvador porque no conocemos sino imperfectamente las formas jurídicas que por entonces estaban en vigor entre los judíos. Ciertamente que el Talmud nos da acerca de este punto noticias bastante precisas; pero, en general, son de fecha tan incierta, que no podemos hacer de ellas uso científico.

Pilato. Esta segunda parte del juicio tiene tres fases, como la precedente. Se celebrará la primera sesión en el pretorio; la segunda, en el palacio de Herodes Antipas, y la tercera, otra vez en el pretorio. Veremos un contraste sorprendente: mientras los sanedritas multiplican sus esfuerzos por obtener del procurador romano la ratificación de la sentencia de muerte que ellos han pronunciado. Pilato, por el contrario, pone empeño en impedir su ejecución. Ambas partes recurren a hábílísimas maniobras, y compiten en flexibilidad y astucia. Pero en este duelo, el luchador más poderoso, Pilato, quedará vergonzosamente vencido. Entre los miembros del Sanedrín, los príncipes de los sacerdotes serán quienes tomen más a pecho la ratificación de la sentencia, y en conseguirlo pondrán todo el encarnizamiento de la pasión, hasta salir con su intento, ayudados del populacho, al que sabrán comunicar su fanático furor contra Jesús. Quizá la causa de este particular odio haya de buscarse en que el Señor, al alzarse contra los abusos que ellos habían tolerado en el Templo, ponía en riesgo no sólo su autoridad, sino también una de las más pingües fuentes de sus ganancias.

Ahora los evangelistas nos ofrecen copiosas noticias, que son cada vez más trágicas. San Mateo insiste en la culpabilidad del Sanedrín y del pueblo; la impresión que se saca de su narración es que los principales verdugos de Cristo no fueron ni Pilato ni los soldados romanos, sin atenuar por eso su responsabilidad, sino las autoridades judías y la parte del pueblo que era su cómplice. Este hecho, tan real y tan notable, aparece menos claro en San Marcos, cuya narración es más compendiosa, y que, con su habitual estilo vibrante y animado, lleva más derechamente a sus lectores al doloroso desenlace. La narración de San Lucas tiene la ventaja de poner de relieve las acusaciones presentadas contra Jesús por sus enemigos y la perfidia con que éstos transformaron ante Pilato un proceso de orden religioso en un proceso político. El autor del tercer Evangelio es también quien nos ha conservado el episodio de la presentación del Salvador ante el tetrarca Herodes. Así, cada uno de los narradores nos ha conservado algunas noticias especiales, que, reunidas, nos permiten reconstruir la historia del proceso civil casi por completo. Por su parte, San Juan

trae también no pocos pormenores, que completan y explican los relatos de los sinópticos. En particular, nos da noticia de lo que ocurrió en el pretorio durante aquellas horas que tan gran resonancia han tenido en la historia. Ninguno de los narradores nos revela mejor que él las peripecias de este duelo. Su descripción es una obra maestra de psicología.

Luego, después de la sesión de la madrugada, en que se pronunció sentencia de muerte contra Jesús, los sanedritas, sin perder un solo momento—tanta era la prisa que tenían de saciar su odio—, se encaminaron al pretorio, llevando consigo a su prisionero (121). Habían tomado la precaución de volverle a poner las ataduras que le habían quitado cuando lo tenían seguro en casa de Caifás, pues las calles estaban ya llenas de peregrinos que iban al Templo, y temían que los discípulos de Jesús intentaran librarlo. El Sanedrín estaba casi completo (122), para hacer mayor impresión en el ánimo de Pilato, para dar toda la solemnidad posible al acto que ejecutaba y obtener así con más facilidad la confirmación de la sentencia que acababa de pronunciar. No sospechaban los sanedritas que en aquel punto daban cumplimiento ellos mismos a una profecía de Nuestro Señor: “Ellos (los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos) le sentenciarán a muerte y le entregarán a los gentiles” (123). Menos aún sospechaban que, cuando llegase la hora de su castigo, también ellos serían entregados a los romanos, con toda la desventurada nación que los tenía por directores. Era aún muy temprano (124): como las seis de la mañana; pero los Tribunales romanos se abrían apenas comenzaba el día (125), y los sanedritas, probablemente, habían informado a Pilato de su llegada.

Mas ¿para qué les era necesaria aquella diligencia cerca del representante oficial de Roma? Puesto que tenían derecho a pronunciar sentencias de muerte, ¿no podían también ponerlas en ejecución? Ellos mismos nos darán luego la respuesta: “No nos

(121) Matth., XXVII, 2; Marc., XV, 1; Luc., XXIII, 1; Joan., XVIII, 28.

(122) San Lucas: “toda la muchedumbre de ellos”. Pero no se ha de tomar demasiado a la letra esta locución.

(123) Marc., X, 33. Cf. Matth., XX, 18-19; Luc., XVIII, 32.

(124) Matth., XXVII, 1; Marc., XV, 1; Luc., XXII, 66; Joan., XVIII, 28.

(125) Séneca, *De ira*, II, 7; *Tot millia prima luce ad forum properantia*.

es lícito a nosotros matar a ninguno" (126). En efecto, el Talmud refiere (127) que cuarenta años antes de la destrucción del Templo los romanos "habían quitado a Israel el juicio sobre la vida y sobre la muerte", es decir, lo que en lenguaje jurídico se llama *jus gladii*. Cuarenta años es un número redondo, a la manera oriental. De hecho, es probable que esta prohibición se remontaba a la deposición de Arquelao, el año séptimo (128), cuando Judea fué declarada provincia romana (129). El derecho de pronunciar sentencias capitales era, pues, una concesión irrisoria que Roma había hecho al Sanedrín judío. Menester era un trance gravísimo para que aquellos hombres soberbios consintiesen en implorar la asistencia de un magistrado romano, y más, de un romano como Pilato. Por esto los hallamos tan de mañana en el pretorio.

La palabra "pretorio" significó al principio entre los romanos la tienda del capitán general de los ejércitos en la marcha o en los campamentos permanentes. Después sirvió para denominar el local ocupado, habitualmente o temporalmente, por los dignatarios superiores del Imperio (130). En Jerusalén llevaba, pues, este nombre la residencia de Pilato. ¿Cuál era esta residencia en el año de la pasión del Salvador? Difícil es responder a esta pregunta, que tanto interesa a la piedad cristiana. Los evangelistas no nos dan indicación precisa acerca del barrio de la ciudad donde estaba situado el pretorio. Lo único que nos dicen es que el edificio donde residía entonces Pilato tenía delante una plaza, en la que se congregara la apiñada multitud del pueblo judío, y en el interior, un patio. La tradición, que en casos parecidos suele suplir el silencio de los evangelistas, antes acrecienta aquí la dificultad, pues ha cambiado en el transcurso de los siglos. En los primeros tiempos, desde el año 333, colocó el pretorio en el valle de Tyropeón; en la época de las Cruzadas, en la colina de Sión, no lejos del cenáculo, y sólo después del siglo XIV lo situó en la fortaleza Antonia, que, como ya dijimos, estaba en el ángulo Nordeste

(126) Joan., XVIII, 3.

(127) Sanhedr., I, 1, y II, 7.

(128) Véase el tomo I, págs. 136-137.

(129) Schürer, *Geschichte des jüd. Volkes*, cuarta edición, t. II, pág. 261.

(130) Daremberg et Saglio, *Dictionn. des antiquités rom. et grecques*, t. VII, pág. 640.

del Templo y servía de cuartel a la guarnición romana. La historia contemporánea nos dice que el rey Herodes había agrandado y embellecido esta antigua ciudadela, construída por los príncipes asmoneos, y que mudó su primer nombre de Baris en el de Antonia, en honor de Marco Antonio. Allí mismo se había preparado un suntuoso palacio (131), donde Pilato solía instalarse durante las fiestas judías, porque desde allí podía vigilar más fácilmente los alrededores del Templo, que con frecuencia era teatro de motines. Pero también sabemos que Herodes el Grande había construído al Nordeste de la ciudad alta, al lado de la puerta actual de Jaffa, otro palacio, de magnificencia extraordinaria (132), flanqueado de tres enormes torres—la torre Hípica, la torre Phasael y la torre Mariammé—, en el que muchas veces residieron los procuradores romanos de Judea (133). En este sitio creen muchos comentadores y palestólogos que estuvo el solar del pretorio. Otros opinan que estuvo en el Xystos, amplia plaza rodeada de pórticos, situada al Oeste de los muros del Templo, en el valle del Tyropeón. Otros, en fin, dan la preferencia a la ciudadela Antonia, en cuyo emplazamiento se veneran hoy los misterios de la flagelación de Cristo, de la coronación de espinas, del *Ecce homo* y de la ratificación por Pilato de la sentencia capital del Sanedrín (134). Como quiera que fuese, la distancia que separaba el palacio de Caifás de la transitoria residencia de Pilato no era muy grande.

Mientras los sanedritas, acompañados de su escolta, que brutalmente arrastraba a la divina víctima, recorrían este intervalo, que viene a ser la segunda parte de la Vía llamada "de la Cautividad" (135), alcanzaba a Judas la venganza del cielo,

(131) Josefo, *Ant.*, XV, XI, 4; XVIII, IV, 3; *Bell. jud.*, I, XXI, 1; IV, 2, y V, 8.

(132) Josefo, *Bell. jud.*, V, IV, 4. Cf. Keim, *Geschichte Jesu*, t. IV, págs. 360-361.

(133) Josefo, *Bell. jud.*, II, XIV, 8; XV, 1 y 5; V, V, 8; Filón, *Leg. ad Caum.*, 38 y 39.

(134) Acerca de esta difícil cuestión véase Belser, *De Geschichte des Leidens...*, J. 333-334; *La Palestine...*, por varios profesores de N.-D. de France, en Jerusalén, segunda edic., págs. 97-100, 106-114; el P. Bernabé, *Le prétoire de Pilate et la forteresse Antonia*, 1902; el P. Zanecchia, *La Palestine d'aujourd'hui*, t. II, págs. 349-359; el excelente artículo de M. Le Gendre, en F. Vigouroux, *Diction. de la Bible*, t. V, col. 622-639 (en la palabra "Pretorio"); nuestro *Atlas géographique de la Bible*, lam. XIV.

(135) En cuanto a la primera parte, véase lo que atrás queda dicho.

y le castigaba con un fin horrible, digno de su crimen (136). Cuando el traidor vió que Jesús era definitivamente condenado a muerte y que sus mismos jueces lo conducían a casa del gobernador para entregárselo, cayó en la cuenta de la enormidad de su crimen. ¿Creía, pues, al vender a su Maestro por tan vil precio que no se llegaría a tal extremo? Así lo han supuesto algunos (137); pero hácese difícil de admitir que no advirtiese desde el primer momento de la traición el término a que por fuerza llegaría, pues para nadie era un secreto el odio de las autoridades judías hacia Jesús. Con todo, es un fenómeno psicológico frecuentemente notado (138) el que los grandes criminales no comprendan todo el horror de sus delitos sino después de consumados; entonces cae de sus ojos la venda de la pasión, del odio o de otros móviles que antes, en parte, los cegaban. Así Judas siente ahora plenamente el horror de su infame traición, aunque la preparó y puso por obra libremente. En este mismo sentido se dice aquí de él, no precisamente que se arrepintiese, sino simplemente que hubiera querido no haber cometido su crimen (139). El verdadero arrepentimiento hubiera producido en él fruto muy distinto de la desesperación y del suicidio.

Bajo la impresión de su cruel remordimiento, resolvió ante todo deshacerse cuanto antes de la suma que había recibido la víspera por la tarde como precio de su odioso contrato. Cuanto esta suma había halagado a su mezquina codicia, otro tanto le quema ahora las manos, por lo cual se apresura a devolverla a quienes se la habían dado. Llegándose, pues, a los príncipes de los sacerdotes en el recinto del Templo, con los ojos extraviados y el rostro contraído y convulso, confesó su iniquidad. “He pecado—les dijo con voz sordida—entregando la sangre inocente.” Semejante testimonio, aunque salido de boca tan impura, tiene una particular fuerza. Quien así pro-

(136) San Mateo es el único de los evangelistas que refiere esta escena (Matth., XXVII, 3-10).

(137) En otro lugar hicimos mención de los diversos intentos que se han hecho para disculpar más o menos al traidor.

(138) Tácito, *Annal.*, XIV, 10, en un bello pasaje: *Perfecto denum scilicet, magnitudo ejus intellecta est.*

(139) El evangelista expresa muy bien esta particularidad, empleando no ya el verbo μετανοέω, que indica verdadero arrepentimiento, una transformación moral, sino μεταμέλομαι, que no indica más que mutación del pensamiento, cambio de consejo o de parecer.

clama la inocencia del Salvador es un discípulo que ha vivido durante varios años en su intimidad y que ha observado todos sus actos con ánimo hostil. El gusano roedor que desgarraba su conciencia no le dejó punto de descanso hasta que hizo esta confesión. “¿Qué nos importa a nosotros?—le respondieron fríamente los sanedritas—. Allá tú.” ¿Qué se les daba, en efecto, de la inocencia de Jesús? No lo habían condenado porque le juzgasen digno de muerte, sino movidos de odio implacable. Estas pocas palabras nos revelan la profunda maldad de aquellos hombres. ¿Qué se les daba también a ellos del tardío pesar de su cómplice? Judas no había sido para ellos más que un instrumento vulgar; libre era ahora para perderse, si ésta era su voluntad; ellos lo abandonaban a su suerte.

Judas, no teniendo qué responder a estas desdeñosas palabras, atravesó el patio llamado de Israel y luego el de los Sacerdotes (140), y, penetrando quizá en el santuario mismo (141)—aunque estaba rigurosamente prohibida la entrada a quienes no fuesen sacerdotes—, o al menos en el vestíbulo, arrojó sobre las baldosas los treinta siclos que habían sido la ocasión de su pérdida. Hecho esto, encaminándose al Sur, salió de la ciudad, pasó el valle de Himnom, subió la escarpada vertiente de la colina llamada del Mal Consejo (142) y se detuvo un poco al Oeste del sitio en que el valle de Himnom se junta con el del Cedrón, donde se levantan unas rocas desportilladas. Se ató al cuello su largo cinturón o quizá una cuerda de que se habría provisto al salir del Templo, y luego, después de haberla sujetado o ya a la roca o ya a algún árbol que allí hubiese, se lanzó al espacio. Aquí termina el relato del evangelista. San Pedro lo completó en el discurso que pronunció el día de la Ascensión, al proponer a los discípulos reunidos en el cenáculo la elección del sucesor de Judas: “Este—dijo (143)—, después de haber adquirido un campo con el salario de la iniquidad, se colgó y reventó por medio, y se derramaron todas sus entrañas.” Lo cual se explica por la rotura de la cuerda,

(140) L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, pl. XCIX.

(141) En griego, ἐν τῷ ἁγίῳ, locución que puede indicar el Santo.

(142) Véase L. Cl. Fillion et H. Nicole, *Atlas géograph. de la Bible*, lámina XIV.

(143) Act., I, 18.

o de la rama del árbol, o del diente de la roca de la que se habría colgado.

No fué el traidor en persona quien adquirió el campo a que San Pedro alude. Compráronlo los príncipes de los sacerdotes, como añade San Mateo, y sólo por una figura retórica la atribuye el príncipe de los apóstoles a Judas, y con razón, pues aquel terreno fué comprado con el dinero que él tan horriblemente había ganado. El evangelista nos muestra a los príncipes de los sacerdotes perplejos respecto de los treinta siclos que Judas les había devuelto a pesar de ellos. “No es lícito—decían—echarlos en el tesoro, porque son precio de sangre.” Efectivamente, la ley mosaica prohibía (144) echar en el tesoro del Templo dinero que proviniese de origen impuro de suyo o que como tal lo tuviese la costumbre. A los ojos de los sacerdotes, los treinta siclos estaban contaminados de sangre, y, por tanto, manchados moralmente. Extraño escrúpulo, que recuerda aquellas palabras que pocos días antes dijera el Salvador a los fariseos: “¡Guías de ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello!” (145). ¿No habían tomado sobre sí los sanedritas tranquilamente la responsabilidad de la muerte de un inocente? Celebraron consejo para deliberar sobre el empleo que darían a este dinero, y resolvieron que se emplease en comprar el campo de un alfarero, situado cerca del lugar en que se había suicidado Judas, para construir allí un cementerio donde se enterrasen los judíos extranjeros que muriesen en Jerusalén. Este campo se llamó luego *Haceldama*, nombre arameo que significa “campo de sangre” (146), por alusión a la sangre de Jesús, vendida por Judas en treinta siclos. Aun hoy se muestra a los peregrinos este lugar siniestro, cuya autenticidad está abonada por muchos y antiguos testimonios (147).

En el empleo que los príncipes de los sacerdotes hicieron del dinero devuelto por Judas ve San Mateo el cumplimiento

(144) Deut., XXIII, 13. Véase también el tratado *Sanhedr.*, fol. 1, 2.

(145) Matth., XXIII, 24.

(146) Más exactamente: *Hakal dema*. Cf. Dalman, *Grammatik des jüd. paläst. Aramäisch*, segunda edic., pág. 212.

(147) Chauvet et Isambert, *Syrie, Palestine*, pág. 321; *La Palestine*, por varios profesores de N.-D. de France, segunda edic., 206; Robinson, *Palästina*, t. II, págs. 178-180.

de un antiguo vaticinio: “Entonces se cumplió lo que fué predicho por Jeremías profeta: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio del apreciado, al cual apreciaron los hijos de Israel, y las dieron por el campo del alfarero, así como me lo ordenó el Señor.” En este texto el evangelista reunió, al parecer, varios pasajes, tomados de la profecía de Jeremías (148) y de la de Zacarías (149), pero sin alegar ninguno literalmente. Atribuye la profecía a Jeremías por ser el más célebre de los dos.

Hemos dejado a la divina víctima y sus jueces camino del pretorio. Llegados a la entrada del palacio, los miembros del Sanedrín dieron aviso a Pilato de su presencia y del importante motivo que allí les llevaba; pero ni ellos ni sus satélites penetraron en el interior. El ritual judío consideraba como impuras las habitaciones de los paganos (150); si los judíos hubieran traspasado el umbral del pretorio, habrían contraído una mancha legal, que duraría hasta la tarde, y que, por tanto, les impediría, en aquel grande y santo día de la Pascua, participar de las víctimas sagradas, como arriba se dijo (151). Otro escrúpulo pueril en que se veía patente la perniciosa influencia de la doctrina y legislación de los escribas.

Hemos mencionado ya varias veces a Pilato, cuyo nombre latino completo era *Pontius Pilatus*. Acaso pertenecería a la *gens Pontia*, célebre en los primeros tiempos de la historia romana. *Pilatus* no era más que un apellido—un *cognomen*, como entonces se decía—, cuyo origen desconocemos. Pilato era el quinto de los gobernadores romanos, o, según el título oficial, de los “procuradores” (152) de Judea y Samaria, reunidas en una sola provincia. Ejerció esta función desde el año 12 de Tiberio (el 26 de nuestra Era) hasta el año 36. Las noticias que los historiadores sagrados y profanos nos dan de su administra-

(148) Jer., XVIII, 2-3; XXXII, 6-15.

(149) Zach., XI, 13. A ésta pertenece la parte principal. Acerca de la dificultad que suscita la aplicación que hace del oráculo a Jeremías el evangelista, véase L. Cl. Fillion, *L'Evangile de Saint Matthieu*, páginas 533-534.

(150) Act., X, 28; XI, 2-3; el tratado talmúdico *Ohel*, XVIII, 7; Schürer, *Geschichte des jüd. Volkes*, cuarta edic., t. II, págs. 69-70.

(151) Véase L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Jean*, pág. 336.

(152) *Procurator*, y no *praeses*, como traduce la Vulgata; en griego, *ἐπίτροπος*, mejor que *ἡγεμών*.

ción muestra cuán engorroso y delicado era por entonces el cargo de gobernador de Judea y también cuán pocos esfuerzos hizo Pilato por mostrarse conciliador con los judíos. La carta de Agripa I a Calígula, citada por Filón en su célebre *Legatio ad Caium* (153), traza de él un retrato quizá demasiado sombrero, pero en sus líneas generales conforme con la historia. Agripa lo presenta como “de temperamento inflexible y duro con arrogancia”. Lo acusa de “venalidad, de violencias, rapiñas, malos tratos, vejaciones, continuas ejecuciones sin juicio previo y crueldades sin número e insoportables”. Como detestaba a los judíos y desconocía su carácter nacional y sus sentimientos religiosos, pretendió gobernarlos a su capricho y hacerlos doblegarse a todo y a pesar de todo. Pero, tan débil e indeciso a veces como intratable de ordinario, él mismo socavaba su autoridad, por lo que varias veces fué vencido—pronto lo veremos—por aquellos de quienes creía poder triunfar con facilidad. Y, al fin, vino a ser enteramente derrotado. Su torpeza y torpeza ocasionaron más de una vez movimientos de insurrección, que tuvo que ahogar en sangre (154). En suma, era un alma vulgar, egoísta, sin conciencia y sin valor moral. Su desprecio del judaísmo descúbrese bien a las claras, sin disfraz alguno, en la actitud que va a tomar con los miembros del Sanedrín. Aviénese con repugnancia al papel que le quieren hacer representar; desde el principio muestra simpatía hacia Jesús, cuya inocencia le es fácil descubrir; pero, con todo eso, después de algunos conatos de floja resistencia, se retira y cede cobardemente. El resultado será el que ya sabemos, y que Tácito indica con estas palabras: *Christus, Tiberio imperitante, per procuratorem Pontium Pilatum supplicio adfectus fuerat* (155).

Los cuatro Evangelios señalan como hecho importante la entrega que el Sanedrín hizo de Jesús en manos de Pilato (156); es que va a comenzar otro proceso, y va a ejercerse nueva jurisdicción. Hemos dicho que San Juan, por las noticias que aquí nos da, nos permite, mayormente si se las completa con las de

(153) Cap. XXXVIII.

(154) Véase F. Vigouroux, *Diction. de la Bible*, t. V, col. 430-431. San Lucas, XII, 1, refiere compendiosamente uno de estos trágicos episodios.

(155) *Ann.*, XV, 44.

(156) Matth., XXVII, 2; Marc., XV, 1; Luc., XXIII, 1; Joan, XVIII, verso 28.

otros narradores, formar idea clara de los hechos y aun de los móviles íntimos que los inspiraron. Divide su relato en varias escenas breves, que sucedieron ora dentro, ora fuera del pretorio: en el interior, entre Pilato y Jesús; fuera, entre Pilato y los sanedritas. Lo que hemos llamado primera fase del proceso civil (157) nos presenta tres de esas escenas, en las que pueden encajarse muy bien las noticias de los sinópticos (158).

He aquí, pues, a la divina Víctima de pie ante un nuevo Tribunal y un nuevo juez. Desde su llegada al pretorio le habían entregado los criados del Sanedrín en manos de los legionarios, que le introdujeron en el patio o en alguna estancia del palacio. Como los acusadores de Jesús rehusaban entrar en el pretorio, el gobernador, condescendiendo con sus prejuicios religiosos, sale a la escalinata exterior del edificio. Expusieronle, en pocas palabras, lo que querían, y él les preguntó: “¿Qué acusación traéis contra este hombre?” Esta pregunta previa era naturalísima, pues, para juzgar en última instancia, preciso era conocer primeramente los motivos en que se fundaba la sentencia de muerte, demás de que los romanos se alababan de proceder, en semejantes casos, con plenas seguridades de justicia para el acusado. Sus sesiones judiciales eran públicas, mientras el Sanedrín había condenado a Nuestro Señor en consejo secreto. Además, según el procedimiento romano, no se podía condenar a nadie si los delitos no estaban plenamente demostrados: *Nocens, nisi accusatus fuerit, condemnari non potest; Ne quis indicta causa condemnetur*, decía expresamente la legislación de Roma; y a este sabio principio solían ajustar su conducta los funcionarios, por escépticos y arbitrarios que fuesen (159).

La sencillísima pregunta del procurador cogió de improviso a los sanedritas, como se colige de su desabrida respuesta. Esperaban alcanzar sin dificultad y sin previo examen la confirmación de su sentencia; ahora temen una instrucción judicial, cuyo término podría ser la libertad de Jesús. Responden, pues, con una evasiva, aunque con afectado orgullo, como si se pusiera en tela de juicio su dignidad: “Si no fuese un malhechor, no

(157) Pág. 249.

(158) Matth., XXVII, 11-14; Marc., XV, 2-5; Luc., XXIII, 2-5; Joan., XVIII, 29-38.

(159) Varios ejemplos de ello tenemos en el libro de los Hechos, XVII, 6; XVIII, 12; XXV, 6. Cf. Josefo, *Bell. jud.*, II, ix, 3, y xiv, 8.

te lo hubiéramos entregado.” ¡Un malhechor! Esta palabra puede significar crímenes gravísimos; pero de suyo es indeterminada, y un Tribunal no puede castigar sino crímenes concretos. Por lo que Pilato, ofendido, a su vez, de que le tratasen con altanería y de que quisieran, según exactísima expresión de San León (160), hacerle *executorem sententiae, non arbitrum causae*, replicó secamente: “Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley.” Amarga era la ironía, pues el Sanedrín había juzgado ya a Nuestro Señor, y si ahora los judíos estaban en el pretorio, no era más que para que se ejecutase su sentencia. Bajaron, pues, el tono, y, confesando su impotencia, dijeron: “No nos es lícito a nosotros matar a ninguno.” Claro veían que el gobernador no ratificaría la sentencia sino con pleno conocimiento de causa; así fué que se resolvieron a presentar contra Jesús varias acusaciones, cuidando de darles un sentido político. Si sólo expusieran el aspecto religioso de su querella, es decir, la supuesta blasfemia, la reivindicación de la dignidad de Mesías, Pilato no les habría prestado atención alguna. Sólo después apelarán a este argumento, cuando hallen ocasión de alegarlo útilmente en favor de su causa.

Primeramente acusan a Jesús de un crimen de lesa majestad contra el emperador, presentándolo como pretendiente del trono y como peligroso revolucionario. Dicen, pues, al gobernador: “Hemos hallado a este hombre pervirtiendo a nuestra nación y vedando dar tributo al César y diciendo que El es el Cristo rey” (161). “Hemos hallado”: hablan como si realmente hubiesen convencido a Jesús de estos tres crímenes, que, de ser ciertos, le convertirían en temible enemigo de César y del Imperio. La segunda de estas acusaciones había sido ya de antemano refutada por Jesús mismo poco hacía, cuando resolvió el caso que los discípulos de los fariseos le presentaron acerca del tributo que se pagaba al César (162). Pero era consecuencia de las otras dos; pues si, como pretendían los sanedritas,

(160) *Sermo II in Passion.*

(161) El Evangelio de Marcion, según San Epifanio, *Haer.*, XLII, y el *Codex Colberti* in Luc., XXIII, 5, añaden otras dos acusaciones: *Subvertentem legem et prophetas, et filios nostros et uxores avertit a nobis.* Esta última acusación alude a la simpatía que los niños y sus madres manifestaban a Jesús. Claro es que toda esta adición es apócrifa.

(162) Matth., XXII, 15-22; Marc., XII, 14-19; Luc., XX, 20-26.

Jesús intentaba hacerse proclamar rey, lógico era que no permitiese a sus partidarios seguir pagando el impuesto a los romanos ni someterse por más tiempo a esta señal de servidumbre. Y con qué perfidia estos calumniadores, para dar a su testimonio algún color de verdad, desfiguran la significación de la palabra “Cristo”—tan sagrada para los verdaderos israelitas—, añadiéndole el título de rey, como si Jesús hubiese tratado de sublevar contra Tiberio toda la nación judía, siendo así que, justamente un año antes, había estorbado que una muchedumbre entusiasta lo proclamara rey! (163). Con habilidad grande eligieron esta acusación, que no podía menos de causar impresión en el ánimo de Pilato, y que además tenía alguna apariencia de verdad, ya que la predicación y los milagros del Salvador habían producido realmente cierta sobrecitación en el país, aunque en sentido bien distinto del que insinuaba la acusación de los sanedritas.

Como la acusación era terminante, Pilato volvió al interior del pretorio, para proceder a una información personal, e hizo comparecer a Jesús delante de sí. San Juan nos ha conservado el tenor de lo esencial del diálogo que, en lengua griega, según todas las probabilidades, se entabló entre el juez y el acusado. La primera pregunta que Pilato hizo a Jesús fué ésta: “¿Eres tú el rey de los judíos?” El pronombre, puesto delante enfáticamente, así en el texto griego como en la Vulgata (164), indica viva extrañeza. Ciertamente que Nuestro Señor, tal como ante Pilato estaba, vestido al estilo del pueblo, demacrado el rostro por la fatiga, atadas las manos, como si fuera un malhechor, no tenía apariencias de candidato al trono, de rival del emperador. Pero, así y todo, su dignidad, su serenidad, la santidad que resplandecía en su semblante impresionaban hondamente. Conforme a un método que ya hemos visto empleado en otras ocasiones, respondió a la pregunta del gobernador con otra pregunta: “¿Dices esto de ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?” Otros, es decir, sus encarnizados enemigos.

Notemos aquí que el Salvador observará conducta muy diferente, según sea interrogado por Pilato en particular o en pú-

(163) Joan., VI, 14-15.

(164) *Σὺ εἶ ὁ βασιλεὺς τῶν Ἰουδαίων: Tu es rex judeorum?*, “¿Eres tú el rey de los judíos?”

blico delante de sus acusadores. En el primer caso, concede implícitamente al gobernador el derecho de examinar su causa, y responde sencillamente a sus preguntas. En el segundo, guarda silencio como antes en el proceso religioso, porque sólo presentan contra El acusaciones inicuas. Como Pilato no podía entender estos matices, el silencio de Jesús, como nota San Mateo, lo ponía en grande admiración.

Respondió el procurador: “¿Soy acaso yo judío? Tu nación (165) y los Pontífices te han puesto en mis manos. ¿Qué has hecho?” Dijérase que se sentía herido en su orgullo romano. ¡Con qué desdén replica que no pertenece al pueblo judío! Pero a la vez parece como que desconfía ya de los acusadores, pues apela al testimonio directo del acusado mismo. Había confesado indirectamente que no había dirigido por propio impulso a Jesús la pregunta: “¿Eres tú el rey de los judíos?” Se la habían sugerido otros, a quienes ya conocemos.

Jesús, dejando a un lado la segunda interrogación de Pilato, “¿Qué has hecho?”, dió una respuesta satisfactoria y concisa a la primera, en un lenguaje rítmico, verdaderamente regio. “Mi reino—dijo—no es de este mundo. Si de este mundo fuera, mis súbditos pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; mas no es de aquí mi reino.” Reconoce, pues, el Salvador que El es cabeza de un reino, pero de un reino que nada tiene de político y terreno (prueba irrefragable de ello es su actual situación de desamparo), que no implica amenaza alguna para el imperio romano. Quiere, ante todo, reinar sobre los espíritus y los corazones, para santificarlos y conducirlos al cielo, donde se manifestará su realeza por modo inefable.

Pilato, vivamente sorprendido, preguntó por segunda vez: “¿Luego tú eres rey?” (166). A lo cual respondió Jesús con majestuosa dignidad: “Tú lo dices; soy rey.” Su confesión no podía ser ni más firme ni más clara, y más, después del comentario que acaba de hacer (167). Particularizando más el ca-

(165) Es decir, sus representantes oficiales, los miembros del Sanedrín.

(166) Nuevamente se acentúa en griego el pronombre, poniéndolo esta vez al final de la frase.

(167) Las fórmulas “Tú lo has dicho, Vosotros lo decís, Tú lo dices”, que usa Jesús, según San Mateo, XXVI, 64, y San Lucas, XXIII, 70, para responder ya a las preguntas de Caifás y del Sanedrín relativas a su dignidad mesiánica, ya, según los tres sinópticos (Matth., XXVII, 11; Marc., XV, 2; Luc., XXIII, 3), a la de Pilato, respecto de su realeza,

rácter de su reino, añade: “Para esto nací y para esto vine al mundo: para dar testimonio a la verdad.” La difusión de la verdad en su forma más elevada y perfecta, especialmente en su forma religiosa, tal es el fin primero de su reino, o, como El insinúa, de su encarnación, indicada aquí con las palabras “Vine al mundo” (168). Durante toda su vida no cesó de cumplir esta regia misión de hablar y obrar como valeroso testigo de la verdad. Y sus vasallos verdaderos no son sino aquellos que también han nacido, digámoslo así, de la verdad y que conforme a ella viven. Con esto proclamó Jesús claramente su título de rey delante de Pilato, como antes había proclamado su dignidad mesiánica delante del Sanedrín. San Pablo encarece esta “buena confesión”, como la llama en su primera epístola a Timoteo (169).

“¿Qué cosa es la verdad?”, preguntó el procurador; pero, sin esperar respuesta, dejó a Jesús y salió del pretorio, para conferenciar de nuevo con los sanedritas. No hizo en serio esta pregunta; ocurrencia de un hombre de negocios superficial, sin convicciones, que lanza al acaso una idea grave y que repentinamente interrumpe su conversación para pasar a otra cosa, como quien no tiene tiempo de ocuparse de temas tan abstractos. Ni había entendido ni se inquietaba de entender las palabras misteriosas del acusado. Pero, al menos, sabía ya que semejante rey no era un competidor temible. Más de una vez había visto en su Tribunal sicarios judíos, comprometidos en motines y revueltas: tenían aspecto y modales harto diferentes. “A pesar del estado a que habían reducido a Jesús, a pesar de las emociones, fatigas y malos tratamientos, su prestancia nativa, la expresión de su rostro y su mirada dulce y resigna-

han sido consideradas por algunos, erróneamente, como una negación indirecta, que vendría a decir: Tú eres quien lo dices, vosotros sois quienes lo dicen, y no yo. Su significación claramente afirmativa salta a la vista, tanto en el relato de San Marcos, XIV, 62, según el cual Jesús respondió categóricamente a Caifás “Yo lo soy”, como en el de San Juan, XVIII, 36, en que el Salvador reconoce positivamente también que es rey, aunque en sentido espiritual. El Talmud contiene algunos ejemplos del empleo de esta fórmula (Dalman, *Die Worte Jesu*, pág. 253). Así es que comúnmente, y con razón, se la considera como afirmación.

(168) Acerca de esta significación véase Joan., IX, 39; XI, 27; XVI, 28.

(169) I Tim., VI, 13.

da" (170) le distinguían, a primera vista, de vulgares conspiradores.

Pilato, dirigiéndose a los sanedritas, les dijo: "Yo no hallo en El causa alguna (de condenación)" (171); lo cual equivalía a la fórmula jurídica *Non liquet*, que solían pronunciar los jueces romanos cuando la culpabilidad de un acusado no estaba bien demostrada. Entonces los príncipes de los sacerdotes y sus colegas del Sanedrín, temiendo que quizá se les escapase su presa, insistieron ruidosamente (172) en los cargos que creían más adecuados para impresionar al gobernador de Judea, siempre temeroso de un movimiento de rebelión de parte de los Zelotes judíos, patriotas exaltados que ante ningún riesgo retrocedían, a trueque de oponerse al predominio de Roma. Dijeron a Pilato: "Levanta al pueblo, enseñando por toda Judea (173), desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí." La acusación era de todo en todo falsa en el sentido que le daban los enemigos del Salvador; pero ofrecía alguna apariencia de verdad, pues, suprimida la insinuación política, resume bastante bien la vida pública de Jesús. La predicación, comenzada en Galilea y continuada en Judea y Jerusalén, entre movimientos de entusiasmo popular y de resistencia de parte de los fariseos: tal era su cuadro general. Pero los sanedritas se cuidan bien de presentarla en un aspecto que la desfiguraba criminalmente. Según ellos, Jesús no había sido más que un tribuno peligroso que excitaba al país. Pilato no intentó comprobar los hechos, pues comenzaba a entrever la trama de la confabulación que aquellos violentos acusadores habían urdido contra un hombre inocente. Teníale suspenso el que Jesús no protestaba de semejantes calumnias, sino, antes al contrario, perseveraba en un silencio que pudiera tomarse como tácita confesión de culpabilidad. Movidó a compasión el procurador, le preguntó: "¿No respondes nada? ¿No oyes cuántos testimo-

(170) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 374.

(171) Luc., XXIII, 4; Joan., XVIII, 38.

(172) La palabra griega ἐπισημαίνω expresa vigorosamente esta idea. Está además en imperfecto de duración.

(173) Posible es que este nombre signifique aquí toda la Palestina, como en otros lugares de los escritos de San Lucas (Luc., I, 5; VII, 17; Act., II, 9; X, 37; XI, 1, 29); pero, en rigor, también puede significar solamente la Judea propiamente dicha (Luc., II, 4; Act., I, 8; VIII, 1).

nios dicen contra tí?" (174). Unas cuantas palabras hubieran bastado a Jesús para desbaratar las acusaciones de sus enemigos; pero el procurador no tuvo la satisfacción de oírlas, pues, añade el evangelista (175), Nuestro Señor no respondió "ni una palabra". Con esto crecía la admiración de Pilato. ¿Cómo, pues, no obraba según su conciencia, que le decía bien claro que el acusado no había cometido ningún acto condenable y que deber de un juez honrado era ponerlo al punto en libertad? Intimidábanle las reclamaciones cada vez más osadas del Sanedrín, y, no atreviéndose a luchar contra ellos frente a frente, recurrió a un expediente, que, cierto, no carecía de habilidad para salir de aquel paso dificultoso.

El nombre de Galilea que había oído pronunciar a los sanedritas como punto donde habían comenzado las predicaciones de Jesús, le ofreció un asidero. Preguntó si el acusado pertenecía a dicha provincia (176), y como le respondiesen que así era, ordenó que sin dilación lo condujesen al palacio de Herodes Antipas, a cuya jurisdicción pertenecía Galilea, y que, con ocasión de las fiestas de la Pascua, se hallaba entonces en Jerusalén. Créese que el tetrarca, cuando vivía en Jerusalén, ocupaba el antiguo palacio de los príncipes asmoneos, descendientes de los gloriosos Macabeos (177). Esta residencia estaba situada a corta distancia del ángulo Sudoeste del Templo, en uno de los lados de plaza de Xystos. Allí condujeron, pues, los sanedritas y sus esbirros al divino acusado.

El tetrarca les concedió audiencia inmediatamente. Al ver a Jesús, no disimuló su alegría, pues, habiendo oído decir de El muchas cosas maravillosas, tiempo hacía que deseaba verlo (178), y ahora esperaba conseguir que obrase ante sus ojos algún prodigio. San Lucas, que es quien nos da estas noticias, alude al temor supersticioso que, tiempo atrás, había excitado en el alma de Antipas la fama de los milagros de Nuestro Señor (179). Estos rasgos psicológicos pintan al vivo el carácter

(174) Matth., XXVII, 13; Marc., XV, 6.

(175) Matth., XXVII, 14.

(176) Este interesante episodio de la Pasión se lee en San Lucas, XXIII, 6-12.

(177) Josefo, *Ant.*, XX, VIII, 11; *Bell. jud.*, III, XIV, 3, y XVII, 6.

(178) Ὁ... θέλων (Vulg., *Erat... cupiens*), giro de lenguaje que expresa deseos ardientes y perseverantes.

(179) Matth., XIV, 1-2; Marc., VI, 14-16; Luc., IX, 7-9.

de este príncipe superficial, que esperaba gozar de un género nuevo de entretenimiento, gracias a Jesús. Le hizo, pues, muchas preguntas sobre diversidad de materias (180); pero ninguna de ellas debió de ser seria, por cuanto Jesús guardó también aquí un noble silencio, que contrastaba con el proceder de los sanedritas, los cuales, llevados de su odio, renovaron sus acusaciones contra el Salvador delante de Herodes, como lo habían hecho delante de Pilato (181). Pero fué inútil empeño el suyo, pues Herodes no hizo caso de sus calumnias. Con todo, herido en su vanidad, quiso tomar de Jesús mezquina venganza. Hízole vestir una túnica blanca (182), símbolo de la dignidad real, y luego, con la gente de su corte, sus privados y guardias que le habían acompañado a Jerusalén, se entretuvo en hacer mofa del Salvador. Después de esta grosera parodia lo devolvió a Pilato, excusándose él también de resolver en aquel enojoso asunto.

Entre estos dos hombres funestos había profunda enemistad, nacida probablemente de algún conflicto de jurisdicción; pero desde este día, halagado el tetrarca por la atención que había tenido Pilato de remitir a Jesús a su Tribunal, quedaron reconciliados.

Aquí comienza la tercera y última fase del proceso civil del Salvador: la más conmovedora de todas y al mismo tiempo la más trágica. Terrible desengaño hubo de experimentar el procurador cuando vió que otra vez caía sobre sus espaldas el molesto peso de aquella causa tan delicada, de la que ya se creía libre. Inventó, pues, nuevos arbitrios para absolver a aquel sentenciado, que evidentemente era inocente, y por el que se interesaba cada vez más. Una muchedumbre considerable, atraída por el arresto y condenación de aquel profeta galileo, a quien sus

(180) Nótese lo expresivo del lenguaje del evangelista: ἐπερωτά ἐν λόγοις ἰανοῖς (Vulg., *interrogabat multis sermonibus*).

(181) San Lucas, XXIII, 23, nota también este hecho: "Estaban allí acusándolo agriamente."

(182) En el texto griego se lee: ἐσθῆτα λευκράν. Discútese acerca del sentido que se ha de dar aquí al adjetivo λευκράν, que la Vulgata traduce por *alba*, "blanca", pero que, etimológicamente, antes significa el esplendor que el color. Con todo, sabido es que los grandes personajes de Roma y Judea se vestían a veces de blanco, para las ceremonias de grande aparato. Cf. Tácito, *Hist.*, II, 89; Josefo, *Ant.*, VIII, VII, 3; XIX, VIII, 2; *Bell. jud.*, II, 1, 2. Por tanto, no es descaminada la traducción de la Vulgata.

partidarios habían llevado en triunfo pocos días antes como a Mesías, habían invadido los alrededores del pretorio. Pilato, dirigiéndose a los miembros del Sanedrín y al pueblo, resumió en pocas palabras, elegidas con acierto, los hechos que demostraban la inculpabilidad del prisionero. Díjoles: "Me habéis presentado a este hombre como sublevador del pueblo, y ved que, preguntándole yo delante de vosotros, no he hallado en él culpa alguna de esas de que le acusáis. Ni Herodes tampoco, porque os remití a él, y he aquí que nada se ha probado que sea digno de muerte. Y así, lo soltaré después de haberlo castigado" (183).

La primera parte de esta conclusión era natural consecuencia de las premisas. Puesto que no se había probado cargo alguno contra Jesús, procedía ponerlo en libertad. Pero la segunda parte es incomprensible. ¿Por qué "castigar" a Jesús, si es inocente? ¿Por qué infligirle el espantoso suplicio de la flagelación, indicado aquí con un eufemismo? Pilato, al hacer esta concesión tan monstruosa a los miembros del Sanedrín, esperaba que luego le sería fácil librar a Jesús de la muerte. Antes dijimos que el gobernador había sospechado pronto que el divino Maestro era víctima del odio de las autoridades judías; ahora estaba plenamente persuadido de ello, pues ¿qué otra explicación podía tener aquel celo tan nuevo y tan extraño que de repente manifestaba el Sanedrín por los intereses de Roma, en detrimento de un miembro de la nación judía? Una circunstancia oportuna, de la que al punto se aprovechó, le sugirió un expediente cuyo buen éxito le parecía seguro (184).

Ya vimos, al tratar del derecho de pronunciar sentencias de muerte concedido al Sanedrín, cómo, en ciertos puntos, los romanos se mostraban condescendientes con las costumbres de los pueblos sometidos a su dominación, si con ello no sufría menoscabo su propia autoridad. Una de estas costumbres era que en cada fiesta de Pascua pudiesen los judíos pedir la libertad de un preso y elegir ellos mismos el que había de ser agraciado. Quizá esta costumbre se había establecido en la antigüedad en

(183) Esta breve alocución sólo se lee en el tercer Evangelio: Luc., XXIII, 14-16.

(184) El episodio que sigue lo refieren los cuatro evangelistas, pero San Juan muy compendiosamente. Cf. Matth., XXVII, 15-23; Marc., XV, 6-14; Luc., XXIII, 17-23; Joan., XVIII, 39-40.

recuerdo de la liberación del yugo de los egipcios, que había acaecido en la primera Pascua que celebraron los hebreos (185). La muchedumbre apiñada delante del pretorio comenzó a reclamar a grandes voces el ejercicio de su tradicional derecho (186). No desagradó a Pilato la petición, pues esperaba que, dirigiendo hábilmente la elección del pueblo, vendría a conseguir sus propios fines.

En las prisiones romanas de Jerusalén se hallaba entonces un famoso preso, que había sido detenido, algún tiempo hacía, con otros judíos sediciosos, como reo de un asesinato durante una revuelta acaecida en Jerusalén. Llamábase Barrabás: nombre arameo frecuente en el Talmud, pero de dudosa etimología, pues mientras unos le dan la forma de *Bar'abba*, "hijo del padre", otros le dan la de *Bar-rabban*, "hijo de nuestro doctor". Pilato creyó seguro el feliz éxito, dando a la muchedumbre, que ya comenzaba a alborotarse, el elegir entre Jesús y aquel homicida. "¿A quién queréis que os entregue libre—preguntó—: a Barrabás o a Jesús, que es llamado el Cristo?" El alma cristiana se estremece de dolor al ver puesto en parangón a Jesús, la santidad misma, con Barrabás, cuyas manos estaban manchadas de sangre humana. Pero emociones aún más dolorosas nos aguardan.

Los magistrados superiores de Roma, cuando ejercían sus funciones de jueces, solían sentarse en un sillón de marfil, llamado silla curul, por lo común ricamente ornamentado (187). Sentado, pues, en su silla curul, esperaba Pilato la respuesta del pueblo, cuando sobrevino un incidente notable, que San Mateo nos refiere sucintamente (188). En los tiempos antiguos estaba severamente prohibido a los funcionarios romanos enviados a las provincias del Imperio llevarse consigo sus mujeres. Tiberio derogó esta ley, pero estableciendo que los magistrados romanos fuesen responsables de la conducta de sus

(185) Algunos autores han supuesto que este derecho había sido concedido a los judíos por los romanos después de la conquista. Pero esta opinión tiene en contra suya las palabras del mismo Pilato, que cita San Juan, XVIII, 39: "Es uso vuestro que os suelte un preso en la Pascua..."

(186) Es difícil decidir si la iniciativa procedió de los judíos o de Pilato. San Lucas y San Marcos parecen insinuar lo primero; San Mateo y San Juan, lo segundo.

(187) L. Cl. Fillion. *Atlas archéologique de la Bible*, pl. LXXI, fig. 9.

(188) Matth., XXVII, 19.

mujeres, y en especial de las intrigas que pudieran tramar (189). Explícase, pues, que Claudia Prócula, o simplemente Procla, como la llama la tradición (190), acompañase a su marido a Judea y aun a Jerusalén. De improviso interviene en el proceso de Jesús enviando a Pilato, en plena audiencia, este apremiante mensaje: "Nada tengas tú con ese justo, porque he padecido hoy en sueño muchas cosas por causa de él." Este sueño pudo tener una causa natural, pues es difícil que Claudia Prócula no hubiese oído hablar de Jesús desde que ella había llegado a Jerusalén, y aun pudo suceder que antes de conciliar el sueño supiese los acontecimientos de la noche última. Pero, según parecer de los Santos Padres (191) y de la mayor parte de los comentadores creyentes, sobre este fundamento natural puso Dios una revelación sobrenatural, cuyo eco acabamos de oír: por boca de una mujer pagana daba nuevo testimonio de la inocencia y santidad de su Cristo. "Ese justo": ningún epíteto podía resumir mejor el carácter moral de Jesús. El breve mensaje de Procla manifiesta, en quien lo había transmitido, no solamente cierto interés pasajero por Nuestro Señor, sino también un alma profundamente religiosa, que se elevaba sobre los mezquinos prejuicios del paganismo. ¿Era Procla del número de aquellas mujeres romanas de quienes habla el historiador Josefo (192), las cuales, movidas de las bellezas dogmáticas y morales de la religión mosaica, habían entrado en el judaísmo como prosélitas? (193). Así lo afirman las *Acta Pilati* (194); pero este libro apócrifo no tiene autoridad alguna. Una tradición que se remonta, por lo menos, hasta Orígenes (195) va más adelante, y asegura que la mujer de Pilato se hizo cristiana después de la muerte del Salvador. Como quiera que sea, es

(189) Tácito, *Annal.*, III, 33-34.

(190) Nicéforo, *Hist. eccl.*, I, 30.

(191) Es cosa extraña que varios antiguos doctores (entre otros San Ignacio de Antioquía, *Ad Philipp.*, V; San Beda el Venerable, San Bernardo) atribuyan este sueño al demonio. Satanás, dicen, con sus simpatías hacia Jesús, quiso impedir que se consumase la obra de la redención.

(192) *Bell. jud.*, II, xx, 2. Cf. Act., XIII, 50.

(193) Véase el tomo I, pág. 162.

(194) Thilo, *Codex apocryph. Novi Testamenti*, pág. 520; Brunet, *Les Evangiles apocryphes*, segunda edic., págs. 234, 275.

(195) *Hom. in Matth.*, t. XXXV. El menologio griego llega hasta a colocar a Claudia Prócula en el número de los Santos.

de admirar su bella alma y su simpatía hacia la divina víctima, entonces tan desamparada.

Pero la intervención de esta mujer en favor de Jesús no había de influir más sobre el corazón de Pilato que el tardío testimonio de Judas en el espíritu de los príncipes de los sacerdotes. Estos, por rencorosos y empedernidos; el otro, por débil, no se dejaron influir de modo que se hiciese justicia a Nuestro Señor. Mientras la divina gracia obraba sobre Pilato por medio de Claudia Prócula para que procediese como juez recto y justiciero, el demonio se servía de los sanedritas para doblegar el ánimo del cobarde gobernador. *Monebat uxor, lucebat in nocte gratia, divinitas eminebat; nec sic a sacrilega sententia temperavit*, dice elocuentemente San Ambrosio (196). Los enemigos de Cristo, aprovechando la interrupción causada por el mensaje de Procla, se mezclaron entre la turba, atizaron las malas pasiones, que tan fácil es a hombres influyentes excitar en aglomeraciones de este género, multiplicaron contra Jesús pérfidas mentiras e insinuaciones adecuadas para hacerle odioso, y persuadieron a la plebe que era preciso pedir la libertad de Barrabás, a quien presentaban como valeroso defensor de la nacionalidad judía contra el despotismo romano. Logróseles por entero su intento, pues cuando Pilato repitió su pregunta: “¿A cuál de los dos queréis que os entregue libre?”, todos exclamaron a una voz: “¡A Barrabás!” Quedó vivamente contrariado el procurador al ver frustrada esta segunda tentativa; pero, disimulando su despecho, insistió, con esperanza aún de conseguir que aquella multitud viniese a mejores sentimientos y pidiese también la libertad del Salvador, una vez que ya habían aleanzado la de Barrabás: “¿Qué haré, pues, de Jesús, que es llamado el Cristo?”, o, según la redacción de San Marcos: “¿Qué queréis que haga del rey de los judíos?”

Cualquiera que fuese la forma de la pregunta, no era nada feliz en aquella ocasión, pues presentado a Jesús ante aquella turba, ya sobreexcitada contra El, como su Cristo y su rey, claro era que iba a aumentar su rabia. En efecto, todos, tanto el pueblo como los miembros del Supremo Consejo, prorrumpieron en esta bárbara exclamación (197): “¡Sea crucificado!”

(196) *Expositio in Luc.*, lib. X, 100.

(197) San Juan usa aquí el verbo *ἐκραύγασαν*, que indica gritos salvajes.

No piden para Jesús pura y simplemente la muerte, sino el suplicio ignominioso y cruelísimo de la cruz. En adelante, aquella turba, que Orígenes compara con una fiera desencadenada (198), cumpliendo las órdenes recibidas de sus jefes, subrayará con sus gritos homicidas cada una de las preguntas de Pilato; los jefes han logrado comunicarla su fanático furor. “¿Pues qué mal ha hecho?—preguntó el gobernador—. Yo no hallo en El ninguna causa de muerte.” Y esperando todavía calmarlos, renovó la inicua proposición que había hecho poco antes: “Lo castigaré, pues (lo mandaré azotar), y lo soltaré.” Mas ellos, con gran vocerío, pidieron nuevamente que hiciese morir a Jesús en la cruz. Sus vociferaciones salvajes crecían por momentos, como expresamente notan los sinópticos: “¡Crucifícale! ¡Sea crucificado!” Un día San Pedro echará en cara a los judíos su conducta, diciéndoles: “El Dios de nuestros padres ha glorificado a su siervo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, que se inclinaba a ponerlo en libertad. Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo y pedisteis que se os diese un hombre homicida. Y matasteis al Autor de la vida” (199).

Pilato advirtió tarde que había cedido ya demasiado. Ninguna ventaja obtuvo con transigir cobardemente; antes hizo que la turba se volviese más exigente y violenta. ¿Entenderá, al fin, que sólo un acto de vigor podrá arrancar de la muerte a Aquel cuya inocencia ha reconocido y proclamado? No; según refiere San Mateo (200), recurrirá a un nuevo expediente, más vano aún que los primeros. Manda traer un jarro lleno de agua, una jofaina y una toalla; se lava las manos ante la muchedumbre y exclama con voz fuerte: “Yo soy inocente de la sangre de este justo; vosotros veréis” (201). ¡Y con este acto simbólico (202), con este nuevo certificado de inocencia que da a Jesús, con

(198) *Homil. in Matth.*, h. 1.

(199) *Act.*, III, 14-15.

(200) Esta es otra de las preciosas particularidades de su Evangelio (*Matth.*, XXVII, 24-25).

(201) Es decir: “Esto os toca a vosotros; es asunto vuestro.” Con una expresión semejante habían respondido a Judas los príncipes de los sacerdotes (*Matth.*, XXVII, 4).

(202) Se le ha atribuido origen judaico, conforme al *Deut.*, XXI, 1-9; pero los romanos usaban también *lustrationes expiatoria*; fuera de que Pilato pudo usar de su propio movimiento este símbolo natural.

esta protesta con que intenta legitimar su conducta, creará haber eludido toda responsabilidad y purgado de toda culpa su conciencia de magistrado. En realidad, así delante de Dios como de la historia, cometió un verdadero asesinato judicial en la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo. Con reconocer una vez más la inocencia del acusado ponía aún más de relieve la iniquidad de su propia conducta. Con justa indignación se ha escrito: "Desde hace diez y ocho siglos todos los labios cristianos recitan cada día un formulario en doce artículos. En este sumario de nuestra fe figuran, además de los nombres adorables de las tres divinas personas, el nombre mil veces bendito de la mujer de la que nació el Hijo de Dios y el nombre mil veces execrable del hombre que le dió la muerte. Ahora bien; ¿cuál es el hombre, marcado de este modo con el estigma deicida...? No es Herodes, ni Caifás, ni Judas, ni ninguno de los verdugos judíos o romanos; este hombre es Poncio Pilato. Y, con razón, Herodes, Caifás, Judas y los demás tuvieron su participación en el crimen; pero, al fin, nada se hubiera hecho sin Pilato. Pilato podía salvar a Cristo y sin Pilato no se podía dar muerte a Cristo. Lava tus manos, ¡oh Pilato!, declárate inocente de la muerte de Cristo; por toda respuesta, nosotros diremos cada día, y lo dirá también la más remota posteridad: Creo en Jesucristo, Hijo único del Padre, que fué concebido por obra del Espíritu Santo, que nació de la Virgen María y que padeció muerte y pasión debajo del poder de Poncio Pilato" (203).

Si el presidente de un Tribunal, después de seria indagación, declara oficialmente que cree en la inocencia de un acusado y confirma esta convicción con un acto como el de Pilato, con el cual manifiesta que rehúsa toda participación en una sentencia de muerte, ¿se hallará un Jurado capaz de pronunciar esta sentencia? Pero las bandas judías que habían invadido las cercanías del pretorio no se preocupaban de la justicia, ni en aquel momento, excitadas por el fanatismo, les arredraba su responsabilidad. Lo que un juez pagano no hacía sino con repugnan-

(203) Mgr. Pie, *Mandement du 12 février 1861*. Sin regatear su mérito a esta elocuente página, hemos de decir que el nombre de Pilato fué incluido en el símbolo de los apóstoles, principalmente para fijar la fecha de la muerte del Salvador.

cia, poníalo por obra aquella turba sin corazón. Exclamaron, pues, con voz unánime: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos." Era costumbre entre los judíos que, cuando los jueces habían pronunciado una sentencia de muerte, en testimonio de imparcialidad, se acercasen al condenado, y, levantando las manos sobre su cabeza, dijese: "Tu sangre recaiga sobre ti" (204). Aquí, por el contrario, la siniestra turba que reclama violentamente la muerte de Jesús pronuncia un voto execrable, cuyo gravísimo peso no tardará en llevar sobre su cabeza. El anatema que lanzaba contra sí misma y contra sus hijos se realizó plenamente, cuarenta años después, cuando los romanos se apoderaron de Jerusalén, llevándolo todo a sangre y fuego. Fueron tantos los desventurados habitantes de la ciudad a quienes crucificaron, que, según el relato de Josefo (205), llegó a faltar madera para fabricar cruces: espectáculo horrible, en el que no se puede menos de ver el castigo que la nación deicida había demandado contra sí misma.

Pilato, simulando entonces que renunciaba a toda resistencia, mandó poner a Barrabás en libertad, como querían los judíos, y, conforme al deseo que por dos veces habían manifestado (206), entregó a Jesús a los lictores, para que lo flagelasen.

Los evangelistas, siguiendo hasta el fin su método de referir objetivamente los hechos, así los más dolorosos como los más gloriosos de la vida del Salvador, se limitan a mencionar el nombre (207) de aquel suplicio degradante y cruelísimo, del que los autores antiguos—especialmente Cicerón (208) y Filón (209)—nos han dejado descripciones trágicas, de las que tomamos la mayor parte de las noticias que siguen (210).

Entre los romanos, la flagelación se imponía unas veces como castigo aislado y completo en sí mismo y otras como preludio de la crucifixión (211). Los sucesos posteriores demuestran que,

(204) Edersheim, *Life and Times of Jesus*, t. II, pág. 576.

(205) *Bell. jud.*, II, vi, 25.

(206) *Luc.*, XXIII, 16 y 22.

(207) *Matth.*, XXVII, 26; *Marc.*, XV, 15; *Luc.*, XXIII, 25; *Joan.*, XIX, 1.

(208) *In Verrem*, V.

(209) *Pro Flacco*, X.

(210) Véase también Aulo-Gellio, *Noctes atticae*, X, 3; Suetonio, *Caligula*, 26; las Actas de los mártires, en diversas partes; Keim, *Geschichte Jesu von Nazara*, t. IV, págs. 390-392.

(211) Tito Livio: *Alios verberatos cruci affixit*; Justino, XXI, 4: *Corpus*

en este caso, la flagelación fué un expediente a que acudió Pilato para arrancar a Jesús de la muerte, excitando la compasión del pueblo. Ya antes, usando de un extraño eufemismo (212), ha presentado la flagelación como castigo pasajero, como una advertencia que haga al condenado más circunspecto en el porvenir. El paciente, desnuda la parte superior de su cuerpo y atadas las manos, era sujetado a un pilar poco elevado, o a una columna baja (213), con la espalda encorvada, de modo que, al descargar sobre ésta los golpes, nada perdiesen de su fuerza. Recibida orden del que presidía el suplicio, dos lictores por lo menos—a veces cuatro y hasta seis—, hombres vigorosos, hechos a manejar el látigo “horrible”, como lo llama Horacio (214), golpeaban con todas sus fuerzas, sin compasión. A los primeros azotes, rasgábase la carne, y la sangre salía de las venas a borbotones. Usábanse para la flagelación látigos hechos de cuerdas o correas, en cuyos extremos se solían poner huesecillos o pedacitos de hierro o plomo (215). Aunque los golpes se descargaban directamente sobre la espalda, los extremos de las cuerdas, enroscándose al cuerpo, iban a herir el pecho y el vientre. Entre los judíos, la ley limitaba el número de azotes; pero el derecho romano no señalaba límite alguno; de modo que el condenado era entregado sin defensa al arbitrio, es decir, a la ferocidad de los lictores. Después del suplicio, quedaban a veces al descubierto las venas y aun las entrañas de los flagelados. El rostro mismo quedaba desfigurado por los golpes. Muchos de ellos eran retirados medio muertos, y no tardaban en sucumbir (216). Y hasta se daba el caso de que la muerte del paciente pusiese fin a la flagelación (217). Varias

verberibus lacerum in cruce figitur; Lucano, *Pisc.*, 2; Josefo, *Bell. jud.*, II, XIV, 9; San Jerónimo, *Comment. in Matth.*, h. 1.

(212) Luc., XXIII, 16, *παίδευσας* (Vulg., *emendatum*).

(213) La columna a que, según se cree, estuvo atado Nuestro Señor, se venera en Roma, en la iglesia de Santa Práxedes. Se la menciona ya en el año 333 (*Patrol. lat.*, t. VIII, col. 791). San Jerónimo refiere, *Epist.*, CVIII, 9, que Santa Paula la vió en el pórtico de la iglesia de Sión. Cf. Rohault de Fleury, *Mémoire sur les instruments de la Passion*, in 4.^o, 1870, pág. 266.

(214) *Horribile flagellum*, *Sat.*, I, III, 119.

(215) L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, pl. LXXII, figuras 8, 9, 11.

(216) Cicerón, in *Verr.*, V, 54: *Pro mortuo sublatus, brevi postea mortuus*.

(217) Tito Livio, XXVIII, 16; Suétonio, *Caligula*, 26; Josefo, *Bell. jud.*, VI, v, 3.

leyes, entre otras la ley Porcia y la ley Sempronia (218), mandaban que ningún ciudadano romano fuese sometido a este tratamiento bárbaro e infamante, que se reservaba para los esclavos; pero los habitantes de las provincias sometidas al Imperio no estaban exentos de él. Por esto lo padeció Jesús sin la menor atenuación, como un vulgar criminal, según El mismo había predicho: “Será entregado a los gentiles, quienes le azotarán” (219).

Otros ultrajes sangrientos había de padecer aún el Cristo antes de los horrores de la crucifixión. Así como los criados del Sanedrín le habían hecho blanco de toda suerte de insultos después de su condenación a muerte, así también los pretorianos de Pilato hicieron de El mofa y ludibrio, aplicándole con todo el refinamiento de la malicia brutal un género de tortura que hería a un tiempo al alma y a los miembros del cuerpo. Como nota San Juan Crisóstomo, no parece sino que todo el infierno se había desatado contra el Hijo de Dios, para aumentar el número y acerbidad de sus dolores. La escena tan dolorosamente conmovedora de la coronación de espinas, que San Mateo y San Marcos refieren circunstanciadamente, y que San Juan apunta en pocas palabras (220), tuvo un carácter verdaderamente diabólico.

Como Jesús había afirmado que era rey, la soldadesca romana va a divertirse innoblemente a sus expensas, rindiéndole burlescos honores reales. Juntóse toda la cohorte que estaba de guardia en el pretorio (221). Después de la flagelación habían vuelto a poner a Jesús su túnica; se la quitaron otra vez, y le vistieron una “clámide de escarlata” (222), es decir, un

(218) Databan de los años 195 y 123 antes de J.-C.

(219) Luc., XVIII, 32. Cf. Matth., XX, 19; Marc., X, 34.

(220) Matth., XXVII, 27-30; Marc., XV, 16-19; Joan., XIX, 2-3. San Lucas la pasa en silencio.

(221) Recordemos que una cohorte era la décima parte de una legión, que se componía, cuando era completa, de 6.000 hombres. Pero no es preciso tomar del todo a la letra la expresión “toda la cohorte” que aquí emplean San Mateo y San Marcos; al menos no significa que todos los que la componían interviniesen activamente en los insultos. Muchos de ellos no fueron más que espectadores.

(222) San Mateo: *γλαυδὰ πορφυρὰ*. La clámide era un manto de lana basta, teñida de rojo (Plinio, *Hist. nat.*, XXII, 2, 3), que los soldados romanos llevaban encima de su armadura. Era de forma cuadrada o rectangular. Un broche o un lazo la sujetaban unas veces al hombre izquierdo y otras por debajo del cuello. Véase L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de*

viejo manto de soldado, que figuraba la púrpura de que se revestían los reyes. Tejieron luego, con ramas flexibles, una tosca corona y la colocaron sobre la frente de Jesús a guisa de diadema. ¿De qué árbol cortaron las ramas que sirvieron para tan cruel uso? En Palestina abundan los arbustos espinosos que pudieron servir para este fin; quizá se utilizó el *Zizyphus*, o Azufaifo, llamado *Spina Christi* (223), de espinas agudas, largas y corvas. Para figurar el cetro del mando pusieron en la mano derecha del Salvador una caña, parecida al junco de Chipre y de España. Después de la burlesca ceremonia de la investidura, los soldados pasaron a la del homenaje, que fue también una caricatura irrisoria de los usos prescritos en semejantes casos. Obligaron a Jesús a sentarse en un estrado (224), y, uno tras otro, fueron haciendo genuflexión delante de El, diciéndole: "Salve, rey de los judíos", que era una parodia del célebre *Ave Caesar, victor, imperator* (225). Después lo escupían en el rostro, sustituyendo con esta grosera injuria el beso del ceremonial de los orientales. Aún pasaron más adelante: unos, arrancándole de la mano la caña, le golpeaban con ella en la cabeza, hincándole las espinas de la corona, mientras que otros le daban infames bofetadas, como tributo que aquella banda salvaje pagaba al rey de los judíos. Y Jesús soportaba todo esto con paciencia incomparable, sin proferir una sola queja; se consolaba ofreciendo por nosotros a su Padre sus horribles padecimientos.

De este modo se parodió en el interior del pretorio la entronización real del Mesías. Nadie, ni aun Pilato, pensó en arrancar al divino sentenciado de las manos de los pretorianos. Según testifica Tácito (226), con frecuencia se colmaba de ultrajes en aquellos tiempos a los que iban a sufrir una pena capital: *pereuntibus addita ludibria*. El procurador juzgó que era aquella

la Bible, l. II, fig. 7; Rohault de Fleury, *op. cit.*, págs. 202-204. Según San Marcos y San Juan, el manto era de color de púrpura (*πορπύρεον*); lo que viene a ser lo mismo, como se ve por un texto de Horacio (*Sat.*, II, vi, 102-103), donde de un mismo vestido se dice primero: *vestis rubro cocco tincta*, y después: *purpurea vestis*.

(223) Tristram, *Natural History of the Bible*, pág. 43; L. Cl. Fillion, *Atlas d'histoire naturelle de la Bible*, lám. XXXV, fig. 7; lám. XXXVII, figura 3.

(224) Conocemos esta noticia por San Justino, *Apol.*, I, 35.

(225) Macrobio, *Sat.*, II, iv, 29.

(226) *Ann.*, XV, 44. Véase también Dion Casio, IV.

buena ocasión para intentar conmover a los judíos, mostrándoles el horrible estado a que los tormentos habían reducido a Jesús. San Juan narra, en lenguaje sencillo y expresivo, esta escena del *Ecce homo*, en la que tantas almas afligidas han hallado paz y consuelo, tantos pecadores arrepentimiento sincero y tantos pintores ilustres nobilísimas inspiraciones (227). Pilato, sacando consigo a Jesús a la puerta del pretorio, dijo a los judíos: "He aquí que os le traigo fuera para que sepáis que no hallo en El causa ninguna (de condenación)." No se cansaba de proclamar la inocencia de Cristo, y conservaba todavía la vana esperanza de aplacar el odio de la turba mostrándole el triste estado en que se hallaba Jesús.

Entonces apareció el Salvador cubierto con un manto rojo, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado, desfigurado por los azotes y los salivazos. El gobernador lo presentó al pueblo, diciendo: "¡He aquí al hombre!" Con estas palabras de compasión quería mover a piedad al pueblo, que, cierto, no permanecería indiferente a la vista de tales humillaciones y dolores. Aun los enemigos más encarnizados de Nuestro Señor tendrían que darse ya por satisfechos. Pero una vez más se engañaba Pilato. Al punto que los príncipes de los sacerdotes y los criados del Sanedrín vieron a Jesús, comenzaron a vociferar: "¡Crucifícale, crucifícale!" Enablóse entonces un diálogo rápido y animado entre el procurador y los judíos. "Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo no hallo en El causa." Al repetir por segunda vez estas palabras (228), harto sabía el gobernador que sin su expresa licencia los sanedritas no osarían poner en ejecución la sentencia de muerte que habían pronunciado contra el Salvador. Esta concesión aparente era una nueva ironía de Pilato. Pero las autoridades judías replicaron: "Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios." La ley mosaica decretaba la pena de muerte contra los blasfemos, y Jesús, al decir de sus enemigos, había cometido un crimen de lesa majestad divina, reivindicando el título de Hijo de Dios. Los jerarcas se habían percatado de que Pilato sólo les concedía un derecho ilusorio; para obtener, pues, la sanción positiva sacan a plaza esta nueva acusa-

(227) Joan., XIX, 4-7.

(228) Joan., XVIII, 31.

ción. El odio los hacía hábiles: habían acusado primero a Jesús de un delito político; le acusan ahora de un delito religioso, y luego volverán a presentar contra él una acusación política: acomodan su proceder a las circunstancias. El título de "Hijo de Dios" ha de tomarse aquí en sentido estricto, y no puramente como sinónimo de Mesías, pues ya antes habían acusado a Nuestro Señor de llamarse "Cristo-rey", y claro es que aquí querían agravar la acusación.

Si ya la noble actitud de Jesús había impresionado a Pilato, más aún le impresionó esta acusación de los sanedritas (229), que él, naturalmente, interpretó conforme a sus ideas paganas. Si aquel hombre, de semblante tan majestuoso, era verdaderamente hijo de una divinidad, ¿a qué venganzas no quedaría expuesto, si ratificaba la sentencia del Sanedrín! Se apresuró, pues, a entrar con Jesús en el interior del pretorio, para interrogarle de nuevo. "¿De dónde eres tú?", le preguntó secamente. La pregunta era algún tanto vaga. Podía significar simplemente: "¿Cuál es tu patria?" Pero Pilato esperaba descubrir en las noticias que le diese Jesús acerca de su origen algún indicio de su naturaleza verdadera. Mas Jesús no le dio respuesta alguna. ¿Hubiera querido y podido entenderla aquel pagano? Pilato, disgustado, le dijo con tono severo, haciendo valer su omnímoda autoridad, para intimidarle: "¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y que tengo poder para soltarte?" Ahora sí le responde Jesús. ¡Y con qué majestad y nobleza! ¡Y cuán superior se muestra a aquel soberbio juez! "No tendrías poder alguno sobre mí—le dice—si no te hubiera sido dado de arriba. Por esto el que me ha entregado a ti, tiene mayor pecado." Pilato habla de su poder absoluto y Jesús le recuerda su dependencia y su responsabilidad. Se mudan los papeles: el presidente del Tribunal viene a ser ahora el acusado. Por grande que fuese el poder que del emperador había recibido, ¿qué era un procurador de Judea en parangón con Dios, a quien algún día tendría que dar cuenta de su conducta? Pero Jesús reconoce que Caifás y el Sanedrín han cometido "mayor pecado" que Pilato, pues le han condenado a muerte a El, que es el Mesías, y lo han

(229) Joan., XIX, 8-11.

llevado luego al pretorio para que Pilato ratifique su criminal sentencia.

Al oír estas palabras, el gobernador quedó aún más turbado, y, para calmar su conciencia, se resolvió a hacer un postrer esfuerzo, más vigoroso que los anteriores, para arrancar a Jesús de la muerte. San Juan nos describe también admirablemente este último intento y su resultado (230). Trató, pues, Pilato de parlamentar (231) de nuevo con los sanedritas. Pero éstos, percatándose de que flaqueaba su resistencia, redoblaron su astucia para impedir que les quitase la víctima. "Si sueltas a éste—gritaron (232), acriminando todavía a Jesús un delito político—, si sueltas a éste, no eres amigo del César. Porque todo aquel que se hace rey contradice al César." Cristo había admitido que era rey. Ahora bien; proclamarse rey en un reino ya establecido, alzarse contra el soberano reinante, es cometer un crimen de lesa majestad, crimen cuya sola sospecha excitara la cólera y venganza "atroz" de Tiberio (233). Confundiendo el reino espiritual de Cristo con un reino político y terreno, hacían un tiro certero. Insinuaban que Pilato, poniendo en libertad a Jesús, trabajaría contra los intereses de Tiberio, su bienhechor y señor, y se pondría en riesgo de perder su favor.

No se le ocultó al procurador la amenaza que implicaban estas palabras, y más cuando vivía en continuo temor de desagradar a su terrible soberano. ¿Iba él a exponerse a tan grave riesgo por impedir la muerte de un judío a quien apenas conocía y hacia quien no sentía sino un interés superficial y pasajero? Sin responder a sus interlocutores, hizo salir de nuevo a Jesús del pretorio y lo condujo delante de las turbas. Sentóse luego solemnemente en su silla curul. Los hechos se precipitan y parece llegada ya la hora decisiva. San Juan nos ha conservado en griego y en arameo el nombre del sitio donde estaba el tribunal. En griego se llamaba *Lithostrotos*, "lugar pavimentado de mosaico", y en arameo, *Gabbatha*, "lugar elevado". El nombre hebreo no era, pues, equivalente al griego, aunque sig-

(230) Joan., XIX, 12-16^a.

(231) El imperfecto "buscaba" denota intentos reiterados.

(232) Los mejores manuscritos griegos traen también ἐπαύριον.

(233) Tácito, *Annal.*, III, 38; Suetonio, *Tiber.*, 58.

nificaba el mismo lugar (234). También San Juan precisa el día y la hora de este juicio, de tan graves consecuencias en la historia del mundo. Era, dice, el viernes (235) de la octava pascual. Aquel año era también, según atrás intentamos probar, el 15 de nisán, el gran día de Pascua. San Juan añade que era “como la hora de sexta”, es decir, hacia mediodía. ¿Pero cómo conciliar esta noticia con otra que más adelante nos da San Marcos (236), según la cual Jesús fué crucificado a la hora de tertia, es decir, a las nueve de la mañana, según nuestro modo de contar? Ya San Agustín (237) ponderaba esta dificultad, que se ha tratado de resolver de varias maneras (238). Parece difícil que el proceso, que comenzó muy de mañana en casa de Pilato, durase más de tres horas, aun contando el intermedio de la visita al palacio de Herodes. Por otra parte, no se ha de olvidar en esta clase de cuestiones que los antiguos, no teniendo relojes, no podían determinar las horas con tanta facilidad como nosotros; de ahí las expresiones: “Hacia tal hora; a tal hora poco más o menos”, que más de una vez aparecen en los escritores sagrados (239). Se ha observado además que San Marcos no siempre guarda estricta puntualidad en las indicaciones cronológicas; de modo que en el caso actual la discrepancia ha de resolverse en favor de San Juan, aunque tomando un término medio razonable, según nos persuade el adverbio “hacia” (240), y admitiendo que Pilato pronunciaría la sentencia contra Jesús algo antes de las once.

A punto ya de ceder cobardemente a las exigencias de los judíos, el gobernador quiso gozar de la vana satisfacción de burlarse de ellos en venganza de su derrota. “He aquí vuestro rey”, les dijo. Esta vez ya no había en sus palabras compasión.

(234) Por aquel tiempo eran muy usados los mosaicos en las casas ricas griegas y romanas. Los había también en los atrios del Templo, según Josefo, *Ant.*, V, II, 2; *Bell. jud.*, VI, I, 8.

(235) Acerca de la significación de la palabra griega *παρασκευή* (Vulgate, *parasceve*), véase lo dicho más atrás.

(236) *Marc.*, XV, 25.

(237) *Tractat. in Joan.*, XIX, 14: *Magna disceptatio solet oboriri.*

(238) Véanse los comentarios (entre otros L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Jean*, págs. 347-348).

(239) *Matth.*, XX, 3, 5, 6, 9; *XXVII*, 46; *Luc.*, *XXIII*, 44; *Joan.*, I, 39; IV, 6; *XIX*, 14; *Act.*, V, 7; X, 9; *Apoc.*, VIII, 1.

(240) Schanz, *Commentar über das Evangel. des heiligen Johannes*, página 553.

sino sarcasmo. “¡Quita, quita, crucifícale!”, gritaron ellos, llenos de rabia. “¿A vuestro rey he de crucificar?”, insistió Pilato, cada vez con más ironía. Los jefes de Israel, los órganos oficiales de la teocracia, no se avergonzaron de envilecerse para siempre con esta odiosa réplica: “No tenemos más rey que a César.” Antes que reconocer a Jesús por Mesías acataban por rey al infame Tiberio. Renegaban de toda su historia y de los gloriosos privilegios de su pueblo para declararse vasallos del emperador romano, a quien de corazón detestaban. A su bajeza sacrilega correspondió la de Pilato, que, dirigiéndose a Jesús, pronunció, en latín, la fórmula oficial con que se decretaba el suplicio de la cruz: *Ibis ad crucem*, “Irás a la cruz.”

Los evangelistas no se desvían de la verdad histórica cuando, aludiendo a los judíos que habían conseguido obtener la ratificación de su sentencia, dicen que el procurador “les entregó a Jesús para que fuese crucificado” (241), o que “entregó a Jesús a la voluntad de ellos” (242). Quieren dar a entender que en aquel gran crimen judicial los judíos tuvieron, con mucho, la parte más considerable y que cometieron, como ya lo había dicho Jesús, “mayor pecado” que Pilato, si bien éste fué su siniestro cómplice, que, como ellos, había de experimentar también la venganza del cielo. En efecto, pocos años después de la muerte del Salvador (el año 36), perdió su situación honorífica y lucrativa, a la que, hollando toda ley, había sacrificado la sangre de la más inocente y más santa de las víctimas. A pesar de lo cual, este triste personaje excitó la simpatía de la leyenda cristiana, que le mostró gratitud de que proclamó varias veces la inocencia de Jesús e hizo algunos esfuerzos por salvarle la vida. Por esto el Evangelio (apócrifo) de Nicodemo (243) le llama “incircunciso de carne, pero circunciso de corazón”, y aun el grave Tertuliano (244) llega a decir de él que era *jam pro conscientia sua christianus* (245).

(241) *Matth.*, *XXVII*, 26; *Marc.*, XV, 15; *Joan.*, *XIX*, 16.

(242) *Luc.*, *XXIII*, 25.

(243) I, 2.

(244) *Apol.*, *XXI*.

(245) Acerca de estas leyendas, a veces ridículas, véase el Evangelio de Nicodemo, en Brunet, *Les Evangiles apocryphes*, segunda edic., páginas 230-273, y en Hennecke, *Neutestamentliche Apocryphen*, págs. 74-76, 143-145; Schürer, *Geschichte des jüd. Volkes*, cuarta edic., t. I, págs. 487-493; los fragmentos del Evangelio de Pedro, en Preuschen, *Antilegomena*,

IV.—EL ÚLTIMO SUPLICIO.

Hemos llegado ya al desenlace trágico de la Pasión y de la vida terrestre del Salvador. La última vez que Jesús predijo a sus apóstoles este cruento final de su ministerio declaró en términos precisos, según refiere San Mateo (246), que padecería el suplicio de la cruz. Aunque David, en el Salmo XXI (247), que, con el capítulo LIII de Isaías, nos da una clara visión de los padecimientos del Mesías, no menciona expresamente este horrible suplicio, bastante da a entender que el Cristo había de morir en una cruz, por cuanto pone en labios de la augusta víctima estas palabras. “Taladraron mis manos y mis pies”, que de cierto aluden a la crucifixión.

“¡El Mesías crucificado”, según la expresión enfática de San Pablo (248), y crucificado a petición de los jefes de su pueblo! ¡Qué profundo misterio! ¡Qué hecho tan extraordinario en la historia religiosa del mundo! Entenderemos aún mejor lo que hay de extraño y casi dijéramos increíble en la asociación de esas dos palabras cuando hayamos descrito lo que era este suplicio de la cruz. ¡La cruz, volverá a decir San Pablo (249), “escándalo para los judíos y locura para los gentiles!” Según las ideas de los judíos (250), quien moría en el infame madero no sólo quedaba deshonrado para siempre, sino que, en el mismo orden religioso, era tenido por maldito y execrado. Por lo que los miembros del Sanedrín sabían bien lo que hacían cuando con cruel tenacidad proferían aquel grito que triunfó de la debilidad de Pilato: “¡Crucifícalo, crucifícalo!” ¡De grandes delitos tenía que ser culpable quien fuese condenado a semejante muerte! Así fué, que los Padres tuvieron que refutar las objeciones que tanto los judíos como los paganos sacaban de la cruz

págs. 13-18. Cf. W. Bauer, *Das Leben Jesu im Zeitalter der Apokryphen*, páginas 183-209. Sobre los últimos años de la vida de Pilato, de la que también se apoderó la leyenda, véase el artículo “Pilato” en F. Vigoureux, *Dictionn. de la Bible*, t. V, col. 433.

(246) Matth., XX, 19. San Marcos y San Lucas emplean la expresión general “le matarán”.

(247) El salmo XXII, según el hebreo.

(248) I Cor., I, 23.

(249) *Ibid.*

(250) Deut., XXI, 21; Gal., III, 13.

de Jesús contra su misión y su naturaleza divinas. “Si verdaderamente era Dios y quería morir, decían, ¿por qué no eligió un género de muerte honroso? ¿Por qué eligió especialmente la cruz, ese suplicio infame, indigno de un hombre libre, aunque sea culpable?” (251).

Y, con todo, a los ojos de la fe, esta cruz, tan degradante de suyo, no ayudó poco a ganar al divino Crucificado millares y millares de discípulos, que por siempre le permanecieron fieles. Aludiendo a su género de muerte, había dicho El: “Y si yo fuere alzado de la tierra—es decir, levantado en la cruz—, todo lo atraeré a mí mismo” (252). Esta profecía se cumplió pronta y plenamente. Lo que, al parecer, habría de acarrear a Jesús desprecio duradero, le fué ocasión de una gloria única y sin fin. Bien al revés de humillarle y perjudicarlo, le ensalzó e idealizó; le conquistó espíritus y corazones. Y así luego, después de Pentecostés, los apóstoles no se avergonzaron de haber tenido a un crucificado por maestro; antes se complacen en dar este nombre a Jesús, a ejemplo de los ángeles (253), como título honorífico; y en su predicación, en vez de echar un velo sobre lo que hubo de ignominioso en su muerte a los ojos de los hombres, lo convierten en centro de la nueva religión (254).

Pero, haciendo caso omiso de estas consideraciones generales, por útiles y atractivas que sean, pasemos a los pormenores que nos dan los Evangelios sobre la muerte ignominiosa y gloriosa a un tiempo de Nuestro Señor Jesucristo. “Es cosa de maravilla, escribíamos en otra parte, la severa sencillez con que los cuatro historiadores de Jesús cuentan las conmovedoras escenas de su Pasión, lo cual es prenda manifiesta de su cumplida imparcialidad. Sus narraciones no serían más incoloras si fuesen informes oficiales, procedentes de Pilato o de sus subordinados. No se lee en ellos ni un solo epíteto que exprese o excite indignación contra los verdugos o compasión hacia la víctima... Los escritores sagrados se ciñeron a registrar los hechos... Expusieron el drama del Calvario a los ojos del

(251) Lactancio, *Institut. div.*, IV, 26; cf. Tertuliano, *De carne Christi*, V, 26.

(252) Joan., XII, 32.

(253) Matth., XXVIII, 5; Marc., XVI, 6.

(254) Act., II, 36; IV, 10; V, 30; X, 39; XIII, 29; I Cor., I, 18, 23; II, 2; Gal., III, 13; Eph., II, 16; Col., I, 20; II, 14; I Petr., II, 24; etc.

mundo tal como ellos lo vieron o conocieron. Cada nueva generación contempla a través de una atmósfera clara y limpia, la imagen del divino Crucificado, sin que la encubra el ropaje de una retórica sentimental" (225). El fondo de su relato es el mismo en los cuatro evangelistas; pero cada uno de ellos trae algunas noticias nuevas de esta dolorosa historia, de modo que se completan mutuamente, y nos dan, sobre las últimas horas de Cristo, si no todo lo que desearía nuestra piedad, todo lo que el Espíritu Santo tuvo por útil para nuestra instrucción y edificación. En sus narraciones resplandecen la sobriedad y la ecuanimidad (256). Como el suplicio de cruz, muy usado entonces, era bien conocido de la mayor parte de sus lectores con todas sus horribles circunstancias, creyeron suficiente trazar sus rasgos principales. Sin embargo, fácil nos será colmar esta laguna, gracias a las noticias de los antiguos autores griegos y romanos, así paganos como cristianos. Noticias interesantes nos ofrece también el historiador judío Josefo (257).

En las escenas, a un tiempo lastimeras y consoladoras, de que se compone la tragedia de la crucifixión, se nos mostrará Jesús con una hermosura singular, acaso más que en todas las otras circunstancias de su vida. Sin el Calvario y sin la cruz, sólo hubiéramos conocido imperfectamente la soberana belleza de su carácter (258). Dos notas principales son como resumen de este esplendor moral: de un lado, una paciencia y una

(255) L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Matthieu*, pág. 546.

(256) ¿Qué diferencia, en este orden, de los Evangelios canónicos a los apócrifos, que añaden cien noticias legendarias. Véase en particular las "Actas de Pilato" y los fragmentos del "Evangelio de Pedro" (Nestle, *Novi Testam. graeci supplementum*, págs. 68-72; Preuschen, *Antilegomena*, págs. 114-118). Véase también W. Bauer, *Das Leben Jesu im Zeitalter der Apokryphen*, págs. 209-229; R. Hofmann, *Das Leben Jesu nach den Apokryphen*, págs. 334-388.

(257) Véanse también los Diccionarios de la Biblia (F. Vigouroux, Hastings, Smith, Kitto, Riehm) y de Arqueología (Daremberg et Saglio, F. X. Kraus, *Real-Encyklopädie der christlichen Alterthümer*, t. II, págs. 224-245) y las obras especiales: O. Zockler, *Das Kreuz Christi*; *religionshistorische und kirchlich-archäologische Untersuchungen*, 1875; H. Fulda, *Das Kreuz und die Kreuzigung, eine antiquarische Untersuchungen*, 1878; Langen, *Die letzten Lebenstage Jesu*, págs. 294-326; J. Belser, *Die Geschichte des Leidens und Sterbens... des Herrn*, págs. 389-406; las *Vidas de Nuestro Señor* (entre otras la de Keim, *Jesus von Nazara*, t. III, segunda parte, págs. 389-457, donde se hallan reunidas muchas citas de los autores clásicos), etc. Nosotros sólo daremos aquí lo esencial.

(258) Mgr. Landriot, *Le Christ de la tradition*, t. II, págs. 350-351.

(259) San Cipriano, *De bono patient.*, 7: *Plena et perfecta patientia*.

mansedumbre perfectas (259) y una entera resignación a la voluntad del Padre celestial; de otro, una fortaleza heroica, que soporta las torturas más violentas. Así, Jesús, en aquellas horas horribles, realizó el ideal del sacrificio como nadie lo hizo antes que El ni nadie lo hará jamás después de El.

Entre los pueblos antiguos, particularmente entre los romanos y los judíos, apenas había intervalo de tiempo entre las sentencias judiciales y su ejecución (260). Así que, en cuanto se pronunció la sentencia del Salvador, Pilato mandó que se preparase la cruz (261)—si ya no lo estaba de antemano—y que se dispusiese todo lo necesario para la crucifixión. El suplicio de cruz (262), de origen oriental, y recibido de los persas, asirios y caldeos por los fenicios, griegos, cartagineses, egipcios y romanos (263), se modificó en varias formas en el curso de los tiempos. Fué al principio un simple poste, al que se ataba o en que se empalaba al condenado (264). Luego se fijó en el remate una horca (*furca*), de la que se suspendía al reo por el cuello. Después, con la adición de un brazo transversal (*patibulum*), tomó un nuevo aspecto, y, según la forma en que el brazo transversal se sujetaba al palo vertical, se originaron tres clases de cruces: la *crux decussata*, la *crux commissa* y la *crux immissa*. La primera, más conocida con el nombre de Cruz de San Andrés, tenía la forma de X. La segunda, que algunos llaman Cruz de San Antonio, se parecía a la letra T. La tercera no difería de la segunda sino por la prolongación del poste vertical sobre la rama transversal: es la cruz llamada "latina", †, que todos conocemos (265). Puede tenerse por cierto que la cruz del Salvador era de esta última forma, y así lo atestigua una antiquí-

(260) De ahí, entre los romanos, las locuciones *rapere ad supplicium*, *ad crucem* (Cicerón, *Orat.*, II, 59; *in Verrem*, V). Cuanto a la costumbre de los judíos, cf. Josefo, *Ant.*, XX, III, 1; *Bell. jud.*, II, XIV, 9; IV, V, 4.

(261) Cicerón, *in Verr.*, V, 62; cita estas palabras: *I, lictor, expedi cruces*.

(262) Su nombre griego más usual era σταυρός. La palabra *crux* expresa, según su etimología, la idea de tormento.

(263) Los judíos nunca la adoptaron como castigo legal. No la usó ni aun Herodes, a pesar del espantoso ejemplo que había dado el rey asmoneo Alejandro Janneo, quien, en un solo día, mandó crucificar en Jerusalén a ochocientos de sus súbditos. Cf. Josefo, *Ant.*, XIII, XIV; *Bell. jud.*, I, IV, 6.

(264) L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, lám. LXXII, figuras 3, 12.

(265) L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, lám. LXXII, fig. 21.

simas tradición (266). En efecto, las comparaciones de que se sirven los Padres para describir la cruz de Jesús—Moisés, orando con los brazos extendidos (267); el estandarte romano (268), los cuatro puntos cardinales (269), un hombre que nada o un ave que vuela (270), etc.—no pueden aplicarse más que a la *crux immissa*. Y si realmente no tuvo esta forma, la tablilla que se puso sobre la cabeza de Nuestro Señor habría dado a la *crux commissa* el aspecto de una cruz latina. Por desgracia, en este caso, la iconografía nos es de escasa utilidad, pues hasta el siglo V no se comenzó a representar la cruz en los monumentos cristianos, y aun al principio no se ponía la imagen de la divina víctima, que no apareció en ella sino un siglo después (271).

Cuando todo estuvo presto, se puso en camino el lúgubre cortejo. Según costumbre, iba a la cabeza el “centurión encargado del suplicio”, como lo llama Séneca (272). Detrás de él iba un heraldo, que proclamaba el motivo de la condenación. Luego, andando penosamente, agotado por el insomnio, por la falta de alimento y más aún por las emociones, por la flagelación y por el brutal tratamiento, caminaba el divino *Cruciarus* (éste era el nombre clásico de los crucificados), cargado con su pesada cruz (273). Iba vestido no con la clámide que, por burla, le habían puesto para la coronación de espinas, sino con sus propias vestiduras. Rodeábanle los soldados—cuatro de ordi-

(266) Cf. W. Bauer, *Das Leben Jesu im Zeitalter der Apokryphen*, páginas 212-213.

(267) San Justino, *Dial. c. Tryph.*, 90. Cf. Minutius Felix, *Oct.*, XXIX. Más adelante citaremos un texto de San Justino que resuelve la cuestión.

(268) Tertuliano, *Apol.*, XVI.

(269) San Máximo de Turín, *De Cruce Domini*, hom., III.

(270) San Jerónimo, *Comment. in Marc.*, XI.

(271) F. Vigouroux, *Diction. de la Bible*, t. II, col. 1.132; Daremberg et Saglio, *Diction. des antiquités grecques et romaines*, t. I, segunda parte, columna 1.575. En la famosa caricatura del crucifijo, que data del siglo III, y que se descubrió en Roma en el Palatino, la cruz lleva superpuesta la tablilla acostumbrada, que le da cierta apariencia de una *crux immissa*. Véase F. Vigouroux, *Les Livres saints et la critique rationaliste*, quinta edición, t. I, pág. 99.

(272) *De ira.*, I, 16. Cf. Tácito, *Ann.*, III, 14.

(273) Mencionan esta bárbara costumbre Artemidoro, *Oneirocrit.*, II, 56, y Plutarco, *De sera numin. vindicta*, 9. Por mucho tiempo se emitieron las opiniones más diversas sobre cuál era la madera de que estaba hecha la cruz. Del examen científico de varias reliquias resulta que la madera era de una conífera y que esta conífera era un pino. F. Vigouroux, *Le N. T. et les découvertes archéologiques*, segunda edición, pág. 180; Rohault et Fleury, *Mémoire sur les instruments de la Passion*, pág. 63.

nario (274)—que habían de hacer de verdugos y custodiar luego al condenado, hasta que fuese bajado de la cruz después de muerto. Quizá, para más seguridad, acompañó al cortejo hasta el lugar del suplicio un pelotón de otros pretorianos. Los antiguos escritores eclesiásticos con frecuencia compararon a Jesús, cargado con el instrumento de su suplicio (275), con Isaac, otra víctima mansa e inocente, cuando subía al monte Moriah, cargado con la leña que había de consumirle después que recibiese el golpe de muerte (276). Dos malhechores, quizá dos revoltosos de la banda de Barrabás, y que también habían sido condenados a muerte de cruz, iban detrás de Jesús, llevando, como él, su cruz y acompañados de sus verdugos. A cada lado, en las estrechas calles de la ciudad, se apretaba una turba vorágine, que lanzaba a los *cruciarii*, pero sobre todo al que se había proclamado Mesías e Hijo de Dios, injurias y denuestos (277).

Así entre los judíos como entre los romanos, las sentencias capitales solían ejecutarse fuera de las ciudades (278), pero de ordinario cerca de una vía frecuentada, para que el castigo sirviese de escarmiento a los demás. “Arduo problema es el hallar en Jerusalén el camino que Jesús recorrió y bañó en su sangre durante su Pasión. Por desgracia, las tradiciones relativas al *Via Crucis* son casi modernas, es decir, que las estaciones que hoy se señalan no fueron definitivamente determinadas hasta la Edad Media. Los únicos puntos conocidos con certeza son: el pretorio, que estaba situado en la torre Antonia (279); el Calvario y el sepulcro; en todo lo demás hemos de contentarnos con conjeturas. Las profundas y sucesivas transformaciones de la Ciudad Santa hacen casi imposible reconocer exactamente el itinerario que Jesús recorrió; un dédalo de cons-

(274) *Act.*, XII, 4.

(275) Melitón de Sardes, *Fragm.*, IX; Tertuliano, *Adv. Marc.*, III, 18-19; *Adv. Jud.*, 10 y 13, etc.

(276) *Gen.*, XXII, 6.

(277) Respecto de los pocos pormenores de la crucifixión y sus preliminares contenidos en los Evangelios, véase *Matth.*, XXVII, 31-34; *Marc.*, XV, 20-23; *Luc.*, XXIII, 26-32; *Joan.*, XIX, 16b-17.

(278) En cuanto a los judíos, cf. *Num.*, XV, 35-37; *III Reg.*, XXI, 13; *Act.*, VII, 58. Respecto de los romanos, Cicerón, *Pro Rabir.*, III, 10; Plauto, *Miles glor.*, II, iv, 6.

(279) Véanse las salvedades que acerca de este punto hicimos más atrás.

trucciones modernas impiden seguir su rumbo. Mas para la piedad basta conocerlo aproximadamente" (280).

La dirección general de la Vía dolorosa va de Este a Oeste; su longitud es como de 1.200 pasos. De las catorce estacioies, sólo las nueve primeras están actualmente en las calles de Jerusalén; las otras cinco están en el interior de la basílica del Santo Sepulcro. Todo el camino hasta el Santo Sepulcro es muy pendiente y de pintoresco aspecto.

En el instante mismo en que el cortejo salía por la puerta de la ciudad más próxima al lugar escogido para la ejecución de los tres condenados, entraba un judío, llamado Simón, que volvía del campo (281), donde quizá vivía, a corta distancia de las murallas. A su nombre añaden los tres sinópticos (282) el epíteto de Cirineo, porque era oriundo de la Cirenaica, provincia situada en la costa septentrional del Africa, al Este, o quizá de la misma Cirene, su capital (283), cuya cuarta parte de población era judía (284). Los Cirineos constituían entonces en Jerusalén un número bastante grande para tener una sinagoga que llevaba su nombre (285). Cuando los soldados vieron a Simón, asiéndolo (286), le obligaron, en virtud del derecho de requisa tan común en Oriente, a llevar la cruz de Jesús en todo el resto del recorrido (287), no movidos de com-

(280) Rohault de Fleury, *Mémoires sur les instruments de la Passion*, páginas 280-281. Sobre la "Vía dolorosa" actual y su historia véase A. de Piellat, *Voie de la captivité et Chemin de la croix à Jérusalem*, in-18, tercera edic., 1902; *La Palestine; Guide historique et pratique*, por varios profesores de N.-D. de France en Jerusalén, segunda edic., 96-116; Thurston, S. J., *Etude historiq. sur le Chemin de la Croix*, trad. del inglés in-12, París, 1913.

(281) 'Απ' ἀγροῦ, dicen San Marcos y San Lucas (Vulg., *de villa*). Lo que de ningún modo significa que volviese de trabajar en el campo y, por tanto, que aquel día no pudiese ser Pascua.

(282) Matt., XXVII, 31; Marc., XV, 21; Luc., XXIII, 26.

(283) Fillion et Nicole, *Atlas géograph. de la Bible*, lám. XVII.

(284) Josefo, *Contr. Apion.*, II, 4; *Ant.*, XIV, VII, 2. El historiador judío refiere que Ptolomeo Soter o Lagos (306-285 antes de J.-C.), fundador del reino de Egipto después de la muerte de Alejandro Magno, estableció en este país 100.000 judíos, a los que concedió considerables privilegios.

(285) Act., VI, 9. El libro de los Hechos, II, 10, habla también de los judíos de Cirene, que fueron a Jerusalén para celebrar en ella las fiestas de Pentecostés.

(286) San Lucas: ἐπιλαβόμενοι (Vulg., *apprehenderunt*).

(287) San Mateo y San Marcos emplean aquí el verbo *angariare*, que hemos hallado ya en el Sermón de la Montaña, Matth., V, 41.

pasión hacia Nuestro Señor, pues sus almas habían olvidado la piedad, sino porque, viéndolo tan agotado de fuerzas, temieron que no pudiese llegar al lugar del suplicio si no le descargaban del peso de la cruz. Los soldados mismos, si se toma a la letra una expresión de San Marcos, habríanse visto obligados a "llevar" a Jesús, o por lo menos a sostenerle, durante la última parte del camino (288). No han entendido bien estas palabras de San Lucas: "Obligaron (a Simón) a llevar la cruz detrás de Jesús" muchos pintores y algunos exégetas, que se imaginan que el Señor siguió llevando sobre sus hombros la cruz y que el Cirineo sólo tuvo que sostener la extremidad del tramo vertical; los textos de los otros dos sinópticos no dejan lugar a duda en este punto. Se concibe la repugnancia con que Simón hubo de cumplir, bien a pesar suyo, aquel oficio humillante; de cierto que no pensaba entonces que con aquella humillación hacía célebre su nombre. Y aun es probable que le valió más alta recompensa, pues San Marcos, al añadir, para sus lectores de Roma, que Simón era el "padre de Alejandro y de Rufo", parece indicar que estos dos hijos del Cirineo eran cristianos conocidos de los romanos. San Pablo, en su epístola a los fieles de Roma (289), envía un saludo especial a un cristiano distinguido, llamado Rufo, a quien generalmente se le identifica con el segundo hijo de Simón. Si esta identificación, como todo induce a creer, es fundada, tendríamos un indicio de que el Cirineo se convirtió al Cristianismo con toda su familia (290).

El lugar del suplicio no estaba lejos de las murallas. Conseguido ya el fin principal que los judíos intentaban, que era afrentar a Jesús, llevándolo por las calles de Jerusalén, tan llenas entonces de gentes, con la infamante cruz sobre sus hombros y recibiendo mil ultrajes, según la bárbara costumbre de aquellos tiempos (291), no hubo reparo en descargarlo del peso

(288) Φέρουσιν αὐτόν. Pero el verbo *φέρω* significa con frecuencia "conducir" (Vulg., *perducunt illum*).

(289) Rom., XIV, 13.

(290) San Pablo, en el mismo lugar, saluda también a la madre de Rufo.

(291) *Ita te forabunt patibulum per viam stimulis*, escribía Plauto a este propósito, *Most.*, I, 1, 53.

de la cruz. Por San Lucas (292) conocemos otro incidente de la "Vía dolorosa" que revela afectuosa simpatía hacia la augusta víctima. La turba que seguía al cortejo, o que lo contemplaba al pasar, no se componía solamente de enemigos de Jesús o de curiosos vulgares; entre ella había también personas amigas. El evangelista señala en particular algunas mujeres de Jerusalén—distintas, por consiguiente, de las piadosas galileas con las que erróneamente se las ha confundido a veces—, que no temían manifestar públicamente con lágrimas y sollozos e hiriéndose el pecho en señal de duelo (293) la viva compasión que les inspiraba "el varón de dolores". Un edicto especial prohibía manifestaciones de este género al paso de los condenados a muerte (294); mas para aquellas mujeres de nobles sentimientos, Jesús era mucho más que un vulgar "crucifixus". La presencia y el proceder de aquellas mujeres eran prueba de que, si bien los habitantes de Jerusalén eran, por la mayor parte, indiferentes hacia el Salvador, había también almas delicadas conquistadas por su santidad, su predicación, sus milagros y su bondad. Por lo que, olvidando sus propios dolores y volviéndose hacia aquellas compasivas mujeres, les dijo gravemente:

"Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí; antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Porque he aquí que vendrán días en que se dirá: Bienaventuradas las estériles y las entrañas que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. Porque si en el madero verde hacen esto, ¿qué se hará en el madero seco?"

Con estas palabras no quería el Salvador reprender la conducta de las personas a quienes se dirigía ni rechazar su afecto. Pero, olvidando sus propios padecimientos, que pronto le conducirían a la gloria, les predijo, como ya lo había hecho varias

(292) Luc., XXIII, 27-31. Con razón se ha hecho notar que este tierno episodio es muy propio del tercer Evangelio, donde se atribuye a las mujeres un papel considerable. Cf. Luc., I, 39-56; II, 36-38; VII, 11-15, 47-50; VIII, 1-3; X, 38-42; XI, 27; XIII, 11-16; etc. "En los Evangelios no hay ejemplo de mujer alguna que manifieste hostilidad contra el Cristo." (Plummer, *Comment. on the Gospel according to St. Luke*, pág. 523.)

(293) Tal es el sentido del griego *τερόμεντο* (Vulg., *plangebant*).

(294) Bab. Sanhedr., 42, 2: *Non planxerunt eductum ad supplicium*.

veces en sus recientes discursos (295), las desgracias que a ellas mismas alcanzarían, directamente o en sus hijos, cuando la ciudad deicida, cuarenta años después, padeciese horribísimas desventuras antes de ser destruída por los romanos. Cierta día, una mujer había dicho, aludiendo a la madre del Salvador: "Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos de que mamaste" (296). Ahora oímos una bienaventuranza muy distinta, que, invirtiendo el orden de la naturaleza, y aun en cierta forma la palabra revelada (297), así como también los sentimientos más arraigados de los judíos y de todos los pueblos antiguos (298), considera la maternidad como una desgracia en aquel día terrible, a causa de las angustias que las madres padecerán por amor de sus hijos. Las palabras "Caed sobre nosotros, cubridnos", dirigidas a los montes y a los collados, están tomadas del libro del profeta Oseas (299), que las empleó para describir calamidades tan intolerables, que una muerte repentina parecía remedio llevadero. San Juan, en el Apocalipsis (300), pondrá palabras idénticas en labios de los condenados. Jesús, para justificar su terrible amenaza, recurrió a una expresiva comparación. El árbol verde, cargado de hojas, de flores y de frutos, era El mismo. El árbol seco, cortado desde mucho tiempo hacía y destinado al fuego, era Israel culpable e impenitente. Si, pues, Cristo, a pesar de su perfecta santidad, soportó tales padecimientos, ¿qué podían aguardar los judíos, cuya malicia clamaba venganza del cielo? (301).

Pronunciadas estas palabras—las únicas que parece salieron de sus labios mientras caminaba hacia el lugar de la crucifixión—, volvió Jesús a su majestuoso silencio. Los Evangelios canónicos no refieren ningún otro incidente acaecido en la Vía dolorosa. ¿Habrá algún elemento histórico en las narraciones que se refieren ya a la Verónica, que habría enjugado con su

(295) Matth., XXIII, 34-38; XXIV, 4-22; Marc., XIII, 5-20; Luc., XXI, 8-24.

(296) Luc., XI, 27.

(297) Cf. Os. IX, 14, donde la privación de hijos se considera como una maldición.

(298) La esterilidad era considerada entonces comúnmente como un reprobo. Baste citar aquí a Luc., I, 25.

(299) Os., X, 8.

(300) Apoc., VI, 16.

(301) Cfr. Prov., XI, 31; I Ptr., IV, 17-18.

velo la santa faz del Salvador, manchada de sudor, de polvo y saliva, ya al encuentro de Jesús con su Madre? Desde luego, en el primero de estos dos relatos hay varias circunstancias legendarias, y en el segundo, algunos rasgos poco dignos de María. Graves autores niegan la verdad de ambos (302).

Por fin llegó el cortejo al lugar del suplicio, cuyo nombre en arameo, que era la lengua a la sazón hablada en Palestina, citan San Mateo, San Marcos y San Juan. Llamábase *Golgotha*, o, más exactamente, *Gulgolta* (equivalente al hebreo *gulgolet*), que significa "lugar de la calavera", según explican los mismos evangelistas (303), o simplemente "calavera", según San Lucas (304), lo que es más conforme a la etimología. El Calvario, como ahora lo llamamos siguiendo la traducción latina, no era un monte como muchos se lo imaginan, sino una protuberancia rocosa, un pequeño altozano, que, según la opinión más probable, recibió su nombre de cierta semejanza que tenía con un cráneo humano (305). Nada indica, contra el parecer de San Jerónimo (306), que el Gólgota fuese en Jerusalén el lugar habitual de las ejecuciones capitales, y menos aún que por allí anduviesen tirados, sin sepultura, los cráneos de los ajusticiados, pues nunca lo hubieran tolerado los judíos, cuyas ideas religiosas se oponían a ello. Fuera de que, en este caso, se habría llamado "lugar de las calaveras" y no simplemente "de la calavera". Según otra opinión, de que hacen mérito varios Padres (307), el nombre de Gólgota provino de que allí recibió Adán sepultura; pero con razón San Jerónimo (308) colocó ya esta tradición entre las leyendas. "Halaga a los oídos—dice, con

(302) En cuanto al primero, véanse *Mors Pilati* y *Vindicta Salvatoris*, en Tischendorf, *Evangelia apocrypha*, págs. 433 y 459; las *Acta Sanctorum* del mes de febrero, c. III, págs. 451-455; F. X. Kraus, *Real-Encyclopädie der christ. Alterthümer*, t. II, págs. 18-19. En cuanto al segundo, las *Acta Pilati*, B, 10 (Tischendorf, l. c., págs. 282-284).

(303) Κρανίου τόπος. (Vulg., *Calvariae locus*).

(304) Κρανίον.

(305) San Cirilo de Jerusalén, *Catech.*, XIII, 39. Los árabes dan el nombre de *ras* a las cimas de las montañas que les sugieren la idea de una "cabeza".

(306) *Commentar. in Matth.*, XXVII. También San Beda el Venerable.

(307) Entre otros, por Orígenes, *Homil. in Matth.*, XXVII, 35; San Basilio, *In Isaiam*, cap. V; San Atanasio, *Sermo de cruce et passione*; Nonnus, *Paraphras. in Evang. Joannis*, XIX, 89-90, y San Ambrosio, *Exposit. in Luc.*, X, 114, que no oculta su preferencia por esta opinión. Véase J. Langen, *Die letzten Lebensstage Jesu*, pág. 369.

(308) *Loc. cit.*

el acostumbrado vigor de su crítica—, pero no es verdadera." Nació, sin duda, de la idea, extendida posteriormente, de que el segundo Adán había de morir en el mismo sitio en que fué enterrado el primero. De esta leyenda viene la antigua costumbre de colocar debajo del crucifijo dos huesos cruzados, que llevan encima una calavera.

Los evangelistas nos dicen expresamente que el Gólgota estaba situado fuera de Jerusalén (309), aunque a corta distancia de las fortificaciones. Si actualmente tanto el sitio de la muerte como el de la sepultura de Jesús (310) se veneran en el recinto de la ciudad, es porque una nueva muralla, construída por Agripa I, pocos años después de la Pasión (311), incluyó el Calvario y una parte considerable de los alrededores de la ciudad santa, al Noroeste. A mediados del siglo XIX, algunos palestinólogos protestantes (312) negaron violentamente, en nombre de la Topografía, la autenticidad del Gólgota tradicional; pero los católicos y aun los mismos protestantes les opusieron pruebas concluyentes (313). No es ocasión ésta para referir las particularidades de esta grave discusión, que aún dura. Baste decir que, a juicio de sabios competentísimos, "la autenticidad del Calvario y del Santo Sepulcro tiene las mayores garantías de certeza que en esta materia pueden esperarse" y que "la seguridad arqueológica" es completa (314), de suerte que el cristiano puede prosternarse con plena confianza en aquel majestuoso santuario como en la basílica de Belén, para venerar los misterios más sagrados del Verbo encarnado en los mismos lugares en que acaecieron.

(309) Matth., XXVII, 32; cf. XXVIII, 11; Joan., XIX, 20; Heb., XII, 12.

(310) L. Cl. Fillion et H. Nicole, *Atlas géograph. de la Bible*, láminas XIV y XV.

(311) Josefo, *Bell. jud.*, V, iv, 2.

(312) Entre otros, el teólogo americano Robinson, *Palästina und die südlich angrenzenden Länder*, 1841, t. II, págs. 268-275; el inglés Fergusson, *An Essay on the ancien Topography of Jerusalem*, 1847; el médico suizo Titus Tobler, *Golgotha, seine Kirchen und Klöster*, 1851.

(313) Véase un excelente resumen de estas pruebas en Langen, *Die letzten Lebensstage Jesu*, págs. 363-412; M. de Vogüé, *Les Eglises de la Terre Sainte*, 1860, págs. 118-232; Sir Wilson, *Golgotha and the holy Sepulchre*, 1906; Clermont-Ganneau, *L'authenticité du saint Sepulchre*, y la notable obra de los Padres Vincent y Abel, *Jérusalem, recherches de topographie, d'archéologie et d'histoire*, 1914, t. II, págs. 89-300.

(314) Los PP. Vincent y Abel, *op. cit.*, pág. 89.

Por antigua costumbre, tolerada por los romanos y mencionada por el Talmud (315), en el momento en que iba a comenzar el suplicio, los judíos ofrecían a los condenados a muerte una copa llena de vino generoso, al que previamente se había mezclado un poco de mirra e incienso. Los antiguos gustaban mucho de esta mezcla, a causa de su gusto aromático (316); pero además lo consideraban como poderoso narcótico (317); por esto precisamente se lo daban a los condenados a muerte. Esta costumbre se fundaba también en un texto bíblico, interpretado demasiado a la letra: "Dad licores fuertes al que va a perecer—se dice en el Libro de los Proverbios (318)—y vino al que tiene el corazón lleno de amargura; beba y olvídense de su miseria y no se acuerde más de su dolor." En Jerusalén, las damas de elevada alcurnia se habían reservado el privilegio de preparar esta bebida (319), a la que San Marcos, con su habitual precisión, da el nombre de "vino mezclado con mirra" (320). San Mateo, que también refiere que este brebaje fué ofrecido a Nuestro Señor, es causa de alguna dificultad, pues dice que era "vino mezclado con hiel" (321). Si sus palabras se hubiesen de tomar a la letra, aquella bebida no habría sido un alivio a los padecimientos del Salvador, sino un nuevo ultraje añadido a tantos otros. Pero, entre los griegos, la palabra con que suele designarse la hiel servía también para indicar en general las sustancias amargas, una de las cuales era la mirra (322). El relato del primer Evangelio no discrepa del de San Marcos.

Cuando presentaron a Jesús este brebaje, se contentó con humedecer con él los labios reseco; pero no quiso beberlo. Advínase el motivo. Quien se disponía a rescatar al mundo con

(315) *Bab. Sanhedr.*, 48, a.

(316) Plinio, *Hist. nat.*, XIV, 15.

(317) Dioscórid., I, 77.

(318) *Prov.*, XXXI, 6-7.

(319) Lightfoot, *Horae talmud. in Matth.*, XXVII, 34.

(320) *Marc.*, XV, 23: 'Ες ορνισμένον οἶνον. (Vulg., *myrrhatum vinum*).

(321) *Matth.*, XXVII, 34: οἶνον ἐνὶ χολῇς μεμιγμένον. (Vulg. *vinum cum felle mixtum*). Algunos manuscritos griegos traen también ὄξος "vinagre", en vez de οἶνον; pero erróneamente, sin duda, por influencia del Salmo LXVIII (hebr., LXIX), 22, donde leemos: "Y me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre."

(322) E. Preuschen, *Griechisch-deutsches Handwörterbuch zu den Schriften des N. T.*, pág. 1158.

sus padecimientos quería soportar el último suplicio sin alivio alguno, mirando frente a frente a la muerte y con pleno dominio de sí mismo; deseaba apurar el cáliz de amargura que le presentaba su divino Padre, como si a ello se hubiese obligado desde mucho tiempo antes.

"Le crucificaron": esto es cuanto nos dicen los cuatro evangelistas (323) respecto de este horrible suplicio, en que la crueldad humana había acumulado torturas y desplegado horrible habilidad para retardar la muerte. Puesto que antes describimos la cruz, vamos a referir ahora la crucifixión, tomando de la Arqueología los documentos que acá y allá se hallan esparcidos en los autores antiguos (324).

Primeramente, el condenado era despojado de todos sus vestidos. *Nudi crucifiguntur*: era la regla general (325), que se aplicó a Nuestro Señor como a los otros *cruciarii*. Pero todo induce a creer que, también en este punto, se conformaron con el uso judío, mencionado por el Talmud (326), de envolver con un lienzo la cintura de la víctima. Los sanedritas que asistían al suplicio y ejercían cierta inspección exigieron sin duda que no se faltase gravemente a las leyes de la decencia acostumbrada entre los judíos (327).

Procedióse luego a la crucifixión. Las cruces no solían ser muy altas; por lo general no excedían del doble de la estatura humana. El cuerpo del paciente quedaba bastante próximo a tierra, para que los animales salvajes pudiesen devorarlo (328). En medio del palo vertical se fijaba una clavija de madera, que sobresalía a modo de un "cuerno"—éste era el nombre que a veces se le daba (329)—. Sobre esta especie de caballete se izaba al condenado por medio de cuerdas o de correas (330).

(323) *Matth.*, XXVII, 35; *Marc.*, XV, 24; *Lue.*, XXIII, 33; *Joan.*, XIX, 18.

(324) Notemos de camino que los pintores, aun en obras maestras que representan la crucifixión de Nuestro Señor, han cometido frecuentes errores en el orden arqueológico.

(325) Artemidoro, *Oneirocrit.*, II, 58.

(326) *Bab. Sanhedr.*, VI, 5.

(327) El Evangelio de Nicodemo, cap. X, supone la existencia de este palo (Brunet, *Les Evangiles apocryphes*, segunda edic., pág. 243).

(328) Suetonio, *Nero*, 49. En otro lugar, *Galba*, 9, el mismo autor habla de una cruz muy alta, pero como de caso extraordinario.

(329) Los latinos la llamaban también *sedile*, silla.

(330) San Justino, *Dial. c. Tryph.*, 91. San Ireneo, *Adv. haer.*, II, 42, y Tertuliano, *Adv. Marc.*, III, 18, lo señalan expresamente. El texto de San

Este soporte servía de sostén al cuerpo del crucificado e impedía, que al desgarrarse las manos, el ajusticiado cayese a tierra (331). El otro sostén que suele colocarse debajo de los pies de Jesús en la cruz habría podido servir para el mismo oficio; pero los autores más antiguos no lo mencionan.

De dos modos se ejecutaba la crucifixión. Algunas veces se extendía primero la cruz en tierra; los verdugos ataban a ella al condenado, y después la levantaban y fijaban en el suelo (332). Pero lo más frecuente era comenzar plantando la cruz en tierra; luego se levantaba al paciente sobre el caballete antes descrito, y se le clavaban manos y pies con clavos enormes (333); primero, las manos, en el palo horizontal, y luego, los pies en el vertical.

✓ No han faltado quienes dijese que los pies del Salvador no fueron clavados, sino simplemente sujetos a la cruz con cuerdas; pero tal hipótesis tiene en contra así el testimonio unánime de la tradición (334), que ve en la crucifixión de Jesús el cumplimiento de aquel célebre vaticinio: "Han taladrado mis manos y mis pies" (335), como el de los mismos Evangelios, pues leemos en San Lucas (336): "Ved mis manos y mis pies; yo mismo soy; palpad y ved... Y, dicho esto, les mostró

Justino merece transcribirse, porque demuestra claramente que, según este Santo Doctor, que vivió en la primera mitad del siglo II (103-168) y era oriundo de Palestina, la cruz del Salvador fué verdaderamente cruz latina. "Es un madero derecho—dice—, cuya parte superior se eleva como un cuerno cuando se les adapta otro madero; de cada lado, otros dos cuernos, que forman las extremidades, parecen unidos al primero. En medio lleva como otro cuerno, para servir de asiento a los crucificados."

(331) Plinio, *Hist. nat.*, XXVIII, 4; Lucano, VI, 543 y 547. De ahí venía la expresión *cruci inequitare*, "cabalgar en la cruz".

(332) Séneca, *Epist.*, CI; Tertuliano, *Adv. nation.*, I, 12.

(333) "En Nuestra Señora de París se conserva un clavo de la Pasión, que tiene 90 milímetros de largo... En la basílica de Santa Cruz de Jerusalén, en Roma, se ve otro, que tiene 12 centímetros de largo y ocho milímetros y medio de grueso en su parte más ancha... La catedral de Treveris conserva un clavo de forma semejante, que se dice fué donado por Santa Elena al Obispo de dicha ciudad." F. Vigouroux, *Le Nouv. Test. et les découvertes archéologiques modernes*, segunda edic., págs. 182-183. Cf. F. X. Kraus, *Der heilige Nagel zu Trier*, págs. 105-173; L. Cl. Fillion, *Atlas archéolog. de la Bible*, lám. LXXI.

(334) Cf. W. Bauer, *Das Leben Jesu*, págs. 216-217. Citemos en particular, entre los Padres más antiguos, San Justino, *Dial. cum Tryph.*, 97, 98, 104, y *Apol.*, I, 35; Tertuliano, *Adv. Marc.*, III, 19, y IV, 42.

(335) Ps., XXI (hebr., XXII), 17.

(336) Luc., XXIV, 39-40.

las manos y los pies" (337). ¿Se clavaron ambos pies con un solo clavo o se empleó un clavo para cada pie? También ésta es una cuestión controvertida. Pero es mucho más probable que cada uno de los pies del Salvador estuvo fijado a la cruz con clavo distinto. San Cipriano, que más de una vez había presenciado crucifixiones, habla en plural de los clavos que traspasaban los pies (338). San Ambrosio (339), San Agustín (340), Rufino (341), Teodoreto (342) y otros más mencionan expresamente los cuatro clavos que se emplearon para crucificar a Nuestro Señor. Fuera de que no era cosa fácil sujetar los dos pies con un solo clavo.

✓ Asimismo se ha preguntado si Jesús fué crucificado con la corona de espinas en su cabeza, como se le representa de ordinario. Varios autores antiguos responden afirmativamente: por ejemplo, Orígenes (343), los Oráculos Sibilinos (344) y el Evangelio de Nicodemo (345). Natural era que "el rey de los judíos" fuese crucificado por los romanos con este emblema irónico de su realeza. Ciertamente que era una crueldad más; pero eso daba poco cuidado a aquellos verdugos.

✓ ¡Una crueldad más! ¿Quién podría decir todos los padecimientos que Jesús tuvo que soportar en la cruz, durante seis horas, si se toma a la letra la indicación cronológica de San Marcos (346), o al menos durante tres, según parece indicar San Juan? Ya dijimos que la cruz era un suplicio infamante, que en el Imperio romano se reservaba a los esclavos (347) y a los criminales insignes; pero, sobre degradante, era atrozmente doloroso. No exageró Cicerón cuando lo calificaba de *teterrimum*

(337) El texto siguiente de Plauto, *Mostell.*, II, 1, 13, demuestra también la antigua costumbre de clavar así los pies como las manos de los crucificados: *Ego dabo ei talentum, primus qui in crucem excurrerit; sed ea lege ut affigantur bis pedes bis brachia.*

(338) *Sermo de Passione.*

(339) *De obitu Theodos.*, 47 y 49.

(340) *Tractat. in Joan.*, XXXVI, 4.

(341) *Hist. eccl.*, II, 8.

(342) *Hist. eccl.*, I, 17.

(343) *Hom. in Matth.*, h. 1. Cf. Tertuliano, *Adv. Jud.*, XIII.

(344) I, 372-373.

(345) Cap. X (Brunet, *op. cit.*).

(346) Véase la pág. 298.

(347) Por este motivo se le llamaba *servile supplicium* (Cicerón, *Philipp.*, I, 2).

crudelissimumque supplicium (348). Con razón dijo Bossuet que “de todas las muertes, la de cruz era la más inhumana”; de suerte que Jesús pasó las últimas horas de su vida “en medio de dolores increíbles” (349). Los padecimientos físicos, ya tan violentos al hincar los clavos — “los clavos amargos y acerbados”, escribía San Melitón de Sardes (350)—en órganos por extremo sensibles y delicados, crecían aún más por el peso del cuerpo suspendido de los clavos, por la forzada inmovilidad del paciente, por la intensa fiebre que sobrevenía, por la ardiente sed producida por esta fiebre, por las convulsiones y espasmos, y también—circunstancia para tenida en cuenta en el Oriente—por las moscas que la sangre y las llagas atraían a centenares. Y, con todo, como ningún órgano vital estaba herido, aunque todos los miembros estaban como en tensión, quebrantados por aquella suspensión horrible, el crucificado podía permanecer un día, dos y aun más en el cruel árbol, antes que la muerte lo libertase de tal suplicio (351).

Y ¿cómo describir los padecimientos morales que soportó Nuestro Señor Jesucristo durante su horrorosa agonía? No parece, dice Bossuet (352), “que fué elevado sobre aquel infame madero sino para alcanzar a mirar de más alto a una muchedumbre de gente que sacia sus ojos con el espectáculo de aquella agonía”. Pronto asistiremos a los ultrajes de que le colmaron hasta en sus últimos momentos, y le oiremos a El mismo declarar su indecible angustia, al verse desamparado aun de su mismo Padre. La vista misma de su Madre amadísima y de abnegados amigos, a quienes sus dolores tenían sumidos en profunda tristeza, le era nuevo tormento. Todo El era, digámoslo así, un tormento en sus miembros, en su espíritu, en su corazón y en su alma. Allá, en aquella cruz, tan abominable, que los romanos habían exceptuado de ella a cualquiera que llevara el título de *civis romanus*, moría El gota a gota, si vale la expresión, atormentado sobremanera, pero consolado con el pen-

(348) *In Verr.*, V, 64.

(349) Sermón para la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, *Oeuvres*, edición Versailles, t. XIV, 331 y 341.

(350) *Fragm.*, XVI.

(351) Séneca, *Epist.*, CI; Petronio, *Sat.*, III, 6; Eusebio, *Hist. eccl.*, VIII, 8.

(352) *Op. cit.*, 331.

samiento de que cumplía la voluntad del Padre y que procuraba nuestra salvación.

Mientras se hundían los clavos en aquellas manos que tantas bendiciones y beneficios habían derramado, la inocente Víctima rompía por primera vez el silencio desde su llegada al Gólgota. Y no para quejarse, sino para implorar perdón para sus verdugos. “Padre—dijo—, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” “La Humanidad ha contado las palabras de Cristo moribundo. Son siete, que llevan un sello de elevación, de fuerza, de ternura y dulzura infinitas. Estas siete palabras terminan la vida pública de Jesús como la habían principiado las ocho bienaventuranzas, con la revelación de una grandeza que no es de la tierra. Sino que aquí hay algo más hermoso, más desgarrador, más punzante, más divino” (353). San Mateo y San Marcos no nos han transmitido más que una sola (354). San Lucas cita tres, y San Juan otras tres (355). Las tres primeras fueron pronunciadas al principio de la crucifixión; las otras cuatro, poco antes de la muerte del Salvador. Forman así dos series: una, tocante a las relaciones de Jesús con los hombres y con el mundo; otra, a sus relaciones con el Padre. A su modo manifiestan también en el *Christus patiens* una dignidad sobrehumana. En torno de El se encarnizan la violencia y el odio para atormentarle y ultrajarle; en El se manifiestan una paciencia divina, una majestad celestial y una confianza que no se turbará más que un instante.

“¡Padre, perdónalos!” Este generoso perdón que implora y la no menos generosa excusa que aduce (356), no se referían solamente a los soldados romanos, que hacían oficio de verdugos y que eran instrumentos inconscientes, sino a todos los enemigos de Jesús, y más particularmente a los judíos, que eran la causa directa de su muerte. Ciertamente que su ignorancia

(353) Mgr. Bougaud, *Jésus-Christ*, segunda edic., pág. 548.

(354) Matth., XXVII, 46; Marc., XV, 34.

(355) Luc., XXIII, 33, 44, 45; Joan., XIX, 26-28, 33.

(356) Esta primera palabra de Cristo en la cruz se omite en algunos manuscritos griegos, en el siríaco sinaitico, en la versión copta y en algunos manuscritos de la Itala; pero la traen otros muchos documentos antiguos. Taciano la incluyó ya en su *Diatessaron*; San Ireneo la cita asimismo. Su autenticidad es admitida por varios neocríticos, y no de los más fáciles de convencer en casos parecidos (Pfleiderer, O. Holtzmann, W. Bauer, etc.).

era gravemente culpable, pues les hubiera sido fácil reconocer la divina misión de Jesús, si no se dejaran cegar del odio; pero, con todo eso, Jesús atenuaba aún la culpabilidad de sus enemigos. En forma idéntica se expresarán después San Pedro y San Pablo (357). En medio de sus horribles dolores, el Salvador como que se olvidaba de sí mismo, para no pensar más que en los pecadores de todos los tiempos, cuyos pecados expiaba.

Cuando los soldados acabaron su siniestra tarea, dividieron los vestidos de su víctima (358), que la ley les adjudicaba (359). Como eran cuatro, hicieron cuatro partes, que bien pudieron ser: el manto, el turbante, el cinturón y las sandalias; mas, siendo desiguales estas partes, resolvieron repartirlas por suerte. San Juan nos ha conservado algunas noticias respecto a la túnica, que era la parte principal del vestido. Era inconsútil, sin costura alguna, y de un solo tejido toda ella. Habíanla tejido las manos maternas de María, si ya no era regalo de alguna de las santas mujeres. Ninguno de los soldados quería renunciar a sus derechos sobre ella, y como dividirla era destruirla, vinieron a este acuerdo: "No la partamos, mas echemos suerte sobre ella, para saber cuya será." Y así lo hicieron al punto, con lo cual, como nos advierte San Juan, se cumplió a la letra otro pasaje del Salmo XXI (360), todo el cual se refiere al Mesías, cuya pasión y crucifixión describe circunstanciadamente y en términos conmovedores. El evangelista cita el texto literalmente según la traducción de los Setenta: "Repartieron mis vestidos entre sí, y echaron a suerte mi túnica." Hecho el reparto, los verdugos se sentaron al pie de la cruz, pues era costumbre montar la guardia cerca de los crucificados, según testifican los autores clásicos (361), para impedir que los parientes y amigos de los ajusticiados los deslavasen de la cruz

(357) Act., III, 17; XIII, 27; Cf. I Tim., I, 13.

(358) Matth., XXVII, 35; Marc., XV, 24; Luc., XXIII, 24b; Joan., XIX, 23-24. El relato de San Juan es aquí el más completo.

(359) Keim, *Gesch. Jesu*, t. III, pág. 421.

(360) El Ps. XXII del texto hebreo, versículo 19. Según la Vulgata y diversos manuscritos griegos, también. San Mateo cita este mismo oráculo (Matth., XXVII, 35b); pero los mejores documentos antiguos omiten esta cita.

(361) Petronio, *Sat.*, III, 6; Plutarco, *Vita Cleom.*, 38.

y tal vez los librasen aún de la muerte (362). Como va dicho, la crucifixión no producía inmediatamente la muerte, ya que la hemorragia era pronto contenida por la hinchazón de los miembros traspasados por los clavos; de suerte que podía prolongarse largas horas la vida en la cruz.

Otro incidente muy característico refieren aún los evangelistas (363). En la parte superior de la cruz se colocaba comúnmente una tabla en que se escribía, con color negro o rojo, la causa de la condenación de los crucificados (364). Pilato mismo, a título de juez supremo, dictó la inscripción que se había de poner en la cruz de Jesús. Estaba escrita en tres lenguas: en latín, lengua oficial del Gobierno romano, y en griego y en hebreo — o más exactamente, en arameo —, que eran los idiomas hablados por la mayor parte de los habitantes de Palestina. Es algo distinta en cada una de las cuatro narraciones, y quizá lo era también en cada una de las tres lenguas. San Juan es quien la transcribe en forma más completa: "Jesús Nazareno, rey de los judíos" (365). Indica el nombre del crucificado, su patria y el motivo de la crucifixión. Las palabras "rey de los judíos" se leen en todas las redacciones. En realidad eran las principales: quiso la Providencia que la realeza mesiánica de Jesús fuese así proclamada, como un título glorioso, hasta en el instrumento de su suplicio, y esto en las lenguas de los tres pueblos más célebres y civilizados de aquel tiempo.

Como el Gólgota estaba situado muy cerca de la ciudad y junto a un camino muy frecuentado, muchos judíos pudieron leer esta inscripción, no sin extrañeza de que pública y oficialmente se diese a un crucificado el título de rey de su nación. Los sanedritas que, mayormente después de los incidentes del

(362) Cuenta Josefo, *Vita*, 75, que así se libró un amigo suyo y volvió a la vida. Otros murieron a consecuencia de la crucifixión.

(363) Matth., XXVII, 36-37; Marc., XV, 26; Luc., XXIII, 28; Joan., XIX, 19-22.

(364) Suetonio, *Domit.*, 10; Eusebio, *Hist. eccl.*, V, 2. El nombre técnico de este rótulo era *titulus* (de ahí la voz griega *τίτλος*, empleada por San Juan). A veces lo suspendían del cuello del condenado, cuando era conducido al lugar del suplicio (Suetonio, *Calig.*, 32). Véase L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, lám. LXXI, fig. 11.

(365) Según San Mateo: "Este es Jesús, el rey de los judíos"; según San Marcos: "El rey de los judíos"; según San Lucas: "Este es el rey de los judíos."

pretorio, sintieron más que otro alguno la humillación que les inferían aquellas palabras, diéronse prisa de enviar a Pilato mensajeros que le pidiesen que mudase el texto de modo que todos pudiesen aceptarlo. “No escribas rey de los judíos—le dijeron—, sino que él dijo: Yo soy rey de los judíos.” Esta nueva redacción daba al rótulo sentido enteramente distinto; pero ahora el gobernador se mantuvo firme en su resolución; y, pues nada tenía ya que temer, respondió, desdeñosamente: “Lo que he escrito, escrito está.” Aquellos judíos soberbios habían puesto ahinco en que Jesús fuese condenado como pretendiente del trono, y Pilato quiere que se sepa que a título de tal lo ha hecho crucificar. Había conseguido su fin, que era el humillar a los sanedritas y vengarse de ellos.

Con Jesús habían sido crucificados los dos “ladrones”, según es uso llamarlos conforme a la traducción latina, si bien, según el texto griego, antes eran verdaderos bandidos (366), salteadores sediciosos, como Barrabás. Toda Palestina estaba por entonces infestada de gentes de esta condición (367). Levantáronse sus cruces, una a la derecha y otra a la izquierda de la de Jesús, como para honrar al “rey de los judíos”, aunque en realidad para mayor mofa. Así lo permitió Dios, añade San Marcos, para que se cumpliese una circunstancia notable del vaticinio de Isaías, relativo a la pasión del Salvador: “Y fué contado entre los malvados” (368).

Ya dos veces, primero en casa de Caifás y luego en el pretorio, después de pronunciada contra Nuestro Señor la sentencia de muerte, hemos visto a criados y soldados hacer irrisión del divino sentenciado. Los ultrajes le acompañarán en la cruz misma, y las gentes más diversas, de todas las clases sociales —la turba de curiosos y transeuntes, el mismo sanedrín, los soldados y los ladrones—, participarán sucesivamente en aquel juego cruel, en aquel desbordamiento de la pasión fanáti-

(366) Ἀγασταί. El *latrones* de la Vulgata antes corresponde al griego κλέπται, “ladrón”. San Lucas emplea el sustantivo κακοῦργοι “malhechores”. Cf. Matth., XXVII, 38; Marc., XV, 27-28; Luc., XXIII, 33b; Joan., XIX, 18.

(367) Josefo, *Ant.*, XVI, x, 8; XX, VIII, 10; *Bell. jud.*, II, XII-XIII.

(368) Is., LIII, 12. Con todo, no consta ciertamente que San Mateo haya citado este texto, que falta en manuscritos griegos de mucha importancia. Pero sí se lo aplicó Jesús, según San Lucas, XXII, 37. Cf. Act., VIII, 32-33.

ca (369). Comenzó, como en casos tales suele suceder, la turba impiadosa, que lo hizo blanco de groseras y vulgares injurias. San Lucas, con estilo dramático, nos la representa “de pie y mirando” el espectáculo con cruel alegría. Los transeuntes, y eran muchos, pues la crucifixión se ejecutó, según costumbre (370), en lugar muy frecuentado, uniendo el ademán con las palabras, movían la cabeza en señal de desprecio, y decían: “¡Ah, tú, que derribas el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres el Hijo de Dios, descende de la cruz.” Si Jesús era poderoso a destruir el gigantesco edificio del templo de Jerusalén y volverlo a levantar en tres días; si, como él afirmaba, era Hijo de Dios, el Mesías, fácil cosa había de serle descender de la cruz, sin que le fueran estorbo los clavos que le sujetaban a ella. Ignoraban que precisamente porque era Mesías e Hijo de Dios quería permanecer en la cruz.

Los evangelistas nos han conservado también los sarcasmos de algunos miembros del Sanedrín, que hasta el último momento querían gozarse en los padecimientos y humillaciones de su víctima. Las mofas de la turba iban directamente contra Jesús; los sanedritas, como más resabidos, hablan entre sí de El en tercera persona; pero por eso mismo sus insultos eran más mordaces: “A otros salvó, y a sí mismo no se puede salvar; si es el rey de Israel descienda ahora de la cruz y le creeremos. Confía en Dios; libréle ahora, si le ama, pues dijo: Yo soy el Hijo de Dios.” Ni el sarcasmo podía ser más punzante ni la ironía más sacrílega; pero, al menos, aun mofándose, aquellos hombres sin corazón daban testimonio de la realidad de los milagros de aquel a quien insultaban. ¿Habrían creído por ventura en El, si le hubieran visto descender de la cruz? San Jerónimo juzgaba que bien podía responder negativamente. ¿No habían permanecido insensibles ante la predicación del Salvador, ante sus prodigios, ante su santidad inmaculada, aquellos hombres endurecidos en la incredulidad? La misma resurrección de Jesús no hizo mella en su ánimo. Quizá habrían atri-

(369) Matth., XXVII, 39-44; Marc., XV, 29-32; Luc., XXIII, 35-39.

(370) Tácito, *Annal.*, I, 32; Luciano, *De morte Peregr.*, 34; Séneca, *De ira*, I, 16; Josefo, *Ant.*, IV, VIII, 24; XX, VI, 3.

(371) En griego: ἰοὺά (Vulg., *vah*), interjección que en este caso expresa admiración irónica. Cf. Epicteto, III, 23-24.

buído también a Beelzebub o a magia el milagro que con insolencia le pedían y habría tomado más cuerpo su odio. Con todo eso, es grato leer en el libro de los Hechos (372) que después de la Ascensión del Salvador “gran número de sacerdotes (judíos) obedecía a la fe” es decir, se hicieron cristianos.

Siguiendo el ejemplo de los sanedritas, los pretorianos, que estaban de guardia cabe la cruz, injuriaban también al Salvador, diciendo: “Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.” Luego, llegándose al divino crucificado le presentaban en un vaso una mezcla de agua y vinagre, llamada en latín *posca* (373), que era bebida ordinaria de los soldados romanos.

También los ladrones que habían sido crucificados a ambos lados del Salvador juntaron sus voces a aquel lamentable coro de injurias (374). “Si tú eres el Cristo — repetían siguiendo al pueblo y a los príncipes de los sacerdotes, pues ambos eran judíos —; si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo, y a nosotros contigo.” Pero he aquí que Jesús va a hallar un defensor inesperado en la persona misma de uno de aquellos ladrones, en aquel a quien el lenguaje popular ha dado el nombre de “buen ladrón”. En medio de aquella multitud fanática, alborotada contra el Cristo, sólo él osa levantar la voz para hacer de El una conmovedora apología. Encarándose primeramente con el otro ladrón, le dijo: “¿Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio? Y nosotros, en verdad, justamente padecemos, pues cobramos el merecido pago de lo que hicimos; pero éste ningún mal ha hecho” (375). Cual si dijera: De aquí a unas horas

(372) Act., VI, 7.

(373) Plauto, *Miles glor.*, III, II, 25; *Trucul.*, II, VII, 48. También ésta era, entre los antiguos judíos, la bebida de los obreros que trabajaban en los campos (Ruth, II, 14).

(374) Lo dicen expresamente San Mateo y San Marcos. San Lucas parece indicar que sólo uno de los ladrones intervino en los insultos. Orígenes, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, etc., en sus comentarios a este pasaje, armonizan las narraciones diciendo que al principio los dos ladrones injuriaron a Nuestro Señor, pero que pronto uno de ellos volvió a mejores sentimientos. Tal opinión nos parece plausible. Se puede también decir, con San Agustín, *De consensu evangel.*, III, 16, y con otros intérpretes que San Mateo y San Marcos generalizan porque querían referir más que una parte de la escena. La conmovedora escena del buen ladrón la refiere San Lucas. Cf. Matth., XXVII, 44; Marc., XV, 32b; Luc., XXIII, 39-43.

(375) Según el griego, οὐδὲν ἄτοπον. A la letra, nada de inconveniente y, con más razón, nada que merezca la muerte.

amos a comparecer delante de Dios, y tenemos que responder de nuestros crímenes. ¿No temes, pues, ofenderle una vez más en este momento supremo, pues insultas a este inocente? Semejante elogio, salido de tales labios, tiene más valor aún. Poco tiempo fué menester a la perspicacia de aquel criminal para reconer la santidad de su compañero de infortunio, cuya resignación y noble serenidad le había puesto en admiración. Volviéndose, pues, hacia el Salvador, le dirigió esta súplica con expresión de fe vivísima: “Señor (376), cuando vinieres como rey (377), acuérdate de mí.” Hablar así era proclamar en términos explícitos su creencia en la mesianidad de Jesús. En efecto, el reino a que aludía era el mismo cuyo establecimiento, así los judíos como el Evangelio, atribuían al Mesías. El acto de fe del “buen ladrón” era verdaderamente admirable, mayormente en las circunstancias en que a la sazón se hallaba Nuestro Señor. Pero, según observa San Agustín (378), la cruz había sido para él escuela perfecta. ¡Y cuán grande era el Maestro que le había instruído!

Jesús, que había callado noblemente al oír las blasfemias que de todas partes se le dirigían, se dignó dar amorosísima respuesta a la súplica del ladrón penitente: “En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.” Concedía mucho más de lo que se le había pedido, pues no sólo prometía al buen ladrón darle un lugar en su futuro reino cuando llegase la hora de su segundo advenimiento, sino también introducirle aquel mismo día en el “Paraíso”, es decir, en el lugar de descanso donde las almas de los justos estaban esperando que el Mesías fuese a buscarlas para conducir las al cielo (379). Tal fué la segunda palabra de Cristo moribundo. ¡Qué serenidad y qué confianza! ¡Dichoso aquel en cuyo favor se pronunció, pues al-

(376) En importantes manuscritos y en varias versiones antiguas se lee *após* en vez de *Kóris*.

(377) Tal es el verdadero sentido del texto griego, donde se lee: ἐν τῇ βασιλείᾳ σου (in regno tuo, y no in regnum tuum, como traduce la Vulgata). No se trata, pues, directamente del cielo, sino del retorno de Jesús a la tierra para fundar su reino. Cf. Matth., XXV, 31.

(378) Sermo, CCXXXIV, 2.

(379) La palabra “paraíso” es de origen persa. Su primitiva significación era: jardín en forma de parque. En este sentido la usaron los Setenta en su traducción del Gen., II, 8, 15, y III, 23, para denotar el paraíso, el *gan Edên* de la Biblia hebrea. De ahí, los judíos vinieron a dar poco a poco este nombre al lugar donde moraban las almas de los justos esperando la felicidad del cielo.

canzó en breves instantes de arrepentimiento la salvación eterna! (380).

La tercera palabra, que puede dividirse en dos, forma parte de una escena por extremo tierna, descrita con tanta delicada sencillez por el discípulo amado (381). Junto a la cruz se hallaba, con el corazón traspasado, pero con ánimo varonil, aquella santa Madre, a quien ni temores ni obstáculos habían podido separar de su Hijo en aquel trance supremo. Con ella estaban su hermana María, mujer de Cleofás y madre de los apóstoles Santiago el Menor y Judas, María Magdalena y San Juan (382). La piadosa penitente de Magdala no podía faltar en aquella escena de generosa y noble compasión. Los sinópticos mencionan también, como formando parte del mismo grupo, a Salomé y a varias otras santas mujeres (383).

La Madre de Cristo padecía entonces todas las angustias que le había predicho el anciano Simeón treinta y tres años antes (384); pero, olvidando sus propios dolores, no pensaba más que en los de su Hijo. A su vez, Jesús participaba de los dolores íntimos que traspasaban el alma de María, como aguda espada. ¡Qué trance tan doloroso para El cuando la vió a par de la cruz, y qué tristeza tan honda en aquella amorosa mirada que entre ellos se cruzó! Pero Jesús sabrá sacar de su mismo dolor consuelo para su Madre. Al lado de ella vió también a San Juan, su apóstol predilecto, fiel en el puesto de honor a que le había llevado la santa ternura de su Maestro y la que él mismo le profesaba. Queriendo entonces Jesús dar a María el último consuelo antes de morir, y templar la amargura de lo

(380) El *bonus latro* tuvo el honor de ser inscrito en el catálogo de los Santos (en el Martirologio romano, el día 25 de marzo). Sobre las noticias legendarias acerca de los nombres y antecedentes de los dos ladrones, cf. Brunet, *Les Evangiles apocryphes*, segunda edic., págs. 77, 78, 102, 243; Hofmann, *Leben Jesu nach den Apokryphen*, págs. 176-179; Tischendorf, *Evangelia apocrypha*, págs. 339, 341. Varían mucho los nombres; los más frecuentes son los de Dimas, para el buen ladrón, que debió de ser crucificado a la derecha del Salvador, y de Gestas para el mal ladrón, crucificado a la izquierda.

(381) Joan., XIX, 25-27.

(382) Muchos exégetas suponen que la hermana de la Santísima Virgen y la mujer de Cleofás fueron dos personas distintas. Creemos más conforme con el texto evangélico y con la tradición el identificarlos.

(383) Matth., XXVII, 56; Marc., XV, 40.

(384) Luc., II, 34-35.

restante de su vida, la dijo: “¡Mujer (385), he ahí a tu hijo!” Y a la vez indicaba a su discípulo con una mirada. Luego dijo éste: “¡He ahí a tu Madre!” Trueque inefablemente doloroso para María, pues ¿quién podía ocupar a su lado el lugar de su divino Hijo? Pero ¡qué honor para Juan, a quien Jesús daba, antes de expirar, muestra tan grande de afecto, confiándole aquel incomparable tesoro! (386). Cuando menos no quedaría María desamparada después de la muerte de su Hijo. Así lo advierte el evangelista al decir, por anticipación, que luego que Jesús hubo dado el último suspiro, Juan condujo a María “consigo” (387), es decir, probablemente a la casa que poseía u ocupaba en Jerusalén. La tradición nos muestra al discípulo amado viviendo al lado de la Virgen, consolándola con atenciones filiales todo el tiempo que ella vivió (388).

De este tierno cuadro de solicitud filial pasemos a las conmovedoras descripciones que los escritores sagrados hacen de los últimos instantes de Cristo Redentor. Primeramente mencionan un fenómeno extraordinario que aconteció hacia la hora sexta, es decir, hacia medio día, poco después que Jesús fué puesto en la cruz. Desde este momento, dicen (389), hasta la hora de nona (tres de la tarde), y por consiguiente hasta el punto en que el Salvador exhaló el último suspiro, se oscureció el sol, y unas tinieblas, milagrosas ciertamente, envolvieron no sólo la ciudad deicida, sino “toda la tierra”; expresión a las claras hiperbólica, que, como en otros pasajes de la Biblia,

(385) Acerca del empleo de esta expresión véase el tomo II, pág. 181.

(386) Expone elocuentemente estos pensamientos Bossuet en su panegírico de San Juan, segunda parte (*Œuvres*, edición de Versailles, t. XVI, páginas 564-572). Los maestros de la vida espiritual se complacen en ver representados en el apóstol San Juan a todos los cristianos, a quienes Jesús dió en el Calvario por madre espiritual a María.

(387) *Εἰς τὴν οἶκον* (Vulg., *in sua*).

(388) En la tradición hay alguna discordancia respecto de varios puntos importantes de la vida de la Santísima Virgen después de la Pasión de su Hijo. Según San Epifanio, *Haer.*, LXXVIII, 11 (cf. *Nicéno Concilio de Efeso asegura que murió, a los setenta y dos años de edad, en esta ciudad, adonde había acompañado a San Juan. Cf. Labbé, Histoire des Conciles*, t. III, pág. 573.

(389) Matth., XXVII, 45; Marc., XV, 33; Luc., XXIII, 44-45.

denota “todo el país”, es decir toda Judea (390), y aun la Palestina entera, y acaso también alguna parte de los países circunvecinos. Tales tinieblas no provenían de un eclipse, como ya lo notaron algunos escritores del siglo II (391), pues siendo aquel día el 15 de Nisán, la luna se hallaba en su plenilunio. Era un hecho providencial, un verdadero prodigio, como si la misma naturaleza se vistiese de duelo en el instante en que el Hijo de Dios iba a morir en una cruz. Si los hombres se le mostraban despiadados, el mundo inanimado le rendía tributo y protestaba a su manera contra aquel crimen, el mayor de los cometidos en la tierra (392).

Poco antes de las tres pronunció Jesús con voz fuerte estas palabras, que San Mateo y San Marcos (393) nos han conservado en idioma arameo: *Eli, Eli*—o, según la pronunciación galilea, reproducida por San Marcos: *Eloi, Eloi—, lamma sabachtani?* Que quiere decir: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Grito de angustia, de indecible aflicción, que Jesús tomó del Salmo XXI, el cual, como dicho quedó, contiene, según Tertuliano (394) y muchos Padres de la Iglesia, “toda la pasión del Mesías”. Pero, ¿cómo explicar que hubiese en el alma de Cristo tal abismo de dolor, y que en el punto mismo en que se sacrificaba heroicamente por cumplir hasta el último ápice la voluntad de su Padre pudiese decir que el Padre lo desamparaba? Hay en esto un profundo misterio; nuestra inteligencia no acierta a hermanar esta angustia horrible con la bienaventuranza que sabemos reinaba en el alma de Jesús. Mas si no podemos penetrar en las profundidades de este misterio, bien podemos entender, por el desamparo que Jesús padece, mejor aún que por las angustias de Gethsemaní, hasta qué punto había tomado las flaquezas de la naturaleza humana. Pero no, Dios no le desamparaba; si Jesús habla de desamparo es para expresar mejor sus padecimientos físicos y morales

(390) Tal era ya la opinión de Orígenes, *Comment. in Matth.*, h. 1. Una restricción parecida hace el Evangelio apócrifo de Pedro.

(391) Orígenes también. Véase asimismo Víctor de Capua, *De cycl. Pasch.*, en el *Spicilegium Solemense*, t. I, pág. 297, y el Evangelio de Nicodemo, XI.

(392) Arnobio, *Adv. nat.*, I, 53; Pseudo-Clemente, *Recognit.*, I, 41; San Jerónimo, *Comment.*, in h. 1. Cf. W. Bauer, *Das Leben Jesu...*, págs. 327-329.

(393) *Matth.*, XXVII, 46; *Marc.*, XV, 34.

(394) *Adv. Marc.*, III, 19.

y el peso abrumador de los pecados de todo el género humano, cuyo fiador había salido. Su queja es desgarradora; pero no es la queja de un desesperado, como alguien ha osado repetir, siguiendo al pagano Celso y a Juliano el Apóstata. Bien al contrario, es una queja resignada, porque es un llamamiento al Padre, llamamiento de hijo sumiso que, aun lamentándose—¡tan grande era su desolación!—, acepta la voluntad paterna, contentándose con preguntar el “porqué” de tantos sufrimientos. Mas este sentimiento de angustia, encerrado en la cuarta palabra de Cristo moribundo, fué de corta duración, pues Jesús luego recobró su calma y serenidad habituales, después de haber repetido desde el fondo de su alma un *Fiat* perfectísimo.

Esta palabra del Salvador dió lugar a un incidente, que al principio quizá fué sólo efecto de un yerro, pero en el que luego se entrometió la malignidad (395). Algunos de los asistentes—judíos, sin duda, porque los soldados de guardia ni debían de entender el arameo ni conocer al profeta Elías—se dijeron unos a otros: “¡Mirad, llama a Elías!” Habiendo entendido mal, se imaginaban que Jesús llamaba en su ayuda al célebre profeta, al cual los israelitas atribuyeron siempre poder extraordinario, especialmente para socorrerles en tiempo de tribulaciones. Además, como ya hemos visto, era opinión común que Elías había de desempeñar papel importante en los días del Mesías (396). Casi al mismo tiempo pronunció Jesús su quinta palabra, que, en su laconismo, describe uno de los tormentos más atroces de los crucificados: “Tengo sed.” San Juan, el único evangelista que la cita (397), la introduce con una fórmula solemne: “Jesús, sabiendo que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: “Tengo sed.” Esta palabra era, pues, algo más que una simple queja, nacida de una fiebre ardiente. Al pronunciarla, el Salvador quería cumplir los antiguos oráculos que habían especificado la sed como parte integrante de los padecimientos del Mesías: “Mi lengua se pegó a mi paladar (398); y en mi sed me dieron a beber vinagre” (399). Uno de los presentes, mo-

(395) *Matth.*, XXVII, 47-48; *Marc.*, XV, 35-36.

(396) *Matth.*, XVII, 10-11; *Marc.*, IX, 10-11; *Luc.*, I, 17.

(397) *Joan.*, XIX, 28-29.

(398) *Ps.* XXI (hebr., XXII), 16.

(399) *Ps.* LXVIII (hebr., LXIX), 22.

vido a compasión, acudió entonces, y tomando una esponja que allí había, y que quizá había servido para las abluciones de los soldados después de la crucifixión, la mojó en la mezcla acidulada de que ya hablamos, la fijó en una rama de hisopo (400) y humedeció con ella los resacos labios de Cristo. Pero los otros trataron de impedirlo, diciendo con cruel ironía: "¡Deja! Veamos si Elías viene a librarlo."

Cuando Jesús hubo gustado el brebaje, exclamó: "Todo es consumado", es decir: "Todo se ha cumplido" (401). Esta fué su sexta palabra en la cruz. Palabra de perfecta obediencia, pues resume, en su brevedad, toda la obra de Nuestro Señor Jesucristo, predicha en los vaticinios y figuras del Antiguo Testamento, y realizada por El punto por punto, desde que entró en el mundo por la Encarnación, hasta el postrer momento de su vida terrestre. Y a la vez, palabra de santa alegría y de glorioso triunfo, pues tantas victorias proclamaba. Ahora ya puede el Cristo morir en paz e ir a descansar en el seno del Padre.

Muy poco después pronunció Jesús su séptima y última palabra (402), que consistió en una nueva cita tomada de los Salmos (403): "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." En ella resplandecen una confianza y ternura filiales. Luego después de haberla pronunciado, dió el Salvador una gran voz, como para indicar que aún no le faltaban fuerzas; inclinó luego la cabeza y, en la plenitud de su libertad, como cuadraba al Mesías, al Hijo de Dios, exhaló su último suspiro (404). Eran las tres de la tarde, hora en que se ofrecía en el templo el sacrificio vespertino. Todos los evangelistas señalan, con locuciones elegidas de propósito, la libertad y espontaneidad de la muerte de Cristo. Ninguno de ellos emplea el término ordinario: murió, sino que todos recurren a locuciones especiales, para

(400) San Mateo y San Marcos hablan vagamente de una caña; San Juan concreta más. El hisopo pertenece a las familias de las labiadas, al género *Origanum*. Cf. L. Cl. Fillion, *Atlas d'histoire naturelle de la Bible*, lámina XXI, fig. 7. Su tallo no suele pasar de medio metro de altura; pero era bastante, pues la cruz era poco elevada.

(401) Joan., XIX, 30^a. En griego: τετέλεσται (Vulg., *consummatum est*).

(402) Luc., XXIII, 46^a.

(403) Ps. XXX (hebr., XXXI), 6.

(404) Matth., XXVII, 50; Marc., XV, 27; Luc., XXIII, 46^b; Joan., XIX, 30^b.

indicar que "dió su espíritu", que "envió el espíritu", que "entregó o rindió el espíritu" a su Padre con un acto soberano de su voluntad de Hombre-Dios. El mismo había dicho: "Ninguno me quita la vida, mas yo la entrego de mí mismo. Tengo poder de entregarla y tengo poder de volverla a tomar" (405). Tales fueron las circunstancias en que exhaló suavemente su alma, en vez de morir por agotamiento, como los demás crucificados.

Acabamos de mencionar el sacrificio de la tarde, que consistía en la inmolación de un cordero sin mancha. Pero, ¿qué era aquel sacrificio, a pesar de su solemnidad (406), en parangón con el de nuestro verdadero Cordero pascual (407), inmolado en el altar de la cruz? Tenía éste un valor infinito, como el de la víctima que en él se ofrecía; tanto más infinito cuanto el Pontífice que la ofrecía era el mismo Hombre-Dios (408), sacerdote según el orden de Melquisedec, sacerdote y víctima a la par, según aquella hermosa expresión: *Sacerdos suae victimae, Victima sui sacerdotii*. Y así, este sacrificio sólo se ofreció una vez y reemplazó a todos los otros, que, a su llegada, desaparecieron como se desvanece la sombra ante la luz y la figura ante la realidad (409). No es posible, pues, concebir sacrificio más perfecto ni que mejor reúna todo cuanto puede agradar a Dios, y traer del cielo a la tierra todas las bendiciones que ésta necesita.

El fin y significación de esta inmolación del Salvador en la cruz no ofrecían duda, pues el mismo Jesús los había indicado a las claras en varias circunstancias solemnes. Su muerte en la cruz era una obra de redención y de reconciliación. Si muere y se sacrifica en este infamante árbol, es para expiar los pecados de los hombres y apartar de ellos el castigo eterno que habían merecido ofendiendo al Dios de perfecta santidad y de bondad suma, y a la par, de absoluta justicia. Sustituyó, pues, a la humanidad culpable, para padecer en lugar de ella, como víctima inocente, perfecta y de valor infinito, pues era

(405) Joan., X, 18.

(406) Véase el tomo I, págs. 236-238.

(407) I Cor., V, 7.

(408) Eph., V, 2.

(409) Desenvuelve magníficamente estas ideas la epístola a los Hebreos, especialmente en los capítulos IX y X.

Dios, los golpes de la justicia divina. De ahí el nombre de *satisfactio vicaria* que dan los teólogos a su admirable intervención. “El Hijo del hombre vino... para dar su vida como rescate de muchos” (410). “Esta es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de sus pecados” (411). Estas palabras del Salvador son de suyo suficientes para demostrar esta magnífica doctrina profundamente consoladora, que era ya la de Isaías cuando profetizaba la pasión del Mesías; que lo fué después de los apóstoles y doctores de la Iglesia, y que sigue siendo uno de los dogmas más hermosos y más sublimes de la fe católica (412).

Así, la cruz, de instrumento cruel e ignominioso, vino a ser una gloria, no sólo del mismo Jesús, sino también del cristianismo, cuyo símbolo característico es desde que, según el magnífico lenguaje de San Pablo (413), el Salvador destruyó, clavándola en la cruz, el acta de condenación que Dios había promulgado contra nosotros (414).

V.—DESPUÉS DE LA MUERTE DE JESÚS.

Los cuatro evangelistas nos dan, acerca de este particular, casi tantas noticias como acerca de la pasión del Salvador. Narran primeramente algunos testimonios que inmediatamente después de la muerte del divino crucificado dieron la naturaleza y los hombres, y exponen luego con cuánta diligencia atendieron a su sepultura algunos de sus discípulos.

De parte de la naturaleza, los testimonios consistieron en ciertos fenómenos que los escritores sagrados consideran, sin género de duda, como milagrosos. El primero lo refieren los tres sinópticos (415): “Y he aquí que se rasgó el velo del Templo en dos partes de alto a bajo.” Sabemos por el Talmud (416) que la entrada del *naos* o santuario propiamente dicho estaba cerrada por dos velos o tapices. El primero estaba colocado

(410) Matth., XX, 28; Marc., X, 45.

(411) Matth., XXVI, 28; Marc., XIV, 24.

(412) Concilio de Trento, sess. V, cap. 7.

(413) Col., II, 14.

(414) Véase el apéndice IX.

(415) Matth., XXVII, 51^a; Marc., XV, 38; Luc., XXIII, 45^b.

(416) Yoma, V, 1; Schekalim, VIII, 5.

delante del Santo, para separarlo del vestíbulo; el segundo, entre el Santo y el Santo de los santos (417). Ambos eran muy gruesos, tejidos en parte con hilos de púrpura y oro, y estaban casi por entero cubiertos de querubines bordados. Era menester, en verdad, un señalado prodigio para que se desgarrasen en dos partes, de alto a bajo, tales tapices. Los evangelistas no nos dicen sobre cuál de los dos velos recayó el milagro; pero todo induce a creer que fué sobre el que estaba más próximo a la entrada del Santo de los santos, pues era el velo por excelencia, y para indicarlo, San Mateo y San Marcos emplean su nombre griego más usual (418). Esta ruptura repentina era un altísimo símbolo con que Dios daba a entender que en adelante, por obra de la muerte redentora del Mesías, todos los hombres podrían llegarse a El libremente, bien al revés de como sucedía en la ley antigua, en la que sólo al sumo sacerdote, y por una vez sola al año, con ocasión de la fiesta de la Expiación, se concedía derecho de entrar por unos momentos en la parte más íntima del santuario (419). En la Nueva Alianza queda suprimido todo obstáculo; cada uno de nosotros puede acudir siempre a Dios, con seguridad de ser acogidos bondadosamente.

El desgarramiento de aquel velo fué una grave advertencia para los judíos. Hecho notable: tres documentos distintos, independientes entre sí, además de los Evangelios, cuentan que por aquellos días fué el templo teatro de una catástrofe que puso espanto en toda la nación judía. En el evangelio apócrifo llamado de los hebreos se leía esta noticia, que nos ha sido conservada por San Jerónimo (420): “El dintel de piedra, del que pendía el velo del templo, con ser enorme y por extremo sólido, se partió en varios pedazos.” A su vez, Josefo refiere (421) que una noche la puerta oriental del templo se abrió por sí sola; lo cual fué considerado como prodigio amenazador. El Talmud (422) refiere el mismo hecho, cuya fecha fija

(417) Ex., XXVI, 31-37; Lev., XVI, 23; Hebr., IX, 3; Filón, *Vita Moys.*, III, 6; Edersheim, *The Temple and its services*, págs. 35-36, y *Life and Times of Jesus*, t. II, pág. 609.

(418) Καταπέτασμα y no ἄλυσμα.

(419) Lev., XVI, 1-34; Hebr., X, 19-22.

(420) *Comment. in Matth.*, XXVII, 51; *Epist.*, CXLIX, ad Hedib., 8.

(421) *Bell. jud.*, VI, v, 2-4. Cf. San Jerónimo, *Epist.*, CXX, 7.

(422) *Bab. Ioma*, 39. Véase también Tácito, *Hist.*, V, 13.

en unos cuarenta años antes de la destrucción del templo, de modo que, sobre poco más o menos, coincidiría con la época de la muerte del Salvador. ¿No serían estas tres tradiciones un recuerdo, algún tanto deformado, del prodigio que acaeció en el Templo a la muerte de Cristo?

A este primer hecho milagroso sucedieron otros varios no menos extraordinarios. En Jerusalén la tierra se puso a temblar, como si fuese presa de movimientos convulsivos y quisiese, a ejemplo del cielo, manifestar el horror que le causaba el deicidio de los judíos. A consecuencia de aquel terremoto hendiéronse las piedras, y se abrieron muchas sepulturas que estaban cavadas en la roca, en las cercanías de la ciudad. San Mateo, que es quien nos da estas noticias (423), añade que “muchos cuerpos de santos que dormían—es decir, que estaban muertos—resucitaron”. Dice también, por anticipación, para dejar completa la narración de este milagro, que dichos santos, saliendo de sus tumbas después de la resurrección de Nuestro Señor (424), se fueron a la ciudad santa y se aparecieron a numerosas personas, testificando que también Cristo había vuelto verdaderamente a la vida (425).

El mismo paganismo dió aquel día testimonios irrecusables del Salvador (426). El centurión romano que había presidido las tres crucifixiones y los soldados que las habían ejecutado habían contemplado y oído todas las cosas extraordinarias que habían acaecido en los últimos momentos y después de la muerte de Jesús. Experimentaron vivísimos sentimientos de terror religioso. Al ver las muestras del sobrenatural poder de Aquel a quien habían crucificado, asaltóles el temor de que iban a incurrir en los rigores de su venganza. Especialmente el centurión, de alma más noble, sintió profundísima impresión en toda aquella tragedia. Había presenciado muchas crucifixiones,

(423) Matth., XXVII, 51b-53.

(424) Claro es que no resucitaron antes que El; ¿qué hubieran hecho entretanto en sus tumbas? Parece natural que fuesen de la generación contemporánea, pues fácilmente se dieron a conocer a muchos de sus ciudadanos.

(425) ¿Fué sólo temporal su resurrección? ¿O bien fué definitiva, de suerte que el Salvador triunfante pudo llevarlos consigo al cielo el día de su Ascensión? Cuestión es ésta muy discutida e imposible de resolver. Véase Knabenbauer, *Comment. in Evang. Matth.*, segunda edic., t. II, págs. 546-547; L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Matth.*, págs. 555-556.

(426) Matth., XXVII, 54; Marc., XV, 39; Luc., XXIII, 47.

y por eso mismo entendió luego que Jesús no era un condenado vulgar, sino mucho más que un hombre ordinario. Su inalterable paciencia, su oración por sus verdugos, sus palabras todas y toda su actitud en la cruz le habían sorprendido y edificado. La grande voz que el Salvador dió antes de exhalar el último suspiro le maravilló de modo particular, pues sabía que comúnmente los crucificados morían de agotamiento, siendo así que Jesús estaba aún lleno de vigor en el trance de su muerte (427). Resumió su opinión en la exclamación siguiente: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (428). Está fuera de duda que este título de “Hijo de Dios” ha de interpretarse en el sentido amplio que podía tener en labios de un pagano. En el texto de San Lucas, las palabras del centurión tienen sentido más general: “Verdaderamente este hombre era justo.” Como quiera que sea, cierto es que el centurión notó en Jesús algo sobrehumano, y lo expresó a su manera. Según una tradición que cita San Juan Crisóstomo, aunque sin salir fiador de su autenticidad, el centurión recibió poco después la fe cristiana y murió por confesar a Cristo.

Otros testigos de las escenas del Calvario manifestaron también su compunción: eran muchos judíos, que descendían golpeándose el pecho, para expresar el dolor que experimentaban por la muerte de Jesús (429).

Los sinópticos (430) señalan una tercera clase de personas, cuya pena era mucho mayor porque amaban más a Jesús: las santas amigas del Salvador, particularmente las galileas, que tantas veces le habían acompañado en sus excursiones de misionero y socorrido en sus necesidades (431). Entre estas últimas son dignas de singular mención María Magdalena, María, madre de Santiago el Menor y de José; Salomé, madre de Santiago el Mayor y de Juan. Ya vimos cómo su presencia alivió algún tanto el desconsuelo del Divino Maestro en sus últimas horas. Aun después que murió le permanecieron fieles en

(427) Con todo, hemos de decir que en el relato de San Marcos, que es el único que menciona esta circunstancia, la lección *ὅτι οὗτος κροῖζας ἐκτενεσθαι* (Vulg., *quia sic clamans expirasset*) no es enteramente cierta, pues el participio *κροῖζας* (*clamans*) falta en muchos manuscritos.

(428) En griego: *θεοῦ υἱός*, sin artículo.

(429) Luc., XXIII, 48.

(430) Matth., XXVII, 55-56; Marc., XV, 40-41; Luc., XXIII, 49.

(431) Luc., VIII, 1-3.

el puesto que les señalaba su santo afecto. No se alejarán de allí sino cumplidos ya los últimos oficios para con sus sagrados restos. Bien claramente mostraban "esa constancia tenaz en el afecto, de que las mujeres son más capaces que los hombres en los trances apretados" (432). Con todo, nos es grato saber por San Lucas que, además de las santas mujeres, estaban también allí, de pie, junto a la cruz, "todos los que habían conocido" (433) a Jesús. La expresión es, a las claras, hiperbólica; parece hacer relación a algunos de los amigos y discípulos más adictos del Salvador, quizá Lázaro de Betania y sus parientes, que, como San Juan, habrían acudido al Calvario para mostrarle en aquella hora suprema su afecto. ¿Cuáles eran ahora sus sentimientos? Su fe, cierto, era vacilante y se habían oscurecido sus esperanzas; pero, cuando menos, permanecía firme su amor. Por lo que hace a la madre de Cristo, si experimentaba acerbísimo dolor, estaba segura de que su divino Hijo resucitaría como lo había anunciado, y daba a todos ejemplo de valor y firmeza.

Aproximábase ya el sábado, que, según antigua regla, empezaba a la puesta del sol. Era aquel un sábado particularmente solemne, pues caía dentro de la octava de Pascua. Por este motivo, los miembros del Sanedrín, que tanta prisa habían mostrado en lograr la crucifixión de Jesús, no la mostraron menor en conseguir que su cuerpo y el de los dos ladrones desapareciese de la cruz.

Era costumbre de los romanos que los cuerpos de los crucificados permaneciesen largas horas pendientes de la cruz; a veces hasta que entraban en putrefacción, o las fieras y las aves de rapiña los devoraban. Rarísima vez se entregaban a la familia. Por el contrario, la ley mosaica prohibía expresamente que los cadáveres de los ajusticiados pasasen la noche en el patíbulo (434). Dejarlos en él fuera, según los judíos, profanar toda la Tierra Santa y atraer sobre ella la maldición divina. Por lo cual antes que Jesús expirase los príncipes de los sacerdotes y sus colegas del Sanedrín pidieron a Pilato que, según la cos-

(432) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 403.

(433) Πάντες οἱ γνωστοὶ αὐτοῦ (Vulg., *omnes noti ejus*), todos sus conocidos, en masculino.

(434) Deut., XXI, 22-23; Josefo, *Bell. jud.*, IV, v, 2.

tumbre romana, mandase rematar a los ajusticiados, haciendo que se les quebrasen las piernas a golpes. Esta bárbara operación se llamaba en latín el *crurifragium* (435). Si abreviaba la crucifixión, no era sino a costa de nuevos padecimientos (436). El gobernador envió al punto soldados, los cuales quebrantaron primero las piernas de los ladrones crucificados a derecha e izquierda de Jesús; mas al llegar al Salvador, como observasen que estaba ya muerto, renunciaron a golpearle; pero uno de ellos, para mayor seguridad, quiso darle lo que se llamaba el "golpe de gracia" y le traspasó el pecho con su lanza (437). La traducción etiópica de los evangelios apócrifos de la infancia de Jesús (438) y de Nicodemo (439) dice que Nuestro Señor recibió la lanzada en el costado, y tal vez esta antigua creencia se apoyase en algún fundamento histórico. De la llaga abierta, suficientemente ancha para que el apóstol Tomás pudiese introducir en ella su mano entera (440), salió a un tiempo sangre y agua (es decir, linfa), de lo cual han concluido los médicos que el pericardio, saco membranoso que envuelve el corazón, debió de ser alcanzado por la lanza. Por la manera como cuenta San Juan este suceso (441), se advierte que lo consideró como extraordinario y quizá como milagroso. Por dos veces certifica que fué testigo presencial del caso, y aun vuelve sobre esto en su primera Epístola (442).

En esta sangre y en esta agua que salieron del costado de Jesús hallaron los Santos Padres ternísimos símbolos: unas veces, de la Iglesia, formada *de latere Christi dormientis*, al modo que Eva nació *de latere Adam* (443), y otras, de los Sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía (444). En memoria de este hecho misterioso, la Iglesia manda a sus sacerdotes mezclar al-

(435) De las dos palabras *crura frangere*, quebrar las piernas. En griego, *σπυλοπρηγία*.

(436) Suetonio, *August.*, 67; Séneca, *De ira*, III, 32; Lactancio, *Instit. divin.*, IV, 26.

(437) La Vulgata leyó *ῥνοξεν* en el griego; de ahí su traducción por *aperuit*, "abrió". La verdadera lección es *ἐνοξεν*, "picar, punzar, herir".

(438) Cf. Thilo, *Cod. apocr.*, N. T., t. I, pág. 587.

(439) Cap., XXXV.

(440) Joan., XX, 27.

(441) Joan., XIX, 31-37.

(442) I Joan., V, 6-8.

(443) San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Alejandría, San Agustín, San Juan Damasceno, etc.

(444) Tertuliano, San Agustín, etc.

gunas gotas de agua con el vino del santo sacrificio de la misa. San Juan nos descubre en esto una coincidencia providencial: el cumplimiento de dos antiguos vaticinios tocantes a la pasión del Mesías. Por mandado de Dios mismo, los judíos habían de abstenerse de quebrantar los huesos del cordero pascual (445), que era tipo del futuro Redentor. Si los soldados no rompieron las piernas de Jesús, como hicieron con los dos ladrones, fué, dice el evangelista, para que se cumpliese aquella Escritura: "No quebrantaréis hueso alguno suyo." Asimismo, al ser traspasado por la lanza el costado del Salvador, se cumplió otra Escritura, que dice: "Verán a aquel a quien traspasaron." Este último vaticinio está tomado del profeta Zacarías (446), que describe en términos patéticos el arrepentimiento que sentirán los judíos cuando se conviertan y caigan en la cuenta del crimen que cometieron crucificando a su Mesías.

Serían como las cuatro de la tarde cuando ocurrieron los hechos que acabamos de referir, y en Palestina, al principio de la primavera, el sol se pone hacia las seis de la tarde. Era, pues, urgente, disponer lo preciso para la sepultura del Salvador. En este punto, según nos dicen los cuatro evangelistas (447), interviene José de Arimatea, yendo a visitar al procurador, para rogarle que tuviese a bien dar su consentimiento para que les fuese entregado el cuerpo sagrado de Jesús. Después de lo pasado, no carecía de riesgo el acto de José, como lo indica San Marcos (448), pues era declararse amigo de aquel a quien Pilato había condenado al suplicio de la cruz y exponerse al odio de los enemigos del Salvador, que, sin duda, hubieran visto con buenos ojos que su víctima quedase privada de honrosa sepultura. Pero José, que con este acto iba a ganar gloria imperecedera, no lo emprendía sin esperanzas de buen éxito. Primeramente era miembro del Sanedrín (449), lo cual le permitía ser al punto recibido del gobernador. Además, sobre ser persona de considerable hacienda, poseía cualidades

(445) Ex., XII, 46; Num., IX, 12.

(446) Zach., XII, 10.

(447) Matt., XXVII, 57-58; Marc., XV, 42-45; Luc., XXIII, 50-52; Joan., XIX, 38.

(448) Τολμήσας, "habiendo osado" (Vulg., audacter).

(449) Tal es el verdadero sentido de la palabra βουλευτής, que la Vulgata traduce por *decurio*.

personales de orden moral que aumentaban su influencia (450). José de Arimatea era uno de aquellos israelitas "que esperaban el reino de Dios" (451), y por eso mismo al Mesías, a quien Dios había elegido para que fundase aquel reino, y aun había llegado a ser discípulo de Jesús, pero oculto hasta aquel día, "por temor de los judíos", como lo dice expresamente San Juan. En esto se parecía a Nicodemo (452); y cierto que aquel respeto humano no redundaba en gloria suya. Pero la muerte de Jesús desvaneció todos sus temores, y entrambos se valerosamente para procurar al cuerpo sagrado del Maestro los honores que le eran debidos.

José era oriundo de Arimatea; pero desde hacía algún tiempo vivía en Jerusalén, por cuanto allí poseía un sepulcro. Los palestinólogos no han conseguido aún determinar con certeza dónde estaba Arimatea. Unos la sitúan en Ramleh; otros, en Renthis o Renthieh, y otros, en Neby-Samuil. La primera de estas poblaciones, que hoy tiene unos 7.000 habitantes, está edificada en una duna de la llanura de Saron, en el camino de Jaffa a Jerusalén, a unos 30 kilómetros de esta última ciudad. Tiene a favor suyo una tradición que se remonta, por lo menos, al tiempo de las Cruzadas, y aun el testimonio de Eusebio de Cesarea (453) y de San Jerónimo (454), que colocan a Arimatea en las cercanías de Lydda, la *Ludd* actual, de la que está muy próxima Ramleh. La aldea de Renthis, situada algo más al Norte, reúne sobre poco más o menos las mismas condiciones; por lo que en nuestros días son bastantes los que la identifican con Arimatea. Neby-Samuil, colina pintoresca que se alza al Noroeste y a unos diez kilómetros de Jerusalén, antes se ha de identificar con Maspha que con Ramathaim-Sophim, la patria del profeta Samuel; lo que le quita toda probabilidad de confundirse con Arimatea (455).

Dios había encargado a San José cuidar de la infancia y

(450) San Mateo, πλούσιος, "rico"; San Marcos, ευχόμενος, "honorable"; San Lucas, ἀγαθός καὶ δίκαιος, "bueno y justo".

(451) Esta frase es de San Lucas, que la empleó ya al principio de su Evangelio, a propósito de los santos ancianos Simeón y Ana (Luc., II, 25, 38).

(452) Joan., III, 2; VII, 50-52.

(453) *Onomasticon*, en la palabra *Armathem Sophim*.

(454) *Epist.*, CVIII.

(455) Véanse los Diccionarios y los Atlas de la Biblia.

juventud del Salvador; otro José recibió el encargo de atender a su sepultura. Pilato, que después de haber consentido tan cobardemente en la inicua condenación de Jesús, quizá no estaba libre de remordimientos, acogió con benevolencia la petición del noble sanedrita. Al principio mostró algún asombro de que tan pronto hubiera muerto Jesús; lo que no es de extrañar después de lo que antes se dijo acerca de la lentitud con que de ordinario morían los crucificados. Pero cuando, de boca del centurión, consultado al efecto, recibió confirmación oficial de la muerte, de buen grado dió licencia a José de Arimatea para desclavar de la cruz el cuerpo de Jesús y para sepultarlo como a bien tuviese. Permisos de esta clase costaban a veces enormes sumas (456); pero Pilato se mostró generoso y no pidió nada. Tal vez San Marcos quiso aludir a esto con el empleo de un verbo que expresa un don gratuito (457).

José, en saliendo del pretorio, compró una gran pieza de tela, que había de servir de sudario (458) a Jesús; luego volvió al Calvario, donde, con Nicodemo, que también había vencido todo temor humano, procedió a bajar de la cruz el cadáver de Nuestro Señor, escena que tantas veces ha sido representada por el arte cristiano. Unas veces se tendía en tierra la cruz (459), para arrancar con más facilidad los clavos; otras, dejándola en pie, se desclavaba (460) el cuerpo del crucificado; ¡Con qué respeto y a la vez con cuánta tristeza José, Nicodemo y los otros discípulos que les prestaron su concurso desclavarían los restos mortales del amadísimo Maestro! María estaba presente, y de cierto intervendría también en la triste ceremonia. Después que lavaron el cadáver de la sangre que lo desfiguraba, lo fajaron miembro por miembro, según la costumbre judía (461), con vendas previamente salpicadas de sustancias aromáticas. Para ello había llevado Nicodemo cien libras de una preciosa mixtura de mirra y áloe: dos materias

(456) Cicerón, *In Verr.*, V, 45 y 51; Justin., IX, iv, 6.

(457) ἑδωρήσατο (Vulg., *donavit*).

(458) La palabra σινδών (Vulg., *sin don*), empleada por los sinópticos, sirve para indicar, ya una pieza de tela de esta clase, ya una ropa interior.

(459) Quintiliano, *Declam.*, VI, 9.

(460) San Marcos y San Lucas emplean el término técnico *καθίστασιν* (Vulg., *deponens, depositum*). Se decía también *detrahere, refigere de crucibus* (Séneca, *Vita beata*, XIX).

(461) Joan., XIX, 40. Cf. XI, 44.

grasas y resinosas muy perfumadas. La mirra que los Magos llevaron a la cuna de Jesús (462) sirvió también para embalsamar su cuerpo y su sepulcro. El áloe aromático proviene de una planta originaria de las Indias (463). Cien libras (464) era una cantidad verdaderamente digna de príncipe, una generosidad que recuerda la de María, hermana de Lázaro (465). Servía no sólo para honrar cuanto posible fuese el cuerpo inanimado del Salvador, sino también, según se creía, para preservarlo de la corrupción, a lo menos por algún tiempo (446).

Después de estos preliminares se procedió a colocar el sagrado cadáver en la tumba. Envuelto en el sudario que había llevado José de Arimatea—San Mateo advierte que era nuevo—, fué conducido (¡y con qué dolor y veneración!) al sepulcro, propiedad de José, y que estaba a corta distancia, a unos 39 metros del Calvario. Este sepulcro había sido recientemente abierto en la roca, pues en Oriente no es raro que las personas ricas se preparen de antemano su tumba. José tuvo a gran dicha el ponerlo a disposición de la Santísima Virgen. Estaba situado en un jardín que probablemente pertenecía también a José. En cuanto podemos juzgar por diversas noticias que nos da el cuarto Evangelio (467), consistía en una cámara única, abierta horizontalmente en la roca. San Lucas y San Juan tienen cuidado de advertir que nadie había sido sepultado aún en aquella tumba, circunstancia digna de nota, pues ayudará a demostrar mejor la realidad de la resurrección de Jesús. El cuerpo del Salvador fué depositado provisionalmente en la cámara funeraria, mientras llegaba la hora de completar el embalsamamiento en cuanto acabase el reposo del sábado. Se cerró luego la puerta del sepulcro, haciendo rodar delante de ella, según costumbre, una gran piedra, para impedir que entrasen las fieras y los ladrones. Frecuente era que las piedras con que se cerraban los sepulcros fuesen pla-

(462) Matth., II, 11.

(463) La *aquilaria agallochum*. Cf. L. Cl. Fillion, *Atlas d'histoire natur. de la Bible*, lám. XXXIV, figs. 3 y 5.

(464) La λίτρα (Vulg., *libra*) de los griegos equivalía a 336 gramos 328 miligramos.

(465) Joan., XII, 3-8.

(466) Cfr. Matth., XXVII, 59; Marc., XV, 43ª; Luc., XXIII, 53ª; Joan., XIX, 39-41.

(467) Joan., XX, 5-6, 11.

nas y redondas. Para cerrar el sepulcro se las hacía rodar hacia adelante, y al revés para abrirlo (468).

En los evangelios sinópticos (469) el relato de la sepultura de Jesús acaba de un modo idéntico al de la crucifixión. En ambas ocasiones vemos en segundo término del cuadro a las santas mujeres, primero de pie junto a la cruz, y luego sentadas frente al sepulcro, atentas a lo que pasaba en su rededor (470). Sólo cuando los preciosos restos del Salvador quedaron encerrados en el interior del sepulcro se alejaron. Los evangelistas repiten aquí los nombres de dos de ellas: el de María Magdalena y el de María, madre de Santiago el Menor y de José. Su piadosa ternura, dice Orígenes, las encadenaba a aquel lugar. Y cuando se retiraron fué con propósito de volver en cuanto acabase el sábado, para completar el apresurado embalsamamiento del sagrado cadáver con los aromas que aún pudieron comprar aquella misma tarde y con otros que adquirieron después de terminado el sábado (471).

¡Qué vacío y qué dolor en el corazón maternal de María cuando, acompañada del discípulo amado, llegó a la morada de aquel hijo adoptivo que Jesús acababa de legarla! Pero estaba segura de la próxima resurrección de Cristo, y esta certeza le impedía sucumbir.

Respecto a la sepultura del Salvador, cuenta aún San Mateo (472) otro episodio que pone de manifiesto el violentísimo odio de los sanedritas hacia Jesús, a quien perseguían aun después de muerto. El sábado santo, por la mañana, fué a hablar a Pilato una delegación de príncipes de los sacerdotes y de fariseos, para decirle en nombre del Gran Consejo:

“Señor, nos hemos acordado de que aquel seductor, cuando todavía estaba en vida, dijo: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día, porque no vengan sus discípulos y lo hurten, y digan a la plebe: Resucitó de entre los muertos; porque esta impostura sería peor que la primera.”

¡Con qué palabras tan respetuosas y tan melifluas le ha-

(468) De Sauley, *Art. judaïque*, págs. 235-237; L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, lám. XXX, fig. 6.

(469) Matth., XXVII, 61; Marc., XV, 47; Luc., XXIII, 55.

(470) San Marcos, ἐθεώρουν; San Lucas, ἐθεόσαντο. Dos verbos que significan mirar con atención.

(471) Marc., XVI, 1; Luc., XXIII, 56.

(472) Matth., XXVII, 62-66.

blan para mejor alcanzar lo que desean! Y a la vez, ¡con qué desdén hablan de Jesús, a quien una vez más se atreven a llamar “seductor”! Pero aún les infunde temor, con estar encerrado en el sepulcro. Han tenido conocimiento de que anunció que resucitaría al día tercero después de su muerte, y esto les causa inquietud. Temen también a sus discípulos, en cuyas manos ha quedado el cuerpo del Maestro. ¿Qué ocurriría si lo ocultasen para poder afirmar luego que había resucitado? Lo que los sanedritas llaman “la última impostura” sería precisamente la creencia del pueblo en la resurrección de Jesús; “la primera impostura”, según ellos, había sido el considerarle como Mesías. En sus palabras se echa de ver su inquietud. Ayer triunfaban porque todo les había salido a medida de su deseo; hoy se espantan, como quien ve burlados sus designios, y vienen humildemente a suplicar a Pilato. ¿Dónde está ya aquella su orgullosa ufanía?

El procurador accedió a la nueva demanda, aunque con frialdad. Contentóse con responderles: “Guardas tenéis (473); id y custodiadlo como sabéis.” Consiente en poner a disposición de los judíos una compañía de sus pretorianos; pero se desentiende de un asunto en que lamenta haberse mezclado. Los delegados se volvieron muy satisfechos. Aduenaronse del sepulcro, pusieron sellos sobre la piedra que obstruía la entrada, y después colocaron muy cerca los soldados romanos, no sin encomendarles diligentísima vigilancia (474). Todas estas precauciones eran providenciales, pues servirían para que fuera más patente la realidad de la resurrección de Cristo, multiplicando sus testigos. ¿No era imposible cualquier fraude en las circunstancias que se han descrito? (475). Sin la minuciosa previsión del Sanedrín, la mentira de que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús (476) se habría propagado fácilmente.

Entretanto, ¿qué había sido del alma del Salvador, después de haber dejado su cuerpo sin vida, colgado de la cruz?

(473) Tal parece ser la mejor traducción del verbo ἑστη.

(474) Un puesto de esta clase solía constar de diez y seis hombres. De éstos había siempre cuatro de guardia.

(475) San Juan Crisóstomo, *Homil. in Matth.*, h. 1.; San Jerónimo, *Comment.*, in h. 1.

(476) Matth., XXVIII, 13-15.

Los evangelistas no nos lo dicen; pero Jesús mismo había anunciado al buen ladrón, poco antes de expirar (477), que después de su muerte iría al "paraíso", es decir, al limbo de los justos. Allí pasó, pues, su alma el tiempo que transcurrió entre su último suspiro y su resurrección, consolando a los justos, que estaban esperando la hora dichosa en que el Salvador los introdujese consigo en el cielo el día de su Ascensión. Esto mismo enseña San Pedro cuando dice que Cristo "muerto en la carne... descendió a predicar a aquellos espíritus que estaban en la cárcel", en la mansión de los muertos (478). Y la tradición cristiana afirma el mismo hecho (479), que es un dogma de la fe católica, mencionado desde muy antiguo en los símbolos: *Descendit ad inferos*, "descendió a la mansión de los muertos" (480).

(477) Luc., XXIII, 43.

(478) I Petr., III, 18-20.

(479) San Ignacio, *Epist. ad Magnes*, 9; San Justino, *Dial. c. Tryph.*, 72; San Ireneo, *Adv. haer.*, III, 22; IV, 36, 42, 55.

(480) Véase Santo Tomás de Aquino, *Summa theol.*, tercera parte, quaest. LII; K. Gschwind, *Die Niederfahrt Christi in die Unterwelt*, 1911. En un sentido racionalista, C. Clemen, *Niederfahren zu den Toten*, 1900.

SEXTA PARTE

VIDA GLORIOSA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

CAPITULO PRIMERO

La resurrección del Salvador.

Además de los milagros obrados en número tan grande por Nuestro Señor Jesucristo, el Evangelio contiene tres de un orden superior, que podemos considerar como esenciales: el de su nacimiento, el de su persona y el de resurrección (1). Están indisolublemente unidos entre sí, y se explican y completan mutuamente. Si Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios, era por extremo conveniente que naciese de una virgen y que sus restos mortales no permaneciesen en el sepulcro. Este último prodigio había sido anunciado hacía más de mil años por David, en un texto clarísimo, que San Pedro y San Pablo aplican a Nuestro Señor (2):

"Por esto se alegró mi corazón y regocijóse mi alma.
Mi cuerpo mismo descansa en seguridad,
Porque no entregarás el alma mía a la morada de los muertos,
Ni permitirás que el que te ama vea la corrupción."

Así se había expresado el real profeta (3) respecto del Mesías, que no había de "gustar la muerte" sino de paso, pues no era conveniente que el "Príncipe de la vida", como le llama San Pedro (4), permaneciese largo tiempo en la tumba, al modo de los demás hombres.

(1) Faibairn, *Studies in the Life of Christ*, pág. 331.

(2) Act., II, 26-33; XIII, 34-37.

(3) Ps. XV (hebr., XVI), 9-10.

(4) Act., III, 15.

No sólo para Jesús era conveniente la resurrección, sino también para toda su obra, que se apoya en este misterio como en su fundamento principal. Así lo demuestra San Pablo (5), con todo el vigor de su dialéctica: "Si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicación y también es vana nuestra fe. Y aun seríamos falsos testigos respecto de Dios, pues habríamos dado testimonio contra Dios diciendo que resucitó a Cristo, siendo así que no habría resucitado... Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe; aún estáis en vuestros pecados." El Cristianismo todo se vendría a tierra de una vez si la resurrección de Jesús no fuese un hecho histórico. Caso que Jesús de Nazaret no hubiera salido vivo del sepulcro de José de Arimatea, este sepulcro sería no sólo la tumba de un hombre, sino también de la religión que su nombre lleva.

Percatados de esto los enemigos del Cristianismo, han multiplicado, según lo veremos (6), sus esfuerzos para destruir el hecho de la resurrección del Salvador. Vanos esfuerzos, según lo veremos también. Habíalo previsto Jesús; por lo cual, antes de subir al cielo, puso expresamente a sus apóstoles por "testigos" (7) de este grandioso prodigio, que con tanta frecuencia les había anunciado. Habíanlo entendido también los apóstoles, que luego al punto que su Maestro subió a los cielos se pusieron a cumplir su oficio de testigos con celo infatigable, comenzando por la misma Jerusalén, a la faz de los que hicieron condenar a Jesús a muerte, y que habían podido contemplarlo sangrando en la cruz (8). Pero ninguno de los apóstoles entendió mejor que San Pablo la sublime grandeza y magníficas consecuencias de este dogma de la resurrección de Cristo: por esto habla de él con tanta frecuencia en sus epístolas, considerándolo en todos sus aspectos, así teóricos como prácticos, y sacando la conclusión de que Jesús es manifestamente el Hijo de Dios, el fundador del Cristianismo.

Pero semejante prodigio pide, naturalmente, pruebas para excitar y afianzar la fe. Y estas pruebas quiso Dios que nos fuesen dadas, sólidas, abundantes, expuestas con mano maestra.

(5) I Cor., XV, 14-15.

(6) Apéndice XI.

(7) Act., I, 8.

(8) Act., II, 22-36; III, 12-18; IV, 10; V, 30-32.

por los cuatro evangelistas y por el apóstol de los gentiles. Con todo eso, ninguno de los escritores sagrados describe el hecho mismo de la resurrección de Cristo, que, según toda probabilidad, fué invisible a las miradas humanas. Ni una sola palabra tienen para indicar el momento preciso o el modo de ella. De sus indicaciones se deduce solamente que al tercer día después de la crucifixión, que era al día siguiente del sábado, las santas mujeres que acudieron de madrugada al sepulcro donde había sido sepultado el cuerpo del Salvador, lo hallaron vacío. En el instante de la resurrección, el alma de Cristo, volviendo del limbo, se unió de nuevo al cuerpo, del que le había separado la muerte, y este cuerpo, permaneciendo sustancialmente el mismo, como lo demostraban las señales de sus heridas principales, y permaneciendo siempre verdadero cuerpo, ya que se le podía tocar y podía tomar alimento (9), estaba dotado de cualidades nuevas, que le permitían hacerse invisible, atravesar en un punto las distancias y pasar a través de los cuerpos más compactos. La misma era también la persona de Cristo, aunque exteriormente tuviese algo de más celestial y de más digno; pero continuaba siendo igualmente amabilísima, familiar y tiernamente afectuosa (10).

Pero si los evangelistas y San Pablo guardan sobre el hecho mismo de la resurrección de Jesús un silencio que es nuevo indicio de su veracidad, exponen tantas manifestaciones y apariciones del divino Resucitado a personas muy diversas, ya solas, ya reunidas en grupos, tanto en Jerusalén como en Galilea, que no puede haber duda razonable de realidad del prodigio. Pero ciñámonos aquí a los relatos evangélicos dejando para otro lugar (11) el hablar de San Pablo, que enumera multitud de apariciones de Nuestro Señor (12). Las narraciones de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan son, como de costumbre, de una gran sencillez, a la par que de gran belleza. Pero no obstante esa sencillez siéntese vibrar en sus palabras un dulcísimo sentimiento de alegría y de triunfo, muy natural después de hechos tan tristes, y tratando de misterio tan grandioso. Cada uno

(9) Matth., XXVIII, 9; Luc., XXIV, 39-42.

(10) Bien errados andan algunos racionalistas, Keim entre ellos, que tachan de frías y sin vida las narraciones evangélicas.

(11) Apéndice XI.

(12) I Cor., XV, 3-8.

de los cuatro narradores conserva su carácter individual, y, en la elección de los episodios que cuenta, mira a su fin general y particular. Por lo que cada uno tomó de sus recuerdos o de la tradición los que mejor cuadraban a su intento. San Mateo y San Marcos, como de ordinario, caminan casi a la par; sus relatos son los más breves. San Mateo, referidas las impresiones de los amigos y de los enemigos de Jesús cuando vieron el sepulcro vacío, nos conduce a Galilea, para donde Jesús había dado cita a sus discípulos. Sólo refiere dos apariciones del Salvador: una, a las santas mujeres en Jerusalén, y otra, a los discípulos en la montaña de Galilea. La narración de San Marcos es por extremo concisa; no refiere más que la aparición de Jesús a María Magdalena, a los dos discípulos de Emmaús y a los apóstoles (13). Las investigaciones personales de San Lucas le pusieron en conocimiento de varios hechos nuevos, que expone, con su habitual manera, animada y dramática. La mayor parte de su narración podría intitularse: "El día de la resurrección en Jerusalén." Nos da interesantes noticias de la aparición de Cristo a los discípulos de Emmaús y a los apóstoles congregados en Jerusalén. Menciona también, aunque brevemente, la aparición de Cristo a San Pedro; pero nada dice de las manifestaciones del divino Resucitado en Galilea. El relato de San Juan, casi desde el principio hasta el fin, consta de hechos nuevos. Las apariciones a María Magdalena y a los siete apóstoles que se dedicaban a la pesca en el lago de Galilea son de las páginas más hermosas de su Evangelio. Los retratos individuales que traza de María Magdalena, de Juan, de Pedro, de Tomás y del mismo Jesús son verdaderas obras maestras.

De lo dicho resulta que si cada uno de los cuatro relatos evangélicos de la resurrección contiene particularidades propias, que, reunidas, forman un conjunto riquísimo, presentan por lo mismo muchas e importantes variantes. Si alguna vez coinciden en referir ciertos puntos principales, luego se separan refiriendo, cada uno a su modo, hechos particulares. Eso no obstante, todos son veraces; sus diferencias provienen de que

(13) No vamos a ocuparnos aquí de la autenticidad de los versículos 9-20 del capítulo XVI de San Marcos, que puede verse demostrada en las Introducciones al Nuevo Testamento y en los comentarios al segundo Evangelio. Sea cual fuere su autor, la historicidad de los hechos referidos nunca ha sido discutida por los exégetas creyentes.

consideran aspectos distintos de un acontecimiento muy complejo. En ningún caso puede decirse que haya entre ellos des acuerdo real (14). La principal dificultad para el historiador consiste en encadenar y encuadrar las noticias que los cuatro evangelistas nos ofrecen, de modo que se obtenga un orden cronológico, al menos, aproximado. Cuanto a esto, es imposible llegar a una seguridad completa; por lo que habremos de contentarnos con exponer el orden más verosímil.

I.—JUNTO AL SANTO SEPULCRO.

Los evangelistas nos refieren primeramente varios hechos acaecidos en el sepulcro y en el huerto que lo rodeaba. Allí veremos ir y venir, en la madrugada del domingo de resurrección, a los discípulos de Jesús, inquietos, conmovidos, turbados por los hechos extraordinarios que en aquella mañana sucedieron.

Estos hechos acaecieron, según lo dicen expresamente los cuatro evangelistas, al día siguiente del sábado, o sea en el primer día de la semana judía. Muy de mañana (también los narradores insisten en este punto), las piadosas galileas que tan afectas se habían mostrado a Jesús en su vida pública y en su muerte, se pusieron en camino para ir a completar, en el interior del sepulcro, el embalsamiento que la llegada del sábado les había impedido hacer con la debida perfección que su afecto hubiera deseado. Llegaron al huerto cuando acababa de salir el sol. Los evangelistas citan los nombres de las más de ellas: eran, en primer lugar, María Magdalena, y luego María, madre de Santiago el Menor, Salomé y Juana. Fueron las últimas que, la antevíspera, dejaron el sepulcro de Jesús, y hoy son las primeras en acudir allí en cuanto pueden hacerlo, para acabar su amorosa y dolorosa tarea (15). Mientras caminaban, con el corazón oprimido, preocupábalas la gran piedra que habían visto colocar delante de la abertura de la tumba. "¿Quién nos la apartará?", se preguntaban con inquietud. Sabían muy bien que, aun entre todas, no serían poderosas a hacerla rodar, y temían

(14) Tal es la tesis racionalista. Véase el apéndice XI.

(15) Matth., XXVIII, 1; Marc., XVI, 1-4; Luc., XXIV, 1-2; Joan., XX, 1.

que a aquellas horas no hallarían quien las ayudase. Ignoraban aún que las autoridades judías habían puesto guardias cabe el sepulcro y sellado la piedra. No pensaban, pues, que el Salvador pudiera resucitar. Por eso fué grande su admiración cuando, llegadas ya cerca del Gólgota, levantando sus ojos, advirtieron que la piedra estaba corrida hacia un lado y que la tumba estaba abierta.

San Mateo nos da aquí algunas noticias retrospectivas sobre lo que había sucedido poco antes de que llegasen (16), quizá en el instante mismo de la resurrección de Cristo. Sobrevino un violento temblor de tierra, como a la hora de la muerte de Jesús; en el mismo punto descendió del cielo un ángel, en forma visible, y se acercó al sepulcro, y, dejando burladas las precauciones del Sanedrín, hizo rodar la piedra que servía de cierre, y se sentó sobre ella, en actitud de vencedor y de guardián. Su rostro brillaba como el relámpago, y era su vestidura blanca como la nieve. Todo su exterior era resplandeciente, como lo había sido el cuerpo de Jesús cuando se transfiguró (17). En viéndole los soldados apostados junto al sepulcro, quedaron aterrorizados, y, cayendo de espaldas, quedaron como muertos por algún espacio, sin poder levantarse.

Pero volvamos a las santas galileas. Cuando se hubo calmado algún tanto la viva sorpresa y también el temor que las sobrecogiera a la vista del sepulcro abierto, entraron en la cámara donde había sido depositado el cuerpo del Salvador. Esperáballes allí un nuevo motivo de estupor, pues, sobre que “no hallaron el cuerpo del Señor Jesús”, como lo dice San Lucas, otro ángel, vestido también de larga túnica blanca, se hallaba sentado al lado derecho (18). El mismo San Lucas nos las presenta perplejas, bajando tímidamente la cabeza, sin osar levantar los ojos, según estaban turbadas por aquella aparición. Dijéronles los ángeles:

“No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el que fué crucificado: ¿por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí; ha resucitado, como dijo. Venid y ved el lugar donde el Señor había sido puesto. Acordaos de lo que os habló cuando estaba en Galilea, diciendo:

(16) Matth., XXVIII, 2-4.

(17) En esta forma se aparecieron con frecuencia los ángeles. Cf. Dan., X, 5-6; Act., I, 10; X, 10; Apoc., X, 1; etc.

(18) Matth., XXVIII, 5^a; Marc., XVI, 5; Luc., XXIV, 3-5^a.

Menester es que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercero día” (19).

¡Cuánta vida en este breve discurso y cuán sincera emoción en estas frases entrecortadas! El ángel mira primeramente a tranquilizar a las santas mujeres. Ellas, las amigas del Salvador, ninguna razón tienen de temer (20); dejen esos miedos y terrores para sus enemigos. En la pregunta que sigue parece advertirse un ligero tono de reprensión. ¿Cómo van a buscar en un sepulcro al Salvador resucitado? (21). ¿No era esto un verdadero contrasentido? Mas luego las anima el ángel, invitándolas a que se lleguen más para cerciorarse de que el cuerpo de Jesús, que poco ha vieron ellas mismas colocar en aquel sepulcro, ha desaparecido, porque ha vuelto a la vida. Les recuerda después que, algún tiempo antes, cuando se hallaban aún en Galilea, el divino Maestro les había predicho claramente su muerte y también su resurrección (22). Y entonces recordaron ellas aquellas palabras que no habían comprendido cuando Jesús se las dijo a la vez que a los apóstoles.

Uno de los ángeles añadió: “Id pronto a decir a sus discípulos y a Pedro que ha resucitado y que va delante de vosotras a Galilea. Allí lo veréis como os dijo” (23). Conmovedora es esa mención especial de Pedro. Con nombrarle aparte, le manifestaba el ángel, en nombre de Jesús, que su pecado estaba perdonado. Posible es también que mencionase singularmente a Pedro por su dignidad de cabeza del colegio apostólico. Como quiera que sea, el divino Maestro mismo tranquilizará pronto a su Vicario, que sólo momentáneamente le había sido infiel. Lo que más extraña a primera vista es que el ángel no haga aquí alusión alguna a las próximas apariciones con que el Salvador va a favorecer a sus apóstoles en Jerusalén, aquel mismo día y ocho días después. Pero el celeste mensajero no tenía encargo de anunciar todas las manifestaciones de Jesús resucitado. Les anuncia, como pronto lo hará Nuestro Señor por sí mismo, las que iban a acontecer en Galilea por su mayor importancia y so-

(19) Matth., XXVIII, 5-6; Marc., XVI, 6; Luc., XXIV, 5-8.

(20) El pronombre *vosotras* está muy acentuado.

(21) En San Lucas. τὸν ζῶντα (Vulg., *viventem*), “el que vive” por excelencia. Cf. Apoc., I, 17-18.

(22) Marc., IX, 29-30; Luc., VIII, 1-3; IX, 4; etc.

(23) Matth., XXVIII, 7; Marc., XVI, 7.

lemnidad; pero por ningún caso excluye las otras. “¡A Galilea!” Allí había inaugurado Jesús su ministerio; allí había asociado a su persona y a su misión los primeros discípulos y allí habían vivido felices con El. Quería verlos de nuevo en aquellos parajes llenos de dulces recuerdos y darles sus últimas instrucciones.

María Magdalena no asistió a esta escena, pues en cuanto reparó que el sepulcro estaba abierto, volvió sobre sus pasos, corriendo, sin ni aun detenerse a echar una ojeada al interior del sepulcro, y, presa de violenta emoción, se fué a comunicar a Pedro y a Juan esta grave noticia: “Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos (24) dónde lo han puesto” (25). Tampoco a ella le había pasado por el pensamiento que el Salvador hubiera resucitado. Puesto que estaba abierto el sepulcro, supuso que el cadáver había sido robado por malhechores o por sus enemigos. Sólo el pensamiento de semejante profanación la consterna y llena de espanto.

Los dos apóstoles, deseando comprobar los hechos por sí mismos, partieron al punto. El cuarto Evangelio nos da una narración dramática y muy circunstanciada de este episodio (26). Al principio, Pedro y Juan corrieron uno a par de otro a un mismo paso; pero Juan, más joven y más ágil, no tardó en adelantarse a su amigo, y llegó el primero al sepulcro. Sin entrar hasta el interior, se inclinó desde fuera y vió (27), cuidadosamente colocados en tierra, los lienzos—o, hablando con propiedad, “las vendas”—con que habían envuelto los inanimados miembros de Cristo. De creer es que la emoción y no, según algunos han supuesto, el sentimiento de la superioridad jerárquica de Pedro fué lo que le detuvo a la puerta del sepulcro. Cuando llegó Pedro, con su impetuosidad acostumbrada, se entró resueltamente en la cámara sepulcral. Entonces (28) comprobó que no sólo estaban en tierra las vendas que ya había visto San Juan, sino que también, en otro lugar del sepulcro,

(24) El empleo del plural prueba que María Magdalena no había ido sola al sepulcro, sino en compañía de las otras galileas.

(25) Joan., XX, 2.

(26) Joan., XX, 3-10. San Lucas, XXIV, 12, refiere muy sumariamente este episodio y se lo atribuye sólo a San Pedro.

(27) *Βλέπει* supone una mirada atenta, aunque rápida.

(28) *Θεωρεῖ* indica aquí una inspección minuciosa.

estaba, plegado, el sudario con que habían cubierto la cabeza de Jesús. Todo esto era prueba de que el sepulcro no había padecido violencia alguna, pues los malhechores o los enemigos no hubieran tratado estos lienzos con tanto respeto. Quizá los mismos ángeles tomaron de su cargo estas delicadas atenciones, después de la resurrección del Salvador. También Juan penetró en el interior del sepulcro y examinó estos lienzos santificados con el contacto de los divinos miembros de Cristo. Fruto de su examen fué una fe completa en la resurrección de su amado Maestro. “Y vió y creyó”: ésta es la conclusión de su relato. Hasta entonces, lo confiesa cándidamente, tampoco él había entendido que era preciso, según las Escrituras, que el Cristo resucitase de entre los muertos; ¡con cuánta lentitud y trabajo penetraba este concepto en el espíritu de todos ellos! “No fué la creencia, derivada de las Escrituras, de que el Cristo había de resucitar de entre los muertos, la que excitó a los discípulos a esperar esta resurrección, sino que, al revés, la evidencia de que había resucitado fué la que los condujo al conocimiento de lo que la Escritura enseñaba a este respecto” (29).

Mientras los dos apóstoles volvían a su casa para esperar el curso de los acontecimientos, Pedro revolvía en su mente todas estas circunstancias que había visto (30). Y entonces, quizá, su entendimiento alcanzó claridad perfecta.

II.—LAS APARICIONES DE JESÚS A LAS SANTAS MUJERES.

Desde ahora, los acontecimientos se atropellan. Después de estos preludios, Jesús mismo será quien con sus apariciones reiteradas a las santas mujeres y a sus discípulos demuestre la realidad indiscutible de su resurrección. Varias de estas apariciones sucedieron por la madrugada y en las cercanías del sepulcro; otras, por la tarde, en el camino de Emmaús o en el cenáculo; vendrán luego las apariciones en Galilea y, finalmente, la del día de la ascensión. El sepulcro vacío era ya una prueba negativa de la resurrección de Cristo; vamos a ver ahora la prueba positiva.

(29) Edersheim, *Life and Times of Jesus*, t. II, pág. 632.

(30) Luc., XXII, 12b.

San Marcos nos refiere cómo “Jesús se apareció primeramente a María Magdalena”, y San Juan, con su habitual delicadeza, expone los pormenores de aquella conmovedora aparición (31). Pero antes de referirlos razón es que mencionemos la piadosa conjetura, adoptada ya en el siglo II por Ticiano, en su *Diatessaron*, según enseña San Efrén (32); luego por otros escritores cristianos (33) y más adelante aún por insignes teólogos (34), según la cual Jesús se apareció primero que a nadie a su Madre Santísima. Su corazón filial no veía la hora, digámoslo así, de consolar con su presencia a aquella amadísima Madre, que tanto había padecido con El y por causa de El, y quería que fuese quien gustase las primicias de su vida gloriosa. Ella nunca había dudado; antes esperó siempre con entera confianza su resurrección.

María Magdalena, vuelta junto al sepulcro después que partieron Pedro y Juan, se quedó a la entrada llorando (35) y sollozando, dando rienda suelta a su dolor. Desde allí vió en el interior de la cámara a dos ángeles vestidos de blanco, sentados, el uno donde había reposado la cabeza del Salvador, y el otro donde habían estado sus pies. Estaban allí como los querubines encima del propiciatorio del arca (36). Con acento de viva simpatía preguntaron a Magdalena: “Mujer, ¿por qué lloras?” Ella, sin notar, a lo que parece, que sus interlocutores eran ángeles—¡tan grande era su turbación y tanto absorbía su atención la desaparición del sagrado cuerpo!—, respondió: “Porque han llevado de aquí a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.” ¡Su Señor! Con su profundo afecto, ella se lo ha apropiado en cierto modo.

Después de esta respuesta cortó la conversación y volvió a mirar hacia fuera. Entonces vió a Jesús de pie y no lejos de ella; mas no lo reconoció. La resurrección había transfigurado sin duda el aspecto exterior del divino Maestro, haciéndole aún

(31) Marc., XIV, 9-11; Joan., XX, 11-18.

(32) R. Harris, *Fragments of the Commentary of Ephrem Syrus upon the Diatessaron*, 1895, págs. 34-35.

(33) Las *Acta Thaddaei*, c. 6, entre otros. Cf. W. Bauer, *Leben Jesu im Zeitalter der neutestam. Apokryphen*, pág. 263.

(34) Especialmente San Anselmo y San Buenaventura, Maldonado y Suárez.

(35) En voz alta, como lo expresa el texto griego (κλαίονσα).

(36) I Reg., IV, 4; Ps., XXV, 22.

más celestial, si ya no cambió El mismo sus facciones de modo que al principio no fuese conocido. Más adelante hallaremos un caso parecido no menos admirable (37). El Salvador, como los ángeles, preguntó a la Magdalena: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” Con esta segunda pregunta indicaba que no ignoraba la causa de su dolor. Turbada y absorta aún, supuso que aquel desconocido, a quien apenas había mirado a la cara y que tan de madrugada estaba en un huerto, sería el hortelano del mismo. Por lo que, empleando un término de cortesía, con el fin de ganarle la voluntad, respondió: “Señor (38), si tú lo has llevado de aquí, dime en dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.” Persevera en su primer pensamiento; no concibe que el cuerpo de Jesús haya desaparecido sino hurtado. El amor no reflexiona. María habla como si ella sola pudiera llevarse el cuerpo de Jesús para darle sepultura en algún otro sitio. Ni aun nombra a Jesús, imaginándose que el que llenaba su propio espíritu ocupaba también el de los demás. ¡Qué natural y qué verdadero es todo esto!

Entonces el divino Resucitado pronunció una sola palabra, un simple nombre: “¡María!” Esta palabra, este nombre, entrándose derechamente en el corazón de la Magdalena, hizo caer la venda que le cubría los ojos. Volvióse rápidamente, y exclamó, trémula de emoción: *Rabboni!* “¡Maestro!” No pudo pronunciar más que esta palabra; pero ella era bastante para expresar los sentimientos de fe, de amor y de dulcísima alegría que la vista de tan buen “Maestro” hacía rebosar en su corazón. Su solo nombre, pronunciado con la usada familiaridad del Salvador, había sido para ella una revelación completa. “La memoria de los sonidos—se ha dicho—es la más tenaz de todas, y con más prontitud y seguridad se reconoce a uno por su voz cuando le da cierta expresión que por el conjunto de su fisonomía.”

María Magdalena se arrojó entonces, sin duda, a los pies de Jesús para besárselos con profundo respeto y ternura; pero El la detuvo, diciendo: “No me toques, porque aún no he su-

(37) A propósito de los discípulos de Emmaús (Marc., XVI, 12; Luc., XXIV, 16).

(38) Κύριε (Vulg., *Domine*). Este título admite muy diversas aplicaciones. Aquí es sencillamente un tratamiento.

bido a mi Padre; mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios." La primera parte de esta breve alocución no carece de oscuridad, y de antiguo dió que pensar a los comentadores, que han propuesto interpretaciones muy diversas (39). ¿Por qué el Salvador prohibió a María Magdalena lo que muy luego va a permitir a las demás galileas? (40). ¿Qué conexión hay entre la prohibición "No me toques" y el motivo que alega de ella: "porque aún no he subido a mi Padre?" El texto mismo nos da una explicación que elimina gran parte de la dificultad. María, a causa de su inmensa alegría de haber vuelto a hallar a su amado Maestro, se figuraba erradamente que El proseguiría entre los suyos la misma vida de antes, en el mismo estado de antes de su muerte, y con el impulso de piadosa ternura que la había arrojado a sus pies parecía decirle que en adelante ya no podría perderle y que deseaba gustar a su placer de los atractivos de su divina presencia. Jesús la desengaña luego, declarándole que actualmente sólo se halla de un modo sensible con sus amigos por tiempo brevísimo, porque pronto ha de subir al cielo, cerca de su Padre. Sólo después podrán los que le aman gozarle sin reserva, cuando se hayan reunido con El en la mansión celestial. Conocía bien Jesús a aquella alma generosa, a quien podía pedir semejante sacrificio. Mas para consolarla de algún modo, la encarga que vaya a notificar a los apóstoles el mismo mensaje que ya los ángeles habían encomendado a las santas mujeres. El evangelista, sin extenderse más sobre este incidente, se contenta con añadir que Magdalena cumplió fielmente el encargo que había recibido. Halló a los discípulos llorosos y desconsolados (41); pero no quisieron creer que realmente hubiese visto a Jesús resucitado.

Dejamos a las otras galileas camino de Jerusalén. En su ánimo se mezclaban el espanto y la alegría. El sepulcro vacío y las apariciones angélicas les habían llenado de terror; pero, a la vez, el gozo inundaba sus almas, porque sabían de fuente cierta que el Salvador había tornado a la vida. Esta doble

(39) Cf. L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Jean*, págs. 368-369.

(40) San Agustín, *Tractat. CXXI in Joan.*, 4.

(41) Marc., XVI, 10-11.

impresión las traía agitada y turbada el alma, de tal suerte, que al principio no se atrevían a decir a los apóstoles lo que habían visto y oído. Pero, cobrando luego ánimos y mudando parecer, se pusieron en camino, para llevar a los apóstoles el angélico mensaje (42). De improviso vieron a Jesús delante de sí (43). Saludólas con inefable bondad, empleando sin duda la fórmula usual entre los judíos en casos semejantes: "La paz sea con vosotras" (44). Ellas se llegaron a El, con el corazón henchido de alegría, le besaron los pies y permanecieron prosternadas algunos instantes. Volvió a decirles, como poco antes a la Magdalena: "No temáis; id y decid a mis hermanos que vayan a Galilea: allí me verán." Desapareció luego, en virtud de las nuevas propiedades de su carne resucitada. El nombre de "hermanos", que por dos veces da a sus apóstoles, indica bien a las claras el grandísimo afecto que hacia ellos sentía. Poco antes de su pasión, los había llamado sus amigos (45). Pero este apelativo, con ser de tanto cariño, no bastaba ya a su corazón; por esto emplea el de hermanos, que expresa relaciones más afectuosas.

Cuando las galileas llegaron donde los apóstoles estaban y les notificaron las órdenes de los ángeles y de Jesús mismo, tratáronlas de extravagantes, y no dieron más fe a su testimonio que antes al de María Magdalena. "Y ellos tuvieron por desvarío estas palabras (46), y no las creían" (47). Por donde se ve una vez más—y no será la última—que no habían entendido las predicciones de Jesús relativas a su resurrección en el sentido estricto de esta palabra.

San Mateo nos va a llevar nuevamente junto al Santo Sepulcro para decirnos lo que había sido de los guardas puestos por las autoridades judías y denunciar una nueva infamia del Sanedrín (48). Cuando aquéllos recobraron el uso de sus sentidos y se sobrepusieron al terror que les había causado la aparición del ángel, despacharon a algunos a dar noticia a los

(42) Matth., XXVIII, 8; Marc., XVI, 8; Luc., XXIV, 9-11.

(43) Matth., XXVIII, 9-10.

(44) El griego dice en este lugar: χαίρετε (Vulg., *avete*).

(45) Joan., XV, 14-15.

(46) Ἀῆρος (Vulg., *deliramentum*): a la letra, desvarío, cuento.

(47) El empleo del imperfecto ἤπιστευον, denota incredulidad obstinada, que no quiere dejarse convencer.

(48) Matth., XXVIII, 11-15.

príncipes de los sacerdotes de los hechos extraordinarios que habían pasado ante sus ojos. Convócase el Sanedrín para deliberar con urgencia sobre tan grave asunto, que venía a ocasionarles una humillante derrota, a la hora misma en que ellos se ufanaban de haber obtenido sobre Jesús un triunfo completo. Fruto de la deliberación fué que sin dilación se comprase a cualquier precio el silencio de los soldados, como antes habían comprado la complicidad de Judas. Una vergüenza más para aquellos hombres que, respecto al Salvador, no habían tenido más ley que la de su odio. Dieron, pues, a los pretorianos de la guardia una fuerte suma, con esta orden, que es la más elocuente condenación de su propia vileza: "Decid que sus discípulos vinieron de noche y lo hurtaron mientras que vosotros estabais durmiendo. Y si llegare esto a oídos del presidente, nosotros le persuadiremos y miraremos por vuestra seguridad." Los soldados romanos, aceptando esta propuesta, se acusaban a sí mismos de negligencia gravísima, que podría costarles la vida. El cebo del dinero y la seguridad que les dieron los sanedritas de que ellos aplacarían a Pilato, si el asunto llegaba a divulgarse, los decidieron a aceptar esta compra vergonzosa. Hicieron, pues, correr el rumor de que el cuerpo de Jesús había sido robado, y, a pesar de toda inverosimilitud, la mentira prevaleció en el pueblo. Los sanedritas, al decir de San Justino (49), llegaron a enviar emisarios que divulgasen la calumnia en las comunidades israelitas dispersas por el mundo.

Pero, según nota agudamente San Agustín, "si los soldados estaban durmiendo, ¿qué pudieron ver? Y si nada vieron, ¿qué valor tiene su testimonio?" (50). Así la verdad quedó victoriosa, a pesar de tan inicuo proceder.

III.—APARÉCESE JESÚS A DOS DISCÍPULOS QUE IBAN CAMINO DE EMMAÚS, Y A LOS APÓSTOLES EN EL CENÁCULO.

Las apariciones descritas sucedieron en la madrugada del día de la resurrección y en las cercanías del sepulcro. Dos de las que ahora vamos a referir ocurrieron aquel mismo día por la tarde; la tercera, ocho días después.

(49) *Dial. c. Tryph.*, 108.

(50) *Exposit. in Ps.* LXIII, 7.

El episodio en que fueron parte los discípulos de Emmaús, y que San Marcos refiere en brevísimas líneas, es uno de los relatos más bellos del tercer Evangelio (51), y a la vez contiene una de las pruebas más convincentes de la resurrección de Nuestro Señor. Por desgracia, la identificación de la aldea de Emmaús, que ocupa aquí lugar tan importante, ha suscitado muchas controversias: ¡nada menos que a unas diez localidades distintas se ha atribuido el privilegio de haber gozado de la presencia del Salvador resucitado! De ellas, dos solamente merecen discusión seria: la antigua Nicópolis, hoy *Amuas*, situada a unos 30 kilómetros de Jerusalén, en el camino de esta ciudad a Jaffa, y la aldehuela actual de *Kubeibeh*, igualmente al Noroeste, pero a solos 11 kilómetros de la ciudad santa (52). Una tradición que se remonta a los siglos III y IV, cuyos testigos principales en los tiempos antiguos son Eusebio y San Jerónimo (53), favorece a *Amuas*; la que coloca a Emmaús en *Kubeibeh* no pasa de la época de las Cruzadas. La mayor dificultad proviene de la distancia que al principio de su narración pone San Lucas entre Emmaús y Jerusalén. En tanto que algunos manuscritos antiguos del texto griego hablan de 160 estadios, que equivalen a unos 30 kilómetros (54), otros, en mayor número, sólo hablan de 60, algo más de 11 kilómetros. La primera de estas lecciones favorece a *Amuas-Nicópolis*; la segunda, a *Kubeibeh*. Pero, además, se dice en esta narración—y no es para olvidado—que los dos discípulos, apenas los dejó Jesús, se apresuraron a volver a Jerusalén, donde hallaron a los apóstoles reunidos en el cenáculo. ¿Habrían llegado a tiempo si, partiendo de *Amuas* a la caída de la tarde, hubiesen tenido que andar 30 kilómetros? La cuestión es, pues, harto complicada. Pero, como quiera que se mire, no cabe duda que el texto más favorece a *Kubeibeh* (55).

Dejando, pues, a un lado esta cuestión, por otra parte secundaria, el narrador nos presenta a dos discípulos del Salvador

(51) Marc., XVI, 12-13; Luc., XXVI, 13-35.

(52) Fillion et Nicole, *Atlas géograph. de la Bible*, pl. X y XII.

(53) Eusebio, *Onomasticon*, en la palabra Emmaús; San Jerónimo, *Epist. CVIII*.

(54) El estadio griego era una medida de longitud equivalente a 185 metros.

(55) Véanse los Diccionarios de la Biblia, en la palabra Emmaús, y L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Jean*, págs. 403-404.

yendo de Jerusalén a Emmaús el día mismo de la resurrección. Uno de ellos se llamaba Cleofás (56), personaje desconocido, que no hay que confundir con el "Clopas" mencionado por San Juan (57). Como no se nombra al segundo, es superfluo hacer conjeturas para identificarlo. Por el camino conversaban sobre los extraordinarios acontecimientos de los últimos días y se esforzaban por hallarles una explicación. Mientras así conversaban, alcanzóles otro viajero que, al parecer, iba también de la ciudad santa. Por algún espacio caminó en silencio a par de ellos. Una virtud sobrenatural, semejante a la que debió de influir sobre María Magdalena cerca del Santo Sepulcro, les impidió reconocerle (58), a no ser que se prefiera tomar a la letra lo que dice San Marcos (59): que Jesús se les apareció "en otra forma", es decir, con un rostro transformado y transfigurado por la resurrección.

Luego, volviéndose hacia ellos, preguntóles cortésmente: "¿Qué pláticas son esas que traéis entre vosotros, caminando, y por qué estáis tristes?" Todo en ellos—no sólo el lenguaje, sino también su continente, y en especial sus rostros—manifestaba profundísima tristeza. Respondióle Cleofás con extrañeza: "¿Tú eres el único forastero venido a Jerusalén (para la fiesta de la Pascua), que no sabes lo que ha pasado allí estos días?" La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, la expulsión de los vendedores del Templo, sus discursos en los atrios sagrados, luego su prisión, su condenación y crucifixión, habían causado en la ciudad entera, como ya deja entender, excitación vehementísima, por lo que parecía imposible que los judíos extranjeros que desde las distintas provincias de Palestina o del Imperio romano habían concurrido a las fiestas de Pascua no tuviesen noticia de tales hechos. "¿Qué cosas?", replicó el Salvador, como si de todo estuviese ignorante. Con su pregunta invitaba a sus compañeros a hablar con el corazón en la mano. Aquel a quien tenían por extranjero les infundió tal confianza,

(56) Κλεοπας, abreviación de Κλεοπαππος: nombre griego, por tanto.

(57) Joan., XIX, 52. Κλεω ας: nombre de origen semítico. La Vulgata dice inexactamente *Cleophas*.

(58) San Lucas: "Una fuerza estorbaba a sus ojos reconocerle."

(59) Marc., XVI, 12.

que con ingenua sencillez le descubrieron todo lo que pasaba en su alma. Respondióle, pues, hablando alternativamente:

"Hablábamos de Jesús Nazareno, que fué un profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y de cómo los Sumos Sacerdotes y nuestros príncipes lo entregaron para que fuese condenado a muerte, y lo crucificaron. Mas nosotros esperábamos que El era el que había de redimir a Israel, y ahora, sobre todo esto, hoy es el tercer día que han acontecido estas cosas. Bien es verdad que algunas mujeres de las que estaban entre nosotros nos han asustado, las cuales, habiendo ido antes de amanecer al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo que habían visto allí a unos ángeles, los cuales dicen que Jesús vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron así como las mujeres lo habían referido; mas a El no lo hallaron."

Este breve relato es reflejo fiel de los sentimientos que desde la noche del Jueves Santo habían experimentado los discípulos de Jesús que a la sazón estaban en Jerusalén. La nota dominante es la turbación, la perplejidad y la tristeza. ¿Qué había de cierto en aquellos acontecimientos? ¿Qué podían esperar ellos, después de tal derrumbamiento de las más caras esperanzas que habían fundado en Jesús? Con todo, había algo que aún permanecía firme: un amor ardiente a Nuestro Señor, una gran unión entre sus fieles partidarios y una vaga esperanza de que el porvenir traería, si no el establecimiento del reino mesiánico, por lo menos su preparación. No sabían, pues, a qué atenerse respecto del Maestro, así en cuanto a lo pasado como en cuanto al porvenir. Los dos viajeros ignoraban aún, cuando dejaron Jerusalén, las apariciones a las santas mujeres. El retrato que trazan de Jesús, de su predicación y de sus milagros, revela cuánta confianza había infundido a los que le seguían. Pero sus palabras dejan entrever esperanzas frustradas: "Esperábamos". Pero tampoco habían olvidado por entero la profecía en que Jesús había anunciado que resucitaría tres días después de su muerte, si bien sólo a medias la habían entendido, y se asen a ella como a una áncora de salvación. Pero he aquí que el tercer día tocaba a su fin; ¿qué podían esperar ya? La narración de los dos discípulos es de una perfecta imparcialidad. "A El no lo hallaron": tal es su trágica conclusión.

Jesús escuchó a sus compañeros de viaje sin interrumpirles. Cuando cesaron de hablar, díjoles con tono entre severo y bondadoso: "¡Oh, necios y tardos de corazón, para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿Por ventura no convenía que el

Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria? Hartas veces lo hemos visto en el discurso de la vida pública del Salvador y también después de su prisión en Getsemaní: ni los apóstoles ni los demás discípulos habían entendido esta necesidad de humillaciones y padecimientos de parte del Mesías, aunque su Maestro con frecuencia se la había recordado (60). De los vaticinios relativos al Mesías, sólo habían entendido; como la mayor parte de sus compatriotas, los que se referían a sus glorias y triunfos. Nuestro Señor tuvo a bien exponer su grandiosa tesis, repasando todos los pasajes mesiánicos del Antiguo Testamento que a El se referían. Comenzando, pues, por los libros de Moisés, que van a la cabeza de la Biblia, y recorriendo los demás escritos inspirados, especialmente los de los profetas, puso de relieve todo cuanto habían predicho del Cristo (61). ¡Cuánto diéramos por haber asistido a este curso de sublime exégesis! Adivínase el consuelo que con estas explicaciones claras y persuasivas recibirían aquellos discípulos, que las escuchaban con gozosa atención.

Cuando se aproximaron a Emmaús, Jesús hizo como que iba más adelante; pero sus dos compañeros le rogaron con insistencia: “Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y está ya cayendo el día.” Le convidaban a pasar la noche con ellos, ya en su casa, si residían en Emmaús (62), ya en la posada, en caso contrario. Jesús aceptó y se sentó a la mesa con ellos. Cuando se les sirvió de cenar, haciendo el oficio de padre de familia, como tantas veces lo había hecho con sus apóstoles, tomó un pan, pronunció sobre él la fórmula ordinaria de bendición, lo partió con sus manos y dió una parte a cada uno de los otros dos comensales. Sin razón suficiente han supuesto algunos que lo consagró antes de ofrecérselo. En aquel punto, dice el evangelista, “se abrieron sus ojos” y reconocieron a Jesús. Pero ya no les fué dado gozar por más tiempo de su presencia, pues al instante desapareció, como en sus precedentes apariciones, en virtud de la agilidad que poseía **ahora su carne**

(60) Véase en particular Luc., IX, 22; XIII, 33; XVII, 25; etc.

(61) En el tomo I expusimos las principales profecías acerca del Redentor. Véase también nuestra *Sainte Bible commentée*, t. I, págs. 2-10.

(62) Así opinan Eusebio, *Onomasticon*, loc. cit., y San Jerónimo, *Epist.*, CVIII.

resucitada, exenta ya de las leyes ordinarias del espacio y de la gravedad.

Cuando los dos dichosos discípulos recobraron su serenidad, se comunicaron sus impresiones: “¿Por ventura, no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?” Al principio no se habían percatado de ello; ahora ya sabían que era efecto de la presencia de su amado Maestro. Aunque era ya de noche — precisamente por esto habían convidado a Jesús a quedarse con ellos —, al punto toman el camino de Jerusalén, para contar a los apóstoles el gran hecho que acababan de presenciar. Después de haber desandado el camino que habían recorrido en la amable compañía de Jesús — ahora ya no iban tristes — hallaron reunidos, probablemente en el cenáculo, “a los Once y a los que estaban con ellos”. En cuanto entraron recibieron una noticia tan alegre como la que ellos traían. “Verdaderamente — les dijeron — ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.” Ellos, a su vez, contaron lo que les había acontecido en el camino de Emmaús, y cómo reconocieron a Jesús en el momento en que partía el pan. Su relato excitó al principio algunas dudas, según nos dice San Marcos; pero no duraron éstas mucho, porque de improviso el Salvador mismo se apareció en medio de la asamblea.

Esta fué “la corona” de las manifestaciones del Divino Resucitado en aquella magnífica jornada. Las demás apariciones habían sido individuales; ésta se endereza directamente a la naciente Iglesia, representada por los apóstoles y por algunos discípulos. San Lucas y San Juan refieren circunstanciadamente, con noticias que mutuamente se completan, aquella conmovedora escena, a la que San Marcos sólo alude como de pasada (63). Algunas particularidades señaladas por el evangelista — médico son de tal precisión — tienen todo el aspecto de una comprobación médica —, que constituyen un argumento invencible en favor de la realidad de la resurrección de Jesús.

Nuestro Señor, cuyo cuerpo, como va dicho, no hallaba ya obstáculos, se halló, pues, de repente en medio de la sala cuyas puertas, por precaución, tenían cerradas con llave los discípulos, temerosos de que, por el caso mismo de haber desaparecido

(63) Marc., XVI, 14; Luc., XXIV, 34-43; Joan., XX, 19-23.

el cuerpo del Salvador, cayese sobre ellos la cólera del Sanedrín. “¡La paz sea con vosotros!”, dijo el Salvador, empleando el saludo usual de los judíos, que tan bien cuadraba con aquellas circunstancias. Y añadió: “¡Soy yo, no temáis!”, porque en los rostros de los discípulos leía el espanto y la turbación que habían invadido sus almas. En efecto, se imaginaban ver ante sí (64) un fantasma. “¿Por qué estáis turbados y espantados —les dijo, para infundirles confianza— y asaltan a vuestros corazones pensamientos extraños? Ved mis manos y mis pies; soy yo mismo; palpad y ved: el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.” Y uniendo el ademán a las palabras, para mejor convencerles de su identidad, les mostró sus manos y sus pies, que aun después de su resurrección tenían y tendrán, sin duda, para siempre impresas las cicatrices, ahora gloriosas, de los clavos que los habían atravesado (65). En efecto, la certeza que proviene del sentido del tacto es más fuerte aún que la que procuran los ojos. Con todo eso, aun ante prueba tan perentoria, varios de los asistentes, los mismos que pocos momentos antes habían dado fe a las apariciones con que Nuestro Señor había favorecido a Simón-Pedro y a los discípulos de Emmaús, dudaban todavía. Pero, como hace notar San Lucas con aguda perspicacia psicológica, su mismo gozo los hacía desconfiados. Era tan grande su dicha de volver a hablar a su Maestro lleno de vida, que no osaban fiarse del testimonio de sus propios ojos (66). Los evangelistas están concordes en poner de relieve la lentitud con que los apóstoles y los discípulos se dejaron convencer de la resurrección del Salvador (67). Y así dice San Marcos en este mismo lugar que Jesús se lo echó en cara con alguna severidad (68). Mas en esto mismo tenía la Providencia especiales designios. Con permitir que la convicción de los más íntimos amigos de Cristo exigiese tantas pruebas, preparaba a nuestra fe firmísima seguridad. Como se ha dicho muy

(64) El griego emplea el verbo *θεωρεῖται*.

(65) San Ignacio, *Epist. ad Smyrn.*, III, 1, refiere también este hecho.

(66) Observaciones semejantes se leen en antiguos escritores. Por ejemplo, Séneca, *Thyest.*, *Proprium hoc miseros sequitur vitium numquam rebus credere laetis*; Tito-Livio, XXXIX, 49; *Vix sibimet ipsis prae nec opinatio agudio credentes*.

(67) Cf. Matth., XXVIII, 17; Marc., XVI, 8, 9-11, 12-13; Luc., XXIV, 9-11, 21-25, 37, 41; Joan., XX, 9, 25.

(68) Marc., XVI, 14.

bien, “si hubieran sido más dóciles infundieran sospecha de haberse dejado llevar de las ilusiones de una imaginación que por doquier les hacía ver a Cristo resucitado. Pero mostrándose tercios y viéndose forzados a rendirse, como a pesar suyo, a la evidencia del milagro, son testigos competentes e irrecusables del gran acontecimiento en que reposa la credibilidad de los Evangelios” (69).

Para poner fin a las dudas de los más recelosos de sus discípulos, preguntóles Jesús: “¿Tenéis aquí algo que comer?” Ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel (70). Eran los restos de la frugal comida que estaban acabando, dice San Marcos, cuando se presentó el Señor delante de ellos. Comió en presencia de ellos. Ciertamente que el cuerpo de Jesús resucitado ninguna necesidad tenía de alimentarse, pero con todo conservaba la facultad de recibir los alimentos, y aun en alguna manera de absorberlos.

Cuando vió el Salvador que todos estaban ya convencidos de su resurrección, les dijo de nuevo: “¡La paz sea con vosotros!” A este deseo añadió estas sencillas pero grandiosas palabras, con que les confería extraordinarios poderes: “Como el Padre me envió, así también yo os mando.” Así los constituía oficialmente continuadores de su obra divina. Pronto le oiremos renovar esta misión con lenguaje más amplio y majestuoso. Luego sopló sobre ellos diciendo: “Recibid el Espíritu Santo; a los que perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retuviereis, les serán retenidos.” Con esta inspiración simbólica, que recordaba aquella otra con que el Creador comunicó la vida al primer hombre (71), Jesús infundía, digámoslo así, una vida nueva a sus discípulos, para ayudarlos a cumplir dignamente la sublime misión que les encomendaba. En este momento recibieron una verdadera, aunque parcial, efusión del Espíritu Santo, mientras llegaba la hora de la comunicación plena y más solemne de sus dones, en el día de Pentecostés. Esta santa efusión iba acompañada de un poder de todo en todo celestial: el de perdonar los pecados como el mis-

(69) San León, *Sermo LXXI*, expresó breve y enérgicamente este mismo pensamiento: *Dubitatum est ab illis, ne dubitaretur a nobis*.

(70) Las palabras *καὶ ἄρτι μεσσηίου ζῆριου* (Vulg., *et farum melis*), omitidas en numerosos e importantes documentos, quizá no son auténticas.

(71) Gen., II, 7.

mo Dios. Revistiéndolos de este poder sobrehumano acababa Jesús de consagrarlos como embajadores y representantes suyos ante los hombres. Entonces instituyó definitivamente el Sacramento de la Penitencia (72).

San Juan nos refiere también, con lenguaje vivo y dramático, un incidente estrechamente relacionado con esta aparición de Jesús a los discípulos reunidos en el cenáculo (73). El apóstol Tomás, por providencial circunstancia, nacida tal vez de una especie de desaliento y melancolía que le había impulsado a huir la compañía de los demás apóstoles, no había tenido la dicha de ver al Divino Resucitado. Cuando los otros, alborozados, le dijeron: "Hemos visto al Señor", respondiéndoles él con firmeza digna de mejor causa: "Si no viere en sus manos la abertura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré." Poniendo todas estas condiciones, daba a entender que estaba bien resuelto a no dar crédito a otro testimonio que al de sus sentidos y experiencia personal. No le bastaba ver; quería una demostración palpable. ¡Qué terca obstinación! Adivínase la huraña energía con que el desconsolado y medio desesperado apóstol pronunció las últimas palabras "no creeré".

El Señor, en su infinita bondad, se dignó conceder al infortunado discípulo, a quien la tristeza había llevado momentáneamente a tal exceso de incredulidad, las pruebas que pedía. Ocho días después estaban nuevamente reunidos los apóstoles, y entre ellos estaba Tomás. Como en la tarde de la resurrección, aparecióseles repentinamente Jesús, en las mismas circunstancias que la primera vez. Después del saludo acostumbrado "¡La paz sea con vosotros!", se volvió a Tomás y le dijo: "Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel." Así le daba ocasión de comprobar todas las condiciones que había puesto como indispensables para creer en la resurrección. Todo confuso al oír estas palabras, que eran casi las suyas, tan inconsideradas y tan atrevidas, y que por lo mismo le recordaban más vivamen-

(72) Concilio de Trento, Sess., IV, can. 3. Bellarmino, *De poenitentia*, libro III, cap. II; Corluy, *Comment. in Evang. Joannis*, segunda edición, páginas 474-476.

(73) Joan., XX, 24-29.

te su falta, se sintió como abrumado, y no pudo responder más que con una simple palabra de adoración: "Señor mío, y Dios mío." Hermoso acto de fe, que reparaba su incredulidad pasada. Jesús aceptó bondadosamente esta confesión, algo tardía, y con acento de cariñosa reconvención dijo al apóstol: "Porque has visto, Tomás, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron." Creer sin aquellas pruebas tangibles hubiera sido más perfecto; con todo era preciso que los discípulos viesen y tocasen a Jesús resucitado, para procurar argumentos a nuestra creencia.

IV. — LAS APARICIONES DEL DIVINO RESUCITADO EN GALILEA.

Los evangelistas sólo cuentan expreso de ellas una que ocurrió a orillas del lago de Genesaret (74), y otra en una montaña (75), cuya situación exacta no se indica. Los relatos de San Marcos y de San Lucas (76), que en este lugar son por extremo concisos, parece, a primera vista, que se refieren aún a las apariciones de Jesús en Jerusalén; pero más probable es que el de San Marcos se refiere a la manifestación que tuvo lugar en la montaña de Galilea, y el de San Lucas a una de las que precedieron casi inmediatamente a la ascensión del Salvador.

Poco después de la última aparición que dejamos relatada, los apóstoles dejaron Jerusalén para volver a Galilea, conforme a la promesa (77), y luego a la orden (78) que habían recibido de su Maestro. Entretanto que nuevas indicaciones les diesen a conocer lo que habían de hacer volvieron, al menos en parte, a sus antiguas ocupaciones, para ganarse el pan de cada día.

La aparición a orillas del lago, que nos lleva a los parajes galileos que más favorecidos habían sido con la presencia, predicación y milagros de Jesús, es uno de los relatos más hermosos del cuarto Evangelio. Los pintorescos pormenores que en ella abundan son prueba de que el historiador fué testigo pre-

(74) Joan., XXI, 1-24.

(75) Matth., XXVIII, 16-20.

(76) Marc., XVI, 15-18; Luc., XXIV, 44-49.

(77) Matth., XXVI, 32; Marc., XIV, 28.

(78) Matth., XXVIII, 7-10; Marc., XVI, 7.

sencial. Una tarde, pues, Simón-Pedro, que había regresado sin duda a su casa de Cafarnaún, dijo a seis de sus colegas, que entonces se hallaban con él (eran los dos hijos de Zebedeo, es decir, Santiago el Menor y Juan, Natanael-Bartolomé, Tomás-Dídimo y otros dos que no se nombran, pero que, al parecer, pertenecían también al colegio apostólico): "Voy a pescar." Como siempre, él es el motor, el propulsor, digámoslo así, de la sociedad de los apóstoles. Se nos muestra una vez más con su ardor acostumbrado, con su temperamento impetuoso. Sus compañeros aceptan al punto su invitación indirecta: "Vamos también nosotros contigo", le responden. Subieron a una barca y trabajaron toda la noche; pero, aun siendo la noche el tiempo más favorable para la pesca, nada cogieron, como ya en otra ocasión solemne les había sucedido (79). Al alba del día siguiente, apareció Jesús en la playa; pero los pescadores no le reconocieron al principio; así había acontecido a María-Magdalena y a los discípulos de Emmaús. Preguntóles familiarmente: "¿Muchachos (80), no tenéis nada que comer?" (81). Lo que venía decir: ¿Habéis pescado algo? A su respuesta negativa, que indicaba el mal suceso de su trabajo nocturno, replicó: "Echad la red a la derecha de la lancha y hallaréis." Siguiéron el consejo de su desconocido interlocutor, y en breve rato la red se llenó de tal cantidad de peces que no podían ya levantarla. Con ocasión de la primera pesca milagrosa hablamos de los bancos de peces del lago de Tiberiades (82). Jesús, por su presciencia sobrenatural, sabía que a la derecha de la barca pasaba uno de aquellos bancos enormes a la hora misma que los apóstoles echaban su red.

El discípulo amado, al ver tan grande prodigio, que le recordaba aquél que en aquel mismo lago había presenciado cuando Jesús lo llamó definitivamente, tuvo una intuición repentina. "Es el Señor", exclamó gozoso. Justo era que entre todos los apóstoles fuese él quien primero reconoció a Aquel a quien

(79) Luc., V, 4-11.

(80) En griego, *παῖδες*, "chicos"; pero este diminutivo, que es una muestra de familiaridad, difiere de *τεκνία*, otro diminutivo, que expresa algo de más tierno y delicado. Cf. Joan., XIII, 33.

(81) El sustantivo *προσφαγίον* (Vulg., *pulmentarium*) significa etimológicamente "lo que se come con", es decir, con pan; en el caso actual, pescado, evidentemente.

(82) Tomo II, pág. 256.

volvía amor por amor. ¡Cuánta claridad da a la vista un afecto santo! En cuanto Simón-Pedro oyó esta observación de su amigo vistióse a toda prisa su túnica, por respeto al Divino Maestro, pues estaba medio desnudo, al estilo de los pescadores; la recogió hacia la cintura e impetuoso como de costumbre se arrojó al lago para llegar lo antes posible nadando hasta donde estaba Jesús en la playa (83). Los demás discípulos permanecieron en la barca, que remolcaba lentamente la red llena de peces. El evangelista observa que sólo distaban entonces de la orilla como unos doscientos codos, es decir, unos 105 metros (84).

Cuando llegaron a la playa vieron unas brasas, y sobre ellas, al lado, había también pan. Es evidente que, a juicio del evangelista, Jesús había preparado estos alimentos milagrosamente. "Traed acá de los peces que cogisteis ahora", dijo el Maestro a los apóstoles. Es de observar que el Salvador no pidió aquellos peces para agregarlos al que ya estaba encima de las brasas. La continuación del relato (85) muestra, en efecto, que la comida consistió únicamente en el pan y el pez milagroso que antes mencionamos. Los peces que pide Jesús serán para El. "Figuran simbólicamente las almas que sus apóstoles irán a ganarle por el mundo y que le traerán luego con alegría. En cuanto a la comida misma, cuyos manjares procuró el Señor, expresaba, según enseñan antiguos autores, la necesidad del concurso divino y de las gracias celestiales para cumplir con fruto el oficio de pescadores místicos. ¿Qué habrían logrado los apóstoles, con todos sus esfuerzos, sin la asistencia de Cristo?" (86).

Cumpliendo el mandato de Jesús, Pedro subió a la barca, que ya estaba amarrada muy cerca de la playa, desató la red y comenzó a arrastrar hacia tierra, ayudado de los otros apóstoles. Contaron los peces: había ciento cincuenta y tres, todos grandes; y con tanto peso la red no se había desgarrado. Antiguamente los comentadores se complacían en interpretar en sentido místico el número 153; hoy se admite sencillamente

(83) "Tanto Pedro como Juan manifiestan aquí su respectivo temperamento; aquél, más ardiente; éste, más sublime; aquél, más impetuoso; éste, más perspicaz." San Juan Crisóstomo, *Hom. in Joan.*, h. 1.

(84) El codo equivalía a 0,525 metros.

(85) Véase Joan., XXI, 13, en el texto griego.

(86) L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Jean*, pág. 380.

que el narrador, al citarlo, no tuvo otra intención que la de mostrar la magnitud del prodigio.

Entonces Jesús dijo a los discípulos: “Venid, y comed.” Quizá los contenía a alguna distancia cierto temor respetuoso; de ahí la invitación que les hace con su bondad acostumbrada. Aquella frugal comida matutina era, pues, emblema de las fuerzas que confería a sus amigos para los arduos trabajos que en breve iban a emprender por El. El evangelista nota que ninguno de los convidados “se atrevía a preguntarle: ¿Quién eres?, sabiendo que era el Señor”. Déjase entender que en presencia de Cristo resucitado, y después de tan señalado prodigio, los discípulos no se atreviesen a tratarle con su antigua familiaridad; pero aunque el respeto detenía en sus labios las preguntas, estaban absolutamente ciertos de que El era. Haciendo, pues, como antes de su muerte, el oficio de padre de familia, el Salvador tomó el pan y lo distribuyó entre los siete discípulos, y otro tanto hizo con los peces. Antes de la comida debió de pronunciar la bendición ritual, aunque el historiador no la menciona. Probable es que Jesús comió también con sus convidados.

En cuanto a Pedro, esta segunda pesca milagrosa fué acompañada, como la primera (87), de graves palabras de Cristo, que le conferían poderes sublimes; pero la presente ocasión es de mayor solemnidad. En la aparición especial con que Jesús había honrado a Pedro, lo absolvió de su falta; ahora va a confirmarle en su dignidad de cabeza del colegio apostólico. Después de la elección y de la promesa, viene ahora la instalación completa y definitiva (88).

Cuando terminó la comida preguntóle Jesús en presencia de los otros discípulos: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?” Cosa notable: mientras que el evangelista continúa en su relato dando al apóstol los nombres de Simón-Pedro, o de Pedro, Jesús, por tres veces, le interpelará con su nombre de familia “Simón (hijo) de Juan” (89), como si quisiera hacerle reconquistar el noble apelativo de “Cefas” que transitoriamente

(87) Luc., V, 10.

(88) Joan., XXI, 15-19^a.

(89) El texto griego ofrece tres variantes a propósito de este nombre: Σίμων Ἰωάννη, Σίμων Ἰωάννου y Σίμων Ἰωάννου (Vulg., *Simon Joannis*). Las dos últimas son las más autorizadas.

había dejado de merecer, cediendo a la carne y a la sangre. El amor, y un amor más generoso que el de todos los demás apóstoles, era el precio a que Jesús había de conceder al hijo de Juan una prerrogativa tan eminente. Era justo que de aquel que se había ufanado de no dejar a su Maestro, aun cuando todos le desamparasen, y que luego le había tristemente negado, exigiese Cristo un afecto mayor, antes de conferirle mayor potestad y honor. Pedro, acordándose de su presunción, a la que siguió tan lamentable caída, se contentó con responder humildemente: “Sí, Señor, Tú sabes que te amo.” Se refiere, pues, a la ciencia infalible de Jesús, antes que a sus propios sentimientos, cuya fragilidad había experimentado. El examen atento de los textos nos enseña que el apóstol no usa, para expresar su respetuosa adhesión, la misma locución que su Maestro. Jesús había empleado un verbo (90) que se aplica al afecto llamado de voluntad, que es más firme y de naturaleza más elevada; Pedro emplea otro verbo (91), que denota un afecto quizá más tierno y ardiente, pero también más humano. Recordando su falta, no se atreve a asegurar que posee ese amor constante, seguro de sí mismo, que pide su Maestro; pero, cuando menos, promete a Jesús toda la ternura natural de su corazón. “Apacienta mis corderos” (92), le responde Nuestro Señor, que de este modo le confiaba la honrosísima y delicada misión de apacentar el rebaño cuyo Pastor supremo era El mismo (93).

Después de una breve pausa, preguntó Jesús por segunda vez a Pedro, en términos casi idénticos: “Simón (hijo) de Juan, ¿me amas?” Volvió a responderle el apóstol: “Sí, Señor, Tú sabes que te amo.” La réplica del Salvador presenta una ligera variante según el texto original: “Cuida de mis ovejas” (94). Han crecido los corderos, y requieren ya más cuidados: esto expresan muy bien los matices del lenguaje empleado por Cristo. Por tercera vez hizo Jesús la misma pregunta a Pedro: “Si-

(90) Ἀγαπᾷς με (Vulg., *diligis me*).

(91) Φιλῶ σε (Vulg., *amo te*).

(92) El diminutivo griego ἀρνία, “corderillos”, es muy expresivo.

(93) Cf. I Petr., V, 1-4, donde se creería oír el eco de esta escena.

(94) Ποιμαίνε τὰ ποσβασία μου, en vez de Βόσκει τὰ ἀρνία μου. El verbo βόσχω significa “alimentar”; ποιμαίνω dice más y representa todo el conjunto de la conducta del pastor para con su rebaño.

món (hijo) de Juan, ¿me amas?" El apóstol había negado tres veces a su Maestro; para que borre enteramente su falta, el Maestro le pide ahora una triple y pública protesta de amor (95). Mas el apóstol, no conociendo las intenciones de Jesús, quedó profundamente contristado con aquella insistencia, que parecía poner en duda su cariño. Por lo que respondió con redoblada energía: "Señor, Tú sabes todas las cosas; Tú sabes que te amo." Esta vez, generalizando el pensamiento, apela a la ciencia universal de Cristo, que, conociendo todas las cosas y leyendo en el fondo de los corazones, no ignora cuáles son los sentimientos que respecto de El tiene el apóstol. Satisfecho Jesús, replicó con majestuosa bondad: "Apacienta mis ovejas." También tiene un matiz especial esta fórmula, que no es del todo igual a las dos precedentes. Los corderos se han convertido ya en ovejas; pero también éstas quedan encomendadas a Pedro.

De antiguo los doctores de la Iglesia sacaron de este diálogo conmovedor conclusiones teológicas relativas al primado de San Pedro y sus sucesores. Nadie ha resumido mejor que Bossuet, en su célebre Sermón sobre la unidad de la Iglesia (96), esta tradición basada en la palabra infalible de Cristo. "Jesucristo prosigue su intento: después de haber dicho a Pedro, eterno predicador de la fe: Tú eres Pedro..., añade: Y yo te daré las llaves del reino de los cielos... Todo está sometido a estas llaves, todo: reyes y naciones, pastores y rebaños. Lo publicamos con alegría..., y tenemos a gloria nuestra obediencia. A Pedro es a quien ordena Jesús apacentar y gobernar los corderos y las ovejas, los pequeñuelos y las madres, y hasta a los mismos pastores. Pastores respecto de los pueblos, y ovejas respecto de Pedro, honran en él a Jesucristo."

Prosiguiendo la conversación dice Jesús a Pedro: "En verdad, en verdad te digo que, cuando eras mozo, te ceñías e ibas adonde querías; mas cuando ya fueres viejo, extenderás tus brazos y te ceñirá otro y te llevará adonde tú no quieras." Cuadro primoroso en que se profetiza al príncipe de los apóstoles

(95) Así lo hacen observar con frecuencia los Santos Padres. *Reddatur negationi trinae trina confessio, ne minus amori lingua serviat quam timori*, dice, entre otros, San Agustín, *Tractat. CXXIII in Joan.*

(96) Edición Lachat, t. XI, 592-600.

el martirio con que acabaría su vida en servicio de Jesús. Los colores de él están tomados de los usos ordinarios de la vida, como ocurre en otros lugares de los Evangelios. Los orientales acostumbran recoger sus amplios vestidos con un cíngulo para andar y para trabajar con más comodidad (97). Cuando uno es joven, él mismo se ciñe sin necesidad de ayuda ajena; pero cuando, por causa de la edad, se ha perdido la agilidad de los miembros y cae uno bajo el yugo de esa necesidad tan agudamente descrita en el libro del Eclesiastés (98), se ve en el trance de que otros le ciñan, y entonces se ve obligado a levantar y extender los brazos. Ahora bien: esta es precisamente la actitud de los crucificados, como lo notan los Padres, siguiendo a los escritores clásicos de Grecia y de Roma (99). Se predice aquí a Pedro la muerte de cruz, según la interpretación común de la antigüedad, que se ajusta a lo que dice el mismo evangelista: "(Jesús) dijo esto indicando con qué muerte había de glorificar a Dios." La crucifixión de San Pedro en Roma es un hecho histórico rigurosamente demostrado. Los testimonios se remontan hasta San Clemente Papa (100) y Tertuliano (101). Cuando San Juan transcribía el vaticinio de Jesús hacía ya muchos años que había muerto el príncipe de los apóstoles.

Nuestro Señor dijo todavía a Pedro: "Sígueme." Quería llevarlo aparte para darle algunas instrucciones particulares acerca del próximo porvenir de la Iglesia. Pero como Pedro volviese el rostro, vió ir detrás de sí "al discípulo a quien Jesús amaba y que, durante la cena, se había recostado sobre su pecho, y había dicho: Señor, ¿quién es el que te va a entregar?" Aunque la invitación sólo había sido hecha a Pedro, Juan, a título de discípulo privilegiado, se fué también en pos de Jesús, pero discretamente, a alguna distancia.

Pedro, pues, cuando lo hubo visto, preguntó al Salvador: "Señor, y éste ¿qué?" Pedro y Juan estaban unidos por los lazos de una estrecha amistad; y así no era mucho que el pri-

(97) L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, pl. I, figs. 4, 5, 7.

(98) *Eccl.*, XII, 1-8.

(99) Arriano, *Epictet.*, III, 26; Séneca, *Consolat. ad Marc.*, 20; Tertuliano, *Scorp.*, 15, y *De praescr.*, 35; Eusebio, *Hist. eccl.*, II, 25; etc.

(100) *Epist. I ad Cor.*, V. 4.

(101) *Scorp.*, 15. Acerca de la humilde y generosa petición hecha por San Pedro a sus verdugos, para alcanzar que le crucificasen cabeza abajo, véase Eusebio, *Hist. eccl.*, III, 1, 2.

mero se interesase por el segundo, y pretendiese inquirir acerca de su futuro destino (102). Respondió Jesús con entereza: "Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué se te da? Tú sígueme a mí." Aun rehusando dar satisfacción a la curiosidad de Pedro, el Salvador deja entender que el discípulo amado viviría aún mucho tiempo. Pero su respuesta, vaga de intento, se transformó pronto en leyenda (103), y por mucho tiempo anduvo muy valido entre los fieles el rumor de que aquel discípulo no moriría. Por eso San Juan, para desmentir este falso rumor, añade: "Y no dijo Jesús: No morirá. Sino: Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué te importa?" Y con esta observación del evangelista acaba bruscamente el relato de la aparición de Jesús a orillas del lago de Tiberiades.

San Mateo refiere (104) otra aparición del Salvador resucitado, que acaeció en una montaña de Galilea, donde probablemente habían sido convocados de antemano los discípulos, pero cuyo nombre no nos ha sido transmitido, por lo que es inútil proponer conjeturas respecto de ella (105). Aunque el narrador sólo menciona a los "once" apóstoles como testigos de la aparición, muchos exégetas creen poder identificarla con la que San Pedro menciona en su primera Epístola a los Corintios (106), y a la que asistieron "más de quinientos discípulos". En este caso, que nos parece verosímil, San Mateo habría hablado solamente de los "once" porque ellos eran los principales y también porque a ellos, en primer término, se enderezaron las palabras que en aquella ocasión solemne pronunció Jesús.

En cuanto apareció el Salvador —repentinamente, como solía desde su resurrección—, los discípulos se prosternaron, para ofrecerle el homenaje de su adoración. Y con todo, aun en esta ocasión, a pesar de la evidencia, algunos de los que asistían, andaban al principio perplejos: indicio de que no estaban

(102) San Jerónimo, *Adv. Jovin.*, I, 26: *Nolens deserere Joannem, cum quo semper fuerat copulatus.*

(103) Véase San Agustín, *Tractat. in Joann.*, CXXIV, 2.

(104) Matth., XXVIII, 16-20.

(105) No faltan hipótesis. Se ha pensado en el Tabor, en el monte de las Bienaventuranzas y en el mismo Carmelo, aun estando situado fuera de la Galilea. El griego dice con artículo: "Sobre la montaña." Pero tampoco esto nos da indicación precisa.

(106) I Cor., XV, 6.

sólos los apóstoles, en quienes sería incomprensible toda vacilación después de haber visto varias veces a Jesús resucitado. Pero no le fué dificultoso al Divino Maestro el triunfar de aquella lentitud en creer, con un discurso del que, por desgracia nuestra, sólo poseemos un sumario precioso, es cierto, o tal vez su conclusión.

"Todo poder me ha sido dado en el Cielo y en la Tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándolas a guardar todas las cosas que os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos."

Estas breves palabras, de riqueza inagotable, fueron pronunciadas con autoridad real, con autoridad divina. Contienen la reivindicación de un dercho supremo, una orden que toca al universo entero, la más magnífica de las promesas. La reivindicación sirve de exordio y como base a todo lo restante, y es de inmensa trascendencia. San Pablo, en varias de sus Epístolas, acumula expresiones con que trata de describir la gloria y el poder de que Dios-Padre invistió a su amadísimo Hijo después que éste resucitó. Así, por ejemplo, al principio de la Epístola a los Colosenses (107), escribe: "El Hijo (Jesucristo) es la imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura, porque en El fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fué creado por El y para El. El es ante todas las cosas, y todas subsisten en El. El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia. El, que es el principio, primogénito de entre los muertos, para que El tenga el primado en todas las cosas. Porque en El quiso (Dios) que habitase toda plenitud; y por El quiso reconciliar todas las cosas consigo" (108). Admirable es esta amplificación, pero con todo no es más expresiva que aquellas palabras tan sencillas en apariencia: "Todo poder me ha sido dado en los Cielos y en la Tierra", en las cuales se le atribuye poder universal, tanto sobre los ángeles como sobre los hombres y sobre toda la naturaleza. Y nótese mucho que no se trata aquí de la autoridad que Cristo posee en cuanto Hijo de Dios; que ésta no le ha

(107) Col., I, 15-19.

(108) Véase también Phil., II, 9-11.

sido dada, sino de una autoridad nueva que le han merecido sus humillaciones y sus padecimientos (109). Expresan estas palabras la realización magnífica e integral del Salmo VIII, que en tan bellos términos habla del poder del hombre ideal, y, por tanto, del Mesías. Expresan también la realización de varias promesas gloriosas hechas por Dios a su Cristo en los escritos proféticos del Antiguo Testamento; entre otras, de ésta: “Y dióle la potestad, y la honra, y el reino: y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán; su potestad es potestad eterna, que no se le quitará” (110). Nada, pues, queda fuera de su dominación. Sólo Dios no le está sometido. Quizá en toda su vida pública nunca se atribuyó Jesús tales derechos y poder tan universal.

En virtud de estos plenísimos poderes da órdenes a los que había elegido como continuadores de su obra. En Galilea les había conferido sus primeros privilegios cuando los envió a predicar, y en esta misma provincia completa y confirma sus títulos acabando con este acto soberano su obra mesiánica sobre la tierra. En otro tiempo había puesto límites al ministerio de los apóstoles; ahora los envía a conquistar el mundo entero: “Id, enseñad a todas las naciones”; a la letra, según el texto griego: “Convertid en discípulos a todas las naciones.” Ahora bien: para formar discípulos dos cosas son menester: primero, la iniciación, y luego, la instrucción. La iniciación consistirá en el rito del bautismo, administrado en el nombre de la Santísima Trinidad. La instrucción comprenderá el dogma y la moral cristiana, la aceptación de las verdades cristianas de que se compone el Evangelio y el cumplimiento de los preceptos de Cristo. Pero los apóstoles no han de anunciar a Jesús solamente como Mesías del pueblo judío, sino como Salvador de todo el mundo.

¡Tarea sobrehumana para los apóstoles y que los hubiera llenado de espanto si al imponérsela no les hubiera prometido Jesús permanecer siempre con ellos, para ayudarlos, en medio de sus dificultades y de sus fatigas! Pero les da, y con palabras dulcísimas, seguridad de no dejarlos nunca; de que su presencia íntima y eficaz en medio de ellos será continua y se

(109) Véase Maldonado, *Commentar.*, in h. l.

(110) Dan., VII, 13-14. Cf. Ps., II, 8; etc.

prolongará “hasta la consumación de los siglos”, es decir, hasta el fin del mundo.

Hacia el final del segundo Evangelio leemos (111) estas otras palabras de Jesús, que el evangelista trae a propósito de la primera aparición a los apóstoles en el cenáculo, porque abrevia y condensa su relato; pero quizá fueron pronunciadas en Galilea cuando el Salvador se apareció en la montaña.

“Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creyeren: lanzarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes, y si bebieren alguna cosa mortífera, no les dañará; impondrán las manos a los enfermos, y éstos sanarán.”

Comienzan estas palabras con una orden que se intima a los apóstoles, muy semejante a la que poco ha leímos en San Marcos: “Id, enseñad a las naciones, bautizadlas...” (112). También aquí quiere Jesús que caigan todas las barreras de nacionalidad ante la predicación evangélica, que en adelante se extenderá “a toda la creación”, es decir, a todo el linaje humano; pero aquí la orden está motivada y ampliada. La predicación excitará la fe, y la fe, cuya prenda será el bautismo, completada con las obras, alcanzará la salvación. Los que no quisieren creer incurrirán en condenación eterna.

En el Evangelio de San Mateo, Jesús promete a los apóstoles que aun cuando los dejará exteriormente para volver al Cielo, seguirá morando con ellos; en el de San Marcos la promesa es, a la vez, más general y más particular: más general, porque se endereza a “todos los que creerán”; más particular, porque lleva consigo el don de hacer milagros, de los cuales, por vía de ejemplo, se enumeran los principales. Tenían por fin procurar el bien común de la Iglesia, y particularmente el confirmar la predicación del Evangelio. El libro de los Hechos Apostólicos (113), los escritos de los primeros Padres y toda la historia de la Iglesia nos enseñan el santo uso que de ese don se ha hecho en todo tiempo y los ópimos frutos que de él han dimanado.

(111) Marc., XVI, 15-18.

(112) Matth., XXVIII, 19.

(113) Véase también la primera epístola de San Pablo a los Corintios, XII-XIII.

CAPITULO II

La Ascensión gloriosa del Salvador.

En el discurso de los cuarenta días que transcurrieron entre la resurrección del Salvador y su ascensión gloriosa consoló Jesús a sus discípulos y continuó su educación, que el Espíritu Santo había de acabar el día de Pentecostés. Advertidos por su Maestro, volvieron de Galilea a Jerusalén; fué donde, pocas horas antes de subir al Cielo, les hizo sus últimas recomendaciones y les dió su adiós postrero, según refiere San Lucas así al fin de su Evangelio como al principio del libro de los Hechos (1). Quisiera la piedad cristiana poseer noticias más puntuales sobre estos últimos instantes que Jesús pasó en la tierra; pero fuerza es contentarse con los que el evangelista nos ha conservado.

El Salvador, recordando el tiempo que había vivido con sus apóstoles, les trajo a la memoria la frecuencia con que les había repetido que se cumplirían a la letra los vaticinios del Antiguo Testamento que a El se referían:

“Estas cosas son las que os decía (2) cuando estaba con vosotros: Que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés y en los profetas y en los Salmos.”

“La ley, los profetas, los Salmos”: esta fórmula representa todo el Antiguo Testamento en sus tres grandes secciones, las cuales, sin distinción, contienen vaticinios mesiánicos (3). Siendo la Sagrada Escritura de tanta importancia para la doctrina cristiana, a la que sirve de fundamento, Jesús, según

(1) Luc., XXIV, 44-49; Act., I, 4-8.

(2) Es decir, antes de su muerte. Ahora ya no estaba Jesús con ellos del mismo modo que antes.

(3) Véase el tomo I, págs. 207-220.

expresión del evangelista, “abrió la inteligencia” de sus apóstoles, para que en adelante fuesen capaces de interpretar por sí mismos los textos sagrados. Don magnífico que el Espíritu Santo completará bien pronto, y por virtud del cual los primeros predicadores del Evangelio sabrán descubrir en la Biblia los vaticinios que se referían a su Maestro. Don magnífico que fué asimismo concedido a la Iglesia, depositaria e intérprete infalible del verdadero sentido de los libros sagrados. Don magnífico que nos ha procurado las interpretaciones incomparables de Santos Padres, como San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, y de nuestros grandes exégetas católicos. Sólo, en efecto, la luz de lo alto puede hacer entender plenamente los Sagrados Libros.

Luego dijo Jesús:

“Así está escrito, y así era menester que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se predicase la penitencia y la remisión de los pecados a todas las naciones, empezando por Jerusalén. Y vosotros sois los testigos de estas cosas. Y yo os voy a enviar el don prometido por mi Padre; entretanto perseverad en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fortaleza de lo alto.”

¡Cómo insiste en la necesidad de su pasión y de su muerte, predichas con tanta claridad por los profetas de Israel! Indica también, aunque muy brevemente, las cuatro cualidades de la predicación apostólica. Se hará en su nombre; anunciará la penitencia y la remisión de los pecados; se extenderá a todas las naciones y comenzará por Jerusalén. La capital judía, como centro de la verdadera religión, tenía derecho a este privilegio, y los apóstoles se guardarán bien de quitárselo, pues dentro de sus muros comenzaron a predicar la fe cristiana con fruto prodigioso.

Algunos de los discípulos hicieron entonces a Jesús una pregunta que, mayormente en aquellos momentos, ha de parecer inoportuna y extraña: “Señor, ¿vas a restablecer ahora el reino de Israel?” (4). Aludían al reino del Mesías, tal como por entonces lo soñaban, según hemos visto repetidas veces, los judíos; reino puramente exterior y político, brillante y fastuoso, cuyos principales súbditos serían los descendientes de Abraham, y en el que los paganos sólo tendrían derecho de ciudadanía, a

(4) Act., I, 6.

condición de incorporarse al judaísmo, si ya lograban escapar de las sangrientas batallas que victoriosamente les habían de librar los judíos. ¡Qué inteligencia tan imperfecta tenían aún aquellos discípulos de las instrucciones de su Maestro, con ser tan precisas, y cuán necesario les era el Espíritu Santo! Respondióles Jesús:

“No es de vosotros conocer tiempos o momentos que el Padre (celestial) ha fijado de su voluntad; pero recibiréis el Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda la Judea y en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (5).

A estas instrucciones siguió la ascensión gloriosa, que pone fin a la vida terrestre de Nuestro Señor Jesucristo. San Marcos y San Lucas la cuentan compendiosamente (6). Habiendo entrado en el mundo de un modo misterioso y milagroso, misteriosamente también, y por medio de un prodigio, sube a los cielos el Hijo de Dios. Tomando consigo a los apóstoles y a algunos discípulos y santas mujeres que a la sazón se hallaban en Jerusalén—y también a su Madre, según es de creer, pues el día de la Ascensión estaba en el cenáculo con la asamblea de los fieles (7)—, los llevó al monte de los Olivos, al sitio que actualmente ocupa la aldea musulmana *Et-Tur*, como a un cuarto de legua, al Noroeste de Betania (8). De esta célebre colina algunos días antes había partido el cortejo que condujo triunfalmente a Jesús a Jerusalén como Mesías; he aquí que ahora va a servirle como de escabel para emprender su vuelo hacia el cielo, como Verbo encarnado. En este lugar glorioso, cuya autenticidad está garantizada por una tradición que se remonta al año 316, hizo construir Santa Elena una capillita en forma de rotunda, que muchas veces ha sido destruída y reedifi-

(5) Act., I, 7-8.

(6) Marc., XVI, 19-20; Luc., XXIV, 50-53; Act., I, 9-11.

(7) Act., I, 14.

(8) Fillion et Nicole, *Atlas géographique de la Bible*, lám. XV. En su Evangelio, XXIV, 50, dice San Lucas que Jesús condujo a sus apóstoles y discípulos *εως προς Βηθανίαν*, “hasta hacia Betania”, es decir, en dirección de esta aldea (esta es la lección más autorizada, en vez de *εως εις*). En el libro de los Hechos, I, 12, el evangelista concreta esta nota topográfica, algún tanto vaga, diciendo que la Ascensión acaeció “en el monte llamado de los Olivos, que está cerca de Jerusalén, a la distancia del camino que se puede andar el día de sábado”. Las dos noticias se completan mutuamente. El “camino de un día de sábado”, según los rabinos, era de 2.000 codos (unos 1.050 metros).

cada, y que los mahometanos han convertido en mezquita, como otros muchos santuarios cristianos (9). Allí, después de haberse despedido de todos los discípulos que estaban presentes, el Salvador levantó y extendió los brazos para darles una postrera bendición. Y mientras les estaba bendiciendo comenzó a elevarse majestuosamente en el aire, ante las extáticas miradas de los suyos. Pero pronto una nube se lo ocultó de su vista.

Aun después que desapareció, los discípulos, prosternados en tierra en actitud de adoración, continuaban mirando hacia el cielo, esperando volver a verlo. Pero dos ángeles, en forma humana, vestidos de blanco, como en el día de la resurrección de Cristo, se les aparecieron y les dijeron: “¿Por qué os estáis mirando al cielo? Este Jesús que de entre vosotros ha sido arrebatado al cielo (10) vendrá de esta misma manera” el día de su segundo advenimiento, al fin del mundo.

Los apóstoles y los discípulos regresaron, pues, a Jerusalén con un gran vacío en el corazón, pues sabían que ya no gozarían acá abajo de la cariñosa presencia de su amado Maestro; pero a la vez llenos de alegría, como expresamente nota San Lucas, porque el Salvador había ascendido a su Padre, para que su santa humanidad recibiese el puesto honroso que con tantos trabajos había merecido. Así acabó gloriosísimamente la vida del Salvador entre los hombres. Y ahora está sentado a la diestra de Dios, su Padre, gobernando, protegiendo y bendiciendo a su Iglesia, a la que ni sus ojos pierden de vista ni su corazón puede olvidar. Gracias a El creció rápidamente, y, a pesar de las sangrientas persecuciones y de las herejías, aún más perniciosas, que con tanta frecuencia han hecho guerra, se ha mantenido y se mantiene fiel en la fe y en el amor (11).

(9) Acerca de la tradición y del monumento de referencia, véanse las eruditas e interesantes noticias de la obra de los Padres Vincent y Abel, *Jérusalem, Recherches de topographie...*, t. II, págs. 360-412, y también en Eusebio, *Vita Constantini*, III, 41 y 43; *Demonstr. evangel.*, VI, 18.

(10) Mientras en diversos pasajes del Nuevo Testamento (Eph., IV, 40; I Petr., III, 22, etc.) se nos presenta a Cristo subiendo al cielo por su propia virtud, en otros (Marc., XVI, 19; Luc., XXIV, 51; Act., I, 2, 11, 22; I Tim., III, 16, etc.) se nos representa su ascensión como algo pasivo, que se atribuye al poder de Dios.

(11) Véase el apéndice XII.

CAPÍTULO III

¿Quién era Jesús?

Como un año antes de su muerte, hemos oído a Nuestro Señor Jesucristo hacer esta pregunta a sus apóstoles: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?” Los que sólo le conocían imperfectamente, por su predicación y sus milagros, lo tenían no más que por un gran profeta: Elías, Jeremías o Juan Bautista, milagrosamente resucitado. Pero cuando Jesús añadió: “Y vosotros, ¿quién decís que soy?”; uno de sus más íntimos apóstoles, que por varios meses había vivido en trato continuo con El, y a quien más claramente se había revelado, le dió esta célebre respuesta: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios” (1). ¿No daríamos también nosotros esta misma respuesta a Jesús, sin ninguna vacilación, si nos preguntase como a los Doce: “Vosotros, ¿quién decís que soy?” Y para que nuestra profesión de fe fuese más completa le recordaríamos sus principales títulos, y le diríamos en gradación ascendente que El es el más perfecto de los hijos de Adán, el mayor de los profetas, el taumaturgo más poderoso, el más eminente de los doctores, un reformador religioso sin igual, nuestro Salvador y Redentor, el rey universal, el Mesías, el Hijo muy amado de Dios. Intentemos justificar brevemente estos diversos títulos.

I.—ALGUNOS TÍTULOS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Diríamos en primer lugar, después de haber estudiado su vida, que era personaje único en la historia del linaje humano, el más perfecto de los hijos de Adán. Tenía razón uno de los

(1) Matth., XVI, 13-16; Marc., VIII, 27-29; Luc., IX, 18-20.

amigos de Pascal al decir: "Aunque no hubiese profecías respecto de Jesucristo ni hubiese hecho milagros, hay algo tan divino en su doctrina y en su vida que forzosamente queda uno embelesado, y que, así como no hay verdadera virtud ni rectitud de corazón sin el amor de Jesucristo, tampoco hay grandeza de inteligencia ni delicadeza de sentimientos, sin admirar a Jesucristo... El solo, sólo El y ninguno otro en el mundo" (2).

Aun considerado no más que en su aspecto humano, dejando a un lado (si fuese posible) su carácter sobrenatural, posee Jesús cualidades y perfecciones que en todo el curso de la historia no se han hallado nunca, ni se hallarán jamás en un mortal. Compáresele con cualquier otro hombre notable, escogido entre los mejores, los más ilustres, y al punto se echará de ver que ni el paganismo ni el judaísmo pueden oponerle, ni aun remotamente, un rival serio, aun entre sus héroes más señalados por su inteligencia, por sus obras o por su santidad. ¿Qué son un Solón, un Sócrates, un Platón, un Moisés, un David, un Elías o un Isaías al lado de Nuestro Señor Jesucristo? Sólo El reúne en su persona todos los rasgos de un ser ideal. En El se manifiesta un concierto armonioso de perfecciones que en ninguna criatura se conocen. Posee realmente, según bellísima y exactísima expresión de San Pablo (3), una preeminencia universal; se aventaja a todos los seres creados y aun a los mismos ángeles.

Distínguense a veces tres categorías de hombres, según que predomine en ellos o la vida intelectual, o la activa, o la vida del corazón. Pero Jesús, aunque reúne las perfecciones de cada una de estas categorías, no puede ser confinado en ninguna de ellas, pues reúne las excelencias de todas. No es posible descubrir en El ninguna de las faltas e imperfecciones que se notan en los hombres que brillan únicamente o por la inteligencia, o por la acción, o por el corazón. ¿Qué naturaleza—refiriéndonos por ahora a la humana—tan completa, tan rica, tan cautivadora, tan sugestionadora! "¿De dónde le viene a éste

tal sabiduría?", preguntaban las gentes, después de haberle oído (4). ¿Qué inteligencia la suya! ¿Qué pensador, qué orador, qué moralista y hasta qué poeta! Ya lo vimos en otro lugar de esta obra (5). ¿Y qué autoridad la suya! Fué mucho más poderoso en palabras y en obras que el mismo Moisés (6). Mirando siempre a su fin, nunca se desvió un punto de él, ocupado siempre en hacer bien (7), sin pensar ni aun en su descanso. Antes y después de El hubo hombres de gran corazón—citemos a un San Pablo, a un San Vicente de Paúl, a un San Francisco Javier—que amaron ardientemente a sus hermanos y se sacrificaron heroicamente por ellos. Pero más aún se sacrificó El como médico de los cuerpos y de las almas, como buen Pastor que iba en busca de las ovejas descarriadas. "¿Me amó y se entregó por mí!" Estas palabras de San Pablo lo dicen todo (8). Por eso mismo, ¿cómo se le ha amado y cómo se le ama todavía! Aunque por razón del tiempo y de la nacionalidad perteneció a un medio particularísimo y restringido, supo atraer cual ningún otro, según estaba predicho (9), a los hombres de todos los tiempos y de todos los países. En todo el mundo tiene derecho de ciudadanía. Nadie tampoco ha hecho tanto como El por derribar las barreras que separaban entre sí a los diversos pueblos de la tierra (10). Con razón, pues, le llamaba San Pablo segundo Adán (11), segundo jefe o cabeza de la humanidad, infinitamente superior al primero. Con él empieza en la historia una era nueva, que divide en dos partes muy distintas la historia del género humano.

Suelen los teólogos liberales reconocer esta superioridad humana, esta supremacía universal de Jesús (12); pero no quieren dar un paso más y confesar sus cualidades sobrenaturales. Una de las más insignes se menciona con frecuencia en los Evangelios con el título de profeta. Nuestro Señor decía un

(4) Matth., XIII, 54.

(5) Tomo II, págs. 39-41; 70-106; tomo III, págs. 91-98; etc.

(6) Act., VII, 22.

(7) Act., X, 38.

(8) Gal., II, 20.

(9) Joan., XII, 32.

(10) Eph., II, 14-15; Gal., III, 28.

(11) I Cor., XV, 45-49.

(12) Uno de ellos, el americano Crooker, compuso en este sentido un volumen que intituló *The supremacy of Jesus*, in-12, Boston, 1904.

(2) Palabras citadas en el *Correspondant*, número del 25 de octubre de 1919, pág. 258.

(3) Col., I, 18; ἐν πᾶσιν αὐτὸς πρωτεύων (Vulg., in omnibus ipse primatum tenens).

día de Juan Bautista que era “profeta... y más que profeta” (13). Mucho más aún que el precursor, El es el profeta por excelencia, el mayor de todos los profetas. Esto quiso significar Eusebio de Cesarea cuando dijo de El (14) que es “el único sumo sacerdote de todos los hombres, el único rey de toda la creación, el único profeta de los profetas de su Padre”. Jesús se atribuyó a sí mismo el don de profecía cuando, después del doble fracaso de Nazaret, dijo: “No hay profeta sin honor sino en su patria y en su casa” (15). También la turba le llamaban a menudo con este nombre; lo tenían por “un profeta poderoso en obras y en palabras” (16); lo llamaban el profeta de Nazaret (17); lo colocaban en la categoría de los más ilustres profetas de Israel (18).

Como los antiguos profetas, leía en el fondo de los corazones, y con su mirada escrutadora conocía los pensamientos más secretos de los que le rodeaban (19). “No necesitaba, como observa San Juan (20), que nadie le diese testimonio de hombre alguno, pues El mismo sabía lo que había en el hombre.” ;Y cuántas profecías suyas, propiamente dichas, no hemos leído en los Evangelios! Unas son individuales, como las relativas a Natanael (21), a Simón-Pedro (22), a María, hermana de Lázaro (23), a Judas (24), al discípulo amado (25) y a sí mismo, especialmente en cuanto a su pasión y muerte, a su resurrección y retorno glorioso al fin de los tiempos (26). Otras son colectivas, como las que se refieren al colegio apos-

(13) Matth., XI, 9; Luc., VII, 26.

(14) *Hist. eccl.*, I, 3.

(15) Matth., XIII, 57; Marc., VI, 4; Luc., IV, 24; Joan., IV, 44. Véase también Luc., XIII, 32-33.

(16) Luc., XXIV, 19. Cf. Matth., XXI, 11; Luc., VII, 16, 39; Joan., IV, 19; VI, 14; VII, 40; IX, 17; Act., III, 21-23; VII, 37; etc.

(17) Matth., XXI, 11.

(18) Matth., XVI, 14; Marc., VI, 15; Luc., IX, 8, 19.

(19) Matth., IX, 4, y paralelos; Marc., XII, 15; XIV, 18; Luc., XI, 17; etc.

(20) Joan., II, 25. Véase también I, 48; IV, 18, 29; VI, 65; XI, 11, 14.

(21) Joan., I, 51.

(22) Matth., XVI, 18; Marc., XIV, 30; Luc., XXII, 31; Joan., I, 42; XXI, 18.

(23) Joan., XIV, 9.

(24) Joan., XXI, 22.

(25) Joan., XXI, 20-23.

(26) Matth., XVI, 21; XVII, 12, 22-23; XX, 17-19, 22-23, 28; Luc., XII, 50; XIII, 32; Joan., II, 19-21; III, 14-15; X, 12, 17, 18; XII, 24, 32-33; XIII, 1-3; etc.

tólico (27), al porvenir general de la Iglesia, a sus humildes comienzos, a su maravillosa dilatación, a las persecuciones que había de padecer, a las victorias que había de conseguir gracias a su auxilio invencible (28), al terrible destino del pueblo judío y de Jerusalén (29), a las grandiosas escenas del fin de los tiempos (30). Nada se ocultaba a su mirada: ni el presente ni el porvenir; ni las cosas de la tierra ni las del cielo. Con su poderosa mano levantaba el velo que las encubría. Nada le estaba oculto.

En otro lugar tratamos con amplitud de sus milagros (31). Baste ahora recordar que fué un taumaturgo insuperable, y que, no contento con obrar El mismo prodigios en todos los órdenes de la naturaleza, dió a sus apóstoles y discípulos poder de obrar otros semejantes. Nadie, como El dijo claramente (32), nadie se le puede igualar en este punto.

Fué también el más eminente de los doctores. No dejó un cuerpo de doctrina sistematizado; dió su enseñanza por fragmentos, y aquí y allá, ante auditorios muy diferentes. Y eso no obstante, agrupando sus alocuciones y discursos y hasta sus respuestas más sencillas a las preguntas que de camino se le hacían, se forma un conjunto de riqueza y belleza tan prodigiosas que no tiene igual, y que es el fundamento de las explicaciones de los más sabios doctores cristianos y de los más insignes maestros de teología (33). Sus revelaciones dogmáticas y morales no han servido solamente para iluminar al mundo, sino también para regenerarlo y santificarlo. Si se pusieran en práctica sus preceptos, nuestra pobre tierra se convertiría casi en un paraíso. Hemos citado íntegramente todas sus palabras, tal como las han conservado los evangelistas. No se pueden leer atentamente sin formar luego altísima opinión de quien las ha pronunciado. En ninguna parte, ni entre los mayores filósofos del paganismo, ni aun en los escritos inspi-

(27) Matth., XIX, 28; Marc., XIV, 27; Luc., XII, 30; Joan., XV, 20; XVI, 2; etc.

(28) Matth., XIII, XXIV.

(29) Matth., XXI, 40-44; XXIII, 37-39; etc.

(30) Matth., XXIV, 29-31; XXV, 31-40; etc.

(31) En el tomo II, págs. 108-120; 521-546, y sobre todo en la obra *Les miracles de N.-S. Jésus-Christ*, dos vols. in-12, París, 1910.

(32) Joan., XV, 24.

(33) Si Dios quiere, algún día desenvolveremos esta síntesis.

rados de los judíos, como tampoco en toda la literatura cristiana, aun cuando tenga por base y faro la doctrina misma de Cristo, se halla cosa que admita comparación. Dios había comunicado a su pueblo predilecto, por medio de Moisés, de los profetas y demás escritores sagrados, sublimes revelaciones. Pero tampoco en este campo hay ninguno que se iguale a Jesús. Ya vimos a qué distancia de El quedan los escribas. Acerca de Dios y de la naturaleza, acerca del alma humana y de su destino, acerca de los misterios y esplendores del reino mesiánico y acerca de sí mismo nos abrió magníficos horizontes. Su doctrina es inagotable. Cuanto más se la estudia, mayores riquezas se descubren en ella y mayores fuerzas se adquieren para practicar lo que enseña. Embelesaba a los primeros que la oyeron, y sigue aún siendo delicia de quienes la estudian. Pero también de esto tratamos ya en otro lugar (34). Pasemos, pues, a otro título de Jesús.

Es Salvador, nuestro Salvador. Este es precisamente el significado de su nombre, que aun antes de su nacimiento (35) fué revelado ya a María y a José. "Le darás por nombre Jesús, porque El ha de salvar a su pueblo de sus pecados", dijo el ángel al que había de ser su padre adoptivo. Efectivamente, en hebreo "Jsús" significa "salud de Jehová", o, más brevemente, "Salvador" (36). Nombre admirable que realizó con perfección, ya que toda su vida fué "buscar y salvar lo que había perecido" (37). Así es que con frecuencia se le da ese nombre en los escritos del Nuevo Testamento (38). Jesús es, dice San Pablo, "el autor de la salvación" (39), o "la causa de la salvación" (40); el "Salvador del mundo", como lo entendieron ya los habitantes de Sicar en la breve visita que se dignó hacerles (41). Realizó a maravilla el significado de su nombre durante toda su vida, y muy especialmente en la cruz. Al recibirlo en su circuncisión vertió por nosotros las

(34) Tomo III, págs. 91-98.

(35) Matth., I, 21; Luc., II, 11.

(36) Véase el tomo I, págs. 250-251.

(37) Luc., XIX, 10.

(38) Act., V, 31; XIII, 23; Phil., III, 20; II Ptr., III, 18; etc.

(39) Hebr., II, 1; en griego, ἀρχηγός τῆς σωτηρίας (Vulg., *auctor salutis*).
A la letra, "Guía de la salvación".

(40) Hebr., V, 9: αἰτίας τῆς σωτηρίας.

(41) Joan. IV, 14.

primeras gotas de su sangre, en espera de derramarla hasta la última gota.

En nuestros días, especialmente entre los teólogos liberales, para caracterizar la obra de Jesús suele dársele el título de reformador. Este título es exacto, con tal que no se falsee su significación. Cristo se presentó, en efecto, como un hábil y poderoso reformador en el terreno religioso y moral, luchando contra los muchos abusos que se habían introducido en las costumbres de la nación teocrática, en la doctrina y en las obras de sus directores y hasta en el Templo y el culto sagrado. En este orden hizo reformas admirables, que dejan muy atrás a las que habían hecho los mejores reyes de Israel y los más celosos de sus profetas.

Pero este título, aplicado demasiado estrictamente a Nuestro Señor, antes disminuiría su autoridad, pues fué mucho más que un reformador: fué un creador, un innovador, pues El fué quien fundó el reino mesiánico, la institución que lleva su nombre, la Iglesia cristiana, extendida poco a poco por toda la tierra y dotada por El de una vida sin fin. Aunque en vida se contentó con bosquejar este magnífico edificio, puso sus cimientos sobre Pedro y sobre los apóstoles; agrupó en torno suyo a los primeros miembros, que después de El habían de ser los jefes; les dió instrucciones para su futuro modo de proceder y para el de sus sucesores; les confirió plenos poderes; les enseñó los dogmas que se han de creer y la moral que es preciso practicar; instituyó también los Sacramentos. Subió después al cielo, y desde allí continúa dirigiendo y protegiendo a su Iglesia, como lo había prometido.

"¿Luego rey eres tú?", le preguntó Pilato. "Tú lo dices, soy rey", tal fué su respuesta (42). Rey de los judíos por derecho de nacimiento, ya que era el heredero del trono de David (43); rey del mundo entero por institución divina, como cabeza y fundador del reino mesiánico. Lo es también por derecho de conquista, pero de conquista pacífica, como lo había predicho uno de los cánticos más hermoso del Salterio (44). ¿Qué eran, en parangón con el suyo, los reinos más famosos

(42) Joan., XVIII, 37.

(43) Luc., I, 32.

(44) El salmo LXXI (hebr., LXII).

de la antigüedad, fundados por la violencia y el exterminio? Aquéllos perecieron; el suyo es eterno, pues no acabará sobre la tierra sino para adquirir en el cielo una duración sin fin.

Pero Jesús es rey y fundó su Iglesia a título de Mesías. He aquí uno de sus títulos más importantes, al que se ordenan todos los que acabamos de enumerar. San Mateo y San Marcos lo añaden a su nombre desde la primera línea de su Evangelio: "Libro de la generación de Jesucristo", "Comienzo del evangelio de Jesucristo". "Jesús llamado Cristo", vuelve a decir San Mateo (45). "Sé que ha de venir el Mesías", replicaba a Jesús la Samaritana cerca del pozo de Jacob. "Yo soy, que hablo contigo", le respondió Nuestro Señor (46). Pero no vamos a insistir en este punto, pues cosa averiguada es que Jesús se presentó a sus contemporáneos como el Mesías, y que por tal lo tuvieron muchos de ellos (47). "Dios lo constituyó Señor y Cristo", decía San Pedro a los judíos (48). Hasta ciento ochenta y nueve veces hemos contado este título en las Epístolas de San Pablo (49), donde muy a menudo se le da como nombre propio.

II.—JESUCRISTO ES HIJO DE DIOS; ES DIOS.

San Juan, al acabar su Evangelio, se dirige solemnemente a sus lectores para decirles: Esto se ha escrito "para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyéndolo tengáis la vida eterna en su nombre" (50). EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS: toda la dignidad, todas las funciones, toda la vida de Jesús se resumen en estos dos nombres sublimes. Para concluir dignamente esta obra quisiéramos indicar, en compendiosa síntesis, cuán irrecusables son los derechos con que lo ostenta.

Es cosa fuera de duda que todos los libros del Nuevo Tes-

(45) Matth., I, 17.

(46) Joan., V, 25-26.

(47) Muy especialmente el día de su entrada triunfal en Jerusalén.

(48) Act., IV, 38.

(49) Según la concordancia del Nuevo Testamento de Geden. Ocupa en ella cerca de diez columnas in 4.º.

(50) Joan., XX, 31.

tamento enuncian o demuestran, de un modo o de otro, esta tesis: Jesús es el Hijo de Dios; es Dios. En lenguaje unas veces sencillo y otras elocuente, propio o figurado, pero claro siempre, le atribuyen sin vacilar la naturaleza divina, atributos propios de Dios, operaciones divinas. Más arriba (51) vimos un magnífico texto de San Pablo en la Epístola a los Colosenses. En esta misma carta resume el apóstol su pensamiento, diciendo que en Jesús "habita la plenitud de la divinidad" (52). En otro lugar lo llama "Dios bendito por siempre" (53). Al principio de su Epístola a los Romanos (54) anuncia que él fué escogido para predicar "el Evangelio de Dios... tocante a su Hijo (Jesucristo), nacido de la estirpe de David según la carne, y manifestado Hijo de Dios en poder, según el espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos". Este pasaje tiene valor especial, puesto que San Pablo considera a Jesús en dos aspectos diferentes: según la carne, y según el espíritu de santidad; en su naturaleza humana y en su naturaleza divina, que distingue clarísimamente. Llenaríamos páginas enteras si quisiéramos agrupar los textos en que el apóstol de los gentiles pone de relieve la divinidad del Salvador. Todo cuanto de El dice supone este hecho: Jesús es un Hombre-Dios, el Hijo de Dios, igual al Padre (55).

Los Hechos de los Apóstoles, las epístolas católicas y el Apocalipsis nos enseñan esto mismo. Por doquier nos enseñan que Jesucristo es Hijo de Dios, en el sentido estricto y teológico de esta expresión. Hecho tan probado es éste, que los exégetas y los teólogos de todos los partidos lo aceptan sin discusión. Varios escritores del Nuevo Testamento sólo escribieron algunas páginas; pues, aun en esas pocas páginas, directa o indirectamente, aparece expresada la divinidad de Jesús. No hay entre ellos la menor divergencia; todos afirman la grandeza inefable de su Maestro, hijo de David, Mesías e Hijo de Dios. De donde se sigue que la Iglesia, desde su prin-

(51) Pág. 373.

(52) Col., II, 9.

(53) Rom., IX, 5.

(54) Rom., I, 1-4.

(55) Baste citar, por vía de ejemplos: Rom., I, 4, 9; VIII, 3, 22; I Cor., I, 17-30; II Cor., IV, 4; Gal., I, 16; II, 20; IV, 4; Eph., IV, 13; I Thess., I, 10; Hebr., I, 3.

cipio, consideró la divinidad de Jesucristo como dogma fundamental que todos sus miembros tenían que creer. Los herejes que lo impugnaron fueron al punto lanzados de su seno (56).

Pero es de singular importancia consultar los Evangelios; ellos nos dirán el concepto que los evangelistas tenían de Jesús y el que Jesús tenía de sí mismo en este punto capital. La creencia de San Juan es evidente. Comienza su libro con el glorioso prólogo relativo al Logos, que ya citamos íntegramente (57), y lo acaba con unas líneas que poco ha transcribimos también. Entre estas dos profesiones de fe en el Verbo encarnado todo está dedicado a ese mismo Verbo divino, que es el mismo Jesús; de modo que bien se ha podido decir del cuarto Evangelio que es "el Evangelio del Hijo de Dios". Esta misma idea es también la base de los Evangelios sinópticos, aunque se manifiesta en ellos con menos frecuencia. Pero particularicemos algunos puntos para justificar nuestro aserto.

Merece primeramente fijar nuestra atención el nombre de "Hijo de Dios", que aplican a Jesús unas veinte veces los sinópticos y diez el cuarto Evangelio. Se lo dan al Salvador unas veces los ángeles (58); otras, Satanás (59), y los endemoniados (60); otras, los discípulos (61); el mismo Dios (62), Caifás (63), los judíos (64) y hasta un centurión romano (65); también se lo atribuye el mismo Jesús (66). Pero no tiene siempre la misma significación. A veces es simplemente sinónimo de Mesías; por ejemplo, en boca de los endemoniados y

(56) I Joan., II, 22-23; III, 23; IV, 2-3, 15; V, 1-12.

(57) Joan., I, 1-18.

(58) Luc., I, 35: El Arcángel San Gabriel a María: "Lo santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios." Cf. Matth., I, 20.

(59) Matth., IV, 3, 6; Luc., IV, 39: "Si tú eres el Hijo de Dios."

(60) Matth., VIII, 29: "¿Qué hay entre tú y nosotros, Jesús, Hijo de Dios?" Cf. Marc., III, 11; V, 7; Luc., VIII, 28.

(61) Matth., XIV, 33: "Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios." Cf. Matth., XVI, 16; Marc., I, 1; Joan., I, 49; XI, 27; XX, 31.

(62) En el bautismo y en la transfiguración de Jesús. Matth., III, 7; XVII, 5; Luc., III, 22; IX, 35.

(63) Matth., XXVI, 63: "Te conjuro que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios." Cf. Luc., XXII, 70.

(64) Matth., XXVII, 40: "Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz." Cf. Matth., XXVII, 43; Joan., XIX, 7.

(65) Matth., XXVII, 54: "Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios." Cf. Marc., XV, 39.

(66) Joan., III, 18: "El que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito Hijo de Dios." Cf. Joan., V, 25; X, 25; X, 36; XI, 4.

probablemente también en la de Satanás. Otras solamente significa una filiación moral, una unión íntima con Dios, a causa de un grado más alto de santidad, como ocurre en las palabras del centurión (67). Pero en muchos de estos pasajes tiene sentido mucho más elevado y denota una filiación en sentido estricto; expresa, por consiguiente, la naturaleza divina de aquel a quien se aplica. En la salutación del ángel a María, en la voz celestial con ocasión del bautismo de Jesús y en la Transfiguración, el título de "Hijo de Dios" ciertamente ha de interpretarse en este sentido. Otro tanto ha de decirse del texto del cuarto Evangelio, en que Jesús se llama "el Hijo único de Dios", y, según toda probabilidad, en la confesión de San Pedro (68), y quizá también en los labios de Caifás, como en su lugar se dijo.

En varios pasajes del Evangelio de San Juan, Nuestro Señor se da a sí mismo este título (69). En otros muchos lugares, para describir las relaciones que hay entre el Padre y El, habla de tal modo del "Padre" y del "Hijo", o del "Hijo único", que sus palabras no pueden entenderse sino de la posesión de la naturaleza divina, de un género de filiación que únicamente a El le pertenece. Estas expresiones resuenan a cada momento en sus discursos, señaladamente en los capítulos V, VI, VIII, XIV, XVII. No se engañaron sus enemigos respecto de su significación; por eso le acusaron de blasfemo, y un día estuvieron a punto de apedrearle. Como Jesús les preguntase: "Muchas obras buenas he hecho en vuestra presencia por el poder de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedréais?", respondieron ellos: "No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia, y porque siendo hombre, te haces a ti mismo Dios." Jesús no protestó del sentido que daban a sus palabras; antes insistió en su declaración, para hacerla aún más notoria (70). A propósito de estos nombres de "Padre" y de "Hijo", se ha hecho notar con mucha exactitud que, aun cuando Jesús presenta a Dios como Padre co-

(67) Véase en el mismo sentido Matth., V, 9, 45; Luc., XX, 36; Rom., III, 14; IX, 26; Gal., III, 26; etc.

(68) Véase el tomo III, págs. 292-293.

(69) Joan., V, 25; IX, 35; X, 36; XI, 4; etc.

(70) Joan., X, 31-38.

mún de todos los hombres (71), nunca pone sus relaciones filiales al mismo nivel que las de los demás. Dice "mi Padre" y "vuestro Padre" (72); pero nunca "nuestro Padre" (73). Esta diferencia es harto significativa.

Pero los Evangelios dan de la divinidad del Salvador pruebas aún más convincentes que este nombre de Hijo de Dios. Muchas aserciones nos manifiestan en este punto el fondo de su conciencia. En varias circunstancias proclama que "ha venido" de Dios y que vuelve a Dios (74); expresión que no puede significar otra cosa que la posesión de la naturaleza divina. Se da como pan vivo bajado del cielo (75). Afirma que El solo ha visto y conoce al Padre (76); que es Uno con el Padre, y que todos los hombres deben honrarle a El como honran al Padre (77). Pero aunque el cuarto Evangelio es el más abundante en pruebas de esta índole, no es el único que afirma la divinidad de Jesús. San Mateo y San Lucas (78) citan una expresión que por sí sola nos declara la mente del Salvador: "Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo y a quien el Hijo quisiere revelarlo." Se- mejantes relaciones suponen evidentemente la identidad de naturaleza entre Jesús y el Padre. Fuera de que Nuestro Señor afirma esta identidad con palabras bien explícitas cuando dice: "Yo y el Padre somos uno" (79).

Además, se atribuye o le atribuyen en los Evangelios y en todo el Nuevo Testamento prerrogativas esencialmente divinas. Su preexistencia está atestiguada muchas veces en el cuarto Evangelio, no sólo por el escritor sagrado (80), sino también por El mismo. "Antes que Abraham existiese, yo soy", dijo un día a los judíos, quienes entendieron muy bien lo que

(71) Por ejemplo, Matth., V, 16, 48; VI, 1, 4, 6, 14, 26; etc.

(72) Joan., XX, 17; estas dos expresiones están reunidas.

(73) Salvo al principio de la oración dominical; pero allí no es El quien se dirige a Dios, sino nosotros, para quienes la compuso.

(74) Joan., VI, 38-46, 62; VII, 28, 33, 36; VIII, 14, 16, 18, 26; 42; XIII, 3; XVI, 28, 30.

(75) Joan., VI, 32-42.

(76) Joan., VI, 46.

(77) Joan., V, 25; X, 30.

(78) Matth., XI, 27; Luc., X, 22.

(79) Joan., X, 30.

(80) Joan., I, 14, 10, 14, 18.

quería decir, ya que nuevamente quisieron apedrearle como blasfemo (81). En su oración sacerdotal (82) habla de la gloria que tuvo cerca del Padre "antes que existiese el mundo". Posee y ejerce un poder infinito, universal—del cual sus milagros no eran sino un débil resplandor—que permitía a San Pedro llamarle "el Señor de todas las cosas" (83). Sobre este particular hemos oído ya varias sentencias suyas que excluyen toda duda: "Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre" (84); "Todo lo que tiene el Padre es mío" (85); "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra" (86). Su Padre "ha puesto las cosas en sus manos" (87). Con gran escándalo de los judíos, perdona en nombre propio los pecados, poder que sólo pertenece a Dios (88). Sabe y declara que al fin del mundo presidirá el juicio universal, y que sobre cada uno de los hombres pronunciará una sentencia definitiva y sin apelación (89). ¿Y qué decir de su poder como fundador de la Iglesia, ese grano de mostaza que, gracias a El, viene a ser un árbol gigantesco, cuyas ramas cubren toda la tierra? ¿No era preciso poseer la naturaleza divina para emprender, establecer y sostener obra semejante? ¿Y qué decir también de lo que Jesús pedía a sus discípulos? El, tan bueno y humilde, ¿qué sacrificios no les pide! A veces pedía una renuncia completa e inmediata de todo lo que se tenía por más caro (90). Ningún sacrificio le parecía excesivo para su propia causa y la del reino mesiánico. "Quien ama a su padre o a su madre, decía (91), más que a mí, no es digno de mí. Quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Cualquiera... que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo." Quien esto pide, conoce sus derechos absolutos. El mismo se pone por centro de la religión fundada

(81) Joan., VIII, 58-59.

(82) Joan., XVII, 5. Cf. Joan., I, 30, donde el Precursor señala también este atributo.

(83) Act., X, 36.

(84) Luc., X, 22.

(85) Joan., XVI, 15.

(86) Matth., XXVIII, 18.

(87) Joan., III, 35.

(88) Matth., IX, 2-6; Luc., VII, 48-50; XXIII, 43.

(89) Matth., XXV, 31-46; Marc., VIII, 38; Joan., V, 27-29; etc.

(90) Matth., IV, 19-21; VIII, 22; IX, 9; XIX, 21; etc.

(91) Matth., X, 37; Luc., XIV, 33; etc.

por El. Reclama una supremacía absoluta sobre el hombre moral (92). Con una palabra transforma o abroga la ley y las explicaciones que habían dado de ella los escribas (93). Certifica que sus órdenes producirán efectos perpetuos (94). Y dice todas estas cosas con tanta seguridad y convicción como si se tratase de las más naturales prerrogativas. Con esto se atribuye a las claras autoridad divina, y el uso que de ella hace demuestra que la poseía y que era Dios.

Muchas veces hemos admirado su ciencia infinita, que de tantos modos se revelaba, y con la que podía ver y conocer a Dios y lo que sucede en los hombres y en la naturaleza, en el pasado, en el presente y en el porvenir (95). En El están "ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia", según la profunda observación de San Pablo (95). Su profecía relativa a su segundo advenimiento arguye por sí sola la ciencia de un Hombre-Dios.

Su santidad perfecta, su exención de todo pecado, su impecabilidad, de que se habla en varios pasajes de los Evangelios (sin hablar de los demás libros del Nuevo Testamento), nos lleva a la misma conclusión; pues no se concibe que un simple mortal posea este privilegio en tal grado. "¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?" (97). Este noble desafío que lanzó un día a sus más implacables enemigos no fué recogido por ninguno de ellos; ¡tan inmune estaba su conducta de toda falta! Más adelante pudo también decir Jesús a sus apóstoles: "Viene el príncipe de este mundo (Satanás), y en mí no tiene cosa alguna" (98). Mas su santidad no es sólo negativa, sino también positiva, pues era un conjunto de virtudes y perfecciones que sólo un Hombre-Dios puede tener. Por esto su Padre tenía en El todas sus complacencias, como en hijo digno de El, santo como El. Los que vivían cerca de Jesús y tan bien le conocían estaban firmísimamente persuadi-

dos de su santidad, de la que más de una vez dieron testimonio (99).

En fin, ¡con qué entereza le hemos oído decir que El es mayor que Abraham, que Jonás y que Salomón; mayor que el Templo, que el sábado y que la misma ley mosaica! (100). Dice que es "la luz del mundo" (101), "el camino, la verdad y la vida" por excelencia (102). ¿No era esto afirmar su divinidad? Habíala afirmado ya mucho tiempo antes, cuando, teniendo doce años, dijo a su madre y a su padre adoptivo: "¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?" (103). Esta persuasión de su grandeza infinita, de su poder altísimo, de su dignidad única en el mundo, de su superioridad universal, de su santidad perfecta, en una palabra, de su divinidad, se manifiesta en todas sus palabras, en todos sus actos y en toda su conducta. Siempre y en todas partes, a pesar de su sencillez y modestia, se revela en los Evangelios como "Señor de la gloria" (104), como verdadero Hijo de Dios.

Bien, pues, podemos, al acabar su vida y echar una última mirada a su divino retrato, exclamar con el apóstol Santo Tomás: "Señor mío y Dios mío" (105), y con el discípulo amado decir: "Hemos visto su gloria, gloria cual correspondía al Hijo único venido del Padre, lleno de gracia y de verdad" (106).

(99) San Pedro, Act., III, 14, y I Petr., II, 22; San Juan, I Joan., II, 1-2; III, 5. Véase también Hebr., IV, 15; VII, 26.

(100) Matth., V, 22, 28, 32, etc.; XII, 41-42; XII, 8; etc.

(101) Joan., VIII, 12; IX, 9.

(102) Joan., XIV, 6.

(103) Luc., II, 49.

(104) I Cor., II, 8.

(105) Joan., XX, 28.

(106) Joan., I, 14. En el apéndice XIII resumimos la opinión racionalista.

(92) Matth., XVI, 24-27.

(93) Matth., X, 3-10; Luc., VI, 20-26; XIX, 3-9; etc.

(94) Matth., XXIV, 35.

(95) Véase también lo que dejamos dicho de su calidad de profeta.

(96) Col., II, 3.

(97) Joan., VIII, 46.

(98) Joan., XIV, 30.

APÉNDICES

APÉNDICES

I.—LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO Y LOS RACIONALISTAS

Nos limitaremos a resumir aquí las páginas que con este mismo título tenemos publicadas en nuestra obra acerca de *Los Milagros de Nuestro Señor Jesucristo* (1).

Uno de los padres del racionalismo, Spinoza, que tanto empeño puso en conmover los cimientos de toda creencia sobrenatural, entendiendo bien la importancia extraordinaria de este prodigio, confesaba, a decir de Bayle (2), que “si él hubiera podido persuadirse de la resurrección de Lázaro hubiera hecho trizas todo su sistema y hubiera abrazado sin repugnancia la fe ordinaria de los cristianos”. Precisamente por esta extraordinaria importancia, el milagro de Betania ha sido, en nuestros días, blanco preferido de las enconadas impugnaciones de todos los incrédulos. Pero, según confiesa Reus, con ser él mismo secuaz del racionalismo, “fuerza es reconocer que cuantos esfuerzos se han hecho por eliminar el milagro son arbitrarios y sin fundamento” (3). Y se entenderá cuán fundado es este juicio recorriendo los argumentos con que los neocríticos esperan poder desgarrar esta página del cuarto Evangelio, pues no han sabido alegar más que inverosimilitudes, contradicciones y, según expresión vigorosa de un comentador pro-

(1) Tomo II, págs. 378-392. Cfr. Godet, *Commentaire sur l'Evangile de S. Jean*, segunda edic., t. II, págs. 237-246; Keil, *Commentar über das Evangelium des Johannes*, págs. 395-401; Fr. Tilmann, *Die heiligen Schriften des N. T.*, t. II, págs. 181-184, y señaladamente Lepin, *Le valeur historique du ive Evangile*, t. I, págs. 106-178 (excelente obra en que se refutan las teorías de Loisy).

(2) *Dictionnaire encyclopédique*, 1740, t. IV, pág. 964, nota.

(3) *La théologie johannique*, pág. 251.

testante (4), “monstruosidades”, que bastará mencionar para que queden juzgadas y condenadas.

a) En hecho de verdad, sólo uno de los argumentos de nuestros adversarios tiene alguna apariencia de valor, y aun ése no es más que un argumento negativo, fundado en el silencio de los tres primeros Evangelios. Pero fácilmente “puede desvirtuarse por la consideración de las frecuentes lagunas que presentan los relatos de los sinópticos” (5). San Mateo, San Marcos y San Lucas omiten casi todos los hechos de la vida del Salvador que se refieren a su ministerio galilaico; sólo nos muestran a Jesús en Jerusalén durante la postrera semana de su vida. Por el contrario, San Juan describe principalmente el ministerio de Cristo en Judea y en Jerusalén y omite casi por entero los demás acontecimientos. Tanto en los tres primeros Evangelios como en el cuarto, la elección de las narraciones se subordinó al plan de los evangelistas. Por tanto, el silencio de los sinópticos en lo tocante a la resurrección de Lázaro nada prueba contra la veracidad del cuarto Evangelio, del mismo modo que nada prueba el silencio de Juan contra la veracidad de las otras resurrecciones referidas por los sinópticos.

b) Los racionalistas y los neocríticos no han dejado de alegar también su objeción preferida en lo que toca a las resurrecciones obradas por Nuestro Señor. Aseguran que la muerte de Lázaro no fué real, sino sólo aparente. Pero son tantas las pruebas que el Evangelio opone a esta interpretación, que Strauss mismo (6) no ha vacilado en calificarla de “idea loca”. “Fuerza es, dice, o mirar el hecho como sobrenatural, o negar enteramente la historicidad de la narración (y esto es lo que él hace, según su costumbre); pero la teoría de la muerte aparente está demás en este caso.” Además, he aquí el testimonio de un médico competente: “Un letargo tan completo no se desarrolla sino gradualmente... Tendríamos, pues, que admitir que Lázaro habría pasado muchos días en casa sin tomar alimento alguno. Si, además de esto, recordamos cómo estuvo, por espacio de varios días, envuelto entre

lienços y sudarios y encerrado en una tumba, nos convencemos de que esto hubiera sido bastante para acabar de hacerlo morir. Al llamamiento de Jesús sale vivo y sano, y tan bien curado, que los fariseos quieren dar muerte a este testigo embarazoso. Ningún letargo se cura de esta manera, ni se transforma de repente en excelente salud, pues no es más que una fase de una grave enfermedad mental, que se prolonga con altibajos y que casi nunca se cura perfectamente” (7).

c) Strauss aplica a este caso su hipótesis del mito. Según él, el autor del cuarto Evangelio, al referir este hecho, no tenía otro designio que el de desenvolver este tema: “Yo soy la resurrección y la vida”, valiéndose de noticias relativas a los dos casos de resurrecciones que se leen en los sinópticos. En suma, según Strauss, esta página sublime no es otra cosa que una composición libre del narrador. Pero otros racionalistas, aun siendo de ideas casi tan avanzadas como Strauss—por ejemplo Baur y Renán—, han refutado enteramente esta hipótesis, demostrando que no hay la menor huella de mito en la historia de la resurrección de Lázaro.

d) Tampoco es admisible que esta narración no sea más que un cuadro ideal, sin otro fin que glorificar al Salvador. La precisión admirable de las menores circunstancias, la claridad, la sencillez y el carácter dramático de la narración, la verdad transparente del oficio que se atribuye a Jesús y a los demás personajes, así amigos como enemigos; los resultados, en fin, del milagro, todo esto, decimos, se nos presenta como una historia real, y excluye cualquiera otra interpretación.

e) Particularmente odioso es el proceder de Renán a propósito de este milagro, pues llega hasta acusar a los discípulos del Salvador de haber sido promotores y actores de un “piadoso fraude”, con el fin de poner término a la incredulidad de los habitantes de Jerusalén. Según Renán, Lázaro se avino a pasar por muerto y a dejarse encerrar en el sepulcro, de donde fácil era sacarle, y el Salvador mismo, conocedor de la superchería, se allanó a ser cómplice. Tan arbitraria, tan irreverente y tan opuesta al carácter de Nuestro Señor es tal hipótesis,

(4) Keil, *op. cit.*, pág. 356.

(5) Reus, *op. cit.*, pág. 251.

(6) *Leben Jesu*, t. II, págs. 142-170.

(7) Knur, *Christus medicus?*, pág. 73.

que Strauss mismo, al conocerla, no pudo contener su indignación (8).

f) Según algunos neocríticos, la resurrección de Betania no es otra cosa que la parábola del mal rico y del pobre Lázaro puesta en acción. Este proceso, dicen, se obró de manera inconsciente por una larga serie de yerros acumulados (9). Pero, ¿qué pruebas dan de esta transformación? Ninguna. Es ésta una hipótesis puramente arbitraria, porque entre la parábola y el milagro no hay más que un punto de contacto: el nombre de los dos principales personajes. Todo lo demás es de todo en todo diferente, y no se adivina cómo la parábola referida por el Salvador podía transformarse en el milagro por él obrado en Betania.

g) Alegan también ciertas imposibilidades psicológicas: “una aplastante multitud de dificultades y de imposibilidades internas” (10). Se escandalizan de las lágrimas y de la conmoción del Salvador, que, según ellos, se oponen al carácter del Cristo-Logos en el cuarto Evangelio (11). Tratan de “súplica aparatosa” las conmovedoras palabras que dirige a su Padre antes del milagro (12). El silencio del narrador acerca de lo que hizo el resucitado—silencio que los más graves intérpretes consideran, y con razón, como indicio de veracidad—es de mal agüero a los ojos de los neocríticos. En resumen, tan ganosos están de eludir la fuerza probatoria de este insigne milagro, que cualquier mínima circunstancia reputan buena para suscitar variadísimas dificultades. Pero todo ha sido por demás, y aun diríamos contraproducente, ya que con su proceder sólo han conseguido poner más de relieve la verdad del milagro, a la vez que demostraban la inanidad y la falsedad de una crítica que a tales medios tiene que recurrir para dar color de verdad a sistemas que mutuamente se destruyen.

(8) *Leben Jesu*, edición de 1863, págs. 359-360.

(9) Esta opinión cuenta actualmente con muchos partidarios; entre otros, con Holzmann, *Leben Jesu*, pág. 214; A. Réville, *Jésus de Nazareth*, tomo I, pág. 345; Loisy, *Le quatrième Evangile*, págs. 634-657.

(10) Heitmüller, *Die Schriften des N. T.*, t. II, pág. 268; Holtzmann, *op. cit.*, pág. 159.

(11) Loisy, *Le quatrième Evangile*, pág. 558.

(12) “Ora por cumplir”, dice Loisy, *ibid.*

II.—LA ENTRADA TRIUNFAL DE JESÚS EN JERUSALÉN.

Los neocríticos han reconocido la importancia de este acontecimiento, único en la vida de Jesús; pero, no atreviéndose a negar su historicidad—cosa que no les sería posible—, se esfuerzan, por varios caminos, en disminuir su importancia.

1. Conforme a su ordinario proceder, interpretan como contradicciones, o a lo menos como redundancias, los matices que ofrecen los cuatro Evangelios. Así, W. Bauer escribe (1): “Según los sinópticos, Jesús (después de haber salido de Jericó) no se detiene en ninguna aldea, sino que va derechamente a Jerusalén. Al contrario, según Juan, pasa la noche en Betania, y no va a Jerusalén hasta el día siguiente. De ahí provienen otras divergencias. Según los sinópticos, la procesión triunfal parte de Betania y conduce a Jesús a la metrópoli; según Juan, parte de Jerusalén para ir al encuentro de Jesús hacia Betania.” Ya dejamos demostrado, al narrar este hecho, que ni en esto ni en otros pormenores secundarios hay contradicción alguna. Aquí, como en muchas otras ocasiones, los evangelistas se completan mutuamente, y de ahí las variantes que hay en sus relatos; pero no se contradicen. Si San Juan y los sinópticos atribuyen diverso punto de origen a la procesión triunfal, es que realmente hablan de cosas distintas. El autor del cuarto Evangelio habla de la muchedumbre que fué desde la capital hacia Betania para esperar al Mesías; los sinópticos hablan de la que acompañó al triunfador desde la humilde aldea a Jerusalén; y todos dicen verdad, pues eran dos los cortejos, los cuales se reunieron en el medio del camino. Por donde se ve cuán errados andan los críticos que quieren hallar oposición entre los evangelistas. En todos los historiadores que han escrito la vida de un mismo personaje hay divergencias de esta índole; mas con ello nada pierde la historia, antes se enriquece con nuevas noticias. ¿Por qué, pues, hemos de medir con medida distinta a los evangelistas y a los autores pro-

(1) *Das Leben Jesu in Zeitalter des Neutestam. Apokryphen*, pág. 155.

fanos? Pero en este punto llega a colmo la parcialidad de los protestantes liberales y de sus adeptos. Así, uno de ellos escribe (2): “El césped verde (los σπιβάδες de que habla San Marcos, XII, 8) no agradan a los evangelistas posteriores; Lucas no dice palabra de esto; Mateo lo reemplaza por ramas de árboles; por último, Juan estima más digno de Jesús que los habitantes de Jerusalén le precedan con palmas en las manos. Todos estos pormenores son adornos añadidos posteriormente.” —No, replicamos; esos pormenores son la pura verdad histórica; hay, sí, variantes, pero responden a hechos distintos.

2. Más grave es la objeción que se hace particularmente a San Mateo, a propósito del vaticinio de Zacarías. El primer evangelista, nos dicen (3), “en su afán de mostrar que las profecías se cumplieron a la letra en Jesucristo, no vió cómo el texto de Zacarías, IX, 9..., está sujeto a la ley del paralelismo, en virtud del cual el verso segundo repite la idea enunciada en el primero. El profeta habla de un solo animal; el evangelista cree que habla de dos, y, a diferencia de los otros evangelistas, hace a Jesús sentarse sobre una asna y un asno.” Asimismo Loisy (4) reprocha al evangelista el haber “desdoblado” el animal sobre que montó Nuestro Señor. Pero es injusto tal reproche. Probable es que el profeta Zacarías no alude más que a un animal; pero, ¿de dónde se deduce que el evangelista inventase uno más, la asna, para que resaltase más el cumplimiento del vaticinio en Jesucristo? Si pone en escena a dos animales es porque dos hubo en realidad, aunque no montó sino sobre uno, es decir, sobre el jumento. Cuando, para ridiculizar la narración, se escribe, como lo hace Strauss: “Mateo llega a decir que Jesús se sentó sobre los dos animales” (5), lo que es materialmente imposible (6), se atribuye al narrador una necedad en que no incurrió. En la frase επεκάθισεν ἐπ’ αὐτῶν, “se sentó sobre ellos”, el pronombre se refiere bien a las claras a los vestidos puestos a guisa de gualdrapa sobre los animales, pero no a los animales mismos.

(2) Holtzmann, *Leben Jesu*, pág. 318.

(3) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 267-268, nota 2.

(4) *Les Evangiles synoptiques*, t. II, pág. 263.

(5) ¡A la vez! Lo mismo supone Réville en las líneas que de él hemos citado.

(6) Loisy, *loc. cit.*

3. Según Wellhausen y Dalman (7), la entrada triunfal no tuvo carácter alguno mesiánico, sino que fué más adelante, cuando la cristiandad, y por tanto los evangelistas, le dieron este carácter para realzar la persona de Jesús. Pero esta aseveración es enteramente gratuita, como tantas otras de los neo-críticos, que atribuyen a “la fe de la Iglesia primitiva” semejantes invenciones. Afirman con seguridad, pero se olvidan de probar sus afirmaciones. Otros autores de la misma escuela “suponen que Jesús provocó esta manifestación con el ambicioso designio de conquistar la soberanía mesiánica”. Pero el autor protestante de quien tomamos el enunciado de esta objeción (8) la refuta al punto en los siguientes términos: “¡Según esto, el ideal de Jesús no habría sido superior al de un Judas de Gaulanítide o de un Bar-Kokeba! Mas admitimos que de hecho hubiera pensado en restaurar el trono de David; ¡qué escasas muestras de clarividencia habría dado imaginando... que no sólo iba a alcanzar victoria sobre los prejuicios seculares y arrancar a su pueblo del poder de los Saduceos (y de los Fariseos), sino también resistir victoriosamente al poderío de Roma! El fracaso de semejante intento echaría por tierra el crédito de su autor.” De tal manera contradice esta hipótesis a toda la vida de Jesús, que no merece más larga refutación.

4. Hase dicho también que no era posible que el Salvador mismo tomase la iniciativa de este triunfo, como lo refieren los sinópticos principalmente. Hasta entonces siempre había rehuido resueltamente el tomar o el aceptar el título de Mesías. ¿Es, pues, creíble que de improviso ofreciese a turbas, cuyo ardor y entusiasmo conocía, ocasión de tributarle semejante homenaje? Además, añaden, en el proceso de Jesús no se habló para nada de este paso, del cual no hubieran dejado de aprovecharse sus encarnizados enemigos. Así razona J. Weiss (9); pero olvida que si hasta entonces se había opuesto tenazmente a una proclamación anticipada, inoportuna, de su dignidad mesiánica, tenía para ello graves razones, sobre las cuales hemos insistido varias veces. Mas ahora ya no había esas razo-

(7) Wellhausen, *Israelitische und jüdische Geschichte*, tercera edición, página 381, nota 2; Dalman, *Die Worte Jesu*, pág. 182.

(8) H. Monnier, *La mission historique de Jésus*, págs. 265-266.

(9) *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 163.

nes; antes al contrario, era conveniente, era preciso que, al menos una vez antes de su muerte, tan cercana ya, y que en lo exterior iba a tener apariencias de derrota, se presentase él mismo, de una manera oficial, indubitable, como el Mesías prometido y esperado. Y esto fué lo que hizo Jesús el Domingo de Ramos. No podía morir sin manifestar claramente a sus discípulos, a sus amigos, a las turbas que, más o menos, creían en él, a sus mismos enemigos, quién era. Su misma lealtad se lo imponía como un deber. El argumento que se toma del silencio de los adversarios de Jesús en el curso de su proceso carece de todo valor. Además, ¿no le acusaron los miembros del Sanedrín “de soliviantar al pueblo, enseñando por toda Palestina, desde Galilea hasta Jerusalén?” (10). Estas palabras pueden muy bien contener una alusión a la entrada triunfal.

5. Por último, otros se han asido a la profecía del Salvador relativa a la ruina de Jerusalén. Contiene, dicen, pormenores tan precisos, es tan conforme con lo que después sucedió cuando Jerusalén fué sitiada por los Romanos (11), que no pudo ser formulada sino después que los hechos acaecieron. Por tanto, concluyen, no fué Jesús autor de ella. A esto respondemos, en primer lugar, que, a despecho de las interesadas negaciones de los que rechazan el orden sobrenatural, el Salvador tenía, y eso por varios títulos, un don de presciencia y profecía, cuyas pruebas abundan en los cuatro Evangelios. Su predicción de las inminentes desventuras de Israel fué verdadera profecía, no una descripción *post eventum*. En segundo lugar respondemos que “si no puede negarse que Jesús previó y anunció la ruina de Jerusalén, lo que implica ya la previsión del asedio, ¿no era natural que todos los pormenores del cuadro se presentasen naturalmente a su pensamiento? Sabido es que Jesús gustaba de individualizar la idea con los pormenores más completos de su realización” (12). Pero no fué fortuita la puntual coincidencia entre la profecía y su cumplimiento. Jesús lo tenía todo previsto, lo sabía todo, según tendremos ocasión de exponer más adelante, a propósito del discurso escatológico.

(10) Luc., XXIII, 5.

(11) Cfr. Josefo, *Bellum judaic.*, V, VI, 2, y XII, 2.

(12) Godet, *Commentaire sur l'Évangile de S. Luc.*, segunda edición, tomo II, pág. 292.

III.—LA MALDICIÓN DE LA HIGUERA.

La escuela llamada “crítica”, con rarísimas excepciones, no entendiendo este milagro, niega su historicidad y aun finge escandalizarse de él. “La historia de la higuera, escribía Eduardo Reus (1), es un enigma indescifrable... ¿Qué fin podía tener tal milagro? No entendemos el enojo de Jesús contra una criatura inanimada y por tanto irresponsable.” Otros han querido ver en este milagro un acto de cólera y de venganza de Jesús, o por lo menos, un “acto falto de razones” (2). Otros se esfuerzan en sacar de este hecho consecuencias favorables a sus opiniones: “Todo el episodio, dicen, nos muestra el aspecto humano de Jesús: tiene hambre, se engaña, maldice a un árbol.” Y buscando el motivo secreto de tal proceder, añaden: “Posible es que Jesús no estuviese nada satisfecho del exiguo resultado de su entrada del día anterior” (en Jerusalén) (3).

De esta manera han relegado la maldición de la higuera al dominio de la leyenda (4), o por lo menos miran este incidente como “error de la tradición”, que habría convertido en milagro alguna parábola de Jesús, por ejemplo la de la higuera, que ofrece gran semejanza con el episodio que nos ocupa. Pero no hay huella alguna de esa supuesta conversión de una parábola en un milagro. Al contrario, entre la parábola y el milagro hay una diferencia esencial. En efecto, “lo más saliente de la parábola es que se concede un plazo a la higuera estéril; lo más saliente de este otro episodio es que el árbol es herido sin plazo alguno por el juicio divino” (5).

(1) *Histoire évangélique, Synopse*, págs. 557-558.

(2) Loisy, *Les Évangiles synoptiques*, t. II, pág. 286.

(3) Holzmann, *Leben Jesu*, pág. 324. Bien exigente ha de ser quien califique de “exiguo resultado” la entrada triunfal en Jerusalén.

(4) Para explicar el origen de la supuesta leyenda se ha recurrido gravemente a esta hipótesis: “Quizá había (en el camino de Betania) una higuera seca, que ocupaba la imaginación popular (en la Iglesia primitiva) y de la que se decía: este es el árbol que Cristo maldijo.” J. Weis, *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 165. El Dr. Schwart se ha tomado la inverosímil tarea de probar tan extraña conjetura (*Zeitschrift für neutestam. Wissenschaft*, t. V, 1904, págs. 80-85).

(5) Weiss, *Leben Jesu*, 1882, t. II, pág. 458). La opinión que así refuta B. Weiss es hoy corriente entre racionalistas y protestantes liberales.

Pero no han sido los neocríticos los primeros en extrañarse de este prodigio, único en su género, en la vida de Nuestro Señor. “¿Qué había hecho el árbol? ¿Cuál era su falta?”, se preguntaba ya San Agustín (6). Para entender debidamente este hecho, menester es, conforme a la interpretación general de los exégetas creyentes, mirar más allá del árbol y ver en el acto de Jesús el simbolismo que en su lugar dejamos explicado. Añadiremos aquí que la higuera fué maldecida, no sólo por estéril, sino, principalmente, como emblema de la hipocresía y de la falsedad, pues, prometiendo, por su follaje y por sus condiciones ordinarias de fructificación, frutos abundantes, sólo tenía apariencias (7). En cuanto símbolo de la conducta moral y religiosa del pueblo judío, aquel árbol era un engañador, y como tal fué condenado, como aquellos cuya figura y tipo era. Y siendo esto así, a las claras se ve que es gratuito e injusto acusar a Nuestro Señor de haberse dejado llevar de la cólera y de la venganza. Su sentencia fué pronunciada con toda aquella serenidad y dignidad que a un juez imparcial conviene. Como ha notado un escritor muy exacta y delicadamente, “este golpe de muerte fué el único que descargó la mano del Salvador; pero esperó al último día; quería inculcar el temor de Dios en corazones obstinados, y aun entonces se revela su misericordia, por cuanto perdona al hombre y no hiere sino a una criatura insensible” (8).

En fin, hace al caso notar que Jesús, durante los días que inmediatamente precedieron a su pasión, tenía de continuo en el pensamiento, y más aún en el corazón, el juicio divino que amenazaba a los Judíos. ¡Con qué anhelo deseaba traerlos a mejores sentimientos! De ello son prueba manifiesta, entre otras, las parábolas de los dos hijos y de los viñadores homicidas, y otras gravísimas amenazas pronunciadas aquellos días. La higuera, pomposa, pero estéril, le ofreció ocasión propicia de predecir, con un acto extraordinario, el castigo que aguardaba a la nación culpable.

(6) *De verbis Domini in Joann.*, 44.

(7) Plummer, *An exegetical Commentary on the Gospel according to S. Mathew*, 1909, pág. 291.

(8) Fouard, *Vie de N.-Seigneur Jésus-Christ*, segunda edic., t. II, página 213.

IV.—LA EXPULSIÓN DE LOS VENDEDORES.

Este incidente apenas ha hallado más que aprobadores entre los exégetas y teólogos de todos los matices. Con todo, no han faltado algunos—y ya se adivina que pertenecen a la escuela llamada crítica—que más o menos directamente lo han censurado. Así Keim (1), sin desaprobalo del todo, lamenta no hallar en él “al Hijo del hombre de Galilea”, que, a su juicio, era de índole más dulce, más serena, más ponderada. Parecele que el Jesús del doble episodio de la expulsión produce “una impresión severa, sombría, aterradora”, y que su proceder en este caso fué “una inconsecuencia”, que había de ser causa de su ruina. En forma parecida se expresa A. Réville (2): “Todo considerado, dice, creemos que, no obstante su rectitud de intención y el fruto que consiguió, la purificación del Templo es, entre todos los actos de Jesús, el que más apariencia tiene de un mentís dado por él mismo a sus propios principios... Hubo, sin género de duda, violencia material, siendo así que Jesús había rehusado siempre acudir a este medio peligroso.” De donde pretende colegir que Jesucristo, con expulsar a los vendedores, se puso en contradicción con sus propios principios. Más aún: “El mismo, prosigue el escritor mencionado, hubo de percatarse de que había llegado al límite de sus poderes legítimos, si ya no lo había excedido” (3).

A estos críticos, que así osan juzgar los actos del divino Maestro y que le niegan el derecho de obrar según la plenitud de su poder, nosotros oponemos otros críticos que, uniendo su voz a la de los intérpretes creyentes, aprueban con respeto la conducta de Jesús, “su noble indignación” y “su animosa energía” (4). Les oponemos, además, “el silencio pasivo” de aquellos a quienes el Señor expulsó, como también el silencio de

(1) *Geschichte Jesu von Nazara*, t. II, págs. 101-102.

(2) *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 279.

(3) *Ibid.*, pág. 280.

(4) Reuss, *Histoire évangélique*, pág. 556.

los sacerdotes encargados de la vigilancia del Templo, y la admiración de las muchedumbres. Les oponemos, en fin, la expresiva observación de los discípulos (5) que vieron en el acto de su Maestro una manifestación de ardiente celo por la casa de Dios, y el testimonio de Jesucristo mismo, que se creyó no sólo con derecho, sino obligado por filial deber a salir por el honor de la casa de su Padre.

(5) Joan., II, 17.

V.—CRISTO, HIJO DE DAVID.

Los más de los neocríticos, siguiendo los pasos de los racionalistas del siglo XIX (entre otros, de Strauss, Renán, Schenkel), afirman que Jesús, argumentando sobre el primer versículo del salmo CIX, repudió toda pretensión a una descendencia davídica por parte suya, como quien no la consideraba esencial para el Mesías. En el citado pasaje, dice uno de ellos (1): “Jesús no quiere ser un hijo de David que, a título de su descendencia legítima, suba al trono de sus padres.” “Su discurso, añade otro (2), despojado de toda sutileza teológica, significa que el Cristo no ha menester de ser hijo de David, y que su dignidad viene de más alto” (3). Esta última afirmación es exacta. El fin principal de Nuestro Señor, cuando interrogaba a los fariseos acerca del texto *Dixit Dominus Domino meo*, era, efectivamente, demostrar que el Mesías ha de tener un origen muy superior al que podía darle la filiación davídica. Pero se interpreta torcidamente su pensamiento cuando se supone que reprendía como opuesta a la verdad la creencia, comúnmente recibida entre los judíos y fundada en clarísimos vaticinios, de que el Mesías sería descendiente de David. Si la reprendía no era por falsa, sino por incompleta; porque los judíos no tenían concepto bastante elevado del Mesías, que había de ser —y los profetas lo habían dicho también— infinitamente superior a David, por cuanto era el Hijo de Dios mismo. Era de mucho momento que el pueblo judío supiese que el título de hijo de David, por glorioso que fuese, no daba sino una idea incompleta y descolorida de lo que el Mesías había de ser. Para

(1) J. Weiss, *Schriften des N. T.*, t. I, pág. 175.

(2) Loisy, *Evangelium synopticum*, t. II, pág. 369. Del mismo modo opina Réville (*Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 303), según el cual “tenemos aquí una declaración, emanada de Jesús mismo, de que no se consideraba como descendiente de David”. “Con todo—añade—, no era esto a sus ojos una razón para renunciar a ser aceptado algún día como Mesías.” Coinciden con los anteriores: W. Schmidt, *Die Geschichte Jesu erzählt*, pág. 157; Spitta, *Streitfragen der Geschichte Jesu*, págs. 144-172; etc.

(3) Tomo I, págs. 297-309; 456-461.

(4) *Ibid.*, pág. 321.

suponer que Jesús pudiera reivindicar la dignidad de Mesías sin pertenecer a la estirpe de David sería menester olvidar toda la historia de Israel y la creencia, bien fundada, y entonces más que nunca arraigada en el ánimo del pueblo hebreo, según la cual la primera condición que había de cumplir el Mesías era el tener a David por antepasado. En su lugar dejamos plenamente demostrado, con el testimonio de los Evangelios y la antigua tradición cristiana, que la descendencia davídica de Jesús es un hecho incontestable.

VI.—EL DISCURSO ESCATOLÓGICO Y LOS NEOCRÍTICOS.

Este discurso ofrece serias dificultades, y, como era de suponer, racionalistas y protestantes liberales no han dejado de hacerlas valer. Varios de sus pormenores tocan a uno de los puntos más delicados de la religión cristiana: el relativo a la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo. Pero procedamos por orden:

1.º Una primera objeción se refiere a la autenticidad de este discurso. En este particular los neocríticos andan en desacuerdo unos con otros, lo cual es ya una prueba de la endeblez de su objeción. Con todo, mientras el antiguo racionalismo tenía el discurso escatológico como inventado de punta a cabo, los jefes de la nueva escuela atribuyen a Jesús una parte considerable de él; pero suprimiendo, según maña suya, todo aquello que no les conviene. Los motivos de esta supresión total o parcial son, como en otros casos parecidos, puramente subjetivos y arbitrarios. En efecto, no es posible impugnar, ni en su conjunto ni en sus pormenores, el texto de un discurso que, en sustancia, nos ha sido transmitido del mismo modo por tres historiadores contemporáneos y probos, y fielmente conservado por todos los manuscritos antiguos, por todas las versiones y por otros muchos documentos.

Pero opone J. Weiss (1): "Algunas partes de este discurso no tienen nada de específicamente cristiano." Respondemos que los neocríticos no pueden ser buenos jueces en esta materia, por causa de sus prejuicios anticristianos, particularmente, cuando tienen interés en hacer desaparecer en todo o en parte ciertas enseñanzas de Nuestro Señor. Por lo que Alberto Reville, uno de los racionalistas contemporáneos más hostiles a la autenticidad, ha buscado otro punto de impugnación. "Jesús, escribe, en el curso de su vida terrestre había repudiado el mesianismo teatral y violento que campea en este discurso." "Si esta página, continúa, tal como se lee en el segundo Evangelio (2), fuese de él, habríase contemplado, de antemano, en

(1) *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 177.

(2) Los neocríticos, cuando se ocupan del discurso escatológico, gustan

un sueño embriagador de grandeza, como emperador celestial que viene a inaugurar su dominación sobre todos los reinos de la tierra y sobre toda su gloria... Después de haber comenzado por anunciar la religión esencial, sacada de la conciencia misma de la humanidad religiosa..., habría venido a dar en una quimera" (3). Y antes que aceptar un Cristo así empequeñecido, prefiere, a despecho de la crítica textual y de todas sus reglas, negar que Jesús compusiera este discurso. "Fueron, pues, concluye, los primeros cristianos quienes, esperando que su Cristo y Señor tornaría después de su supuesta resurrección, debieron de aplicar a este retorno, que ya se hacía esperar, y a todo lo que le había de preceder, todas las rúbricas de la apocalíptica usual" (4).

La apocalíptica: la cuestión se concreta. "Por lo cual, continúa J. Weiss, muchos autores admiten que Marcos (5) utilizó un escrito profético de este género" (6). Y aun más que utilizar, si hemos de creer a ciertos autores que nos presentan esta "pequeña apocalipsis", esta "apocalipsis sinóptica", como la llaman, a manera de una hoja volante que el autor del segundo Evangelio insertó en este lugar de su narración. Dijérase que los dichos autores han visto con sus propios ojos ese supuesto documento, pues llegan hasta reproducirlo aparte, eliminando los pormenores que ellos creen añadidos (7). Pero, con todo eso, los partidarios de esta hipótesis no llegan a ponerse totalmente de acuerdo, pues mientras unos atribuyen a la apocalipsis sinóptica origen puramente judío, otros, los más, la creen judía en el fondo, pero transformada por influencias cristianas más o menos considerables (8). Las mismas vacilaciones o contradicciones hay acerca de su extensión primitiva. A veces llegan a confesar que "es difícil puntualizar dónde

de citar particularmente la redacción de San Marcos, por la especial autoridad que conceden a este Evangelio.

(3) *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 316. Siguen varias páginas, todas por el mismo estilo.

(4) *Ibid.*, pág. 321.

(5) Y con él los otros dos sinópticos.

(6) *Loc. cit.*

(7) Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, págs. 178, 180, 182.

(8) Keim, *Jesus von Nazara*, t. II, págs. 200-206; Holtzmann, *Die Synoptiker*, tercera edic., pág. 96; Erich Klostermann, *Markus*, pág. 111; J. Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 178 y siguientes; W. Schmidt, *Geschichte Jesu erläutert*, págs. 356-357; E. Haupt, *Die eschatologischen Aussagen Jesu in den synoptischen Evangelien*, 1895.

comienza y dónde acaba" (9), y aun "que es imposible determinar lo que es auténtico y lo que no lo es" (10).

Mas no se busquen pruebas positivas de todas estas afirmaciones. Los neocríticos se contentan con alegar cierta semejanza que la forma y ciertos cuadros de este discurso tienen con la literatura apocalíptica del judaísmo. Pero esta semejanza, que nadie pone en duda, se explica satisfactoriamente por la costumbre de Jesucristo de emplear, particularmente cuando hablaba de "las cosas últimas", el lenguaje de su tiempo para ser mejor entendido de sus conterráneos. Pero ya notamos la diferencia grandísima que hay entre sus descripciones, elocuentes, pero sobrias, y la enmarañada doctrina de las apocalipsis judías. De ahí las vivas protestas que ha suscitado no sólo entre los protestantes llamados ortodoxos, sino también entre los mismos adherentes de la escuela crítica, esta hipótesis, que no sabe estimar ni la originalidad de la enseñanza del Salvador ni la imposibilidad moral de que se introdujese en los Evangelios, como doctrina auténtica del Salvador, una composición de esa índole. Si Jesús fué "escatológico", según quieren los neocríticos (11); si, aun fuera de este discurso (12), expuso un admirable sistema relativo al fin de los tiempos, lo hizo conservando toda su independencia, así en cuanto a las ideas como en cuanto al fin, y elevando a sublimes alturas este hermoso asunto, que las apocalipsis judías habían apequeñado (13).

2.º Los neocríticos, que, en mayor o menor medida, admiten la autenticidad del discurso escatológico, han tomado de él ocasión para sacar conclusiones adversas a Jesús. Si realmente, dicen, pronunció este discurso, incurrió en graves errores, que demuestran que no era el Mesías.

(9) Holtzmann, *loc. cit.*

(10) Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 318.

(11) Especialmente A. Schweitzer, en la obra *Von Reimarus zu Wrede*, páginas 347-395. También H. Monnier (*La mission historique de Jésus*, página 520) escribe: "Sin dificultad admitimos que Jesucristo fué educado en un medio en que fermentaban los sueños apocalípticos." "Su espíritu —añade— conservó aquella primera impresión, si bien refundió en el crisol de su genio las heterogéneas ideas que alucinaban a sus compatriotas."

(12) Cfr. *Matth.*, VII, 21-23; XIX, 28; XXV, 31-46; XXVI, 61-64; *Luc.*, IX, 2; XIII, 23-27; etc.

(13) Cfr. Fillion, *Les étapes du rationalisme...*, págs. 275-287.

Dejemos a un lado los puntos secundarios, para no ocuparnos sino de los principales. La acusación más grave que hacen a Nuestro Señor es de haber caído en grosero error acerca de la inminencia de la instauración definitiva de su reino, asociándola a la ruina de Jerusalén y a los trastornos cósmicos del fin de los tiempos. "Fuerza es, dice Réville (14), rendirse a la evidencia: todo el discurso supone la proximidad de estos acontecimientos que habrán de suceder antes que se extinga la generación a que Jesús mismo pertenece. Puédese, sin duda, extremando las concesiones, prolongar esta generación hasta el fin del siglo; pero no por eso estas predicciones serán menos erróneas... Si Jesús dijo lo que los Evangelios le atribuyen, se engañó gravemente en sus presagios." Según Loisy (15), Nuestro Señor dió al reino que había anunciado desde el principio de su ministerio una significación rigurosamente escatológica, persuadido de que él inauguraría el período final del mundo. "Jesús, añade, estaba convencido de que este reino se inauguraría en su vida, y con esta certidumbre emprendió su último viaje a Jerusalén, creyendo que iba a asistir al establecimiento definitivo del reino mesiánico" (16).

Pero no; Jesucristo no incurrió en esta confusión de acontecimientos, no cayó en los errores que estos escritores le atribuyen, como se demuestra con sólo leer atentamente el discurso escatológico. Quienes yerran son los que atribuyen a Jesucristo ideas que nunca profesó. No sólo no confunde la ruina de Jerusalén y su segunda venida, sino que las distingue y separa con entera claridad. Sobrevendrán primero las señales precursoras de la destrucción de la ciudad santa; después, una señal que la precederá inmediatamente, y, por último, el juicio divino contra la ciudad culpable. Después vendrán otras señales precursoras y perturbaciones cósmicas que trastornarán el mundo; entonces será cuando acaecerá la aparición gloriosa del Mesías. La ruina de Jerusalén y de la nación judía, cuya ca-

(14) *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 314-315.

(15) *L'Evangile de l'Eglise*, pas.; *Les Evangiles synopt.*, t. I, páginas 236, 247; etc.

(16) Holtzmann dice en términos más moderados: "Jesús exhorta a esperar de continuo la venida del Mesías; lo cual supone que el Mesías puede no venir sino después de largo tiempo... Pero si Jesús hubiera previsto una espera de siglos y siglos..., no hubiera anunciado que el reino de Dios está cerca" (*Leben Jesu*, pág. 136).

pital y cuyo símbolo era Jerusalén, acaecerá en tiempo cercano; el segundo advenimiento del Mesías, más adelante, mucho más adelante, según el Salvador mismo manifestó en diversas ocasiones y precisamente en los últimos días de su vida (17). Jesucristo, pues, no puso en el mismo plano la destrucción de Jerusalén, su advenimiento personal y el fin del mundo, sino únicamente estos dos últimos acaecimientos. Si todo el conjunto parece, a primera vista, formar, digámoslo así, un solo bloque, es porque Nuestro Señor no quería en modo alguno revelar la fecha de su segunda venida y del fin del mundo. Pero la separación de los acontecimientos se puede hacer sin trabajo, mayormente después que se cumplió tan admirablemente la parte de la profecía relativa a Jerusalén. Tengamos por cierto que también la segunda parte tendrá perfecto cumplimiento.

Pero después que Jesús describió brevemente su segundo advenimiento, ¿no pronunció, según los tres sinópticos (18), esta grave sentencia, que parece suponer como cercana la época de su segunda venida: "En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todas estas cosas se cumplan?" Ciertamente nos hallamos ante una grave dificultad; probablemente esta sentencia del Salvador indujo a creer a muchos cristianos de los primeros tiempos que su venida para juzgar a los hombres estaba cercana. Pero esta creencia era falsa, y la responsabilidad de este yerro no puede atribuirse a Nuestro Señor (19). De intento quiso envolver en cierto misterio todo este vaticinio para que quedase oculta la época de su segunda venida. Por esto, después de haber separado los dos grandes hechos sobre que versa su predicción, parece como que, al terminar, los agrupa cual si formasen uno solo. A nosotros toca el reflexionar y el entender, a la luz de lo que precede, que las palabras "esta generación" tienen en este lugar

(17) Así lo han reconocido varios neocríticos. E. Reus (*Synopse évangélique*, pág. 612), en la circunstancia de retrasarse el esposo (en la parábola de las diez vírgenes), ve "una prueba indirecta de que Jesús solía repetir a menudo que el fin no llegaría tan rápidamente como de ordinario se creía".

(18) Matth., XXIV, 34; Marc., XIII, 30; Luc., XXI, 32.

(19) Es de notar que cuando los primeros cristianos se percataron de su error acerca de este particular, no por eso perdieron nada de su fe y de su confianza en Nuestro Señor.

doble sentido, pues significan tanto a los judíos contemporáneos de la ruina de Jerusalén como a los habitantes de la tierra que vivan al fin del mundo. Jesús, por ningún caso, intentó decir que la generación que a la sazón vivía había de presentarse su segundo advenimiento.

Vese, pues, con estas distinciones y explicaciones, cómo se engañan los neocríticos cuando, a propósito de esta sentencia del Salvador, presentan la disyuntiva siguiente: o Jesús se engañó o el texto no es auténtico. Ni una cosa ni otra. En otro lugar lo hemos demostrado ampliamente (20).

Réstanos aún decir unas palabras acerca del cataclismo violento, de las convulsiones cósmicas que Jesucristo presenta como última señal precursora de su segundo advenimiento. Algunos han visto en las palabras de Nuestro Señor un ornato retórico de la profecía, un símbolo de las cosas horrendas que sucederán en los últimos tiempos. Nosotros antes creemos, siguiendo a la mayor parte de los exégetas cristianos, así antiguos como modernos, que Nuestro Señor quiso expresar un verdadero milagro de destrucción y de reconstrucción, que transformará el mundo actual en un mundo nuevo, digno de ser para siempre teatro de su reino. "Parece que aceptó la opinión, tradicional entonces, de que el fin de los tiempos ha de venir en forma de una transformación violenta, cuyo punto culminante será la venida del Mesías mismo... Tanto con sus alusiones como con su lenguaje directo, parece aprobar esta opinión... La tenacidad con que insiste en ella es para impresionar profundamente" (21). San Pedro, uno de los apóstoles que asistieron al discurso, emplea el mismo lenguaje para describir el fin del mundo (22). Esto mismo es lo que Jesucristo poco antes (23) había expresado con el expresivo nombre de *παλιγγενεσία* (Vulg., *restauratio*), el nuevo nacimiento, la regeneración, la renovación del mundo presente: idea que ya en pasados tiempos había expresado el profeta Isaías (24).

(20) Véanse nuestras *Etapas du rationalisme...*, págs. 275-287; Van Crombrugghe, *Les prétendues erreurs eschatologiques de Jésus*, 1913.

(21) Muirhead, en Hasting, *Dictionary of Christ and Gospels*, t. I, página 533.

(22) II Petr., III, 13; cfr. Apoc., XXI, 1.

(23) Matth., XIX, 28.

(24) Is., LXV, 17; LXVI, 22.

VII.—LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA.

"Por desgracia, exclamaba el teólogo protestante Olshausen (1) al llegar a la explicación de las palabras de la Consagración, el banquete del amor ha servido hasta nuestros días de ocasión de las más violentas y de las más tristes polémicas que registran la historia de la Iglesia y la historia del dogma." Esta observación sigue siendo cierta en nuestra época, con la sola diferencia de que la polémica ha perdido algún tanto su acrimonia. En los últimos treinta años han aparecido, particularmente entre los teólogos liberales, gran número de libros y de artículos de revistas, dedicados a estudiar el hecho y las palabras de la última cena (2). Su lectura, si bien ha de causar tristeza a toda alma católica, ofrece verdadero interés, porque nos muestra la evolución de las teorías racionalistas y protestantes acerca de la Eucaristía, y nos da algún consuelo al mostrarnos cómo las nuevas objeciones, por hábiles y páfidas que a las veces sean, vienen siempre a estrellarse contra la roca inmovible de las narraciones sagradas. Sin entrar aquí en discusiones puramente teológicas, trataremos de las dificultades que directamente tocan a los textos evangélicos y al significado y origen que los neocríticos atribuyen a la Eucaristía.

I. El texto.—Varias veces hemos puesto de relieve la libertad, casi diríamos el desenfado, con que los teólogos liberales tratan los textos que contradicen a sus sistemas preconcebidos. No contentos con alterarlos a su talante, se desembarazan de ellos, cuando así les conviene, por un procedimiento radical y sencillísimo: negando su autenticidad. Y esto han hecho muchos, con menosprecio de todas las reglas de la crítica, respecto de las fórmulas eucarísticas: "Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre..." Con todo, estas palabras son parte

(1) *Commentar über sämtliche Schriften des N. T.*, tercera edición, tomo II, pág. 441.

(2) No intentaremos enumerarlos aquí. Puede verse una lista bastante completa en el opúsculo ya citado de W. Koch, *Das Abendmahl im N. T.*, Münster-en-Westph., 1911.

integrante de los Evangelios sinópticos y de la narración de San Pablo. Pero todo eso es insuficiente para los neocríticos. Nos dicen que el Apóstol de los Gentiles carece en este caso de autoridad, porque—ya nos lo dirán luego más explícitamente—fué él precisamente el inventor de estas palabras. La autoridad de San Lucas, su discípulo, tampoco hace al caso, pues no hizo más que copiar a su maestro. Tampoco la de San Mateo, porque su narración está calcada sobre la de San Marcos. Pero tampoco este último, con ser, según los racionalistas, el mejor biógrafo de Jesús, les hace gran fuerza. De su narración suprimen todo lo concerniente a la institución de la Eucaristía (3) y no dejan más que aquellas palabras: “En verdad os digo que ya no volveré a beber del fruto de la viña hasta el día en que beba el vino nuevo en el reino de Dios” (4). De esta suerte, no queda de la narración de San Marcos otra cosa que alusiones a los banquetes que, según dicen los racionalistas, esperaba Jesús que habrían de celebrarse en el reino mesiánico (5). Si alegamos que esos textos que con tanta violencia arrancan de las páginas sagradas se hallan en todos los documentos antiguos, o no se nos escucha o se nos remite al tercer Evangelio, a propósito del cual se pretende convertir en dificultad gravísima una simple errata de copia o de traducción de algunos manuscritos.

Ya advertimos (6) que en este lugar del texto de San Lucas (7) se introdujo alguna confusión, que tuvo por consecuencia el que varios hechos se desplazasen de su lugar natural. Así, la consagración del vino se menciona antes de la del pan (8); el narrador habla dos veces del cáliz eucarístico (a no ser que la copa de que habla en primer lugar formase parte del festín legal, como algunos suponen); la discusión de amor propio entre los apóstoles, que debió de suceder al principio de la cena, con ocasión del puesto que cada uno había de ocupar, se relega al fin. Algunos documentos antiguos, pero rarí-

(3) Marc., XIV, 22-24.

(4) Marc., XIV, 25.

(5) Loisy, *Les Evangiles synopt.*, t. II, pág. 540; E. Klostermann, *Markus*, pág. 124 (este autor es menos resuelto en sus afirmaciones).

(6) Véase lo que dijimos en el cuerpo de la obra.

(7) Luc., XXII, 15-30.

(8) Una transposición parecida vimos ya en San Lucas, al referir la historia de las tentaciones. Cfr. Matth., IV, 5-10, y Luc., IV, 5-12.

simos, y que en este caso no merecen crédito—entre otros el manuscrito griego *D*, del siglo VI, célebre por sus excéntricas variantes, y algunos manuscritos de la versión latina llamada *Itala*—aumentan la confusión, abreviando notablemente la parte más importante de la narración, pues se detienen después de las palabras “Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros” y suprimen todo lo que sigue, es decir: “Haced esto en memoria de mí.” De igual manera tomó el cáliz, después que cenó, diciendo: “Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre que será derramada por vosotros” (9). Algunos neocríticos (10), asiéndose a esta extraña variante, como si ella representase el texto primitivo de San Lucas, se apresuran a generalizar y afirmar que de hecho nada hubo de eucarístico en la última cena y que todo se redujo a un banquete legal o extralegal.

Al argumentar así olvidan que los documentos en cuestión son muy pocos y de muy discutible valor, y que, por tanto, las más elementales reglas de la crítica textual enseñan que no pueden prevalecer sobre todos los manuscritos griegos (excepto el *D*), sobre casi todas las versiones y sobre las más antiguas liturgias. Trátase de una de esas anomalías que se dan a veces en los antiguos manuscritos y que provienen de algún error o torpeza de los copistas. Pero, aunque el texto así abreviado fuese auténtico—que, de cierto, no lo es—, las narraciones de San Mateo, de San Marcos y de San Pablo bastarían para darnos idea completa y exacta de lo que acaeció en la última cena.

Otra objeción se ha suscitado a propósito de los textos relativos a la Eucaristía. “Se ha de convenir, dice Réville, que si fuese caso de una institución sacramental en que todas las palabras son de importancia extrema, si sobre todo se le hubiese de atribuir un valor sobrenatural, sería inexplicable que los Evangelios y el apóstol San Pablo no nos hubiesen conservado una fórmula idéntica, sin sombra de variaciones” (11). Bastará que el lector repase las fórmulas que en su lugar quedaron citadas, y sin dificultad se convencerá de que son idénticas, no sólo en cuanto al fondo, sino también en cuanto a la forma

(9) Luc., XXII, 19b-20.

(10) Entre otros, J. Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, págs. 191, 470-472; Welhausen, *Das Evangel. Marci*, segunda edic., págs. 115-118.

(11) *Jésus de Nazareth*, t. II, págs. 511-512.

misma. Las variantes que presentan carecen de importancia, según lo han reconocido varios teólogos liberales. No podemos resolver actualmente con certeza si Jesús dijo, por ejemplo: "Esta es mi sangre (la sangre), de la nueva alianza", o de esta otra manera: "Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre"; pero, ¿quién no ve que estas palabras, sustancialmente, son una misma cosa? Y otro tanto se ha de decir de las demás variantes de los textos. Podemos estar ciertos de que no las alteraron los redactores. Las exiguas diferencias que hay eran humanamente inevitables y proceden de la tradición oral.

II. ¡Cuántas cosas no se han dicho contra la interpretación católica de las palabras empleadas por Nuestro Señor para instituir la Eucaristía! ¿Es cierto que son "oscuras en su brevedad"? (12). No opinaba así Lutero, "que no supo eludir su irresistible claridad". Quisiera, decía (13), hallar un hombre tan hábil que me probase que no hay en la Eucaristía sino pan y vino; me haría señalado servicio. He sudado estudiando esta cuestión; pero me siento encadenado; el texto es clarísimo... (14). Carlostadio atormenta al pronombre *Este*; Zuinglio la toma con el verbo *es*; Ecolampadio tortura a la palabra *cuerpo*; otros martirizan a todo el texto... Por mi parte los desafío a que me traigan una Biblia donde se lea: "Esto es señal o símbolo de mi cuerpo" (15). Melancton, a su vez, escribía (16): "Estas palabras "este es mi cuerpo" brillan como un relámpago. ¿Qué puede oponerles el espíritu aterrado?" Ciertamente, la hermenéutica y la filología nos fuerzan a tomarlas en sentido literal, so pena de entregar la Escritura a todos los caprichos del ingenio humano. Cuando el Evangelio dice: El Verbo se hizo carne; cuando Jesús afirma que El y el Padre son una misma cosa, no habla más claramente que en estas proposiciones: Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre" (17). Recordemos, además, que la institución de la Eucaristía fué "precedida de una promesa, en la cual Jesucristo

(12) Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 471.

(13) *Epist. ad Argentinenses*.

(14) *Apolog. de Coena Domini*.

(15) Monsabré, *Exposition du dogme catholique; L'Eucharistie*, páginas 38-39.

(16) *De veritate corporis et sanguinis*, pág. 39.

(17) Monsabré, *loc. cit.*, págs. 19-20.

eliminó resueltamente todo símbolo, toda figura, toda metáfora" (18).

Tan cierto es esto, que la mayor parte de los neocríticos, dando de lado este aspecto de la cuestión, llevan la polémica, según hemos visto y veremos aún, a otros puntos bien distintos. En cuanto a los protestantes llamados ortodoxos, siguen aferrados, aunque trabajosamente, a la teoría simbólica y alegórica de Zuinglio y Calvino. "En el acto mismo (del rito eucarístico), decía poco ha uno de ellos (19), están representadas las dos caras de la obra: el ofrecimiento divino y la aceptación humana. El lado de la aceptación humana es cosa clara para la conciencia. Trátase simplemente... de anunciar la muerte del Señor (I Cor., XI, 26). No sucede así con el lado divino, que es insondable y misterioso... Sabemos claramente lo que hemos de hacer para comulgar bien; dejemos a Dios el secreto de lo que nos da en una buena comunión." ¡Dejar a Dios el secreto! Pero, ¿dónde está ese secreto? ¿No dijo Jesús claramente que lo que El nos da es su carne por alimento y su sangre por bebida? Ni sombra de alegoría hay en los textos; muy al revés, todo en ellos tiene la significación realista en que Jesús había insistido ya en el discurso de la promesa, diciendo que era necesario comer su carne y beber su sangre. ¿Cómo, pues, se puede sostener que tenemos aquí "una parábola en acción"? (20). Jesús, presintiendo cercano su fin, pues cada día se veía más claro que sucumbiría bajo el peso del odio de sus enemigos, rompió el pan, que era como decir: Así será bien pronto tratado mi cuerpo; después echó vino en una copa—según O. Holzmann, hasta derramó un poco en el suelo—, para indicar que así correría su sangre... Ciertamente, hay en esto algo de verdad; pero estas explicaciones apenas rozan la superficie del texto y descuidan su significación principal, que es la conversión del pan en el cuerpo de Cristo y del vino en su sangre.

Según los teólogos y exégetas radicales, no ofrece duda que a Jesús no le pasó por el pensamiento el establecer lo que nosotros llamamos al Sacramento de la Eucaristía. "Para un hecho

(18) *Ibid.*, pág. 22.

(19) Farrar, *Life of Christ*, vigésimotercera edic., t. II, pág. 292. Cfr. Godet, *Comment. sur l'Evangile de S. Luc.*, segunda edic., t. II, páginas 365-370; Edersheim, *Life and Times of Jesus*, t. II, pág. 511.

(20) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 358.

de esta índole, nos dicen, no hay lugar en una historia de Jesús... Un episodio semejante no puede contarse como histórico, si se le da la significación católica (21), si se atribuye a Jesús el designio de crear un rito permanente. Todo se redujo a un banquete celebrado en la intimidad por el Maestro y sus discípulos." Los neocríticos consideran este banquete en dos aspectos distintos: o bien como símbolo de la unión perpetua que Jesús, antes de morir, quería establecer entre El y sus apóstoles y todos los cristianos, o bien como un memorial de su muerte. Las dos ideas son exactas y Jesucristo mismo las enunció. "Porque va a morir instituye un modo de presencia real entre los suyos, por medio de la cual podrán unirse con El, y esta comunión les será de tanto mayor precio cuanto conmemora su sacrificio y contiene el precio de él" (22). Pero es evidente que este doble concepto no se realiza si Jesucristo no estableció verdaderamente un sacramento, según piden los relatos sagrados. Sin esta institución, las palabras "Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre...", que a varios racionalistas han parecido, y con razón, "conmovedoras" (23), serían del todo superfluas. Y aun podríamos decir que, en ese caso, tendrían cierto aspecto teatral que estaría en desacuerdo con la sencillez habitual del Salvador.

Claro es que si los neocríticos eliminan de la última cena la idea de sacramento, otro tanto han de hacer con la de sacrificio. "En ningún documento, dice Réville (24), se nos presenta la Eucaristía como un sacrificio redentor o de otra clase cualquiera, en que el Cristo sea sacrificador o víctima." Esta afirmación sería verdaderamente extraña si no la hiciese un escritor racionalista, ya que en los cuatro documentos más cercanos de los hechos Jesús habla del pan y del vino convertidos en su cuerpo y en su sangre como de un sacrificio ofrecido por la salud de los hombres. Los teólogos radicales suprimen de los textos eucarísticos todo lo que puede oponerse a sus teorías, y luego argumentan como si las fórmulas por ellos alteradas fueran las que realmente pronunció Nuestro Señor. Pero

(21) A. Réville, *op. cit.*, pág. 502.

(22) Lagrange, *Evangile de S. Marc.*, pág. 358.

(23) A. Réville, *loc. cit.*

(24) J. Réville, *Les origines de l'Eucharistie*, pág. 116.

las palabras "Mi cuerpo entregado por vosotros" y "Mi sangre de la nueva Alianza (o la nueva Alianza en mi sangre) que es derramada por vosotros" son ciertamente auténticas y dan a la última cena y al rito que la perpetúa manifiesto carácter de verdadero sacrificio. Jesús selló con su sangre la nueva Alianza, como había sido sellada la antigua con la sangre de las víctimas: la comparación es obvia y pone más de relieve la intención del Salvador (25).

Tal era la creencia de los primeros cristianos. "En Roma y en Corinto (y en todas las demás iglesias) se celebraba la Cena, en la cual se partía el pan y se bebía el cáliz. Con estos ritos no solamente se reproducía lo que Jesús había hecho, sino que se hacía presente la muerte de Jesús mismo: se la reproducía con un acto que podíamos amar dramático... Esto es lo que Pablo llama anunciar la muerte del Salvador" (26). Tomemos nota de esta confesión de uno de los corifeos de la escuela radical. Pero nada atestigua con mayor elocuencia esta fe de la Iglesia primitiva que la respuesta de San Andrés al procónsul de Acaya, que le instaba a que sacrificase a los dioses: "Yo inmolo cada día en el altar del Dios todopoderoso... no la carne de toros, o la sangre de cabritos, sino al Cordero inmaculado, siempre viviente, aun después que el pueblo cristiano ha comido su carne" (27). No hay religión sin sacrificio, porque el sacrificio es el acto de religión por excelencia; por esto instituyó Jesús la Eucaristía, que es a un tiempo sacramento y sacrificio: sacrificio incruento, del que el profeta Malaquías había anunciado que se ofrecería en toda la tierra y que sustituiría a todas las víctimas cruentas del Antiguo Testamento (28).

III. El origen.—"La cuestión que se presenta a la crítica, escribe Loisy (29), y que por mucho tiempo aún esperará una solución definitiva, es la de averiguar la relación que hay entre el pensamiento de los evangelistas, es decir, entre el pensamiento de la Iglesia primitiva..., y lo que realmente dijo Je-

(25) Exodo, XXIV, 8; Hebr., VIII, 8-13; IX, 15-28.

(26) J. Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 190.

(27) *Acta Sanctorum*, 30 de noviembre.

(28) Mal., I, 10-11.

(29) *Les Evang. synopt.*, t. II, pág. 534.

sús en la última cena.” Estas líneas nos dicen que la escuela radical no cree que “el pensamiento de la Iglesia primitiva” corresponda a lo que “realmente se dijo” y se hizo en el cenáculo. Después de cuanto llevamos dicho, no es para extrañar tal aseveración; pero sí es extraño que los racionalistas, a la vez que afirman que ignoramos lo que Cristo dijo e hizo con ocasión de su última cena, procedan como si ellos hubieran estado presentes en aquel acto y conociesen sus pormenores mejor que los graves y bien informados historiadores que nos los refirieron pocos años después de haber sucedido.

No fué Jesús, nos dicen, quien instituyó la Eucaristía ni como acto transitorio ni como acto permanente: su predicación, su proceder general, no se avenían bien con este linaje de institución; antes era opuesto, en principio, a los ritos exteriores, y favorable al culto de Dios “en espíritu y en verdad”. Fuera de que, añaden, creyendo Jesús próximo el fin del mundo actual, no es probable que pensase en instituir ni una Iglesia ni un Sacramento duraderos. Tal es el postulado que a la continua nos oponen los racionalistas: el establecimiento de la Iglesia, la institución de los Sacramentos, estarían en contradicción con toda la vida y con todo el pensamiento de Jesús. No vamos a discutir ahora esta afirmación; ni es necesario, ya que no dan prueba alguna de ella. Dejémoslos que sigan, y prosigamos citando sus suposiciones arbitrarias, cuya inconsistencia queda demostrada con el estudio serio de los textos y de la tradición cristiana.

He aquí de qué modo sucedieron los hechos, según la nueva escuela. Los apóstoles y los primeros discípulos, tan enervados por su fe en la supuesta resurrección del Maestro cuanto se habían desalentado antes por su muerte, se reunían a menudo y tomaban en común una frugal cena, mientras hablaban de él con afecto y ardor. Al principio no pensaron en establecer relación alguna de semejanza entre estas cenas y la última del Salvador. Esta idea sobrevino después y poco a poco. Pero, apenas penetró en los ánimos, se arraigó en ellos rápidamente. Caldeáronse las imaginaciones y, por obra de algunos discípulos, “de una piedad más tierna y exaltada” (30),

(30) J. Réville, *op. cit.*, pág. 147.

vínose a creer que Jesús había establecido un verdadero Sacramento y mandado renovar “el banquete del Señor”. A que esta creencia se arraigase más hondamente en las almas cooperó Pablo, contando una revelación especial que decía haber recibido del Señor (31). El fué, en hecho de verdad, quien arbitrariamente convirtió una comida ordinaria en memorial permanente de la muerte de Jesús; él también quien vinculó la última cena con la fiesta de la Pascua (32). —¡Cuántos errores, y aun pudiéramos añadir cuántos errores voluntarios, amontonados en tales afirmaciones! Por lo que hace a San Pablo, bastará leer lo que él dice para convencerse de “su firme persuasión de que nada inventa” (33), y de que, al contrario, se conforma con la realidad histórica de los hechos. Y el libro de *Los Hechos Apostólicos* prueba que la celebración de los Santos Misterios conforme al ejemplo y al precepto de Jesús se celebraba en la iglesia de Jerusalén varios años antes de la conversión de Pablo.

Las hipótesis de los racionalistas se destruyen por sí mismas. ¿Cómo osan presentar su método como histórico y crítico cuando, en esta cuestión singularmente, desdennan las reglas más elementales de la crítica y de la historia? Como los textos evangélicos, por su claridad, les estorban, niegan su autenticidad. Como la narración y las consideraciones de San Pablo refutan por anticipado su teoría, acusan al Apóstol de los Gentiles de haber inventado la Eucaristía. Aseguran que ignoramos lo que sucedió en la última cena, y, con todo, atribu-

(31) W. Brandt, *Die Evangelische Geschichte und der Ursprung des Christenthums*, págs. 296-298.

(32) I Cor., XI, 23. Al decir de los racionalistas, esta revelación de San Pablo fué puramente subjetiva, porque, según ellos afirman, acaeció en la región subconsciente donde se preparan “los sueños y visiones” (Loisy, *Evang. synopt.*, t. II, pág. 532). Algunos comentadores católicos creen suficientemente explicadas las palabras *Ego accepi a Domino* con decir que la revelación fué indirecta y que San Pablo aludía a la tradición que de hecho provenía de Jesús mismo por el intermedio de los apóstoles. “Pero la expresión “Yo he recibido” no consiente interpretarla sino de una comunicación personal (hecha a San Pablo), y las palabras “del Señor” sólo pueden entenderse de una revelación inmediata de Jesús mismo.” Godet, *Comment. sur l'Evangile de S. Luc.*, segunda edic., t. II, página 369.

(33) Lagrange, *Evangelie de S. Marc.*, pág. 357.

yen a Jesucristo palabras que, en aquellas circunstancias, no tendrían más que un sentido ordinario y casi vulgar (34).

Pero todo es azotar al aire. Si han de demostrar sus opiniones respecto de la Eucaristía y su institución, menester será que hallen otros argumentos que no consistan en meras negaciones y afirmaciones sin fundamento y en detorsiones de los textos más auténticos y de la historia mejor atestiguada (35). Los textos quedan en pie; la interpretación que siempre les ha dado la Iglesia es conforme a las reglas del lenguaje y de la lógica. Si expresan un milagro del poder y del amor de Cristo, no por eso hemos de sacrificarlos, como quieren los racionalistas.

(34) J. Réville, *L'origine de l'Eucharistie*, pág. 641, dice: "Nunca sabremos lo que Jesús dijo a sus discípulos en aquella hora solemne." Y a continuación nos dice que el Salvador habló del amor del Padre celestial hacia sus hijos, del reino mesiánico, etc. También Alberto Réville dedica varias páginas a esta cuestión (*Jésus de Nazareth*, t. II, págs. 506-512) para explicarnos cómo se formó poco a poco la idea de la institución de un Sacramento.

(35) Cfr. Batiffol, *L'Eucharistie*, quinta edic., págs. 141-156.

VIII.—LA AGONÍA DE GETHSEMANÍ Y LA CRÍTICA RACIONALISTA.

El racionalismo contemporáneo tampoco ha perdonado a este episodio conmovedor. Eso sí, suele tratar de él con cierta apariencia de respeto, como quien se duele de verse en el trance de hacer una crítica severa (1). Es "una escena de angustia inenarrable", a la cual, "en las horas de angustia desgarradora..., las almas probadas por el dolor acuden con preferencia en busca de resignación y ánimo" (2). Pero los racionalistas, después de esta nota sentimental, empuñan la piqueta y se ponen a demoler cuanto pueden.

I. Hay quienes "desde lo alto de su ignorante presunción" (3), por no decir más, ven en la agonía del Salvador un acto de flaqueza y de cobardía. Este grosero ultraje, cuya paternidad pertenece a Celso y a Juliano el Apóstata (4), ha sido más de una vez repetido, y si los racionalistas contemporáneos se guardan de repetirlo en términos explícitos, no faltan quienes lo repiten de manera equivalente en sus escritos (5). Pero en este punto no es menester que salgamos a la defensa del divino héroe de Gethsemaní. Hubiérale sido fácil desembarazarse de sus enemigos o huyendo o recurriendo a su omnipotencia; pero, muy al revés, va espontáneamente al lugar donde el traidor podrá hallarle, aun sin necesidad de buscarle. Algunos críticos, siguiendo los pasos de Strauss (6), lamentan que Jesús no mostrase la orgullosa insensibilidad, la afectada serenidad de un Sócrates y de otros sabios del paganismo. Mejor entendió Renán la lucha íntima de Gethsemaní, en la cual "se nos muestra el héroe incomparable de la pasión y el acabado modelo" que nosotros admiramos (7).

(1) J. Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 194.

(2) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 368.

(3) Juicio justísimo del canónigo anglicano Farrar, *Life of Jesus*, tomo II, pág. 302 de la vigésimotercera edición.

(4) Orígenes, *Contra Cels.*, II, 24; Münter, *Fragm. Patr. graecor.*, t. I, página 121.

(5) Strauss, *Vie de Jésus*, trad. Littré, t. II, pág. 464.

(6) *Loc. cit.* Cfr. Holtzmann, *Leben Jesu*, pág. 369.

(7) *Vie de Jésus*, primera edic., pág. 379.

II. La crítica liberal se niega a aceptar la significación superior y el verdadero fin de la agonía del Salvador. Y a veces lo hace en términos harto irrespetuosos. “La mitología ortodoxa, dice A. Réville (8), se ha complacido en explicar este desfallecimiento de su Hombre-Dios imaginando no sé qué justicia abominable del Padre, que en aquel momento hizo caer sobre el Hijo el peso del pecado colectivo del linaje humano, para que lo expiase padeciendo en toda su intensidad y en su sola persona el peso inconmensurable de los dolores que son castigo irremisible de ese pecado.” Esto es lo que el dicho escritor llama “mito” y “teología fantástica”. Compadezcamos a esos hombres que no quieren entender esa gran verdad de la expiación que admitieron sencillamente los más insignes doctores de la Iglesia, y a cuyas explicaciones científicas sobre este particular nos remitimos.

Pero “toda esta historia de Gethsemaní falta en el cuarto Evangelio” (9), objetan los racionalistas. Pero este argumento carece de todo valor mientras no demuestren que San Juan se propuso escribir una narración *completa* de la vida del Salvador. Los neocríticos insisten diciendo que este paso de la vida de Jesús no sólo falta en el cuarto Evangelio, sino que, además, es incompatible con el carácter que en este Evangelio se atribuye al Salvador. Para Juan, dicen, “nada de un Cristo desolado, tendido en tierra como quien implora y suplica, sino un Cristo sereno, de pie, que no ha menester de ayuda de ángeles, que va animosamente, como un vencedor, al encuentro de sus verdugos. En verdad, el evangelista que pretendía mostrarnos en Jesús, no a un hombre, sino a una persona divina, no podía hallar lugar en su narración para tan doloroso episodio” (10).

Este especioso razonamiento es enteramente superficial. ¿No querían también los sinópticos mostrarnos en Jesús una persona divina? ¿Es que San Juan acostumbra a presentarnos un

(8) *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 372. Con este calificativo injurioso denota así a la Teología protestante como a la católica.

(9) Strauss, *Vie nouvelle*, traducción francesa, t. II, pág. 312.

(10) Kerin, *Jesus von Nazara*, t. III, págs. 305-306. En el mismo sentir abundan: Strauss, *Vie nouvelle*, t. II, págs. 310-311; Reus, *La theologie johannique*, pág. 314; W. Bauer, *Das Johannes Evangelium erklärt*, pág. 121; Heitmüller, *Die Schriften des N. T.*, t. II, parte segunda, págs. 275-276.

Cristo impasible, que no tiene de humano más que las apariencias y que nada experimentó de nuestras miserias? El Cristo del cuarto Evangelio, no menos que el de los tres primeros, es un “varón de dolores”, capaz de llorar, de compadecerse, de padecer. Léase el cap. XI, y se tendrá la prueba de ello. Léanse asimismo los versículos 21-33 del cap. XII, y se verá, principalmente en el 27, cómo Jesús se turba al pensar en los padecimientos que le aguardan, tanto que nos parece que vamos a oírle exclamar: “¡Padre, líbrame de esta hora!” Entonces se verá que, si San Juan no creyó necesario referir la agonía de Nuestro Señor, sí nos refirió como un doloroso preludio de ella, sin que esto le pareciese incompatible con la naturaleza divina de su héroe. No hay, pues, motivo para poner al cuarto Evangelio en contradicción con los tres primeros. Todos cuatro se hermanan perfectamente y se completan, ya que San Juan nos enseña que la agonía del Salvador comenzó aun antes de Gethsemaní.

III. La crítica liberal ha impugnado con especial ardor los dos versículos en que San Lucas refiere la aparición del ángel y el sudor de sangre (11). No sólo niega la autenticidad de ellos, sino que pone en duda los hechos que refieren (12).

a) Es cierto que los versículos en cuestión faltan en muchos manuscritos antiguos, y que esta omisión fué notada ya de San Hilario y de San Jerónimo (13). Pero los traen centenares de manuscritos, algunos de ellos antiquísimos, las traducciones más antiguas y estimadas y los escritos de los primeros padres de la Iglesia (14). Así, tenemos una serie de testimonios, algunos de los cuales se remontan al siglo segundo; con lo cual queda tan firmemente asentada la autenticidad de los dichos versículos, que aun algunos racionalistas han venido a admitirla (15). El que falten en algunos códices

(11) Luc., XXII, 43-44.

(12) De estos dos puntos hemos tratado largamente en nuestros *Essais d'exégèse*, págs. 101-127.

(13) San Hilario, *De Trinit.*, X.

(14) Entre otros, San Just., *Dial. c. Tryph.*, 103, y San Ireneo, *Adv. Haeres.*, III, xx, 2.

(15) Strauss mismo, Renán, Keim, etc. Véase también Bauer, *Leben Jesu im Zeitalter der neutestam. Apokryphen*, pág. 171. Algunos escritores protestantes, sin admitir que este pasaje sea de San Lucas mismo, lo tienen por muy antiguo y creen que refiere hechos reales.

explícate, como ya suponía San Epifanio (16), por la supresión fraudulenta hecha ya de antiguo por algunos copistas, llevados de prejuicios teológicos: unos, porque esos versículos les parecían inconciliables con la naturaleza divina de Cristo, y otros (por ejemplo, los Docetas), porque demostraban la realidad de su naturaleza humana.

b) Pero, sean o no auténticos, dicen los racionalistas, no refieren hechos históricos, sino simples leyendas o exornaciones poéticas. “¿Qué es, pregunta J. Weiss, un Dios que necesita ser fortalecido por un ángel?” Luego esta circunstancia, concluye, es legendaria. Y en cuanto al sudor de sangre, no hay duda alguna para el escritor mencionado que se reduce a “una figura retórica”, semejante a la que solemos usar al hablar de lágrimas de sangre (17). San Lucas, pues, concluye otro neocrítico (18), por lo menos exageró, ora para poner más de relieve la dolorosísima agonía del Salvador, ora para encarecer su paciencia y resignación; y, como quiera que sea, los dos hechos manifiestan una tendencia artificiosa de una tradición tardía a quien no parecen ya bastante terribles los padecimientos de Jesús ni bastante sublime su grandeza.

Nótese bien que estas objeciones no se nos oponen en nombre de la crítica histórica, sino que se fundan en prejuicios de escuela. Como sus autores rechazan todo lo sobrenatural, dan por no sucedidos o por falseados, exagerados o embellecidos todos los hechos más o menos sobrenaturales. Mas, como es falso el principio, han de serlo también las consecuencias. Pero, además de esto, ¿dónde ven el menor indicio de poetización o de exageración en el lenguaje tan sobrio, tan sencillo y tan claro del evangelista? “Apareciósele un ángel... Era su sudor como gotas de sangre...” No olvidemos que el narrador es un médico, hecho, por tanto, a observar, y que uno de los dos hechos, el sudor de sangre, cae en los dominios de su profesión: prueba clara de que, al mencionar el otro, era su ánimo referir un hecho real y objetivo.

Algunos han discutido acerca de las palabras “era su sudor

(16) *Ancoratus*, 31. El Santo Doctor defiende ex profeso estos dos versículos.

(17) *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 475.

(18) Keim, *Jesu von Nazara*, t. III, págs. 304-305.

como gotas de sangre”, cual si estas palabras significasen un sudor espeso como sangre. Pero con razón se les ha respondido—y aquí es Strauss quien sostiene la verdadera interpretación (19)—que la idea principal del pasaje está contenida en la palabra “sangre”, pues a ella se refieren las demás expresiones de la frase. La comparación del sudor con la sangre perdería toda su fuerza, y aun sería inadecuada si solas las palabras “como gotas” tuvieran una significación precisa.

(19) *Vie de Jésus*, t. II, parte segunda, págs. 471-472.

IX.—LA VERDADERA SIGNIFICACIÓN DE LA MUERTE DE CRISTO.

No vamos a exponer aquí este hermoso tema con toda la amplitud que se le da en los tratados de teología (1); sólo intentamos reunir algunos de los textos del Nuevo Testamento que demuestran a las claras la índole expiatoria y redentora de la muerte de Jesús, y examinar la interpretación que les dan los neocríticos y muchos protestantes (2).

I. Al leer el Nuevo Testamento causa maravilla la parte considerable que en él ocupan la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. El Salvador mismo habla de ellas con frecuencia; cada uno de los evangelistas les consagra aproximadamente una cuarta parte de su narración; los apóstoles, en el libro de los *Hechos Apostólicos*, en sus epístolas y en el *Apocalipsis*, aluden a ellas constantemente. De esta manera declaraban la extraordinaria importancia que concedían a este hecho culminante de la historia del mundo. La idea de la muerte redentora de Cristo repercute en todas las páginas del Nuevo Testamento; de suerte que, por unánime confesión de racionalistas, protestantes y católicos, es como el centro y el corazón de él.

(1) Véase Santo Tomás, *Summa Theologica*, III p. q. XLIII y XLIX y sus principales comentadores; Franzelin, *De Verbo Incarnato*, cuarta edición, th. 46-50; Corluy, *Spicilegium dogmatico-biblicum*, t. II, págs. 82-151; Tanqueray, *Synopsis Theologiae Dogmaticae*, quinta edic., t. I, páginas 524-557; K. Staab, *Die Lehre von der stellvertretenden Genugthuung Christi historisch-critisch dargestellt*, 1908.

(2) De medio siglo acá esta cuestión ha sido debatida en Alemania, y más aún en Inglaterra, y ha dado origen a multitud de libros y artículos de revistas. El *Dictionary of Christ and the Gospels*, de Hastings, en los artículos "Atonement, Expiation, Propitiation, Ransom, Sacrifice", trae una bibliografía completa. Puede verse también Denney, *The death of Christ, its place and interpretation in the N. T.*, 1911; Campbell, *The Atonement, the hearth of the Gospel*, 1907; Bachmann, *Die Bedeutung des Sühnetodes Christi für das christliche Gewissen*, 1907; Seeberg, *Das Tod Christi in seiner Bedeutung für die Erlösung*, 1900. En sentido francamente racionalista: A. Sabatier, *La doctrine de l'expiation et son évolution historique*, 1903; G. Hoffmann, *Die Bedeutung des Todes Jesu nach seiner eigenen Aussagen auf grund der synoptischen Evangelien*, 1901; Fiebig, *Jesu Blut, ein Geheimnis*, 1906.

Ya las primeras páginas del Evangelio nos presentan a Jesús, aun antes de su nacimiento, como Redentor, que, según habían anunciado los antiguos profetas, había de perdonar los pecados de su pueblo (3). En efecto, Isaías había predicho esta remisión, y aun había especificado que el Mesías la alcanzaría a costa de sus humillaciones y padecimientos (4). "Verdaderamente llevó nuestras enfermedades y cargó sobre sí nuestros dolores... Fué traspasado a causa de nuestros pecados y quebrantado por causa de nuestras iniquidades... El Señor hizo caer sobre él la iniquidad de todos nosotros... Llevó la falta de muchos e intercederá por los pecadores." Si recibe el nombre de Jesús es porque "salvará a su pueblo de sus pecados" (5), de la manera tan elocuentemente descrita por el profeta. En este mismo vaticinio Isaías compara al "varón de dolores" con un cordero que se deja inmolarse sin quejarse (6). A su vez, el Precursor aplicará a Jesús esta expresiva imagen al decir, cuando se lo mostraba a sus discípulos: "He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo" (7).

En cuanto al Salvador, sabe desde el principio que será víctima inmolada por la salud del mundo, y que así está decretado en los designios divinos. Habla primeramente de su sacrificio en términos figurados, presentándolo como una "exaltación" sobre una cruz para dar la salud a los hombres (8). Pero pronto su lenguaje se hace más preciso y concreto, y recuerda frecuentemente a sus apóstoles que es menester que El muera. Pero en dos ocasiones fué aún más explícito: cuando mostró al Hijo del hombre "dando su vida como rescate de un gran número" (9), y cuando, al instituir la Eucaristía, habló de su cuerpo "dado" por nosotros y de su sangre "derramada por muchos para remisión de sus pecados" (10). Y es de notar que estas expresiones eran tan explícitas que más

(3) Luc., I, 77.

(4) Is., LIII, 4, 5, 6, 12. Habríamos de citar todo el capítulo.

(5) Matth., I, 21.

(6) Is., LIII, 7.

(7) Joan., 29, 36.

(8) Joan., III, 14-16.

(9) Matth., XX, 28; Marc., X, 45.

(10) Matth., XXVI, 28; Marc., XIV, 22; Luc., XXII, 19; Cfr. I Cor., XI, 24.

no podían. Porque, ¿qué cosa es un “rescate” (11), sino el precio que se da por la libertad de un prisionero que no puede libertarse a sí mismo? Y el cuerpo de Cristo, dado por la salud de los pecadores, y su sangre, derramada con el mismo fin, ¿no son un verdadero rescate? Tenemos, pues, una verdadera *satisfactio vicaria*, la sustitución de un inocente en lugar de un pecador insolvente, la expiación cruenta de Jesús para desviar de nosotros la cólera del Padre.

Siguiendo el ejemplo del Maestro, los apóstoles no se cansaban de predicar esta doctrina consoladora. San Pedro, hablando a los miembros del Sanedrín pocos días después de la muerte de Jesús, no temió decirles: “El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, a quien vosotros hicisteis morir colgándolo del madero. Dios lo ha elevado con su diestra, como a Príncipe y Salvador, para dar a Israel el arrepentimiento y el perdón de los pecados” (12). Y en su primera epístola vuelve aún sobre esta idea: “Habéis sido libertados (13) (del pecado)... por una sangre preciosa, por la del Cordero sin defecto y sin mancha, por la sangre de Cristo.” Después presenta a la imitación de los fieles “el Cristo” que “sufrió por ellos”, aquel que “no cometió pecado” y que, con todo ello, “llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”, según había predicho Isaías cuando dijo: “Por sus heridas habéis sido curados” (14).

El discípulo amado, San Juan, en su primera epístola, habla también de Cristo como de “una víctima de propiciación (15) por nuestros pecados, y no solamente los nuestros, sino los del mundo entero” (16). Antes había dicho que la sangre de Jesús... “nos purifica de todo pecado” (17), y poco después (18) repite que Dios envió a su Hijo como (víctima de) propiciación por nuestros pecados. Por último, en el *Apo-*

(11) En griego: *λύτρον* (Vulg., *redemptionem*).

(12) Act. VI, 30-31.

(13) I Petr., I, 18. En el griego: *ἐλυτρώθητε* (Vulg., *redempti estis*).

(14) I Petr., 21-24. Cfr. Isaías, LIII, 11.

(15) *ἱλασμός* (Vulg. *propitiatio*).

(16) I Joan., II, 2.

(17) I Joan., I, 7.

(18) I Joan., IV, 10.

calipsis canta las alabanzas del Cordero inmolado, cuya sangre nos rescató y purificó (19).

Todo esto es harto significativo. Pero aún brilla con mayor luz esta doctrina en los escritos de San Pablo, en los cuales la muerte redentora de Nuestro Señor es casi de continuo el pensamiento dominante, expresado en mil formas distintas. Es, en verdad, esta doctrina “el eje de toda su enseñanza” (20). Ya le oímos decir que no quería predicar “sino a Jesús y a Jesús crucificado” (21). Pero no dejaba de indicar a sus neófitos cuál era el fin supremo de la muerte de Cristo: “Os he enseñado en primer lugar lo que yo mismo aprendí: que el Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras” (22). Y en virtud de esta venturosa muerte, los hombres, aunque pecadores y separados de Dios, “son justificados gratuitamente por su gracia, por medio de la redención que es en Cristo Jesús. El es a quien Dios mostró como víctima propiciatoria por medio de su sangre” (23). Y en otro lugar: “Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con mayor razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida... Nosotros nos gloriamos... en Dios, por Nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos alcanzado la reconciliación” (24). “En El (en Jesús) tenemos la redención adquirida por su sangre, la remisión de los pecados” (25). “Dios quiso reconciliar por El todas las cosas consigo mismo..., haciendo la paz por la sangre de su cruz. Y a vosotros, que antes estábais lejos de El por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora por la muerte (de su Hijo) en su cuerpo carnal, para que seáis delante de El santos, sin mancha y sin reproche alguno” (26). Estos textos, tomados casi al azar, prueban cuán enamorado estaba San Pablo de la “palabra de la cruz” (27) y qué sentido y qué valor especial

(19) *Apocal.*, V, 4-6, 12-13; VII, 10, 14-17; XII, 11; XIV, 1-5; XIX, 6-9.

(20) Simpson, en Hastings, *Dictionary of Christ*, t. I, pág. 133.

(21) I Cor., I, 23.

(22) I Cor., XV, 40.

(23) Rom., II, 23-25. En el texto griego, las palabras que corresponden a “redención” (*ἀπολυτρώσεως*) y a “víctima expiatoria” (*ἱλαστήριον*) son muy expresivas.

(24) Rom., V, 10-11; Cfr. VIII, 1-2; Galat., III, 13; VI, 14.

(25) Ephes., 1, 7; Cfr. IV, 32.

(26) Col., I, 20-22.

(27) I Cor., I, 18, 23.

atribuía a la muerte de Cristo. En la epístola a los Hebreos (28), este riquísimo concepto de la "redención eterna" que Jesús nos alcanzó con sus padecimientos y con su muerte está desenvuelto en términos admirables. A las víctimas sin número e ineficaces de la Antigua Ley, el autor opone el sacrificio de Jesús, fundador y pontífice de la nueva Alianza: sacrificio único, ofrecido de una vez para siempre, pero bastante para expiar los pecados del mundo entero, porque posee valor infinito.

En resumen, en los escritos del Nuevo Testamento la muerte de Nuestro Señor se nos presenta en tres aspectos, que en realidad no son más que uno: fué una manifestación viviente del amor de Dios hacia nosotros (29); expresión del amor inmenso del Salvador mismo (30); y, sobre todo, un rescate, una expiación, una propiciación y una redención.

Esta interpretación de la muerte de Cristo se halla también en los escritos de los Padres más antiguos que conocemos, los cuales a menudo aluden a la índole expiatoria de la Pasión (31). Al principio del siglo II era universalmente admitida en la Iglesia. Los teólogos de los siglos siguientes la recibieron como depósito sagrado de sus antecesores. Así, nada tiene de particular que por todos los católicos sea creída esta doctrina como dogma, uno de los más hermosos dogmas de nuestra fe.

II. Siendo esto así, sería cosa extraña la actitud de los racionalistas, que casi sin excepción niegan el carácter expiatorio de la muerte de Cristo, y la de muchos protestantes que, más o menos, los siguen por el camino de la negación, si la interpretación de la Iglesia, de los apóstoles y de Jesucristo mismo no presupusiera un elemento sobrenatural que los neocríticos niegan obstinadamente. Pero, ¿cómo eludir la fuerza probatoria de tantos textos—no hemos citado sino unos pocos—que manifiestamente se refieren a un rescate propiciatorio, ofrecido por Jesús a su Padre en la cruz por los pecados de los hombres, a una redención entendida en sentido es-

(28) Principalmente en los capítulos IX y X.

(29) Rom., V, 8; I Petr., I, 3; I Joann., IV, 10; etc.

(30) Rom., VIII, 34; II Cor., V, 14-15; etc.

(31) San Clemente, *Epist. ad Cor.*, XII, 7; XXXI, 6; XLIX, 6; San Ireneo, *Adv. haer.*, V, VII, 3; San Policarpo, *Epist. ad Philipp.*, II, 1; San Ignacio, *Epist. ad Polycarp.*, III, 2.

tricto? Nuestros adversarios pretenden desembarazarse de esos textos recurriendo a sus acostumbrados expedientes: negando contra todas las reglas de la crítica las sentencias de Jesús que se oponen a sus teorías; afirmando, a despecho de la evidencia histórica, que San Pablo es el verdadero autor de la doctrina de la redención; interpretando los textos de manera que no expresen la *satisfactio vicaria*.

Citemos algunos ejemplos: 1.º Según Loisy y varios otros racionalistas, "no está probado que" (la idea de la redención) pertenezca a la enseñanza de Jesús" ni aun "a la fe de la primera comunidad cristiana" (32). Los pasajes en que se habla de su vida sacrificada en rescate por los pecados del mundo, y aquellos otros de la última cena que aluden a su "cuerpo dado" y a su "sangre derramada" por nuestra salud, le fueron atribuidos falsamente. Pero nosotros hemos probado que esas palabras son ciertamente auténticas. Siempre han pertenecido al Evangelio. ¿Cómo prueban esos autores que no las dijo el Salvador? Lo afirman, pero la afirmación no es una prueba.

2.º Holtzmann, en la obra ya citada, compuesta ex profeso para determinar cuál fué, según los Evangelios sinópticos, el sentir de Jesucristo mismo respecto de su muerte, concluye que nos es imposible conocer su verdadero pensamiento en cuanto a este particular, pues lo que en los Evangelios sinópticos se nos da como pensamiento personal de Jesús no es, en realidad, sino "una construcción dogmática", o, dicho en otros términos, una invención de la Iglesia primitiva. En suma, concluye: "Jesús no consideró su muerte como una expiación por los pecados de los otros" (33). A una simple afirmación bastará responder con otra y remitir al lector a los textos evangélicos, cuya composición no hay derecho a retrasar, como hacen los neocríticos, sin más motivo que el negar a Jesús la paternidad de ellos. Cuando menos, recojamos la confesión que se ven obligados a hacer aquí: "Para la antigüedad cristiana, como lo muestra el Evangelio en todas sus partes,

(32) *L'Evangile et l'Eglise*, pág. 71.

(33) *Op. cit.*, págs. 158-159. W. Bousset, *Was wissen wir von Jesus*, página 58, dice: "Jesús está lejos de pensar que... la reconciliación de los hombres con Dios pueda ser garantizada sólo con su muerte." Cfr. del mismo autor: *Jésus*, págs. 100-101.

la muerte de Cristo tenía manifestamente la significación de una redención obrada por su sangre" (34).

3.º La "construcción dogmática" de que habla Holtzmann suele atribuirse por los neocríticos a una influencia de la teología personal de San Pablo, cuyo centro es la doctrina de la muerte redentora (35). Ciertamente es—y nosotros lo hemos reconocido—que la muerte de Jesús en la cruz forma realmente el centro de la enseñanza del Apóstol; mas esto no prueba que él la inventase. La idea de la redención obrada por el Mesías es muy anterior a San Pablo, pues ya Isaías la expuso con conmovedora elocuencia. También San Pedro la enseñaba años antes de la conversión de San Pablo, y Jesús mismo—fuerza es siempre acudir a Él como a agente principal—se la dió a conocer a su futuro Vicario.

4.º Muchos teólogos protestantes, mayormente en Inglaterra, sin negar del todo el valor expiatorio de la muerte de Nuestro Señor, quitan al dogma de la redención casi toda su importancia, presentándolo en forma vaga y general, como si los textos bíblicos en que se contiene significasen solamente que Jesucristo con su muerte alcanzó un gran bien al linaje humano (36); bien que antes había procurado ya con su vida entera, con su predicación y con sus ejemplos, que nos ayudaran a evitar el pecado y a volver a la gracia de Dios después de haberlo cometido. Es cosa clara que tal interpretación no sólo no se ajusta a los textos relativos a la redención, sino que les priva de su verdadero sentido y de toda su fuerza. De cierto que no es esta satisfacción atenuada y desvaída aquella de que hablaron Jesucristo y los apóstoles.

5.º Algunos racionalistas avanzados han emitido, en un lenguaje injurioso, falsos conceptos contra la teoría católica de la satisfacción y de la redención. Así, por ejemplo, A. Réville osó escribir las palabras que arriba transcribimos, y que no honran, por cierto, su memoria (37). Otros, en términos más mesurados, han dicho que la idea de la satisfacción, tal como

(34) Fiebig, *Jesu Blut*, pág. 10.

(35) Guignebert, *Manuel d'histoire ancienne du Christianisme*, pág. 224. Cfr. Loisy, *loc. cit.*, etc.

(36) Fiebig, *op. cit.*, pág. 48.

(37) *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 372. Cfr. Reus, *L'histoire évangélique*, pág. 655.

la entiende la Iglesia, es imposible, ya que cada uno debe satisfacer por sus deudas personales (38). Este linaje de redención, añaden, aunque redunde en gloria del corazón de Jesús, sería de suyo injusto, ya que un inocente no debe ser castigado en lugar de los culpables. A esta supuesta imposibilidad ha respondido Harnack, aunque sin entrar en el fondo de la cuestión: "Los padecimientos de los justos y de los puros son la salud de la historia; es decir, que no son las palabras, sino los actos, quienes ejecutan los grandes progresos de la historia. No simplemente actos, sino actos de sacrificio; y no simplemente actos de sacrificio, sino el don de la vida. Donde quiera que el justo padece, cumple una expiación que confunde y purifica" (39). Y si esto es cierto en el orden puramente humano y natural, ¡cuánto más no lo será relativamente a Jesús! Con razón Harnack, aun no creyendo en la divinidad de Nuestro Señor, se niega a aceptar los juicios de "los racionalistas fríos y ciegos" (40) acerca de la Pasión y Muerte del Salvador.

Pero no fué un sentimiento de solidaridad humana lo que indujo a Jesús a hacerse nuestro representante ante Dios y sustituirse a nosotros para expiar nuestras faltas. Este modo de satisfacción estaba previsto y decretado desde toda la eternidad en los designios divinos, y decía admirablemente con la santidad, la justicia y la bondad de Dios. Su santidad había sido gravemente ofendida por los pecados de los hombres; su justicia se veía en el trance de castigar si no le era ofrecida una reparación adecuada. Pero, ¿cómo podían simples mortales reparar íntegramente tamaña ofensa, pagar íntegramente tales deudas? El Verbo, en su amor infinito hacia su Padre y hacia los hombres, se encarnó para sacrificarse como nuestro rescate, rescate sobreabundante para libertarnos, de manera que cada uno de nosotros puede decir con el Apóstol: "Me amó y se entregó por mí" (41); y también: "Tanto amó Dios al mundo, que dió a su Unigénito para que quienquiera que cree

(38) "Es aquí caso del negocio más íntimo, más personal de cada individuo; ¿cómo podría reemplazarle otro?" Fiebig, *op. cit.*, pág. 57.

(39) *Das Wesen des Christentums*, 1902, pág. 100.

(40) *Ibid.*, pág. 99.

(41) Gal., II, 20.

en él no perezca, sino que tenga la vida eterna" (42). Como quiera que miremos los textos, expresan la *satisfactio vicaria*, tan dura, pero tan honrosa para Nuestro Señor, y tan provechosa para nosotros.

Bien, pues, podemos decir con un escritor protestante, que, como Harnack, tampoco cree en la divinidad de Jesucristo, pero que ha entendido mucho mejor que otros discípulos de Lutero la significación de la Pasión y Muerte del Redentor: "La muerte de Jesús es el coronamiento de su vida. Más aún: es el fin y el término. Y mejor aún: es la razón de ser de su vida. La muerte de Jesús es el eje de su misión... Tal es la doctrina tradicional. Y, a nuestro juicio, la tradición en este punto, inspirada por el sentimiento religioso, ha visto mejor y más profundamente que muchos autores, excesivamente preocupados de tamizar a través de su razón los textos evangélicos. Método anticientífico y aun irracional" (43).

(42) Joan., III, 16.

(43) H. Monier, *La mission historique de Jésus*, págs. 247-248.

X.—LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y LOS NEOCRÍTICOS.

Hemos creído que no sería fuera de lugar presentar aquí ante los ojos del lector un cuadro de conjunto del pensamiento de los teólogos liberales contemporáneos acerca de la Pasión del Redentor. Para ello hemos espigado en los escritos de los más conocidos, como son J. Holtzmann, Weiss, Heitmüller y O. Holtzmann, en Alemania, y Alberto Réville y Loisy, en Francia. Pero, como uno de los secuaces de esta escuela ha escrito una obra especial para estudiar hasta qué punto los relatos evangélicos de la Pasión merecen ser tenidos por auténticos, será más sencillo y más breve seguirle a él en ese estudio, sin perjuicio de citar al lado de su opinión la de algunos de sus colegas.

El autor a que nos referimos es W. Brandt, nacido en Amsterdam en 1855, y profesor de Historia de las Religiones en la Universidad de la ciudad mencionada desde 1903. Su libro, escrito en alemán, se intitula: *La historia evangélica y el origen del Cristianismo según el estudio crítico de los documentos relativos a la Pasión y Resurrección de Jesús* (1). Sus principios y su método son los mismos de Strauss. La obra, que tiene cerca de 600 páginas, se divide en cuatro partes: la primera, trata del prendimiento y condenación de Jesús; la segunda, de su crucifixión y muerte, y la tercera, de su sepultura y resurrección. En la cuarta saca conclusiones relativas a la vida toda del Salvador. Nosotros nos ocuparemos solamente de las tres primeras. El libro afecta un método científico, que a veces es real, por ejemplo, en lo que se refiere en general al suplicio de la cruz. Dejaremos a un lado las discusiones, en las que el autor se guía por el espíritu racionalista, y citaremos solamente sus conclusiones principales.

I. "Detenido y sentenciado" (págs. 3-164).—Brandt tiene por históricos estos dos hechos, en cuanto a lo esencial; pero

(1) *Die evangelische Geschichte und der Ursprung des Christentums auf Grund einer Kritik der Berichte über das Leiden und die Auferstehung Jesu*, Leipzig, 1893.

rechaza muchos pormenores que con ellos se relacionan. He aquí algunos de éstos. Si es posible que uno de los discípulos de Jesús intentase defenderlo en el momento de la arrestación, es “inverosímil” que fuese Simón-Pedro quien hirió a Malco con su espada. Sólo el cuarto Evangelio menciona aquí a Simón. La curación de la oreja de Malco es un “rasgo edificante; pero... ¿quién puede creerlo?” El breve discurso que, según los sinópticos (2), dirigió Jesús a los emisarios del Sanedrín que iban a detenerlo no es apropiado a la situación; es menester suprimirlo. Otro tanto ha de hacerse con la advertencia que Jesús hace a San Pedro acerca de su imprudente ardor (3); todas estas sentencias son “inverosímiles”. No ocupan más que unas pocas líneas; pero el Dr. Brandt las halla “excesivamente complicadas para dichas en aquella sazón”.

A creer al profesor de Amsterdam, Judas Iscariote entregó a su Maestro, pero añade que varias de las circunstancias referidas por los evangelistas “fueron combinadas según motivos tomados del Antiguo Testamento”, por ejemplo, lo relativo a los treinta dineros y la ignominiosa muerte del traidor. Los apóstoles no huyeron por terror pánico, sino que, viendo que no podían salvar a Jesús, se retiraron sencillamente; pero nadie pensó en hacerles daño. Esta falsa interpretación de su proceder nació también de un vaticinio del Antiguo Testamento (4). El episodio del joven que huyó dejando entre las manos de los criados del Sanedrín la sábana en que iba envuelto es auténtico. Lo es también, en general, la negación de San Pedro; pero se amplificó singularmente el hecho. Las linternas y antorchas de que, a propósito de la arrestación de Jesús habla el cuarto Evangelio, “se han de poner a cuenta de la imaginación que exorna”.

El Dr. Brandt hace esta grave observación a propósito del proceso religioso de Jesús: “Es cosa de preguntar si puede tenerse por verosímil que se intentase un proceso formal contra Jesús. El apóstol San Pablo es un testigo contra la existencia de este proceso.” ¿Cómo? ¿Dónde está ese testimonio de San Pablo? En ninguna parte y en todas; es el *testimonium silentii*,

(2) Matth., XXVI, 55-56; Marc., XIV, 48-49; Luc., XXII, 52-53.

(3) Matth., XXVI, 52-54; Joan., XVIII, 11.

(4) Matth., XXVI, 31; Marc., XIV, 27.

ya que el apóstol en ninguna de sus epístolas alude a este proceso, y tal silencio es, según nuestro autor, “una fuerte prueba de que las autoridades judías no citaron formalmente a juicio a Jesús”. Demás de que semejante proceso es ya “de suyo inverosímil”, pues no había tiempo para formarlo. Es un “cuadro de imaginación” que nada tiene de histórico. “Jesús no compareció ante el Consejo supremo de los judíos ni fué formalmente condenado.”

La escena de los ultrajes que, según los sinópticos (5), siguió a la condenación, está tomada del cap. LIII de Isaías; “la imaginación no ha menester de grandes esfuerzos” para componer este episodio. La mirada penetrante que, según San Lucas, dirigió Jesucristo a San Pedro (6), no es tampoco más que una conmovedora invención. Nicodemo no fué un personaje real, y José de Arimatea, a pesar de la afirmación de San Marcos, no pertenecía al Sanedrín.

¿Qué decir del proceso civil presidido por Pilato? Jesús compareció ciertamente ante el gobernador romano. “Pero aquí se abre una laguna en la historia de la Pasión. Hasta el momento de la crucifixión, que se ejecutó públicamente en el Gólgota, no hubo ningún testigo ni presencial ni auricular que pudiese informar de lo acaecido a la cristiandad primitiva. Así, por lo menos, lo aseguran Brandt y varios de sus colegas. De donde se sigue que no es posible saber lo que acaeció en el pretorio. Por consiguiente, se dió rienda suelta a “la imaginación” para describir cómo fué Jesús desde “la casa” a que había sido conducido después de la arrestación hasta la del Procurador, y más rienda suelta aún para describir lo que pasó en casa de Pilato. Cuando menos se tenía un punto de apoyo en el título de la cruz, en el que se decía que Jesús era entregado a la muerte “en cuanto rey de los judíos”. Sobre esto “se bordó” cuanto se quiso, con ayuda de los vaticinios del Antiguo Testamento, que desde el principio llamaron la atención de los primeros cristianos. De esta manera se imaginó el silencio de Jesús, sus respuestas a Pilato y su actitud toda con respecto al procurador.

El profesor Brandt descende a algunos pormenores de este

(5) Matth., XXVI, 67-68; Marc., XIV, 65; Luc., XXII, 63-65.

(6) Luc., XXII, 61-62.

proceso. El episodio de la mujer de Pilato expresa ya por sí mismo que es "legendario". El incidente relativo a Barrabás "se manifiesta también como enteramente inverosímil", tal como lo leemos en los Evangelios. ¿Cómo creer "que un procurador romano fuese a Jerusalén, donde tenía a su disposición por lo menos una cohorte, acuartelada como guarnición permanente en la fortaleza Antonia, a que le dictase leyes el populacho de la ciudad"? Mas, por otra parte, ningún texto del Antiguo Testamento pudo servir de base a esta narración; lo cual es un argumento favorable. Y, sobre todo, "la figura de Barrabás es tan concreta, que no pudo sacarse de la nada". Así, pues, existió este bandolero, y fué indultado a petición del pueblo; pero la elección entre él y Jesús es una invención cristiana. La escena de la coronación de espinas "cuadra bien con el carácter de la soldadesca romana"; razón de más para que fuese imaginada tiempo después de la Pasión. Fuera de que algunas circunstancias de ella son "inverosímiles". ¿Cómo, por ejemplo, iba a tener un soldado un manto de púrpura, e iba a dejar que se le manchase de sangre y esputos? (7). Además, los cristianos tenían por cierto que, según el Antiguo Testamento, el Mesías había de ser saturado de oprobios. De donde se sigue que el episodio no tiene nada de histórico.

¿Qué hemos de pensar de la comparación de Jesús delante del tetrarca Herodes? Nuestro autor nos recuerda aquí que "de todas las escenas en que el Paciente compareció ante los jefes de su pueblo... o ante Pilato, o entre los soldados romanos, no hemos hallado una sola en que sea posible referirnos a noticias procedentes de testigos presenciales". Aplicando esta falsa premisa al incidente cuyo teatro pone San Lucas en el palacio de Herodes, Brandt concluye naturalmente que este episodio no tiene ningún fundamento histórico. Por el mismo procedimiento concluye que todo lo que San Juan nos cuenta del proceso de Jesús delante de Pilato es "ficción", "novela", fundado en algunas noticias, inventadas también, de los sinópticos; lo cual no impide que Brandt reconozca al autor del cuarto Evangelio algunas estimables cualidades. Dice de él que

(7) ¡Como si se tratara de un rico vestido! Brandt olvida que San Mateo habla de una simple "clámide", que sin duda estaba lejos de ser nueva.

"muestra una verdadera potencia poética", que era "un cristiano, un pensador fuerte, de agudo ingenio, profundamente religioso", pero que no tenía el sentido de la crítica histórica. Por último, Brandt, discrepando de ciertos autores judíos contemporáneos, que han afirmado que las autoridades judías no intervinieron en la muerte de Jesús, dice que "como historiador se ve forzado a reconocer que los cabezas del pueblo judío se apoderaron de la persona de Jesús y la entregaron a los Romanos; que es como decir que lo hicieron condenar a muerte".

II. "Crucificado y muerto" (págs. 165-304).—El estudio del Dr. Brandt—como los de todos los protestantes liberales en general—es tan adverso a las narraciones evangélicas de la Pasión, que casi se siente extrañeza cuando admite como auténticos algunos episodios aislados. Tal sucede con el episodio del Cirineo. Es cierto, dice, que Simón Cirineo "fué obligado a llevar la cruz en vez de Jesús". En cambio, aquellas mujeres de Jerusalén que, según el Evangelio, mostraron tan conmovedora y valiente simpatía al divino *cruciaris*, "nunca existieron". Prueba de ello es que, para hablarlas, hubiera tenido que detenerse Jesús y con él todo el cortejo; y nada dicen de esto los evangelistas. El vino mezclado con mirra es histórico. También es cierto que por lo menos las manos del Salvador fueron fijadas con clavos en la cruz, y que los soldados se repartieron las vestiduras de la víctima; pero lo que se refiere a propósito de la túnica es legendario. Jesús fué crucificado de nueve a diez de la mañana; por tanto, Brandt admite en este punto la cronología de San Marcos. La inscripción que se puso en la cruz sólo contenía estas dos palabras latinas: *Rex Judaeorum*, y su traducción aramea. "No es histórico" que estuviera escrita en tres lenguas; esta circunstancia se inventó posteriormente. El recurso del Sanedrín a Pilato para que mandase modificar el *títulus* es "una narración imaginaria", pues, ¿cómo pudieron saber los cristianos lo que pasó entre los sanedritas y Pilato?

De las siete palabras de Jesucristo en la cruz, que nosotros, con razón, consideramos como precioso tesoro, los racionalistas no suelen admitir más que aquel grito de angustia: *Eli, Eli, lamma sabachtani*, de la cual pretenden deducir algunos que

Jesucristo murió desesperado. Pero Brandt renuncia a esa palabra, del mismo modo que a las otras; sólo admite el grito que profirió Jesús en el momento de expirar. Para él, pues, las siete palabras son imaginarias o tomadas del Antiguo Testamento. En cuanto a los ultrajes que padeció Jesús en la cruz, son invención de los cristianos. Ellos inventaron también el buen ladrón y aun el malo, pues, a lo que parece probable, Jesucristo no fué crucificado entre dos bandoleros; esta circunstancia se añadió para dar cumplimiento al vaticinio de Isaías: "Fué puesto entre los malvados." Acaso algunas mujeres de Galilea, afectas a Jesús, estaban durante su agonía a alguna distancia de la cruz; pero no estaban allí ni su madre ni el discípulo amado. La escena contada por el autor del cuarto Evangelio es un cuadro de imaginación, pues en el caso de haber estado allí María, no hubieran omitido esta circunstancia los otros evangelistas. La esponja empapada en *posca* aplicada a los labios de Jesús pocos instantes antes de su muerte tampoco tiene nada de histórico. Nadie pudo comprobar el hecho, que, por lo demás, es un plagio del Salmo XXI.

Después de lo que antecede, adivínase la suerte que Brandt reserva a los prodigios que acompañaron a la crucifixión y muerte del Salvador. En primer lugar, las tinieblas: decíase que el sol se había oscurecido a la muerte de César; los cristianos aplicaron esta leyenda a la muerte de Jesús, y después penetró en los Evangelios. El velo del templo rasgado de arriba abajo es "una ficción simbólica". Con mayor motivo se han de tener por pura leyenda las tumbas que se abrieron devolviendo sus muertos. Pudo el centurión que presidió la ejecución impresionarse de cuanto vió; pero exagera San Lucas cuando atribuye sentimientos parecidos a los otros soldados y a los demás asistentes. La lanzada al corazón de Jesús es pura ficción, basada en el vaticinio de Zacarías (XII, 10). Las repetidas afirmaciones del narrador acerca de este particular "excitan desconfianza".

III. "Sepultado y resucitado".—Sólo nos ocuparemos ahora de la sepultura de Jesús. El Dr. Brandt no cree, a pesar de las narraciones evangélicas, que el cuerpo de Jesús fuese bajado de la cruz y sepultado el mismo día de la crucifixión. Todo lo que, según él, puede saberse, es que Jesús fué

sepultado "gracias a la solicitud de un tal José de Arimatea", personaje ciertamente "histórico", así como es histórico el acto que se le atribuye, con tal que se le despoje de las circunstancias legendarias que lo acompañan. Nuestro autor cita dos pruebas en favor de la historicidad de la sepultura así entendida. La primera, positiva, es el testimonio de San Pablo, que escribió, pero *sine adjuncto*, que Jesús "fué sepultado" (8), testimonio, sin duda, excelente, pero que en nada contradice a las noticias que nos dan los evangelistas acerca de la sepultura de Jesús. La segunda prueba es negativa: el hecho de la sepultura no se relaciona con ninguno otro análogo del Antiguo Testamento. José de Arimatea no era discípulo del Salvador; cumplida "sin ruido" su piadosa obra, no se dejó ver más en Jerusalén, de tal manera que en la Iglesia primitiva nadie conoció el lugar de su sepultura.

Tales son, en resumen, "los resultados" del análisis a que el Dr. Brandt ha sometido los relatos evangélicos de la Pasión de Nuestro Señor. En suma, no atribuye valor histórico más que a los hechos siguientes: la traición de uno de los discípulos íntimos del Salvador; la negación de Simón-Pedro; la sentencia de muerte pronunciada bajo la responsabilidad común de las autoridades judías y de Pilato; la ayuda que Simón Cirineo prestó a Jesús para llevar la cruz; la crucifixión en el lugar llamado Gólgota; la causa de la condenación indicada en el título "Rey de los Judíos"; la muerte precedida de un gran grito; la sepultura casi en secreto. En cuanto a los motivos que indujeron a Brandt a hacer todas esas eliminaciones, consisten principalmente en la supuesta influencia de los vaticinios del Antiguo Testamento y en la supuesta falta de testigos de los hechos. Pero, ¿no sería más exacto decir que esos motivos se reducen—como ya hemos notado varias veces—a la obstinada negación del orden sobrenatural y, como medio de cohonestar esta negación, a una crítica arbitraria, que elimina a capricho todo cuanto contradice a sus ideas preconcebidas, para no conservar—ya hemos visto que en una medida ridícula—sino lo que no contradice a esos prejuicios? Algunos teólogos liberales no van tan lejos como Brandt, y otros aun

(8) I Cor., XV, 4.

le dejan atrás; pero su método es siempre el mismo, lo cual significa que es falso, subjetivo y arbitrario. Una exposición minuciosa como la que hemos hecho basta para refutarlo. Las descripciones de los evangelistas, tan dignas de fe por las condiciones de sus autores, tan en consonancia con lo que por otras fuentes sabemos así acerca de los principales actores de aquella gran tragedia como acerca de las leyes y costumbres de judíos y romanos, no tienen nada que temer de semejantes impugnaciones. Los neocríticos quisieran que todos cuatro narradores hubieran contado los mismos hechos y de la misma forma. Oponen el silencio de éste a la narración de aquél, como si dos escritores que, independientemente uno de otro, narran la misma serie de hechos tuvieran por fuerza que decir las mismas cosas. Pedir tal coincidencia no es serio. ¿Se pide a los historiadores profanos? Si los cuatro evangelistas hubieran coincidido hasta en las menores noticias, los racionalistas serían los primeros en acusarlos de connivencia.

En la primera parte de esta obra tratamos ya de la objeción que se toma de la supuesta influencia de los vaticinios del Antiguo Testamento en la composición de los Evangelios. No ha sido Brandt ni el primero ni el único en alegar esa objeción contra la historicidad de algunos episodios de la Pasión; todos los neocríticos nos repiten la misma cantilena. Uno de ellos hasta ha compuesto, y no sin alguna habilidad, un libro sobre esta materia, del cual conviene decir aquí breves palabras. El autor es el profesor Fergel, y su libro se titula *Influencia de las profecías y de otros motivos en la historia de la Pasión* (9). Según su teoría, como la cruz era, según la expresiva frase de San Pablo (10), "escándalo para los judíos y locura para los gentiles", los primeros cristianos se industriaron en presentarla, al revés, como una gloria para el Salvador. ¡Y qué gloria, en efecto, si, muriendo en una cruz, cumplía los designios eternos de Dios, claramente anunciados por los antiguos profetas de Israel, y si salvaba a la humanidad! Se buscaron, pues, textos en los libros del Antiguo Testamento, y no fué difícil tarea el hallar, singularmente en el Salmo XXI

(9) *Der Einfluss des Weissagungsbeweises und anderer Motive auf die Leidensgeschichte*, 1910.

(10) I Cor., I, 23.

y en el capítulo LIII del libro de Isaías, que parecían un programa de la Pasión del Mesías, diversos pormenores que se creyó poder aplicar directamente al *Christus patiens*. Fué más lejos aún: según Brandt, se crearon, más o menos inconscientemente, con la ayuda de otros textos del Antiguo Testamento, episodios enteros que, después de haber corrido de boca en boca, vinieron a penetrar en los Evangelios y a ser tenidos como históricos.

Pero si hay ficción, no es ciertamente por parte de los cristianos y de los evangelistas, sino de los neocríticos. El racionalismo, a pesar de sus reiterados intentos, no ha logrado ni logrará jamás demostrar que una sola noticia de la Pasión del Señor haya nacido, voluntaria o involuntariamente, de esa manera, es decir, por transformación de un texto en un hecho concreto. Los primeros cristianos eran hombres sencillos y rectos, que jamás hubieran osado proceder en esa forma; ni se oponía menos la probidad de los evangelistas. Los neocríticos suponen que la historia de la Pasión, tal como la leemos en los Evangelios, no es más que un tejido de profecías convertidas en hechos más o menos torpemente. Nosotros hemos contado las profecías que expresamente citan los evangelistas: no son más que ocho (11). Ciertamente que los racionalistas citan muchas más; pero son ellos quienes las ingieren en las narraciones evangélicas, para poder decir que éstas nacieron de aquéllas. Por donde se ve qué caso hemos de hacer de sus afirmaciones, tanto generales como particulares. Añadamos aún que la Pasión del Mesías fué verdaderamente predicha por las profecías del Antiguo Testamento, y que Jesús las cumplió puntualmente. El elemento profético existe, pues, respecto de la Pasión como respecto de otras partes de la vida de Nuestro Señor; pero, lejos de dañar a la historicidad de los hechos, la confirma y robustece.

(11) Se hallan en los pasajes siguientes: Matth., XXVI, 54, y Marc., XIV, 49; Matth., XXVI, 56; Matth., XXVII, 9-10; Marc., XV, 28 (y aun es posible que no se trate de una verdadera profecía); Joannes, XIX, 24, 28, 36, 37.

XI.—LA RESURRECCIÓN DE JESÚS Y LOS RACIONALISTAS.

I. Los racionalistas, que con tanta violencia han impugnado y rechazado sin distinción los milagros de Nuestro Señor, han hecho esfuerzos más tenaces aún para desvirtuar y reducir a nada el prodigio de su resurrección. Era de esperar. Los que pretenden echar por tierra la religión cristiana, era natural que tratasen de derribar la columna fundamental en que se apoya; los que niegan *a priori* todo orden sobrenatural no iban a dejar inmune de sus acometidas ese milagro de los milagros, del que San Pablo pudo decir en una descripción elocuente que si, por caso imposible, se demostrase su falsedad, nuestra fe sería vana, nuestros pecados no estarían perdonados y los apóstoles serían testigos falsos para con Dios y para con los hombres (1). Para salir con su intento, los racionalistas no han perdonado medio alguno, y han inventado teoría tras teoría con el fin de demostrar que la resurrección de Jesús carece de fundamento histórico. Citaremos las principales, y con ello quedará patente cómo todas vienen a desvanecerse ante el hecho plenamente atestiguado por los Evangelios, por los apóstoles y por toda la tradición cristiana.

II. Este hecho, el mayor de la historia del mundo, después de la encarnación del Verbo, de la cual fluye como consecuencia natural, ofrece cuantas seguridades pueda pedir la crítica histórica, y sólo cuando se lo estudia con ideas preconcebidas, como lo hacen los racionalistas, es posible negarlo (2). *¡Surrexit Dominus vere!* “¡El Señor resucitó en verdad!” (3). Esta jubilosa nueva transmitida por los Apóstoles ha servido de divisa a la Iglesia desde su fundación hasta nuestros días, y así será hasta el fin de los tiempos.

(1) I Cor., XV, 14-19.

(2) “La razón moderna—dice A. Réville (*Jésus de Nazareth*, t. II, páginas 453-454)—se siente incapaz de admitir la realidad de este milagro... La idea de la resurrección de un cuerpo realmente muerto sólo pudo ser aceptada por hombres a quienes faltaban las nociones psicológicas que hoy tenemos.”

(3) Luc., XXIV, 34.

Aparte las diferencias de redacción que atrás dejamos anotadas, y sobre las cuales volveremos para responder a las objeciones de los adversarios, las narraciones evangélicas nada dejan que desear, según vimos, ni en punto a sencillez, ni claridad, ni veracidad. Cosa notoria es que sus autores estaban bien informados respecto de los hechos que narran y que de muchos de ellos hasta fueron testigos presenciales. Háseles echado en cara por los racionalistas (4) el no haber dicho nada acerca del hecho fundamental; pero en esto mismo dieron prueba de su probidad y buena fe, pues no quisieron referir lo que ignoraban. Un Evangelio apócrifo, el llamado de Pedro, lo intentó, y he aquí el relato que nos hizo: “Por la noche, cuando ya comenzaba a clarear el alba del día del Señor (del domingo), mientras los soldados, dos a dos, estaban en su puesto, resonó en las esferas celestes un grande ruido, y vieron los cielos abiertos, y dos hombres de refulgente esplendor que se llegaban al sepulcro. La piedra que estaba delante de la puerta comenzó a rodar ella sola, y se puso a un lado. Abrióse el sepulcro y los dos jóvenes penetraron en él... Luego (los soldados) vieron a tres hombres que salían del sepulcro; los dos jóvenes sostenían al otro, y detrás de ellos iba una cruz. La cabeza de los dos jóvenes llegaba hasta el cielo; pero la del otro a quien conducían subía por cima de los cielos. Y los soldados oyeron una voz del cielo que decía: “¿Has predicado a los que se durmieron? (a los muertos encerrados en los limbos). Y en respuesta oyóse esta palabra que salía de la cruz: Sí. Abriéronse de nuevo los cielos, y de ellos descendió un hombre que entró en el sepulcro. Este era uno de los ángeles que se aparecieron a las santas mujeres” (5). Si los evangelistas no hubieran sido historiadores sinceros, no les hubiera sido difícil inventar una leyenda menos “grosera” (6).

Como segunda prueba, irrecusable también y bastante por sí sola, hemos citado la predicación apostólica. Precedió varios años a la composición de los Evangelios, pues comenzó en Jerusalén el día mismo de Pentecostés, en el discurso que San

(4) Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 372.

(5) E. Nestle, *Novi Testamenti graeci supplementum*, 1896, págs. 70-71; Preuschen, *Antilegomena*, págs. 116-117; Hennecke, *Neutestamentliche Apokryphen*, pág. 31.

(6) Calificativo bien merecido; es el Dr. Weiss quien lo emplea.

Pedro dirigió a los judíos inmediatamente después de la venida del Espíritu Santo. Cuando sólo habían pasado cincuenta y dos días desde la muerte de Jesús, el príncipe de los apóstoles, glosando este texto de un salmo atribuido a David (7):

Mi corazón está lleno de júbilo; mi alma, de alegría;
Mi cuerpo mismo descansa en seguridad;
Porque tú no entregarás mi alma a la mansión de los muertos,
Ni permitirás que aquel que te ama vea la corrupción,

no vacila en establecer un parangón entre la sepultura del gran Rey y la de Jesús. "Hermanos míos, exclamó (8), séame permitido deciros con entera franqueza, a propósito del patriarca David, que murió y fué sepultado y su sepulcro está aún entre nosotros." No se refieren, por tanto a él estas palabras inspiradas. Pero, continúa el apóstol, "como era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento que se sentaría sobre su trono un hijo de su sangre, refiérese a la resurrección de Cristo (que él vió por anticipado) cuando dice que su alma no será dejada en la mansión de los muertos, y que su carne no verá la corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos." Si San Pedro no hubiera estado convencido de la resurrección de su Maestro, hubiera facilitado armas a las autoridades judías y a los demás adversarios de la nueva religión, pues fácil les era hacer abrir el sepulcro y convencer a San Pedro de mentira. Pero ni aquel día, ni cuando después San Pedro pronunció otros discursos, nadie intentó contradecirle.

El testimonio de San Pablo, a que ya aludimos, contenido en su epístola primera a los de Corinto (9) tiene también especial valor, por su carácter oficial, y también porque el apóstol de los Gentiles, de espíritu tan positivo, además de conocer la resurrección por la aparición de Cristo mismo resucitado, de seguro que no dejó de enterarse, después de su conversión, preguntando directamente a los apóstoles y a los primeros discípulos. Hízose cristiano pocos años después de la ascensión del Señor (10). Su primera carta a los de Corinto data, por lo menos, del año 56 de nuestra Era, y, por tanto, es quizá

(7) Ps. XV (hebr., XVI), 9-10.

(8) Act., II, 29-33.

(9) I Cor., XV, 3-9.

(10) Probablemente en el año 34 ó 35.

anterior a la composición de los Evangelios de San Marcos y de San Lucas. He aquí el pasaje que más hace al caso: es una lista compendiosa y sin pormenores de las apariciones del Salvador resucitado: "Primeramente os he enseñado, como yo mismo lo recibí, que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras, que fué sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras, y que apareció a Cefas (11) y después a los Doce. Después apareció a más de quinientos hermanos juntos, de los cuales muchos viven aún... Después apareció a Santiago (12); después, a todos los apóstoles. Y, el postrero de todos, apareció a mí."

El lector habrá notado, a propósito de la aparición de Jesús a quinientos discípulos, cómo San Pablo invoca indirectamente el testimonio de los muchos que aún vivían. Fácil hubiera sido a los escépticos el consultarlas. Habráse notado también que si el autor menciona varias apariciones omitidas por los evangelistas (13) omite, en cambio, las apariciones del Salvador a las santas mujeres. Explícate esto por lo que hemos llamado carácter oficial de este breve documento, que, por eso mismo, sólo cita a personajes oficiales y bien conocidos. La aparición a los quinientos es, en cierta manera, una excepción; pero su valor provenía del gran número de testigos. Además, en los tiempos antiguos, se concedía menor autoridad al testimonio de las mujeres. La frecuencia con que San Pablo toma la resurrección de Nuestro Señor como fundamento de consideraciones morales y de aplicaciones a la vida cristiana es nueva prueba de la firmeza con que la creía. Y natural era que la predicación apostólica insistiese con frecuencia sobre este punto, que más de una vez, sin duda, hubo de suscitar sentimientos de incredulidad entre los oyentes paganos (14). Era, pues, el primer dogma que enseñaban los misioneros cristianos, el primero a que prestaban adhesión los neófitos y el fundamento de todos los demás. Las pruebas que de él daban los predicadores cristianos eran tan convincentes, que, juntamente con la vida del Señor, que luego referían sucintamente, excitaban la fe en Jesucristo,

(11) Nombre arameo de Pedro.

(12) Santiago el Menor, primo del Salvador.

(13) Quien desee una explicación más minuciosa vea los comentadores de la epístola a los Corintios.

(14) Cfr. Act., XVII, 32.

engendraban un amor generoso hacia Jesucristo y producían la conversión. Uno de los mayores enemigos del Cristianismo —Strauss— ha dicho que los apóstoles nunca hubieran fundado la Iglesia si no estuvieran persuadidos de la resurrección de Cristo. Y nosotros podemos completar este pensamiento diciendo que nunca hubieran llegado los apóstoles a esta persuasión si no tuvieran pruebas irrefragables de este grandioso prodigio.

III. Agrupados, como lo hemos hecho, los testimonios de los evangelistas y de los apóstoles, ya podemos pasar a exponer las objeciones y explicaciones de los racionalistas. Pero antes será bien determinar lo que entendemos por esta expresión: la resurrección de Jesús, pues en nuestros días no han faltado quienes, so color de hacer más fácil de creer este misterio, han falseado su verdadero sentido. La resurrección de Nuestro Señor es, ante todo, el retorno a la vida, volviéndose a unir su alma con el cuerpo que El poseía cuando exhaló en la cruz su último supiro, con aquel mismo cuerpo que fué encerrado en un sepulcro. Era el mismo cuerpo, pero con nuevas cualidades: un cuerpo glorioso y ya inmortal. Era un cuerpo material, pues se le podía ver y aun tocar, pero, por decirlo así, espiritualizado, por lo cual podía trasladarse en un punto de un lugar a otro, pasar a través de sustancias sólidas sin hallar resistencia, etcétera. En esto el cuerpo de Jesús, después de haber salido del sepulcro, se diferenciaba de los cuerpos de otros resucitados, del de Lázaro, por ejemplo. Los estigmas que conservaba de sus heridas mostraban que era el mismo cuerpo de antes; varios pormenores de sus manifestaciones probaban que era un cuerpo glorificado. En este sentido se entiende la resurrección en los Evangelios y en los otros libros del Nuevo Testamento. Por consiguiente, rechazamos el concepto de una resurrección que, al cabo, hubiera quedado reducida a la inmortalidad de su alma, con esta sola diferencia: que al salir del limbo hubiera tomado cierta apariencia corporal, con la cual podía manifestarse exteriormente. Exponer tal idea de la resurrección es negarla a la vez que parece que se la acepta; lo cual, según se ha dicho, constituye “un esfuerzo extraño y poco honesto” (15).

(15) W. Robertson Nicoll, *The Church's one Foundation*, tercera edición, 1901, pág. 133.

IV. No hemos disimulado las diferencias que hay entre los evangelistas respecto de las apariciones de Jesús resucitado. Los racionalistas, no contentos con exagerarlas, afirman que son contradicciones propiamente dichas; de donde concluyen que no podemos fiarnos de ninguno de los cuatro narradores (16). A veces oponen a los evangelistas la lista de apariciones que nos da San Pablo, para rechazar lo que nos refieren aquéllos sin admitir lo que dice éste (17). Ya notamos que si los evangelistas hubieran descendido a más pormenores cronológicos, sería sin duda más fácil coordinar sus narraciones; pero, pues hemos de tomarlas tal como son, notaremos una vez más: 1.º Que estas diferencias, aunque, a las veces notables, no afectan a la sustancia de los hechos, singularmente del hecho principal, sino que se refieren a circunstancias secundarias (18). 2.º Que provienen precisamente de la concisión de las narraciones y de ser éstas incompletas. 3.º Que no son verdaderas contradicciones, ya que, sin violencia alguna, se puede establecer, con los cuatro Evangelios, una serie ordenada de los hechos, como lo prueban los reiterados ensayos de conciliación hechos desde el principio del Cristianismo hasta nuestros días (19). 4.º Que los teólogos liberales tampoco se darían por satisfechos si los evangelistas nos hubieran referido los mismos hechos en el mismo orden y de la misma manera; antes dirían que se habían puesto de acuerdo para dar a los hechos mayor apariencia de verdad. 5.º Que estas mismas divergencias, que se hallan en todos los escritores, ya antiguos, ya modernos,

(16) Trata largamente esta cuestión A. Meyer, *Die Auferstehung Christi*, 1905, págs. 85-105, en sentido racionalista.

(17) “En la enumeración de San Pablo —dice A. Réville (*Jésus de Nazareth*, t. II, págs. 449-450)—no hay lugar para la aparición a las mujeres junto al sepulcro, ni para aquella otra que tuvo por teatro la montaña de Galilea, ni, bien examinado el texto, para la de Emmaús... Las narraciones son harto incoherentes.”

(18) Con toda verdad se ha podido decir que “no han hecho vacilar, ni por espacio de una hora, la fe de la cristiandad” (Farrar, *The Life of Christ*, edición vigésimotercera, t. II, pág. 432).

(19) Véase San Agustín, *De consensu evangelist*, III, 61-85; Thischen-dorf, *Synopsis evangelica*, p. XLIX-LII; las Vidas de Jesús no compuestas bajo la influencia de prejuicios, y J. B. Parquet, S. J., *Les récits évangéliques de la resurrection du Christ; conciliation des textes*, en la colección *Science et Foi*, t. VI.

que han escrito la historia de un mismo acontecimiento (20) es una prueba de su independneia y de su veracidad; ¿qué trabajo hubiera costado a los últimos evangelistas el coordinar sus narraciones con las de los primeros si en ello hubieran tenido interés? Tomar, pues, estas diferencias como pretexto para negar la historicidad de las narraciones es emplear un procedimiento violento y arbitrario.

V. Además de la objeción general sacada de la frecuente diferencia de las narraciones, los racionalistas han propuesto, de dos siglos acá, multitud de teorías o hipótesis para minar el cimiento del milagro de la resurrección de Cristo. Las principales son tres: la de un fraude grosero, la de una muerte aparente y la de las visiones.

a) La primera fué propuesta por Reimarus, en sus famosos "Fragmentos de Wolfenbüttel" (21), de los cuales el quinto lleva el título siguiente: "De los relatos evangélicos acerca de la resurrección de Cristo". El autor, llevado de verdadero odio hacia el Cristianismo, llega hasta acusar a Nuestro Señor de designios egoístas y revolucionarios y de querer restaurar en provecho propio al antiguo reino judío. Detenido por los jefes de la nación—dice—, fué condenado y murió en una cruz; pero sus discípulos no se resignaron a ser vencidos: cincuenta y dos días después de su muerte se apoderaron de su cadáver, que en este tiempo se había tornado ya desconocido, y lo ocultaron, afirmando luego que Jesús había resucitado y subido al cielo, de donde volvería algún día a juzgar a todo el mundo. Al principio, Reimarus halló partidarios que tomaron en serio este tejido de mentiras; pero tan abiertamente falsifica los hechos y tan injuriosa es su teoría para Nuestro Señor, cuya santidad

(20) "Cuando Tito Livio y Polibio y Dionisio y Tácito cuentan un mismo acontecimiento, por ejemplo, una misma batalla, el mismo sitio de una ciudad, cada uno con circunstancias tan diferentes que las noticias que da el uno manifiestan la falsedad de las que dan los otros, ¿se le ha ocurrido por eso a nadie negar la realidad del acontecimiento referido?... Ahora bien; si tratamos sencilla y lealmente a Tito Livio y a Dionisio y a Polibio y a Tácito sin someter a tortura cada una de sus sílabas, ¿por qué no hemos de tratar del mismo modo a Mateo, a Marcos, a Lucas y a Juan?" Así se expresa el racionalista Lessing, citado por Ihmels, *Die Auferstehung Jesu Christi*, pág. 10. Y aun hay esta ventaja a favor de los evangelistas: que la narración del uno no implica la falsedad de la del otro.

(21) Cfr. L. Cl. Fillion, *Les étapes du rationalisme...*, págs. 9-19.

todos admiran, y para sus discípulos, a quienes nadie se atreve a considerar como impostores, que ya no hay quien admita tan absurda y caprichosa explicación. Varios racionalistas de los más ardientes—Strauss entre otros (22)—la han refutado vigorosamente. Keim la califica, y con razón, de "repugnante e indigna" (23), y recuerda, siguiendo a Strauss, que ya el pagano Celso la defendió (24).

b) Según la segunda teoría, que también tuvo sus partidarios, pero cuya imposibilidad y aun absurdidad ha sido demostrada por los mismos racionalistas, como Strauss, Keim y otros (25), Jesucristo no murió realmente en la cruz; cayó solamente en un estado cataléptico, del cual le sacaron después la frescura de la tumba y los perfumes en que fué envuelto su cuerpo. El temblor de tierra de que hablan los evangelistas acabó de volverlo a la vida. Esta misma sacudida sísmica hizo rodar la piedra que cerraba el sepulcro. Jesucristo logró desembarazarse de las vendas que lo envolvían, se puso los vestidos que allí se había dejado el jardinero, y de esta forma se mostró a María Magdalena, a los discípulos de Emmaús y a los apóstoles reunidos en el cenáculo. Con todo, como aún estaba muy débil, vivía bastante retirado. Tal es la explicación que propuso Paulus (26), llevado de su afán de explicar naturalmente los milagros del Evangelio.

Pero ya, antes que él, habían recurrido otros a esta hipótesis, que, como la precedente, no es más que "un tejido de inverosimilitudes materiales y morales". Alberto Réville (27), cuyo es este severo, pero merecido juicio, no tuvo que esforzarse mucho para probarlo. "Materialmente—continúa—, ha de contarse entre los cosas imposibles que un hombre quebrantado por la fatiga y agotado por los malos tratos (28), clavado en una cruz por espacio de varias horas, desclavado de ella, sepultado y abandonado en un sepulcro cerrado, pudiera salir sólo unas

(22) *Leben Jesu*, edición de 1836, t. II págs. 653-655.

(23) *Jesus von Nazara*, t. III, pág. 571.

(24) Orígenes, *Contra Celsum*, II, 55.

(25) Strauss, *Leben Jesu*, t. II, pág. 651; Keim, *Jesus von Nazara*, tomo III, págs. 573-576.

(26) Fillion, *Les étapes du rationalisme...*, págs. 34-44.

(27) *Jésus de Nazareth*, t. II, págs. 455.

(28) Ya vimos que la flagelación por sí sola era suficiente para ocasionarle la muerte.

treinta y seis horas después y hacer los viajes, unos más cortos y otros más largos, que suponen los Evangelios... Este retorno natural de Jesús a la vida, antes de que la muerte hubiera consumado su obra, es algo en que nunca habían pensado ni los amigos ni los adversarios... En fin, quien haya estudiado a fondo el carácter de Jesús, su rectitud, su candor, su valor..., ¿puede, ni aun por un instante, representárselo dejando creer a sus discípulos que había resucitado, si El sabía que no era cierto?" (29). Y después, ¿qué fué de El?, ¿dónde se ocultó?, ¿dónde murió? Otras tantas imposibilidades que se añaden a las ya dichas.

c) Actualmente la crítica liberal ya no suele pedir a los hechos exteriores la explicación de la resurrección del Señor, sino que acude a la psicología—ya veremos con qué procedimientos y con qué poca fortuna—en busca de un apoyo para sus negaciones. Según la teoría más en boga, expuesta de diferentes maneras, el hecho de la resurrección de Jesús fué creado totalmente por las visiones de los apóstoles, de los discípulos y de las santas mujeres (30). Principales propagadores de esta explicación han sido Strauss, Renán, Holsten, Weiss, Arnold Meyer, Alberto Réville y otros, que la han dedicado largas descripciones psicológicas para darla algún color de verdad (31). He aquí lo más sustancial de esta hipótesis:

Las impresiones que los apóstoles habían experimentado desde que fué arrestado Jesús habían hecho honda mella en sus imaginaciones y habían conmovido a sus corazones, sencillos, ardientes, abnegados. Abatidos al principio por la muerte del Maestro y por el aparente fracaso de su obra, sintieron luego renacer poco a poco sus exaltados sentimientos. Su confianza renació al recordar su santidad, sus milagros, sus promesas, su personalidad tan poderosa. Pensando en él leían todas las Escrituras y le aplicaban todos los pasajes que aludían al Mesías. Así llegaron a la persuasión de que había llegado a la gloria suprema, a una verdadera apoteosis, pasando por los padecimientos. "No es posible que haya muerto para siempre;

(29) *Op. cit.*, págs. 455-456.

(30) También en este particular fué Celso precursor del racionalismo. Cfr. Orígenes, *Contra Celsum*, II, 55.

(31) En particular A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, págs. 463-473; A. Meyer, *Die Auferstehung Christi*, págs. 272-315.

tiene que vivir": tal fué el resultado de sus meditaciones. De improviso, su fe y su afecto, subiendo rápidamente un nuevo grado y transformando en realidad sus deseos, exclamaron: "¡Vive!" Y creciendo aún más con este pensamiento su sobrecitación mental—a la que cooperaba el haber sido hallado vacío el sepulcro—, cayeron en "un estado visionario" y se imaginaron que en verdad habían visto al Maestro.

A esto vendría a quedar reducida la resurrección estudiada según los principios racionalistas. No vamos a dedicar largas páginas a su refutación. Nos limitaremos a apuntar las incompatibilidades de toda clase que ofrece semejante teoría, de cierto mucho más difícil de aceptar que la narración evangélica, estudiada sin prejuicios. 1.º Incompatibilidad con la disposición de ánimo de los apóstoles y de los demás discípulos que habían perdido la esperanza de que su Maestro resucitase, y que tan reacios a creer se mostraron cuando resucitó. Según dijimos ya, parece que lo que ellos esperaban era un retorno inmediato en forma gloriosa para establecer el reino de Dios en la tierra. En particular, las santas mujeres, a quienes los neo-críticos atribuyen la parte principal en las supuestas visiones, tenían tan poca fe en la resurrección del sagrado cuerpo, que querían embalsamarlo por segunda vez para preservarlo de la corrupción el mayor tiempo posible. 2.º Incompatibilidad con la naturalidad y limpidez de las narraciones evangélicas, que bien a las claras distinguen entre fantasmas y realidades. "Turbadados y espantados, refiere San Lucas (32), creían ver un espíritu." Y Jesús les dijo: "¿Por qué se levantan en vuestros corazones tales pensamientos? Ved mis manos y mis pies; yo soy; tocad y ved: los espíritus no tienen carne ni huesos como veis que yo tengo." Así, pues, el Salvador resucitado no sólo da a sus apóstoles pruebas visibles de su resurrección, sino pruebas palpables, dejando que le toquen y llegando a comer delante de ellos. 3.º Incompatibilidad con el reducido número de apariciones. Si los discípulos hubieran sido visionarios no hubieran visto al Señor diez veces, sino centenares de veces. 4.º Incompatibilidad con la repentina cesación de las apariciones. Si fueron provocadas por espacio de cuarenta días por una

(32) Luc., XXIV, 38-39.

exaltación psicológica, ¿cómo cesaron de improviso al cabo de ese tiempo? Los neocríticos mismos se han percatado de la fuerza de esta razón, y así afirman que las visiones se prolongaron durante un año, y aun más; pero ¿cómo lo prueban? (33). 5.º Incompatibilidad con la sensatez y cordura humana en general, y en particular, con la de los apóstoles tal como los conocemos por las narraciones evangélicas. Eran afectos, y de todo corazón, al Maestro; pero no eran de condición entusiasta y ardorosa, como lo prueba la historia misma de la Pasión. Además, la muerte de Jesús había causado en sus ánimos profunda depresión. Ahora bien: este estado no es nada propicio para visiones imaginarias. Los racionalistas dicen que los apóstoles y los demás discípulos no eran filósofos ni psicólogos, y que así bien pudieron tomar sus visiones subjetivas por apariciones reales. Pero no; eso era imposible en las condiciones que describen los evangelistas. ¿Es menester haber hecho estudios de psicología para saber si lo que uno tiene delante de sí es una cara real, un ser de carne y hueso o solamente un fantasma, una cosa imaginada? 6.º Incompatibilidad con el gran número de testigos. Al lado de las apariciones individuales — a María Magdalena, a Simón-Pedro, etc. —, otras, las más, acaecieron delante de varias personas a la vez, delante de los apóstoles reunidos en el cenáculo, delante de las santas mujeres, en presencia de más de quinientos discípulos, etc. ¿Cómo creer que tantas personas podían estar al mismo tiempo debajo de la influencia de la alucinación? 7.º Incompatibilidad, en fin, con la fe inquebrantable de la Iglesia cristiana en la Resurrección de su divino Fundador. Según observa un conocido racionalista (34), “el recurso a una ilusión visionaria es imposible ante la universalidad y la firmeza de la persuasión de la Iglesia”.

Aun podríamos añadir, con Keim (35), que para que los amigos de Jesús pudieran pasar del estado de profunda tristeza y desaliento en que les sumió la muerte de Jesús al estado de

(33) He aquí un ejemplo de estas exageraciones del racionalismo: “Las visiones (período de fiebre intensa) se multiplicaban sin cesar... En pocos días se extendió un ciclo entero de narraciones... Estos sueños melancólicos llenaban días y meses. Se pasó casi un año.” Renan, *Les Apôtres*, 1866, págs. 25, 26, 34, 36.

(34) Reus, *L'histoire évangélique*, pág. 701.

(35) *Jesus von Nazara*, t. III, págs. 597-598.

exaltación que las alucinaciones presuponen, era menester que pasase algún tiempo. Y, en efecto, varios críticos requieren para esto varios años. Ahora bien: según los Evangelios, las apariciones del Salvador resucitado comenzaron al tercer día después de su muerte. Puédese también alegar que estas apariciones, lejos de excitar, como suele suceder con las falsas visiones, a los que de ellas fueron testigos, los calmaban, los serenaban y los movían a dedicarse generosamente a la obra de su Maestro. No es éste de ordinario el fruto de las alucinaciones.

El Dr. Keim, que rechaza esta teoría como las otras dos anteriores (36), la ha modificado, creyendo hacer más aceptables las narraciones evangélicas. Según él, Jesucristo no resucitó propiamente. Lo que sucedió fué que, o por especial permisión de Dios, o por virtud del poder del espíritu glorificado de Jesucristo y de sus privilegios particulares, se produjo una serie de fenómenos que, aunque eran reales, nada tenían de material ni corpóreo. Y así, en varias ocasiones, su alma se mostró a sus discípulos produciendo efectos semejantes a los que hubieran resultado de una aparición exterior y sensible. De esta manera, Jesús enviaba, según la expresión de Keim, “como telegramas del cielo” (37) a los apóstoles y a sus compañeros para fortalecerlos y mostrarles que no los desamparaba, sino que permanecía con ellos para ayudarles en la prosecución de su obra.

Extraño sistema, que ya hemos reprobado recordando el verdadero sentido de la palabra “resurrección”. Con todo, algunos teólogos protestantes, particularmente de Inglaterra, lo han aceptado para disminuir en lo posible el prodigio de la resurrección y facilitar la fe en él. Pero los racionalistas más avanzados lo rechazan porque no prescinde por entero del orden sobrenatural; los creyentes lo rechazan también porque no tiene fundamento alguno. Además, supone que, con la convivencia de Jesús mismo, la fe cristiana descansa, en último término, sobre una ilusión, dado que Jesucristo, según esa hipótesis, no habría resucitado verdaderamente.

Innecesario es repetir una vez más que todas estas teorías

(36) *Op. cit.*, págs. 602-606.

(37) *Op. cit.*, pág. 605.

están en continua contradicción con las narraciones evangélicas. Pero a los racionalistas no les da cuidado esto, ya que sólo intentan demostrar la falsedad del Evangelio. Un examen sincero mostrará al lector de qué lado se halla la verdad histórica.

Unas palabras aún acerca del sepulcro de Jesús, que una mañana memorable, el día tercero después de su crucifixión y muerte, fué hallado vacío. Este sepulcro vacío no deja de causar algún embarazo a los neocríticos. Ciertamente que por sí sólo no basta para demostrar que Cristo resucitó; pero sí nos permite formular el siguiente dilema: El sepulcro estaba vacío, o porque Dios, con señaladísimo prodigio devolvió la vida al cuerpo de su Cristo, o porque este cuerpo fué arrebatado de manera fraudulenta. Los racionalistas, ni que decir tiene, se resuelven unánimemente por el segundo extremo. ¿Pero qué pruebas dan? Recurren a todas las hipótesis posibles: sustracción del cuerpo por los discípulos, según afirmaron desde el principio los judíos (38); o por José de Arimatea, a quien, dicen, no agradaba mucho el conservar largo tiempo en su sepulcro el cadáver de un crucificado; o por los judíos mismos (39). Pero no, asegura Welhausen; “es cierto que el cuerpo de Jesús desapareció del sepulcro, y es imposible explicar este hecho de manera natural” (40). Desde el primer día amigos y enemigos reconocieron que el sepulcro fué hallado vacío. ¿Habremos de decir sencillamente que el cadáver de Jesús fué arrojado al “osario” reservado para los ajusticiados o a “la fosa común”? Loisy (41) y otros no retroceden ante afirmación tan ignominiosa; pero ¿cómo eludir el testimonio tan explícito de los Evangelios? En lo que concierne singularmente a la resurrección los racionalistas gustan de acudir a su consabido arbitrio de que las narraciones evangélicas “son producto de la reflexión cristiana, que acomodó, embelleció y con frecuencia inventó los hechos de manera que no sólo no merecen crédito esas narra-

(38) Matth., XXVIII, 11, 15.

(39) Tal es la opinión de A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, páginas 463-478.

(40) *Das Evangelium Matthei*, pág. 150.

(41) *Les Evangiles synopt.*, t. I, pág. 213.

ciones, sino contradicción y protesta” (42). Intentan probar una afirmación gratuita con una serie de otras afirmaciones igualmente gratuitas y arbitrarias. Por nuestra parte les responderemos, con un eminente comentador inglés (43), que para negar aquí la verdad de las narraciones evangélicas menester es hallarse uno dominado de un obstinado escepticismo, nacido de teorías *a priori* profundamente injustas.

Concluyamos, pues, con San Agustín: *Resurrexit Christus, absoluta res est* (44).

(42) Como el Dr. Brandt respecto de la Pasión de Nuestro Señor, así Arnold Meyer, en la obra ya citada, *Die Auferstehung Christi*, rechaza uno por uno casi todos los pormenores de la resurrección de Jesucristo. Otro tanto hace Loisy en su libro *Les Evangiles synoptiques* y en otros trabajos. Pueden verse excelentes refutaciones de estos diversos sistemas racionalistas en las obras siguientes: J. B. Swete, *The appearances of our Lord after his Passion*, 1907; Orr, *The resurrections of Jesus*, Londres, 1908; L. Ihmels, *Die Auferstehung Jesu Christi*, 1906, tercera edic. en 1913; E. Riegenbach, *Die Auferstehung Jesu*, segunda edic., 1908 (en la colección *Biblische Zeit-und Streitfragen*); E. Dentler, *Die Auferstehung Jesu nach den Berichten des N. T.*, tercera edic., 1910 (en *Biblische Zeitfragen*); Ladeuze, *La resurrection du Christ devant la science contemporaine*, tercera edición, en la colección *Science et Foi*; Mangelot, *La resurrection de Jesus*, 1910, y *Les Evangiles synoptiques*, 1911, págs. 333-362.

(43) J. B. Swete, *loc. cit.*

(44) *Tractatus CI in Joann.*, in fine.

XII. — LA ASCENSIÓN DE JESÚS.

La crítica negativa que rechaza como milagro imposible la resurrección de Nuestro Señor rechaza también, por el mismo caso, la ascensión, relegándola a las regiones del mito o de la leyenda. Algunos de los representantes de esta escuela ni aun se dignan ocuparse de la ascensión, a pesar de ser el punto culminante de la vida terrestre del Salvador. Otros la impugnan sin miramientos (1), aunque con harto poca originalidad, recurriendo a sus procedimientos habituales.

Mas no por eso dejará de ser cierto que la ascensión de Jesús a los cielos, aunque referida compendiosamente por San Marcos y San Lucas, es uno de los hechos mejor atestiguados de todo el Nuevo Testamento. Además de las tres narraciones que han servido de base a la nuestra (2), tenemos las palabras de Jesús que la anuncian (3), y muchos textos que la suponen o que de alguna manera aluden a ella (4): prenda firmísima de la historicidad de este hecho, creído como dogma desde los primeros días del Cristianismo. Los textos en que se refiere son tan sencillos y tan concisos que nadie podrá ver en ellos ni un mínimo pormenor que pueda considerarse como exornación poética o legendaria. Una vez más lo repetiremos: ¡cuánto va de las narraciones canónicas a las de los Evangelios apócrifos! Léanse si no los capítulos XIV-XXIX de la segunda parte de los Actos de Pilato (5). Al ver en lo que viene a parar un hecho evangélico cuando cae en las manos de esos escritores,

(1) Entre otros, Strauss, Renán, Bauer, Schenkel, y posteriormente Keim, *Geschichte Jesu von Nazara*, t. III, págs. 606-621, y W. Schmiedel, en el artículo *Resurrection and Ascension narratives*, en la *Encyclop. Biblica*, de Cheyne.

(2) Marc., XVI, 19; Luc., XXIV, 49-51; Act., I, 1-2.

(3) Joan., VI, 62; XX, 17.

(4) Matth., XI, 15; XXVI, 11, 29, 64; Joan., VII, 33; XIV, 28; XVI, 5, 10, 17, 28; Act., II, 33; III, 21; V, 31; VII, 56; XIII, 35-37; Eph., IV, 8-10; Pil., I, 23; II, 9; Col., III, 1; I Thess., I, 10; IV, 14-16; I Tim., III, 16; I Petr., III, 22; Hebr., I, 3; II, 9; XII, 2; Apoc., I, 13; V, 6; etc.

(5) Brunet, *Les Evangiles apocryphes*, segunda edic., págs. 248-273.

se estimará mejor la veracidad de los Evangelios, que se contentan con referir los hechos con una sobriedad que nuestro piadoso deseo de conocer mejor todo cuanto se refiere a Jesucristo casi juzga exagerada. No redundará en honra del doctor Keim el haber escrito que “la ascensión de Jesús es una de las excrecencias más recientes y menos garantizadas de la leyenda cristiana” (6).

Según él, esta supuesta leyenda se formó por analogía con el rapto misterioso de Enoch y de Elías en el Antiguo Testamento, o de la apoteosis de los emperadores romanos y de otros grandes personajes del paganismo, si ya no es la idealización de la vida del Salvador llevada hasta el último extremo. Pero es de todo en todo falso el que la vida del Señor haya sido idealizada en los Evangelios. Y no es menos falso el que su ascensión sea un plagio de otros hechos del judaísmo o del paganismo, pues entre Enoch, Elías o los emperadores romanos y Jesucristo nada hay de común. Esa relación que se establece no tuvo por autores a los evangelistas, sino a los neocríticos. La ascensión de Nuestro Señor tiene un carácter propio, un fin propio, que la distinguen esencialmente de esos hechos con los que osan compararla. Está en consonancia con toda la vida terrestre de Jesús; es consecuencia lógica de su encarnación y de su resurrección; es parte integrante del plan divino de nuestra redención. Si “era necesario” que el Cristo muriese y resucitase de entre los muertos, también lo era que subiese a los cielos, porque la tierra no era lugar adecuado para su cuerpo resucitado. Además, su obra acá en la tierra estaba ya acabada. Por espacio de los cuarenta días que siguieron a su resurrección había dado sus últimas instrucciones a los apóstoles y a los principales discípulos; este período de transición no podía prolongarse por mucho tiempo. El verdadero lugar de Jesús no estaba, por tanto, entre los hombres, acá en la tierra, sino en el cielo al lado de su divino Padre, donde su humanidad sacratísima pudiera gozar de la gloria tan justamente merecida, sin que él dejase de gobernar, proteger y bendecir a su Iglesia por todos los siglos.

(6) *Op. cit.*, pág. 618-619.

XIII. — ¿QUIÉN ERA JESÚS SEGÚN LOS TEÓLOGOS LIBERALES?

Como nosotros, también ellos se han hecho esta pregunta. Y he aquí cómo uno de ellos ha resumido sus respuestas: “¿Qué no ha sido Jesús según estas teorías? Un reformador social, según todos los aspectos que hoy tiene este título; un predicador de la redención personal por un renunciamiento completo al estilo budista; un tipo de temperamento germánico por oposición a la raza semítica, a la cual no habría pertenecido; un heraldo del panteísmo, que cuando hablaba de Dios no pensaba sino en el conjunto del mundo; un predicador del amor del prójimo, que no asociaba a este sentimiento una fe religiosa propiamente dicha”, etc (1). Pero si estas teorías difieren entre sí en lo que tienen de positivo, todas coinciden en lo negativo, es decir, todas niegan la divinidad de Jesús. Si, según los racionalistas dicen, nada hubo en él de sobrenatural, si no fué profeta, ni taumaturgo, ni Mesías, ¿cómo iba a poseer la naturaleza divina?

Pero citemos a la letra algunas de estas negaciones, para que mejor se vea el abismo que separa al Evangelio de estos sus contradictores (2). No mencionaremos aquí ni a Strauss, ni a Renán, ni a Hase, ni Ewald; no iremos más allá de Keim (3). Su liberalismo teológico no es tan desenfrenado, y más de una vez hace justicia a Nuestro Señor; pero siempre considerándolo como puro hombre; en este punto es tan intransigente como sus colegas. Conforme al uso de estos neocríticos, antes de negar al Salvador su principal título de gloria comienza por lo que irónicamente se ha llamado “un ejercicio de retórica”, encaminado a preparar la negación. “El Mesías destronado — dice — ha levantado su trono en la historia del mundo, y, después de sesenta generaciones, este trono está aún

(1) Schmiedel, *Die Person Jesu im Streite der Meinungen der Gegenwart*, pág. 4. Puede verse también Harnack, *Das Wesen des Christentums*, 1903, págs. 1-2.

(2) Cfr. Fillion, *Les étapes du rationalisme...*, págs. 51, 65, 79, 114-115, 132, 145, 188, 190, 192, 195, 200-201, 212, 215, 217, 221, etc.

(3) Muerto en 1878.

en pie, a pesar de la inestabilidad de todo lo terrestre. En sus gradas resuena, en indecibles melodías, la alabanza que cantan un sin número de grandes y pequeños de la tierra, que en la persona de Jesús han amado dulcemente la vida humana” (4). Estas líneas sonoras sirven de introducción a verdaderas blasfemias. “Nuestro conocimiento de la historia — dice — se ha transformado, nuestro pensamiento se ha hecho sobrio... Debemos renunciar para siempre a la mitología griega... al Hijo de Dios, que la sabiduría de los judíos de Alejandría y después la Iglesia griega nos transmitieron como herencia...; al Dios que bajó del cielo, para ser un niño, un hombre, un crucificado y otra vez un Dios.”

Según el Dr. Wernle (5), “por espacio de casi dos mil años la cristiandad ha olvidado lo que Jesús fué y lo que Jesús quiso; pero hoy esto brilla para nosotros a través de los Evangelios tan clara y maravillosamente como si el sol acabase de levantarse sobre el horizonte y con sus rayos victoriosos ahuyentase todas las sombras y todos los fantasmas de la noche”. Claro está que para el Dr. Wernle, la noche es el estado de la humanidad por espacio de casi dos mil años; el sol, con sus rayos victoriosos, simboliza la teología liberal; las sombras y los espectros representan la cristología tradicional de la Iglesia, la divinidad de Jesucristo y los demás dogmas cristianos. Pero aun el Dr. Wernle parece a Arno Neumann “saturado de cristología hasta causar enfado”, el cual hace su profesión de fe en estos términos: “Nosotros también, en un cuadro puramente humano, conservamos un héroe de la religión... ante cuya majestad nos inclinamos con amor” (6). Pero no se extiende a más este acto de cortesía, ya que el citado escritor no considera a Jesús más que como a simple mortal, a quien confiere el título de héroe a manera de compasión por los honores divinos que le niega.

Mencionemos de camino a Frenssen, que hace de Jesús un soñador que no sabe a punto fijo ni lo que quiere ni lo que pretende; que se impresiona; que se irrita; que a menudo carece de dignidad y decoro, y que, en resumen, no es sino un hom-

(4) *Jesus von Nazara*, III, 271.

(5) *Die Quellen des Lebens Jesu*, pág. 86.

(6) *Jesus wer er geschichtlich war*, pág. 104.

bre hartamente incompleto (7). El Dr. Weiss, a quien con frecuencia hemos hallado en nuestro camino, usa un lenguaje parecido al de Wernle: "En manos de los sabios modernos—dice—, los Evangelios han venido a ser, no obstante sus pérdidas aparentes, más interesantes y, a la vez, más instructivos, y en sentido verdaderísimo, más históricos. La figura de Jesucristo es menos mística, pero más real... Los Evangelios, que se han hecho más nuevos, porque los vemos a nueva luz, nos ayudan a entender a Jesús de manera más completa y a sentir hacia él más cálida admiración" (8).

Arnold Meyer supone que Jesús mismo hace a los hombres del siglo XX su pregunta de antaño: "¿Quién creéis que soy yo?" La larga respuesta que Meyer da a esta pregunta dista mucho de parecerse a la de San Pedro (9). Se ve obligado a reconocer que "la inmensa mayoría de los veneradores de Cristo" desde el origen del Cristianismo hasta nuestros días lo ha adorado como a Dios verdadero. Pero esto no le estorba de añadir: "Hoy renunciamos con plena advertencia al dogma de la divinidad de Jesús, y esto, apoyándonos en pruebas convincentes tomadas de la verdad y de la religión... Si en otros tiempos se tuvo a Jesús por Dios fué por un error que se infiltró poco a poco; pero hoy tenemos ya otro concepto así de su divinidad como de su oficio respecto de nuestro mundo terrestre, y rechazamos el antiguo como erróneo e inútil... Jesús mismo nunca se presentó como Dios ni como taumaturgo, ni como personaje sobrehumano" (10). Después de cuanto llevamos dicho, no nos detendremos a refutar estos sofismas, estas afirmaciones gratuitas y falsas, que se hallan desmentidas en todas las páginas de los Evangelios. Y con todo esas mismas afirmaciones se repiten en los escritos de A. Réville, Stapfer, Loisy, Harnach, Weinel, Schmiedel, etc., ni más ni menos que si fueran verdades demostradas.

Con justicia se les ha echado en rostro que su crítica es una crítica "degenerada". Se llama libre, científica, y abusa de la especulación filosófica. No tiene de crítica más que "el rótulo"

(7) *Das Lebens des Heilands dargestellt*, 1907.

(8) *Die Schriften des N. T.*, t. I, págs. 47-48.

(9) *Was uns Jesus heute ist*, 1907.

(10) *Ibid.*, págs. 17-29.

lo" (11). En efecto, cuando los teólogos liberales afirman que Jesucristo nunca se atribuyó naturaleza divina se ponen en flagrante contradicción con los Evangelios, y no sólo con los Evangelios, sino con todo el Nuevo Testamento, donde "se representa a Cristo como ser sobrehumano; en ninguna parte se nos presenta como quiere presentárnoslo esa teología llamada crítica, es decir, como ser puramente natural". Estas palabras son de Alberto Kalthoff (12), uno de los más ardientes adversarios de Jesucristo, cuya existencia llega a negar, pero a la vez adversario también de los teólogos liberales, cuya endeblez fustiga despiadadamente. Confiesa francamente que el protestantismo llamado ortodoxo, y más aún el catolicismo, han entendido y conservado, mejor que la escuela seudocristiana, el verdadero carácter atribuido a Jesús por los Evangelios y por la tradición cristiana. En todo el Nuevo Testamento la figura de Jesús aparece rodeada de la aureola de la divinidad, se mueve constantemente en una atmósfera de adoración (13). Es menester elegir. ¿Pero quién podrá vacilar en ponerse al lado de esos testigos fieles que vieron y oyeron a Jesús, que le tocaron con sus manos, como ellos mismos nos lo dicen, y que nos dejaron de El un retrato tan exacto? Los otros no nos dan de El sino una "parodia", una "caricatura" (14).

Pero fuera de esta prueba de la divinidad de Jesucristo hay todavía otras; entre ellas la perpetuidad de la Iglesia que El fundó, siempre viviente, siempre próspera, a pesar de los reiterados asaltos, de las persecuciones y de las herejías. Además, si Jesucristo no fué más que un excelente judío de antiguos tiempos... ¿cómo explicar la manera con que el mundo entero le siguió?... Hombres y mujeres de razas, de civilizaciones y lenguas diferentes, y aun opuestas, le siguieron y le siguen. Por una especie de instinto que nadie puede explicar, todas hallan en El un compatriota y un contemporáneo, un amigo de su vida cotidiana, la fuerza de su flaqueza. "¿Quién

(11) Larsen, *Jesus und die Religionsgeschichte*, 1902, pág. 14.

(12) *Das Christus problem*, c. II-IV. De igual modo pensaba Strauss, *Nouvelle vie de Jésus*, t. II, pág. 424.

(13) Cfr. Th. Zahn, *Die anbetung Jesu im Zeitalter der Apostel*, quinta edición, 1910.

(14) Hering, *Wider das Christusbild der religionsgeschichtlichen Volksbücher*, 1905, pág. 21.

sino el Hijo del Hombre, el que es el hombre universal porque es Dios supremo, podría satisfacer así los deseos íntimos de todo hombre?" (15).

Concíbese que los teólogos liberales, recordando que han intentado despojar a Cristo de sus principales atributos, de su divinidad, de sus milagros, y que han pretendido eliminar la mayor parte de sus actos y de sus enseñanzas se hagan a veces esta inquietante pregunta: "¿Somos nosotros cristianos aún?" (16). Saben ellos que no lo son sino de nombre, y francamente reconocen que no lo son en el mismo sentido que los primeros discípulos de Jesucristo. Así, el profesor Kaftan, protestante de los llamados ortodoxos, a propósito de una obra singularmente subversiva acerca de los orígenes del Cristianismo, decía: "Un cristiano no escribe así" (17); y a propósito del opúsculo titulado *Jesús*, de Bousset, añadía: *Tulerunt Dominum*, "Se han llevado al Señor" (18). Pero no; a despecho de tantas acometidas contra su humanidad y su divinidad, Jesucristo, tal como nos lo revelan los escritos de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, sigue y seguirá siendo objeto de la fe, de la esperanza y del amor de los cristianos dignos de este nombre: JESUS CHRISTUS HERI ET HODIE; IPSE ET IN SAECULA (19).

(15) H. Moulton, *The Hibbert Journal*, julio 1909, pág. 766.

(16) R. Hermann, *Erlösung*, 1905, págs. 42-43.

(17) *Moderne Theologie des Alten Glaubens*, pág. 3.

(18) *Ibid.*, pág. 56. Alusión a las palabras de María Magdalena, Joan., XX, 12.

(19) Hebr., XIII, 8. Cfr. Lepin, *Jésus Messie et Fils de Dieu d'après les Evangiles synoptiques*, cuarta edic., 1910; K. Braig, J. Esser, etcétera, *Jesus Christus, apologetische Vorträge*, segunda edic., 1911; H. Felder, *Jesus Christus, Apologie seiner Mesianität und Gottheit gegenüber der ungläubigen Jesus-Forschung*, 2 vol., 1901 y 1914; J. Tillmann, *Das Selbstbewusstsein des Gottessohnes auf Grund der synoptischen Evangelien*, 1911, y el notabilísimo artículo del P. L. de Grandmaison en el *Diction. apologetique de la foi catholique*, publicado por el P. d'Alés, t. II, cols. 1.288-1.538.

ÍNDICE ALFABÉTICO Y ANALÍTICO DE LAS MATERIAS

ÍNDICE ALFABÉTICO Y ANALÍTICO DE LAS MATERIAS

- Abel** (La sangre de), IV, 117.
Abgar, rey de Edesa, IV, 123.
Abilena (La provincia de), I, 118; II, 126.
Abominación de la desolación, IV, 139.
Abraham y el Mesías, I, 211; II, 403-404.—El seno de Abraham, III, 471.—
 Los falsos hijos de Abraham, II, 135.
Actos de los Apóstoles (Los) y la vida de Jesús, I, 36.
Adoración de los pastores, I, 291.—De los Magos, I, 323.
Adúltera (La mujer), III, 389.
Agonía de Jesús, IV, 233 y 432.
Agrapha (Los) y su valor como documentos para la vida de Jesús, I, 27.
Agua (El) convertida en vino, en Caná, II, 75.
Ain-Karin, residencia probable de los padres del Precursor, I, 257.
Almah (La profecía de la), I, 250 y 273.
Aloes aromático, IV, 339.
Ana (La profetisa), I, 321.
Anás (El sumo sacerdote), I, 173; II, 127; IV, 250.
Anatemas contra los fariseos y los escribas, III, 428 y sigs.; IV, 106.
Andrés (El apóstol San): Su primera entrevista con Jesús, II, 174-175.—
 Su vocación definitiva, II, 255.—Vocación al apostolado, III, 42.
 (Véase, también, III, 236; IV, 123 y 133.)
Angeles (Los), en la vida de Jesús: En su nacimiento, I, 292 y sigs.—
 Después de su tentación, II, 161.—En su agonía, en Gethsema-
 ní, IV, 241.—Después de su resurrección, IV, 348.—Después de
 su ascensión, IV, 380.
Angeles (Los) custodios, III, 338.
Anunciación (La) de la Stma. Virgen, I, 246.
Antipas (El tetrarca Herodes), I, 140.—Encarcela al Precursor, II, 224.—
 Lo hace decapitar, III, 231.—Tiende asechanzas a Jesús, III,
 448-449.—Le hace objeto de burla durante su pasión, IV, 283.
Apocalipsis (El) y la vida de Jesús, I, 36.

- Apocalíptica** (Literatura) de los judíos, I, 195; II, 317-318.
- Apócrifos.** (Véase *Evangelios*.)
- Apóstoles** (Los): Sentido de este vocablo, III, 37.—Elección de los Doce, III, 38.—Su educación, III, 213.—Abandonan a su Maestro al tiempo de su prisión, IV, 248.—Jesús se les aparece después de su resurrección y les comunica plenos poderes, IV, 363.—Los apóstoles y los neocríticos, IV, 400.
- Arameo** (El), lengua hablada por los judíos de Palestina en tiempo del Salvador, I, 162-164.
- Arquelao** (El tetrarca), I, 135.
- Aretas**, rey de los Nabateos, I, 139-140.
- Argumentum e silentio** (El) y su valor, I, 390-391, 407 y 433.
- Arimatea**, IV, 337.
- Ascensión** (La) de Jesús, IV, 377.—Los racionalistas la niegan, IV, 469.
- Asmoneos** (Los príncipes), I, 128.
- Asna** (La) y el jumentillo de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, IV, 56 y 406.
- Augusto** (El emperador), I, 141.—Ordena se haga el empadronamiento de todo el imperio romano, I, 277.
- Autenticidad** de los Evangelios, I, 45.—Pruebas extrínsecas o de autoridad, I, 45.—Pruebas intrínsecas: Para el Evangelio de San Mateo, I, 59.—Para el de San Marcos, I, 62.—Para el de San Lucas, I, 65.—Para el de San Juan, I, 69.—Es negada por los neocríticos, I, 349.
- Ayuno** (El), muy en estima entre los antiguos judíos, I, 191; II, 297.—Por qué no impone Jesús ayunos especiales a sus discípulos, II, 298.—El ayuno hipócrita de los fariseos.—El ayuno cristiano, III, 82.
- Balaam**, profeta del Mesías, I, 212.
- Barrabás**, preferido a Jesús, IV, 286.
- Bartolomé** (El apóstol San). (Véase *Natanael*.)
- Batanea** (La provincia de), I, 117.
- Bautismo** (El) del Precursor, II, 132.—Jesús es bautizado por Juan Bautista, II, 143 y 334.—El bautismo cristiano, II, 200; IV, 373.
- Beelzebub**, III, 151.
- Belén**, patria de David, I, 281.—Lugar del nacimiento de Jesús, I, 281.—A pesar de las aserciones en contrario de los racionalistas, I, 442.—Descripción de la ciudad, I, 285.
- Benedictus** (El cántico), I, 265-266 y 473.
- Bernabé** (La epístola de San) y sus citas de los Evangelios, I, 52.
- Betania** de Judea, IV, 12, 40 y 379.
- Betania** de Perea, II, 168.
- Betfagé**, IV, 51 a 54.
- Bethsaida** (La) occidental, o Bethsaida de Galilea, III, 239.—Es maldecida por Nuestro Señor, III, 61.

- Bethsaida** Julias, III, 234-235.
- Biblia** (La) y su influencia en el desarrollo moral e intelectual del Salvador, II, 38-39.
- Bienaventuranzas** (Las) evangélicas, III, 61-66.
- Blasfemia** (La) contra el Espíritu Santo, III, 156.
- Boanerges**, sobrenombre de los hijos de Cebedeo, III, 42.
- Cafarnaún**: Su situación geográfica, II, 252.—Jesús hace de ella centro de su ministerio, II, 251 a 253.—Ella atrae sobre sí la maldición de Jesús, III, 361.
- Caifás** (El sumo sacerdote), I, 173; II, 127.—Hace votar por el Sane-drín la muerte de Jesús, IV, 23, 251 y 265.
- Cáliz** (El) eucarístico, IV, 184, 201.
- Calumnia** infame de los fariseos contra el Salvador, III, 151.—Que la refuta con energía, III, 153.
- Calvario** (El monte), IV, 310.
- Camino** (El) de la cautividad, IV, 250.—El camino o vía dolorosa, IV, 305.
- Campo de sangre** (El), IV, 274.
- Caná de Galilea**, II, 179.
- Cananea** (La) y Jesús, III, 273-277.
- Cánticos** (Los) de la Encarnación, I, 293 y sigs., 468.
- Caravanera** u hospedería de caravanas, I, 287.
- Carpintero** (El oficio de), ejercido por San José y por el mismo Jesús, II, 36, 50 y 51.
- Cebedeo**, II, 258.—Sus hijos, II, 257; III, 355.
- Cedrón** (El torrente), IV, 234.
- Celso** (El pagano) y su libelo contra Jesucristo, I, 25-26.
- Cenáculo** (El), IV, 167.
- Cena Eucarística** (La): Su fecha, IV, 170.—Modo de celebrarla, IV, 175.
- Cena pascual** (La): Manjares y ritos principales que en ella se observaban, IV, 164, 167 y 184.—Pedro y Juan se encargan de prepararla, IV, 164.
- Centurión** (El) de Cafarnaún, III, 99.—Centurión que dirigió la crucifixión, IV, 332.
- Cesarea** de Filipo, I, 115; III, 288.
- Ciego de nacimiento** (Curación del), III, 405.
- Ciegos** (Los) de Jericó, IV, 37.—Otros ciegos curados por Jesús, III, 208, III, 285-286.
- Ciencia** (La) de Cristo, II, 29-30 y 309.—En qué sentido ignora Jesús la época del fin del mundo, IV, 144.
- Circuncisión** de Jesús, I, 296.—De Juan Bautista, I, 262.
- Cireneo** (Simón el), IV, 306.
- Cisjordania**, I, 97.
- Cirino**: Su doble empadronamiento, I, 281; I, 446. (Véase también *Quirino* Cizaña, III, 177.)
- Claudia Prócula**, mujer de Pilato, IV, 287.

- Clemente** (El Papa San) y la autenticidad de los Evangelios, I, 52.
Clemente de Alejandría, testigo del mismo hecho, I, 46-47.
Clima (El) de Palestina, I, 100.
Codo (El), III, 84.
Colegio apostólico (El): Su institución, III, 33.—Fin que se proponía Jesús al formarlo, III, 33, 47.
Comercio (El) y los judíos, I, 151-152.
Conciencia mesiánica de Jesús, II, 236 y 353.
Confesión de San Pedro (La), III, 287 y 575.
Conflicto de Jesús con los fariseos: Con ocasión del sábado, III, 11, 20, etcétera.—Y de la purificación de las manos, III, 265.
Convidados (Actitud de los), III, 134.
Corazón (El) Sagrado de Jesús, II, 94.
Corbán (El) y su inmoralidad, III, 269.
Cordero de Dios (El), II, 170.
Cordero (El) pascual: Ritos usados en su inmolación y comida, IV, 169 y 184.
Coronación de espinas (La), IV, 294.
Corozaim, III, 361-362.
Coste (El) de la vida en Palestina en tiempo del Salvador, I, 153-154.
Crecimiento (El) físico, intelectual y moral de Jesús, niño y adolescente, I, 345; II, 24.
Credibilidad de los Evangelios (La), I, 78 y 367.
Cristo. (Véase *Mesías*.)
Cronología de los Evangelios, I, 289.—De la vida pública del Salvador, II, 106.
Crucifixión (La hora de la) de Jesús, IV, 299.—Modo cómo se efectuaba, IV, 313.
Crurifragium (El), IV, 335.
Cruz (La): Sus diferentes formas, IV, 303, 313.—Suplicio de la cruz, IV, 300, 313.
Cuerpo (El) del Hombre-Dios, II, 60.
Culto (El) en el templo de Jerusalén, I, 172 y sigs.—En las sinagogas, I, 170.
Curaciones (Las) obradas por Jesús, III, 112 y 532.
Dalmanutha, III, 282.
David, cantor del Mesías, I, 213, 215.—El Mesías, hijo de David, I, 297, 456; IV, 104 y 414.—La descendencia davídica de la Madre del Cristo, I, 417.
Decápolis (La), I, 116; III, 277.
Dedicación (La fiesta de la): Su institución, IV, 5.—Celebra Jesús esta fiesta en Jerusalén, IV, 5, 6 y 7.
Degüello (El), I, 481.
Denario (El) romano, IV, 93.—El denario del César, IV, 91.—Los treinta denarios de Judas, IV, 162 y 272.

- Desierto** (El) de Judá, II, 129.—De la cuarentena, II, 153.
Diáspora (La) judía, I, 160; III, 385.
Didaké (La) y los Evangelios, I, 52.
Didracma (El) para el impuesto del Templo, II, 188; III, 320, 329.
Diezmo (El) y los fariseos, III, 428; IV, 114.
Discípulos (Los) de Jesús: Diversos sentidos de esta expresión, III, 33.
 Jesús reúne en torno suyo a los primeros discípulos, II, 173.—
 Los setenta y dos discípulos, III, 359; IV, 399.—El discípulo amado, II, 100.
Divergencias (Las) de los Evangelios, I, 39.—Nada prueban en contra de la credibilidad de sus relatos, I, 367-368, 410.
Divorcio (El) autorizado por la ley judía, abolida por Jesucristo, III, 73; III, 481-482 (repudio).
Doctores de la Ley. (Véase *Escribas*.) El niño Jesús entre los doctores, II, 20.
Documentos que deben utilizarse para escribir la Vida de Jesús, I, 15.
 Documentos de origen judío, I, 15.—De origen pagano, I, 21.—
 De origen cristiano, I, 26.
Domingo de ramos, IV, 50.
Duración de la vida pública de Nuestro Señor, II, 110.
Ecce homo, IV, 295.
Educación (La) de los niños entre los judíos, I, 147; II, 34-35.—La educación superior en las academias de los rabinos, II, 37.—Elementos que pudieron contribuir a la educación humana de Jesús, II, 33.—Educación de los apóstoles por el divino Maestro, III, 51, 331; etc.
Efrata, primitivo nombre de Belén, I, 284.
Efrén (Aldea de), IV, 25.
Egipto (Huída y permanencia de la Sagrada Familia en), I, 336 y 340.
Elegidos (Número de los), III, 446.
Elías (El profeta), tipo del Precursor, I, 243.—Testigo de la Transfiguración del Salvador, III, 315.—Su vuelta al fin de los tiempos, III, 318.
Emaus, IV, 357.
Embajada de Juan Bautista a Jesús, III, 120 y 546.
Encarnación del Verbo, I, 254-255.
Endemoniados. (Véase *Posesos*.)
Enemigos (El amor a los), III, 76-77.
Enfermedades (Diversas) que afligían a Palestina, I, 157.
Enfermos (Curación de los) por Nuestro Señor, III, 108 y 112.—Refutación de las objeciones racionalistas, III, 532.
Ennon, cerca de Salim, II, 202.
Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, IV, 50, 406.
Epístolas (Las) católicas y la vida del Salvador, I, 36.

- Escándalo** (El): Sus remedios, III, 73.—Castigo que merece: Su gravedad, III, 337, 473.
- Escribas** (Los): Su origen, I, 175-176.—Sus funciones, 176, 180.—Legadad extremada que imponían a los judíos, I, 176, 182.—Hostilidad que manifestaron hacia Jesús, 183.—Los denuncia Jesús y acusa sus falsos principios, III, 430.
- Esenios** (Los), I, 184.—Ni Juan Bautista, ni Jesús recibieron su influencia, II, 331.
- Espíritu Santo** (El) en el bautismo de Jesús, II, 149.—El pecado contra el Espíritu Santo, III, 154, 434.—Este mismo Espíritu divino consolará e instruirá a los apóstoles, IV, 215-216 y 221.
- Esponsales** o desposorios entre los judíos, I, 145, 268.
- Establo** (El) de Belén, I, 287.
- Estadio** (El) griego, III, 241.
- Estatera**. (Véase *Didracma*.)
- Esterilidad** (La), considerada como oprobio entre los judíos, I, 146.
- Estrella** (La) de los Magos, I, 327.
- Eucaristía** (La): Su promesa, III, 246, 573.—Su institución, IV, 194-195 y 422.
- Evangelios** (Los): Significado de esta palabra, I, 37.—Clasificación de los Evangelios en dos categorías, I, 39.—Problema sinóptico y su solución, I, 40-41 y sigs.—Autenticidad de los mismos, I, 45. Su integridad, I, 75.—Su credibilidad, I, 78.—A pesar de sus lagunas, nos dan suficiente conocimiento de Jesús, I, 85.—Sus manuscritos más antiguos, I, 76.—Violentos ataques de los racionalistas contra los Evangelios, I, 349.
- Evangelios apócrifos** (Los): Su doble categoría, I, 29.—Los principales de ellos, I, 29-30.—Idea errónea que dan de Jesús, I, 31-32.
- Evangelistas** (Los) (Véase *San Mateo*, *San Marcos*, *San Lucas* y *San Juan*): Su competencia y honradez como historiadores del Salvador, I, 78 y sigs.
- Exorcistas** judíos, III, 153 y sigs.
- Expectación** (La) mesiánica entre los judíos en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo, I, 195-196 y 329.—Entre los israelitas de nuestros días, I, 377.
- Familia** (La) entre los judíos, I, 144.—La Sagrada Familia en Egipto, I, 336.—En Nazaret, II, 45.
- Fauna** (La) de Palestina, I, 104 a 106.
- Fe** (La) de los evangelistas no ha perjudicado a la veracidad de sus relatos, I, 368 y sigs.; II, 404-405.—Jesús antes de curar los enfermos exige o excita en ellos la fe, III, 536 y sigs.; etc.—Omnipotencia de la fe, III, 474; IV, 74.
- Fariseos** (Los): Su origen, I, 184.—Su espíritu y sus principios, I, 185-186.—Su hipocresía, I, 187; III, 428; IV, 111.—Su avaricia, III, 469.—Su orgullo, I, 148; III, 451.—Su hostilidad hacia Jesús,

- I, 188; III, 12-13 y 21-22; III, 265.—Anatemas lanzados contra ellos en dos ocasiones por el Salvador, III, 427-428; IV, 106.
- Fecha** de la composición de los Evangelios, I, 73, 366.
- Fecha** sincrónica de la entrada en escena del Precursor, II, 175.
- Felipe**: Sus primeras relaciones con Jesús, II, 175-177.—Su vocación al apostolado, III, 43.—Los helenos se dirigen a él para alcanzar una entrevista con Jesús, IV, 122.
- Fiebre** (La) frecuente en las cercanías del lago de Tiberiades, II, 270.
- Filacterias** (Las), I, 175; IV, 109.
- Filipo**, tetrarca de Abilena, I, 140; II, 126.
- Filón** (El judío): Su silencio respecto a Jesús, I, 16.
- Fimbrias** o franjas sagradas de los judíos, I, 175; III (orla), 204.
- Fin** del mundo: Señales precursoras, IV, 133, 141.—Sus peligros, III, 486; IV, 145.—Incertidumbre de su época.—Permanece oculta, IV, 144.
- Fisonomía** de Jesús, II, 65 y sigs.
- Flagelación** (La), IV, 291.
- Flora** de Palestina, I, 100 y sigs.
- Fracción** del pan: Nombre dado antiguamente a la Eucaristía, IV, 194.
- Gabbatha**, IV, 297.
- Gabriel** (El arcángel San) anuncia a Zacarías el nacimiento del Precursor, I, 235.—Anuncia a María que Dios la ha elegido para Madre del Mesías, I, 246.
- Galilea** (La provincia de), I, 111.
- Galileas** (Las piadosas), al servicio de Jesús, III, 143.—En el Calvario, IV, 308, 333.—Cerca del Santo Sepulcro, IV, 340, 347 y 354.
- Galileos** (Los): Su carácter, I, 112-113.—Su dialecto particular, I, 113.—Mirados desdeñosamente en Judea, I, 113.
- Garizim** (El monte), I, 92; II, 207, 214.
- Gehenna** (La), III, 72.
- Genealogía** (La) de Jesús, I, 298 y sigs.—Según San Mateo, I, 300.—Según San Lucas, I, 303.—Conciliación de ambas, I, 306 y 461.
- Gennesareth** (Llanura de), III, 244.
- Gergesa**, III, 198.—Los endemoniados de, III, 199.
- Gethsemani**, IV, 233.—Agonía del Salvador en, IV, 233.
- Golgotha** (El), IV, 310.
- Griego** (El) de los Evangelios, I, 58.—Lengua hablada en Palestina en tiempo de Jesús, I, 164; II, 35.
- Gruta** (La) de la Natividad en Belén, I, 288.
- Haceldama**, IV, 274.
- Helenos** (Homenaje de los), IV, 122.
- Hemorroísa** (Curación de la), III, 203, 568.
- Herejes** (Los primeros) dan testimonio de la autenticidad de los Evangelios, I, 54.
- Hermanos** (Los) de Jesús, es decir, sus primos, I, 432; II, 53, 325.

Hermón (El Gran), I, 93; III, 312.

Herodes Antipas. (Véase *Antipas*.)

Herodes el Grande: Su origen, I, 129.—Sus comienzos, 129-130.—Su reinado, I, 132.—Sus tendencias antijudías, I, 133.—Su crueldad, I, 134.—Su testamento, I, 135.—Ordena el degüello de los niños de Belén, I, 336.—Su muerte, I, 340.

Herodes Filipo (El tetrarca). (Véase *Filipo*.)

Herodes-Filipo, casado con Herodías, II, 222.

Herodianos (Los): Su espíritu, I, 190.—Pronto se hacen adversarios de Jesús, I, 190; III, 27; IV, 90.

Herodías, II, 222.—Consigue de Antipas el degüello del Precursor, III, 231.

Hora (La) de Jesús, II, 182; IV, 124, 179; etc.

Higuera (La) maldita por Cristo, IV, 67, 74 y 410.

Hijo de Dios (El título de), III, 243, 292; IV, 257; etc.

Hijo del hombre (El título de), II, 242, 359 y sigs.—Su vuelta gloriosa al fin de los tiempos, IV, 258.

Hidrópico (Curación del), III, 449.

Hisopo (El) oficial, IV, 328.

Hosanna (La aclamación), IV, 60 y 73.

Hospitalidad (La) muy estimada entre los antiguos judíos, I, 153.

Iglesia (La) fundada por Jesús, III, 33.—Edificada sobre Pedro, III, 293.

Ignacio (San) de Antioquía y los Evangelios, I, 52.

Impuestos pesadísimos que Roma exigía de los judíos, I, 155.—Impuesto del Templo. "Vide Tributo del Templo."

Incienso (El) de los Magos, I, 335.

Incredulidad de los judíos, IV, 128.

Inocentes (Degüello de los), I, 336.

Integridad (La) de los Evangelios, I, 75.

Inteligencia (La) de Jesús, II, 76.

Ireneo (San) y la autenticidad de los Evangelios, I, 47.

Isabel (Santa), madre de Juan Bautista, I, 238, 245.—Pariente de la Santísima Virgen, a quien felicita al recibir su visita, I, 258.

Isaías, profeta del Mesías, I, 218.

Isariote: Sentido de esta palabra, III, 45. (Véase *Judas* (el traidor).)

Iturea (La provincia de), I, 117.

Jairo obtiene de Jesús la resurrección de su hija, III, 202 a 207.

Jeremías y el Mesías, I, 219.

Jericó (La ciudad de), IV, 30.

Jerusalén: Ardiente amor que le profesaban los judíos, I, 120 y sigs.—Su descripción topográfica, I, 122 y sigs.—Su belleza, IV, 59.—Jesús llora sobre ella, IV, 119.—Y predice su próxima ruina, IV, 131.

Jesucristo, Nuestro Señor.

I.—ANTES DE LA ENCARNACIÓN:

El Verbo en el seno del Padre, I, 203.—El Mesías revelado poco a poco por los oráculos proféticos, I, 207.

II.—DESDE LA ENCARNACIÓN:

1.º *La santa Infancia.*—El nombre de Jesús, I, 250, 296-297.—Concepción sobrenatural de Cristo, I, 248-249.—Nace en Belén, I, 277 y sigs.—Es circuncidado, I, 296.—Su descendencia davídica, I, 297.—Su genealogía, I, 300.—Es presentado en el Templo para ser nuevamente rescatado, I, 311.—Vienen los Magos a adorarlo, I, 323.—Huída a Egipto y su permanencia en este país, I, 336 y sigs.—Vuelve con sus padres y se instala en Nazaret, I, 340 y sigs.—Jesús, perdido en Jerusalén, encontrado en medio de los doctores, II, 12.—Su crecimiento físico y moral, II, 13 y sigs.

2.º *Vida oculta de Jesús, hasta los treinta años.*—Misterio de su desarrollo intelectual y moral, II, 25.—Cómo lo explica la Teología católica, II, 27.—Diversas causas que pudieron contribuir a activarla, II, 32-33 y sigs.—La verdadera solución del problema, II, 34.—Errores racionalistas en este punto, II, 310.—La familia de Jesús, II, 45.—Su vida pobre dedicada al trabajo y a la oración en Nazaret, II, 50.—Sus "hermanos", esto es, sus primos, II, 53 y 325.—El retrato de Jesús: Su cuerpo, II, 60. Su alma, II, 70.—Dotada de una sensibilidad exquisita, II, 72. De una inteligencia perfecta, II, 76.—De todas las virtudes, II, 81.—Su voluntad humana y su Sagrado Corazón, II, 91.—Errores de los teólogos liberales, II, 328.

3.º *Vida pública de Jesús.*—Bautismo de Jesús, II, 143 y 334.—Es tentado, II, 131 y 338.—Agrupa en torno suyo sus primeros discípulos, II, 173.—Y realiza su primer milagro en Caná, II, 179-184.—Va a celebrar la fiesta de la Pascua en Jerusalén, II, 185.—Expulsa del Templo a los vendedores, II, 187 y sigs.—Conversa con Nicodemo, II, 192 y sigs.—Permanece en Judea durante largo tiempo, II, 199.—Pasa a Samaria y se detiene en Sicar, II, 206.—Conversa con la Samaritana, II, 210 y sigs. De vuelta a Galilea inaugura su ministerio con éxito, II, 227.—Anunciando el reino de Dios, II, 228 y sigs.—Con conciencia clara de ser El Mesías, II, 236.—Y con un programa bien definido, 245-246.—Cura al hijo del palatino, II, 247.—Fija en Cafarnaún el centro de su ministerio, II, 251.—Se agrega definitivamente a Pedro y Andrés, Santiago y Juan como discípulos, II, 257 y sigs.—Después de una pesca milagrosa, II, 256-257. Obra numerosos milagros en Cafarnaún, II, 264.

Jesús recorre por primera vez la Galilea, predicando y obrando milagros, II, 273.—Visita a Nazaret, donde es odiosamente tratado por sus conciudadanos, II, 275 y sigs.—De vuelta a Cafarnaún cura a un paralítico, II, 289 y sigs.—Toma por discípulo al publicano Leví, II, 294.—Y discute con los fariseos respecto al ayuno, II, 297.—Retorna a Jerusalén para celebrar la otra Pascua, cura a otro paralítico en día de sábado, III, 5.—Y justifica elocuentemente su conducta, III, 13.

Nuevo conflicto en Galilea con sus enemigos, con ocasión de otras supuestas violaciones de sábado, III, 19.—Gran concurso a su alrededor, a causa de sus milagros, su predicación y su bondad, III, 28.

Instituye Jesús el Colegio Apostólico, III, 33.—Su método pedagógico para educar a los Doce, III, 50.—Pronuncia el Sermón de la Montaña, III, 56.—Ojeada de conjunto acerca de su predicación, III, 91.—Cura al criado del centurión, III, 99.—Y resucita al hijo de la viuda de Naim, III, 104 y sigs.—Ojeada general sobre sus milagros, III, 108.

Juan Bautista delega dos de sus discípulos para preguntar a Jesús si es el Mesías, III, 120.—Respuesta de los hechos, III, 122-123.—Jesús hace el elogio del Precursor, III, 125.—Y reprende la incredulidad de gran número de sus compatriotas, III, 130.—Unción de la pecadora, III, 134.

Recorre Jesús por segunda vez la Galilea, predicando el Evangelio, III, 141.—Infame calumnia de los fariseos, refutada con energía, III, 147.—El Salvador rehusa dar a sus enemigos una "señal del cielo", III, 160.—Recibe la visita de su Madre, III, 154.—Inaugura su predicación en forma de parábolas, III, 167.—Las parábolas del reino de los cielos, III, 173.—Brillante serie de grandes milagros: La tempestad apaciguada, III, 195 y sigs.—Liberación de los posesos de Gergesa, III, 198.—Curación de la hemorroísa, III, 203.—Resucita a la hija de Jairo, 207.—Curación de dos ciegos y de un poseso mudo, III, 208 y sigs.—Nuevo fracaso en una segunda visita a Nazaret, III, 210 y sigs.

Tercer viaje pastoral del Salvador por la Galilea, III, 213.—Esta vez asocia Jesús los apóstoles a su predicación, III, 214.—Instrucciones que les da para lo presente y para lo porvenir, III, 215 y sigs.—Primera multiplicación de los panes, III, 233.—Las turbas quieren proclamar a Jesús Mesías-Rey, III, 238.—Aleja a sus apóstoles, a quienes vuelve a juntarse luego andando sobre las aguas del lago, III, 241-242.—Sus milagros en la llanura de Genesaret, III, 244.—Pronuncia en Cafarnaún un discurso en que promete la eucaristía, III, 246 y 573.—Numerosos discípulos se separan de El, III, 258.

Jesús entra en conflicto con los fariseos a causa de la purificación de las manos, III, 265.—Su gran viaje por la Alta Galilea, los territorios de Tiro y de Sidón, y nuevamente por la Galilea y la Decápolis, III, 275 a 277.—Cura a la hija de la cananea, III, 273.—Y a otros enfermos, III, 278.—Segunda multiplicación de los panes, II, 280.—Los fariseos piden nuevamente una señal del cielo, III, 283.—Curación de un ciego en Bethsaida, III, 286.

Jesús se dirige hacia Cesarea de Filipo, III, 288.—Donde provoca la confesión de Pedro, III, 291.—Responde constituyendo al apóstol Jefe de su Iglesia, III, 293.—Primer anuncio oficial de la pasión, III, 301 y 588.—Todo cristiano debe llevar su cruz,

III, 305.—Gloriosa transfiguración de Jesús, III, 308 y 592.—La vuelta de Elías, III, 319.—Curación del joven lunático, III, 320.—Poder de la fe, III, 326.—Segundo anuncio oficial de la Pasión, III, 327.—Milagro del didraema, III, 329.—Lecciones dadas a los apóstoles sobre la humildad, III, 332.—El espíritu de paciencia, III, 334-335.—El escándalo, 336-337.—El perdón de las injurias, III, 340.

Jesús deja definitivamente la Galilea y se dirige a Jerusalén, III, 349.—Rehusan recibirle en Samaria, III, 354.—Condiciones que exige en los que piden seguirle, III, 356.—Los setenta y dos discípulos, III, 359.—"Venid a mí todos", III, 368.—¿Cuál es nuestro prójimo?, III, 372.—Jesús en casa de Marta y María, II, 375.

Jesús llega a Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos y hace su apología personal, III, 279.—La cólera de sus enemigos se exagera, III, 384.—Incidentes del último día de la fiesta, III, 385.—Episodio de la mujer adúltera, III, 390.—Otras revelaciones del Salvador acerca de su calidad y naturaleza superior excitan el furor de sus adversarios, III, 393.—Curación del ciego de nacimiento, III, 405.—Alegoría del Buen Pastor, III, 416.

Importantes lecciones del divino Maestro sobre la oración, III, 423.—Contra los vicios de los escribas y fariseos, III, 428.—Sobre la vanidad de los bienes de este mundo, III, 436.—Sobre la confianza en Dios, etc., III, 437-444.—Curación de la mujer encorvada, III, 444.—El número de los elegidos, III, 446.—Asechanzas de Herodes, III, 448.—Curación de un hidrópico, III, 449.—Nuevas e importantes lecciones, 450-451 y sigs.—Parábolas sobre la misericordia divina, III, 457.—Del buen uso de las riquezas, III, 465.—Curación de los diez leprosos, III, 475 y sigs.

Jesús se retira a la Perea, III, 479.—Discute con los fariseos el tema del divorcio, que El suprime, 480-481.—Elogia la virginidad, III, 484-485.—Advenimiento del reino de Dios y peligros del fin del mundo, III, 485 y sigs.—Parábolas del juez inicuo, III, 489.—Del fariseo y del publicano, III, 490.—Bendice Jesús a los niños, III, 492.—Episodio del joven rico, III, 494.—Parábola de los obreros enviados a la viña, III, 500.

Jesús vuelve a Jerusalén para la fiesta de la Dedicación, IV, 5.—Da de sí testimonio por última vez en el Templo, IV, 6.—Resucita a su amigo Lázaro, IV, 9.—El Sanedrín decreta su muerte, IV, 21 y sigs.—Retírase Jesús a Efrén, IV, 24.—Último viaje a Jerusalén para celebrar la Pascua, IV, 25.—Tercer anuncio oficial de su pasión, IV, 26.—Lección dada a los hijos de Cebedeo, IV, 27.—Permanencia de Jesús en Jericó, IV, 31.—Es ungido en Betania por María, hermana de Lázaro, 39 y sigs.

Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, 49.—Maldice la higuera estéril, 67.—Expulsión por segunda vez del Templo a los vendedores, 71.—Grande y victorioso conflicto del Salvador con sus

- enemigos, 75 y sigs.—Su terrible reclamación contra los fariseos, 106.—Recibe el homenaje de los Helenos, 121.—Testimonio que da de El su Padre celestial, 125.—Jesús profetiza la ruina de Jerusalén y su glorioso advenimiento al fin de los tiempos, 131.
- 4.º *Vida paciente*.—Jesús manda preparar la cena pascual, 163.—La celebra con sus apóstoles, 175, 184 y 422.—Lavatorio de los pies, 179 y sigs.—Cristo predice la traición de Judas, 182, 186.—Institución de la Eucaristía, 193.—Predice Jesús la negación de Pedro y la fuga de los apóstoles, 202.—Importante discurso que siguió a la cena, 207.—Y oración sacerdotal de Jesús, 227.
- La agonía en Getsemaní, 233.—Prisión del Salvador y su protesta llena de dignidad, 243.—Es conducido a casa de Anás, 250.—Luego a la de Caifás, para ser allí juzgado, 252.—Proceso eclesiástico ante el Sanedrín, 253.—Le condenan a muerte, 260, 267.—Ultrajes que entonces recibió, 265.—Proceso civil ante Pilato, 267, 275.—Jesús comparece ante Herodes Antipas, 283.—Es devuelto al pretorio, donde Pilato hace vanos esfuerzos por salvarle, 284.—Los judíos prefieren a Barrabás, 286.—Flagelación de Jesús, 291.—Escena de la coronación de espinas, 293.—Eccc homo, 295.—Pilato condena a Jesús a ser crucificado, 299.
- La vía dolorosa, 304.—Crucifixión, 310.—Las siete palabras de Cristo moribundo, 317.—Insultos de los circunstantes, 320.—Exhala Jesús el último suspiro, 329.—Fenómenos milagrosos después de su muerte, 330.—Sepultura, 334.—Su alma descende al limbo, 341.
- 5.º *Vida gloriosa de Jesús*.—Resurrección del Salvador, 343.—Las galileas en el Santo Sepulcro, 347.—Se les aparece Jesús, 351.—Lo mismo que a dos discípulos de Emaús, 356.—Manifiéstase luego a los apóstoles: primero, en el cenáculo, 361 y sigs.—Después, en Galilea, ya a orillas del lago, después de una segunda pesca milagrosa, 365.—Ya sobre una montaña, 372.—Sube a los cielos después de haber dado a los apóstoles las últimas instrucciones, 377.
- 6.º *¿Qué era Jesús?*—Sus principales títulos: un personaje único en la Historia, 381.—Un profeta eminente, 383.—Un poderoso taumaturgo, 385.—Un doctor perfecto, 385.—Un Salvador, 386.—Un gran reformador, 386.—El fundador de la Iglesia, 387.—Un rey, 387.—El Mesías prometido, 388.—Y, sobre todo esto, es Dios e Hijo de Dios, 388.
- Jonás** (La señal de), II, 190; III, 160.
- José** (San), prometido esposo de la Virgen María, I, 248 y 252.—Descendiente de David, 248.—Su excelente condición, II, 48.—Su perplejidad respecto a su prometida esposa, I, 269.—Su casto matrimonio con María, I, 268.—Conduce a María a Belén, I, 281.—Después, a Egipto, 336.—Y la vuelve nuevamente a Nazaret con el Niño Jesús, 340.—Su oficio de carpintero, II, 50.—Su vida con Jesús y María, II, 50-51 y sigs.—Su muerte, II, 53.
- José de Arimatea** obtiene de Pilato el cuerpo sagrado de Jesús, IV, 337.—

- A una con Nicodemo da sepultura al cuerpo del divino crucificado, IV, 338.
- Josefo** (El historiador) y su testimonio respecto a Jesús, I, 16.
- Jordán** (El), I, 96.
- Joven rico** (El), III, 493 y sigs.
- Juan** (San) Bautista: Su nacimiento milagroso y su oficio de Precursor del Mesías son predichos a su padre, I, 241.—Su nombre simbólico, 242.—Cómo ejercerá el ministerio de Elías, 243.—Es santificado en el seno de su madre, I, 258.—Su natividad, I, 263.—Circuncisión, 263.—Su vida en el desierto, 268.—Su aparición en la escena de la Historia, II, 128-130.—Su vida mortificada, 130.—Su predicación, 131 y sigs.—Su bautismo, 132.—Reiterados testimonios que da del Mesías, 141.—Bautiza a Jesús, 143.—Es puesto en prisión por Antipas, 222.—Envía al Salvador una embajada, III, 120.—Jesús hace público elogio de él, III, 17 y 125.—Glorioso martirio del Precursor, 227.—Errores de los neocríticos respecto a él, II, 331.
- Juan** (San) evangelista: Su Evangelio, I, 69, 358 y 374.—Su primera conferencia con Jesús, II, 175.—Su vocación definitiva como discípulo, II, 255.—Como apóstol, III, 38 y sigs.—Interés que toma en las cosas de su Maestro, III, 354.—Severa lección que recibe de Jesús, IV, 27.—Le sigue a casa de Caifás, IV, 262.—Y al Calvario, donde Jesús le entrega por hijo a María, IV, 324.—Jesús predice a Juan larga vida, IV, 372.
- Judá** (El desierto de), I, 268.—Los montes de Judá, I, 94.
- Judas** (El traidor): Su elección al apostolado, III, 44-45.—Cómo Jesús pudo elegirle aun previendo su crimen, III, 45.—Motivos que le determinaron a la traición, III, 46.—Reprende la prodigalidad de María, IV, 42.—Su pacto con los príncipes de los sacerdotes, IV, 157.—Le denuncia Jesús durante la última cena, IV, 187.—Conduce a Getsemaní a la chusma que debía aprisionar a su Maestro, IV, 243.—Muerte ignominiosa de Judas, IV, 272.—Judas y la crítica racionalista, III, 504 y sigs.
- Judas** (San) el apóstol, III, 44.
- Judea** (La) I, 107.—Es constituída provincia romana, I, 137.
- Judíos** (Los) en tiempo de Jesucristo.—Su situación política, I, 128.—Social, 144.—Y religiosa, 165.
- Jus gladii** (El), arrebatado a los judíos por los romanos, IV, 270 y 278.
- Juramento** (El): Su inutilidad, III, 75.
- Justino** (San) y la autenticidad de los Evangelios, I, 51.
- Khan oriental**, I, 287.
- Ladrones** (Los dos), crucificados a uno y otro lado de Jesús, IV, 320.—El buen ladrón, IV, 322.
- Lago de Tiberiades** (El), I, 97; II, 186 y 260; III, 195.
- Lámparas antiguas** (Las), III, 67; IV, 147.
- Langostas** (Las), alimento del Precursor, II, 130.

- Lavatorio (El) de los pies en el Jueves Santo, IV, 180.
- Lázaro de Betania, honrado con la amistad de Jesús, II, 101.—Su enfermedad, IV, 10.—Su muerte y resurrección, IV, 13, 20 y 402.
- Lázaro (El pobre), III, 470.
- Legión (La) romana, III, 200.
- Lengua que se hablaba en Palestina en tiempo de Jesucristo, I, 162 y sigs.
- Lepra (La), II, 276.
- Leprosos (Curación de varios), II, 277; III, 475 y sigs.
- Levadura (Parábola de la), III, 179.—La levadura de los fariseos, 280.
- Leví. (Véase *Mateo*, San.)
- Levirato (Matrimonio del), IV, 95.
- Levitas (Los), judíos, I, 173.
- Ley (La) judía: No la destruyó Jesús, sino que la perfeccionó, III, 67, 517 y 518.
- Líbano (El monte), I, 93.
- Limbo (El), III, 472.—Desciende a él el alma de Jesús para consolar a los justos, IV, 342.
- Limosna (La) y los judíos del tiempo de Jesús, I, 192.—La limosna y los fariseos, III, 78.
- Lithostrotos, IV, 297.
- Logia (Los): ¿Qué venían a ser?, I, 356.—Falsedad de las conclusiones de los neocríticos, I, 357.
- Logos (El divino), I, 203.
- Lucas (San): Su Evangelio, I, 65.
- Luciano (El filósofo) y su injurioso libelo contra el Salvador, I, 25.
- Lunático (Curación del), III, 320.
- Lunes Santo, IV, 67.
- Llanto de Jesús (El), IV, 18, 62.
- Lysanias (El tetrarca), II, 126.
- Macabeos (Los). (Véase *Asmoneos*.)
- Magdala, III, 143.
- Magdalena (María), III, 139, 143.—Se le aparece Jesús después de su resurrección, IV, 346-347.
- Magedan, III, 282.
- Magnificat (El), obra de María y no de Isabel, I, 259, 469 y sigs.—Su interpretación, 259 y sigs.
- Magos (Los): Su nombre y sus oficios, I, 323 y sigs.—Epoca de su llegada a Palestina, I, 323.—Su número y patria, 325 y sigs.—Su estrella, 327.—Turbación que con su llegada provocaron en Jerusalén, 331.—Sus presentes simbólicos, 335.—Cómo desbarataron el siniestro proyecto de Herodes, 335.—Errores de los neocríticos respecto a ellos, 475 y sigs.
- Malco, herido por San Pedro, IV, 246.
- Mammon, III, 83 y sigs., 468.
- Mandamiento (El primer) de la Ley, IV, 99.—El segundo, IV, 102.—El mandamiento nuevo de Jesús, IV, 209 y 219.

- Maqueronte (La ciudadela de), II, 224.
- Mar de Galilea. (Véase *Lago de Tiberiades*.)
- Marcos (San), I, 62.
- María, Madre de Jesús, I, 248.—Su origen real, 248 y 417.—Su carácter ideal, 255 y 295.—El misterio de la Anunciación, 246.—La visita de María a Isabel, 256.—Sus esponsales, 248, 252.—Sus castos desposorios, 275.—Da a luz a Jesús en Belén, 286.—Va a Jerusalén para cumplir la ley de la purificación, 313.—Huída y permanencia en Egipto, 336.—Vuelve a Nazaret, 340.—Lo pierde y vuelve a encontrarlo en Jerusalén, II, 19.—En Caná obtiene del Salvador su primer milagro, II, 180 y sigs.—Le visita durante su vida pública, III, 164.—María, al pie de la Cruz, IV, 324.—Se retira a casa del apóstol San Juan, IV, 325.—Su virginidad perpetua, I, 251 y 439.—Falso juicio de los racionalistas sobre la Madre del Cristo, II, 353; III, 551.
- María, hermana de Lázaro. (Véase *Marta*.)
- Marta y María, honradas con la amistad de Jesús, II, 101; III, 375.—Consiguen de El la resurrección de su hermano, IV, 11 y 14.—Unción de María, IV, 41 y sigs.
- Mantes Santo, IV, 74.
- Mateo (San): Su Evangelio, I, 59.—Su vocación como discípulo, II, 294.—Como apóstol, III, 42.
- Matrimonio (El) entre los judíos en tiempo del Salvador, I, 144 y sigs.; I, 275; IV, 147. Jesús lo declara en adelante indisoluble, III, 73 y 480.—Casto matrimonio de María y de José, I, 268.
- Médicos (Los) judíos en tiempo de Jesús, I, 157.
- Mediterráneo (El mar): Descripción de sus riberas palestinas, I, 95.
- Mesías (El): Significación de este nombre, I, 196.—El Mesías ardientemente esperado por los judíos, I, 193.—La generalidad se forjaban una idea falsa respecto a su oficio, I, 195.—El verdadero Mesías según lo describían los antiguos oráculos, I, 207.—Jesús es anunciado a María y a José como el Mesías prometido, I, 249 y 271.—Tuvo siempre conciencia de poseer esta dignidad, II, 236.—Razones que le obligaron a revelarla poco a poco, II, 238, 241 y 242.—Es recibido oficialmente en Jerusalén como Cristo-Rey el Domingo de Ramos, IV, 50.—Los falsos Mesías, III, 486; IV, 136.
- Metretas, medida de capacidad para líquidos, II, 183.
- Mezuza (La) y su empleo, I, 192.
- Miel (La) silvestre, alimento del Precursor, II, 130.
- Milagros (Los) de Jesucristo: Sus diversos nombres, III, 108.—Eran necesarios, III, 108-109.—Su gran número, III, 109.—Variedad de ellos, III, 112.—Su credibilidad, 113.—Ninguno hizo Jesús por un interés puramente personal, III, 115.—Fueron obras de su bondad, III, 116.—Llevadas a cabo con una facilidad y sencillez admirables, III, 116 y sigs.—Son demostración clara de la misión divina de Jesús, III, 118.—Debilidad de los argumentos

- con que los neocríticos tratan de amenguar su valor, III, 521. (Para más pormenores, véanse *Curaciones milagrosas, Liberación de posesos. Resurrecciones.*)—Concede Jesús a los apóstoles, a los setenta y dos discípulos y a otros el poder de realizarlos, III, 217, 364-365; IV, 136.
- Mina** (La): Su valor, IV, 34.—Parábola de las minas, IV, 34.
- Mirra** (La), presente de los Magos, I, 335.—El vino, mezclado con mirra, IV, 312.—El sagrado cuerpo de Jesús, embalsamado con mirra, IV, 338.
- Moisés**, profeta del Mesías, I, 212.—Su presencia en la Transfiguración de Jesús, III, 315.
- Montañas** (Las) de Palestina, I, 93.—La montaña de las Bienaventuranzas, III, 35.—La de la Transfiguración, III, 310.—Del Mal Consejo, IV, 22.—El monte de los Olivos, IV, 58.—El de la Precipitación, II, 287.—Los montes de Judea, I, 94 y 257.
- Mostaza** (El grano de), III, 179 y 474.
- Mudos** (Los) curados por Nuestro Señor, III, 150, 278-279.
- Muerte** (La) de Jesucristo: Su carácter de Redención y Propiciación, IV, 329 y 439.
- Mujeres** (Las santas). (Vide *Galileas.*)
- Multiplicación** de los panes: Primera, III, 233.—Segunda, 280.—Difieren entre sí, III, 571.
- Muratori** (El canon de) y la autenticidad de los Evangelios, I, 49.
- Nacimiento** (El) sobrenatural de Jesús, negado por los judíos, I, 21 y 419. Por los racionalistas, 421.—Por los herejes, 420 y sigs.
- Nacimiento** (El segundo) por medio del bautismo, II, 195.
- Naim**, III, 104 y sigs.
- Naplusa**, II, 207.
- Natanael-Bartolomé**: Sus primeras relaciones con Jesús, II, 176.—Su vocación al apostolado, III, 43.—Después de la resurrección de Jesús, IV, 366.
- Natividad** del Precursor, I, 263.—De Jesucristo, 277.
- Naturaleza** (El libro de la): Su influencia en el desarrollo intelectual de Jesús adolescente, II, 39.—Cómo la amaba, 99-100.
- Nazaret**: Significado de este vocablo, I, 344.—Descripción de la ciudad, II, 7.—Lugar de la Encarnación del Verbo, I, 248.—Residencia de la Sagrada Familia, 343; II, 45.—Y de Jesús durante su vida oculta, II, 5.—El Salvador es recibido en ella de un modo odioso durante su vida pública, II, 281; III, 209 y sigs.
- Neocríticos**. (Véase *Racionalistas.*)
- Nicodemo**: Su visita nocturna a Jesús, II, 192 y sigs.—Defiende a Jesús ante el Sanedrín, III, 388.—Concurre a su sepultura, IV, 338.
- Niños** (Jesús y los), III, 333 y 492; IV, 72.
- Nunc dimittis** (El cántico), I, 316.
- Obediencia** (La) de Jesús a su Madre y a San José, II, 24.—A la ley judía, I, 312; III, 69 y sigs.

- Obolo** (El) de la viuda, IV, 120-121.
- Olivos** (El monte de los), IV, 51.—Espléndida vista de Jerusalén, vista desde su cima, I, 122; IV, 58.—Desde la misma subió Jesús a los cielos, IV, 379.
- Oración dominical** (La), III, 79.
- Oración** (La), muy en aprecio entre los judíos en tiempo de Jesucristo, I, 190.—La oración farisaica, III, 79.—La oración cristiana, III, 79, 87, 423, 489, etc.—Las oraciones de Cristo, II, 95 y sigs., 272; III, 33, IV, 227, 235; etc.
- Orígenes** y la autenticidad de los Evangelios, I, 47 a 49.
- Orden** (El sacramento del): Su institución, IV, 199.
- Pablo** (San) y la vida de Jesús, I, 33.—Cómo relata la institución de la Eucaristía, IV, 194.—Señala las apariciones de Cristo resucitado, IV, 344.
- Paganos** (Los) numerosos en ciertos distritos de Palestina, I, 158.—Su antipatía para con los judíos, I, 158 y 519.—Respeto que muchos de ellos sentían por la religión de Israel, I, 162; III, 99; IV, 287.
- Padres** (Los) de la Iglesia y pormenores inéditos que dan de la vida de Jesús, I, 28.—Los Padres apostólicos dan testimonio de la autenticidad de los Evangelios, I, 52.
- Palestina** en tiempo de Jesucristo, I, 89.—Su configuración del terreno, I, 90.—Clima, 100.—Flora, 102.—Fauna, 104.—Sus cuatro provincias y ciudades principales, 106.—Sus ruinas, 118 y sigs.
- Papías** y la autenticidad de los Evangelios, I, 53.—Los Logia, I, 355 y siguientes.
- Parábolas** (Las) evangélicas: Significado de la palabra parábola, III, 167. Los tres grupos de parábolas del Salvador, III, 169.—Parábolas de los rabinos judíos, III, 170-171.—Belleza de las parábolas de Jesús, 171.—Tesoros que contienen, 172.—Las parábolas del Evangelio y los neocríticos, III, 557.—Parábola de los dos deudores, III, 137.—Del sembrador, III, 175 y 187.—De la cizaña, 177 y 188.—De la semilla que espontáneamente crece, 178.—Del grano de mostaza, 179.—De la levadura, 179.—Del tesoro escondido, 189.—De la perla, 189.—De la red, 190.—De la oveja perdida, 339 y 458.—Del criado malo, III, 342.—Del buen Samaritano, 371.—Del rico necio, 436.—De la gran cena, 453.—De la dracma perdida, 459.—Del hijo pródigo, 460.—Del mayordomo infiel, 465.—Del rico malo y del pobre Lázaro, 470.—Del juez inicuo, 489.—Del fariseo y del publicano, 490.—De los obreros enviados a la viña, 500.—De las minas, IV, 34.—De los dos hijos, IV, 79.—De los labradores homicidas IV, 80.—Del convite nupcial, IV, 86.—De los talentos, IV, 149.
- Paráclito** (El), IV, 213, 215 y 222. (Véase *Espíritu Santo.*)
- Paraíso** (El), IV, 323.
- Paralíticos** curados por Nuestro Señor, II, 289; III, 10, 25; etc.
- Paraskeue** (La), IV, 174.

- Pascua** (La fiesta de la): El Niño Jesús la celebra en Jerusalén, II, 16 y 18.—Las diferentes Pascuas de la vida pública del Salvador, II, 112-113.—Primera, II, 185.—Segunda, III, 5.—La última, IV, 163.—Ritos más importantes con que se celebraba, II, 15-18; IV, 164, 168 y 176.
- Pasión** (La) del Salvador. (Véase *Jesucristo*, su vida paciente.)—La Pasión y los neocríticos, IV, 446.
- Pastor** (Alegoría del Buen), III, 417.
- Pastores** (Los) de Belén acuden al pesebre del Niño-Dios, I, 291.
- Pecado** (El) contra el Espíritu Santo, III, 155.—El perdón de los pecados por Jesucristo, II, 292.
- Pecadora** (Unción de la), III, 132 y sigs.—¿Quién era aquella pecadora?, 139-140.
- Peces** (Los) del lago de Tiberiades, II, 256.
- Pedro** (San), presentado por su hermano Andrés a Jesús, quien le pone el sobrenombre de Cefas, II, 175.—Jesús lo toma definitivamente como discípulo, II, 255 y sigs.—Y después como apóstol, III, 41.—Su carácter, 41.—Su doble confesión, III, 260 y 287.—Es puesto como piedra fundamental de la Iglesia, 293.—Presencia la Transfiguración de Jesús, 308 y sigs., 320.—A una con San Juan prepara la última cena, IV, 164, 166 y 169.—Pedro en el lavatorio de los pies, IV, 180.—Jesús le predice su negación, IV, 203 y 205.—Que ocurre en las circunstancias más tristes, IV, 261.—Su inútil valor en Gethsemaní, IV, 246.—Aparécese Jesús después de su resurrección, IV, 361-362.—Le confirma en su dignidad de cabeza de la Iglesia, IV, 367-368.—Y le profetiza su martirio, IV, 370 y sigs.
- Penitencia** (Necesidad de la), predicada por Juan Bautista, II, 132.—Por Jesucristo, II, 228.
- Perdón** (El) de las injurias, III, 79, 81-82, 340 y 473.
- Perea** (La provincia de), I, 115.—Permanencia de Jesús en Perea, III, 479; IV, 9.
- Persecuciones** que alcanzarán a los predicadores del Evangelio, III, 219; IV, 137 y 220.—Y todos los cristianos, IV, 116-117.
- Pescas** milagrosas, II, 255-256.—Segunda, IV, 365-366.
- Pesebre** (El) de Belén, I, 287.
- Piedra** angular (La), IV, 84.
- Pilato** (Poncio), gobernador (*procurator*) de Judea y de Samaria, I, 137; II, 126; IV, 275.—Su deplorable administración, I, 137-138; III, 441-442.—Preside el proceso secular contra Jesús, IV, 275.—Sus tretas para arrancar a la muerte al divino acusado, IV, 282, 285, 288, 294-295.—Cobardemente concede a los judíos la sentencia de muerte, IV, 299.—Autoriza a José de Arimatea le sepulte decorosamente, IV, 388.—Su destitución, IV, 299.—Eseritos apócrifos publicados bajo su nombre, I, 21.—Interés que los primeros cristianos manifestaban por su persona, IV, 299.
- Piscina** (La) de Bethesda, III, 7.

- Plinio** el Joven y su relación acerca de los cristianos de Bitinia, I, 22.
- Policarpo** (San) y los Evangelios, I, 53.
- Poligamia** (La) entre los judíos, I, 146.—Abolida por Jesucristo, 146; III, 480.
- Popularidad** de Jesús, III, 28 y 233.
- Posesos** (Los) del demonio: Su estado psicológico, II, 267.—Su liberación por Nuestro Señor, III, 150, 540, 566; etc.
- Precursor** (El). (Véase *Juan Bautista*.)
- Predicación** (La) de Jesús: Sus variados modos, III, 91 y 95.—Su carácter, III, 96.—Su forma, con frecuencia poética, 93.—Su colorido local, 97; III, 519.—Se nos ha transmitido con fidelidad, 85.—Excita el entusiasmo de los oyentes, II, 266 y 284; III, 91. (Véase también *Parábolas*.)
- Presentación** (La) del Niño Jesús en el Templo, I, 311 y 466.
- Pretorio** (El), IV, 270.
- Primado** (El) de San Pedro. (Vide *Simón-Pedro*.) Los adversarios del primado, III, 578.
- Primogénitos** (Los) ofrecidos a Dios entre los judíos, I, 311.
- Proceso** (El) de Jesús: Ante el Sanedrín, IV, 251 y 265.—Ante Pilato, IV, 275.
- Programa** (El) de Cristo, II, 14, 245 y 362.
- Profecías** (Las) mesiánicas: En el paraíso terrenal, I, 210.—En tiempo de los patriarcas, 211.—Después de la salida de Egipto, 212.—En tiempo de los jueces, 213.—En los Salmos y otros eseritos poéticos del Antiguo Testamento, 213 y sigs.—En los profetas mayores y menores, 216; etc.—Su valor comprobado por Jesucristo, I, 382.—Por los apóstoles, 383.—Por los antiguos judíos, 384-385.—Y por los Padres de la Iglesia, 385.—Negadas por los racionalistas, 379.
- Prosélitos** (Los) judíos, I, 161; IV, 113.
- Protevangelio** (El), I, 210.
- Publicanos** (Los) y sus injusticias pasmosas, I, 156.—Acuden en gran número a San Juan Bautista, II, 138.—No los rechaza Jesús y ofende así a los fariseos, II, 296; etc.
- Pozo** (El) de Jacob, II, 209.
- Puercos** (Los demonios lanzados a los), III, 200.
- Puro e impuro** entre los judíos, III, 265 y sigs.; IV, 115.
- Purificación** (La) de las manos antes de las comidas y los escribas, III, 265.—Jesús establece las verdaderas reglas acerca de lo puro y de lo impuro, 268.
- Purificación** (La) de la Santísima Virgen, I, 311.
- Quirino**: Su hoja de servicios, I, 281.—Empadronamiento que lleva su nombre, 277.—Dificultades que suscita y su solución, 446.
- Racionalistas** (Los) y sus ataques contra la vida de Jesús. (Véase detalladamente en múltiples *Apéndices*.)
- Realeza** (La) de Jesús, IV, 280.

- Reino** (El) de Dios o de los cielos: Su naturaleza, II, 228 y 350.—Es incierta la época de su llegada, II, 234.
- Rescate** (El) de los primogénitos en la ley judía, I, 311.
- Resurrección** (La) de Jesucristo, IV, 343.—La había predicho con mucha anticipación, II, 189.—Negada por los racionalistas, IV, 455. La resurrección de los muertos, III, 542.
- Resurrecciones** (Las tres) obradas por el Salvador: La del hijo de la viuda de Naim, III, 105.—La de la hija de Jairo, III, 206.—La de Lázaro, IV.
- Retrato** (El) de Jesús, II, 59 y 328.
- Riqueza** (La): Buen empleo de ella, III, 465.—Sus peligros, 496.—Necesidad de despegarse de ella, III, 437.
- Sábado** (El): Jesús es acusado de violarlo o dejar su violación, III, 13, 19; etc.—Exageración de este reposo por los escribas, III, 21. Jesús es dueño del sábado, III, 22.—El sábado segundo-primer, III, 20.
- Sacerdotes** (Los) judíos, I, 173.
- Sacrificios** (Los) ofrecidos en el Templo de Jerusalén, I, 174.—El sacrificio llamado perpetuo, I, 235.
- Saduceos** (Los): Su nombre y origen, I, 184.—Su espíritu y principios, I, 188.—Sus errores dogmáticos, IV, 94.—Su hostilidad respecto al Salvador, I, 189.—Lazo que le tienden con motivo del matrimonio del levirato, IV, 96.
- Safed** (La ciudad de), I, 114.
- Salomé** (Madre de Santiago y de San Juan), una de las galileas santamente adictas a Jesús, III, 144.—Su ambiciosa demanda para sus hijos, IV, 27.
- Salomé**, hija de Herodías, obtiene de Herodes Antipas la cabeza de Juan Bautista, III, 321.
- Saludo** (Modo de saludarse los judíos), I, 148.
- Samaria** (La provincia de), I, 94 y 109.
- Samaritana** (La): Conversación con Nuestro Señor, II, 206 y 347.
- Samaritanos** (Los): Su origen, I, 109.—Su antipatía hacia los judíos, 109; III, 354.—Los enemigos del Salvador le tratan de samaritano, III, 402.
- Sanedrín** (El) judío: Su constitución, I, 143.—Su jurisdicción, 143.—Envía delegados al Precursor, II, 163.—Su creciente enemistad contra Jesús, IV, 22 y 157.—A quien juzga y condena a muerte, IV, 253 y 267.—Le entrega a Poncio Pilato, IV, 269.—Reclaman contra la inscripción puesta en la cruz, IV, 319-320.—Hace poner guardias en el sepulcro, IV, 340.—Cuyo silencio compra después de la resurrección de Jesús, IV, 355.
- Santiago**, el Mayor, llamado a seguir a Jesús, II, 257.—Su elección al apostolado, III, 39 y 42.—Es reprendido por Jesús, III, 354-355; IV, 27 y sigs.
- Santiago**, el Menor, hermano de Jesús, III, 42.—Elegido apóstol, III, 38 y siguientes.

- Satanás**: Triple asalto contra el Hijo de Dios, tentándole en el desierto, II, 150.—Jesús le ve caer del cielo, III, 364.
- Secreto** (El) mesiánico: Su razón de ser, II, 238 y 244; III, 300 y 317; II, 353.
- Sed** (La) de los crucificados, IV, 327.
- Semana Santa** (La), IV, 45.
- Sembrador** (La parábola del), III, 175 y 187.
- Sensibilidad** del alma del Salvador, II, 72.
- Sepulcro** (El Santo), IV, 339.
- Sepulcros** (Los) judíos, IV, 19.
- Sepultura** (La) entre los judíos, IV, 19 y 339.
- Sermón** de la Montaña: Ideas generales, III, 56.—Interpretación, 60.—Ideas falsas de los racionalistas, 509.—Y de los judíos, 512.
- Serpiente** (La) de bronce, emblema de la muerte de Cristo, II, 197.
- Sicar** (La aldea de), II, 207.
- Siclo** (El) judío, I, 311.
- Sidón** (El territorio de) visitado por Nuestro Señor, III, 273.
- Signo** (El) del cielo rehusado por Jesús, III, 159 y 282.
- Silencio** (El) impuesto por Cristo a los que curaba, II, 278-279; III, 30, 279 y 286; etc.
- Siloé** (La piscina de), III, 407 y 308.
- Simeón** (El anciano), I, 314.—Su cántico, 317.—Su profecía relativa a Jesús y María, 319.
- Simón** el Cananeo, o el Zelotes, apóstol de Jesús, III, 44.
- Simón** el Cireneo, IV, 306.
- Simón** el Leproso, IV, 41.
- Simón** el fariseo, III, 133.
- Sinagogas** (Las), II, 264.—Culto divino que se celebraba en ellas, 281.—Jesús frecuentaba su asistencia, II, 265.
- Sinópticos** (Los Evangelios), I, 40.
- Siquem** (La ciudad de), II, 208.
- Sobrenatural** (Lo) rechazado "a priori" por los racionalistas, I, 374, 398 y 400.
- Sudario** (El santo), IV, 338.
- Sudor** (El) de sangre, IV, 241.
- Suetonio** y su testimonio relativo a Jesucristo, I, 24.
- Sumo sacerdote** (El) judío, I, 172. (Vide *Anás* y *Caifás*.)
- Susana**, mujer de Cuza, II, 144.
- Tabernáculos** (Fiesta de los), III, 349.—Algunos de los ritos en su celebración, III, 386 y 395.—Asiste Jesús a esta solemnidad, 379.
- Tabor** (El monte), III, 310.
- Tácito** y su testimonio respecto a Jesucristo, I, 23.
- Talento** (El), III, 342.
- Talión** (El), III, 76.
- Talmud** (El) y la vida de Jesús, I, 20.—Contiene la colección de la doctrina de los escribas, 183.

- Tempestad** (La) aplacada milagrosamente, III, 194 y 564.—Violentas tempestades en el lago de Tiberiades, III, 241.
- Techos** (Los) planos o azoteas de las casas judías, II, 291.—Predicar desde los tejados, III, 222-223.
- Templo** (El) de Jerusalén, reconstruido por Herodes, I, 165 y sigs.; II, 190; IV, 131.
- Tentación** (La) de Jesús, II, 151 y 338.
- Tertuliano** y la autenticidad de los Evangelios, I, 46 y 49.
- Tiberio** (El emperador), I, 141; II, 126.
- Tinieblas** en la muerte de Cristo, IV, 325.
- Título** (El) de la cruz, IV, 319.
- Tiro** (El territorio de) visitado por Jesús, III, 273.
- Toldoth Jeshu** (Los), I, 21 (nota 15, al pie) y 420.
- Tomás** (El apóstol Santo): Su vocación al apostolado, III, 43.—Presto a morir con Jesús, IV, 13.—Su incredulidad, IV, 364.
- Trabajo** (El) manual entre los judíos contemporáneos del Salvador, I, 149.
- Traconítides** (La provincia de), I, 117; II, 125.
- Tradiciones** (Las) de los antiguos y las de los escribas, I, 192.—Jesús protesta contra lo que a veces tenían de inmoral, III, 268.
- Transjordania** (La), I, 97-98 y 116.
- Transfiguración** de Jesús, III, 308 y 592.
- Tributo** del Templo, III, 329.
- Trinidad** (La Santísima), IV, 223, 373 y 374.
- Túnica** (La santa), IV, 318.
- Unción** (La) de la pecadora, III, 132.—De Marta, hermana de Lázaro, IV, 41-42.—Son dos unciones distintas, III, 549.
- Velo** (El) del Templo se rasga a la muerte de Cristo, IV, 330.
- Vendedores** (Los) expulsados del Templo: Primera vez, II, 187 a 189.—Segunda vez, IV, 69 y sigs., 412.
- Venida** (Segunda) del Mesías, IV, 259.
- Venite ad me omnes**, III, 368.
- Verbo** (El) divino en el seno del Padre, I, 203.—Anunciado por los profetas, I, 207.—Hecho carne por salvarnos, I, 255.
- Vestido** (El) nupcial, IV, 88-89.
- Vestidos** (Los) desgarrados en señal de duelo, IV, 260.
- Vías de comunicación** (Principales) de Palestina en tiempo de Jesús, I, 152.
- Viajes** (Los) fáciles en Palestina en la época evangélica, I, 152.
- Vid** (Alegoría de la), IV, 218.
- Vigilancia** (Necesidad de la), considerando el advenimiento de Cristo, IV, 144.
- Vino** (El) mezclado con mirra, IV, 312.
- Virginidad** (La) cristiana, III, 484.—Virginidad perpetua de María, Madre de Jesús, I, 276, 277 y 439.
- Visitación** (La) de la Stma. Virgen, I, 256.
- Voluntad** (La) humana de Jesús, II, 91.
- Zacarías** (El sacerdote): Su visión en el Templo, I, 237.—Sufre una prueba por haber dudado, I, 244.—Su curación y cántico, I, 265.
- Zacarías**, hijo de Baraquías, IV, 177.
- Zaqueo** recibe a Jesús en su casa, IV, 31 y sigs.

ÍNDICE

ÍNDICE

Págs.

SEXTO PERIODO

DESDE LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN HASTA LA ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALÉN

- | | |
|---|----|
| I. Jesús da el último testimonio de sí en el Templo de Jerusalén; retírase después al otro lado del Jordán..... | 5 |
| II. Resurrección de Lázaro y sus consecuencias inmediatas... | 9 |
| III. Jesús sube a Jerusalén para consumir allí su sacrificio. Algunos incidentes del viaje. La unción de Betania..... | 25 |

QUINTA PARTE

Vida paciente de Nuestro Señor Jesucristo.

CAPITULO PRIMERO

CRISTO, TRIUNFADOR

- | | |
|--|----|
| Jesús entra solemnemente en Jerusalén, a título de Mesías..... | 50 |
|--|----|

CAPITULO II

CRISTO SE PRESENTA COMO DUEÑO Y VENCEDOR EN EL TEMPLO

- | | |
|---|-----|
| I. Lunes Santo: Maldición de la higuera estéril y segunda expulsión de los vendedores del Templo..... | 67 |
| II. Martes Santo: El gran conflicto entre Cristo y sus enemigos | 74 |
| III. Anatemas de Jesús contra los fariseos y los escribas; los helenos se acercan a Jesús..... | 106 |
| IV. Profecía solemne de Cristo acerca de la ruina de Jerusalén y de su segundo advenimiento al fin de los tiempos.... | 131 |

CAPITULO III

LOS PRELIMINARES DE LA PASIÓN

- | | |
|--|-----|
| I. Confabulación del Sanedrín y pacto infame de Judas..... | 157 |
| II. Preparativos de la cena pascual; fecha en que la celebró Jesús. | 163 |
| III. Ultima cena e institución de la Eucaristía..... | 175 |
| IV. El discurso que siguió a la cena. La oración sacerdotal de Jesús. | 207 |

CAPITULO IV

LA DIVINA VÍCTIMA

I. Agonía y arresto del Salvador en Getsemaní.....	233
II. Proceso religioso de Jesús delante del Sanedrín; triple negación de Simón-Pedro.....	249
III. Proceso civil ante el gobernador romano.....	267
IV. El último suplicio.....	300
V. Después de la muerte de Jesús.....	330

SEXTA PARTE

Vida gloriosa de Nuestro Señor Jesucristo.

CAPITULO PRIMERO

LA RESURRECCIÓN DEL SALVADOR

I. Junto al Santo Sepulcro.....	347
II. Las apariciones de Jesús a las santas mujeres.....	351
III. Aparecese Jesús a dos discípulos que iban camino de Emmaús, y a los apóstoles en el cenáculo.....	356
IV. Las apariciones del Divino Resucitado en Galilea.....	365

CAPITULO II

LA ASCENSIÓN GLORIOSA DEL SALVADOR.....	377
---	-----

CAPITULO III

¿QUIÉN ERA JESÚS?

I. Algunos títulos de Nuestro Señor Jesucristo.....	381
II. Jesucristo es Hijo de Dios; es Dios.....	388

APENDICES

I. La resurrección de Lázaro y los racionalistas.....	399
II. La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén.....	403
III. La maldición de la higuera.....	407
IV. La expulsión de los vendedores.....	409
V. Cristo, hijo de David.....	411
VI. El discurso escatológico y los neocríticos.....	413
VII. La institución de la Eucaristía.....	419
VIII. La agonía de Getsemaní y la crítica racionalista.....	429
IX. La verdadera significación de la muerte de Cristo.....	434
X. La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y los neocríticos..	443
XI. La resurrección de Jesús y los racionalistas.....	452
XII. La Ascensión de Jesús.....	466
XIII. ¿Quién era Jesús, según los teólogos liberales?.....	468
INDICE ALFABÉTICO Y ANALÍTICO DE LAS MATERIAS.....	475